TÉCNICAS BÉLICAS DEL MUNDO ANTIGUO

3000 a.C ~ 500 d.C

EQUIPAMIENTO, TÉCNICAS Y TÁCTICAS DE COMBATE

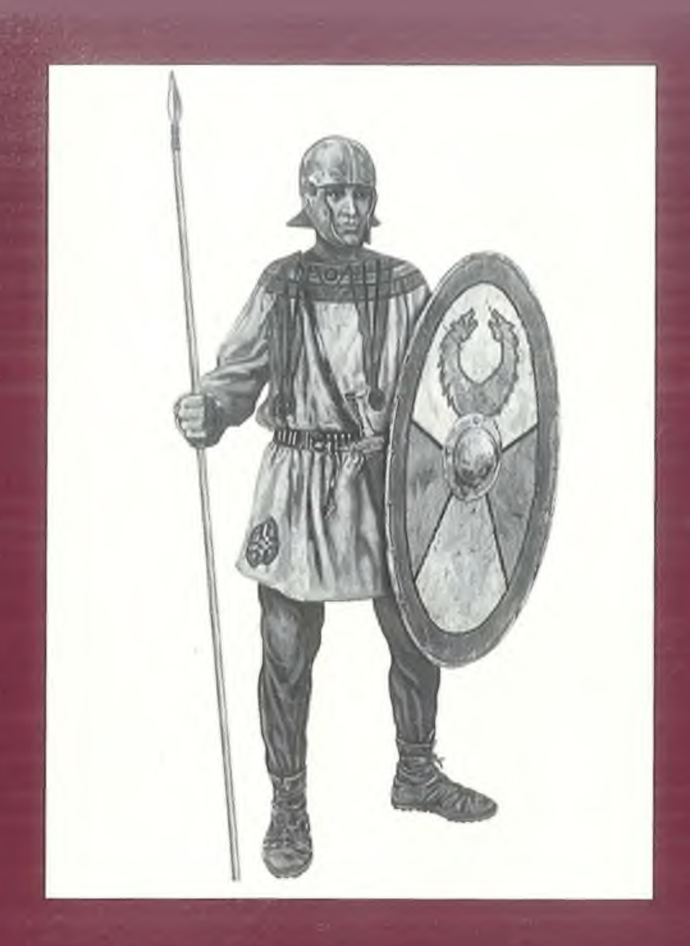
SIMON ANGLIM - PHYLLIS G. JESTICE - ROB S. RICE - SCOTT M. RUSCH - JOHN SERRATI

LIBSA

TÉCNICAS BÉLICAS DEL MUNDO ANTIGUO

VV. AA.

VISÍTANOS PARA MÁS LIBROS:



Técnicas bélicas del mundo antiguo es una guía ilustrada que detalla y explica todo tipo de tácticas de combate, armas y equipamiento utilizados a lo largo de la historia por los ejércitos del periodo clásico.

•

Contiene 24 mapas a todo color que ilustran las estrategias de batallas tan conocidas como la de Cannas, Alesia, Siracusa, etc., planificadas por los líderes de sus ejércitos: como Julio César, Atila y el destacado conquistador de Oriente Medio, Alejandro Magno.



TÉCNICAS BÉLICAS
DEL MUNDO ANTIGUO

Técnicas bélicas del mundo antiguo describe los métodos de combate de los soldados de Europa y Oriente Medio en los tiempos previos al descubrimiento de la pólvora. El libro explora las singulares tácticas requeridas para vencer en el campo de batalla con los medios disponibles en esa época, y subraya los escasos cambios producidos, en ciertos aspectos, en el arte de la guerra.

Dividido en cinco capítulos, el libro examina primero los componentes individuales de un ejército antiguo, la infantería, el cuerpo de arqueros, los soldados a caballo, el equipamiento que utilizaron y las unidades formadas en el campo de batalla. También describe por qué ciertos tipos de unidades (como la falange griega y la legión romana) eran más eficaces que otros y cómo evolucionaron sus tácticas con el paso del tiempo, todo ello completado con referencias de las batallas más importantes. El tercer capítulo expone el modo en que se usaron estas unidades, el control de los comandantes sobre sus hombres en el fragor de la lucha y la importancia de las decisiones que toma el general antes de empezar el combate. Este capítulo también incluye a los comandantes navales y sus tácticas. La cuarta parte aborda las técnicas y los equipos especiales desarrollados para la guerra de asedio en el mundo antiguo, con ejemplos de batallas clásicas como la victoria de Julio César en Alesia e ilustraciones de catapultas y otras máquinas de asedio. Por último, el capítulo final versa sobre la guerra naval, desde los barcos donde se combatía hasta las armas transportadas y las batallas principales del período.

Mediante el uso de espectaculares ilustraciones en color y en blanco y negro para comprender mejor las estrategias militares, *Técnicas bélicas del mundo antiguo* muestra en detalle los métodos por los cuales ejércitos como los asirios y los romanos dominaron a sus enemigos, mientras otros fueron menos aptos o afortunados. El libro es un complemento esencial para todo lector interesado en el arte de la guerra en el período clásico.

SIMON ANGLIM es investigador en la Universidad de Gales, Aberystwyth, y ha publicado numerosos textos sobre historia militar de todas las épocas.

PHYLLIS G. JESTICE es profesora adjunta de Historia Medieval en la Universidad de Southern Mississippi. Anteriormente ejerció como profesora adjunta de Historia Antigua y Medieval en la Universidad del Estado de California.

ROB S. RICE es profesor en la Universidad Militar Americana, especializado en cursos de Guerra Naval Antigua y Moderna. Ha publicado diversos artículos sobre el tema en *Oxford Companion to American Military History*, además de en *The Reader's Guide to Military History*.

SCOTT M. RUSCH es doctor por la Universidad de Pensilvania. Ha colaborado con dos artículos en un libro de guerra antigua y medieval publicado por Salem Press.

JOHN SERRATI es profesor adjunto en el St. Leonard's College, Universidad de St. Andrews, Reino Unido. Su tesis doctoral versó sobre «Sicilia y el imperialismo en la Roma republicana (289-191 a.C.)»; y es coeditor de *Sicily from Aeneas to Augustus*.

Títulos de la colección

Técnicas bélicas del mundo medieval
Técnicas bélicas del mundo moderno
Técnicas bélicas del mundo antiguo

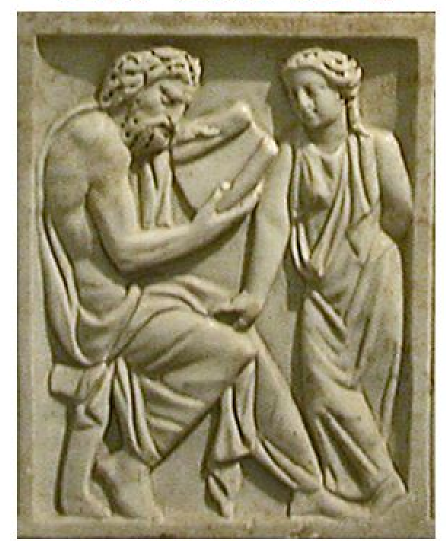
Créditos fotográficos:
Portada: (Arriba) Batalla de Pidna, 168 a.C. (AKG London); (abajo) Batalla de Gaugamela, 331 a.C. (Amber Books).
Contracubierta: Legionario romano, 350 d.C. (Amber Books).

TÉCNICAS BÉLICAS DEL MUNDO ANTIGUO

3000 a.C ~ 500 d.C

Equipamiento, Técnicas y Tácticas de Combate

Simon Anglim Phyllis G.Jestice Rob S.Rice
Scott M.Rusch John Serrati





LIBSA

© 2007, Editorial LIBSA
C/ San Rafael, 4
28108 Alcobendas. Madrid
Tel. (34) 91 657 25 80
Fax (34) 91 657 25 83
e-mail: libsa@libsa.es
www.libsa.es

ISBN: 978-84-662-1371-4

Traducción: Antonio Rincón

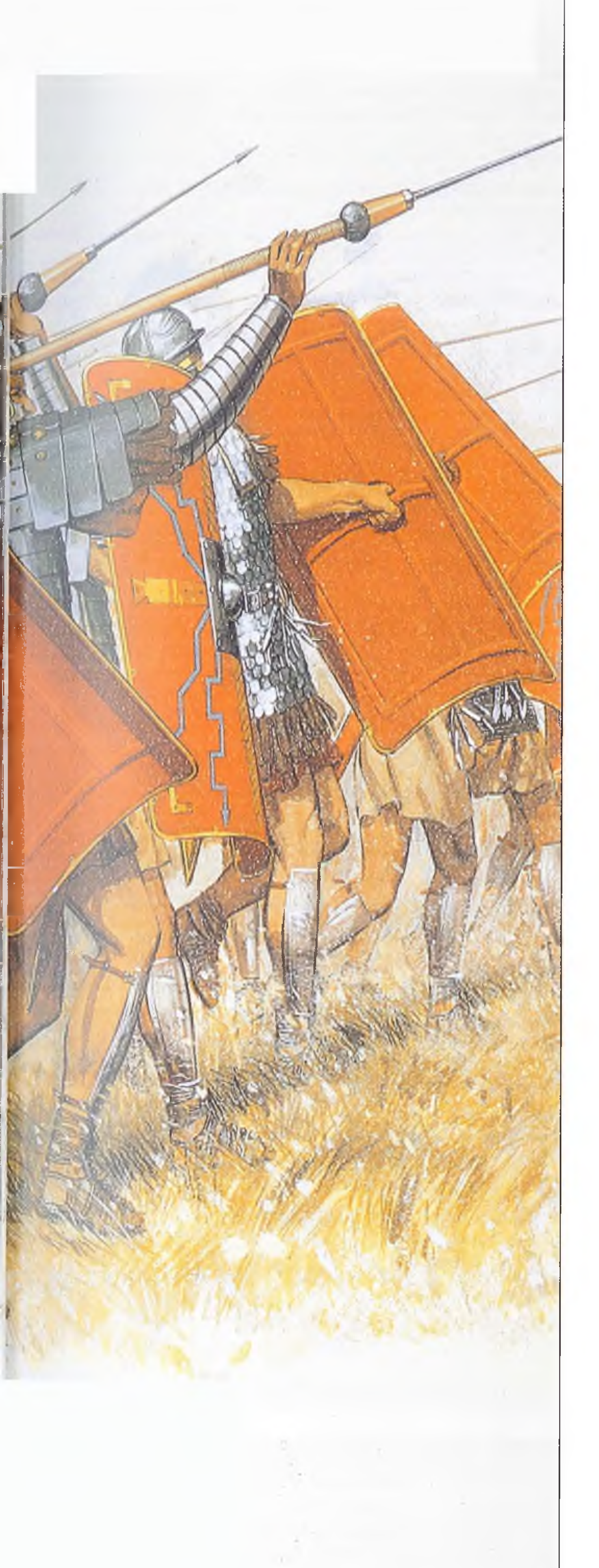
Título original: *Fighting Techniques of the Ancient World*

CRÉDITOS DE LAS ILUSTRACIONES

Todas las ilustraciones son de Amber Books Ltd excepto:
AKG London/Peter Connolly: 6-7, 38-39, 50-51, 70-71, 78-79, 110, 111, 118, 119, 134-135, 142, 143, 154, 163, 170, 171, 178-179, 203, 208, 214, 215, 222, 223, 230.

CONTENIDO





EL PAPEL DE LA INFANTERÍA

Los soldados de infantería constituyeron el componente esencial de la mayoría de los ejércitos antiguos: los ejemplos más conocidos fueron la falange helénica y la legión romana, pero hubo otros igualmente importantes.

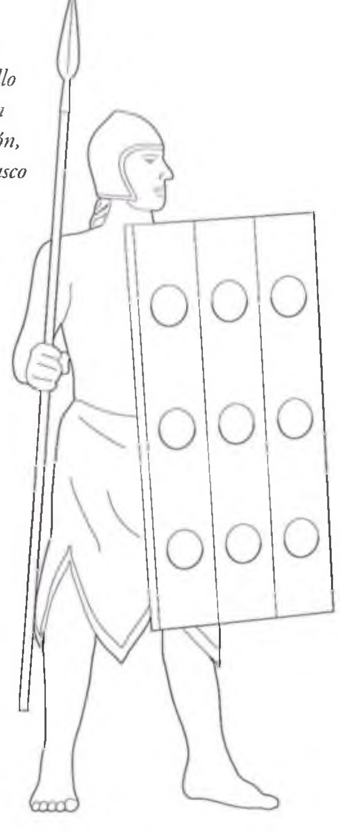
La infantería es la columna dorsal de cualquier ejército, la única unidad que puede atacar y defenderse con igual eficacia. La mayoría de las batallas se han decidido por la capacidad de la infantería de cercar al enemigo y destruirlo (o forzarlo a la rendición) o de mantener la posición bajo un asalto.

Los soldados de a pie aplican dos grandes sistemas para alcanzar estas metas, y desde tiempos antiguos hasta el siglo XIX la mayor parte de las unidades de infantería se especializaron en uno de ellos, pero no en ambos, lo que determinó su modo de instrucción, organización y armamento. El primer método es la acción de choque, en la que los atacantes acosan al enemigo agresivamente, concentrándose en los puntos débiles o incidiendo sobre

EL PODER DE LAS LEGIONES queda demostrado en la imagen, donde los legionarios del ejército de Trajano arrojan sus pila *para defenderse de un ataque de los dacios. La afilada punta del* pilum *estaba diseñada para ensartarse y doblarse en los escudos del enemigo. Así, el oponente debía desprenderse del escudo o sufrir el impedimento del peso del* pilum.

los flancos mediante el impacto masivo, el empuje y la agresividad. Las tropas de choque suelen organizarse en formaciones concentradas, dirigiendo una fuerza máxima contra un frente estrecho. Estarán blindadas para protegerse del fuego defensivo, y especializadas en la lucha cuerpo a cuerpo o en acciones de corto alcance; a menudo habrán recibido un adoctrinamiento, religioso, político o basado en un código de honor, para reforzar su agresividad y confianza. El segundo método consiste en abatir al enemigo con armas arrojadizas de mayor alcance; estas tropas tienen comúnmente un equipamiento ligero y se mueven en un orden más abierto que las de choque, aprovechando su movilidad para ocupar buenas posiciones de disparo y evitar los contraataques de las tropas de choque. A menudo se conocen por «escaramuzadores» y pueden asumir un papel secundario o actuar en tareas de reconocimiento e incursiones.

La mayoría de los ejércitos manejan ambos tipos de infantería. Una combinación de tropas de choque y ligeras no sólo amplía las opciones del comandante, sino que presenta un dilema al enemigo: si reúne sus fuerzas para una acción de choque, ofrecerá un objetivo concentrado para el ataque ligero, pero si las dispersa para reducir los daños de los proyectiles, será vulnerable a los ataques en línea.



UN GUERRERO SUMERIO armado con una lanza con punta de bronce y un sencillo escudo de madera hecho con tablones. Su única protección, aparte del escudo, era un casco de bronce.

Este capítulo estudia la evolución de ambas clases de infantería desde el año 3000 a.C. al 500 d.C. Los ejércitos de infantería más temidos de este período, los griegos y los romanos, prefirieron las formaciones de choque, que constituyen el motivo central del capítulo. Sin embargo, han de analizarse en el contexto de las fuerzas de infantería de todo el período, e incluso necesitaban el apoyo de especialistas en escaramuzas y de tropas ligeras, cuyo desarrollo debe estudiarse igualmente para comprender en su plenitud el papel de la infantería de aquel tiempo.

Infantería primitiva

Una tribu es una sociedad cuyo origen se remonta a un único antepasado, que puede ser una persona real, un héroe mítico o incluso un dios; en general, contempla a los extraños como un peligro, lo que promueve los conflictos. Esta idea proporciona la forma más descarnada de adoctrinamiento para una acción de choque: en las tribus, todos los hombres son cazadores y guerreros, y a menudo han de superar rituales iniciáticos para marcar su paso de la infancia a la edad adulta, donde la posición social se establece por la capacidad de cada hombre de hostigar al enemigo y masacrarlo en gran número. La guerra se trata frecuentemente como una forma de caza, dentro de lo cual las incursiones para conseguir ganado o mujeres, o simplemente por el placer del combate, conforman el tipo más común de guerra tribal; tampoco son desconocidas las prácticas de conquista o exterminio de tribus enemigas. La cultura tribal y la ética guerrera que la acompaña pervivieron desde los tiempos clásicos hasta la actualidad, ocupando una función básica en las sociedades de este período (y no necesariamente sólo en las denominadas «bárbaras», como veremos). Sin embargo, a partir del año 9000 a.C., con la aparición de los estados agrícolas sedentarios, la guerra cambió de forma, con estados jerárquicos y disciplinados que alumbraron ejércitos igualmente disciplinados y jerárquicos. Por otra parte, la posesión de territorios permanentes que defender o conquistar conllevó la



ARMADURA DE BRONCE de mediados del II milenio a.C. Encontrada en Dendra, perteneció con toda probabilidad a un jefe micénico. El casco está hecho de colmillos de jabalí.

necesidad de batallas a mayor escala en las que el ejército derrotado era destruido para asegurar el dominio del territorio en disputa. La llegada de la «civilización» trajo, por tanto, una exigencia de cuerpos organizados de tropas de choque.

La falange, cuerpo de infantería que combatía en orden cerrado con picas o lanzas arrojadizas, es una de las formaciones bélicas más antiguas. El vocablo es griego, y significa «rodillo», y la falange se ha asociado estrechamente con los ejércitos de la Grecia clásica y de Alejandro Magno. Sin embargo, la falange se usaba ya 2000 años antes, en los ejércitos de las ciudades-estado del sur de Mesopotamia, fundadas hacia el 3000 a.C.

La *Estela de los Buitres,* así llamada porque recrea los cuerpos de los vencidos devorados por estas aves, un motivo común de la época, ilustra la victoria del rey Eannatum de Lagash entre 2500 y 2400 a.C. En ella aparecen dos clases de infantería, donde la primera es claramente una falange. No podemos ver si las tropas de esta falange llevaban armadura, porque aparecen ocultas tras grandes escudos oblongos que cubren desde los hombros a los tobillos, pero llevan cascos de bronce que les protegen la cabeza y el cuello, con ejemplos de guardanariz parecidos a los de estilo corintio que llevarían los hoplitas griegos 2000 años después. Los escudos se usan a modo de muralla, con las lanzas acopladas bajo el brazo, con lo que presentan una densa maraña de puntas de bronce que revela la confianza en el empuje masivo hacia delante. En la caja de una lira de Ur, fechada hacia la misma época, pueden verse tropas de falange con cascos parecidos a los de la *Estela de los Buitres,* junto con lo que parecen capas de cuero hasta los tobillos reforzadas con clavos de bronce. También llevan picas a dos manos, probablemente acortadas como licencia artística. El otro tipo de infantería representada en la Estela de los Buitres aparece sin armadura, salvo por los cascos similares a los de los combatientes de la falange, y porta lanzas y hachas de filo redondo.

En su mayor parte, las armas eran de bronce, a menudo de baja calidad debido a la escasez de estaño en Oriente Medio. Sin embargo, muchas de las armas descubiertas por los arqueólogos son de plata y oro, y se guardaban en las tumbas de reyes y nobles como signo de su condición. Posiblemente, se trataba en este caso de versiones mejoradas de las armas corrientes de los campos de batalla, que eran la lanza, el hacha y el puñal. Las lanzas se diseñaban claramente para usarlas en la lucha cercana, más que como armas arrojadizas; los primeros ejemplos tenían la punta unida al eje con espigas largas o en gancho que permitieran conservarlas íntegras tras alancear al enemigo o ensartarlas en su escudo. Las hachas tenían el filo redondo para golpear los cascos, y los cráneos que éstos protegían. Aunque se han encontrado puñales ceremoniales y ornamentales, estas armas se usaban claramente como último recurso. Es interesante observar que, a la luz de la importancia de la fortificación en el arte sumerio de la guerra, apenas se han encontrado armas arrojadizas en el registro arqueológico y en las ilustraciones de la época, si bien su uso no fue enteramente desconocido.

En los ejércitos sumerios se usaban carros, pero no parecen haber servido como arma de ataque. Es probable que transportaran a los comandantes o a los paladines que desmontaban para luchar contra otros de su clase o para dirigir los asaltos. Expresión

definitiva de la ética del guerrero, el paladín fue parte importante de numerosos ejércitos en la primera parte de este período y, a menudo, se le elevaba a la categoría de mito para adoctrinar a las futuras generaciones. Sin embargo, la falange representada en la estela y en otros vestigios arqueológicos debió desempeñar un papel esencial en la guerra sumeria, acaso como centro de la línea de batalla, con tropas ligeras provistas de hachas y lanzas actuando desde los flancos. La falange se usó probablemente de forma similar al ejemplo macedonio, aguijoneando al enemigo en el centro mientras una carga de carros o tropas ligeras atacaba en uno o ambos flancos. Alternativamente, las tropas ligeras bien pudieron ser hombres de las falanges reorganizados en «orden ligero» para los asedios o las operaciones en terreno accidentado.

Infantería egipcia

El Reino Antiguo de Egipto (c 2650-2150 a.C.) tuvo un ejército de milicias basado en la leva de los varones adultos, que llegó a sumar varias decenas de miles de hombres, complementados con guerreros mercenarios de las tribus de Nubia, al sur. Una política de fortificación de las fronteras fue suficiente para proteger Egipto de su principal amenaza: las incursiones de los pueblos tribales de Libia y Nubia; no obstante, a veces se dirigían expediciones punitivas en la propia Nubia. El Reino Antiguo se derrumbó hacia 2150 a.C., arrasado por desastres naturales y guerras civiles hasta el ascenso del Reino Medio (2050-1640 a.C.). El ejército del Reino Medio se basaba en la leva de un varón adulto de cada cien, y estaba comandado por oficiales profesionales elegidos personalmente por el faraón. A uno de ellos se le recuerda como «el comandante de las tropas de choque», lo que implica la existencia de un cuerpo de infantería pesada para la acción de choque.

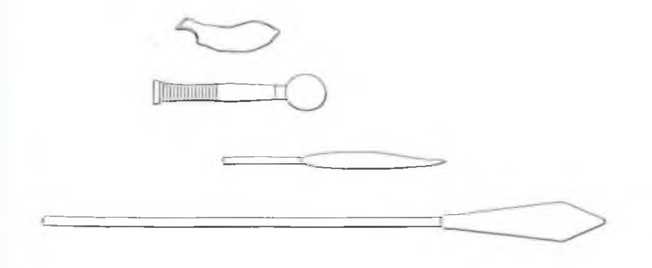
Desde 1720 a.C., Egipto fue invadido por los hicsos, un pueblo semita que penetró a través del Sinaí y supo aprovechar las disensiones políticas egipcias, así como su superioridad tecnológica, para someter a Egipto hacia el año 1674 a.C. Los hicsos transformaron la cultura militar egipcia al introducir la tecnología de Oriente Medio. Primero, enseñaron a los egipcios a construir carros rápidos y resistentes para la acción móvil. Después, les mostraron cómo fabricar armas de bronce de alta calidad. En tercer lugar, trajeron el arco compuesto. Hasta entonces, los egipcios habían empleado arcos sencillos de madera o caña, con un alcance de unos 100 m. El arco compuesto, de origen asiático, consistía en un núcleo de madera reforzado en el interior de la curva con láminas encoladas de cuerno y en el exterior con tendones; había que curvarlo hacia atrás antes de encordarlo, lo que obligaba a una fuerza considerable, pero podía procurar un golpe intenso a 200 m de distancia, sobre todo con las nuevas puntas de flecha de bronce que mejoraban tanto la precisión como el poder de impacto. Los últimos modelos llegaron a triplicar este alcance y atravesaban armaduras metálicas a 200 m de distancia. Armados con el arco compuesto, los ejércitos del Cercano Oriente de la antigüedad tendieron a usar nutridos cuerpos de arqueros, aunque la fuerza de choque mantuvo su importancia.

«Quien quiera ver de nuevo a su pueblo será un bravo soldado... Quien quiera conservar la vida buscará la victoria. Los vencedores matan, los muertos son los vencidos.»
JENOFONTE

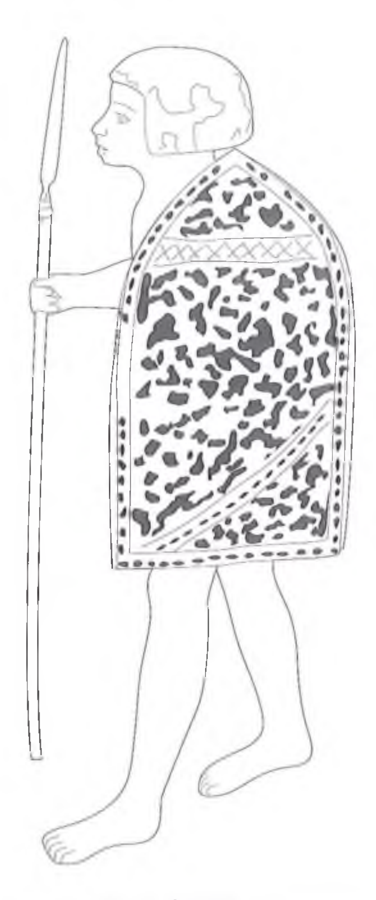
El ejército del Reino Nuevo (1565-1085 a.C.) combinaba la organización egipcia con la tecnología de los hicsos y una nueva doctrina basada en la maniobra agresiva. En el núcleo había una fuerza profesional fuertemente motivada por promesas de un buen botín, esclavos y tierra, que pasó a desarrollar una «casta militar» en la que los hijos sucedían a sus padres en el seno del ejército. En momentos de emergencia nacional, esta fuerza se complementaba con una leva, al principio de un hombre de cada 100 (como en el Reino Medio), pero que llegó a uno de cada diez en tiempos de la invasión de los pueblos del mar hacia 1200 a.C. Estos pueblos no pertenecían a una sociedad tribal, sino a un grupo semiurbano en el que no todos los hombres eran guerreros. En consecuencia, los soldados recibían una instrucción básica antes de entrar en batalla.

Una fuente arqueológica representa a un grupo de arqueros realizando una práctica bajo la supervisión de los que parecen ser instructores especialistas.

Por desgracia, los dos relatos de batallas disponibles, Megiddo (1482 a.C.) y Kadesh (1300 a.C.), se preocupan más de ensalzar el genio de los faraones implicados, Tutmosis III y Ramsés II, respectivamente, que de describir los combates. Sin embargo, existen numerosas evidencias pictóricas y documentales del modo en que luchaban los ejércitos del Reino Nuevo. La infantería regular egipcia se organizaba en compañías de 250 hombres, subdivididas en «pelotones» de 50 y en dos grandes tipos: arqueros, que en tiempos de Kadesh estaban provistos enteramente del arco compuesto, y *Nakthu-aa* (tropas de choque). A lo largo de este período, los arqueros apenas llevaban unos taparrabos o faldellines, de lo que se deduce que no se debían acercar al enemigo. El equipamiento de los *Nakthu-aa*, sin embargo, experimentó un cierto grado de evolución. Un relieve del tiempo de la reina Hatshepsut (1503-1482 a.C.) muestra tropas con lanzas de punta ancha y hachas cortas y exiguos escudos de madera con remate superior redondeado. A partir de 1500 a.C., llevaban armadura, en general un ropaje endurecido que les cubría el torso, aunque incluía también cascos de cuero o bronce; algunas tropas portaban lanzas de punta corta y no muy diferentes de las *iklwa* de los zulúes. En Kadesh, los *Nakthu-aa* llevaban como norma una armadura de tela endurecida y escudos que, aun con el mismo diseño con remate redondo que antes, tenían tamaño suficiente para conformar un muro de protección al modo de una falange. El hacha de bronce abrió el camino hacia la *khopesh*, un arma de bronce manejada con una mano de borde muy curvo pero sin punta, intermedia entre una



SURTIDO DE ARMAS EGIPCIAS; de arriba abajo: un cuchillo, una maza de piedra y madera, una espada y una lanza. Todas las hojas eran de cobre o bronce.



MODELO DE SOLDADO EGIPCIO de 2000 a.C., aproximadamente, que formaba parte de un «ejército privado» encontrado en la tumba del príncipe Emsah en Asyut. Obsérvese la ausencia de armadura y el sencillo escudo de madera revestido de piel.

espada y un hacha, mientras que algunos llevaban hachas-maza de manejo a dos manos que tenían cabeza pesada y hoja semicircular.

Las tácticas de infantería se establecieron en torno a masivos lanzamientos de flechas, que podían resultar decisivos dada la potencia y precisión del arco compuesto, el grado de destreza de los arqueros egipcios y la escasez de armaduras eficaces en aquel tiempo. Los arqueros, evidentemente, se desplegaban en línea y estaban entrenados para disparar en salvas, en apoyo del avance de los carros o de los *Nakthu-aa*, que arrojaban sus lanzas antes de aproximarse con *khopesh* o hachas contra una línea enemiga desorganizada por la cortina de flechas.

En la infantería egipcia había también mercenarios. Los medjay eran miembros de tribus nubias que en los comienzos del Reino Nuevo fueron utilizados como escaramuzadores; llevaban sencillos arcos de madera que más tarde se guardaron en las

tumbas de los faraones del Valle de los Reyes. Desde el año 1200 a.C., aproximadamente, Oriente Medio fue invadido por varias oleadas de «pueblos del mar», grupos tribales indoeuropeos originarios de Asia Menor y el Egeo. De ellos, los más conocidos fueron los filisteos, que se asentaron en Canaán en la costa palestina. Los pueblos del mar empezaron a penetrar en la sociedad egipcia varias generaciones antes de la invasión general, como comerciantes, colonos y mercenarios: Ramsés II tenía en Kadesh una guardia personal de la tribu sherden. Los sherden fueron los primeros especialistas de la historia en la lucha con espada de metal, que había surgido como un arma claramente indoeuropea. Una imagen de la época muestra a los sherden y los filisteos provistos de coseletes y cascos de bronce, con cuernos los primeros y crestas de cuero los segundos; ambos se representan con escudos redondos, de 1 m de diámetro, donde una sencilla correa los hacía más manejables que los escudos egipcios para la violenta lucha a pie y con espada. El arma principal era una afilada espada de 1 m de longitud, con punta cónica; la empuñadura y la hoja parecen haberse fundido a la vez, al igual que los cuchillos de bronce de la época hoy exhibidos en el Museo Británico. Probablemente, las espadas fueron al principio de bronce, pero a partir del año 1200 a.C. se hizo un uso creciente del hierro, nuevo metal que aportaba un mejor filo cortante. Nuestro conocimiento del paladín filisteo Goliat de Gat indica que el combate entre paladines formaba parte importante de la guerra entre los pueblos del mar.

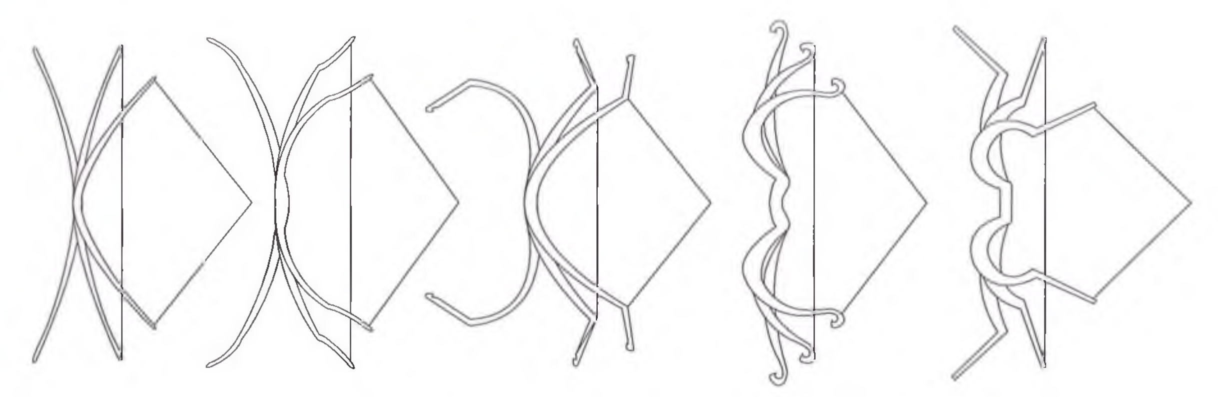


ESTATUA DE TUTANKAMON encontrada en su tumba que muestra al faraón presto para la batalla, con la lanza levantada para ensartar al enemigo.

Hombres de hierro: los asirios

Aunque los historiadores procuran apartarse de las analogías, resulta tentador ver al pueblo asirio, que dominó Oriente Medio entre 900 y 612 a.C., como un antecedente histórico de la Alemania nazi: un régimen agresivo y sustentado en un vengativo espíritu asesino sostenido por una magnífica y triunfante máquina de guerra. Como el ejército alemán durante la II Guerra Mundial, los asirios eran los más avanzados, tecnológica y doctrinariamente, de su época y sirvieron de modelo a generaciones futuras.

Los asirios fueron los primeros en hacer un uso extenso de las armas de hierro. A diferencia del estaño necesario para fundir el bronce, el hierro era común en Oriente Medio, con lo que no sólo las armas fabricadas eran mejores que las de bronce, sino que podían producirse en masa. El rey asirio Salmanasar III marchó sobre Siria en el año 845 a.C. con un ejército de 120.000 hombres; los egipcios contaron en Megiddo y Kadesh con ejércitos de 20.000 soldados. Los asirios necesitaban grandes ejércitos porque vivieron en un estado de guerra casi constante que les llevó a conquistar el mayor imperio conocido en la historia y a recurrir a la coerción, e incluso al terror extremo, para conservar su dominio. Crónicas coetáneas se centran menos en los detalles militares de las campañas que en jubilosas descripciones del desuello de los jefes enemigos capturados y del exterminio o deportación forzosa de sus súbditos; las imágenes muestran bosques de cuerpos empalados decorando las murallas de las ciudades caídas y soldados asirios saludando a su rey con las cabezas de sus enemigos. La patria asiria era el fértil territorio



Diferentes arcos antiguos, desde el más sencillo de la izquierda, hasta el más avanzado arco compuesto de la derecha. El diagrama muestra los arcos en tres posiciones: antes de tensarlo, en reposo tensado y preparado para disparar la flecha.

del norte de Irak, y sus conquistas comenzaron hacia el año 1100 a.C., cuando se desencadenaron conflictos tribales contra los arameos que incursionaban hacia el oeste. Bajo la égida del rey Assurnasirpal II (883-859 a.C.), Asiria empezó a seguir una estrategia coherente, conquistando Siria y el Levante y llegando al Mediterráneo en el año 877 a.C. El hijo de Assurnasirpal, Salmanasar II, estuvo en guerra durante 31 de los 35 años de su reinado, culminando en la gran batalla que enfrentó al ejército asirio contra una coalición encabezada por los sirios en Karkar en el año 853 a.C. Quedan muy pocos vestigios de ella, pero sabemos que fue una costosa victoria que llevó temporalmente al abandono por los asirios de sus intentos por someter a Siria.



Arquero y lancero persas de un relieve de la época. El escudo del lancero es grande y le protege bien el torso. Ambas figuras llevan espadas cortas.

El ejército asirio de su fase expansionista era una fuerza combinada que comprendía un arma de ataque de carros y una gran fuerza de caballería, pero su columna dorsal era la infantería. El ejército se guarnecía a través de un servicio a tiempo parcial, en el que los campesinos asirios eran reclutados durante los meses de verano pero se les liberaba para la cosecha, de forma que no se perturbara el calendario agrícola. Tenemos la suerte de que los asirios dejaron numerosas ilustraciones realistas de su ejército en acción y, a diferencia de los egipcios, recogieron en ellas todas las armas y graduaciones. Las Puertas de Balawat proceden de uno de los palacios de Salmanasar II, y sus 16 bandas de refuerzo de bronce se exhiben hoy en el Museo Británico. Cada banda representa hechos de una campaña, una de las cuales muestra quizá la acción de Karkar, con arqueros actuando como soporte de un ataque de carros disparando desde detrás de unos escudos alargados sostenidos por lanceros. Ambos tipos de tropa llevan el típico casco cónico asirio y armaduras ligeras, aparentemente de cuero con correajes verticales de bronce cosidos, un estilo que confirman los hallazgos arqueológicos. También se muestra a masas de arqueros atacando ciudades amuralladas. Estas puertas proporcionan una primera evidencia de la práctica de acompañar a cada arquero con un escudero,

con el objeto prioritario de proteger al primero de las flechas enemigas.

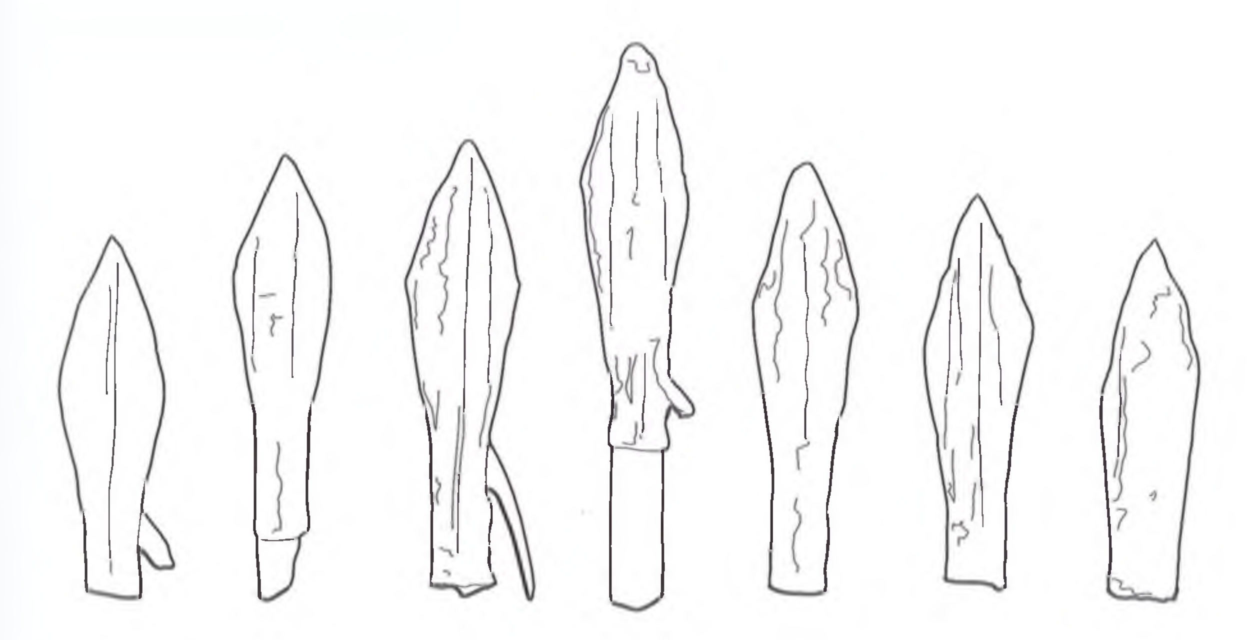
Declive y renacimiento

La sucesión de Salmanasar por una serie de reyes débiles produjo un declive asirio que duró 80 años, culminando en el vasallaje rendido a la odiada rival de Babilonia. Asiria experimentó después un renacimiento bajo Tiglat Pileser III (745-727 a.C.). Este monarca llevó a cabo extensas reformas del ejército, reafirmó el control central sobre el imperio, reconquistó el litoral mediterráneo e incluso sometió a los babilonios. Con Sargón II y sus descendientes (721-627 a.C.), el imperio alcanzó su máxima extensión: Senaquerib conquistó a los filisteos y puso sitio a Jerusalén, sin rendirla, en 701 a.C., y en el 693 a.C. asoló Babilonia para sofocar una rebelión. Sin embargo, en el reinado de Assurbanipal (668-627 a.C.), Asiria sufrió serias tensiones. Las fronteras del norte estaban bajo la constante amenaza del reino de los medos y de un pueblo nómada de las estepas, los escitas, mientras los límites orientales resistían la presión de una renacida Babilonia. En el año 615 a.C., los medos invadieron y asolaron Asiria, y en el 612 a.C. ejército medo-babilonio saqueó la capital asiria, Nínive, poniendo fin al imperio.



UN ARQUERO ASIRIO se prepara para disparar una flecha. Lleva una espada para defenderse, pero los arqueros asirios iban a menudo acompañados por escuderos, que les protegían de las flechas enemigas.

Tiglat Pileser III sustituyó la movilización obligatoria por una leva de hombres impuesta en cada provincia, y exigió asimismo contingentes de los estados vasallos. Las ilustraciones de la época de Tiglat Pileser indican que se mantuvo la asociación entre arqueros y escuderos, pero los escudos eran sustituidos a menudo por altas pantallas transportables de carrizo, cubiertas con metal o pieles engrasadas, y curvas en la parte superior para proteger a la pareja de las flechas que caían. Quizá en el campo de batalla se llevaban escudos, mientras que las pantallas se reservaban para asaltos a fortificaciones. En 700 a.C. se usaban diferentes formaciones. El Museo Británico muestra paneles esculpidos de Nínive de entre el 700 y el 692 a.C. que representan escenas de las campañas de Senaquerib: una muestra el asalto a la ciudad judía de Laquis en el año 701 a.C. Enfrente se observa una formación de tipo falange de tropas de choque, de seis a siete filas, con escudos circulares y lanzas de 2 m de largo. Los soldados llevaban una versión más corta de la armadura ligera y una nueva forma de casco con cresta de crin de caballo, que podría proceder de la Guardia Real (*Kisir Sharruti*). Detrás hay entre seis y siete filas de arqueros, algunos sin armadura, otros con ella, parecidos a sus antepasados de las Puertas de Balawat, y tras ellos figuran tres filas más de honderos con armadura. El poder que estas armas arrojadizas otorgaba a las tropas de choque es formidable: la evidencia arqueológica demuestra que el arco compuesto de los asirios disparaba flechas con punta de hierro, hechas en talleres del estado, a distancias de 650 m, mientras que los honderos lanzaban proyectiles puntiagudos con un alcance posible de 100 m, capaces de infligir heridas graves atravesando la armadura. Tal vez los honderos apuntaban a objetivos concretos de las fortificaciones, mientras que los arqueros cumplían una labor más general de ataque en



PUNTAS DE FLECHAS DE LOS ESCITAS, de una tumba del siglo IV a.C. cerca de Kiev, Ucrania. Las puntas de flecha eran todas de bronce. Tenían una lengüeta única y larga para dificultar la extracción del cuerpo de la víctima.

apoyo de las tropas de asalto. Cada tipo de tropa parece haber formado una unidad o subunidad independiente. Un panel más del mismo lugar y período muestra a tropas custodiando a los esclavos en una mina, donde aparecen claramente las parejas arquero-lancero, mientras que en otro figura un arquero disparando desde detrás de una pantalla, como en tiempos de Tiglat Pileser III (aunque estas ilustraciones pueden ser históricas o temáticas). Otro panel, fechado hacia el 620 a.C., menos de una década antes del fin del imperio, muestra nuevamente a los arqueros y lanceros formando por separado. Fuera cual fuere la formación, la infantería asiria alcanzaba una eficacia semejante en las labores de asedio, la lucha en campo abierto y las operaciones contra grupos pequeños, y estaba claramente entrenada para cooperar con otros cuerpos y tipos de infantería.

Ascenso de los persas

En el año 550 a.C., el príncipe persa Ciro derrocó al último rey de los medos y lanzó una serie de campañas para conquistar Babilonia y Anatolia. Los sucesores de Ciro añadieron Egipto, el norte de la India y una parte del sudeste de Europa. El ejército persa de aquel período se basaba en levas de cada *satrapía* (provincia) del imperio, y era inmenso incluso para los usos de 2.000 años después. El historiador griego Herodoto de Halicarnaso, conocido por su tendencia a la hipérbole, estimó que el ejército del gran rey Jerjes en 480 a.C. sumaba 2,4 millones de hombres, entre ellos 1,7 millones de soldados de a pie. El historiador romano Arriano



ARQUERO ESCITA del siglo VI o V a.C. Un gorytos, *mezcla entre aljaba y tahalí, cuelga detrás del muslo izquierdo. Lleva un arco compuesto.*

calculó que Alejandro se hubo de enfrentar a un ejército persa de 600.000 hombres en Isos (333 a.C.), y a un cuerpo de solo infantería de un millón de soldados en Gaugamela (331 a.C.); otro historiador romano, Quinto Curcio Rufo, estimó una fuerza persa en Isos más conservadora, de 119.000 hombres, y en Gaugamela de 245.000, de los que 200.000 eran de infantería. No es posible contrastar estas cifras, pero la mayoría de las crónicas sugieren que una proporción notable de estos ejércitos era de baja calidad y dudoso compromiso; de ahí sus repetidas bajas ante las fuerzas griegas y macedonias, menores pero mejor dirigidas y adoctrinadas.

Las tropas se organizaban en *hazarabam* (grupos de mil), divididas en *sataba* («centurias»), y éstas a su vez en *dathabam* («decurias»). El núcleo de los primeros ejércitos persas era una fuerza regular de infantería que se apoyaba en un grupo de arqueros, y que prolongó la práctica asiria de asociar un arquero con un escudero. La primera línea de las formaciones de infantería consistía en *sparabara* (portadores de escudos), donde la *spara* era un rectángulo de cuero entretejido con mimbres que llegaba desde los hombros a los tobillos. Cada *dathabam* se desplegaba en una fila de diez, con el *dathapatis* (comandante de la sección) sosteniendo la *spara* y nueve arqueros alineados detrás. El *dathapatis* portaba una lanza arrojadiza de 2 m de largo para defender al resto de su sección; si caía, los arqueros se defendían del mejor modo posible con falces, unos cuchillos corvos con filo pero sin punta. Es interesante observar que los persas carecían inicialmente de arcos compuestos y portaban sencillos arcos de caña con un alcance efectivo de unos 150 m; los arqueros persas servían bien de apoyo a las cargas de caballería pero no tenían poder suficiente para descomponer una carga enemiga, como demuestran los desastres de Maratón y Platea. En la lucha cuerpo a cuerpo con griegos y macedonios, los persas estaban en desventaja ante la falta de armadura; un relieve de ladrillo vidriado del Palacio Real persa en Susa muestra a los miembros de la Guardia Real, los Inmortales, con vestimentas hasta los tobillos y las insignias de su regimiento, pero sin armadura, y hemos de suponer que las unidades de infantería no estaban mejor equipadas que ellos. En un raro tributo griego al valor de los persas, Herodoto observa que en Platea (479 a.C.), una vez deshecha la línea de *sparabara* por la falange espartana, los arqueros persas lucharon con bravura, pero fueron vencidos por no llevar armaduras y por la insuficiencia de su instrucción en el cuerpo a cuerpo. Por tanto, no sorprende saber que, cuando les era posible, las tropas persas intentaban apostarse en posiciones preparadas o detrás de obstáculos naturales.

> *«Los atenienses... cargaron contra los invasores... Cuando los persas vieron a los atenienses corriendo hacia ellos... los creyeron locos... porque veían su escaso número.»*
>
> *Herodoto*

Aparte de los persas y los medos, el grueso de la infantería persa era reclutado entre los pueblos sometidos, donde cada contingente usaba sus propias armas, organización y recursos tácticos. Herodoto anotó 35 nacionalidades diferentes en el ejército de Jerjes en el año 480 a.C. Muchos de estos contingentes tribales parecen haber sido arqueros, como los propios persas, pero el árabe llevaba arcos compuestos, el equipo de los lidios no era muy diferente del griego (lo que lleva a pensar que Jerjes pudo tener una pequeña fuerza hoplita a sus órdenes) y los tracios portaban jabalinas, escudetes y pequeños puñales (lo que sugiere que formaban un gran cuerpo de escaramuzadores).

Los ejércitos persas evolucionaron en los siguientes 150 años, en parte como consecuencia de su experiencia en Grecia en el período 490-479 a.C. Se intentó corregir la falta de infantería pesada mediante el recurso a kurdos, misios y otros mercenarios como *takabara*, que combatían con lanzas arrojadizas y el *taka*, un escudo grande de cuero. Cuando les fue posible, los persas reclutaron mercenarios, principalmente hoplitas que luchaban en formación de falange, pero también peltastas y otros expertos en escaramuzas. De ellos, los más conocidos fueron los «Diez Mil» de Jenofonte, cuya retirada desde el corazón del imperio persa después de la batalla de Cunaxa (401 a.C.) se refiere en la *Anábasis*, un relato detallado de primera mano de las

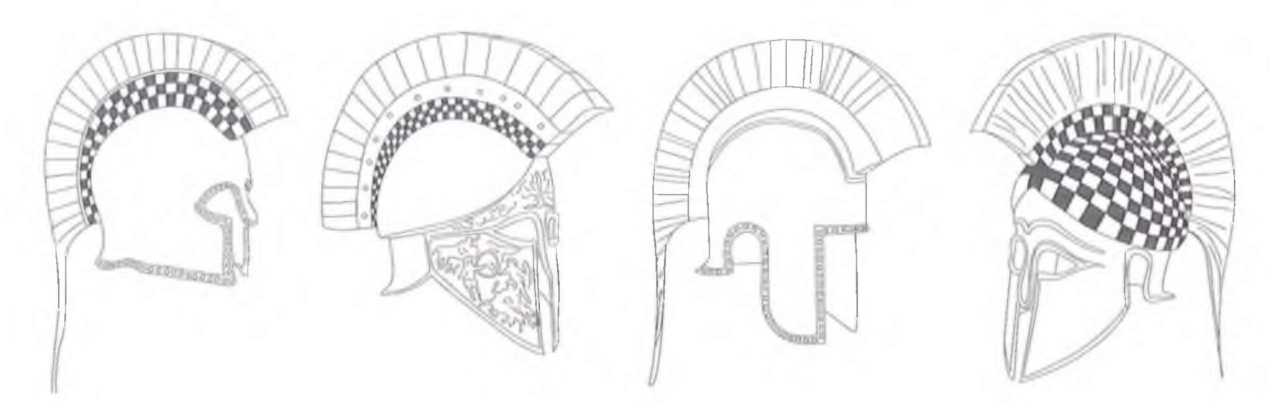
guerras de este período. Alejandro se enfrentó a 30.000 hoplitas griegos mercenarios en Isos y a unos 60.000 hombres *Kardaka*, jóvenes nobles persas descritos por Arriano (que citaba a uno de los generales de Alejandro, Tolomeo) como «infantería pesada». Sin embargo, Jenofonte los describe como los que acompañaban al rey en sus cacerías llevando dos jabalinas, un arco y un hacha de combate semejante a un pico. Tal vez algunos de éstos se convirtieran en hoplitas bajo el comandante mercenario ateniense Timoteo, hacia el año 370 a.C., mientras que otros recibieran instrucción como peltastas. Así lo sugiere su despliegue en Isos, donde cada flanco de la falange mercenaria de los griegos estaba cubierto por 30.000 hombres. Los *Kardaka* no estuvieron, aparentemente, en Gaugamela, donde sí formó la Guardia Real persa, conocida como «Portadores de Manzanas», por la forma semejante a este fruto que tenía el contrapeso del extremo de sus largas lanzas de 2 m. Dos de ellos aparecen representados en el célebre mosaico encontrado en Pompeya que muestra a Alejandro atacando el carro de Darío; uno lleva una lanza y el otro un arco, lo que sugiere que pudo haberse mantenido la organización de tipo *sparabara*. El lancero se defiende con un *hoplon* o escudo, mientras que el arquero viste una coraza hecha aparentemente de tiras de cuero reforzadas con tachones de bronce.

Los hoplitas

Comparados con los de los imperios medio-orientales, los ejércitos de la Grecia clásica parecían pequeños, tecnológicamente atrasados y de tácticas poco sofisticadas. No obstante, los griegos infligieron aplastantes derrotas a los persas en Maratón (490 a.C.) y Platea (479 a.C.); y en el año 480 a.C., apenas 7.000 espartanos y sus aliados resistieron a los persas, que los decuplicaban en número, en el desfiladero de las Termópilas. La cultura militar griega difería bastante de la de Oriente Medio: la ética del guerrero era sólida, con ejércitos basados en la acción de choque de los hoplitas, una infantería pesada que combatía en formación de falange. Los hoplitas procedían de una milicia de ciudadanos-soldados, con un compromiso personal en el resultado de la mayoría de las batallas, y recibían un fuerte adoctrinamiento con propaganda nacionalista y mitos heroicos. Por tanto, la epopeya nacional de *La Ilíada*, con sus relatos detallados de combates heroicos individuales, sirve menos como un registro de la historia militar que como reflexión sobre la mentalidad militar de la Grecia clásica.

La Ilíada fue compuesta por Homero hacia el 800 a.C. y describe un período de la guerra de Troya (c 1000 a.C.), centrándose en el antagonismo entre el héroe griego Aquiles y el troyano Héctor. En el relato se entretejen otros episodios. Los «griegos» de la guerra de Troya corresponden a la civilización preclásica de Micenas, de la edad del bronce, datada entre 1400 y 1000 a.C., aproximadamente. Es difícil saber si Homero describe las guerras del período micénico o las suyas, dos siglos más tarde, o bien una fusión artística de ambas. La evidencia arqueológica indica que los ejércitos micénicos pudieron recibir la influencia de los de Oriente Medio, que consistía en un cuerpo de carros apoyados por formaciones de infantería. Las armas descubiertas incluyen espadas no muy distintas de las de los pueblos del mar, y anchas puntas de bronce de pesadas lanzas arrojadizas. El denominado *Vaso del guerrero* de Micenas muestra a un soldado llevando una de estas lanzas y un escudo en forma de media luna, con casco de cuernos y una coraza, así como grebas de un material no identificable. No hay evidencias que refuten la noción homérica de los combates directos entre paladines; la historia de David y Goliat indica que se practicaba también entre los pueblos del mar, contemporáneos y culturalmente emparentados con los micénicos. Sin embargo, muchos historiadores sostienen que tal práctica era más propia de los tiempos de Homero, la llamada «edad oscura» griega. Las batallas de aquel período eran refriegas indisciplinadas en las que dominaba la ética del guerrero, con aristócratas y paladines que se enfrentaban entre sí por prestigio.

Desde el año 700 a.C. emergió un arte de la guerra radicalmente diferente, cuando Corinto, Esparta y Argos desarrollaron la falange hoplita. En este desarrollo subyacen aparentemente dos factores, uno económico y el otro político. En términos económicos, la reapertura de las rutas de comercio y el establecimiento de colonias en Italia, Anatolia y las islas del Egeo mejoraron la prosperidad, así como el número de hombres capaces de llevar armas y armadura, antes marca exclusiva de una pequeña aristocracia. Las raíces político-culturales de la falange se asientan



CASCOS HOPLITAS GRIEGOS, *de izquierda a derecha: un sencillo casco corintio; el diseño corintio clásico con largas carrilleras; un casco ilirio posterior, y un diseño corintio tardío con un espacio para las orejas que mejoraba la audición.*

en la aparición, también en aquella época, de la *polis*. Según Aristóteles, la *polis* era un estado autónomo y autosuficiente, unido por un sentido de la comunidad y una idea compartida de la finalidad, expresado en un conjunto de leyes y obligaciones cívicas que atañían a todo ciudadano por igual. En Atenas, todos los hombres libres estaban obligados a votar en las decisiones del estado, siendo literalmente «atados» en la Acrópolis por esclavos para ejercer este deber, y los altos oficiales, incluidos los comandantes militares, se elegían durante períodos anuales fijos. En Esparta, los ciudadanos varones estaban sometidos de por vida a un rígido programa de instrucción militar y a un código de conducta que obligaba a todos, desde los dos reyes hacia abajo, ideado en el siglo VIII a.C. por el legendario legislador Licurgo.

La principal obligación de la *polis* era la defensa en tiempos de guerra. Esta actitud llegó al extremo en Esparta, donde todos los hombres tenían prohibido asumir cualquier profesión que no fuera la soldadesca. Sin embargo, incluso la «democrática» Atenas exigió a todos los ciudadanos varones de entre 17 y 59 años servir en la guerra. Podría aducirse, por tanto, que la falange era la *polis* en armas, un cuerpo colectivo e igualitario de ciudadanos-guerreros motivados patrióticamente de un modo imposible para cualquier leva o grupo mercenario o profesional, un símbolo físico de la frontera. Sumemos la casi absoluta homogeneidad de las armas dentro de la falange y encontraremos una formación completamente ajena a la existente en los ejércitos de los imperios de Oriente Medio.

Equipamiento básico

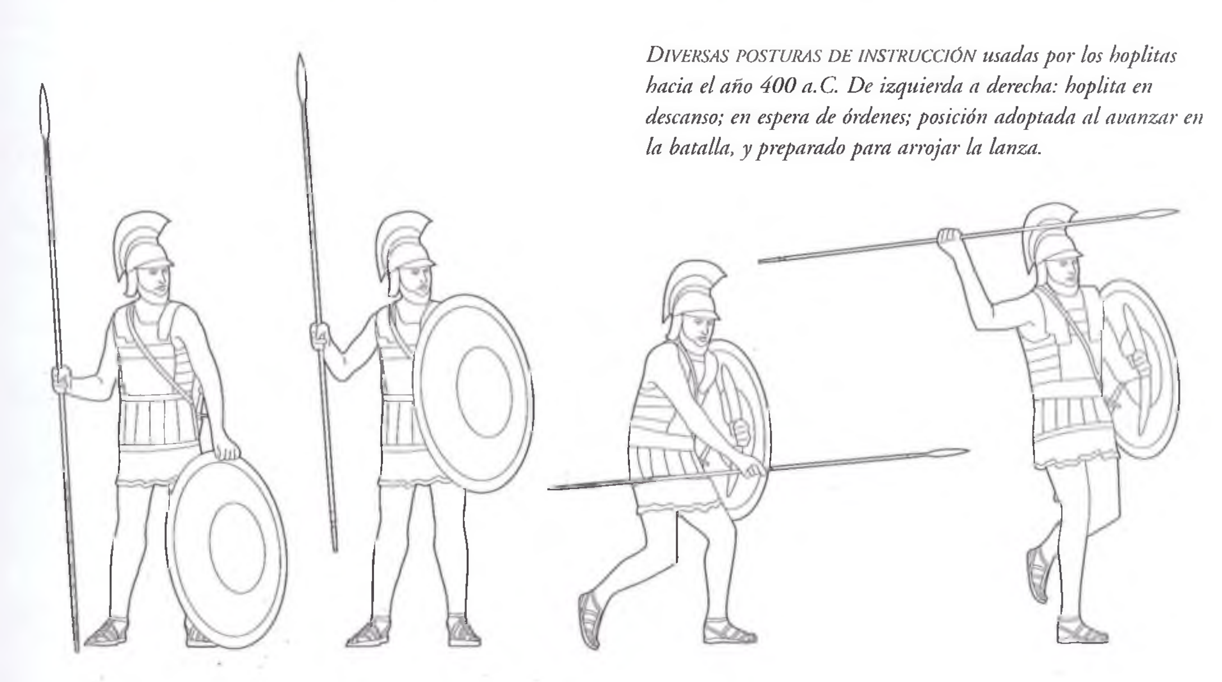
El elemento esencial del equipamiento de los hoplitas era el *hoplon* o escudo argivo del que tomaban su nombre. El *hoplon* era un escudo bastante plano, en principio de madera ribeteada en bronce, pero más tarde cubierto completamente con esta aleación, y de un diámetro de 80 a 100 cm. Tenía doble asa, consistente en una tira metálica o de cuero en el centro, a través de la cual se introducía el brazo izquierdo hasta el codo, con un cordón o asa de cuero para la mano en el borde exterior. Se hacía así solidario con el brazo, y por su concavidad se deduce que se apoyaba en el hombro, haciéndolo más fácil de transportar, pero menos manejable que si tuviera un asa única. El *hoplon* se pintaba invariablemente con un blasón (rostros de gorgonas, minotauros y otros monstruos populares), pero los espartanos forzaron una estricta uniformidad, y sus escudos llevaban la letra *lambda*, inicial de *Lakedaimonoi*, el nombre por el que son conocidos con más propiedad.

El otro elemento distintivo del equipamiento hoplita era el casco, también de diversos estilos. El tipo más común era el corintio, que cubría toda la cabeza y la cara, con una rendija en forma de T para los ojos y la boca, y más tarde protección para la nariz. De él evolucionó el modelo ático, que no cubría la cara y tenía carrilleras articuladas. Sin embargo, el tipo más antiguo fue el ilirio, que cubría el cráneo y las mejillas, pero no la cara, y estaba provisto de una distintiva cresta metálica. El tipo tracio, posterior, se basaba en el gorro típico tracio de piel de zorro, con carrilleras, a veces unido en la barbilla y esculpido de manera que semejara una barba.

Existe cierto debate sobre el resto de la armadura hoplita. Algunos historiadores interpretan literalmente el arte griego, y sostienen que los hoplitas combatían desnudos; sin embargo, otros hallazgos arqueológicos y obras de arte no sustentan esta teoría. Se han encontrado corazas y grebas en gran cantidad, y en numerosas obras artísticas se representan a hoplitas con armadura. Una de las más antiguas, el *Vaso Chigi*, datado hacia el año 650 a.C., muestra a hoplitas con corazas de bronce «musculadas», esculpidas al modo de la musculatura del torso del portador. Se han encontrado corazas musculadas a partir del siglo VII a.C., pero a pesar de su descripción corriente en el arte griego, eran demasiado costosas como para formar parte común del equipamiento y, de hecho, suelen ser verdaderas obras de arte; constaban de peto y espaldar unidos mediante bisagras, a veces con una plancha semicircular que pendía del peto para proteger las ingles. Desde el siglo VI a.C., fueron más comunes las corazas hechas con estratos de lino encolados hasta constituir una capa de unos 5 cm de espesor. Formaban así un coselete que cubría el torso y los hombros, con un faldellín sobre la parte inferior del abdomen, normalmente dividido en *pteryges* («alas») para facilitar el movimiento. Las grebas de bronce, sobre las tibias y a menudo esculpidas para simular la propia musculatura, completaban la panoplia hoplita.

El arma principal del hoplita era una lanza arrojadiza, llevada sobre la cabeza, de 1,5 a 2,5 m de largo, con asta de fresno, cabeza de hierro en forma de hoja y una pica terminal de bronce. Se han encontrado diversos tipos de espadas, pero desde el siglo V a.C. dos fueron los más comunes: una de ellas tenía filo de hierro de unos 60 cm de largo, usada como arma de asalto; la otra era el *kopis*, que pudo tener un origen etrusco o macedonio y hoja de un solo filo de 65 cm con forma de pata de perro, semejante al *kukri* de los gurkas, del que pudo ser un antecedente. Las espadas se usaban únicamente como armas de defensa, y en las acciones de choque se recurría casi exclusivamente a la lanza.

Jenofonte anotó la única organización detallada que se conserva de la falange hoplita que, al ser espartana, no era probablemente la habitual. La falange espartana se dividía en seis *morai*, donde al frente de cada *mora* se situaba un *polemarca*; por debajo había cinco *lochagai*, ocho *pentekostyes* y 16 *enomotarcas*, cada uno de ellos como comandante de un *enomotia* (pelotón) de 36 hombres. El *enomotia* se dividía en tres filas de 12, y el *enomotarca* encabezaba la fila derecha, con el *ouragos* (el segundo al mando) en la parte de atrás. El ejército ateniense consistía en diez *taxeis* (regimientos), uno por cada tribu de Atenas, y comandado por un *taxiarca*; los *taxeis* tenían tamaño variable y, pese a las referencias a *lochagoi* de algunas crónicas de batallas, es improbable que la organización por debajo de los *taxeis* fuera tan compleja como la espartana.



DIVERSAS POSTURAS DE INSTRUCCIÓN usadas por los hoplitas hacia el año 400 a.C. De izquierda a derecha: hoplita en descanso; en espera de órdenes; posición adoptada al avanzar en la batalla, y preparado para arrojar la lanza.

En cuanto a la formación en batalla de estas unidades, el diseño del *hoplon* significaba que sólo podían cubrir el lado izquierdo del cuerpo; la falange formaba en un orden cerrado con los escudos dispuestos, de modo que cada hombre protegía con el suyo el lado derecho desguarnecido del compañero. Se produjo así un fenómeno comentado por Tucídides:

«En verdad todos los ejércitos, cuando se ponen en acción, suelen cabecear indebidamente hacia el ala derecha en sus acometidas y, así, dominan con su ala derecha la izquierda del enemigo. Y ello hace que, por temor, cada soldado proteja lo más posible su lado derecho desguarnecido con el escudo del compañero más próximo, al considerar que cuanto más cerca estén los escudos mayor será la seguridad. El problema se inicia en el hombre del extremo derecho de la primera línea que, en su afán de hurtar su lado desnudo al enemigo, extiende esta prevención a los demás, que siguen su ejemplo» (Tucídides V.71).

Ni siquiera los disciplinados espartanos eran inmunes a este fenómeno: en la batalla de Mantinea, en las guerras del Peloponeso (418 a.C.), que Tucídides describe en este pasaje, el ala derecha espartana fue extendiéndose gradualmente sobre la izquierda ateniense, mientras la derecha de Atenas avanzaba hacia la izquierda de Esparta.

Tucídides observa que en la falange espartana en Mantinea había ciertas variantes en el número de filas, pero «en conjunto eran de ocho líneas de fondo» (Tucídides V.68). Jenofonte refiere que los espartanos modificaban la profundidad de su falange según las circunstancias tácticas: a veces, una *enomotia* contenía tres de frente y 12 en fondo, a veces seis y seis. Tucídides narra que en Delio (424 a.C.) la falange ateniense tenía ocho en fondo, mientras sus oponentes tebanos se organizaban en 25 en fondo. En la práctica común ateniense parece que se formaban ocho filas, como sucedió en Siracusa en el año 415 a.C. Las falanges más pesadas fueron las de Tebas: en Leuctra (371 a.C.), los espartanos desplegaron 12 en fondo, y fueron aplastados en su flanco derecho por un inmenso ariete de 80 hombres de frente y 50 en fondo, formado a tal efecto por el rey tebano Epaminondas.

La falange era, sin embargo, más que una simple disposición táctica de choque. En concreto, los hoplitas espartanos, con una vida de intensa agitación, eran capaces de una sorprendente maniobrabilidad para una formación de su clase. Jenofonte describe cómo su entrenamiento en la contramarcha les permitía reorientar rápidamente su falange en cualquier dirección; Herodoto relata que en las Termópilas los hoplitas espartanos, tal vez recurriendo a este método, ejecutaron con éxito retiradas fingidas, una táctica más habitual entre las tropas ligeras. En Cunaxa, los Diez Mil, instruidos por el espartano Clearco, rompieron el flanco izquierdo persa, abrieron las filas para dejar pasar indemnes los carros persas de cuchillas, persiguieron a sus enemigos hasta estar a 5 km del campo de batalla, volvieron sobre sus pasos y mantuvieron la posición para repeler una carga de caballería, lo que indica una formación poderosa, flexible y ágil.

Tácticas comunes

Sin embargo, la táctica más común de la falange era un simple avance hacia el contacto. Tucídides describió el avance de los dos ejércitos en Mantinea:

«Los argivos y sus aliados avanzaron con gran violencia y furia, mientras los espartanos progresaban con lentitud al son de la música de los numerosos flautistas de sus filas. Esta costumbre no tiene nada de religiosa: su propósito es que marchen al paso todos juntos, sin desorganizar las filas» (Tucídides V.70).

Los espartanos y otros ejércitos posteriores avanzaban cantando el himno guerrero nacional o peán, que les instaba a reverdecer las hazañas de sus intrépidos ancestros. Existe la opinión general de que una falange en movimiento era una visión aterradora: según Jenofonte, incluso un ataque simulado de los Diez Mil que pretendía distraer a la reina de Cilicia, extendió el pánico entre sus aliados persas; más adelante, en Cunaxa:

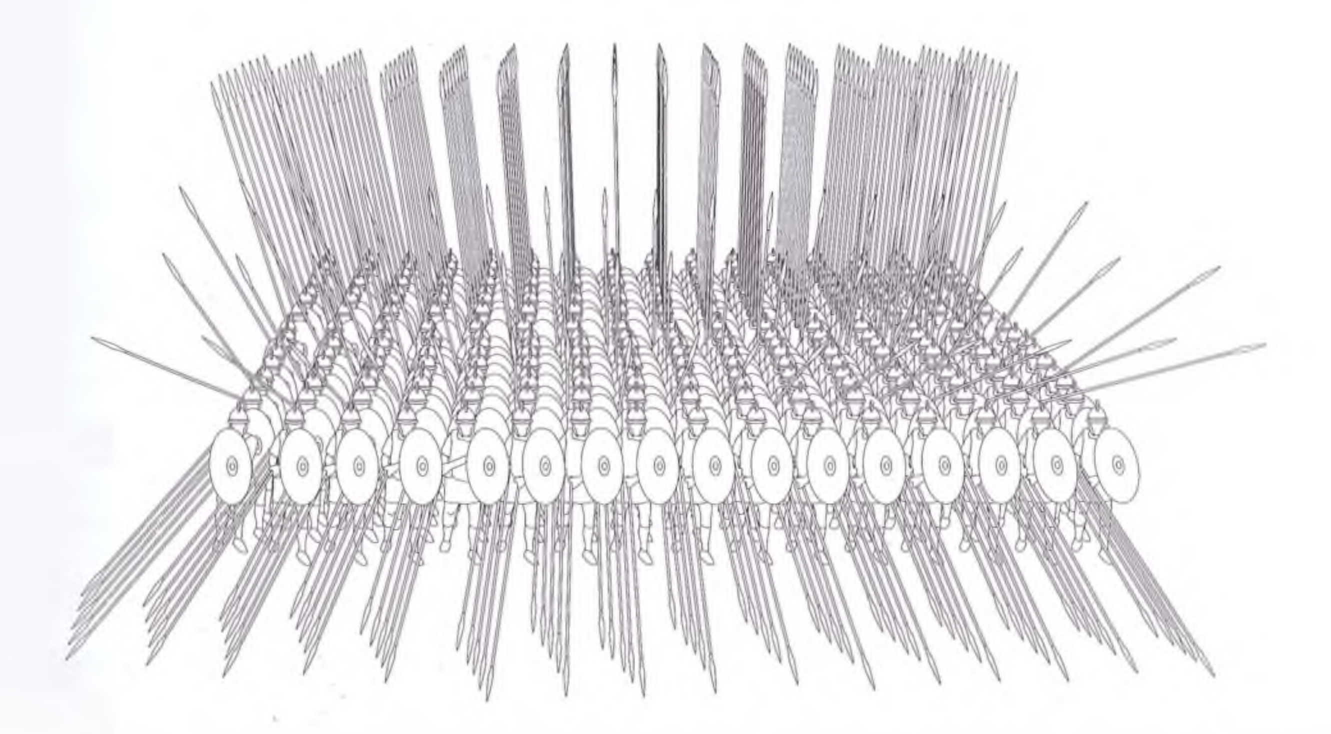
«Los griegos avanzaron hacia el enemigo entonando el peán. Conforme se acercaban, parte de la falange se adelantó al resto y la que quedó atrás empezó a marchar a doble paso. Al mismo tiempo, lanzaron todos el grito del "Eleleu", que invocaba al dios de la guerra [Ares] sin dejar de correr hacia el enemigo. Algunos pretendieron espantar a los caballos haciendo entrechocar lanzas y escudos. Y los persas, aun antes de estar al alcance de las flechas, flaquearon y huyeron» (Jenofonte, *Anábasis*).

No está claro lo que sucedía cuando el enemigo no huía. Las pruebas de la época indican que los encuentros entre distintas falanges se resolvían en una mezcla de empellones, escudo contra escudo (el *othismos*), y alanceamientos, hasta que una se abría paso. El *Monumento a las Nereidas de Lidia*, hacia el 500 a.C., muestra a dos hoplitas inclinándose uno contra el otro, escudo con escudo, intentando atravesarse con la lanza. La crónica de Tucídides de la batalla de Delio (423 a.C.) habla de la lucha inquebrantable en el ala beocia, «con escudo prieto contra escudo», hasta que algunas tropas «dejan paso», creando huecos en la línea beocia por los que cargan los atenienses; en el otro flanco, los tebanos «superan a los atenienses, haciéndolos retroceder de inicio y manteniendo la presión hasta que rompen el flanco» (Tucídides IV.96). Otra evidencia de la importancia de la presión en masa es la creciente profundidad de la falange, que culmina en el modelo de 50 en fondo de los tebanos en Leuctra, donde la exhortación de Epaminondas a «dar un paso más para complacerme» sugiere una contienda imponente en la que los espartanos fueron literalmente barridos. Dada la longitud de la lanza hoplita, la formación cerrada de los hombres de al menos cuatro filas podían ensartar a los de la primera línea enemiga, ayudando a sus compañeros en su acción de empuje y alanceamiento contra los oponentes con una amenaza múltiple. Como además debían avanzar para ir relevando a los compañeros caídos en las filas delanteras, cuanto más profunda fuera la falange mayor sería la eficacia para mantener una lucha prolongada. Por tanto, aun cuando la falange no superara al contrario en el primer envite, podría derrotarlo por desgaste; en todo caso, la profundidad de la formación, combinada con la determinación de sus individuos, era de importancia sustancial.

Maratón: 490 a.C.

En el año 490 a.C., Persia invadió Grecia, en un intento de destruir Atenas antes de que se convirtiera en una amenaza importante para su seguridad. La consecuencia fue Maratón, la primera de una serie de batallas en las que las falanges griegas derrotaron ampliamente a las fuerzas persas. Por desgracia, nuestra fuente principal sobre Maratón es Herodoto, que mezcla historia, mito y propaganda en una narración única e ininterrumpida. Pero su crónica de Maratón no es tan difusa como acostumbra,

VISTA DE FRENTE de una speira *macedonia, unidad básica de una falange. Salvo las cuatro o cinco primeras filas, las demás llevaban las lanzas en alto para entorpecer la lluvia de flechas dirigidas contra la falange.*



y la mayoría de los historiadores modernos la aceptan como fundada.

Maratón fue la culminación de una larga «guerra fría» entre Persia y Atenas. La conquista de Asia Menor por Ciro el Grande puso a las colonias griegas de Jonia bajo el yugo persa. Ciro, un conquistador humano y tolerante, permitió a los jonios conservar gran parte de su independencia, siempre que se sometieran a la autoridad de su *sátrapa* (gobernador) en Sardes, la antigua capital de Lidia en Anatolia occidental. Sin embargo, los jonios se levantaron en el año 499 a.C. y recibieron el apoyo de 25 expediciones de Atenas y Eretria. Atenienses y eretrios desembarcaron en Éfeso, se unieron a los jonios para incendiar Sardes y después se retiraron. Darío I sometió la revuelta en el 494 a.C., pero nunca la olvidó ni perdonó a los atenienses, que supuestamente le habían jurado lealtad en el 507 a.C.: cada noche, un esclavo le susurraba «¡Recuerda Atenas!» mientras le servía la cena. En el 491 a.C., Darío envió embajadores a las *polis* griegas exigiéndoles sumisión. Entre los primeros en aceptarla estuvo la *polis* insular de Egina, que dominaba el mar de entrada a Atenas. Los atenienses respondieron acusando a los eginos de haber planeado unirse a Persia en una guerra contra sus compatriotas griegos; pronto estalló la guerra, con Esparta como aliada de Atenas. Darío aprovechó esta hostilidad contra un «vasallo» como pretexto para invadir Grecia.

«[Los griegos] gritaron todos a una... y entonces se pusieron a correr... haciendo sonar sus lanzas contra sus escudos. Pero los persas, antes incluso de estar a tiro de sus flechas, dudaron y echaron a correr.»
JENOFONTE

El rey persa nombró dos comandantes: Datis, un medo, y Artafrenes, sobrino del monarca. Herodoto dice que mandaban un «inmenso ejército» que necesitó 600 trirremes para su transporte. Datis tomó Eretria a traición, saqueó la ciudad y esclavizó a su población en venganza por la quema de Sades. Confiado en destruir Atenas, zarpó hacia Maratón, en la costa ática, eligiendo aquel lugar como campo de batalla porque el terreno abierto favorecía a su gran fuerza de caballería.

Atenas reunió a su clase hoplita, que marchó al encuentro de los persas en Maratón. Los atenienses tenían diez comandantes, uno por cada tribu de Atenas, que asumían por turnos, cada día, el mando general del ejército. El más destacado era Milcíades, personaje maquiavélico y ambicioso que había sido tirano, o regente absoluto, en el Quersoneso, en el norte de Asia Menor, antes de ser expulsado por los fenicios, vasallos de Darío. Al salir de Atenas, los comandantes enviaron a Filípides, un corredor profesional, a Esparta para pedir ayuda. En el camino, cuenta Herodoto, Filípides tuvo una visión del dios Pan, deidad terrorífica de la naturaleza que infectaba a sus seguidores con una furia frenética y a sus enemigos con igual frenesí de terror «pánico». Pan prometió su apoyo a Atenas y, ante la inmensa agresividad de los griegos en Maratón, es disculpable la licencia artística de Herodoto. La misión real de Filípides no tuvo fruto: los espartanos se regían por una ley que no les permitía combatir durante la luna creciente, y todavía no se había alcanzado el plenilunio.

Herodoto no aporta detalles de las fuerzas reunidas en Maratón, pero los historiadores modernos estiman que la dimensión de la fuerza de Datis era de unos 19.000 hombres de infantería y 1.000 de caballería. La fuerza griega estaba formada por unos 10.000 hoplitas atenienses y otros 400 del aliado de Atenas, Platea. El tamaño del ejército persa fue un elemento de debate entre los comandantes griegos sobre lo que convenía hacer. Atenas sometía a voto incluso las decisiones militares más importantes, y los diez comandantes se dividían entre quienes defendían la retirada ante la inmensa fuerza de los persas, presumiblemente hasta que llegaran los espartanos, y los partidarios de un ataque inmediato, entre los que sobresalía Milcíades. La decisión correspondió finalmente a Calímaco, el arconte de la guerra. Calímaco ocupaba este cargo antiguo, principalmente ceremonial, que según la tradición le permitía comandar el ala derecha del ejército (el «lugar de honor» en los ejércitos griegos y helénicos), pero lo más importante es que conservaba un voto de calidad en caso de desacuerdo entre los diez



Hoplita, c 500 a.C.

Un hoplita típico del período de las guerras médicas. Su arma principal era una larga lanza con punta de hierro, que podía medir entre 2 y 3 m de longitud. Normalmente, en combate se llevaba por encima de la cabeza, y bajo el brazo en las maniobras. Una pica terminal de bronce ayudaba a compensar el peso. También posee una espada corta de unos 60 cm de longitud, hecha de hierro con guarniciones de bronce. La espada se usaba en movimientos de estocada y corte. Se llevaba en una vaina colgada del hombro. Como protección, el hoplita porta un hoplon *(escudo) de madera con cubrimiento de bronce y, por dentro, de cuero. El* hoplon *se sostenía con el antebrazo con un correaje y se asía con el puño izquierdo. Este casco corintio está rematado con un penacho de crines, teñido para amedrentar. El torso se protege con una coraza de lino y pequeñas láminas metálicas añadidas para un mejor efecto. En la base de la coraza estaban las* pteryges *o «plumas», tiras de tela que aportaban una medida de protección sin impedir la carga en carrera del hoplita contra el enemigo. Las tibias están cubiertas con grebas moldeadas de bronce, y en los pies el soldado calza unas sencillas sandalias.*

TÁCTICAS DE COMBATE GRIEGAS
La falange en Maratón, con cuatro filas en fondo o más.

Después se introdujo la caballería para proteger los flancos vulnerables, mientras las tropas ligeras (peltastas) *hostigaban al enemigo con jabalinas.*

Los tebanos usaban peltastas *y caballería para acosar uno de los flancos del enemigo, mientras avanzaban en formación oblicua, con la unidad de primera línea fuertemente reforzada, para atacar el otro flanco.*

El planteamiento macedonio consistía en hacer avanzar hasta el contacto una falange profunda, con una unidad de caballería pesada rompiendo un flanco y atacando al enemigo por la retaguardia.

En tiempos de los diádocos, se habían introducido elefantes en el campo de batalla. La clave seguía siendo el ataque por la retaguardia con caballería pesada, pero los elefantes se usaban para romper las líneas enemigas y desanimar a su caballería.

comandantes. Milcíades se acercó a Calímaco (al parecer, apartado de los demás) y le dijo que de él dependería que Atenas se convirtiera en la *polis* dominante de Grecia o en un vasallo persa, o incluso que se sumiera en la guerra civil. Enfrentado a esta severa lógica, Calímaco votó por la batalla. Cuando el turno del mando del ejército recayó en Milcíades, éste atacó.

Milcíades extendió la línea ateniense para cubrir toda la longitud de la persa, una decisión clave para lo que aconteció después. La falange era más débil en el centro, donde según Herodoto había «poco fondo en las filas», pero en ambas alas se centraba la principal fuerza, presumiblemente con ocho en fondo. Calímaco comandaba el ala derecha, en honor a su título, y cada tribu de Atenas seguía a sus pro-

pios comandantes en la derecha y el centro, mientras los habitantes de Platea ocupaban el ala izquierda. Los comandantes griegos se reservaron los lugares de la primera línea de la falange, pues su misión sería dirigir a sus ciudadanos en el ataque.

La descripción de Herodoto de la acometida ateniense ha inducido un debate acalorado entre los historiadores:

«Ya formadas las líneas de batalla, y a la vista de que los presagios de los sacrificios resultaban favorables, los atenienses, al recibir la orden de avanzar, cargaron contra los bárbaros a la carrera. La distancia entre los dos ejércitos no era inferior a ocho estadios. Cuando los persas vieron que los atenienses se abalanzaban corriendo hacia ellos... pensaron que habían enloquecido, y que iban a sufrir un absoluto desastre, pues vieron sus pocos efectivos y que acudían sin caballería ni arqueros» (Herodoto VI.112).

Ocho estadios equivale a 1,7 km, aproximadamente. Las reconstrucciones de la batalla, con actores usando equipamientos hoplitas auténticos, han demostrado que una formación en orden cerrado de una infantería con armadura no podría haber recorrido esa distancia bajo el sol mediterráneo manteniendo la cohesión, sobre todo bajo una lluvia de flechas en los últimos 200-300 m. La interpretación más convincente del relato de Herodoto es que los atenienses avanzaron como el moderno ejército británico, de manera constante hasta llegar bajo el fuego efectivo, y sólo entonces iniciaron la carrera. La versión ateniense supone a la falange con paso firme, a un ritmo en el que pudiera mantenerse la formación cerrada, para después acelerar y cargar en cuanto empezó a recibir las primeras flechas.

Pese a la afirmación de Herodoto de que «el combate en Maratón fue largo y agotador», es probable que los flancos persas se desmoronaran al primer contacto, sobre todo si una sencilla línea de *sparabara* recibió el impacto de una falange de ocho en fondo a toda velocidad. Detrás de ellos estaban los arqueros, sin armaduras ni escudos, apenas con un falce para defenderse. Rota su formación, y sin entrenamiento para combatir cuerpo a cuerpo, se dispersarían corriendo hacia los barcos.

En el centro, los atenienses tuvieron peor suerte. No sólo era su línea menos nutrida, sino que hubieron de recorrer una zona de maleza en la llanura entre las dos líneas que rompió su formación y frenó el avance, dejándolos expuestos a los arqueros persas durante más tiempo que sus compañeros de los flancos. Además, se enfrentaron a las unidades de elite persas, así como a un gran contingente de saka, vasallos tribales de los persas armados con un hacha de guerra a modo de pica, particularmente eficaz contra tropas con armadura y más tarde adoptada por toda la infantería persa. Persas y sakas contraatacaron, rompiendo las filas atenienses por el centro y obligándolas a retroceder.

No está claro si lo que sucedió a continuación fue planificado o espontáneo. Los atenienses y plateos de las alas abandonaron la persecución y atacaron simultáneamente los flancos y la retaguardia de la fuerza persa que había abierto el centro de las filas griegas. En palabras de Herodoto, «las dos alas se fundieron en una sola unidad, y los atenienses lograron la victoria» (Herodoto VI.113). Este relato sugiere una doble envolvente de fuerzas rodeando el centro, como haría Aníbal en Cannas 274 años más tarde. Sin embargo, el centro persa debió escapar antes de ser rodeado por completo, ya que Herodoto observa que los atenienses persiguieron a los adversarios hacia la costa. Siguió una lucha encarnizada en la playa, con los persas intentando reembarcar bajo el acoso ateniense; los hombres de Atenas capturaron siete barcos persas, pero Calímaco y otros dos de sus jefes fueron muertos. El resto de la flota persa escapó; Grecia conservó su seguridad durante diez años. El mito popular dice que Filípides, tras recorrer 225 km en dos días y participar en la batalla, corrió los 42 km que separan Maratón de la Acrópolis de Atenas para proclamar: «¡Hemos vencido!», y después caer muerto de agotamiento; en su honor, los atenienses instituyeron la carrera de «Maratón». Sin embargo, viendo que Herodoto (que no se habría resistido a recoger la leyenda) cita a Filípides entre sus fuentes sobre los sucesos de la lucha, hemos de suponer que se trata de un mito romántico. Herodoto observa que unos días más tarde llegaron 2.000 espartanos, y al ver el campo de batalla, «expresaron su admiración por los atenienses y su hazaña, y después regresaron a casa» (Herodoto VI.120).

El historiador refiere la muerte de 192 griegos, e indica que las bajas persas sumaron 6.400 hombres,

Maratón

490 a.C.

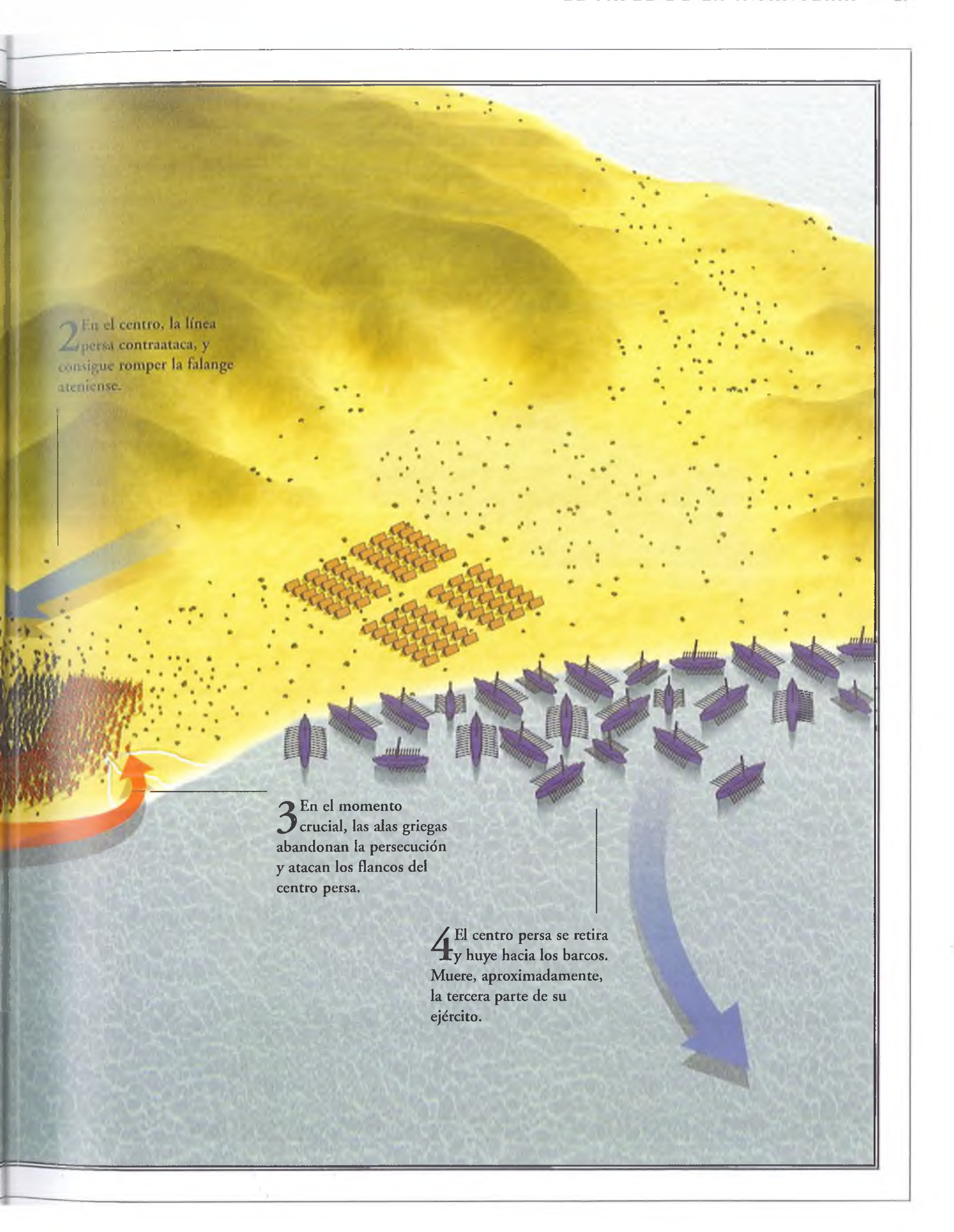
La falange ateniense era más débil en el centro pero se había reforzado en las alas, posiblemente con formación de ocho en fondo. Los atenienses avanzaron firmes, cargando en cuanto cayeron sobre ellos las primeras flechas enemigas. Los flancos persas se desmoronaron y sus hombres corrieron hacia los barcos. Sin embargo, el centro ateniense quedó abierto por la maleza y a merced de los arqueros persas. Además, se encontró con las unidades de elite de los atacantes y con sus bien armados aliados saka, muy eficaces frente a las armaduras enemigas. La línea persa contraatacó, abrió las líneas centrales atenienses y las puso en desbandada. Los atenienses y plateos de las alas abandonaron la persecución y atacaron a la vez a los flancos y la retaguardia de los victoriosos persas. Sin embargo, éstos escaparon antes de ser rodeados por completo. Siguió una lucha encarnizada en la playa, donde los persas intentaban reembarcar y los atenienses se lo impedían. Según Herodoto, los atenienses capturaron siete barcos persas y dieron muerte a 6.400 hombres, perdiendo tan sólo 192 de los suyos.



El mito dice que Filípides corrió 42 km de vuelta a Atenas para proclamar la victoria antes de caer muerto de agotamiento; en su honor, los atenienses instauraron la carrera del «Maratón».

5 **Filípides, supuestamente, corre los 42 km que separan el lugar de Atenas y proclama la noticia de la victoria griega, antes de morir exhausto.**

1 **La falange griega avanza a la carrera hacia los persas, cuyos flancos ceden pronto ante la presión.**

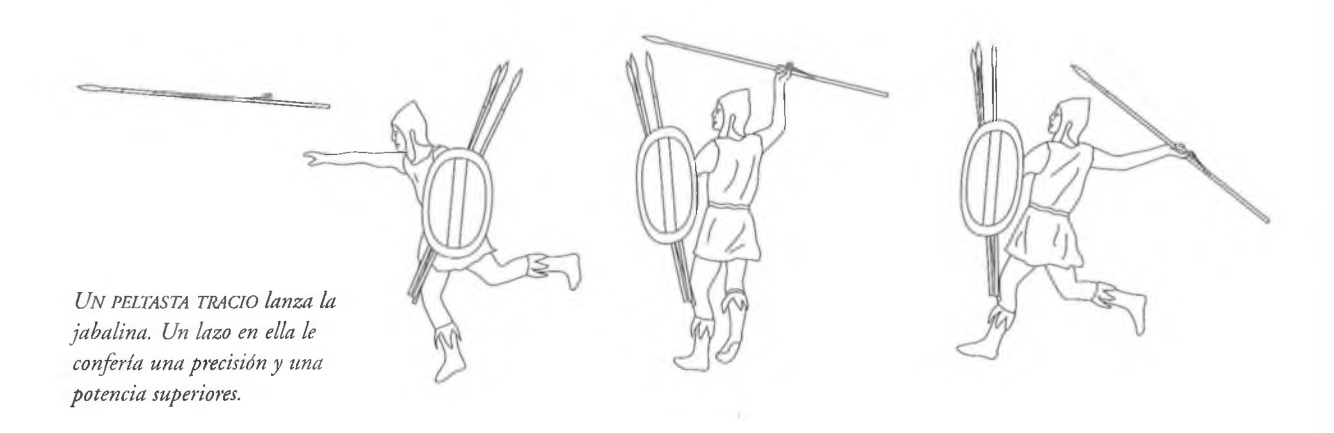

2 En el centro, la línea persa contraataca, y consigue romper la falange ateniense.
3 En el momento crucial, las alas griegas abandonan la persecución y atacan los flancos del centro persa.
4 El centro persa se retira y huye hacia los barcos. Muere, aproximadamente, la tercera parte de su ejército.

casi un tercio de su ejército. La mayor parte de estas bajas se produjo probablemente al ataque inicial por las alas y a la persecución griega de los persas hasta la playa. Los factores decisivos en Maratón fueron, en primer lugar, las diferencias entre los hoplitas atenienses y sus oponentes, una infantería persa mal entrenada y pobremente organizada para la acción de choque que hubo de enfrentarse a enemigos avezados en estas lides; en segundo lugar fue determinante la voluntad victoriosa de los griegos, surgida de una combinación de cultura política y militar y, si hemos de dar crédito a Herodoto, de su fe en que los dioses estaban de su parte. Ello les permitió cargar contra una fuerza enemiga muy superior, con éxito, muy lejos de unas condiciones ideales, y convertir el desastre potencial de la rotura por los persas de sus líneas centrales en una oportunidad para una acción más agresiva. Los atenienses mostraron pocas dudas sobre el origen de su triunfo: hicieron construir un templo a Pan bajo la Acrópolis e instauraron un festival anual en su nombre.

Peltastas y otras tropas ligeras

Como el hoplita, el peltasta recibe el nombre del escudo que llevaba. El *pelta* era un escudo de mimbre en forma de media luna cubierto con piel de cabra u oveja, que se sostenía por un asa central. Aunque común en el período micénico, hacia el siglo V a.C. el *pelta* se identificó explícitamente con los escaramuzadores, referidos de modo genérico como «peltastas». Sin embargo, el término se aplicaba con más propiedad a la tribu originaria de la Tracia (en la actualidad, al nordeste de Grecia y el sur de Bulgaria), donde pudo haberse ideado el *pelta*. Las colinas boscosas sobre las que los tracios se acostumbraron a la lucha eran propicias para las incursiones guerreras, las emboscadas y las escaramuzas, lo que hizo de estos hombres los más temidos miembros de la infantería ligera en el mundo clásico. Ilustraciones de la época muestran a los guerreros tracios ataviados con gorros de piel de zorro y sencillas túnicas, o desnudos para mejorar la velocidad, siempre llevando su *pelta* y sus jabalinas. Casi todos iban provistos del arma tradicional de los Balcanes, el *rhomphaia* o *falx*, una guadaña de hoja corva de hierro que se sostenía con una o las dos manos, de unos 39 cm de largo y que, según las fuentes contemporáneas, podía decapitar a un hombre o abatir a un caballo de un solo tajo.

Los peltastas tracios sirvieron en levas en el ejército persa que invadió Grecia en 490 a.C. y como mercenarios en los ejércitos griegos a partir de la guerra del Peloponeso. En esta contienda, la mayor parte de los ejércitos griegos reforzaron sus falanges con escaramuzadores y tropas de armas arrojadizas, y las tácticas se hicieron más complejas cuando la falange se vio obligada a contestar a sus ataques o a cooperar con ellos. Algunos historiadores ven en este aspecto una «revolución en las artes militares», cuando los ejércitos griegos, modelados al estilo del ejemplo medio-oriental, se convirtieron rápidamente en fuerzas de cuerpos combinados, al igual que los asirios y los persas. Los modernos historiadores contemplan tales «revoluciones», en las que la nueva tecnología o la doctrina cambian la guerra casi de la noche a la mañana, como episodios clave en la historia militar. La incorporación de la infantería ligera en los ejércitos griegos no se encuadra, sin embargo, en este modelo: las escaramuzas eran



Un peltasta tracio lanza la jabalina. Un lazo en ella le confería una precisión y una potencia superiores.

habituales en Tracia y el norte de Grecia, donde el terreno hacía poco práctico el uso de hoplitas, y pasaron 150 años antes de que estos escaramuzadores se consolidaran plenamente, con la falange, en las fuerzas múltiples y combinadas de Filipo y Alejandro.

La importancia de las tropas ligeras

Los ejércitos griegos incluyeron tropas ligeras ya en la invasión de Jerjes del año 490 a.C., y Herodoto narra que los atenienses tenían 800 arqueros en Platea. Pronto aprendieron el valor de las fuerzas combinadas, como observa Tucídides al relatar la persecución de los atenienses contra los corintios en la batalla de Megara del 459 a.C.:

«Al retirarse los corintios derrotados, una sección bastante grande de su ejército... sin saber bien el camino, se introdujo en un terreno de alguien que había cavado una profunda zanja alrededor. Al ver lo que sucedía, los atenienses cerraron la entrada principal con sus hoplitas y, rodeando el resto del terreno con tropas ligeras, lapidaron hasta la muerte a los que estaban dentro» (Tucídides I.106).

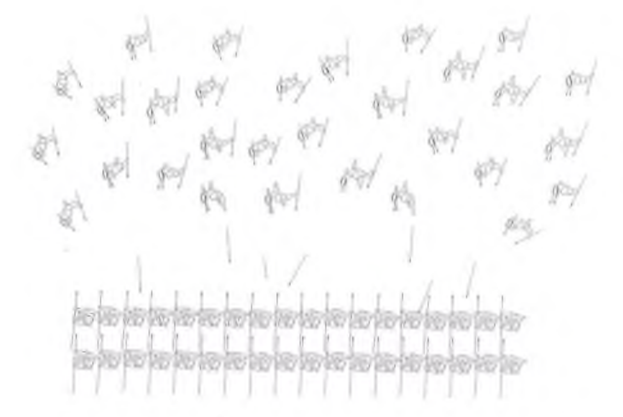
La composición de estas «tropas ligeras» es incierta, y también se duda sobre si las piedras se lanzaron a mano o con hondas, pero la falta de un armamento oficial sugiere que pudo tratarse de esclavos o sirvientes de hoplitas, ya que las tropas regulares no formaban parte regular de los ejércitos de Atenas.

Su ausencia se dejó sentir cuando el jefe ateniense Demóstenes condujo una fuerza de hoplitas y un pequeño número de arqueros a las colinas de Etolia, en la Grecia central, durante la guerra del Peloponeso. Al igual que los tracios, los etolios vivían en un país accidentado y habían desarrollado un estilo de guerra que aprovechaba este terreno, por lo que derrotaron a los hoplitas de Demóstenes con una táctica que hoy se llamaría guerra de guerrillas:

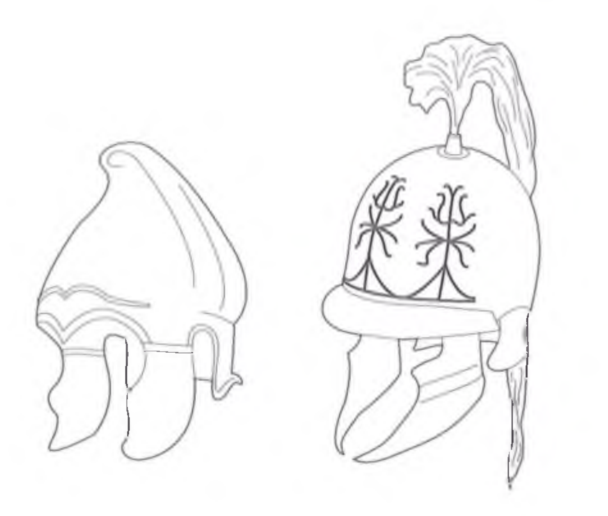
«Llegaron corriendo desde las colinas, por todas partes, arrojando sus jabalinas, retrocediendo cuando avanzaba el ejército ateniense y volviendo a la carga en cuanto éste se retiraba. Así siguió la lucha durante un tiempo, con avances y retiradas sucesivas, donde los atenienses llevaron siempre la peor parte. No obstante, lograron contenerlos mientras los arqueros tuvieron flechas y pudieron usarlas, ya que los etolios caían bajo la lluvia de dardos. Pero cuanto el capitán de los arqueros fue muerto, sus hombres se dispersaron... los soldados estaban exhaustos por la ejecución continua de las mismas pesadas maniobras... Muchos cayeron tras precipitarse sobre los cauces secos de los que no pudieron huir, o en otras partes del campo de batalla, perdidos y desorientados... El cuerpo principal... tomó un camino erróneo y se refugió en el bosque, donde no tuvo escapatoria; los enemigos lo incendiaron y quemaron todo cuanto les rodeaba» (Tucídides III.98).

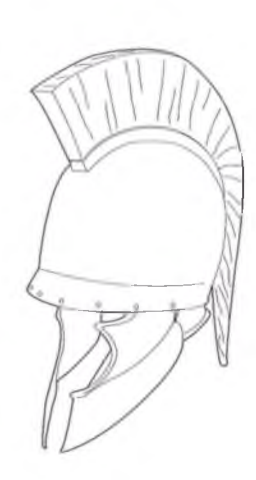
Demóstenes aprendió la lección. Enviado a destruir una fuerza espartana en la isla de Pilos en el año 425 a.C., contrató a 800 mercenarios entre los peltastas tracios, y 800 arqueros como soporte de sus 840 hoplitas y 8.000 marinos armados. Su experiencia en Etolia enseñó a Demóstenes a aprovecharlos del mejor modo posible:

«Bajo la dirección de Demóstenes, esta fuerza se dividió en compañías de unos 200 hombres... que ocuparon los puntos más altos del terreno, con el objeto de causar el mayor estorbo al enemigo; para que estuviera rodeado por todas partes y no tuviera un único punto en el que contraatacar; en su lugar, estaría siempre expuesto a numerosos enemigos en todas direcciones, y si acometía a los del frente sería sorprendido por la retaguardia, y si se abalanzaba sobre un flanco sería abatido por el contrario. Fuera donde fuere habría enemigos tras él, con armas



LOS PELTASTAS CONTRA LA FALANGE: los pelastas lanzaron sus jabalinas a la falange, pero su ausencia de armadura hace que puedan evitar cualquier intento de los hoplitas de llevarlos a la lucha. Gracias a esto, pueden continuar agotando a los hoplitas impunemente.





Selección de cascos griegos posteriores, que muestran de izquierda a derecha: uno de estilo «tracio-ático» con parte superior curva; un casco tracio con penacho, largas carrilleras y un pico protector; un casco calcídico con guardanariz, y otro diseño tracio con bordes craneales para dotarle de mayor resistencia.

ligeras y coriáceos al extremo, pues con sus flechas, jabalinas, piedras y hondas su eficacia lejana era tal que hacía imposible acercarse; porque en la huida tenían la ventaja de la velocidad» (Tucídides IV.32).

Cuando los espartanos intentaron presentar batalla, la falange ateniense se mantuvo firme mientras los escaramuzadores de las alas hacían labor de desgaste. Los espartanos se retiraron a un fuerte, con los peltastas hostigando a los rezagados; los atenienses intentaron, sin éxito, tomar el fuerte y le pusieron sitio. Todo terminó cuando un jefe subalterno ateniense reunió a una fuerza selecta de peltastas y arqueros en una senda «impracticable» en una colina que los espartanos habían dejado sin custodia «y aparecieron súbitamente en lo alto de su retaguardia, infundiendo el pánico entre los de Esparta por lo inesperado del suceso» (Tucídides IV.36).

Doce años después, Demóstenes invadió Sicilia, intentando tomar Siracusa, la mayor colonia griega en la isla. Un factor clave en el desastre que siguió fue el olvido, o menosprecio, de las lecciones de Etolia y Pilos, incluso por Demóstenes. Su ataque contra Siracusa fracasó, y se vio obligado a ponerse en camino hacia Catana, una ciudad amiga de Sicilia. Ello le obligó a transitar por las colinas del sur de Sicilia; y a una batalla a la carrera con los siracusanos, apoyados por las tribus locales. En un punto, los siracusanos bloquearon un paso en el camino de los atenienses. Mientras éstos intentaban forzar el obstáculo, escaramuzadores, defendidos por hoplitas siracusanos, les arrojaron flechas, jabalinas y piedras con hondas desde las alturas de ambos lados, pues la falange ofrecía un blanco perfecto. El ataque fue repelido con graves pérdidas, pero los atenienses hubieron de afrontar el acoso constante de los escaramuzadores, incluso de noche. Demóstenes y 6.000 hoplitas fueron rodeados en un bosque; sometidos a una lluvia de flechas y jabalinas durante todo un día, terminaron por rendirse. El comandante Nicias rechazó en principio la rendición, pero dos días más tarde sus tropas, sedientas y famélicas, cayeron en una emboscada al intentar cruzar el río Assiranus, y también cedieron.

Aquélla fue difícilmente una «revolución en los asuntos militares»; se trató más bien de una exhibición de pueblos de labradores que supieron aprovechar un terreno accidentado y usaron tácticas tradicionales para derrotar a fuerzas superiores y, superficialmente, más «avanzadas» de un modo no muy distinto al empleado en el siglo XX por los vietnamitas contra los estadounidenses o por los chechenos contra los rusos. Unos jefes astutos al frente de tropas semejantes bastaron para contrarrestarlos aprovechando las ventajas de un terreno propicio.

Sin embargo, a partir de la guerra corintia de los años 395-387 a.C., las tropas ligeras se convirtieron en parte integrante de los ejércitos griegos, y el principal inspirador fue un dotado genio militar, Ifícrates de Atenas. Las primeras fases de la guerra

vieron a Ifícrates, en apoyo de Corinto, lanzar varias incursiones en Arcadia, en el Peloponeso central, con grandes fuerzas de peltastas mercenarios, tracios entre ellos. Estas operaciones consistían en asaltos contra aldeas para el pillaje, la quema de cultivos y emboscadas contra las fuerzas de hoplitas arcadios que intentaban capturarlos. Los arcadios renunciaron pronto a aventurarse fuera de sus ciudades amuralladas, y sus aliados espartanos les recriminaron su cobardía infantil ante los peltastas. En seguida aprenderían el porqué cuando, fuera de Corinto en el año 390 a.C., un comandante de una *mora* espartana, de nombre desconocido, que estaba escoltando a un grupo de peregrinos, decidió regresar a su base de Lequeo, dejando a su caballería como escolta de los fieles. Sin caballos ni tropas ligeras a su servicio, y obrando con injustificada confianza, los espartanos fueron masacrados por los peltastas de Ifícrates: «Si iban por el camino, eran blanco de las jabalinas por su lado desnudo y caían heridos; si intentaban perseguir a sus atacantes, para los peltastas, ligeros y rápidos, era un juego de niños apartarse del alcance de los hoplitas» (Jenofonte, *Historia*, IV.V.11).

«El cuerpo principal... se refugió en el bosque, donde no tuvo escapatoria; los enemigos lo incendiaron y quemaron todo cuanto les rodeaba.»
TUCÍDIDES

El jefe espartano intentó contrarrestar a los peltastas enviando a los hoplitas más jóvenes, rota la formación, a perseguirlos. El intento fue vano, pues los hoplitas eran incapaces de darles alcance y se convertían en presa fácil cuando intentaban regresar a la falange. Los espartanos recibieron pronto el apoyo de la caballería, que fue mal utilizada, al recibir la orden no de cargar contra los peltastas y dispersarlos, sino de mantener un frente continuo con la falange en su avance. Ante las graves pérdidas, los espartanos terminaron por buscar refugio en una pequeña colina fuera de Lequeo, donde una carga de hoplitas atenienses terminó con ellos. El recurso a hoplitas jóvenes como agentes contra los peltastas fue ideado por el general espartano Brásidas hacia el 424 a.C., y a menudo funcionó; por ejemplo, un año después del desastre de Corinto, el rey Agesilao derrotó a peltastas acarnianos empleando esta táctica; sin embargo, una diferencia crucial fue que dio apoyo a los hoplitas con una carga de caballería. Después de la guerra de Corinto, Atenas vendió los servicios de Ifícrates y sus peltastas a numerosos clientes, incluido el rey persa Artajerjes. En la revuelta egipcia de los años 376-373 a.C. dentro del ejército persa combatió un total de 12.000 tropas ligeras de Ifícrates; allí Ifícrates aplicó múltiples innovaciones para que sus tropas pudieran mantener la posición en el combate de choque. Diodoro Sículo recuerda que Ifícrates equipó a sus peltastas con largas picas de 3 m, mayores espadas y quizá el *taka*. Con ello pretendía mantener una formación de falange contra hoplitas o contra la caballería, con las picas, dándoles una ventaja en alcance. Por desgracia, no se conservan crónicas del comportamiento en batalla de esta falange ligera, pero no puede descartarse su influencia en la ulterior falange macedonia.

Filipo II y la falange macedonia

Filipo II se convirtió en rey de Macedonia en el año 359 a.C. e inició una serie de reformas militares que convirtieron una indisciplinada leva feudal en uno de los ejércitos más preparados de la era clásica, en lo que los historiadores han calificado de nueva «revolución militar». Filipo profesionalizó el ejército macedonio introduciendo una instrucción en tiempos de paz y un pago regular y estructurado para sus hombres, así como garantías de tierras al terminar el servicio. Las tropas se sometían a ejercicios regulares y marchas con todo el equipamiento, con el propósito de infundir una buena forma física y obediencia instintiva en los soldados. Junto con estas innovaciones institucionales se impulsó una serie de reformas organizativas, entre las que la principal fue una nueva clase de falange.

Aunque las descripciones de la época de la falange macedonia son bastante coherentes, la terminología es variable. La unidad principal de la infantería pesada macedonia o helenística era el *taxis* o «compañía», de unos 120-130 hombres, reunida en pares en la *speira* (más tarde conocida como *syntigmata*, según el cronista Asclepiodotos), de 256 hombres; en

Hoplita ificrátida

El éxito de sus peltastas contra los hoplitas espartanos en numerosas batallas, como la de Lequeo en el año 390 a.C., convenció al general ateniense Ifícrates de introducir una reforma en sus hoplitas al objeto de mejorar sus oportunidades de victoria frente a tropas más móviles y de armadura ligera. Se aligeró así el equipamiento básico tradicional de un hoplita. Las clásicas grebas de metal se sustituyeron por botas denominadas «ificrátidas» en honor del general. El gran hoplon *también desapareció, dando paso a un escudo más pequeño con anverso de cuero pintado. Este hoplita lleva un casco del último estilo tracio, que permitía una buena visión sin desatender la protección de los pómulos. La coraza es de lino acolchado, sin las capas rígidas que eran comunes en el siglo* IV *a.C. Para compensar la pérdida general de protección frente al hoplita tradicional, este soldado tiene una lanza más larga, de 3,6 m, que le permitiría alcanzar antes al adversario equipado y ataviado al estilo tradicional. Irónicamente, los peltastas de la época empezaron a llevar armadura y a transportar equipos más pesados.*



los ejércitos helenísticos que lucharon contra los romanos en el siglo II a.C., cuatro *speiriai* formaban una *chiliarchia*, de unos 1.000 hombres comandados por un oficial conocido indistintamente como *quiliarca* o *hegemón*, que a su vez se agrupaban en *strategiai* de 4.000 hombres dirigidas por *estrategas*. Estas disposiciones no se corresponden exactamente con las fuerzas dadas para las falanges en las distintas batallas históricas, y así pudo suceder que el tamaño de las unidades variara con el tiempo o que, al contrario de lo que afirman las fuentes antiguas (sobre todo, el perfeccionista Asclepiodotos), su organización dependiera del número de hombres disponibles. Asclepiodotos era un filósofo, no un soldado, y tal vez describió el «ideal» platónico de la falange; o acaso no sea menos preciso que las tablas de organización y equipamiento encontradas en los manuales militares modernos.

La reestructuración del ejército macedonio impulsada por Filipo parece haberse inspirado en diversas fuentes. Filipo vivió cautivo en Tebas entre el 368 y el 365 a.C., y pudo haber aprendido mucho de Epaminondas. Su falange habría sido así un híbrido de la usada por Epaminondas en Leuctra y de la desarrollada al mismo tiempo por Ifícrates en Egipto. En Leuctra, Epaminondas respondió a sus enemigos espartanos, que dispusieron la falange principal frente a su flanco izquierdo, colocando la suya directamente en oposición, aumentando así el número de filas desde las 8 tradicionales a 48 ó 50, según la fuente. Al avanzar en orden oblicuo, estas tropas desbarataron el flanco derecho espartano antes de que el resto del ejército entrara en combate. La falange descrita por Asclepiodotos, 200 años más tarde, parece haberse basado en principios similares. Los múltiplos de 8 ó 16 fueron comunes en la organización militar helenística, y Asclepiodotos describió la falange macedonia «ideal» como formada por 16 filas; la falange sería así simétrica, y podría doblarse en profundidad hasta 32 filas para dar mayor fuerza en el asalto. Asclepiodotos describe tres órdenes para las falanges: orden abierto, en el que los soldados tenían un espacio de 1,96 m a cada lado; «escudos bloqueados» (*synaspismos*), con cada hombre y fila separados por 30 cm; e «intermedio» *(pyknosis)*, en el que los hombres y las filas estaban distanciados 1 m. El orden abierto se usaba al avanzar, y los escudos bloqueados para reunirse en el ataque. No queda claro si los espacios se medían entre las cabezas o entre los hombros.

La innovación más radical de Filipo estuvo en el armamento. El arma principal del soldado de falange macedonia o helenística era la *sarissa*, una pica enristrada con ambas manos y no muy distinta de la introducida por Ifícrates, si bien algunos estudiosos han sugerido que Epaminondas ya la usó en Leuctra. Tal vez Filipo adoptara la *sarissa* en primera instancia para aumentar el alcance de sus soldados en falange contra las lanzas de otros ejércitos griegos y, en segundo lugar, porque un arma a dos manos es más difícil de esquivar. Según Polibio, historiador griego del siglo II a.C., la *sarissa* era un arma de 6 a 7 m de largo, 4 m de los cuales sobresalían por delante del soldado dispuesto para la carga:

«La consecuencia es que cuando las picas de las filas segunda, tercera y cuarta se extienden más allá que las de la quinta fila, las de esa fila se proyectan sobre los cuerpos de los hombres de la primera, cuando la falange tiene su orden cerrado característico en profundidad y extensión... Es evidente que cada hombre de la primera fila debe tener las puntas de cinco picas que lo desbordan, cada una a una distancia de [1 m] de la siguiente... Así podemos imaginar fácilmente cuál era la naturaleza y la fuerza de una carga de toda una falange con sus 16 en fondo. En este caso, los que estaban detrás de la quinta fila no podía usar las picas para tomar parte activa en la batalla. Así que no debían bajar las picas individualmente, sino que habían de mantenerlas oblicuas en el aire sobre los hombros de quienes les precedían, para proteger la formación desde arriba, guardando esta prieta masa de picas de todos los proyectiles que, pasando sobre las cabezas de las primeras filas, podían caer sobre las que iban inmediatamente delante y detrás de ellos. Pero estos hombres, por la pura presión de su peso corporal, los reforzaban en la carga» (Polibio XVIII.29-30).

La falange macedonia llevó el *othismos* hasta su extremo lógico, avanzando al doble, presentando una densa maraña de puntas de lanza con un gran bloque de hombres tras ella, lo que daba a los adversarios las posibilidades de dispersarse, ser ensartados o morir pisoteados. Ello sugiere otro factor en el razonamiento de Filipo: al adoptar una formación basada en la masa, más que en la destreza individual, sería posible que los soldados campesinos

Hidaspo
326 a.C.

Cuando los dos bandos, finalmente, se encontraron, Poros dispuso a sus elefantes en primera línea para proteger a su infantería y espantar a la caballería de Alejandro. Éste envió a sus huestes con el apoyo de arqueros a caballo para que atacaran a los indios por la izquierda, sin interrumpir el despliegue. La caballería india de la derecha de Poros maniobró para contener el ataque, pero el flanco izquierdo de Alejandro avanzó hacia la retaguardia de las líneas indias y atrapó a la caballería en un movimiento de pinza. Entonces, Alejandro puso en acción a las tropas ligeras con jabalinas contra los elefantes, algunos de los cuales enloquecieron. Al mismo tiempo, la falange avanzó contra los elefantes. Éstos se replegaron. La infantería india se agolpó en una masa inútil y desorganizada. Al ver el desorden de las líneas indias, Alejandro ordenó a la falange que se protegiera con los escudos y cargara en orden cerrado, con la caballería atacando por las alas. Las líneas indias fueron destruidas. Los indios perdieron 20.000 hombres de infantería, 3.000 de caballería y todos sus carros; la mayoría de los elefantes supervivientes fueron capturados.



La batalla del Hidaspo tuvo lugar en el confín oriental del gran imperio de Alejandro. Después de la misma, el emperador volvería sobre sus pasos, con el plan de costear Arabia, pero murió en Babilonia tras una breve enfermedad.

1 Alejandro llega al Jhelum crecido y decide no atravesarlo. Deja una fuerza y hace una maniobra de distracción.

5 Poros deja parte de su ejército como fuerza de contención para los hombres de Alejandro, dejados en la margen opuesta del Jhelum.

2 Se deja una segunda fuerza como señuelo para dispersar al ejército de Poros y dejar que Alejandro maniobre sin oposición.

3 Alejandro elude a Poros y sigue en barco río arriba durante unos 27 km.

4 Alejandro vence con facilidad al hijo de Poros que había sido enviado con carros y caballería para detener su avance por el río.

6 Los dos bandos se encuentran en batalla, con los elefantes de Poros frente a las líneas enemigas. Los indios son derrotados claramente.

de Macedonia batieran a los hoplitas griegos en un asalto frontal. Además, al no ser preciso dotar de armadura a las últimas filas se lograba un importante ahorro en finanzas.

Las primeras filas de la falange parecen haber llevado armaduras semejantes a las hoplitas. Un sello del siglo IV a.C. muestra a un *pezhetaroi* macedonio llevando lo que parece ser una coraza de lino con *pteryges*. Dos tipos de cascos, el *pilos* y el tracio, parecen haber sido los más populares, y eran comunes también las grebas musculadas. Las filas de retaguardia llevaban, al parecer, una simple túnica con un casco o el *kausia*, un gorro de paja de ala ancha semejante al sombrero. Todos los miembros de la falange portaban el escudo macedonio, o *aspis*, que según Asclepiodotos era un cuenco aplanado de 60 cm de diámetro hecho de bronce, algo que confirman los hallazgos arqueológicos. El *aspis* se llevaba con un asa en el codo, al estilo del *hoplon*, combinado con un tahalí colgado del hombro, que carecía de bordes para facilitar asir la *sarissa* con la mano izquierda. Es interesante observar que en ninguna crónica se mencionan armas adicionales, aunque es probable que se llevaran también puñales o espadas cortas.

La falange macedonia era poderosa, pero frágil. Su eficacia se basaba en el adoctrinamiento de las tropas para mantener la formación en todas las circunstancias. Al cabo, habría sido muy difícil conservar una formación tan densa sin una instrucción a la carrera, y sin que los soldados respondieran instintivamente a las órdenes de mando o a las llamadas de bugle acordadas de antemano. El historiador romano Arriano recuerda que el hijo de Filipo, Alejandro Magno, impresionó a las fuerzas de Glaucias y Cleito con una exhibición de su falange y, más tarde, en Gaugamela, la formación se abrió suavemente para anular la carga de los carros de Darío. Esta «acción colectiva» dejaba poco espacio para la iniciativa individual; Asclepiodotos aporta los títulos de los oficiales de la falange, pero no describe sus funciones en ningún detalle, aparte de los jefes de fila, cuya tarea era mantener la formación limpia y entrenada.

Hipaspistas

En el ejército macedonio había otras clases de infantería, la más misteriosa de las cuales era el cuerpo conocido como hipaspistas. Fuentes antiguas no lo describen en detalle alguno, y muchos historiadores suponen que formaba simplemente una unidad de elite dentro de la falange, mientras que para otros era una infantería ligera de tipo comando. El hecho de que los hipaspistas lucharan en la derecha de la línea principal indica que eran infantería pesada, pero tal vez diferentes a los falangitas. La pieza conocida como sarcófago de Alejandro muestra al emperador acompañado por tropas protegidas con armadura de cuero o lino y con *pteryges*, cascos tracios y grebas, y llevando el *hopla*, lo que sugiere que, si se trataba de hipaspistas, debían combatir como hoplitas. Tal hecho tendría un sentido táctico, ya que la falange hoplita, aun careciendo del poder de impacto de la versión macedonia, era más rápida y flexible. También se recurría a grandes cantidades de escaramuzadores y tropas ligeras, sobre todo mercenarios; los favoritos de Alejandro fueron los peltastas tracios de la tribu agriana, conocida por su destreza en el manejo de la *rhomphaia*. Falangitas e hipaspistas eran instruidos asimismo en la lucha en orden ligero, con lanzas cortas y jabalinas, para operaciones en terreno accidentado.

En cuanto al uso de la infantería por Filipo y Alejandro, los ejércitos macedonios y de los diádocos eran fuerzas armadas combinadas. La falange incidía sobre el centro del enemigo en orden oblicuo, hostigándolo y desgastándolo desde el flanco interior, lo que permitía a la principal fuerza de impacto (un cuerpo de caballería pesada dirigido normalmente por el comandante en jefe en persona) atacar por uno o dos flancos. Tal es el patrón que se observa en las batallas de Alejandro y que pervive en Pirro en las derrotas de Epiro infligidas a los romanos 150 años después. Hubo variaciones en este esquema, principalmente en el ámbito de la infantería. En la batalla del Hidaspo (326 a.C.), la falange se usó como principal arma de decisión, un papel que fue cada vez más común después de la muerte de Alejandro en el año 323 a.C.

Tras su fallecimiento, el imperio alejandrino se fragmentó en varios reinos independientes regidos por sus generales, que pasaron a ser conocidos como *Diadochoi* (diádocos). Los ejércitos de estos reinos se basaban en el modelo macedonio, pero con variantes locales y con la sola constante del papel central de la falange. No en vano, se produjo un notable

declive de la fuerza de la caballería en algunos de los reinos de los diádocos, sobre todo en la propia Macedonia, y la falange vivió un renacimiento como principal arma de choque, formando una proporción notablemente superior en el ejército que en tiempos de Alejandro. En el Hidaspo, Alejandro tenía cinco *chiliarchi* (unos 15.000 falangitas) de una fuerza total de 40.000 a 50.000 hombres, frente una cifra posible de 16.000 a 18.000 falangitas entre un total de 70.000 bajo el mando de Pirro en Ausculum; y, según la crónica de Livio, en Cinoscéfalos (197 a.C.), la falange de Filipo V de Macedonia constaba de 16.000 hombres entre los 23.000 o 24.000 que formaban su ejército; las tropas de Perseo en Pidna, que sumaban 43.000, tenían 21.000 en falanges. Estas cantidades son conjeturales, y pueden incluir a otras fuerzas de infantería. Sin embargo, de los relatos clásicos de batallas entre ejércitos de Roma y los diádocos puede deducirse que, conforme avanzaba el período, los generales helenísticos (como sus antepasados griegos) se basaron cada vez más en asaltos de falanges. En todos estos relatos, la derrota de la falange conduce irremediablemente al colapso de todo el ejército. Los principales inconvenientes de la falange macedonia se asociaban a la necesidad de disponer de un terreno plano y sin accidentes geográficos, pues era esencialmente una formación lineal y unidireccional, extremadamente vulnerable a los ataques por los flancos o por la retaguardia. Filipo y Alejandro se cuidaron siempre de usar su falange en ataques de cuerpos combinados en los que la caballería o las tropas ligeras maniobraban en las alas, pero el declive de la caballería en el siglo III a.C. supuso una agudización de la vulnerabilidad de la falange en los ataques por los flancos. Para contrarrestarlo, a menudo se formaba una segunda falange detrás de la primera, dando asimismo opción a que ambas se unieran para formar una sola de 32 en fondo para darle mayor solidez. Para superar los problemas del terreno, los jefes formaron falanges «articuladas» en las que se intercalaban *taxeis* entre otras tropas; en sus campañas contra los romanos entre los años 281 y 275 a.C., Pirro dividió su línea por igual entre falangitas e infantería ligera itálica; en Magnesia en el 190 a.C., Antíoco III distribuyó su falange en bloques de 50 hombres de ancho, con dos elefantes de guerra en cada hueco. Las tropas de tipo hoplita también encontraron espacio en la mayoría de los ejércitos de los diádocos, como mercenarias o unidades de elite; tal es el caso de los *argyraspides* (escudos de plata), una unidad de 3.000 efectivos del ejército del diádoco de Macedonia. Este cuerpo estaba integrado inicialmente por veteranos de las campañas de Alejandro, pero evolucionó para convertirse en una unidad de guardia real que se enfrentó a los romanos en Pidna. También se usaron profusamente tropas ligeras mercenarias.

> *«Los que van detrás de la quinta fila [en una falange] no pueden usar las picas [en la carga]... Pero estos hombres, por la firme presión de su peso corporal, añaden fuerza a la carga.»*
> POLIBIO

El Hidaspo: 326 a.C.

A principios del año 326 a.C., habiendo destruido el imperio persa, Alejandro cruzó el Hindu Kush en dirección a la India. Sometió a varios estados del norte del subcontinente sin derramamiento de sangre, recurriendo a la tradición india de que los estados débiles rendían homenaje a los fuertes a cambio de protección y buen trato. Alejandro admiraba la conducta digna y marcial de los príncipes indios y, al contrario de su política contra los persas, se mostró solícito para granjearse su amistad y su lealtad. Sin embargo, entre los que no estaban dispuestos a rendirse figuraba el más poderoso gobernante del noroeste de la India, Parvataka, el rajá de Apuraba, a quien los griegos llamaron Poros. Cuando Alejandro llegó al río Hidaspo, hoy conocido como Jhelum, encontró a Poros aguardándole con su ejército.

En el mundo clásico, Alejandro fue modelo del perfecto príncipe y general, al que todos imitaron; por tanto, ha sido objeto de inacabables estudios literarios sobre su vida y su tiempo, y quedan no menos de cuatro relatos clásicos de la batalla resultante. El primero es el de Diodoro Sículo, quien escribió su *Historia universal* probablemente entre los años 25 y 21 a.C.; el Libro 17 proporciona una

narración del reinado de Alejandro. Cabe observar que Diodoro puede ser tan sensacionalista como Herodoto. Quinto Curcio Rufo, senador en tiempos de Tiberio, compuso su *Historia de Alejandro* durante el período comprendido entre los años 31 y 41 d.C. cuando, perdido el favor del emperador, tiñó su obra de amargura contra los «grandes hombres». Plutarco fue un ensayista griego que produjo las *Vidas*, una serie de estudios de personajes por parejas que yuxtapone las celebridades griegas con las romanas, de finales del siglo I d.C.; su *Vida de Alejandro* (asociada a la de Julio César) contiene un breve relato de la batalla del Hidaspo. La crónica más extensa y autorizada es la de Arriano (Lucio Flavio Arriano), un experimentado general romano que sirvió en las guerras de oriente con el emperador Trajano y frenó una invasión de los alanos de Asia Menor en el año 135 d.C. Escribió basándose



en las memorias de algunos de los oficiales de Alejandro, hoy perdidas.

Estos autores difieren en cuanto a la fuerza del ejército de Poros. Curcio la estima en 30.000 hombres de a pie y 300 carros; Plutarco, en 20.000 tropas de infantería y 2.000 de caballería; y Arriano, en 4.000 de caballería, 30.000 de infantería y 300 carros. Sin embargo, todos coinciden en que Poros comandaba un poderoso ejército combinado, en el que formaban los mejores soldados a los que se había enfrentado Alejandro y que incluía el arma más terrible de los campos de batalla de la antigüedad, ya que Poros había reunido 200 elefantes.

Los elefantes de guerra indios eran grandes machos, posiblemente castrados, de 3,5 m de hombros y un peso de hasta 5 t. Cada uno llevaba una coraza de piel de buey o búfalo, y del arnés colgaban campanas para amplificar el ruido del elefante al moverse. Lo montaban un cornaca y hasta cuatro guerreros, provistos de arcos o jabalinas, a horcajadas sobre el lomo del animal. Pero el arma principal era el elefante en sí al pisotear al enemigo, derribarlo con la trompa y ensartarlo con los colmillos, que podían ir cubiertos con afiladas vainas de hierro.

La infantería de Poros también era formidable. Al igual que los cornacas, sus miembros eran *kshatrya* (de la casta guerrera), soldados a tiempo completo, como los macedonios. Se dividían en dos tipos. Primero, los arqueros con largos arcos de caña de 1,4 m disparaban flechas de puntas de hierro o hueso; aunque poderosos, su precisión no era buena, y probablemente los indios se basaban más en el peso del disparo que en la puntería. Después estaban los lanceros, provistos de lanzas o jabalinas y con escudos de piel tendidos sobre mimbre. Todos, salvo los más pudientes, iban sin armadura, con la vestimenta acostumbrada de una larga falda, y armados con espadas de hoja de hierro.

Prolegómenos de la batalla

El ejército de Alejandro estaba formado por 7.000 hombres de caballería, 40.000 de infantería de toda clase y 5.000 aliados indios. El Jhelum iba crecido, y Alejandro optó por no cruzarlo a la vista de los elefantes. Plantó el campamento y proclamó que esperaría a que el Jhelum descendiera, pero lo que estaba buscando en realidad era un paso alternativo. Los indios contemplaron varias maniobras de distracción e intentos fingidos de preparar pasos para cruzar el río en diversos puntos. Después de varios días, Alejandro cruzó el Jhelum 27 km corriente



La batalla del Hidaspo, en el 326 a.C., fue una victoria clásica de Alejandro, que usó el engaño, una rápida marcha nocturna y una envolvente. En la imagen, la falange recibe el ataque de los elefantes y la infantería india.

arriba, engañando a Poros con una serie de brillantes maniobras. Ello sugiere que dominaba lo que se ha dado en llamar el nivel operativo de la guerra, por encima de la táctica en el campo de batalla, pero por debajo de la gran estrategia bélica. Su general Crateros recibió la orden de permanecer cerca del campamento con dos *taxeis* de la falange y una fuerza montada, y de fingir varios pasos, para realizar el verdadero sólo cuando Poros remontó la corriente por la orilla para ir contra Alejandro. Para cerrar el engaño, Attalos, de apariencia semejante al emperador, fue vestido con la armadura de Alejandro e instruido para que se dejara ver a intervalos regulares allí donde pudieran vigilarlo los indios. Otro comandante, Meleagro (o Tolomeo, según la fuente), debía maniobrar arriba y abajo del río con una fuerza de caballería e infantería ligera entre el campamento y el punto de cruce, lanzando ataques simulados de vez en cuando para confundir aún más a Poros; también debía cruzar el río cuando lo hubiera hecho Alejandro. La fuerza del emperador estaba formada por sus tropas predilectas, con la infantería integrada por hipaspistas, dos *taxeis* de la falange, arqueros cretenses y peltastas tracios. Poros envió a su hijo con 120 carros y unos 4.000 jinetes para oponerse a la llegada de Alejandro desde el otro lado del río. Sin embargo, Alejandro ya había cruzado cuando llegó, y dispersó a los indios tras un breve combate de caballería. Dejando una pequeña fuerza de infantería y elefantes para obstaculizar el cruce de Crateros, Poros marchó al encuentro de Alejandro.

Diodoro describe el ejército indio al que se enfrentó finalmente el emperador como semejante a una ciudad amurallada, donde la infantería actuaba como muralla y los elefantes como torres. Arriano detalla el despliegue de Poros:

«En vanguardia dispuso a sus elefantes distanciados unos 30 m unos de otros, en un amplio frente, para formar una pantalla ante todo el cuerpo de infantería e infundir terror entre la caballería de Alejandro. No esperaba que ninguna unidad enemiga se aventurara a abrirse camino por los huecos entre los elefantes... el terror haría incontrolable el gobierno de los caballos, y era aún menos probable que lo hicieran las unidades de infantería, ya que se encontrarían con la infantería pesada y serían destruidas por los animales al volverse contra ellos y pisotearlos» (Arriano V.16).

> *«Pero los más valientes son seguramente los que tienen la visión más clara de lo que tienen delante, gloria y peligro, y aun así acuden a su encuentro.»*
> *TUCÍDIDES*

La primera fase de la batalla puede omitirse, pues consistió principalmente en una acción de caballería. Poros estaba en lo cierto en su suposición de que los caballos de Alejandro, no acostumbrados a los elefantes, no se acercarían a ellos, y Alejandro se vio forzado a realizar maniobras de amplio barrido. Abrió la batalla reteniendo a la mayor parte de su infantería y lanzando un ataque con la caballería pesada, apoyada por arqueros dahae a caballo, contra la caballería del ala izquierda india, tomándola en plena acción de despliegue. Koiros, con un destacamento de caballería pesada, se desplegó por la izquierda de Alejandro, con órdenes de seguir a la caballería de la derecha de Poros cuando éste se moviera para defenderse del ataque de Alejandro por su izquierda. Tal fue exactamente lo que sucedió, y Koiros realizó un audaz movimiento por la retaguardia de las líneas indias y de la caballería, atrapándolas en un movimiento de pinza del cual escaparon hacia el santuario de la línea de los elefantes.

La segunda fase se centró en la infantería de Alejandro. Curcio nos dice que, antes de la batalla, el rey macedonio había despreciado el valor de los elefantes:

«Nuestras lanzas son largas y robustas; nunca nos servirán mejor que contra estos elefantes y sus guerreros. Desalojad a éstos y atravesad a las bestias. Son una fuerza militar de dudoso valor, y su ferocidad será mayor contra los suyos; son conducidos hacia el enemigo por la fuerza de las órdenes, pero también por el temor de los suyos» (Curcio VIII.14.16).

Esta suposición modeló su táctica contra los elefantes. «Entonces, Alejandro envió a los agrianos y

los tracios de armadura ligera contra los elefantes, porque eran mejores en las escaramuzas que en los combates cuerpo a cuerpo. Así soltaron una lluvia de proyectiles sobre elefantes y cornacas» (Curcio VIII.14.24-25). La lluvia de jabalinas hizo su efecto, y varios elefantes enloquecieron y cargaron sin orden ni sentido. Los tracios los perseguían y, a continuación, huían de ellos, usando tácticas típicas de las escaramuzas, pero de tanto en cuanto atacaban en bloque a algún animal, tal vez cuando quedaba aislado del resto. Curcio refiere que usaron hachas para tajarle las patas, pero probablemente se refería a la *rhomphaia* tracia.

Al mismo tiempo, la falange avanzó contra los elefantes con la intención de limitar el espacio de combate. Las bestias rompieron la falange en un punto, como relata Arriano, «llevando la destrucción en la sólida masa de la falange macedonia» (Arriano V.17), pero parece que los elefantes tuvieron la suficiente inteligencia para comprender que esta incesante masa en avance de puntas afiladas suponía un peligro. Se congregaron literalmente en su propia línea y, como observa Curcio, «cargaron contra sus propios hombres, barriéndolos; cornacas y guerreros cayeron al suelo y murieron aplastados. Más terroríficas que amenazadoras, las bestias fueron apartadas del campo de batalla como ganado» (Curcio VIII.14.30). A la vez que pisoteada, la infantería india se agolpó en una masa inútil y desorganizada. Parece, por otra parte, que muchos arqueros indios llegaron al campo de batalla con sus arcos destensados; tuvieron que tensarlos sobre el terreno y, debido al barro (sin duda levantado por los elefantes), muchos no lo lograron.

Viendo el desorden de las líneas indias, Alejandro ordenó a su falange que formara en *synaspismos* (escudo cerrado) y que cargara, con la caballería atacando por las alas. La línea india fue destruida. Arriano calcula las bajas en 20.000 hombres de infantería, 3.000 jinetes y todos los carros; la mayoría de los elefantes que sobrevivieron fueron capturados e integrados en el ejército macedonio. Las pérdidas en la infantería de Alejandro sumaron 80 hombres, en su mayoría ante los elefantes, además de 230 jinetes. Poros fue capturado tras resultar gravemente herido, con su elefante muerto bajo su cuerpo. Se recuperó de las heridas, y Alejandro se sintió tan conmovido ante su dignidad y bravura en la adversidad que le repuso en el trono y le convirtió en su aliado.

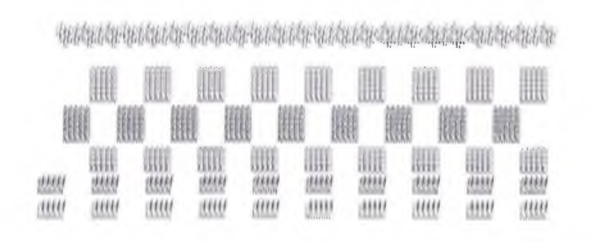
La legión de la Roma republicana

Hasta el siglo VI a.C., las tribus de la Italia continental recibieron una mayor influencia de la cultura celta de Halstatt del norte que de los griegos del sur, y la influencia celta es perceptible a lo largo de toda la historia militar romana. El arte de la guerra se adecuaba muy estrechamente al modelo tribal, y hubo evidencias de un orden de elite de paladines y sacerdotes-guerreros dedicados al dios de la guerra, Marte, padre de Rómulo y Remo, los fundadores míticos de Roma. Los hallazgos arqueológicos de este período indican que los romanos combatieron con espada desde los primeros tiempos; se han encontrado hojas de hasta 70 cm de longitud, algunas de hierro, junto con puntas de lanza de bronce. Los cascos eran de bronce y de tipo casquete, en esencia un simple tocado a modo de gorro. La armadura consistía principalmente en petos, láminas de bronce diseñadas para proteger el corazón y también (con ejemplos más grandes) el abdomen, que se sostenía con tiras de cuero. Se han encontrado dos clases de escudos; uno grande y redondo, posiblemente de origen etrusco, y el otro, el *ancile* oval. A partir de los ejemplos conservados no se ha deducido el modo de llevarlos.

Hacia 600 a.C., Roma estaba sometida a los etruscos, un pueblo indoeuropeo de origen oscuro cuya cultura se centró en varias grandes ciudades del norte. Los etruscos tuvieron contactos con las colonias griegas de Sicilia y el sur de Italia y adoptaron la falange hoplita poco antes de establecer su hegemonía, imponiendo su organización sobre Roma y otros vasallos.

El ejército etrusco-romano se basaba en el sistema de leva entre todos los ciudadanos varones adultos. Livio relata que el segundo rey etrusco de Roma, Servio Tulio, organizó la sociedad romana en clases basándose en la riqueza y la posición social, dividida en grupos de votantes conocidos como centurias, donde cada clase estaba equipada para la guerra de acuerdo con una escala basada en sus medios financieros. Los más acaudalados formaban ocho centurias de la Primera Clase, equipadas con armadura y armamento hoplitas completos. Las 20 centurias de la Segunda Clase tenían un equipamiento

similar, salvo las que no llevaban armadura sobre el cuerpo (tal vez sustituida por petos), y con el «largo» escudo oval (*scutum*) en vez del *hoplon*. La Tercera Clase estaba formada por otras 20 centurias, armadas de igual forma pero sin grebas. Las clases cuarta y quinta eran escaramuzadores y tropas ligeras, donde la cuarta constaba de 20 centurias de lanzadores de jabalina y la quinta de 30 centurias de honderos. Suponiendo que cada centuria contara con 80 hombres, como más adelante, e incluyera dos centurias de músicos y 18 de caballería, esto supone que Servio disponía de una fuerza total de infantería de 14.400 hombres, comparable a la de los ejércitos griegos de la época. Roma rechazó a los etruscos a finales del siglo VI y principios del V a.C., pero aparentemente conservó la falange del tipo de Servio. Como muchas reformas militares, la evolución de la falange en la legión descrita por Polibio surgió en la derrota, empezando por la infligida por los galos en el río Allia en el año 390 a.C. Las guerras con los samnitas de los años 343 a 290 a.C. acarreó nuevos desastres en las Horcas Caudinas en el 321 a.C. y en Terracina en el 315 a.C. Samnio era un país accidentado; este hecho, y las representaciones de la época, que muestran a los guerreros samnitas llevando lanzas y jabalinas pero nunca espadas, sugiere un estilo de guerra basado en la escaramuza, en la que formaciones densas y fuertemente controladas suponían un serio inconveniente. No en vano, las Horcas Caudinas fueron en esencia una gigantesca emboscada de un ejército romano en un valle en los Apeninos. Los romanos pudieron, por tanto, haber abierto sus formaciones en el campo de batalla después de las humillaciones sufridas en las colinas del centro-sur de Italia.



La primera legión republicana de mediados del siglo IV a.C. con tropas ligeras delante, seguidas por los hastati, principes, triarii, rorarii *y* accensii.

El relato de Livio del ejército romano de mediados del siglo IV a.C. se inspira básicamente en el de Polibio. Sin embargo, incluye suficientes puntos de diferencias como para sugerir una formación distinta y puede, así, considerarse nuestra mejor fuente sobre los ejércitos que se enfrentaron a Pirro a principios del siglo III a.C. y a Aníbal 170 años después. La falange se reorganizó en legiones, dividida en manípulos de dos centurias cada uno, pero la antigua división se mantuvo según las situaciones de una forma modificada:

«La primera línea, los *hastati* [lanceros], consistía en 15 manípulos dispuestos con pequeños huecos entre ellos; cada manípulo incluía 20 soldados de armadura ligera, y el resto eran hombres con escudos oblongos: los de «armadura ligera» eran los que llevaban sólo una lanza y jabalinas. Esta línea delantera contaba con lo mejor de los jóvenes que acababan de llegar a la edad de servicio. Tras ellos había el mismo número de manípulos formados por hombres fuertes y maduros, a los que se llamaba *principes*, y todos llevaban escudos oblongos y tenían armas magníficas» (Livio VIII.8.8).

Estas dos primeras líneas eran conocidas colectivamente como *antepilani* («¿delante de las columnas?»). Las que formaban detrás de los *antepilani* eran diferentes tanto en organización como en equipamiento:

«Inmediatamente detrás de los estandartes se colocaban otras 15 compañías, cada una dividida en tres secciones... una compañía estaba formada por tres secciones o *vexilla*, y cada *vexilla* tenía 70 soldados, dos centuriones y un *vexillarius* o portaestandarte, de manera que en conjunto sumaban 186 hombres. El primer estandarte guiaba a los *triarii* [oficiales rasos], soldados veteranos de probado valor, el segundo a los *rorarii*, más jóvenes y menos experimentados, y el tercero a los *acensii*, el grupo menos fiable» (Livio VIII.8.8).

Esto presentaba al enemigo un modelo ajedrezado semejante a una serie de cuñas aplanadas:

«Cuando un ejército formaba en este orden, los *hastati* eran los primeros en entrar en batalla. Si no lograban dispersar al enemigo, se retiraban lentamente y eran acogidos a través de los huecos entre los *principes*. Después, eran los *principes* los

que asumían la lucha, con los *hastati* tras ellos, y los *triarii* arrodillados bajo sus estandartes, con la pierna izquierda estirada hacia delante y los escudos apoyados en los hombros, manteniendo las lanzas fijas al suelo y apuntando hacia arriba, de forma que la línea parecía encresparse con una empalizada protectora. Si los *principes* combatían sin éxito, poco a poco dejaban la primera línea a los *triarii*... Cuando los *triarii* habían dejado que *principes* y *hastati* regresaran a sus líneas por los huecos, se levantaban y cerraban las filas rápidamente, bloqueando los pasos, por así decir, y entonces, sin reservas que los respaldaran, caían sobre el enemigo como una fuerza desatada» (Livio VIII.8.8).

Acciones concentradas

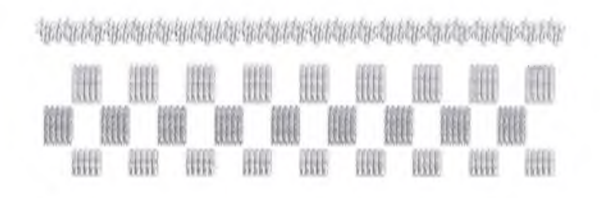
Pareciera que la legión era, en la práctica, un conjunto de unidades menores, que luchaban no en una disposición lineal sino siguiendo un modelo de acciones concentradas bajo un mando local. La disposición en cuña sería así particularmente adecuada para crear y aprovechar las brechas en la línea enemiga. Livio omite las funciones de los *rorarii* y los *accensii*, que parecen haber sido guardias del campamento o siervos armados, aunque una vez hace referencia a *rorarii* rompiendo filas y uniéndose a los *antepilani* a la altura de una batalla. Tampoco dice demasiado acerca de las armas; el título *hastati* sugiere que estas tropas, como poco, habrían utilizado el *hasta*, una lanza arrojadiza manejada con una mano, hasta una cierta fecha, pero de las narraciones de Livio y Plutarco (muy anacrónicas) se desprende que la espada pasó a usarse ampliamente a finales del siglo IV a.C., mientras que Livio alude a los galos en una batalla del año 351 a.C. como «atacados con proyectiles que... se clavaban en sus escudos y los hacían muy pesados de transportar», lo que sugiere que en esa fecha debería haberse usado el *pilum*, una pesada lanza arrojadiza.

Otras reformas

La legión experimentó reformas ulteriores después de los encuentros con los ejércitos cartagineses, muy móviles y diestramente manejados, en las guerras púnicas. La descripción más detallada de que disponemos de las legiones de la guerra macedonia proviene de Polibio, y la organización que éste describe surgió probablemente durante la segunda guerra púnica. El ejército seguía estando integrado por una milicia de ciudadanos de clase media y alta, todos ellos hombres libres de la clase de los legionarios de los que se esperaba que cumplieran un servicio militar de 16 años (20, en caso de emergencia) antes de alcanzar los 46 años de edad, con revistas realizadas anualmente en tiempo de guerra. Sin embargo, la naturaleza de la soldadesca romana había cambiado: desde el año 392 a.C., recibían un pago regular y en ello se parecían más a los modernos reclutas que a una leva de ciudadanos, y la obligación de servir durante las largas guerras de los siglos IV y III a.C. llevó a muchos legionarios a convertirse, en la práctica, en soldados de carrera. Cada vez fue más frecuente la relajación en cuando a los requisitos de propiedad, y campesinos e incluso esclavos fueron llamados a filas tras la catastrófica derrota de Cannas (216 a.C.).

La legión «polibia» tenía 4.200 efectivos, que podían ampliarse a 5.000. Se organizaba en centurias de 80 a 100 hombres, con cada dos centurias agrupadas en un manípulo, la unidad táctica principal del ejército romano en aquella época. La legión incluía también a escaramuzadores (*velites*) armados con jabalinas, en su mayor parte «los más jóvenes y los más pobres», y caballería para tareas de reconocimiento. La legión mantuvo una versión de la formación ajedrezada, y Polibio relató que se marchaba en esta formación cuando el territorio era hostil.

Es probable que la práctica de relevar las líneas con manípulos continuara, aunque era ya una opción táctica más entre varias. Las líneas primera y segunda consistían en 10 manípulos cada una, de *hastati* y *principes* («lo mejor de la vida»). Según Polibio, éstos llevaban el *scutum* y dos *pila* (venablos):

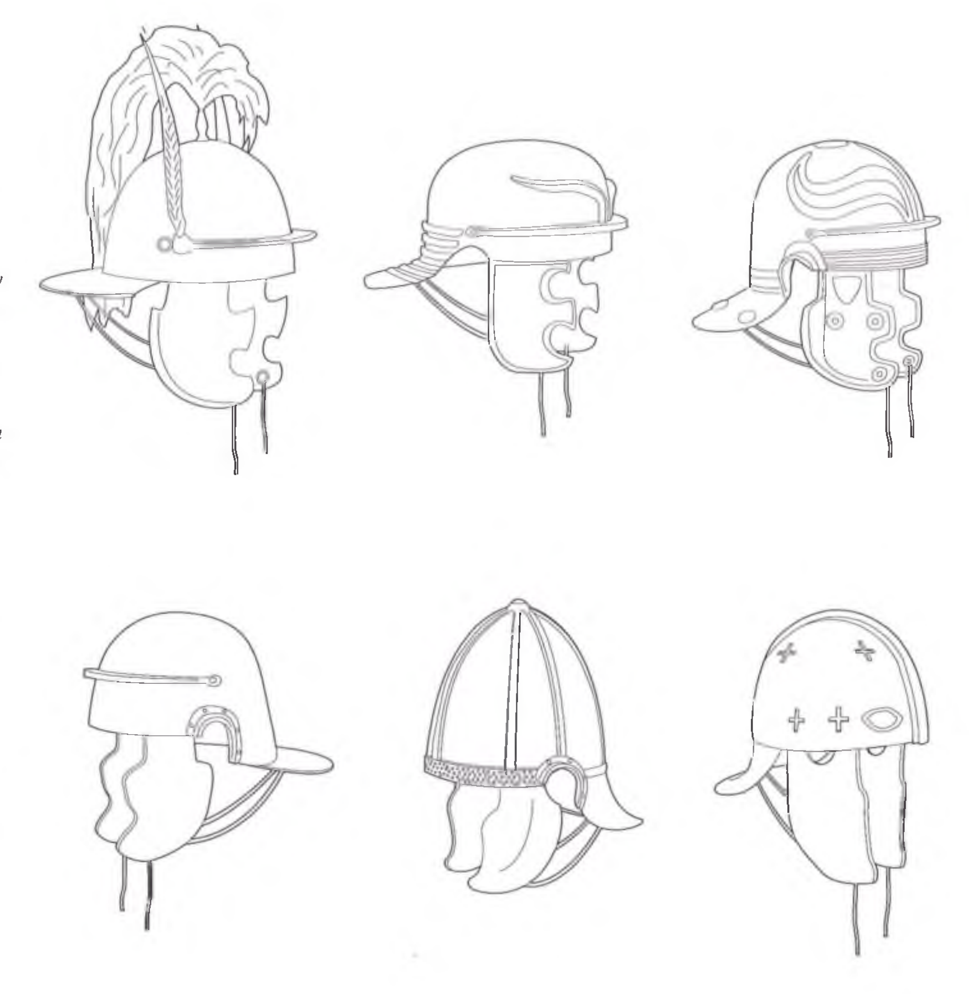


Legión de Polibio en formación de marcha, con los velites *en la primera línea, y los* hastati, principes *y* triarii *por detrás, en este orden.*

«Los *pila* son de dos clases: grueso y fino. De los gruesos, unos son redondos y con el diámetro de un palmo, y otros tienen sección cuadrangular. Los finos, que pueden llevarse además de los otros, son lanzas de caza de un tamaño mediano... A cada uno se le ajusta un hierro en forma de anzuelo de la misma longitud que el asta. Su inserción, fijada a media asta y con numerosos clavos, está tan firme que en acción el hierro se romperá antes de que ceda la juntura, aunque ésta, en su base, allí donde se implanta en la madera, tiene el grosor de un dedo y medio; tal es el cuidado que se ha puesto en esta inserción» (Polibio VI.23).

Los hallazgos en Numancia y Telamón confirman la existencia de dos tipos de *pilum*, ambos con un hierro a modo de anzuelo en el extremo de una larga punta de hierro, unida a un asta de madera. Una tenía la punta unida mediante un remache, y la otra por una lengüeta de hierro remachada en una hendidura en un extremo engrosado del asta. Ambas podrían corresponderse con los venablos «grueso» y «fino» de Polibio, respectivamente. El *pilum* era, tal vez, el arma arrojadiza más mortífera de la historia, capaz de atravesar la armadura y el escudo, y a veces de ensartar varios escudos. El propio peso de la lanza doblaba la punta de hierro y la cabeza en anzuelo era imposible de retirar del escudo en un momento de apresuramiento, de forma que todo escudo que recibía el impacto de un *pilum* quedaba seriamente dañado.

Sin embargo, el arma principal de los *hastati* y los *principes* era la espada celtíbera (*gladius hispaniensis*), que Polibio describe como «excelente para hundir, y que corta por los dos filos, ya que la hoja es muy fuerte y firme» (VI.23). El *gladius* fue adoptado aparentemente por las tribus celtíberas de Iberia después de la segunda guerra púnica, y estaba en uso con certeza en Cinoscéfalos en el año 197 a.C. (Los *hastati* conservaron su título, pese al cambio en el armamento, al igual que algunos regimientos de la



CASCOS LEGIONARIOS ROMANOS Y CASCOS AUXILIARES. Fila superior, de izquierda a derecha: un tipo Coolus de bronce hecho en la Galia, c 50 a.C.-100 d.C., con cresta de crin de caballo y plumas; casco de hierro galo imperial, c 15 a.C., con «cejas» prominentes; casco de hierro de la segunda mitad del siglo I d.C. con decoración de bronce y carrilleras vueltas hacia fuera para desviar los golpes. Fila inferior, de izquierda a derecha: casco auxiliar de bronce de la mitad del siglo I d.C.; casco auxiliar de un arquero oriental, de hierro y bronce sobre armazón metálico, c 100 d.C.; casco de hierro de un legionario de principios del siglo IV d.C. hecho en dos mitades unidas por el centro por sencillez y para facilitar la producción en serie.

moderna Infantería británica siguen siendo conocidos como «fusileros»). El *gladius* se forjaba en hierro (se han encontrado ejemplos de acero toledano), con una hoja de unos 50 cm de largo: contradiciendo a Polibio, el centro de gravedad de la hoja estaba cerca de la empuñadura lo que, combinado con su larga punta, sugiere que era bastante mejor para hundir que para cortar. De hecho, el crítico y polemista militar romano Flavio Vegecio insistió en que había que enseñar a los reclutas a golpear con el *gladius*, «no con el filo, sino con la punta», pues una estocada rápida en el vientre del adversario le haría caer mucho más deprisa que numerosos cortes (una doctrina que los romanos aplicaron también en las tácticas en el campo de batalla). Vegecio nos dice que «los antiguos» hicieron del juego de espada una parte central de su instrucción:

«Llevaban escudos de mimbre, parecidos a vallas de construcción... de modo que tenían dos veces el peso que el normal de un escudo oficial. También daban a los reclutas puñales de madera de doble peso, en vez de espadas... Cada recluta plantaba un poste en el suelo, de forma que no pudiera moverse y sobresaliera unos 2 m... Contra el poste, como si fuera un adversario, el recluta se entrenaba con la estaca y el mimbre como si fueran espada y escudo, ensayando mandobles en la cara y la cabeza, después amenazando los flancos, luego intentando cortarle los tendones y las piernas, retrocediendo y avanzando, saltando y abalanzándose contra el poste con todos los métodos de ataque y artes de combate, como si fuera un enemigo real» (Vegecio I.11).

Cada fila de *hastati* o *principes* se desplegaba de manera que cada hombre se separaba del de delante formando a 1 m entre hombros para dejar espacio para lanzar los *pila*. Cada fila se estrechaba junto a la primera cuando se lanzaban los *pila*, hasta que todo el manípulo permanecía en orden cerrado. Entonces, con el enemigo conmocionado por la lluvia inicial de jabalinas, las filas delanteras cargaban con la espada, mientras los de detrás seguían arrojando lanzas sobre sus cabezas. A diferencia de la masa anónima del ataque en falange, la lucha resultante consistía en un mosaico de combates individuales, donde los romanos buscaban la victoria a través de la proeza personal de sus soldados diestros con la espada. El historiador griego Dionisio de Halicarnaso describió el arte romano de la espada en batalla contra los galos en el siglo IV a.C. Su relato puede ser anacrónico, ya que fue compuesto 300 años más tarde, pero sigue ofreciendo una gráfica descripción de los romanos en acción en un tiempo transcurrido entre las guerras púnicas y el período medio del imperio:

«Ahora el modo de luchar de los bárbaros, al ser en gran medida el de las bestias salvajes y frenéticas, era errático, bastante falto de ciencia militar. Así, en un momento, blandían sus espadas en alto y golpeaban con violencia al modo de los jabalíes, aplicando todo el peso de su cuerpo como simples hacheros... y propinaban mandobles sin objeto, como si pretendieran despedazar el cuerpo de sus adversarios, con la armadura y todo lo demás; después giraban el filo de sus espadas apartándolo del enemigo. Por su parte, las maniobras de defensa y contraataque de los romanos contra los bárbaros eran firmes y les daban gran seguridad. Porque cuando sus enemigos arremetían con las espadas en alto, se protegían con los escudos, encorvándose y acuclillándose, haciendo vanos e inútiles los golpes de los otros, que apuntaban demasiado arriba, a la vez que, extendiendo sus espadas en horizontal, herían a sus adversarios en las ingles, les ensartaban por los costados y dirigían sus golpes al pecho y los órganos vitales. Y cuando veían que el oponente se protegía esas partes del cuerpo, le cortaban los tendones de las rodillas o los tobillos y le hacían caer rugiendo y mordiendo el escudo, ululando como bestia salvaje» (Dionisio XVI.10.17).

Ejército de milicia

El ejército descrito por Livio y Polibio seguía siendo una milicia en la que cada hombre aportaba su propio equipamiento, con lo que era improbable una completa uniformidad en armas y armaduras. El escudo (*scutum*) parece tener un origen celta y estaba hecho de un armazón de madera cubierta con tela y, encima, cuero, con ribetes de hierro en los bordes inferior y superior a modo de protección. Se llevaba con una simple asa bajo el ombligo del escudo, reduciendo así la impedimenta con respecto al *hoplon*, facilitando el lanzamiento de venablos y la lucha con espada y mejorando el uso ofensivo, ya fuera hundiendo la espada o cortando con el filo. Polibio refiere que todos los legionarios llevaban

Pidna

168 a.C.

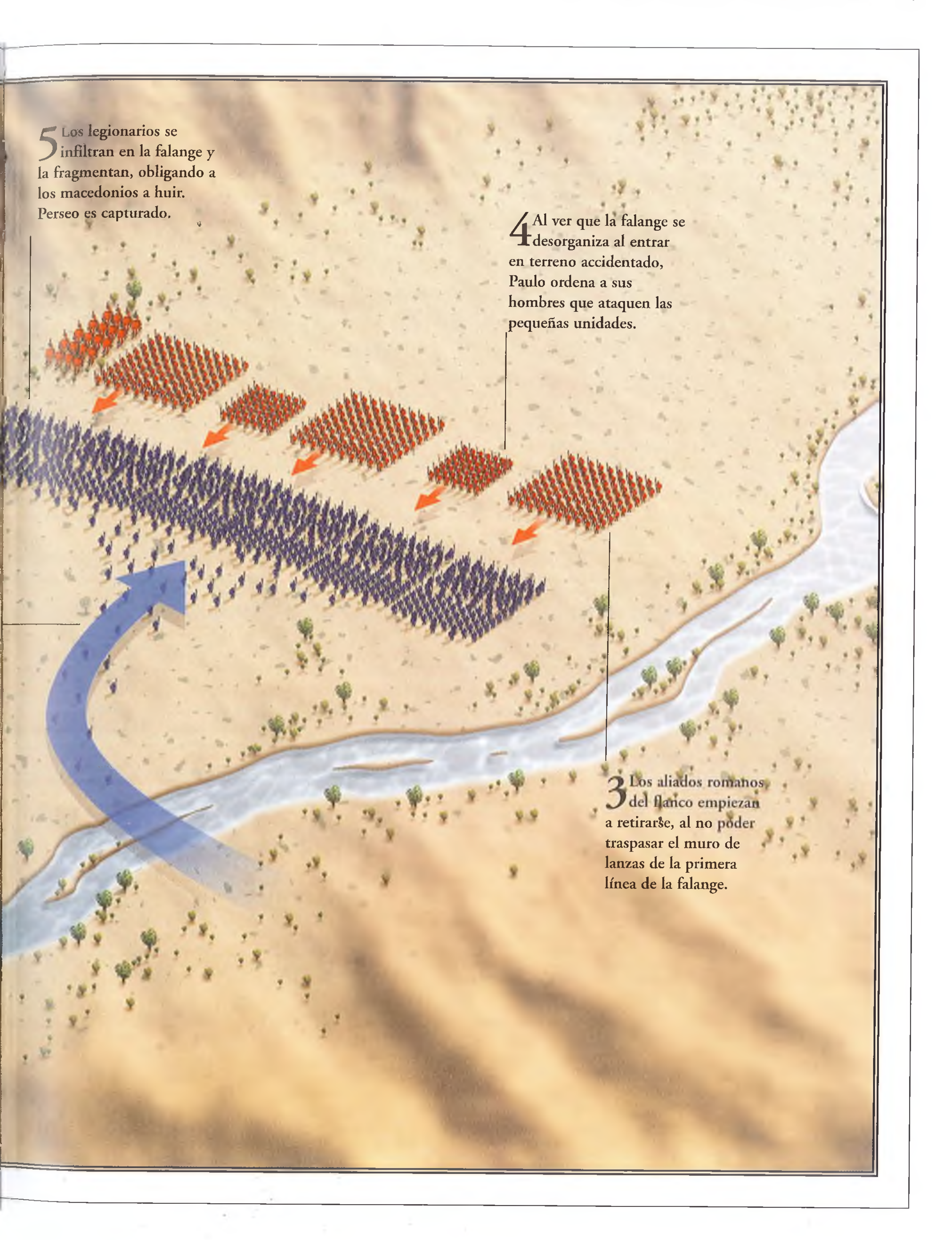
Perseo tomó la iniciativa y cruzó el río con su falange. Paulo envió a sus elefantes contra el ala izquierda macedonia, que pronto se dispersó. Sin embargo, la batalla se resolvió en una lucha encarnizada de la infantería en el centro, con la incursión de las legiones romanas en la falange macedonia. Cada legionario tuvo que vérselas con diez picas simplemente con su espada, después de haber lanzado sus *pila,* y los romanos no lograron entrar en la lucha cuerpo a cuerpo. Los pelignos, aliados de Roma, se vieron forzados a retirarse, pero las filas delanteras de la falange se desorganizaron al acceder a un terreno más accidentado, y la formación empezó a romperse. Paulo envió a sus cohortes hacia los espacios abiertos en las líneas del enemigo para llegar al cuerpo a cuerpo; en cuanto penetraron en ellas y las separaron, atacaron los flancos y la retaguardia de los macedonios. La falange se desgajó y quedó separada de una unidad de elite que la cohesionaba, con lo que se rompió definitivamente y huyó en desbandada. Plutarco calcula las muertes macedonias en 25.000; sólo 80 o 100 romanos perdieron la vida.



Pidna marcó el fin del poder macedonio en el Mediterráneo oriental y el inicio de la hegemonía romana. Macedonia quedó dividida en cuatro repúblicas bajo la protección de Roma.

2 **Perseo forma su falange y cruza el río, para dar inicio a la batalla. Su ala izquierda es derrotada por los elefantes de Paulo.**

1 **Las hostilidades comienzan con una escaramuza entre los dos bandos al encontrarse a la orilla del río por la mañana.**

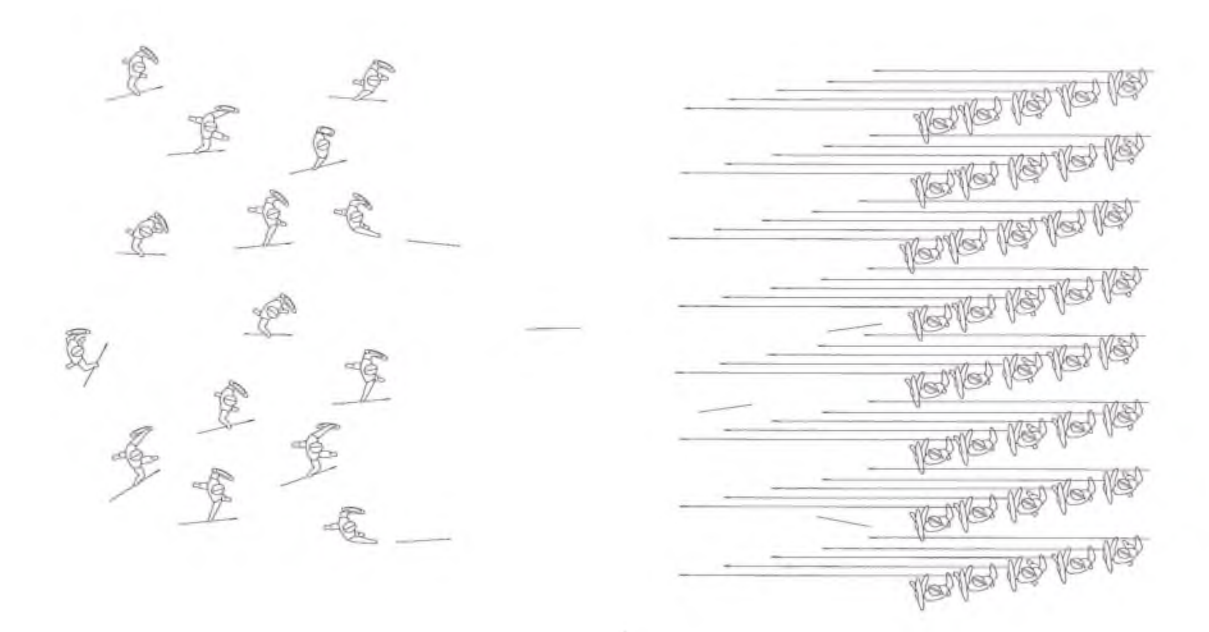

5 Los legionarios se infiltran en la falange y la fragmentan, obligando a los macedonios a huir. Perseo es capturado.
4 Al ver que la falange se desorganiza al entrar en terreno accidentado, Paulo ordena a sus hombres que ataquen las pequeñas unidades.
3 Los aliados romanos del flanco empiezan a retirarse, al no poder traspasar el muro de lanzas de la primera línea de la falange.

petos, salvo los de cierta posición social y económica, que iban provistos de cotas de malla; y un monumento erigido para conmemorar la victoria de Emilio Paulo en Pidna muestra a la infantería romana ataviada con corazas musculadas. Se conocieron principalmente tres clases de cascos: el etrusco-corintio o italo-corintio era en esencia un sombrero de bronce, esculpido al modo de un casco corintio en miniatura; el ático fue otro estilo popular en Italia. El casco «romano» más distintivo fue el de Montefortino, aparentemente de diseño celta, como el *scutum*, que debe su nombre al cementerio de Ancona donde se encontraron un gran número. En su forma más simple, el Montefortino consistía en un bol de bronce con un pico corto en horizontal que se extiende sobre la nuca, con carrilleras que se prolongaban por debajo de la mandíbula. Entre las tribus latinas era tradición llevar una sola greba en la pierna izquierda, la que se adelantaba, aunque parece que las grebas se abandonaron al final de la segunda guerra púnica.

Los romanos eran muy duchos en el manejo de la espada. Si bien la lucha a espada tiene reminiscencias homéricas, pudiera reflejar también la persistencia de un estilo tribal de guerrear y un carácter nacional más individualista y varonil que en el mundo griego. En la Roma de los primeros tiempos existía un culto al combate individual. Según Livio, una disputa entre etruscos y romanos se resolvió con el enfrentamiento entre seis paladines de cada bando en el año 670 a.C., y el episodio heroico de Horacio Cocles y sus dos compañeros defendiendo un puente del Tíber frente a todo el ejército etrusco se remonta al 508 a.C., al menos 100 años antes de que se conociera *La Ilíada* en Roma.

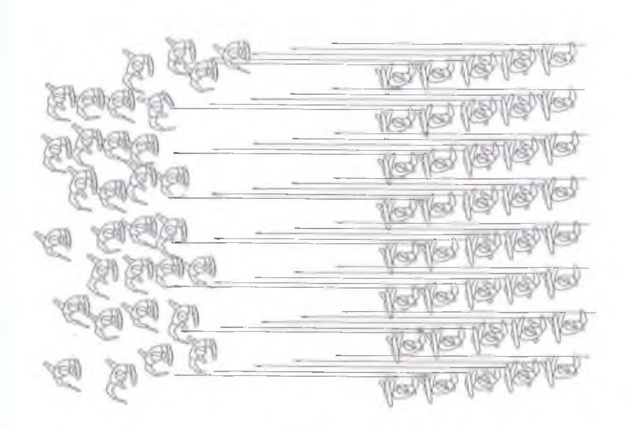
La antediluviana falange romana sobrevivió con la tercera línea de la legión, los *triarii*: diez centurias de hombres experimentados armados con venablos (*hasta*) y que defendían la retaguardia; en latín se usaba la expresión «la batalla llega a los *triarii*» como metáfora de una situación apurada. En tiempos de Polibio parece que se prescindió de los *rorarii* y los *accensii* y se ampliaron los *triarii*; tal vez se debiera a las guerras casi incesantes de los siglos III y II a.C., que nutrieron las filas de veteranos de esta condición.

El ejército de la República de Roma experimentó dos fases más de reforma. Escipión el Africano convirtió los *triarii* y *principes* en una reserva móvil, que utilizó para envolver los flancos del ejército cartaginés en las grandes llanuras europeas y para extender la línea romana equiparándola a la de Cartago en Zama. Desde finales del siglo III a.C. a principios del I, se hizo un uso creciente de la *cohors* (cohorte), una formación constituida por un manípulo de *hastati*, *principes* y *triarii*; así, desde finales del siglo II a.C. la cohorte, y no la legión, pasó a ser la unidad principal de maniobra en los ejércitos de Roma.



La creciente agilidad táctica de la legión sugiere que, además del manejo en las armas individuales, los soldados recibieron instrucción como unidades, tal vez hasta la escala de legión. Por otra parte, la dispersa formación de los manípulos requería una cierta transferencia del mando, y los romanos contaban con un complejo sistema de «oficiales» y «otros jefes». Polibio cuenta que al frente de cada manípulo había un centurión elegido por los soldados. Por encima de éste se situaban los tribunos, magistrados electos cuyo servicio militar formaba parte de su función cívica; cada legión estaba comandada colectivamente por seis tribunos. Éstos dependían del cónsul, uno de los dos principales magistrados de Roma, que mandaba el ejército. Un ejército romano típico de las guerras púnicas o macedónicas constaba de dos a cuatro legiones en el centro, con *alae* (alas) de tropas de los tributarios romanos armadas y organizadas al modo legionario, en cada flanco. Las tropas legionarias constituían el grueso de estos ejércitos, con 20.000 a 30.000 soldados de un total estimado en 40.000 en Heraclea; 20.000 de 40.000 en Ausculum; 18.000 de 26.000 en Cinoscéfalos, y 10.000 de 37.000 en Pidna.

La «táctica» romana común, al menos antes de la convulsa derrota a manos de Aníbal, era una acción de choque directa contra el centro del enemigo. Los romanos contaban con que la mejor instrucción, agresividad y coraje de sus soldados fueran factores decisivos, muy por encima, en la práctica, de cualquier contribución de los tribunos, demasiado ocupados en el combate cuerpo a cuerpo en la primera línea o incluso en duelos entre paladines como para ejercer ninguna supervisión. La carga impetuosa de lucha a espada era norma en el planteamiento galo en la batalla, otra posible influencia sentida en los romanos, pero éstos superaban a los galos por su intenso entrenamiento, organización y ejercicios de combate, lo que dotaba a la legión de una flexibilidad y una rapidez de respuesta tal vez sin parangón en el resto de los ejércitos de su tiempo.



Una legión romana frente a una falange: los legionarios arrojan sus pila *en un intento por romper la falange. Después se acercan en formación, intentando entrar en el combate cuerpo a cuerpo, donde son superiores en el manejo de la espada.*

Las reformas antes detalladas coincidieron con un cambio en el estilo de mando que se alejó del liderazgo heroico desde la primera línea. Ya en el año 340 a.C., Livio informa de que el cónsul Manlio Torcuato sentenció a su propio hijo, un comandante de caballería, a muerte por haber aceptado un duelo a combate individual contraviniendo las órdenes, y desde aquel momento se produjo un alejamiento de las expresiones de bravura varonil por parte de los jefes en combates individuales al mando de las tropas en cargas o defensas heroicas o en audaces maniobras para ganar las batallas. Obsérvese también la descripción del mejor centurión dada por Polibio: «No se desea que sean tanto hombres que lancen los ataques y abran el campo de batalla, como que sepan mantenerse firmes bajo la presión, y en situaciones desesperadas estén dispuestos a morir en sus puestos (VI.24)». Con todo, sería difícil manejar los manípulos y las cohortes sin que algunos comandantes se mantuvieran en puestos de observación para estudiar los combates y corregir la formación según se desarrollaran los acontecimientos.

Pidna: 168 a.C.

La falange macedonia dependía de la cohesión: si ésta se perdía en el «fragor» de la batalla, su eficacia quedaba seriamente comprometida, cuando no desaparecía. De ahí la preferencia de los comandantes helenísticos por las batallas en terrenos abiertos y llanos y su recurrencia a los mismos lugares, como Cinoscéfalos, Magnesia y Coronea.

En ninguna ocasión se reveló tan gráficamente esta fatal debilidad como en la batalla de Pidna, en el norte de Grecia, en el año 168 a.C., entre los ejércitos del rey Perseo de Macedonia y el cónsul romano Lucio Emilio Paulo. El conflicto estalló por la

lucha de poder entre Roma y los reinos diádocos seléucidas y macedonios, casi inmediatamente después de la victoria romana en la segunda guerra púnica. En el año 197 a.C., un ejército romano había vencido a los macedonios en Cinoscéfalos. Los elefantes de Roma rompieron el ala izquierda macedonia, induciendo a un tribuno a tomar 20 manípulos de esta ala y dirigirlos colina abajo para cargar contra la retaguardia de la falange macedonia, que había sido obligada a retroceder por el ala izquierda romana. La guerra volvió a estallar en el año 171 a.C., y cuando Paulo fue elegido cónsul en el 168 a.C., el Senado le instruyó para que pusiera fin a la situación.

Su padre había muerto en Cannas, y Paulo era cuñado de Escipión el Africano, que derrotó finalmente a Aníbal en Zama en 202 a.C. Aún en sus 20 había logrado dos victorias sobre los celtíberos y, cuando fue elegido cónsul por primera vez en 182 a.C., lanzó una victoriosa campaña contra los celtas de Liguria, en el noroeste de Italia. Paulo tenía alrededor de 60 años cuando, en 168 a.C., fue instado a asumir un segundo consulado, en concreto para resolver el problema de Perseo, que había infligido una serie de derrotas humillantes a los romanos. En aquel momento, Perseo acampaba en una posición fuerte y bien pertrechada cerca del monte Olimpo, de la cual los romanos tenían dificultades para desalojarle.

Disponemos de dos fuentes sobre la batalla que aconteció. Una procede de la *Vida de Paulo* de Plutarco; la otra es *La historia de Roma*, de Livio (Tito Livio). Se sabe bastante poco de Livio, acaso un escritor profesional que produjo su *Historia* entre los años 30 a.C. y 17 d.C. Aunque magnífico con la pluma, Livio ha de interpretarse con cautela; creía firmemente en el avance heroico de Roma hacia un «fin predestinado» y su narración está lastrada por esta convicción. Aunque no se conservan sus comentarios sobre Pidna, es posible espigar información técnica relevante del historiador más respetado de aquel tiempo, Polibio. El interés de éste no se centraba sólo en los asuntos militares, sino que pasó muchos años después de Pidna como huésped griego en la casa familiar de Paulo; acompañó al hijo de Paulo, Escipión Emiliano, durante la tercera guerra púnica, y estuvo en la destrucción de Cartago en el año 146 a.C.

Para enfrentarse a la posición de Perseo, Paulo envió una fuerza de *extraordinarii*, caballería e in-



RECONSTRUCCIÓN DE LA BATALLA DE PIDNA, donde se muestra cómo un terreno accidentado desorganizó la falange macedonia, permitiendo a los romanos acercarse a los falangitas y aprovechar su mejor técnica en el manejo de la espada.

fantería ligera de los aliados itálicos de Roma, para que desgastaran las líneas de suministro del enemigo. Perseo se retiró a Pidna, escogiendo este lugar porque, según nos dice Plutarco, «era una planicie propicia para su falange, que necesitaba un terreno firme y llano» (Plutarco, *Paulo,* XVI), aunque estaba rodeada de colinas, lo que daba pie a escaramuzas para hostigar a los romanos que huyeran.

Paulo concentró y detuvo a su ejército durante toda la noche mientras diseñaba un plan de ataque. Contaba con dos legiones romanas, otras dos de aliados itálicos y una fuerza de caballería númida para sumar un total de 37.000 hombres, además



TÁCTICAS ROMANAS EN BATALLA

Los velites *(V) están en orden de escaramuza delante de los* hastati *(H), que forman en orden abierto ante los* principes *(P) y los* triarii *(T); los últimos forman en orden cerrado. Cuando la legión está lista para avanzar, se pide a los* velites *que se reagrupen.*

Las centurias delanteras de hastati *se mueven a la derecha, mientras que las de retaguardia se adelantan para cubrir el hueco y presentar una línea sólida ante el enemigo. Entonces arrojan sus* pila *y cargan a la carrera.*

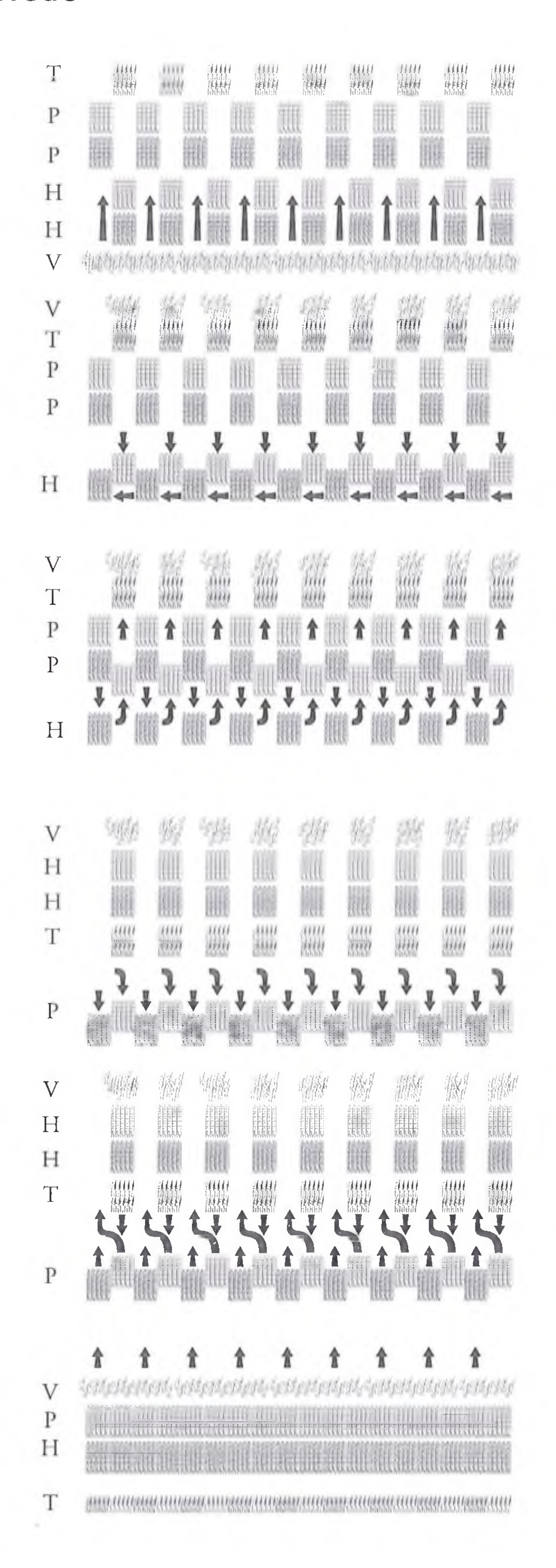
Después de un cierto lapso, los hastati *se reagrupan, invirtiendo su movimiento anterior, y se retiran en orden cerrado para formar detrás de los* triarii. *Entre tanto, los* principes *se adelantan, llenando los huecos dejados por los* hastati *y dejando una línea sólida.*

Los principes *maniobran para presentar una línea completa antes de cargar de nuevo contra los oponentes.*

Si el enemigo aún conserva la solidez después de los esfuerzos de los principes, *los* triarii, *armados con lanzas, avanzan para relevarlos. Los* principes *recuperan entonces la formación.*

El comandante decide ahora si conviene reiniciar el proceso o retirarse.

NOTA: EN TODOS LOS DIAGRAMAS, EL ENEMIGO SE ACERCA DESDE LA BASE DE LA PÁGINA.



de 34 elefantes de guerra. La falange de Perseo sumaba 21.000 hombres, con otros 17.000 de infantería y 4.000 jinetes. A la mañana siguiente se libraron los primeros combates entre los pelignos, aliados de Roma, y los peltastas tracios junto a la corriente, y Perseo marchó entonces con todo su ejército.

Paulo reaccionó formando a sus fuerzas y cargando con los elefantes contra el ala izquierda macedonia, que pronto se dispersó. Sin embargo, la batalla se resolvió en un encarnizado combate de infantería, con las legiones romanas infiltrándose entre los falangitas del cuerpo de *Chalkaspides* (escudos de bronce) macedonios. Plutarco observa que el propio Paulo desconfiaba del resultado de este choque:

«Emilio llegó y vio que los batallones macedonios habían plantado ya las puntas de sus largas lanzas [*sarissas*] en los escudos de los romanos, incapaces así de llegar a ellos con la espada. Y cuando descubrió que el resto de las tropas macedonias tiraban de sus rodelas de los hombros, y con largas lanzas en horizontal resistían a sus infantes y cuál era la fuerza de sus escudos... se asombró y temió que se apoderaran de ellos» (Plutarco, *Paulo*, XIX).

Cuando la legión cargó contra la falange de frente en un terreno llano, nos dice Polibio, la distribución de los espacios obligaba a cada romano a hacer frente a diez picas con la sola ayuda de su espada, después de haber lanzado sus *pila*. Si la situación seguía favoreciendo a la falange, la legión habría sufrido una sangrienta derrota, como les sucedió a los pelignos (tropas armadas al modo legionario) en el flanco de Paulo:

«Los romanos [*sic*], cuando atacaron la falange macedonia, fueron incapaces de forzar un paso... Porque los romanos intentaban repeler las largas lanzas de sus enemigos con la espada, o apremiarlos con los escudos, o asirlos y retenerlos con las propias manos; mientras los macedonios, sosteniéndolos firmemente avanzaron con las dos manos, ensartaban a quienes se les ponían por delante con armadura y todo, pues ni el escudo ni los petos podían resistir la fuerza de la larga lanza macedonia, rechazando el ímpetu de los pelignos... quienes, sin cuidado sino imbuidos por una furia animal, arremetieron contra los golpes que recibían y sufrieron una muerte cierta. Cuando la primera línea quedó despedazada, los que la seguían fueron vencidos; y aunque no huyeron, se retiraron... de modo que incluso Emilio, como nos dice Posidonio, al verlos, se rasgó las vestiduras. Porque esta parte de su ejército estaba en retirada y el resto de los romanos se afanaba frente a la falange sin lograr acercarse a ella, ante la densa barricada de largas lanzas que la hacía inaccesible por todos lados» (Plutarco, *Paulo*, XX).

Es probable que las filas delanteras de la falange mostraran cierta irregularidad en la fuerza de los grupos o los individuos al resistir o avanzar, y que al empujar a los romanos se adentraran en un terreno accidentado, con lo que la formación empezó a descomponerse. Así, la menos densa formación de los manípulos cobró ventaja y, como nos dice Plutarco, los romanos iniciaron así una nueva batalla:

«[E]l terreno era desigual, y la línea de batalla, tan larga que los escudos no pudieron seguir manteniéndose unidos, y Emilio vio entonces que la falange macedonia estaba dejando muchos huecos y espacios, como es natural cuando los ejércitos son grandes y los esfuerzos de los combatientes se diversifican; algunas de sus partes recibían una dura presión, y otras empujaban al contrario. Reaccionó entonces con presteza y, dividiendo a sus cohortes, les ordenó que arremetieran contra los intersticios y espacios vacíos en las líneas del enemigo y entraran así en el cuerpo a cuerpo, no emprendiendo una sola lucha contra todos a la vez, sino muchas y sucesivas batallas separadas. Estas instrucciones dio Emilio a sus oficiales, y los oficiales las transmitieron a sus soldados, para que cuanto antes, se infiltraran entre las filas del enemigo y las separasen, para después atacar a algunos de ellos en el flanco donde no estaban protegidos por la armadura y acosar a otros cortándoles la retirada» (Plutarco, *Paulo*, XX).

Livio lo corrobora con estas palabras:

«La causa manifiesta de la victoria fue el hecho de que se dispersaran... La fuerza de la falange es irresistible cuando se adensa y se encrespa con las lanzas extendidas; pero si, mediante ataques por puntos diferentes, se fuerza a las tropas a girar las lanzas en redondo, tan lerdas que resultan en razón de su peso y su longitud, se enmarañan en una masa desordenada; y luego, el ruido de cualquier conmoción en el flanco o la retaguardia las sume en la confusión, y así la formación entera se colapsa. Tal fue lo que aconteció en esta batalla, cuando la falange hubo de enfrentarse a romanos que ataca-



LEGIONARIOS MARCHANDO ARENGADOS por sus oficiales. En tiempos de Mario, las legiones realizaban frecuentes marchas para mantener a sus soldados en buena forma y prestos para la batalla.

ban en pequeños grupos, con la línea macedonia rota en muchos puntos. Los romanos lograron infiltrarse entre sus filas en todo lugar donde se producía un espacio» (Livio, XLIV.42).

Una vez rota la falange, el *hastatus*, o *principe*, romano tenía una ventaja casi insuperable sobre el falangita. Estaba entrenado para luchar en una formación más suelta y flexible, y con el *gladius*, un arma corta y más manejable que la *sarissa*. Por otra parte, Plutarco sostiene que los falangitas arrojaban la *sarissa*, lo que les obligaba a defenderse de estos soldados bien entrenados con la espada con sólo un puñal y un pequeño escudo de mimbre. La falange se fragmentó, y aparte de unos 3.000 hombres de una unidad de elite que mantuvieron la posición y fueron aniquilados casi por completo, rompió filas y huyó; los romanos mataron a muchos en su carrera hacia el río Leuco, cerca del campo de batalla, cuyas aguas seguían rojas de sangre al día siguiente. Plutarco calcula las muertes de macedonios en 25.000, y las de romanos en 80 o 100. El reino de Filipo y Alejandro había sido humillado en una mañana. El factor más importante fue la organización de las legiones romanas, combinada con un sistema de entrenamiento bélico que permitía una rápida respuesta a las órdenes y el aprovechamiento de las situaciones conforme se iban produciendo. A este estilo de mando se añadía la costumbre de no imponer el control desde el centro y de ser tolerante con las iniciativas, por lo cual el ejército era menos vulnerable a los problemas planteados por el terreno o por la acción enemiga, permitiendo a los oficiales de todos los niveles aprovechar las oportunidades de una acción agresiva. Este espíritu casaba bien con el carácter y el armamento del legionario individual que, a diferencia del falangita, sabía luchar con eficacia en pequeños grupos o incluso en solitario si la situación lo exigía.

Cayo Mario y la «nueva» legión

Hacia el año 100 a.C., la cohorte era una formación permanente dentro de la legión, la leva de ciudadanos se había sustituido por soldados profesionales y las legiones se habían convertido en formaciones permanentes y numeradas como las divisiones de los ejércitos modernos. Aunque la legión seguía dividida en tres líneas llamadas *hastati*, *principes* y *triarii*, las distinciones de armadura y ar-

mamento se abolieron, y ya toda la legión luchaba con una combinación de espada y *pila*. Así fueron las legiones de Pompeyo, César y las guerras civiles, y esta organización se conservó, con alguna evolución, hasta el siglo II d.C.

Estos cambios se han contemplado como otra «revolución en los asuntos militares», atribuida a un hombre, Cayo (o Gayo) Mario, seis veces cónsul de Roma, vencedor en la guerra contra el rey Yugurta de Numidia (110-105 a.C.) y salvador de Italia de una masiva invasión de los bárbaros que tuvo lugar entre los años 102 y 101 a.C. Mario modificó la cultura política romana, usando el ejército como una base de poder y éxito militar para construirse una reputación política, modelo que siguieron todos los políticos romanos posteriores, sobre todo Julio César. Más problemático es elucidar si Mario cambió en la misma magnitud la práctica militar de Roma, ya que muchas de las innovaciones que se le atribuyen pueden verse en realidad como la culminación de un largo período evolutivo.

El ejército de los tiempos de Mario seguía basándose en la leva de ciudadanos romanos dueños de propiedades, que servían en él durante un plazo de seis años; de hecho, el Senado ordenó una recluta en el año 52 a.C., medio siglo después de que Mario hubiera guiado a sus «nuevas» legiones contra los cimbrios. Sin embargo, como ya se ha mencionado, las guerras casi incesantes de los siglos III y II a.C. trajeron cambios en el personal del ejército. La limitación del servicio a ciertos ciudadanos se relajó cuando Roma pasó a necesitar más soldados, y la duración de algunos conflictos hizo que muchos de estos soldados no tuvieran vuelta atrás; se les permitió que se realistaran voluntariamente al término de los seis años, con lo que se convirtieron al final en soldados de carrera. Esta transición se produjo al abrigo de los tipos de campañas lanzados con frecuencia creciente por Roma desde el año 200 a.C. en adelante. Las guerras contra Pirro y Aníbal habían surgido como una necesidad de supervivencia nacional, y en ellas se esperaba de cada ciudadano que defendiera a la patria; después de Zama, Roma entró en conflictos de expansión o defensa imperial, a menudo lejos de Italia y prolongados durante largos años. Para estos conflictos «opcionales», Roma solía buscar voluntarios, ofreciéndoles tierras y donaciones como incentivo para que siguieran alistándose. Por otra parte, los soldados veteranos tenían la posibilidad de acceder al centurionazgo, lo que conllevaba prestigio social y recompensa económica.

La guerra de Yugurta fue uno de estos conflictos «opcionales». Mario, después de ser elegido cónsul con un mandato hasta el fin de la guerra, «alistó a muchos hombres pobres e insignificantes, aunque los antiguos oficiales no habrían aceptado a estas personas, pero dio armas como una recompensa de honor sólo a aquéllos cuyas propiedades les hacían merecedores de recibirlas» (Plutarco, *Cayo Mario*, IX). Estos «hombres pobres e insignificantes» eran del *capite censi*, la clase más baja de ciudadanos romanos, que no tenían hacienda de ningún tipo y que antes habrían sido desestimados para el servicio militar. Gracias a Mario, fueron reclutados ahora en gran número. Las razones de Mario más parecen políticas que militares; había accedido al consulado pese a sus orígenes humildes y a una desafortunada propensión a decir lo que pensaba, y resultaba improbable que obtuviera mayores éxitos salvo si creaba un electorado afín a sus posiciones.

El nuevo ejército de Mario

Estas nuevas levas no podían procurarse su propio equipamiento. El estado había ya empezado a proporcionar armas y equipos; en el año 122 a.C., otro político populista, Cayo Graco, Tribuno del Pueblo, había emitido una ley que exigía al estado que suministrara la vestimenta de los soldados. Ello puede explicar la creciente uniformidad de las armas y los equipamientos que se observa desde mediados del siglo II a.C. Por desgracia, la evidencia pictórica y arqueológica del aspecto de este nuevo tipo de legionario es escasa, y la fuente principal es el altar con un registro de una leva de tropas durante el consulado de Domicio Enobarbo en el año 115 a.C. Los relieves del altar muestran a un oficial veterano, presumiblemente un tribuno, y a cuatro legionarios. Éstos llevan cotas de malla sin mangas recortadas justo por encima de la rodilla, sobre sencillas túnicas; uno exhibe un casco de tipo Montefortino, mientras que los otros tres, y el tribuno, llevan cascos etrusco-corintios, todos con crestas de crin de caballo. Los legionarios están provistos de *scuta* ovales con una única asa horizontal detrás del tachón, y el *gladius* en una vaina colgada bajo el brazo de-

recho sobre una correa de material indeterminado. El *pilum* estaba normalizado, y se atribuye a Mario una importante innovación técnica:

«Hasta aquel tiempo, al parecer, la parte del asta que se dejaba dentro de la cabeza de hierro se sujetaba con dos clavos de hierro; pero, dejando uno como estaba, Mario eliminó el otro y puso en su lugar una espiga de madera que podía romperse con facilidad. Su diseño hacía que el [*pilum*], después de chocar en el escudo del enemigo, no se quedara enhiesto en él, sino que la estaca de madera se rompía, dejando así que el asta se doblara sobre la cabeza de hierro y arrastrara por el suelo, quedando sujeto por el giro en el punto del arma» (Plutarco, *Mario,* XXVI).

El objetivo era de nuevo hacer que un escudo que recibía el impacto del *pilum* quedara inservible, e hiciera posiblemente tropezar a su portador.

Mario usó sus cohortes con habilidad, lo que tal vez explica por qué muchas veces se le atribuye la creación de la cohorte. La formalización del sistema de cohorte pudo haber sido necesario por la expansión del imperio, y por la necesidad de guarnecer grandes zonas con unidades semiindependientes. Sin embargo, el crecimiento de la soldadesca de servicio prolongado significó que las legiones se hicieron formaciones permanentes adoctrinadas con una identidad corporativa no diferente de la de los regimientos del moderno Ejército británico. El *genius* (espíritu guardián) de cada legión cobró forma como el estandarte del águila que impuso Mario a todos los hombres bajo su mando. Aquello era más que un simple colorido en el regimiento; se elevó a la condición de tótem de temible importancia religiosa, y la pérdida de un águila en la batalla se interpretaba como un desastre nacional.

Por desgracia, carecemos de un Polibio que detalle la táctica del «nuevo» ejército romano, así que hemos de reconstruirlo a partir de referencias de las obras de Plutarco y César. Éste describe la legión como una lucha en tres líneas, y existen alusiones en Tácito a legiones que combaten en cuña en las batallas del siglo I d.C., así que es posible que siguiera usándose en ocasiones la formación en manípulo. Sin embargo, se conservan fuertes evidencias que apuntan al uso de la cohorte, más que la legión, como unidad táctica principal, con un buen número de unidades menores que potenciaban la flexibilidad de los ejércitos romanos y llevaron a una mayor complejidad táctica. En Coronea (90 a.C.), el odiado rival de Mario, Lucio Cornelio Sila, desplazó una fuerza de cuatro cohortes para resistir un intento póntico de desplegar su flanco izquierdo mientras dirigía personalmente a una quinta en un ataque por su derecha. En Farsalia (48 a.C.), César usó una fuerza especial de seis cohortes, formadas por *triarii* de cada legión, para contrarrestar un intento de la caballería de Pompeyo de envolver su flanco. Farsalia es interesante también para indicar que, en algunas circunstancias, la dispersa formación de lucha con espada de la legión manipular fue abandonada en favor de una formación más densa, en la que los legionarios combatirían escudo contra escudo, conservando sus *pila* como armas arrojadizas. Mario adoptó una formación de este tipo contra los teutones entre 102 y 101 a.C., y fue así como las cohortes de reserva de César se enfrentaron a la caballería de Pompeyo en Farsalia. Al describir las tácticas romanas contra los alanos en 135 d.C., Arriano recomienda que se emplee dicha formación contra la caballería pesada. Aparentemente, en enfrentamientos contra caballería o infantería en densa formación, la legión se mantenía a la defensiva, normalmente en un terreno elevado, hasta que se producía el ataque del enemigo, y entonces abría filas, desenvainaba las espadas y contraatacaba; así sucedió en Aquae Sextae y en la batalla de la XII Legión de César contra los belgas en el año 57 a.C. Alternativamente, frente a tropas ligeras, los legionarios arrojaban inmediatamente sus *pila* y cargaban a la contra, como se observa en las crónicas de Tácito sobre las batallas entre romanos y britones. Otro desarrollo fue un importante aumento en el poder de los proyectiles que daban apoyo a la legión. Además de arqueros y honderos auxiliares, cada legión tenía un destacamento de artillería, cuyo objetivo era sostener un asedio o defender el campamento de la legión, pero que a veces se usaba en el campo de batalla. Vegecio observa que cada legión contaba con 55 lanzadores de saetas (*ballistae*) y diez catapultas. En algunas batallas, el poder de estos proyectiles se usó como principal instrumento de ataque, con las legiones aprovechándose de la situación que se creaba. En Coronea, Sila utilizó saetas de fuego de su artillería y lluvias de *pila* desde su retaguardia para destrozar la falange póntica. Sus legionarios penetraron en las

Legionario romano, 168 a.C.

Ésta es una representación bastante típica de un legionario de los tiempos de Mario, forzado a transportar su propio equipo en la marcha. Está armado con un solo pilum, *aunque la mayoría de los legionarios llevaban dos en la batalla. También se distingue su* gladius *en una vaina colgada del hombro izquierdo. En la otra cadera porta un pequeño puñal para emergencias. El escudo es un* scutum *de madera, fabricado con tablones en cruz reforzados con hierro, y con un tachón también de este metal que podía usarse para herir a los enemigos. El exterior del* scutum *estaba cubierto con cuero. A modo de protección, este legionario lleva un casco de bronce con carrilleras flexibles. Porta asimismo una coraza de malla con refuerzos de cuero para proteger el cuello. Las sandalias son también de cuero y tienen clavos en las suelas. Entre el equipamiento transportado había herramientas, una almohada, una capa y utensilios de cocina, además de raciones para varios días.*



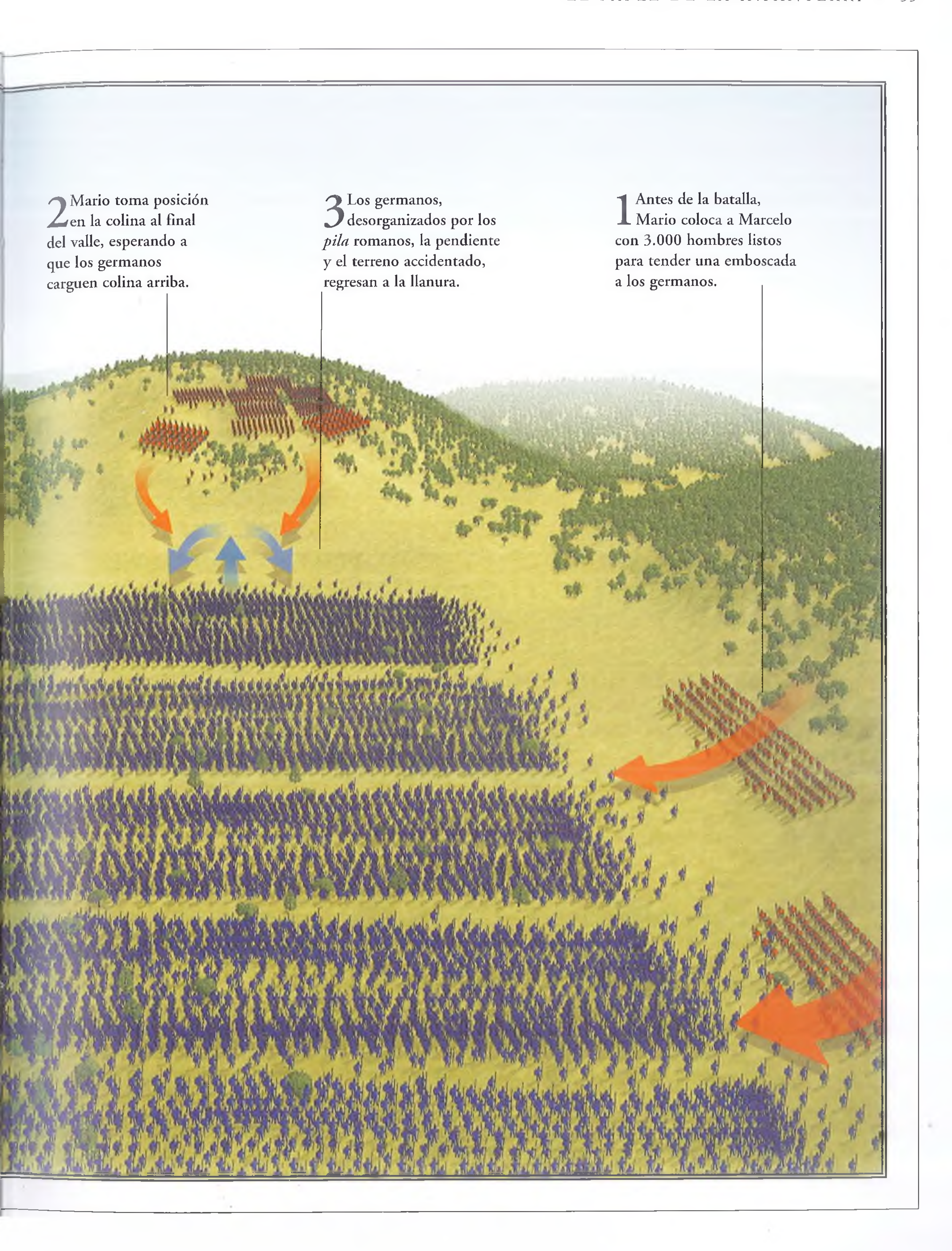
Aquae Sextae
102 a.C.

Mario ordenó a Claudio Marcelo que ocultara 3.000 hombres en las colinas. Instruyó a sus legionarios para que dejaran a los germanos cargar colina arriba; arrojarían sus *pila* cuando los germanos estuvieran a tiro. Los germanos cargaron, y su formación quedó rota por la pendiente, el terreno rocoso y la lluvia de *pila* que lanzaron los romanos sobre ellos, fue lo que causó más bajas de lo normal, debido a la densa formación de los germanos y a la falta de armaduras. Siguió un combate a golpes y puñaladas, en el que los romanos, con el *glaudius* y mejor entrenados y situados, tuvieron una ventaja decisiva. Los germanos fueron rechazados hacia la planicie, donde intentaron formar un muro de escudos. Entonces, las cohortes de Marcelo cargaron desde las colinas por detrás de los teutones y los diezmaron por la retaguardia, mientras Mario atacaba por el frente. La retaguardia germana cedió, las primeras filas se dispersaron y todo el ejército quedó deshecho. Plutarco estima que murieron unos 100.000 germanos.



Aquae Sextae y la posterior batalla de Vercellae sellaron la fama militar de Mario y pusieron fin a la amenaza para la república de Roma de la frontera germana.

4 Mientras Mario avanza colina abajo, Marcelo envía a sus hombres contra la retaguardia germana, rompiéndola y obligando a los germanos a huir.


2 Mario toma posición en la colina al final del valle, esperando a que los germanos carguen colina arriba.
3 Los germanos, desorganizados por los *pila* romanos, la pendiente y el terreno accidentado, regresan a la llanura.
1 Antes de la batalla, Mario coloca a Marcelo con 3.000 hombres listos para tender una emboscada a los germanos.



UN ESCUDO CELTA DEL SIGLO I A.C. Estos escudos tenían un tamaño similar al scutum *romano, pero estaban hechos de tablones de madera cubiertos con una pieza estirada de piel, por lo común decorada.*

brechas creadas por este fuego para destruir una falange en una repetición del episodio de Pidna.

Aquae Sextae: 102 a.C.

En el año 105 a.C., las provincias romanas de la Galia Cisalpina y Transalpina sufrieron una invasión masiva de pueblos tribales del norte. En una inmensa oleada llegaron en total 300.000 guerreros, y un gran número de ancianos, mujeres y niños, probablemente expulsados hacia el oeste por presiones de tierra y población. Esta horda era una coalición de varias tribus centrada en dos pueblos germánicos, los teutones y los ambrones, que incluía también a los escitas y a un misterioso pueblo llamado cimbrio: «La conjetura dominante sostenía que se trataba de pueblos germánicos que se extendieron hasta el océano boreal, una conjetura basada en su gran talla, sus ojos azules y el hecho de que los germanos los llamaran bandidos cimbrios» (Plutarco, *Mario*, XI). Dicho esto, Plutarco especulaba con que los cimbrios fueran cimerios, galos del norte, y su (posiblemente anacrónica) descripción de sus armas y estilo de combate refuerza su opinión.

Roma guardaba un recuerdo poco amable de los galos. Uno de los hechos centrales de la historia romana fue la invasión gala del año 390 a.C., cuando el Alto Rey Bran (Brennus) aniquiló a un ejército de hoplitas romanos y saqueó Roma. Los galos volvieron a derrotar a los romanos en el año 285 a.C. e invadieron nuevamente Italia en el 225 a.C.; se convirtieron además en aliados entusiastas de los enemigos de Roma, incluido Aníbal. En consecuencia, las campañas romanas contra los galos fueron a menudo genocidas, incluso para los usos de la época.

No sorprende, por tanto, que los romanos vieran la invasión como una amenaza para la supervivencia nacional. Cuando un ejército mandado por Quinto Servilio Cepio fue vencido por los bárbaros a mediados del año 104 a.C. y la horda viró hacia Italia, el Senado no tuvo otra opción que vencer el orgullo y convocar a su crítico más mordaz, Mario, para que regresara desde Numidia con su ejército y asumiera su segundo consulado el 1 de enero del año 104 a.C. Esta decisión delata la gravedad de la emergencia, pues la ley romana había estipulado que ningún cónsul podría ser reelegido en un plazo de diez años desde su mandato, y Mario había sido cónsul apenas tres años antes. Mario celebró su victoria sobre Yugurta y desafió al Senado apareciendo ante él ya ataviado para la marcha, antes de partir con su ejército.

La velocidad era esencial, y Mario se proveyó de un gran cortejo de equipajes al tiempo que ordenó a sus soldados que portaran sus propios bultos, una situación que les valió el sobrenombre de «mulas de Mario». Por suerte, los bárbaros giraron hacia Iberia, dando a Mario más tiempo para preparar a su ejército. Por su rudeza de modales, Mario era popular entre sus tropas. Durante generaciones sería conocido como un «soldado de soldados», inmensamente firme, que hablaba el mismo idioma que el soldado común y compartía su comida y sus faenas. Como

partidario de una disciplina rigurosa, Mario era duro pero justo, y su absolución de un tribuno que había dado muerte al sobrino del general para defenderse de un intento de violación homosexual fue clave para ganarse la confianza de sus soldados.

Ese verano, los teutones y ambrones se separaron de la horda principal y se dirigieron hacia Italia. En su camino les aguardaba el ejército de Mario, ocupando una plaza fuerte en el río Ródano. Mario mantuvo a sus tropas dentro de las fortificaciones, pero se aseguró de que vieran regularmente a los bárbaros para acostumbrarles a su aspecto. Pronto, el temor de los romanos se convirtió en desprecio. Viendo ya a los bárbaros como meros fanfarrones, aptos sólo para robar a civiles desarmados, empezaron a pedir a Mario que se pusiera en acción. Los teutones atacaron el fuerte, pero fueron rechazados por una lluvia de *pila* y saetas de fuego. Sorteando el fuerte, los bárbaros siguieron entonces camino de Italia.

«[Mario] alistó a muchos hombres pobres e insignificantes, aunque los antiguos oficiales no les habrían aceptado, pero se les dio armas... sólo a aquéllos cuyas propiedades les hacían merecedores de recibirlas.»
PLUTARCO

Mario levantó el campamento y los siguió, interceptándolos en Aquae Sextae (Aix-en-Provence). Mientras los romanos estaban preparando otro campo, se envió a los sirvientes a recoger agua de un río que fluía cerca de las posiciones bárbaras. Allí se produjo un enfrentamiento entre los ayudantes ligures y los guerreros ambrones, en el que los primeros, a los que se unieron legionarios romanos, causaron importantes bajas en segundos.

La gran batalla tuvo lugar al día siguiente y arroja un ejemplo excelente de maniobra de las cohortes. Tuvo lugar en un valle dominado por empinadas y boscosas colinas. Mario ordenó a Claudio Marcelo, un tribuno, que tomara 3.000 hombres (unas seis cohortes) y se ocultara en la colina hasta que se hubiera iniciado la batalla, para cargar después contra la retaguardia enemiga. La fuerza de Marcelo era claramente de infantería, ya que Plutarco refiere que Mario mantuvo a la caballería bajo su mando directo, usándola como pantalla para desplegar el resto de las legiones en torno al campo de batalla en la cima de la colina.

Desmintiendo su imagen «bárbara», las tribus germanas constituían una fuerza semidisciplinada que, según relato de César, combatía en una formación sólida de tipo falange. Sin embargo, todas las ventajas derivadas de esta formación, y de la agresividad de los guerreros, se contrarrestaban por la insuficiencia de su armamento. Aparte de las armas que robaban, y de las recuperadas del campo de batalla, no llevaban espadas y su principal elemento de combate era la *framea*, una lanza arrojadiza con punta de hierro de mala calidad, casi inservible contra tropas con armadura. Además, los germanos luchaban medio desnudos y eran, así, muy vulnerables a los proyectiles.

Mario instruyó consiguientemente a sus legionarios, ordenándoles que permanecieran firmes y dejaran que los germanos cargaran colina arriba: les lanzarían sus *pila* cuando estuvieran a tiro, y después desenvainarían la espada, unirían sus escudos y empujarían a los germanos pendiente abajo hacia el llano. Para dar ejemplo, Mario, de 56 años, lucharía en primera línea.

Triunfo romano

Todo salió según los planes. Los teutones cargaron serviciales, colina arriba, y su formación se dispersó por la pendiente, el terreno accidentado y la lluvia de *pila* de los romanos de arriba, lo que sin duda causó bajas más numerosas de lo habitual, debido a la densa muchedumbre de germanos y a la falta de armaduras. Siguió un combate a estocadas y golpes de *othismos*, en el que los romanos, con el *glaudius* y mejor entrenados y ubicados, tuvieron una ventaja decisiva. Los teutones fueron rechazados hacia la planicie, donde intentaron formar un muro de escudos. Entonces, las cohortes de Marcelo cargaron desde las colinas por detrás de las filas germanas y diezmaron su retaguardia, mientras Mario atacaba por el frente. La retaguardia germana cedió, las primeras filas se dispersaron y todo el ejército quedó deshecho. Plutarco estima que murieron unos

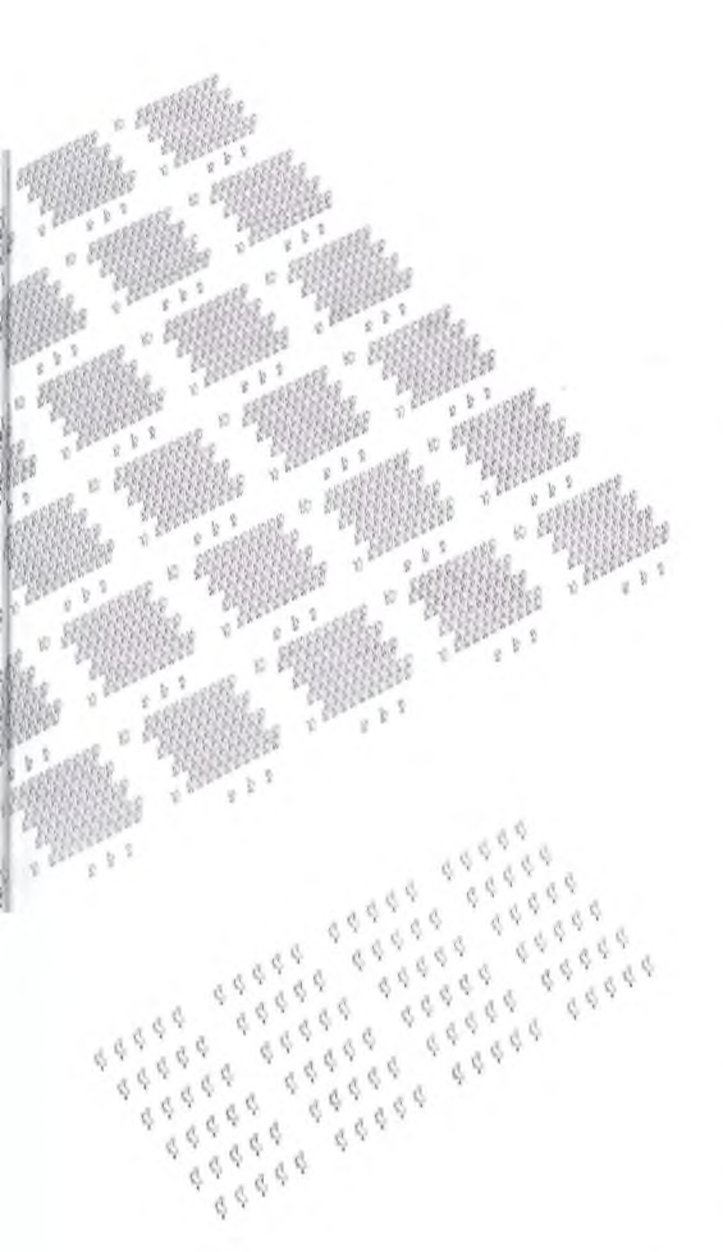
100.000 germanos, y si incluimos a los no combatientes del campamento germano, que los romanos arrasaron, esta cifra podría no ser muy exagerada. Varios jefes teutones fueron apresados y llevados a Roma con cadenas, donde se les exhibió en el desfile triunfal antes de azotarlos en el Foro y ajusticiarlos públicamente. Sin embargo, al llegar a Roma, Mario se enteró de que los cimbrios habían roto los pasos alpinos y estaban también amenazando Italia.

El cónsul convocó a su ejército de la Galia. Es interesante saber que, en vez de ordenar una nueva leva, que habría estado justificada por la situación, Mario optó por confiar en los veteranos de largo servicio que habían estado con él en Numidia y Galia. Si bien estas tropas habían formado el núcleo esencial de los ejércitos romanos durante generaciones, las campañas de Mario marcan un cambio en la cultura militar, ya que se prefería claramente a los soldados profesionales. Boeorix, rey de los cimbrios, desafió a los romanos en la llanura de Vercellae, un lugar agradecido por ambos bandos al adaptarse bien a los numerosos combatientes cimbrios y al poder de maniobra de la caballería romana.

La fuerza de Mario sumaba unos 35.000 efectivos, formada por veteranos en las alas y, en el centro, las unidades experimentadas del cónsul Quinto Lucilio Cátulo. Los cimbrios tenían 15.000 jinetes y una fuerza de infantería suficiente para cubrir un cuadrado de 6 km de lado.

La descripción de Plutarco de su armadura y sus armas las iguala con las que llevaban los galos según

UNA LEGIÓN DEL SIGLO I mostrada al completo. Estaba dividida en diez cohortes. La primera cohorte tenía cinco centurias de unos 160 hombres cada una, y las restantes contaban con seis centurias de unos 80 hombres. Cada legión poseía un destacamento de unos 120 jinetes que hacían las funciones de exploradores. La legión estaba comandada por un legado, un senador nombrado por el emperador.



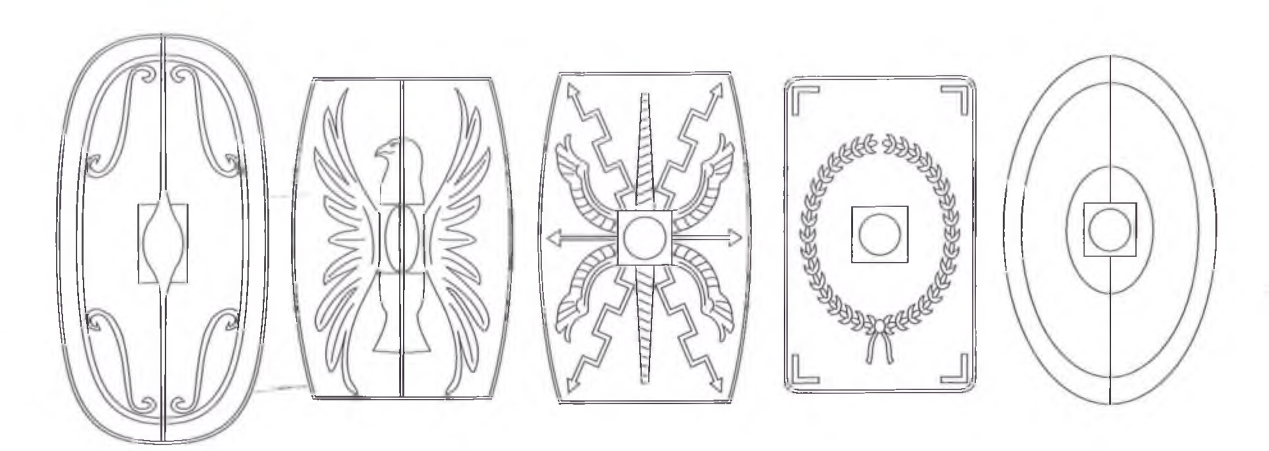
otras fuentes: «cascos como las fauces de las más terribles bestias salvajes o las cabezas de extraños animales... [y] petos de hierro, y blancos escudos relucientes. Como arma, cada hombre blandía dos lanzas; y en el cuerpo a cuerpo usaban espadas grandes y pesadas». Estas últimas se correspondían con un arma gala característica.

La caballería cimbria se desplegó por la derecha y ensayó varias retiradas fingidas para arrastrar a los romanos hacia su izquierda, dando al ala izquierda de la infantería cimbria una oportunidad de desbordarlos. Sin embargo, los romanos no cayeron en la trampa, y la batalla se convirtió en una obstinada lucha de infantería en el centro, en la que el factor clave fue una inmensa tormenta de polvo. Sila, que combatió en esta batalla, proclamó más tarde que la tempestad había sido enviada por los dioses ante la presunción mostrada por Mario al declarar que estaban junto a él... aunque parece más probable que fuera levantada por la caballería cimbria. El calor y el polvo favorecían a los romanos, que estaban acostumbrados a estas inclemencias, pero también tuvieron mucho que decir la lluvia de *pila* con que recibieron la carga cimbria y el arte superior con la espada de los romanos; la descripción de Dionisio del combate de romanos contra galos sugiere que la batalla en el polvo pudo haber sido parecida. Al final, los cimbrios cedieron, y fueron perseguidos hasta su campamento por los romanos, que al llegar vieron escenas terribles: las mujeres cimbrias dieron muerte a sus hombres y a sus hijos, antes de suicidarse, para no caer prisioneros.

Roma estaba a salvo, y Mario fue aclamado como tercer fundador de Roma, después de Rómulo y Camilo. Más que a su genio táctico, Mario debió su triunfo a la mejor instrucción y tecnología de sus legiones, que le permitieron, en Aquae Sextae, derrotar a un número superior de germanos mal armados. En Vercellae, en cambio, los galos estaban probablemente tan bien armados como los romanos, y Plutarco subraya que fueron el mejor entrenamiento y la forma física superior de los romanos los que decidieron la lucha.

Legiones del imperio, del año 14 a.C. al 200 d.C.

Reconociendo, como su tío abuelo César, que el éxito militar era una buena base para la popularidad política, el primer emperador romano, Augusto, siguió una política de cautelosa expansión, alternada con la consolidación de las defensas del imperio. Esta tónica se interrumpió cuando tres legiones fueron destruidas, y sus águilas capturadas, por el jefe germano Hermann (Arminius) en el bosque de Teutoberg en el año 9 d.C. Augusto previno a su sucesor, Tiberio, contra ulteriores conquistas. No obstante, hubo otras dos fases de expansión: en el año 43 d.C.,



ESCUDOS LEGIONARIOS ROMANOS, de izquierda a derecha: un scutum *usado desde el siglo* VII *a.C. hasta el año 50 d.C., aproximadamente; un* scutum *«cuadrado» del año 10 a.C., utilizado hasta 175 d.C.; un escudo con tachón circular para ganar peso, c 20 d.C.; un escudo rectangular de c 40 d.C. usado hasta después del 200 d.C., y un escudo oval empleado desde 150 d.C., aproximadamente, hasta la caída de Roma.*

el emperador Claudio ordenó la invasión de Britania, y entre los años 101 y 115 d.C. Trajano conquistó la Dacia (la moderna Rumania) y Mesopotamia. Adriano, sucesor de Trajano, adoptó una política pasiva-defensiva basada en la fortificación de las fronteras.

La estrategia imperial demandaba un pequeño ejército profesional. En el año 31 a.C., había 60 legiones, pero Augusto redujo su número a 28, formadas por voluntarios de largo servicio. Se recuperaron los 16 años tradicionales de servicio en tiempo de guerra como un período mínimo de alistamiento, más tarde ampliado a 20 años. Se disolvieron totalmente las cualificaciones en virtud de la propiedad, con lo que la entrada en el ejército quedó abierta a todos los ciudadanos romanos que superaran una criba. Cada legión estaba comandada por un legado (un senador nombrado directamente por el emperador) y seis tribunos. El tribuno principal era un candidato del Senado, y los otros seguían una carrera que alternaba el servicio en la vida pública, las legiones y las labores auxiliares.

La organización mantuvo semejanzas con la de tiempos de Mario, con diez cohortes formadas por seis centurias de 80 hombres cada una, integradas en manípulos. Sin embargo, algún tiempo después del 50 d.C., la primera cohorte se amplió hasta cinco centurias de doble tamaño con una fuerza de 800 hombres. Según Vegecio, la primera cohorte era una unidad de elite formada por los mejores soldados de la legión, y custodiaba el Águila y las imágenes del emperador que se llevaban al campo de batalla.

Mientras que el legado y los tribunos comandaban la legión, había 59 centuriones que formaban un cuadro profesional. Aunque en su mayoría los centuriones eran legionarios ascendidos, también podían aspirar al cargo hombres de la Guardia Pretoriana o de la clase ecuestre, directamente por debajo de la senatorial. Vegecio refiere que los centuriones ascendían según un sistema circular, que empezaba con la promoción del centurión de la primera cohorte a centurión auxiliar de la legión, al mando de la segunda centuria del tercer manípulo de la décima cohorte, quien después ascendía a *primus pilus*, para mandar el primer manípulo de la primera cohorte. No está claro si la cohorte estaba comandada por un tribuno o por su centurión principal; Vegecio dice que al frente de todas había tribunos, aunque resulta problemático dividir seis tribunos entre diez cohortes, y Vegecio hace uso en ocasiones del término «tribuno» como forma genérica de «oficial». En la cima del centurionazgo estaba el centurión principal de la primera cohorte, el *primus pilus*, un puesto que podía llevar 30 o 40 años alcanzar y que, al tratarse de la primera cohorte, exigía una educación y experiencia que desbordaban las propias de los demás centuriones principales. Este puesto se conservaba únicamente durante un año, después de lo cual su poseedor se retiraba, normalmente a un puesto importante dentro de la administración imperial, o era promovido a *praefectus castrorum* (prefecto del campo). El *praefectus castrorum*, un puesto nuevo creado por Augusto, se encargaba de supervisar los suministros, incluidas las armadu-

ras y las armas, y la construcción del campo fortificado que la legión levantaba de noche cuando avanzaba por territorio hostil; mandaba la legión en ausencia del legado y del tribuno principal, y, hasta el siglo II d.C., supervisaba la instrucción y los procedimientos disciplinarios. Era el más alto oficial profesional de la legión, y es probable que los tribunos prudentes pidieran su consejo sobre todo tipo de asuntos, incluidos los tácticos.

Los oficiales mandaban mediante el ejemplo y el miedo: mientras César y Josefo ofrecen numerosas anécdotas de centuriones que gobernaban a sus hombres por los actos de valor personal y la rectitud de su carácter, Tácito habla del centurión Lucilio, apodado «Tráeme otra» porque cada vez que rompía una vara en la espalda de un legionario reclamaba rápidamente una nueva. Lucilio y otros centuriones fueron linchados durante un motín en las fronteras germanas en el año 14 a.C., cuando se descubrió además que su legado tenía un cuerpo de guardia privado y antiguos gladiadores para protegerle de sus propios hombres.

«Los bárbaros... bastante incultos en ciencia militar... blandían sus espadas en alto y golpeaban con violencia al modo de los jabalíes, aplicando todo el peso de su cuerpo como simples hacheros.»
DIONISIO

El equipo de los legionarios experimentó un grado limitado de evolución. El *pilum* se usó al menos hasta el año 200 d.C. de forma similar a los tiempos de la República, aunque se hizo cada vez más ligero; una representación pictórica de un relieve del Vaticano indica que algunos *pila* pudieron haberse equilibrado mediante la colocación de pesos en la unión de la punta y el asta. La espada se acortó, con una hoja de unos 50 cm de longitud, pero tenía una punta relativamente más larga, lo que sugería que se había convertido estrictamente en un arma para clavar. Los legionarios siguieron llevando cotas de malla hasta finales del siglo I d.C., cuando éstas fueron suplantadas lentamente por la pieza más distintiva del equipamiento «romano», la *lorica segmentata* (loriga segmentada). Se ha representado a los legionarios en numerosas ilustraciones y figurillas llevando la *lorica segmentata*, sobre todo en la columna de Trajano erigida en Roma para conmemorar su victoria en la Dacia. Como estas figuras no tienen color, durante muchos años se supuso que la *lorica segmentata* estaba hecha de correas de cuero endurecido, como se ha mostrado en no pocas reconstrucciones cinematográficas de soldados romanos. Hasta que, en 1964, se descubrieron dos equipos completos en un lugar próximo al muro de Adriano, y fue posible hacer reconstrucciones precisas. En realidad, la armadura estaba hecha de tiras de hierro sujetas con ganchos, correas o bandas de cuero; cubría sólo la parte superior del cuerpo y los hombros, pero era más ligera y sencilla de producir en masa que la malla. Hacia la misma época de su primera introducción, el *scutum* fue reemplazado por un escudo rectangular hecho de capas de madera laminada cubierta con cuero, y ribeteada en bronce, aún sujeto por un asa horizontal detrás del tachón. Parece que había escasa uniformidad en los cascos: algunas legiones seguían con el Montefortino bien entrado el siglo I d.C., pero se hizo un uso creciente del casco galo, así llamado porque se produjo por primera vez en arsenales en la Galia y porque tal vez se basaba en un tipo que llevaban los galos. El casco galo tenía un parecido superficial con el Montefortino, pero el cubrenuca se había alargado y bajado para proteger la parte posterior de la cabeza; muchos ejemplos contienen una tira reforzada que atraviesa la parte frontal del casco para proteger el rostro de los proyectiles que caían o de un golpe descendente de la espada.

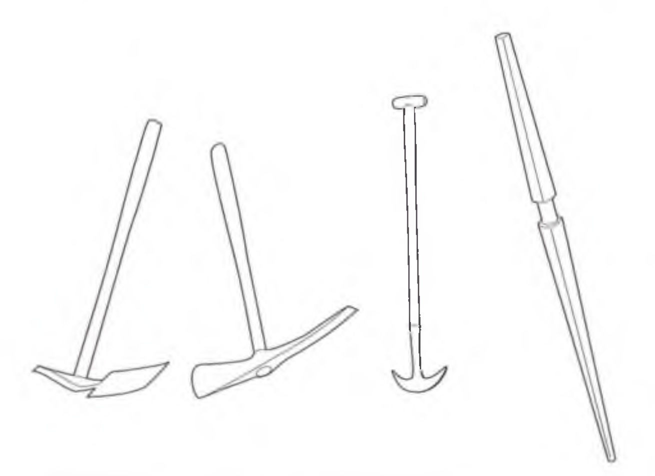
Los auxiliares

Las legiones formaban la principal arma de choque del ejército romano, por lo que se solía recurrir a ellas para hacer frente a las mayores amenazas. El trabajo de guarnición y las operaciones «opcionales» recaían en los *auxilia*, unidades constituidas por ciudadanos no romanos y pueblos sometidos del imperio, que actuaban asimismo en apoyo de las legiones en los grandes conflictos. Los *auxilia* se conformaban mediante levas entre las tribus, mercenarios y aliados, pero desde tiempos de Augusto había

al menos 70 cohortes de infantería auxiliar constituida por profesionales de largo servicio y organizada de modo semejante a la cohorte legionaria.

Cada cohorte auxiliar era reclutada en una provincia determinada del imperio, de modo que su título aludía a esta provincia de origen. A partir de finales del siglo I d.C., sin embargo, las cohortes eran enviadas frecuentemente a otros lugares y la recluta en esas nuevas zonas daba lugar a algunas extrañas mezclas étnicas. El principal incentivo para alistarse era que, al completar 25 años de servicio, los auxiliares y sus descendientes recibirían la ciudadanía romana, con todos sus derechos. Las cohortes podían ser arqueros, honderos o infantería pesada (todos ellos representados en la columna de Trajano), si bien siempre dentro de una organización básica semejante. La cohorte estaba comandada por un tribuno o un prefecto de la clase ecuestre; constaba de seis centurias hasta mediados del siglo I d.C., cuando el número de centurias se elevó a 10 para sumar una fuerza total de 800 efectivos.

Como convenía a su estado de «segunda clase», el equipo de los auxiliares iba, al menos, una generación por detrás del de las legiones. En la *Columna de Trajano,* la infantería pesada auxiliar aparece llevando cotas de malla y *scuta* ovales, pero también cascos galos y *gladius.* Es interesante observar que los arqueros están representados con corazas similares a la infantería pesada y también el *gladius*; las evidencias pictóricas y arqueológicas muestran que llevaban arcos compuestos con un alcance de unos 600 m. Los honderos que se ilustran en la columna de Trajano están vestidos sólo con túnicas, lo que indica que su función se centraba en las escaramuzas; las hondas son más cortas que los modelos anteriores y llevan piedras del tamaño de una pelota de tenis.

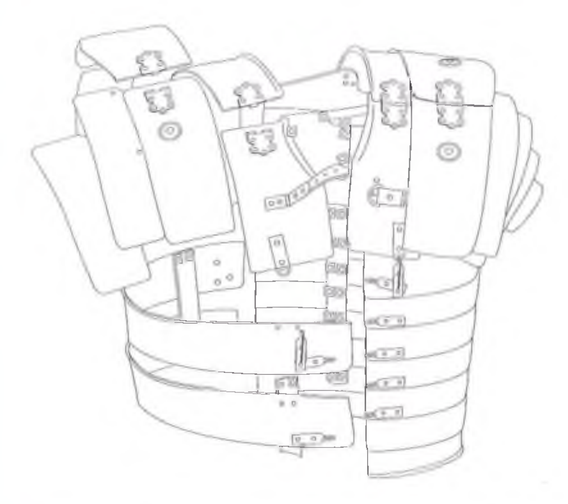


HERRAMIENTAS DE LOS LEGIONARIOS y una estaca para empalizada, según muestras encontradas en el muro de Adriano. De izquierda a derecha, las herramientas son una azada, un zapapico y una cortadora, reconstruidos según el modelo de los hallazgos arqueológicos.

Tácticas del ejército imperial

Los relatos de batallas de la época son frustrantemente imprecisos, y la reconstrucción de las tácticas del ejército imperial obliga a un cierto grado de conjetura. Sobre la batalla culminante contra la reina Boudicca (Boadicea) en el año 70 d.C., Tácito refiere que el gobernador romano de Britania, Suetonio Paulino, adoptó una doctrina defensiva-ofensiva similar a la de Mario en Aquae Sextae. Tras elegir una buena posición defensiva en un estrecho valle con árboles detrás y campo abierto al frente, ordenó a sus legiones que se mantuvieran en sus puestos hasta que los britones estuvieran a tiro, para entonces arrojar sus *pila* y contraatacar con el *gladius,* derrotándolos con facilidad.

Sin embargo, las grandes batallas en campo abierto no fueron frecuentes en este período. Más a menudo, las campañas se centraban en operaciones de contraguerrilla, en general finalizadas con un asalto de las legiones contra las plazas fuertes de los insurgentes. Así pues, las campañas se convirtieron con frecuencia más en un problema de logística e ingeniería que en una cuestión táctica, y al parecer eran bastante formularias: aunque tal vez exagere, el historiador Josefo, que luchó contra los romanos en la revuelta judía de los años 66-73 d.C. antes de desertar hacia sus filas, insiste en los intensos ensayos con que los romanos preparaban todos los aspectos de la campaña, en su férreo control centralizado de las batallas y en la naturaleza marcadamente preconcebida de sus tácticas, en contraste con el ingenio de Pidna o Cinoscéfalos, lo que apunta hacia un planteamiento cada vez más estereotipado y basado en el entrenamiento. Las crónicas de Josefo sobre el asalto a las fortalezas de Judea y las reconstrucciones por Tácito de los ataques sobre los fuertes en Britania corroboran este punto de vista, pero si las tácticas romanas pueden considerarse estereotipadas, también lo eran las de sus enemigos, y las prácticas se habían hecho sin duda esenciales en un ejército que contaba a menudo con jefes no profesionales. La doctrina de basarse en un masivo lanzamiento de



Reconstrucción de la lorica segmentata que muestra cómo se engarzaban los segmentos de hierro con ganchos y tiras de cuero ribeteadas para producir una armadura flexible y eficaz.

proyectiles puede ser un síntoma de este mismo enfoque. Cuando el futuro emperador Vespasiano asedió la ciudad judía de Jotapata en el año 68 d.C., empezaba cada asalto diario con un bombardeo de al menos 350 piezas de artillería y 7.000 arqueros auxiliares; cuando su hijo Tito atacó Jerusalén dos años más tarde, pudo haber usado en su apoyo unas 700 piezas de artillería. El poder de los proyectiles era cada vez mayor en el campo de batalla: contra los alanos, en 135 d.C., Arriano desplegó sus dos legiones en un denso muro de escudos, tras el cual había dos líneas de arqueros y artillería, disparando contra la caballería alana desde la barricada protectora de las legiones.

Cubiertas por esta potencia artillera, las legiones asaltaron posiciones fortificadas, a veces usando formaciones especiales. La más conocida era la *testudo* (tortuga), en la que la primera fila se refugiaba bajo los escudos de la segunda, que se interponían entre los soldados de dicha primera fila. Los hombres de cada extremo sostenían sus escudos hacia el exterior, mientras que los de las columnas centrales los disponían horizontalmente sobre su cabeza; las filas siguientes acoplaban sus segundos escudos sobre los anteriores, con los hombres de los extremos apuntando con ellos hacia el lateral y los del centro disponiéndolos a modo de paraguas. Tal es un indicio del grado de entrenamiento del ejército imperial, ya que se requiere una intensa instrucción y premeditación para mantener una formación de este estilo. Un *testudo* bien formado era impenetrable para la artillería, pero Josefo incluye una terrible descripción de la táctica de los defensores de Jotapata, que deshicieron una «tortuga» con aceite hirviendo, la única arma capaz de traspasar el techo de escudos.

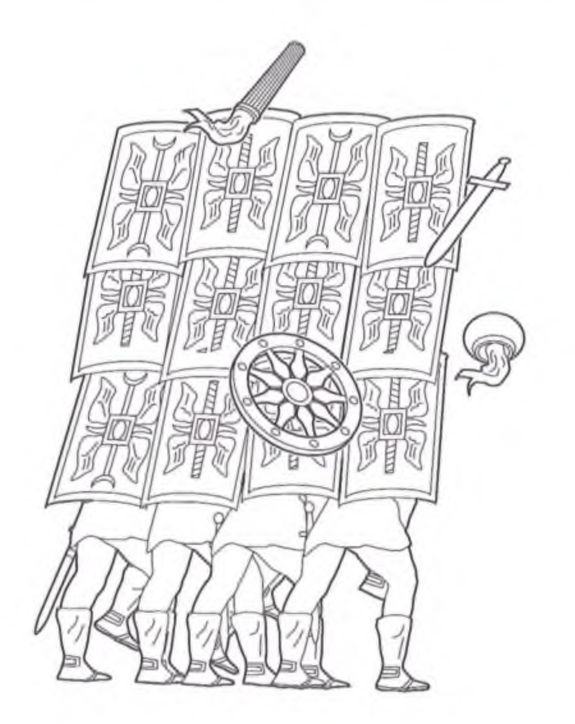
La legión pierde su ventaja táctica

Desde mediados del siglo II d.C., la principal amenaza contra el imperio romano provino de los «bárbaros», pueblos de tribus germánicas que vivían más allá de las fronteras. A principios de este siglo, las tribus bárbaras se unieron en dos confederaciones: los francos en el bajo Rin y los alamanes en la frontera entre el Rin y el Danubio. Detrás de ellos se extendían los godos y los vándalos, pueblos nórdicos procedentes del Báltico y que empujaban a las tribus occidentales hacia la frontera romana, a la vez que suponían una amenaza directa para las provincias orientales. A partir del siglo IV, estos pueblos sufrieron a su vez el empuje desde el este de los hunos, nómadas que llegaron a la Europa oriental desde el centro de Asia. En el este, Persia revivía bajo los emperadores sasánidas, que codiciaban la Mesopotamia y la Siria romanas, territorios que formaron parte de la esfera de influencia establecida por Ciro.

Estas presiones tuvieron como resultado una serie de irrupciones hacia el territorio imperial. Combinado con un malestar social crónico, este hecho condujo a la caída del Imperio Romano en occidente. El ejército de Roma, último garante de la seguridad del emperador, no pudo impedirlo; a lo largo de este período sufrió varios reveses a manos de los bárbaros, entre los que el más importante y mejor conocido fue el de Adrianópolis (378 d.C.). Un motivo común de los escritos literarios de la época fue que Roma había sido castigada por abandonar sus instituciones tradicionales, en particular las religiosas y militares. La política romana de los siglos IV y V d.C. se caracterizó por las frecuentes invocaciones a los «valores tradicionales», entre las que se conocen especialmente los intentos de los emperadores Juliano (361-363 d.C.) y Eugenio (392-394 d.C.) de restaurar el paganismo. Aunque un cristiano, Vegecio, formó parte de esta tendencia: su *De Re Militarii* está dirigida a un emperador sin nombre, tal vez Teodosio I (379-395 d.C.), como una polémica para una vuelta a las prácticas militares de la República y el primer imperio.

Inicialmente, las incursiones bárbaras consistían en breves ataques superficiales que daban paso a expediciones punitivas de los romanos en territorio bárbaro. Con la llegada de los hunos, las incursiones se hicieron más extensas, con intención de conquista y asentamiento, y a menudo dieron paso a grandes batallas. Independientes de líneas de suministro, las fuerzas bárbaras eran extraordinariamente móviles y, cuando habían abierto brecha en las defensas exteriores del imperio resultaban difíciles de contener. Ello exigió una respuesta: con Marco Aurelio (161-180 d.C.), cuyas campañas del Danubio demostraron la inadecuación del sistema defensivo romano, el ejército de Roma se reestructuró para hacer frente a la amenaza. Septimio Severo (193-211 d.C.) creó una reserva central móvil, constituida por una legión especial y con una Guardia Pretoriana reformada, para reforzar las provincias asediadas en tiempo de crisis. Galieno (254-268 d.C.) creó ejércitos de caballería independientes bajo sus propios generales. Recurriendo a una leva, Diocleciano (284-305 d.C.) amplió el ejército a unos 500.000 hombres, duplicando el número de legiones y enviándolas a las fronteras junto con *vexillationes* (destacamentos) de caballería, en un intento por recuperar la impermeabilidad de los tiempos anteriores a Severo. Constantino (306-337 d.C.) redujo la fuerza de cada legión de 5.000-6.000 hombres a unos 1.000, y creó fuerzas móviles retirando destacamentos de las legiones fronterizas, cuyo aprovechamiento se había hecho limitado.

Constantino intentó disponer guarniciones (*limitanei*) en la frontera para vigilar las pequeñas incursiones y obstaculizar las grandes invasiones erigiendo fortalezas y ciudades fortificadas en las líneas de comunicación, con lo que se daría a las fuerzas móviles (*comitatenses*) tiempo para concentrarse. Si los bárbaros se dispersaban en busca de alimento, podrían ser perseguidos por pequeños destacamentos o, cuando se reunían en grupos, empujados al campo de batalla por el ejército móvil. El historiador tardorromano Amiano Marcelino nos dice que estos ejércitos contaban con un cuerpo montado importante, que incluía arqueros a caballo y *clibanarii*, una caballería con pesada armadura basada posiblemente en el modelo de *cataphractus* persa. Sin embargo, al igual que sus predecesores, el ejército móvil se centraba en la infantería pesada. Amiano refiere que la infantería era la «fuerza principal» con la que Juliano tomó Persia en el año 361 d.C., mientras que la *Notitia Dignitatum*, un documento formal de «orden de batalla» de los ejércitos de oriente y occidente des-



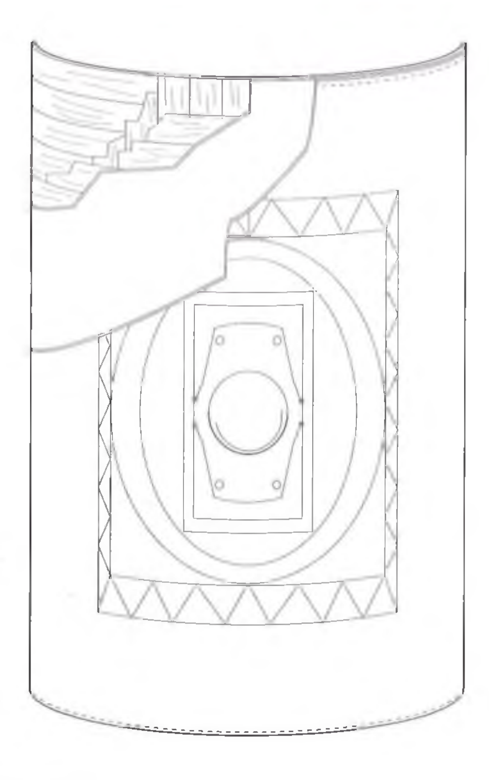


RECONSTRUCCIÓN DEL TESTUDO, según un relieve, que muestra varios objetos usados contra los legionarios en el intento por romper su formación. Los defensores de Jotapata utilizaron con éxito aceite hirviendo.

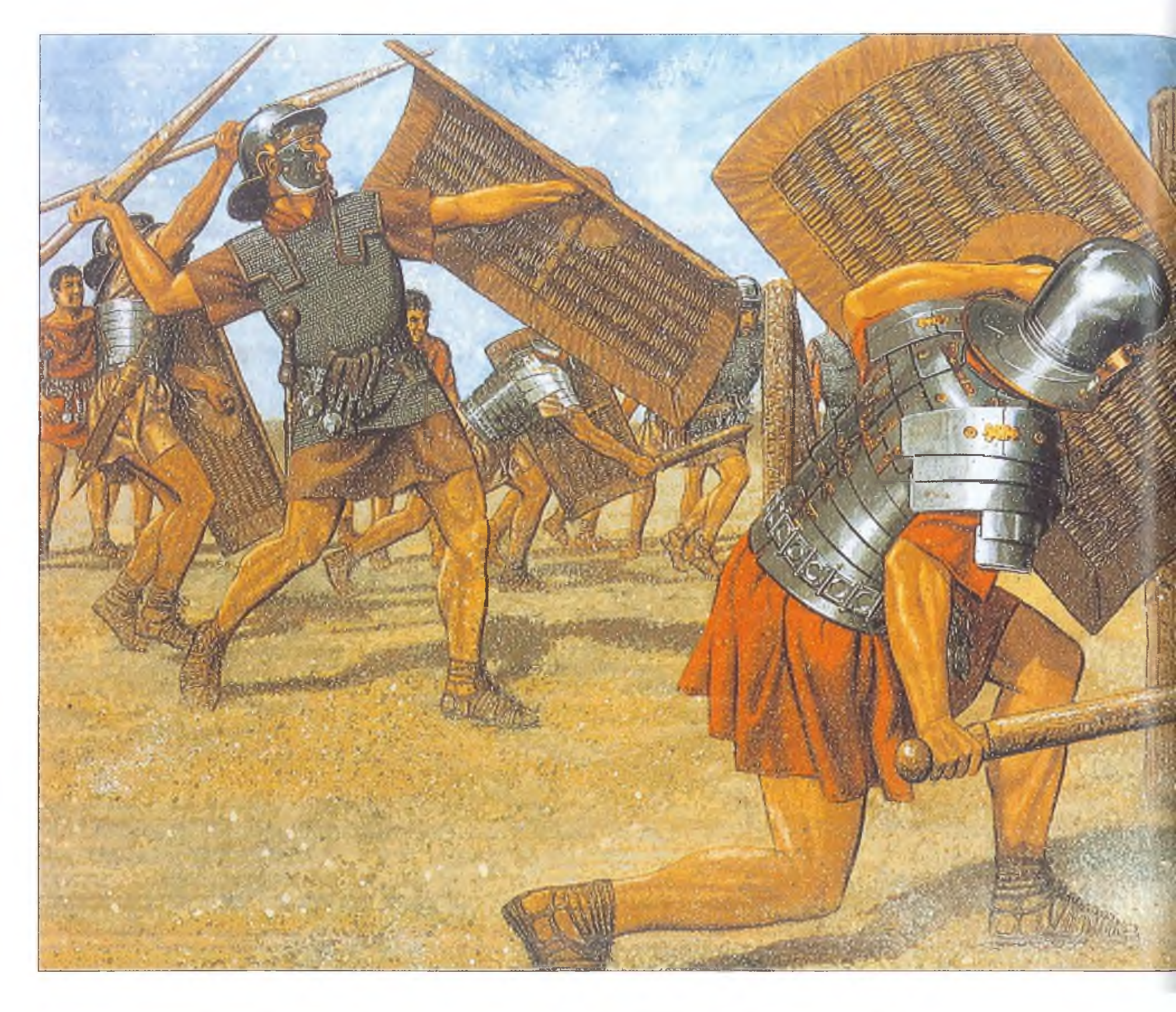
de la década del 390, recoge 13 «legiones» junto con seis *vexillationes* de caballería para el ejército de campaña principal de occidente, con base en Italia.

Los relatos de Vegecio se concentran principalmente en la «legión», desde el mismo momento de la recluta. El importante aumento de tamaño del ejército creó problemas de dotación de efectivos: el servicio en las legiones estaba restringido tradicionalmente a ciudadanos romanos, de modo que Caracalla (211-217 d.C.) extendió la base de reclutamiento desde la ciudadanía romana a todos los hombres libres del imperio. Tal vez el cambio más determinante en la práctica militar romana desde tiempos de Mario llegó con el abandono a instancias de Diocleciano del pequeño ejército profesional para formar uno de grandes dimensiones, con una leva obligatoria en las ciudades y entre los terratenientes y exigiendo a los hijos de soldados que siguieran la carrera de sus padres. Esta política fue muy impopular pues, durante casi 400 años, Roma había sido una sociedad urbanizada en la que sólo una pequeña minoría de la población mostraba entusiasmo por la vida soldadesca. Amiano sugiere que en aquel tiempo era habitual cortarse el pulgar para eludir la leva, mientras que Valentiniano I (364-375 d.C.) descubrió que sus propios soldados ocultaban a hombres aptos para el servicio disfrazándolos de «criados». El hecho de que la huida del llamamiento a filas estaba causando graves problemas se constata con el edicto de Valentiniano I de que aquellas personas que se autolesionaran serían quemadas en la hoguera; Teodosio I (379-395 d.C.) las llamó a filas, a la vez que exigió a sus grupos familiares que enviaran dos hombres aptos por cada uno mutilado. La consecuencia más grave de esta situación fue el declive del intenso grado de adoctrinamiento y disciplina que había otorgado a la legión su mayor ventaja táctica. Amiano refiere numerosos casos de indisciplina, y habla de soldados romanos fugitivos del campo de batalla, y acaso la alusión de Vegecio a la «marca militar», que se grababa en la mano, revele una costumbre de precaución contra las deserciones. No en vano, Vegecio dedica por entero la primera parte de su obra a defender una mayor selectividad en la recluta y la recuperación de los métodos de instrucción del pasado.

Según Amiano, los galos tenían pocos escrúpulos para servir en el ejército de Roma, y es probable que la gran mayoría de las tropas de aquel período se nutrieran de hombres de provincias, más que de la propia Italia. Las innovaciones de Caracalla y Diocleciano tuvieron como efecto la admisión de grandes números de hombres de origen no latino, en algunas provincias apenas «semirromanizados» en lengua y en cultura. Se sabe con certeza que en el ejército de Amiano había grupos considerables de bárbaros, como consecuencia de la política deliberada de varios emperadores, que veían en ello tanto un modo de reforzar el ejército como de reducir la presión en las fronteras. El historiador Zósimo refiere que muchos de los godos que invadieron Tracia en el año 270 d.C. terminaron por alistarse en el ejército de Roma; que, después de una victoria sobre los francos en el 278 d.C., Probo envió a muchos de sus prisioneros a Britania, «donde fueron muy útiles para el emperador en las revueltas posteriores»; y que una parte sustancial del ejército de Constantino en Puente Milvio (312 d.C.) estaba formada por «tropas bárbaras conquistadas y por los germanos y los otros galos... junto con los reunidos entre los britones». No se



CONSTRUCCIÓN DE UN ESCUDO ROMANO que muestra un scutum *del siglo* III *d.C. Se disponía de tiras laminadas de madera atravesadas entre sí y cubiertas con lino y piel. El tachón hemisférico era de hierro.*

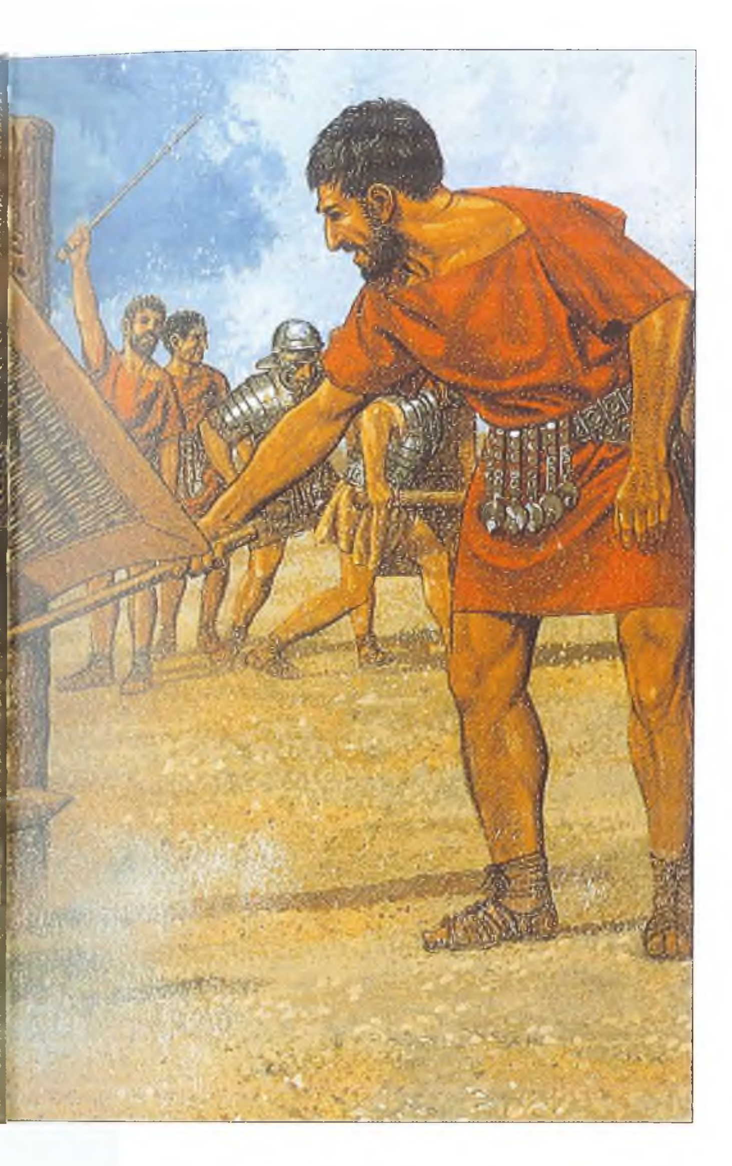


sabe con certeza si estos hombres se sumaban al ejército regular o actuaban como contingentes confederados e independientes bajo el mando de sus propios jefes tribales. Sin embargo, es notable observar que godos y germanos, obligados por un código del guerrero y admiradores de los jefes fuertes, no sucumbían al pánico, el motín o la desobediencia como los romanos.

Las informaciones sobre la organización de la legión tardorromana son vagas. La *Notitia Dignitatum* sugiere que las legiones de *comitatenses* tenían 1.000 efectivos, pero podían dividirse en «destacamentos» de 500 hombres; tal vez Constantino redujera la fuerza de las legiones para producir un mayor número de unidades más móviles. Amiano y Vegecio mencionan *auxilia* de 500 efectivos; algunas de ellas llevaban los nombres de tribus germanas, y en Estrasburgo una profirió el grito de guerra germano, el *barritus*, como un signo de que el reclutamiento se realizaba principal, o acaso exclusivamente, entre estos grupos. A partir del siglo V se conservan referencias a fuerzas de 6.000 hombres, divididas en cinco unidades, y seis unidades de infantería que sumaban otros 4.000. Parece, por tanto, que la fuerza de las unidades de infantería podía variar.

Equipamiento

Vegecio nos cuenta que las armas principales del soldado romano de infantería eran una espada, a la que se refiere como *spatha*; un puñal; una lanza pesada denominada *spiculum*, que podía arrojarse o conservarse para alancear (Amiano habla de una



LEGIONARIOS EN LA INSTRUCCIÓN, provistos de escudos de mimbre y espadas de madera. Practicaban diversos golpes contra un poste, si bien el gladius, *corto y ancho, se utilizaba principalmente en la batalla a modo de puñal.*

ocasión en la que los bárbaros fueron «ensartados con las picas»), y un venablo ligero, el *vericulum*. Todas ellas revelan una influencia de los bárbaros. La identidad de la *spatha* de Vegecio es problemática. La *spatha* era una espada con una hoja de 70,5 cm, basada posiblemente en un modelo galo y usada por la caballería romana desde tiempos de Augusto. No está claro si la *spatha* de Vegecio es la misma arma, aunque una pintura del siglo III d.C., en la iglesia de Dura Europos, Siria, muestra a soldados de a pie (o a caso caballería desmontada) luchando con largas espadas. Existe la posibilidad de que la infantería del siglo IV usara la espada principalmente como arma de combate, como se deduce de las palabras de Vegecio de que los soldados «sabían golpear no con el filo, sino con la punta». Vegecio sostenía también la opinión de que las lanzas de los legionarios eran inferiores al *angon* franco, que interpretaba erróneamente como igual al *pilum*. También nos dice que muchos hombres de infantería llevaban armadura, e incluso cascos, lo que probablemente suponía una desventaja frente a los godos, que acompañaban sus cargas con lluvias de proyectiles y que más tarde usaron masivamente flechas, o contra los arqueros a caballo de los hunos. Se han descubierto ejemplos de los dos tipos de lanzas; el *spiculum* tenía una punta de hierro de 22 cm de largo y un asta de 1,6 m, aproximadamente, mientras que el *vericulum* era más corto, de una longitud de 1,1 m.

Otra arma arrojadiza era la *plumbata*, una clase de dardo pesado que se ha encontrado en gran cantidad en los enclaves arqueológicos de los siglos III y IV. Se ha reconstruido como un arma semejante a una flecha con punta barbada; Vegecio nos dice que ciertas unidades seleccionadas llevaban cinco *plumbata* en el hueco del escudo. Las armaduras que se conservan del período constan casi enteramente de cascos, lo que da crédito a la queja de Vegecio; sin embargo, la evidencia pictórica indica que al menos hasta mediados del siglo IV se llevaron cotas de malla y posiblemente corazas musculadas de cuero. Los cascos revelan una producción en masa un tanto tosca, con el fin de cubrir las necesidades del nuevo ejército de recluta. El casco Intercisa debe su nombre a un lugar de Hungría donde se descubrieron los primeros ejemplos; el capacete está formado por dos piezas de hierro ribeteadas por una cresta, con cubrenuca y carrilleras cosidas. En varias ilustraciones de la época aparecen escudos redondos u ovalados, si bien en Dura Europos se han encontrado escudos planos y ovales hechos de láminas de madera con cuero cosido.

La formación de la legión que describe Vegecio recuerda más a la línea de *sparabara* de los persas que a la legión antigua, si bien Vegecio se muestra ambiguo al hablar de si las «líneas» estaban formadas por filas de soldados individuales o por bloques de unidades. El poder artillero de esta formación era

formidable, tal vez con el propósito de evitar la lucha cuerpo a cuerpo con los bárbaros, cuyo tamaño y fuerza física podían ser decisivos. Las dos primeras líneas estaban formadas por infantería con armadura, la primera con «soldados veteranos y experimentados, antes llamados *principes*», presumiblemente provistos de lanzas arrojadizas y de la *spatha*; y la segunda, de arqueros y tropas armadas con *spiculum*. Tendrían un frente de 1 m por hombre y un fondo apenas inferior a 2 m, pues para arrojar las lanzas con eficacia se necesitaba un espacio pequeño. Estas tropas «actuaban como un muro», santuario y centro de maniobra para las líneas tercera y cuarta, con lanzadores de jabalinas y venablos y arqueros ligeros. Se les enviaba contra el enemigo en acciones de escaramuzas pero, si eran rechazados, se retiraban detrás de las líneas primera y segunda, a las que reforzaban con el peso de sus proyectiles. La quinta línea estaba compuesta por honderos corrientes, así como por artilleros, hombres que llevaban la «ballesta» (una forma arcaica de esta arma) y un arma supuestamente inventada por Filipo II hecha por una estaca de madera de 1 m de largo con una honda de cuero acoplada, que se descargaba con una acción del brazo. Por detrás había una sexta línea de infantería pesada que actuaba como reserva, a la que Vegecio identifica con los antiguos *triarii* (tal vez siguiera usándose incluso el término). Vegecio indica que había tropas de emergencia destinadas a actuar como «brigada de incendios» en situaciones comprometidas.

Tácito se refiere a los ejércitos germanos del siglo I como «ordenados en cuñas». Amiano habla de tropas romanas que adoptan una formación en cuña (*cuneus*) en Estrasburgo y, nuevamente, en una batalla entre Juliano y los persas, mientras Vegecio expone formas en las que cabía encontrar a estas formaciones. El apodo dado a esta formación, *caput porci* («cabeza de puerco»), seguía usándose en el siglo VIII por los parientes de los godos, los vikingos, que decían haberlo aprendido directamente del dios Odín como *svynfylking* («formación de cerdos»). Los romanos han estado siempre dispuestos a tomar prestadas las buenas ideas de sus enemigos, y Vegecio sostiene que la ventaja principal de la cuña es que permite una concentración de poder artillero en una posición. Lo contrario de la cuña es la pinza, constituida por un cuerpo de *triarii* formado en «V» para contener la cuña. La sierra se ha descrito con menos claridad, si bien pudiera suponer que los *triarii* cargaban a través de una línea abierta frente a ellos para rechazar al enemigo y permitir la recuperación de la línea. Entre otras formaciones utilizadas, Amiano refiere que el *testudo* era aún habitual en tiempos del ejército de Juliano, y alude también a ejércitos que formaban en cuadrado.

«Un general sabio [dispone] en las filas a hermanos con hermanos, amigos con amigos... y así, si siente el peligro... el [soldado] luchará con arrojo por el hombre que tiene al lado.» ONASANDRO

En conclusión, el declive en la eficacia del ejército romano surgió de la expansión necesaria para responder a la amenaza de los bárbaros. El servicio militar se hizo obligatorio, una decisión impopular que contribuyó a su decadencia, con la irónica compensación del reclutamiento de bárbaros. Ello condujo a una «barbarización» de las armas y las tácticas romanas. La ventaja lograda mediante el profesionalismo, el mejor armamento y las tácticas avanzadas de las legiones de la República y el primer imperio se habían sacrificado en aras de los fines estratégicos.

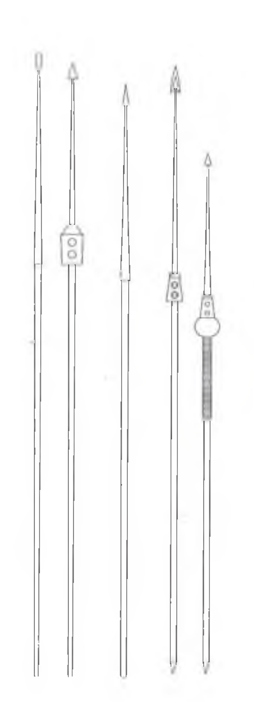
Estrasburgo: 357 d.C.

Los alamanes conformaban una de las confederaciones de tribus bárbaras que amenazaban el Imperio Romano de occidente en los siglos III y IV. Invadieron el imperio cuatro veces antes del año 356 d.C., y en dos de ellas llegaron a suponer una amenaza para la propia Italia. En el año 356, un ejército alamán bajo el mando del rey Cnodomar invadió la Galia: la batalla que se planteó en Estrasburgo fue clave para terminar definitivamente con la amenaza alamana y establecer la reputación del emperador Juliano, conocido históricamente como Juliano el Apóstata. Sobrino de Constantino y nombrado césar (corregente) por su primo, Constancio II, en el año 355, cuando era todavía un estudiante que aprendía filosofía en

Grecia. La elección de Constancio fue controvertida, ya que el Imperio Romano había sido un estado cristiano desde Constantino, y Juliano profesaba abiertamente el paganismo. Sus héroes eran Platón, Aristóteles, Licurgo de Esparta y Marco Aurelio, el emperador-filósofo romano del siglo II d.C. que fue un magnífico soldado. Amiano Marcelino recoge una anécdota de una anciana ciega, probablemente una adivina, que predijo que Juliano sería «el hombre que restauraría los templos de los dioses» y que su reinado estaría marcado por medidas para reimponer el paganismo como religión de estado y perseguir sutilmente a los cristianos. Juliano tenía un carácter amable, con lo que resultaba impensable un regreso al exterminio de los cristianos impulsado por anteriores emperadores, pero excluyó a estos grupos por ley de muchas profesiones, entre ellas el ejército.

Pero aquello era todavía futuro cuando Constancio envió a Juliano a la Galia para enfrentarse a los alamanes. El razonamiento de Constancio tiene ciertas sombras: Juliano carecía de experiencia militar, pero era un príncipe de linaje, muy popular entre la ciudadanía. Tal vez Constancio esperara que los alamanes supieran deshacerse de un peligroso rival. En opinión de Amiano, las virtudes de Juliano eran tan evidentes que parecía, simplemente, tocado por la grandeza. Amiano era oficial en el ejército de Juliano y sirvió a su lado hasta justo antes de la campaña de Estrasburgo, cuando fue enviado al imperio oriental; años más tarde compuso una historia del Imperio Romano, como continuación de la que Tácito había cerrado en el año 96 a.C. Únicamente se conservan los libros que cubren el período desde el año 354 al 378 d.C., que comprenden precisamente hechos de los que Amiano tuvo experiencia directa o de primera mano. Por tanto, parece la mejor fuente para este período, no obstante lo cual debe leerse con cierta cautela: pagano como él, veneraba a Juliano, y a menudo contrapone las virtudes de su héroe con los vicios de los «déspotas» cristianos, como el propio Constancio. Por lo demás, pese a su admiración por Tácito, Amiano parece haberse inspirado en el extravagante estilo de Livio, y en sus relatos de las batallas suele primar el estilo sobre la sustancia.

Cuando Juliano llegó a Viena, Cnodomar había saqueado Colonia y se encaminaba hacia Autun, una plaza defendida por un pequeño cuerpo de tropas veteranas. Juliano llegó a Autun el 24 de junio del año 356, mientras los alamanes devastaban el contorno. Determinado a la lucha, reunió una fuerza de caballería y artillería y marchó al frente de su ejército hacia Troyes, donde llegó después de una serie de pequeños enfrentamientos con grupos de alamanes. Entonces ordenó a su ejército que se concentrara en Reims, desde donde emprendió marcha hacia Colonia, sorteando en el camino las ciudades ocupadas por los alamanes. Luchó en dos batallas: una cuando los alamanes atacaron la retaguardia de dos de sus legiones, con el resto del ejército acudiendo al rescate; y la otra en Brumath, cuando Juliano se encontró el camino bloqueado por un pequeño cuerpo de bárbaros, y envió a sus fuerzas en formación de media luna, amenazando a los germanos con una doble envolvente y dispersándolos antes de la batalla. Al llegar a Colonia, Juliano reparó las fortificaciones y firmó un tratado independiente con los francos, antes de pasar el invierno en Sens. Con los romanos repartidos en varias guarniciones, los alamanes contraatacaron y sitiaron brevemente la ciudad de Sens. Se produjo entonces una situación de estancamiento; los bárbaros carecían del equipo necesario para atacar la ciudad, y Juliano no contaba con un número suficiente de efectivos para salir contra ellos. Al final, los sitiadores se retiraron.



SELECCIÓN DE PILA ROMANOS, de izquierda a derecha: versión etrusca del siglo V a.C.; pilum *del siglo IV a.C. con espiga remachada;* pilum *ligero del siglo III a.C.;* pilum *del siglo I d.C.;* pilum *del año 100 d.C. con lastre de bronce añadido.*

Estrasburgo
357 d.C.

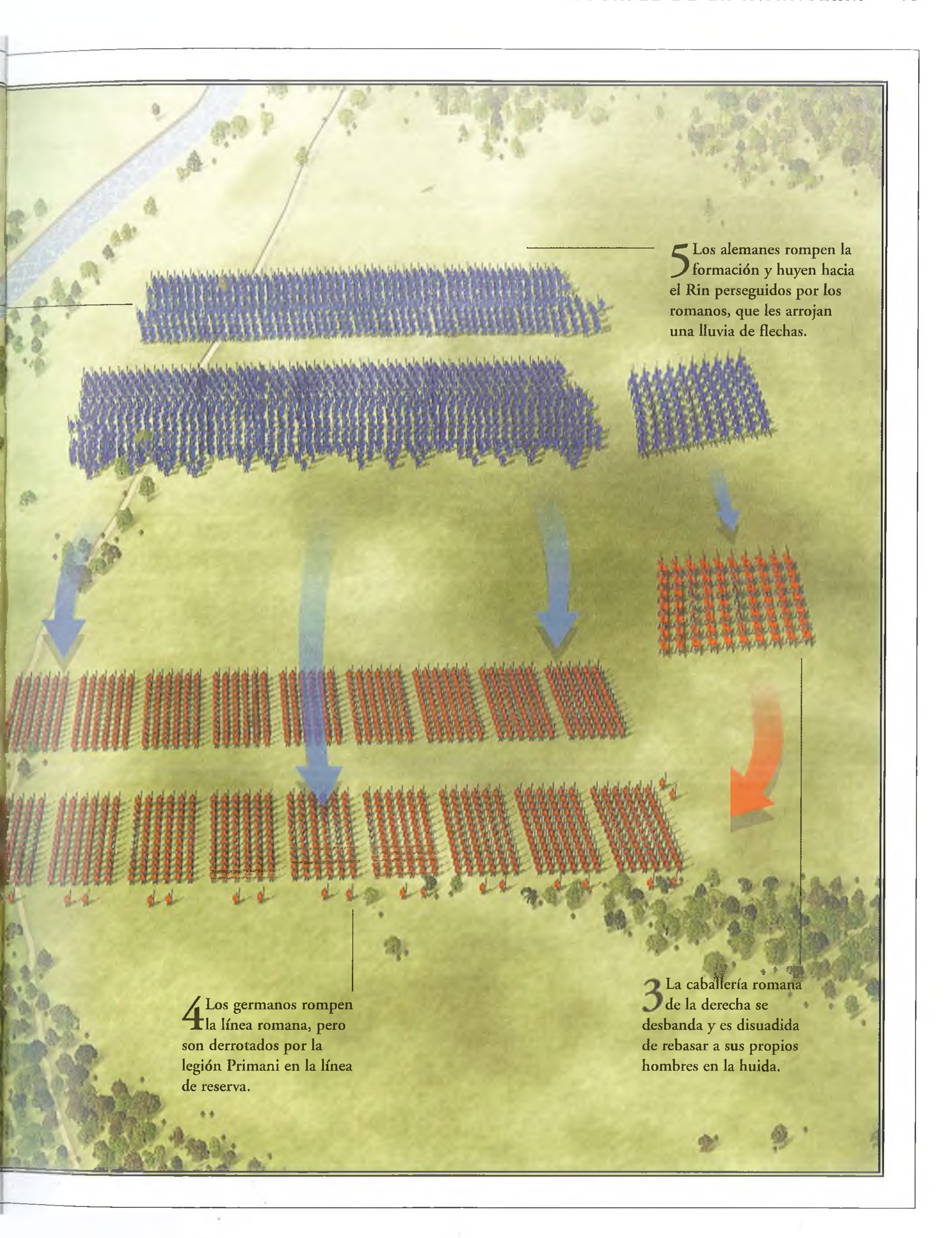
Los germanos formaron en cuñas y, al verlo, el ejército romano se detuvo, mientras el ala izquierda romana tanteaba su derecha. Entonces, Juliano ordenó un avance general, y los germanos contraatacaron. Las legiones de la izquierda pronto les hicieron retroceder, pero la caballería romana del ala derecha se desbandó. La batalla se resolvió en una lucha de infantería, con los romanos lanzando lluvias de flechas contra los bárbaros, cuya formación se descompuso ante el ataque. Los romanos formaron un muro de escudos, y siguió un combate a empellones cuando los alamanes intentaron tomar la iniciativa. Algunos lograron penetrar en la línea romana, para ser derrotados por la legión Primani. Incapaces de adentrarse en la muralla de escudos romanos, y ante el gran número de sus bajas, los germanos iniciaron la huida. Los romanos rompieron la formación y los persiguieron hasta el Rin, donde Juliano lanzó una carga y ordenó bombardearlos con artillería mientras los germanos intentaban atravesar el río a nado. Los alamanes perdieron 6.000 hombres, el grueso de los cuales murieron, probablemente, durante la persecución o ahogados en el Rin.



La batalla de Estrasburgo es inusual porque la mayor parte de las acciones contra los germanos se produjo a una escala mucho menor. A finales de el año 357 d.C., Juliano había barrido la Galia de bárbaros.

1 Los germanos, con unos 35.000 hombres, forman en cuña antes de la batalla.

2 La línea romana se detiene mientras el ala izquierda es enviada al tanteo de la derecha romana.


5 Los alemanes rompen la formación y huyen hacia el Rin perseguidos por los romanos, que les arrojan una lluvia de flechas.
4 Los germanos rompen la línea romana, pero son derrotados por la legión Primani en la línea de reserva.
3 La caballería romana de la derecha se desbanda y es disuadida de rebasar a sus propios hombres en la huida.

Nuevas incursiones

En la primavera del año 357 d.C., los alamanes renovaron sus incursiones, penetrando en la Galia más de lo acostumbrado. Aunque no cabe hablar de una incursión a gran escala, Constancio vio en ello la ocasión de destruir a los alamanes de una vez por todas. Envió a 25.000 hombres de Italia bajo el mando de Barbacio, *Magister Militum* (maestro de infantería), uno de los segundos al mando del ejército. Juliano diseñó un plan para atrapar a los alamanes en un movimiento de pinza entre los dos ejércitos romanos, al objeto de confinarlos en un espacio muy pequeño y allí aniquilarlos.

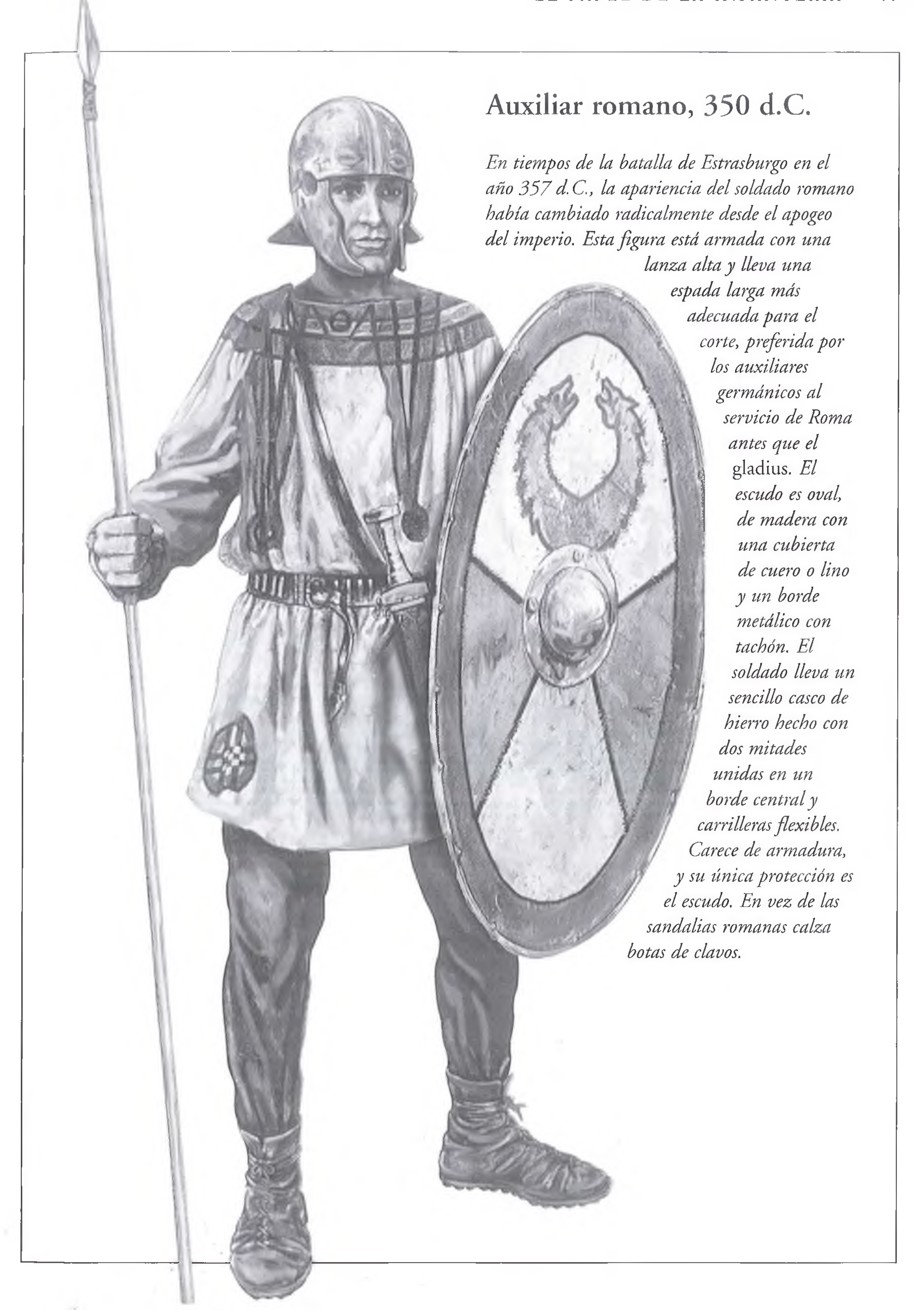
Juliano iba a fortificar Saverno y a enviar auxiliares contra las islas del Rin en posesión de los alamanes, cuando recibió noticias de que éstos habían arremetido contra las fuerzas de Barbacio, a las que derrotaron. Barbacio, «cobarde e infatigable en su propósito de denigrar las hazañas de Juliano» (Amiano, II.6), se retiró a sus cuarteles de invierno. Ello redujo las fuerzas de Juliano a 13.000 hombres, que habían de enfrentarse un ejército bárbaro de 35.000. Pese a ello, cuando Cnodomar marchó hacia Estrasburgo, Juliano, viendo una rara oportunidad de entrar en batalla contra todo el ejército alamán, emprendió el camino para enfrentarse a él.

Ambos bandos se encontraron en la margen occidental del Rin, donde los alamanes seguían reuniendo fuerzas. Los alamanes formaron en cuñas y, al verlo, el ejército romano se detuvo, mientras Severo, al frente de la caballería romana en el ala izquierda, tanteó la derecha alamana. Entonces, Juliano ordenó un avance general de toda la línea, y los alamanes contraatacaron. Las legiones de la izquierda pronto hicieron retroceder a los germanos, pero la caballería romana del ala derecha se desbandó cuando uno de sus máximos oficiales resultó herido. En la huida, habrían rebasado incluso a sus propias líneas si las legiones no se hubieran mantenido firmes, resistiéndose a dejarles pasar, hasta que Juliano les persuadió para que volvieran a la acción.

La batalla se resolvió en una lucha de infantería en todo el frente. Ante el peso de la artillería que Vegecio atribuye a la legión tardorromana, las referencias de Amiano a lluvias de jabalinas llenando el aire de silbidos, salvas de venablos y lanzamientos de flechas que no cesaron en todo el día pueden no tener tanto de exageración, y ante esta acometida la formación bárbara pudo muy bien descomponerse. Los alamanes llevaron la peor parte en la lucha cuerpo a cuerpo (cuando se produjo), un hecho muy interesante a la vista de que existía entre bárbaros y romanos muy poca diferencia en armamento, disciplina e instrucción. No en vano, los auxiliares germanos de las cohortes Cornuti y Bracchiati lanzaron el grito de guerra germano, el *barritus*, para que sus oponentes supieran a quién tenían enfrente. Los romanos formaron un muro de escudos, y siguió un combate a empellones que los alamanes intentaron superar con hombros y rodillas, y con un frenético golpear de espadas. Cnodomar en persona encabezó una fuerza de jefes tribales que penetraron en el frente romano, para ser derrotados por la legión Primani. Era ésta una fuerza muy bien entrenada, posiblemente profesional, del tipo que Vegecio recomendaba para la reserva, y a la que Amiano describe como luchando al modo legionario tradicional, agachados bajo sus escudos para evitar los salvajes espadazos de los bárbaros y después apuñalarlos en los lados expuestos.

Aquél fue el último esfuerzo de los alamanes. Incapaces de adentrarse en la muralla de escudos romanos, y ante el gran número de sus bajas, iniciaron la huida. Ebrios de sangre, los romanos rompieron la formación y los persiguieron hasta el Rin, donde Juliano lanzó una carga y ordenó bombardear a los germanos con artillería mientras intentaban atravesar el río a nado. Los alamanes perdieron 6.000 hombres, el grueso de los cuales murieron probablemente durante la persecución o ahogados en el Rin, y Cnodomar fue capturado y enviado a Roma, donde falleció poco después. Las bajas romanas sumaron 243 hombres, entre ellos dostribunos.

Juliano fue aclamado como *Augustus* (emperador) por sus tropas en el mismo campo de batalla. Él rechazó el título y ordenó a la unidad de caballería que casi le había costado la batalla que desfilara al día siguiente con ropa de mujer. A esta victoria siguieron varias grandes incursiones en el Rin, y un año más tarde se firmó un tratado de paz con los reyes alamanes supervivientes. Pese a los punzantes celos que sentía de Juliano, y tras proclamar extravagantemente que fue él quien estuvo al mando del ejército de Estrasburgo, Constancio nombró a Juliano su sucesor mientras yacía moribundo por efecto de las fiebres, durante una campaña contra los persas en el año 361 d.C.



Auxiliar romano, 350 d.C.

En tiempos de la batalla de Estrasburgo en el año 357 d.C., la apariencia del soldado romano había cambiado radicalmente desde el apogeo del imperio. Esta figura está armada con una lanza alta y lleva una espada larga más adecuada para el corte, preferida por los auxiliares germánicos al servicio de Roma antes que el gladius. *El escudo es oval, de madera con una cubierta de cuero o lino y un borde metálico con tachón. El soldado lleva un sencillo casco de hierro hecho con dos mitades unidas en un borde central y carrilleras flexibles. Carece de armadura, y su única protección es el escudo. En vez de las sandalias romanas calza botas de clavos.*





GUERRA A CABALLO

Los soldados a caballo fueron decisivos en el campo de batalla de la Antigüedad, pero también muy útiles en el reconocimiento del terreno y en la persecución del enemigo cuando se daba a la fuga.

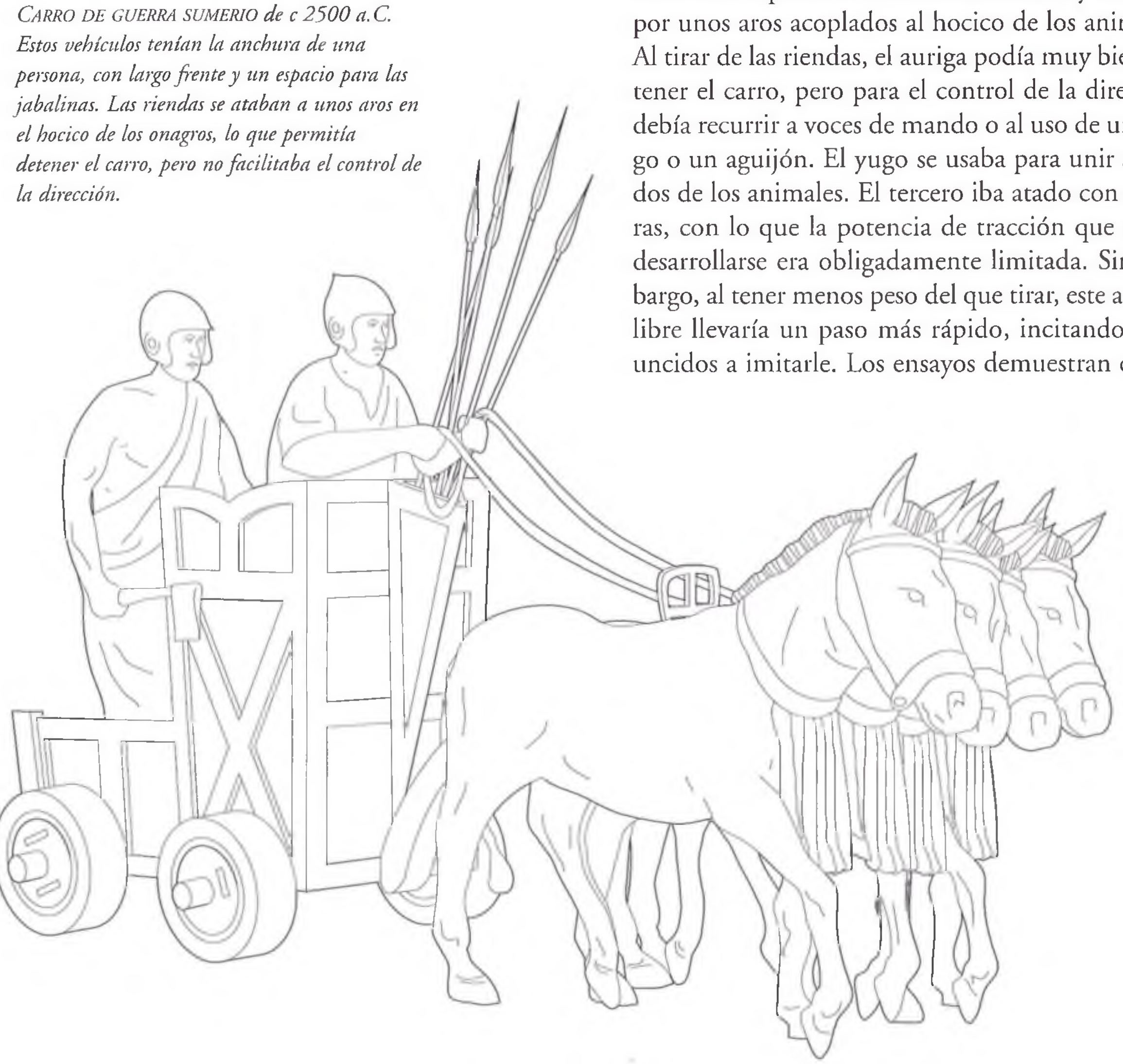
Al final del Neolítico, los pueblos de Europa y Asia empezaron a domesticar a animales que podían montar o usar como fuerza de tiro. En la región póntica septentrional, ya en torno al año 4000 a.C. había hombres capaces de cabalgar. Hacia la misma época, los asnos empezaron a ser domesticados en Egipto y el sudoeste de Asia, mientras que los camellos bactrianos en la meseta irania y los dromedarios en el sur de la península Arábiga lo fueron en el curso del siguiente milenio. El elefante indio fue domado en el seno de la civilización del valle del Indo (entre 2500 y 1750 a.C.), aunque la domesticación de los elefantes africanos en el norte de África hubo de aguardar a los últimos siglos del I milenio a.C. De estos animales, el uso militar del burro, tras un breve período de gloria, se dedicó casi por completo al transporte de carga, mientras que los camellos tuvieron un empleo muy limitado

ANÍBAL EN SU ENTRADA A CANNAS a lomos de un elefante tras derrotar a la poderosa Roma. Los elefantes ayudaron a Aníbal a cruzar los Alpes, pero cuando las tropas y la caballería romanas se hubieron acostumbrado a estas extrañas bestias pasaron a ser relativamente ineficaces en el campo de batalla.

en batalla. En cambio, los elefantes asumieron un notable rol militar, y los caballos sustentaron la base de los carros y la caballería, dos de las armas principales, respectivamente, de las fuerzas de las edades del bronce y del hierro.

Aunque los caballos fueron usados en batalla desde tiempos muy antiguos, la primera fuerza militar asociada de la que se tiene constancia fue la de los carros. El primer uso atestiguado de la misma se produjo en Mesopotamia, donde escenas sumerias del año 2500 a.C., aproximadamente, muestran a guerreros conduciendo «carros de guerra», que eran vehículos pesados estrechos y largos. El auriga se sentaba delante del guerrero, que arrojaba jabalinas desde las aljabas que llevaba en los costados. Los carros estaban provistos de cuatro ruedas sólidas de tres secciones unidas, que probablemente se acoplaban en ejes fijos mediante largos cilindros (cubos) de forma que cada rueda pudiera girar independientemente de las demás. Sin embargo, la ausencia de un eje frontal pivotante hacía, con toda probabilidad, volcar el carro en los giros a gran velocidad. Había asimismo vehículos de dos ruedas, más manejables que los de cuatro, pero en los que sólo podía viajar un hombre, por lo cual se usarían probablemente para llevar mensajes y transportar a los oficiales.

Los carros de guerra eran arrastrados por cuatro équidos, que podían ser burros o híbridos de onagro y asno; en aquel tiempo los caballos eran prácticamente desconocidos en el Cercano Oriente. Las líneas de control pasaban a través de unas argollas metálicas dispuestas en la vara de arrastre y también por unos aros acoplados al hocico de los animales. Al tirar de las riendas, el auriga podía muy bien detener el carro, pero para el control de la dirección debía recurrir a voces de mando o al uso de un látigo o un aguijón. El yugo se usaba para unir sólo a dos de los animales. El tercero iba atado con colleras, con lo que la potencia de tracción que podía desarrollarse era obligadamente limitada. Sin embargo, al tener menos peso del que tirar, este animal libre llevaría un paso más rápido, incitando a los uncidos a imitarle. Los ensayos demuestran que el

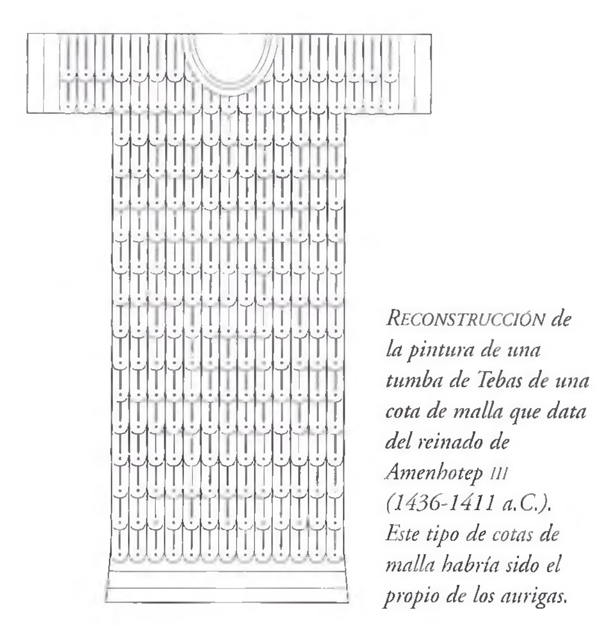


CARRO DE GUERRA SUMERIO de c 2500 a.C. Estos vehículos tenían la anchura de una persona, con largo frente y un espacio para las jabalinas. Las riendas se ataban a unos aros en el hocico de los onagros, lo que permitía detener el carro, pero no facilitaba el control de la dirección.

vehículo de cuatro ruedas alcanzaba velocidades de 15 a 20 km/h.

Los carros eran propiedad del estado, cedidos a los hombres que iban a la guerra y después devueltos. Una ciudad-estado sumeria, Umma, tenía una unidad de 60 vehículos, y otras poblaciones urbanas mantendrían sin duda fuerzas equivalentes, a cargo en muchos casos de miembros de la casa real. Es común ver en los relieves carros de dos hombres persiguiendo o aplastando a enemigos caídos, en una representación típica de modelos posteriores. Tan solo cabe especular sobre sus usos; por ejemplo, el hecho de que llevaran jabalinas lleva a pensar que se acercaban bastante a las tropas enemigas. Un carro de tal peso, tan baja velocidad y tan delicada maniobrabilidad debía asumir un gran riesgo al adentrarse entre las huestes enemigas. Cuando los soldados se hubieran acostumbrado a estos carros de guerra, es probable que desarrollaran métodos para vencerlos. No aparecen representaciones de carros en batalla en los últimos tres siglos del III milenio a.C.; es probable que se abandonara su uso.

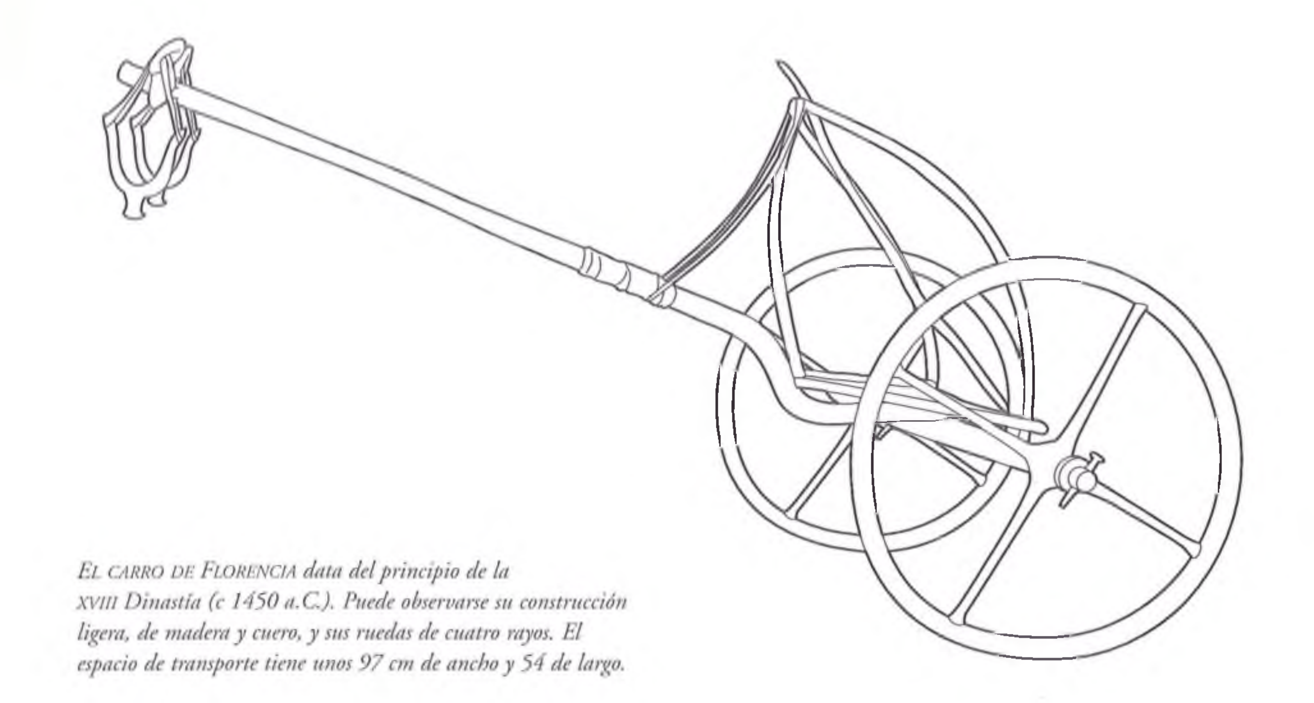
Lo que se necesitaba era un carro ligero, animales más dóciles y mejores medios de control. Estos factores tuvieron primero un efecto en el Cercano Oriente en el primer cuarto del II milenio a.C. En primer lugar, el caballo apareció de nuevo en la región, después de una presencia inicial en Anatolia hacia el año 3000 a.C. Aunque pequeños para las normas modernas, estos caballos igualaban o superaban a los demás équidos en tamaño y velocidad, y eran más domables y elegantes. Pronto llegó su empleo en los carros. Hacia el siglo XX a.C. empiezan a aparecer en las ilustraciones anatolias carros abiertos con ruedas de rayos tirados por un par de caballos uncidos. Sin embargo, el vehículo se controlaba con una única rienda unida a un aro en el hocico del animal, por lo que la gobernabilidad seguía siendo escasa. Hacia el siglo XVIII a.C., las ilustraciones sirias muestran un par de riendas para dirigir a cada animal, lo que indica claramente la introducción del bocado y la brida. Al mismo tiempo reaparece el motivo del «auriga que guía su carro sobre enemigos caídos», lo que demuestra que al menos algunos reyes llevaban sus carros al campo de batalla. A mediados del siglo XVII a.C., si no antes, estaban claramente en uso carros montados por un auriga y un guerrero, éste armado con arco y aljaba, si bien al principio apenas sumaban unas docenas. El carro se convirtió así en un arma de guerra que dominó las batallas del final de la Edad del Bronce en el Próximo Oriente. Durante el transcurso del II milenio a.C. empezaron a usarse carros en Europa, Asia y el norte de África, así como en Asia central, India y China.



Reconstrucción de la pintura de una tumba de Tebas de una cota de malla que data del reinado de Amenhotep III (1436-1411 a.C.). Este tipo de cotas de malla habría sido el propio de los aurigas.

Los carros del Reino Nuevo

La naturaleza y el uso del carro en el Cercano Oriente se ilustra bien a través de los hallazgos arqueológicos del Reino Nuevo en Egipto, incluso con carros completos dentro de las tumbas. Estos carros eran de construcción ligera, con maderas elegidas cuidadosamente para las diversas piezas y modeladas en su forma correcta. En los cubos se acoplaban ruedas de cuatro, y después, seis rayos en ejes de más de 2 m de largo. El eje se situaba en la parte posterior del carro para mejorar la estabilidad; a veces, las ilustraciones muestran al eje por debajo, si bien podría tratarse de una licencia artística para ahorrar espacio. El suelo del carro estaba formado por tiras de cuero entrelazado, para mayor ligereza. Por delante y en los costados se extendía un marco de madera que dejaba abierta la parte posterior para acceder al carro. El resultado era un vehículo robusto pero ligero, que pesaba apenas 34 kg. Un hombre podía subirse a él fácilmente, y dos lo cargaban sin problemas, lo que permitía llevar carros por terrenos



EL CARRO DE FLORENCIA data del principio de la XVIII Dinastía (c 1450 a.C.). Puede observarse su construcción ligera, de madera y cuero, y sus ruedas de cuatro rayos. El espacio de transporte tiene unos 97 cm de ancho y 54 de largo.

accidentados en los que no era posible guiarlos sobre el suelo. En los ensayos modernos, una pareja de ponis arrastró una réplica de estos carros a velocidades de hasta 38 km/h. Al tener dos ruedas, el carro giraba con solvencia y tenía espacio para dos combatientes, un auriga y un guerrero.

En las ilustraciones egipcias se ve normalmente a un faraón guiando su carro en solitario, con las riendas atadas a la cintura, tenso el arco, dando muerte a animales o a combatientes enemigos. Es posible conducir un carro de esta manera, a baja velocidad y sin maniobras. Por tanto, la escena es adecuada para una cacería real cuidadosamente recreada, pero en combate convenía más bien la imagen de un auriga llevando las riendas con la mano derecha y sosteniendo un escudo con la izquierda para protegerse él mismo y al guerrero. Este último se amarraba las riendas alrededor del cuerpo, al modo de un arnés, de forma que las manos quedaran libres para el arco, pues en caso contrario habría tenido que agarrarse cada vez que el carro diera un tumbo. Fuera de situación de combate, el auriga llevaría las riendas con las dos manos. Además del escudo, los aurigas egipcios y asiáticos llevaban cascos y largas láminas de armadura de bronce. En ellas se tejían varios centenares de escamas solapadas de unos 2 mm de grosor, sobre las ropas. Para cubrir los lados abiertos de los carros se usaban también cortinas de armaduras de este tipo o cuero reforzado con metal. La protección de los caballos consistía en pesados arreos de tela o, con menor frecuencia, armadura de escamas.

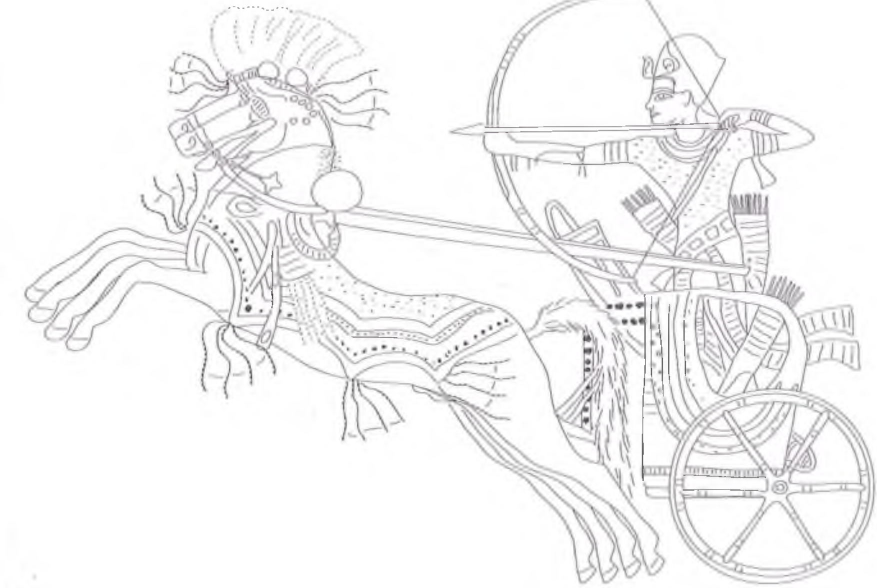
Arco compuesto

El arco que usaban los aurigas era una poderosa arma compuesta, que precedió al carro en varios siglos, pero se convirtió más tarde en un artefacto propio de él. Podía disparar una flecha a una distancia de 175 m, dos o tres veces más lejos que los arcos de madera usados por la mayoría de los arqueros de infantería. Los primeros arcos compuestos tenían una longitud de 90 a 120 cm y una forma angular o curvada simple. En los dos milenios siguientes se usaron formas más complejas, si bien se mantuvo el diseño básico: un núcleo de madera con una parte frontal recubierta de cuerno y reforzada con tendones, bien apelmazados. Cuando se tensaba el arco, el cuerno actuaba como medio de resistencia a la compresión, mientras los tendones se estiraban para recuperar la forma sólo cuando se destensaba la cuerda del arco. Aunque muy eficaces, los arcos compuestos eran también caros, pues necesitaban clases especiales de madera, cuerno y tendones y largos períodos de construcción, de al menos un año para un buen arco y hasta diez para un modelo magnífico. Se requería gran pericia, fuerza y práctica para manejarlos. Los egipcios represen-

taban a los faraones en sus carros galopando sobre barras de cobre dispuestas a modo de postes como dianas contra las cuales disparaban sus flechas. Es muy improbable que ni siquiera el arco compuesto más potente pudiera atravesar postes de «tres dedos de espesor» (unos 56 mm), y menos aún del «grosor del ancho de la palma de la mano» (75 mm), como se dice que hacían los faraones, pues una flecha penetra en el metal como mucho 2 o 3 mm. Aun así, no cabe duda de que se trataba de armas poderosas.

Armados con arcos capaces de superar en alcance a la mayor parte de las armas de infantería, los arqueros en carro hacían puntería a su antojo sobre las densas formaciones de a pie. Sus raudos corceles tiraban de los carros a velocidades superiores a la carrera de un hombre, con lo cual podían eludir los contraataques de los infantes o perseguir al enemigo en desbandada. Las fuerzas de carros sorteaban las formaciones de infantería para atacarlas por los flancos o por la retaguardia. También patrullaban las líneas durante los asedios, realizaban exploraciones del terreno o protagonizaban incursiones rápidas y escaramuzas por delante de la fuerza principal. Ante estas aptitudes, era difícil establecer asentamientos poblados en regiones accesibles a los carros y mantener la independencia sin que éstos maniobraran a su voluntad. Ello condujo a que todo estado civilizado del Cercano Oriente los necesitara. Una vez en su poder, el único modo de lograr superioridad sobre los adversarios era construirlos y mantenerlos en el mayor número posible.

La armadura, el arco compuesto, el carro y los caballos exigían un buen nivel de riqueza, hombres, destreza y esfuerzo, para su obtención y para su mantenimiento. Si los aurigas nobles no aportaban animales, hombres y equipos con sus propios recursos, como era el caso de la India védica, debía hacerlo el palacio, o al menos dotar a los aurigas con predios que les permitieran apoyar sus operaciones. La mayor parte de los aurigas del Próximo Oriente recibían de palacio su organización y su sustento. Un *maryannu* (guerrero del carro, como se le conocía en el Cercano Oriente) era un profesional muy valorado, y exhibía necesariamente fuerza, capacidad atlética y pericia. En cuanto a los caballos, que no eran mucho mayores que ponis grandes, empezaban a domarse en su primer año de vida, y ya a los tres ya tiraban de carros, para convertirse en animales verdaderamente especializados entre los cuatro y los nueve años de vida. En los textos del Cercano Oriente se detallan los cuidadosos esfuerzos por amaestrar a los caballos. Después de meses de atento ejercicio, alimentación y cuidados, los caballos podían trotar largas distancias sin fatigarse, para cubrir distancias de 50 a 60 km de marcha diaria, y tirar de carros al galope durante casi 2 km. Los egipcios son conocidos por haber organizado sus carros en tropas de diez, dirigidos por un «primer auriga»,



Carro del faraón en batalla, según una imagen encontrada en la tumba de Tutankamon. Los caballos están profusamente enjaezados, al igual que el carro que arrastran. Obsérvese el gran número de flechas que se transportan en las aljabas del carro.

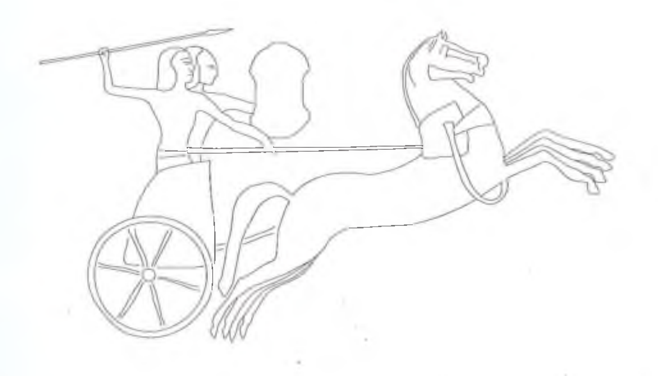
Carro egipcio

Este carro egipcio de finales de la Edad del Bronce es típico de los usados en Kadesh. El auriga sujeta las riendas de los caballos, y en batalla portaría un escudo para proteger al arquero. Éste lleva un potente arco compuesto; y en batalla se arrollaba las riendas a la cintura, para disparar sin desequilibrarse. El carro era extremadamente ligero, de apenas 35 kg, y podía correr a 38 km/h. Era capaz de cubrir entre 50 y 60 km al día. Los carros se usaban en misiones de patrulla, incursiones rápidas y persecución. En el campo de batalla abrían fuego desde el frente, atacaban a los enemigos por los flancos o la retaguardia y cargaban entre las filas de los adversarios en desbandada.

donde cinco unidades formaban un escuadrón bajo el «portaestandarte de los guerreros de los carros», y varios escuadrones formaban un batallón (o *pedjet*) bajo el control de un «comandante de una hueste de carros». El *peherer* («corredor»), adjunto a cada carro, era un hombre de arma ligera que combatía a pie con su apoyo. Otros estados contaban con organizaciones semejantes, con tropas de cinco o diez carros (y escuadrones formados por varias de estas unidades), y también usaban corredores.

Parte de la táctica empleada con los carros puede observarse en la batalla de Kadesh. En ella lucharon las fuerzas de Reino Nuevo de Egipto bajo el mando de Ramsés II contra las del rey hitita, Muwatallis, quien gobernaba en Anatolia y el norte de Siria. Se jugaban el control de lo que hoy es el Líbano y el sur de Siria. La batalla se produjo en el quinto año del reinado de Ramsés (1300, 1286 o 1275 a.C.). Sabemos de ella por una notable serie de relieves e inscripciones creados según las órdenes de Ramsés en varios enclaves egipcios. La información suministrada está muy sesgada y es contradictoria y a veces increíble, pero ofrece el cuadro más completo de que disponemos de un carro en acción de finales de la Edad del Bronce.

En el primer año de la guerra, Ramsés había avanzado súbitamente para tomar Amurru, la región costera al norte de Biblos, para regresar a su patria al término de la época de campaña. Sorprendido, el rey hitita no reaccionó en un primer momento, pero en la campaña del año siguiente reunió fuerzas de todos sus súbditos y aliados de Anatolia y el norte de Siria, entre ellos al menos 3.500 carros y acaso diez veces más de soldados de infantería. Era evidente adónde se dirigirían: a la ciudad de Kadesh, en el Orontes, al este de la conquistada Amurri y que dominaba el extremo norte del valle de la Bekaa.



Con bastante seguridad, en el mes de mayo del año siguiente Ramsés transitaba a través del valle de la Bekaa camino de Kadesh. Después de acampar en la zona de colinas del sur de la ciudad, vadeó el Orontes al frente de su ejército. Éste estaba compuesto por cuatro divisiones, bautizadas con nombres de dioses egipcios (Amón, Ra, Ptah y Sutekh), formadas en diferentes regiones de Egipto y en las que se contaban carros, arqueros a pie y lanceros. No existen referencias al número total de efectivos. Al sur de Kadesh, Ramsés se encontró con dos árabes de la tribu de los shoshu, que le dijeron que eran enviados de sus jefes para informarle de que su tribu colaboraría para derrotar a los hititas. Cuando Ramsés les preguntó dónde se encontraba su pueblo (presumiblemente, para ver qué utilidad podía obtener), le dijeron que con el rey hitita, quien se hallaba todavía bastante al norte. La crónica egipcia dice: «Pero los dos shoshu que así hablaron a Su Majestad lo hicieron en falso, pues era el Caído Hatti (Muwatallis) quien les había enviado a espiar dónde se encontraba el ejército de Su Majestad para impedir que el ejército de Su Majestad estuviera preparado para luchar contra el del Caído Hatti». Creyéndolos falsos desertores, Ramsés determinó acampar en un lugar al noroeste de Kadesh con Amón, la principal división de su ejército.

Las otras divisiones siguieron camino hacia el norte, donde un explorador egipcio trajo a dos hititas capturados. Después de golpearlos, fueron interrogados por el faraón, quien les inquirió sobre la posición del rey hitita, pasa saber que él y su nutrido ejército estaban prestos a la lucha tras la ciudad vieja de Kadesh, justo al otro lado del Orontes y a sólo 4 o 5 km del campamento egipcio. Ramsés reunió a sus altos oficiales, les recriminó por el fallo de sus trabajos de inteligencia y ordenó a las demás divisiones que se apresuraran hacia el norte.

La trampa hitita

Pero era demasiado tarde, ya que Muwatallis había enviado 2.500 de sus carros a cruzar el Orontes. La división Ra estaba en el camino del oeste y el sur de

PARTE DE UN RELIEVE que muestra carros hititas de la batalla de Kadesh, encontrado en el templo de Abydos. Los hititas lucharon en Kadesh con carros para tres hombres: el otro guerrero está ausente en la representación.

Kadesh

1300-1286 o 1275 a.C.

Creyendo que los hititas estaban lejos, Ramsés acampó con Amón, la principal división de su ejército, al norte de Kadesh. Entonces, Muwatallis envió 2.500 de sus carros a través del río Orontes. La división Ra fue sorprendida en orden de marcha, y derrotada. A continuación, todo el ejército hitita atacó el campamento egipcio. Amón se hallaba al borde de la derrota cuando llegaron de Amurru los Ne'arin («jóvenes»). Entre tanto, Ramsés hizo una maniobra desesperada, lanzando ataques fulgurantes a la vez que los Ne'arin ponían en fuga a los desordenados hititas. Muwatallis mandó 1.000 carros al rescate, pero entre Ramsés, los Ne'arin y la llegada de Ptah, también fueron derrotados, con muchas bajas. El rey hitita no puso en juego en ningún momento a sus fuerzas de infantería. Así, tras la batalla, fue Ramsés quien se retiró. Muwatallis marchó hacia el sur, hasta Damasco, antes de que la campaña llegara a su fin. Después de años de hostilidades intermitentes, ambas potencias firmaron una paz que dejó Amurru y Kadesh como posesiones hititas.



La campaña de Ramsés fue un intento de ganar un territorio que había sido egipcio unos siglos antes. Aunque no logró reconquistar todo lo perdido, se aseguró una paz duradera.

5 Los Ne'arin egipcios llegan desde Amurru a tiempo para ayudar a Ramsés y derrotan a los desordenados hititas.

4 Los hititas atacan el campamento egipcio. Ramsés lanza un ataque desesperado contra ellos, pero la situación es grave.

1 Dos espías dicen a Ramsés que los hititas están a cierta distancia, alentándolos a marchar hacia Kadesh.

2 Ramsés, acampado con Amón, descubre la treta, pero sus fuerzas en orden de marcha son vulnerables al ataque.

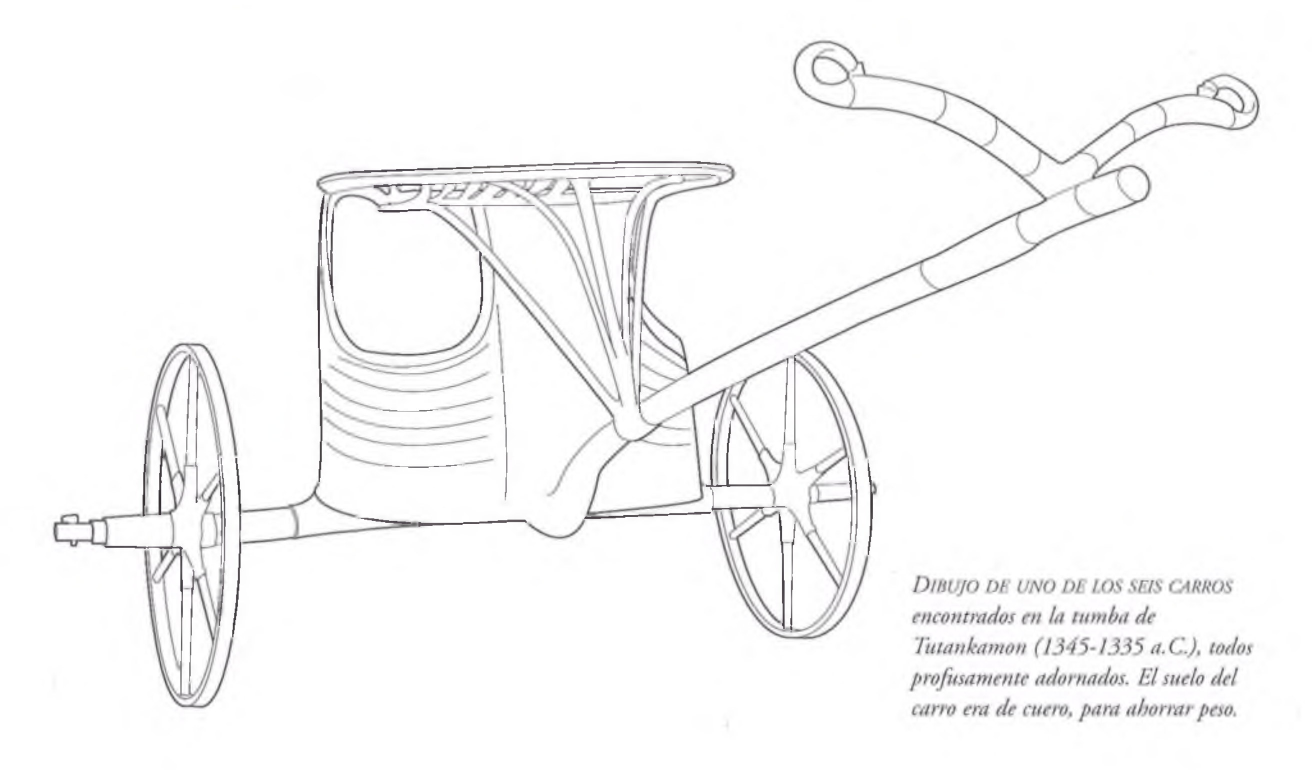
7 Muwatallis y la infantería hitita se quedan al otro lado de Kadesh y no participan. Ramsés se retira, pese a su victoria.

3 Muwatallis lanza sus carros cruzando el río, para sorprender a la división Ra por un flanco y derrotarla.

6 Muwatallis envía más carros, pero son vencidos por los Ne'arin. Ramsés y la división Ptah,

Kadesh cuando parte, o la totalidad, de la fuerza hitita la atacó. Sorprendidos en orden de marcha, los egipcios fueron rápidamente puestos a la fuga y se dispersaron. Entonces, toda la fuerza hitita giró hacia el norte y atacó el campamento egipcio. En ese momento, según proclaman las fuentes literarias egipcias, Ramsés salió al galope, en solitario, detrás de sus caballos, «Victoria en Tebas» y «Mut está satisfecho», e investido con la gloria de Amón se enfrentó solo al infausto enemigo, por cientos y por miles, derrotando también a los 1.000 carros que habían sido enviados para ayudar al primer grupo por Muwatallis, quien mantenía su cobarde posición al otro lado del río con su infantería. Muchos de los hititas en fuga fueron empujados hacia el Orontes y se ahogaron. Pese a quedar abandonado por sus carros y su infantería, sobre lo cual expresó amargas quejas, Ramsés ganó la contienda y el rey hitita pidió la paz. O así lo narran los textos. Aunque lo cierto es que, tras la batalla, quien se retiró fue Ramsés. Muwatallis siguió hacia el sur y llegó hasta Damasco antes de que concluyera la campaña. Después de varios años de hostilidades intermitentes, las dos potencias firmaron una paz que dejó Amurru y Kadesh como posesiones hititas.

Al examinar los relieves, vemos a hititas en el campamento egipcio. Cierto es que se les muestra rechazados y asesinados, pero no por ello dejan de estar en el campamento. Un cuerpo llamado Ne'arin («jóvenes») aparece a un lado de los relieves que muestran el campamento. Este término aludía a tropas escogidas, a las que se ha identificado con egipcios que llegaban de las tierras de Amurru, mencionados en las fuentes literarias y que eran probablemente las tropas dejadas en el lugar un año antes como guarnición, pero que se aprestaron entonces, cumpliendo órdenes, a unirse a Ramsés en Kadesh. En algunos relieves aparecen también hombres de la división Ptah, que habían seguido a Ra en su camino al norte. Lo que parece haber sucedido es lo siguiente: Amón fue atacado de forma repentina y masiva tras la derrota de Ra (a algunos de cuyos comandantes puede verse en los relieves corriendo hacia el campamento delante de los hititas). Seriamente debilitados ante la violencia del ataque, estaban al borde de la derrota cuando llegaron los Ne'arin. Ramsés, entre tanto, lanzó un maniobra desesperada en una esquina del campo, con ataques fulgurantes a la vez que los Ne'arin ponían en fuga a los hititas. Muwatallis envió 1.000 carros al rescate, pero entre Ramsés, los Ne'arin y la llegada de la división Ptah, también fueron vencidos, y tuvieron muchas bajas. El rey hitita no puso en juego en ningún momento a su infantería, probablemente porque no vio oportuno enviarla a través de un vado en



Dibujo de uno de los seis carros encontrados en la tumba de Tutankamon (1345-1335 a.C.), todos profusamente adornados. El suelo del carro era de cuero, para ahorrar peso.

una situación rápidamente cambiante que mejor podían resolver sus carros.

Muchos detalles en esta batalla están fuera de la norma. Por una parte, la acción no era la acostumbrada, dado que los carros se habían desplegado por las alas de sus ejércitos. Además, se muestra a los hititas con tres hombres por carro, lo que parecen confirmar las fuentes literarias. Uno es el auriga, que sujeta las riendas, mientras que el segundo sostiene un escudo. El tercero lleva una lanza, cuando se le ilustra con algún arma. Sólo el rey hitita tiene aljabas en el carro, y únicamente hay un relieve en el que se muestra un arquero hitita sobre un carro. Estas evidencias se han interpretado diciendo que los aurigas hititas estaban equipados únicamente para el combate a corta distancia, y por ello fueron abatidos con facilidad por los egipcios en los contraataques una vez superado el elemento sorpresa. Si fuera así, se habría tratado de una táctica de desarrollo más reciente, dado que un relieve de Seti I, padre de Ramsés, muestra a los hititas en carros de dos hombres usando arcos. Como los hititas no aparecen nunca en los relieves matando, o ni siquiera hiriendo, a ningún egipcio, tal vez los artistas egipcios se vieran impelidos a omitir a los arqueros y las aljabas hititas, quizá para inducir a pensar en estas representaciones tan detalladas como visualmente confusas que los vencedores fueron los egipcios, y los vencidos, los hititas. En cuanto al grupo de tres hombres, aparece más tarde, pero en carros de tres o cuatro caballos, y no de dos, como los que se ilustran aquí. Acaso se pensara que la capacidad de cada hombre de concentrarse en sus tareas específicas le haría más eficaz, y compensaría así la menor velocidad del carro de tres hombres. Puede ser también que se tratara de una táctica específica para la ocasión. El plan de Muwatallis de atacar a los egipcios en plena marcha y en su campamento significaba que sus aurigas tendrían que enfrentarse a un gran número de infantería. El hombre adicional de cada carro había duplicado el número de los que podrían desmontar y combatir, tanto en el ataque al campamento como probablemente en otras situaciones.

«Aquellos que se enfrentan a las más altas cumbres y cruzan peligrosos abismos, los que pueden disparar al galope como si volaran, los que van a la vanguardia en el avance... son los generales de la caballería.» ZHUGE LIANG

En los relieves, los carros de los Ne'arin se muestran atacando la línea de frente, tal como se representa a los hititas en un relieve. Presumiblemente, ésta era la posición normal de combate. Suponiendo que el espacio de la longitud de un carro entre cada vehículo permitiera girar y evitar las colisiones, sería de esperar que en una carga entraran dos líneas de carros opuestos, mientras los arqueros lanzaban sus proyectiles. Después, las líneas se habrían recompuesto para atacar una y otra vez, hasta que uno de los bandos cediera. Esta táctica se deduce de la práctica de tiro sobre los postes de cobre en plena carga, ya que se solía evitar que los carros se situaran demasiado cerca de la infantería enemiga. Cuando se movían por el campo de batalla, los carros de ambos bandos se muestran en columna. Las fuerzas hititas, reclutadas en regiones muy diferentes, se organizaron probablemente según la costumbre local, donde cada fuerza estaría comandada por un rey, príncipe u otro noble. Ramsés proclama haber dado muerte a muchos de estos hombres insignes, y otros se muestran mientras son arrancados del Orontes.

Así fue la mayor batalla de la Edad de Oro de la guerra con carros. Con el colapso de las civilizaciones de la Edad del Bronce en el Próximo Oriente hacia el año 1200 a.C., las costosas fuerzas de carros, sostenidas por palacio, empezaron a dejar paso a una nueva forma de unidad montada, la caballería. Sin embargo, el proceso llevó varios siglos. Los relieves del imperio neoasirio (934-609 a.C.) muestran claramente la transición. Las primeras representaciones de los jinetes asirios proceden del reinado de Assurnasirpal II (883-859 a.C.). Consistían esencialmente en el grupo de los carros a caballo, con el arquero disparando con su arco mientras un compañero sostiene las riendas de los dos caballos y alza un escudo. Los hombres se sientan en la grupa de los animales, con las rodillas levantadas, cabalgando sin montura y con las piernas desnudas, sin más armadura que el

casco. Los hombres del Cercano Oriente, ya fueran mensajeros o exploradores, habían cabalgado de este modo durante la Edad del Bronce, sentados en la grupa del animal o acuclillados con las rodillas altas como si estuvieran a lomos de un asno o una mula. Esta postura era poco apta para el galope y podía dañar los riñones del caballo. Los carros siguieron usándose en Asiria, pero eran ya de una construcción más pesada y tirados por tres caballos, sólo dos de los cuales iban uncidos.

En el reinado de Salmanasar III (858-824 a.C.), algunos caballos estaban provistos de grandes telas, sujetas por elaborados collares y petos. En tiempos de Tiglat Pileser III (744-727 a.C.), los jinetes seguían cabalgando en parejas, siempre sin montura, pero sentados de una forma más natural, justo detrás de la cruz del animal. También llevaban coseletes y usaban lanzas, lo que permitía que cada hombre sujetara sus propias riendas con la mano izquierda. Había un nuevo diseño de carro, con ruedas mayores (de ocho rayos) y un espacio rectangular para los guerreros, con costados más altos, donde cabían tres hombres: el auriga, un arquero y un escudero. Para tirar de esta carga pesada se disponían tres o cuatro caballos, todos uncidos. Por ello, el carro era menos maniobrable que los antiguos vehículos de dos caballos, más ligeros. En el reinado de Assurbanipal (681-631? a.C.), los arqueros a caballo, provistos también de lanzas, se muestran con botas y polainas, controlando sus caballos con unas riendas lastradas con una borla, lo que permitía al jinete soltar las riendas y usar el arco dando al caballo la sensación de seguir bajo control. Además, el caballo se cubría con arreos de tela más densos para su protección. En cuanto a los carros, eran más altos, con ruedas de mayor dimensión y los caballos protegidos con arreos, de manera que el número de hombres (todos con coseletes) se había elevado a cuatro, con dos escuderos. La existencia de enemigos con arqueros y lanceros a caballo, y la escasa maniobrabilidad de estos grandes vehículos, dio paso a esfuerzos crecientes de proteger a sus ocupantes.

Por tanto, resulta comprensible que, con la caída del imperio asirio, el carro llegara al final de sus días como gran sistema de armas en el Cercano Oriente. Pervivió en forma del carro de cuchillas, una invención persa cuyo uso se conoció en la batalla de Cunaxa en el año 401 a.C. Jenofonte, historiador griego que estuvo presente en la batalla, habló de ellos como bastante ineficaces, pero le impresionaron lo suficiente para describirlos en su relato histórico de la *Ciropedia*. Eran carros de cuatro caballos de pesada construcción, ruedas bastante separadas, armazón protegido en los cuatro lados y una puerta trasera. El conductor iba solo, con fuerte armadura, y la protección se extendía a los caballos. En los extremos de cada eje se disponían cuchillas de 1 m, y otras se colocaban debajo del eje para herir a quien cayera bajo las ruedas. La idea consistía en azuzar a los caballos a una carga frenética contra las fuerzas enemigas, derribando a los oponentes desprevenidos y abriendo brechas en las formaciones contrarias. Esta táctica se mostró eficaz frente a adversarios no preparados, siempre que los carros tuvieran apoyo de la caballería o se usaran combinadamente con otros ataques. Sin embargo, un ejército preparado y experto tenía pocos problemas para defenderse. Si los carros atacaban sin apoyo, los defensores abrían simplemente las filas para dejarlos pasar, y luego se deshacían de estos vehículos poco manejables con la infantería cuando frenaban e intentaban dar la vuelta. Si los carros tenían apoyo, los defensores cerraban filas, presentaban una hilera de puntas de lanza y asustaban y aturdían a los caballos, o simplemente derribaban a los atacantes con lluvias de jabalinas. Pese a los numerosos fracasos, los carros de cuchillas siguieron en uso en el Próximo Oriente hasta fines del siglo I a.C.

Transportes en carro

Sin embargo, hubo otro modo de utilizar los carros: como transportes de infantería, cuyos hombres podían desmontar, luchar y después volver a montar para escapar con facilidad. Estos métodos se habían usado en la Grecia de la Edad del Bronce, donde las representaciones de carros casi nunca muestran a arqueros. Las descripciones de carros debidas a Homero sugieren también este uso, al igual que las primeras ilustraciones en cerámica de la Edad del Hierro, mientras que la antigua caballería se muestra en Grecia en parejas, con los hombres sentados «como en un burro», uno de ellos soldado de infantería pesada en lugar de arquero. Los paralelismos con los relieves asirios apuntan al uso de carros en combate ya en el siglo VII a.C., pero como transporte de la infantería, y no de arqueros. La colonia

griega de Cirene, en África del norte, usaba carros de cuatro caballos en los siglos finales del I milenio a.C. para transportar infantería pesada a las zonas fronterizas, de forma que los soldados estuvieran frescos para la batalla. Durante ese milenio, los garamantes del noroeste de África también usaban carros. Algunos de los carros de cuatro caballos tenían dos varas de arrastre, cada una de ellas con yugos para dos caballos, en vez de la vara única habitual, una característica que se encuentra ocasionalmente en Chipre y otras regiones del Cercano Oriente durante el I milenio a.C., así como en los carros con cuchillas descritos por Jenofonte. Cartago utilizó asimismo carros hasta finales del siglo IV a.C.

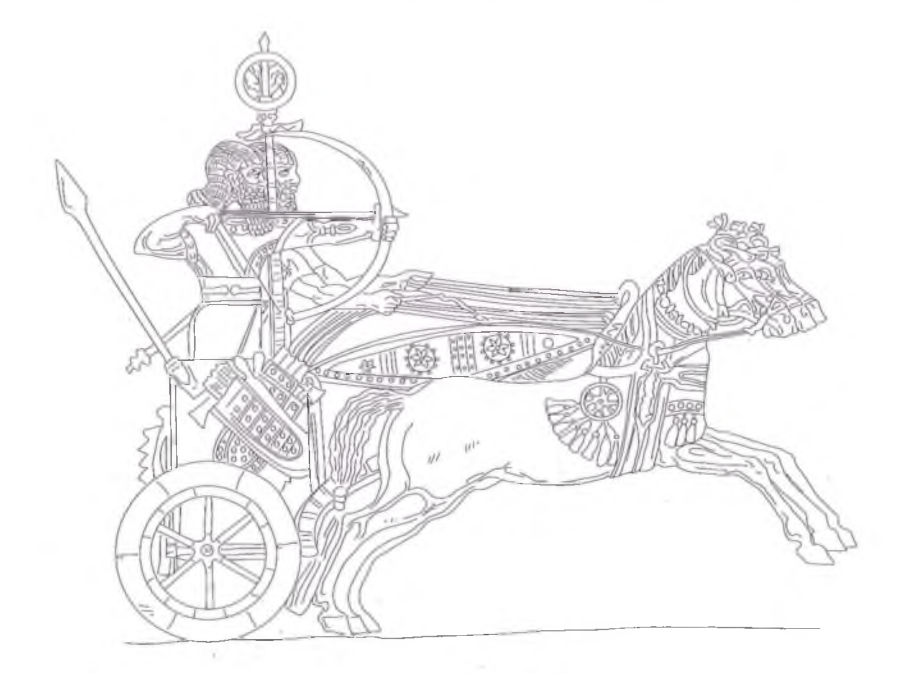
En Europa fueron los pueblos celtas los que durante más tiempo recurrieron a los carros, por ejemplo en las batallas en Italia y Anatolia hasta el siglo III a.C. Como en otros lugares, fueron sustituidos gradualmente por la caballería, pero cuando Julio César invadió Britania en los años 55 y 54 a.C. se encontró con poderosas fuerzas de carros. Los carros eran de construcción ligera, con armazón frontal y posterior abierto y dobles flejes en los costados, y eran arrastrados por dos caballos. Pertenecían a hombres de cuna más noble que los combatientes, y que los conducían. César ha descrito su táctica:

«Primero, corren en todas direcciones y lanzan jabalinas, y por el puro terror de los caballos y el ruido de las ruedas suelen llevar la confusión a las filas. Cuando encuentran paso entre las tropas de caballería, [los soldados] saltan desde los carros y luchan a pie. Entre tanto, los aurigas se retiran poco a poco de la batalla, desplegando sus carros de manera que si [los soldados] se ven superados por una multitud enemiga, tengan un fácil medio para la retirada. Así, reúnen la movilidad de la caballería y la estabilidad de la infantería en la batalla, y por el uso y la práctica diarios se mueven con tal aplomo que corren por las pendientes más empinadas sin perder el control, para detenerse y girar en un momento y partir a toda prisa en la dirección recta, subirse al yugo y precipitarse como flechas de nuevo dentro del carro».

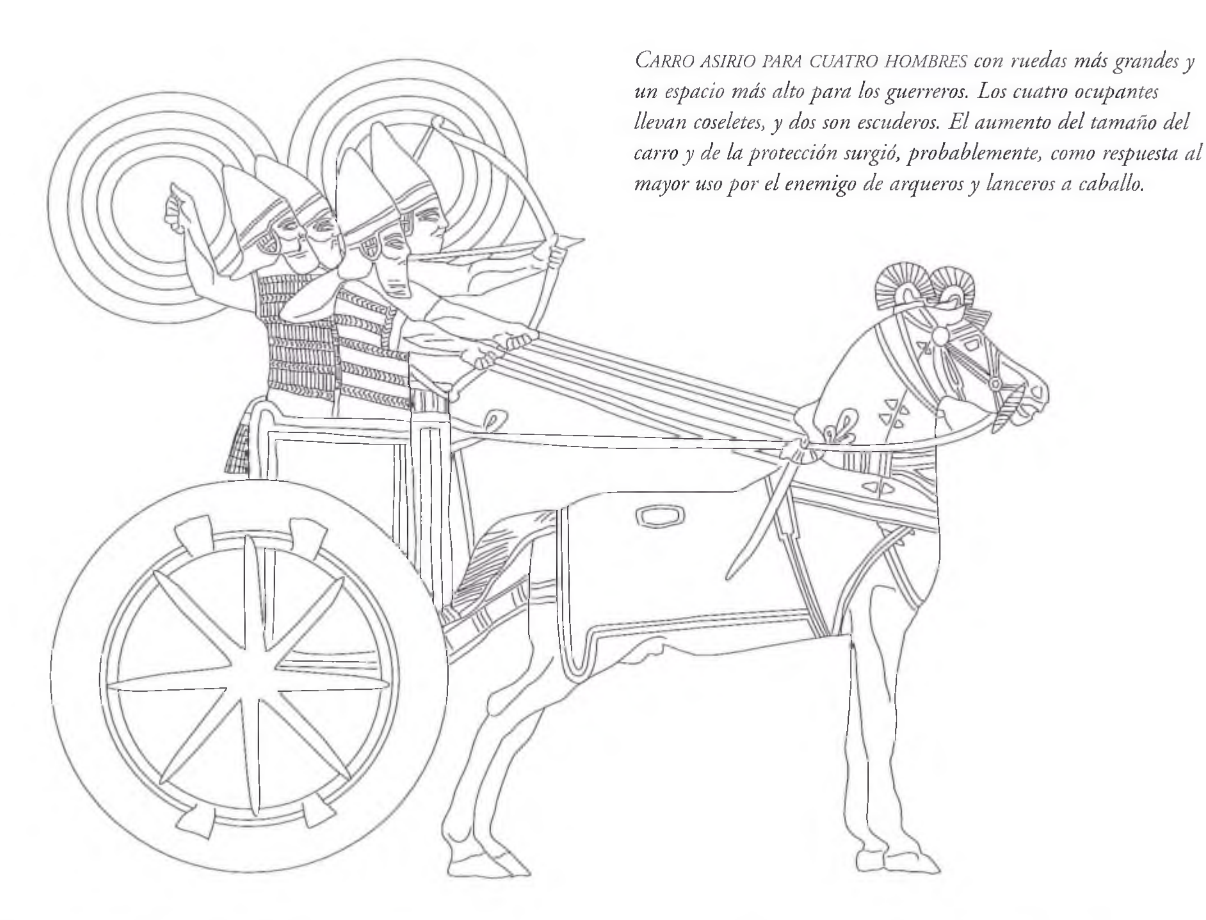
Como mantuvieron frente a sus fuerzas una campaña de escaramuzas, César tuvo muchas dificultades para entrar en combate. Sólo durante su segunda invasión pudo infligirles importantes bajas, cuando lanzaron un ataque frontal tan cerca de sus legionarios que éstos cargaron y los repelieron, después de lo cual los persiguieron con la caballería. Los romanos se encontraron también con carros cuando invadieron Britania un siglo más tarde, pero en esta ocasión los vehículos tuvieron menos éxito; la última vez que se supo de ellos fue cuando Agrícola derrotó a los pictos en Mons Graupius, en el año 83 d.C.

El papel de la caballería

Puede parecer sorprendente que, dado que la caballería siempre fue posible, se llegara alguna vez a em-



CARRO CON UN ESTANDARTE de un dibujo de los monumentos asirios de Assurnasirpal II (884-859 a.C.). Los carros asirios de este período tenían tres caballos, pero sólo dos iban uncidos, lo que suponía que el tercero se usaba como estímulo para que los demás corrieran más deprisa.



CARRO ASIRIO PARA CUATRO HOMBRES con ruedas más grandes y un espacio más alto para los guerreros. Los cuatro ocupantes llevan coseletes, y dos son escuderos. El aumento del tamaño del carro y de la protección surgió, probablemente, como respuesta al mayor uso por el enemigo de arqueros y lanceros a caballo.

plear carros. Los indios de las praderas norteamericanas lograron convertirse en una buena caballería ligera, aunque irregular, sólo unos siglos después de conocer el caballo, por lo que el tiempo de 3.000 años para el desarrollo de la caballería en Eurasia parece extrañamente largo. ¿Por qué se usaron carros, y cuál es la razón del tardo desarrollo de la caballería?

Una razón puede ser la naturaleza de la sociedad que hizo el descubrimiento. La cultura de Sredni Stog, situada entre los ríos Dniéper y Don, no era una sociedad de cazadores/recolectores que iban en pos de los rebaños migratorios, como los indios de las grandes praderas, sino un pueblo sedentario y agrícola con animales domésticos. Sus miembros cazaban caballos y aprendieron a domesticarlos, para lo cual cabalgar era una técnica muy útil. Aunque inmediatamente después de la domesticación del caballo siguieron esfuerzos para aprovechar los recursos de la estepa (la inmensa extensión de pastos que recorre Eurasia desde Hungría a Manchuria), las sociedades que lo intentaron seguían siendo, en esencia, sedentarias. El pastoreo nómada a gran escala no empezó a desarrollarse hasta finales del II milenio a.C. Sólo entre los años 3000 y 2500 a.C. el caballo doméstico se asentó plenamente en la estepa europea, y otro milenio antes era común en la mayoría de Eurasia y el norte de África. Por aquel entonces, ya estaban en uso desde mucho tiempo antes los carros y los burros en el Cercano Oriente y la región mediterránea, y el caballo se adoptó a la luz de esta experiencia.

Otro motivo del lento desarrollo de la caballería era la dificultad de montar a caballo en la Antigüedad. Era una actividad atlética, pues hasta la invención de la silla de montar hacia finales del I milenio a.C. los hombres cabalgaban a pelo o sobre mantas, asiéndose al animal con los muslos. Como hemos visto, los que vivían en zonas en las que los viajes en burro eran conocidos desde milenios atrás debían aprender un nuevo modo de montar. Por otra parte, hasta la invención del estribo, que no fue común hasta la Edad Media, los hombres debían saltar al lomo de sus corceles, impulsándose con la mano izquierda y manteniendo recta la derecha para lograr acomodarse. Esta operación entrañaba cierta dificultad para un hombre con vestimenta ligera; para

quien llevara armadura y escudo, el problema era mucho mayor.

Además, era necesario domar a los caballos y enseñarles a llevar hombres encima, a permanecer quietos mientras los montaban y a obedecer sus órdenes. Como animales gregarios, los caballos tienen un vocabulario de dominio y sumisión que el ser humano ha aprendido a aprovechar; es así como se puede cabalgar. En la mayor parte de las culturas, el dominio se consigue controlando la cabeza de los caballos. Para ello, los hombres de Sredni Stog desarrollaron el bocado, un accesorio que se acopla entre los incisivos delanteros del caballo (y un canino en los sementales) y en los molares. Para sujetar esta pieza se usan carrilleras, una a cada lado, que se unen a la jáquima, una serie de correajes alrededor de la cabeza, mientras que las riendas van desde el bocado a las manos del jinete. Todo el conjunto, denominado brida, existía ya claramente, en una forma primitiva, hacia el año 4000 a.C. Los jinetes tuvieron que aprender a usar estos artilugios y otros medios para guiar a sus corceles, y los caballos hubieron de aprender a obedecer sus mensajes. Finalmente, caballo y jinete debían aprender juntos a saltar obstáculos y a correr sobre terrenos accidentados sin separarse el uno del otro. Desarrollar las técnicas de acoplamiento y entrenamiento necesarias hubo de llevar mucho tiempo y esfuerzo.

Caballería en combate

Después venían los problemas asociados al manejo de los caballos en combate. Los jinetes debían aprender a manejar espadas, lanzas, venablos y otras armas de lucha cuerpo a cuerpo a lomos de un caballo; a arrojar jabalinas o flechas con precisión montados sobre un animal en movimiento; a mantenerse en pie con el peso de la armadura y los escudos, y a marchar con sus compañeros en formación, realizando complicadas maniobras. Para el jinete era francamente complejo. Pero resultaba aún peor para el caballo. Los caballos salvajes no llevan cargas, se desplazan en manada, se asustan ante lo desconocido, ya sea visto, oído u olido, y huyen del peligro a gran velocidad. Es así como han evolucionado para librarse de sus depredadores. Los caballos de guerra deben llevar un hombre encima, armado y a veces con armadura; cumplir sus órdenes; correr a veces lejos de otros caballos; resistir situaciones extrañas y amenazadoras sin espantarse y avanzar hacia el peligro, no alejarse de él, como es su instinto. Así, los antiguos guerreros buscaban animales con «espíritu» y, a menudo, montaban sementales, rara vez animales castrados. Evidentemente, ello suponía problemas con el bocado y peleas entre los propios caballos, en su ímpetu por establecer su dominio dentro de la «manada» de la unidad de caballería a la que pertenecían. Los antiguos jinetes respondían usando bozales y bocados muy ásperos, además de muserolas, y bocados a veces con clavos para que un tirón brusco de las riendas infligiera al animal un daño físico. Sin estribos, los jinetes no tenían mucha elección a la hora de «subirse» a un caballo y, por ello, creían que necesitaban demostrar al caballo quién tenía el control con el menor esfuerzo posible. Cuando un antiguo poeta describía la espuma sanguinolenta que goteaba de la boca del caballo no estaba usando ninguna metáfora. Además, los jinetes asiáticos usaban látigos o aguijones; las espuelas se conocieron en Grecia desde el siglo V a.C., y en el mundo celta poco después.

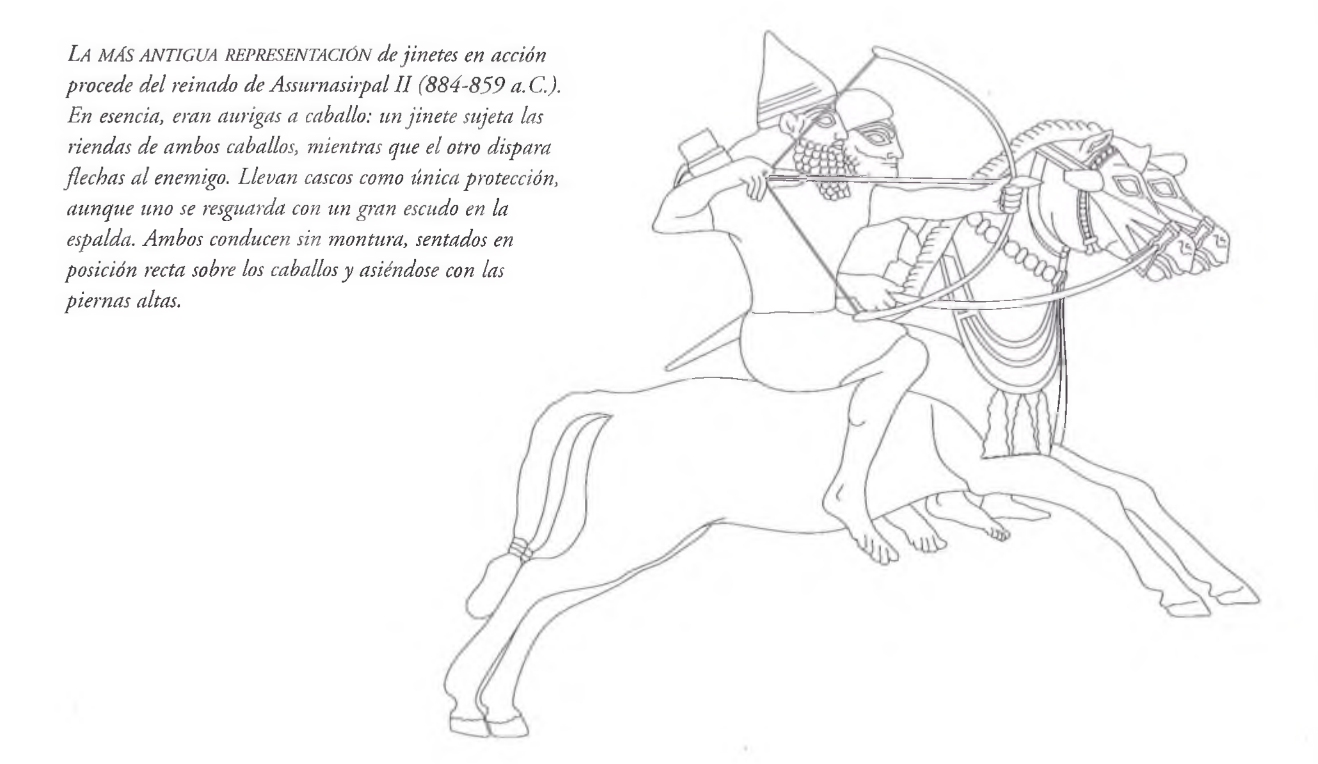


PIEZAS METÁLICAS DE UN CARRO, encontradas en Francia, c 200 a.C. Arriba a la derecha están los elementos del arnés del caballo (1), seguidos de un cubo con pezonera (2), uniones (3), adornos de bronce (4) y un bocado de caballo (5). Abajo a la derecha hay más pezoneras, una tuerca de ojal y una argolla para introducir las riendas (6).

Había aún más problemas. Los caballos primitivos medían entre 132 y 140 cm hasta la cruz, el punto más alto del lomo, cerca de la base del cuello, y hoy serían tildados más de ponis que de caballos propiamente dichos. Ningún caballo antiguo se asemejaba en tamaño a los actuales de raza, como los Clydesdales o los belgas, y sólo a partir del I milenio de la era cristiana la talla media de estos animales alcanzó en Europa y el norte de África la común hoy entre las modernas monturas que sirven de medida reglada. Si bien los pequeños équidos de la Antigüedad podían montarse, en su mayoría sólo soportaban la carga de un jinete con poco equipo. Además, los caballos son básicamente herbívoros y tienen estómagos pequeños, y en estado salvaje están comiendo casi de continuo. Necesitan bastante más comida que el ser humano, y su constitución es más delicada. Si les falta un buen pasto, deben guardarse en establos y alimentarse con grano. Tal era la norma en las sociedades agrícolas, lo que hacía de los caballos una inversión cara. Eran los servicios de gobierno los que debían suministrar y mantener los caballos de guerra, como era el caso de las caballerizas del Cercano Oriente y el Imperio Romano, o bien los miembros de las clases superiores, abastecedores de caballos y jinetes, quizá con el apoyo del gobierno.

Dadas estas dificultades, no es difícil entender por qué los carros precedieron a la caballería en el mundo antiguo. A los pequeños caballos les resultaba más sencillo tirar de un carro ligero, incluso con hombres con armadura en su interior, que llevar a estos hombres directamente en su grupa. No se podían desembarazar de los yugos y los correajes con la misma facilidad que de los jinetes, y era más sencillo transportar los arreos, lo cual no sucedió con las monturas hasta que se inventó la silla. Los guerreros en los carros debían luchar de pie, no sobre el lomo de un caballo, y montaban y desmontaban con facilidad. Con un auriga que atendiera a los caballos, el guerrero sólo se concentraba en el combate. Si los indios de las grandes praderas hubieran conocido la rueda, tal vez también habrían usado carros.

Una vez que los hombres aprendieron a montar, naturalmente, pudieron aprovechar las ventajas del caballo de guerra. La velocidad de este animal proviene de sus largas patas y sus músculos poderosos, con extremidades tan bien sustentadas por músculos que hacen un uso muy eficiente de la energía. Por otra parte, cada pata termina en un casco, la prolongación de la uña de un dedo, por lo que podría decirse que el animal corre continuamente sobre la



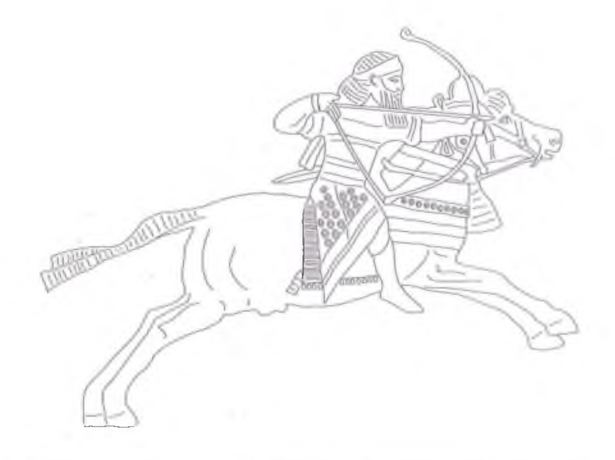
LA MÁS ANTIGUA REPRESENTACIÓN de jinetes en acción procede del reinado de Assurnasirpal II (884-859 a.C.). En esencia, eran aurigas a caballo: un jinete sujeta las riendas de ambos caballos, mientras que el otro dispara flechas al enemigo. Llevan cascos como única protección, aunque uno se resguarda con un gran escudo en la espalda. Ambos conducen sin montura, sentados en posición recta sobre los caballos y asiéndose con las piernas altas.

punta del dedo, lo que permite una extensión aún mayor de las extremidades. El resultado es un veloz corredor, que camina a unos 3-4 km/h, trota a 19 km/h, va a medio galope a 25 km/h y al galope alcanza velocidades de 70 km/h. Cuando hombre y caballo aprendieron a entenderse en el combate, empezó a contarse con capacidades tácticas y estratégicas que ningún ejército de infantería soñó jamás con alcanzar; la nueva pareja era capaz de maniobrar y operar en terrenos difíciles mucho mejor que los carros. Además, los caballos tienen un cierto grado de agresividad, como cualquier animal, y pueden convertirse en combatientes curtidos e incluso entusiastas. Algunos aprenden a atacar a los enemigos con dientes y cascos. Y no cabe duda de que los hombres a caballo resultan de por sí impresionantes, y amenazadores, para los oponentes a pie.

A principios del I milenio a.C., como hemos visto, la caballería empezó a sustituir a los carros en el Cercano Oriente, y esta tendencia se extendió a otras regiones. La presión de los pueblos nómadas de la estepa pudo haber sido un factor importante en este desarrollo. Por ejemplo, en los tiempos en que se adoptó por primera vez la caballería, los asirios estaban guerreando con los medos, un pueblo iranio que aparentemente tenía ya arqueros a caballo capaces de cabalgar y de lanzar flechas mientras huían del enemigo, la conocida «flecha del parto». En aquel tiempo existían caballos en casi toda Europa, Asia occidental y el norte de África, domesticados desde hacía varios siglos o incluso milenios, y se habían desarrollado numerosas razas ecuestres. Las fuentes antiguas mencionan unas 50. En las páginas siguientes hablaremos de algunas de ellas.

A mediados del I milenio a.C., los tres pueblos más notables por sus habilidades ecuestres eran los escitas, los persas y los griegos. Los primeros eran arqueros nómadas de las estepas. No son los más antiguos de que se tiene noticia, honor que corresponde a los cimerios, unos invasores nómadas de las estepas que llegaron al Cercano Oriente en el siglo VIII a.C., atravesando el Cáucaso, y asolaron los reinos de toda la Anatolia antes de ser destruidos. Otros cimerios parecen haberse dispersado por Europa, a juzgar por hallazgos de sus bocados y arneses característicos en el curso del Danubio hasta Suiza, el sur de Francia e incluso Gran Bretaña. Fueron los escitas quienes los expulsaron de la región del norte del Ponto, y los siguieron hacia el Cercano Oriente, donde tuvieron un papel importante en la destrucción del imperio asirio. Los reyes y nobles escitas aparecen representados con armaduras de escamas muy adornadas, cascos de bronce o hierro, a menudo de fabricación o influencia griega, y a lomos de corceles de 144-150 cm de alzada. Estos caballos, por lo común sin armadura, eran relativamente escasos. La montura habitual era un poni de unos 150 cm, con cuello, cabeza y hombros gruesos, pero cuartos traseros y cola delicados.

Los escitas usaban una versión propia del arco compuesto que se hizo popular en el Mediterráneo oriental y el Cercano Oriente. Tenía un cuerpo doblemente curvo con extremos también curvos y una longitud de sólo 75-100 cm. Era extraordinariamente potente; algunas sepulturas contienen esqueletos humanos con el cráneo o la columna vertebral atravesados por puntas de flecha de 2-3 cm de profundidad. El arco era muy rígido, lo que exigía gran fuerza y habilidad para tensarlo. Las puntas de flecha eran de bronce y solían tener tres filos, algunas barbadas y muchas emponzoñadas. El arco se llevaba en una vaina para protegerlo de la humedad, que podía echar a perder su engaste y alabear la madera. La aljaba, denominada *gorytos*, podía contener hasta 75 flechas. Además del arco, un jinete escita llevaba a menudo una espada recta o un hacha de guerra, lanzas con puntas a modo de hojas, lanzas de 3 m de largo o más y venablos (semejantes a jabalinas)



JINETE ARQUERO ASIRIO. A diferencia de la ilustración anterior, este arquero se sienta correctamente en el caballo, y cabalga sobre una manta. Conforme fueron mejorando las técnicas de montura, también lo hizo su utilidad.

con cabezas barbadas. Algunos escitas llevaban escudos, en general de madera con cubierta de cuero, que podían colgarse en la espalda del jinete, dejándole las manos libres para manejar el arco.

Un pueblo belicoso

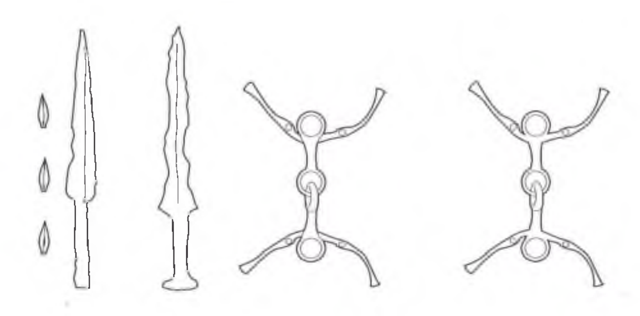
Acostumbrados a una vida dedicada a proteger sus ganados y apoderarse de los ajenos, los escitas fueron un pueblo belicoso. No se conservan descripciones detalladas de sus tácticas en la batalla, pero a juzgar por las acciones de pueblos semejantes, sus enfrentamientos se abrían probablemente con lluvias de flechas a gran distancia, seguidos de ataques y retiradas fingidos para atraer al enemigo a posiciones vulnerables. Una vez agotadas las flechas, los supervivientes se acercaban e intercambiaban lanzamientos de venablos y jabalinas antes de acometer el cuerpo a cuerpo. Los nobles con armaduras, sobre los caballos más grandes, dominaban esa fase del combate. Frente a oponentes poderosos, los escitas se retiraban a la estepa, hostigaban a los invasores y escogían el mejor momento para el contraataque. Emplearon estas tácticas contra la monarquía persa aqueménida de Darío I cuando invadió Escitia en el año 512 a.C. Se retiraron ante el avance de las tropas persas, y luego regresaron sobre sus pasos para acosarle, atacando día y noche sus líneas de suministro y derrotando constantemente a su caballería. Lo único que salvó a Darío fue su infantería, armada principalmente con arcos compuestos, y sus mulas y burros, que desconcertaban a los caballos escitas por sus ruidos y aspecto desacostumbrados para ellos. Al final, Darío tuvo que iniciar una vergonzosa retirada, para que su ejército no muriera de hambre. Más tarde, los escitas destruyeron un ejército macedonio enviado contra ellos por Alejandro Magno, aunque antes habían sido derrotados en los Balcanes por los macedonios.

Desde finales del siglo IV a.C., otros nómadas de las estepas, los sármatas, los invadieron desde el este y terminaron por expulsar a los escitas. Un motivo de este resultado pudo estar relacionado con los caballos de los nobles sármatas. Mientras que la raza sármata común era pequeña y veloz, las carcasas y esqueletos de caballo encontrados en el yacimiento de Pazyryk, Asia central, revelan que estos animales alcanzaron una alzada de 152 cm o más. Normalmente de color pardo o castaño, a veces bayo, con cascos oscuros (que, como se sabe, son menos propensos a romperse o desgastarse que los claros), los machos estaban castrados, una respuesta a la notable obstinación de la raza, que era difícil de manejar. Con estos animales, los sármatas podían contar con una caballería pesada, de hombres y caballos vestidos de armadura, aunque no de metal sino de escamas de cascos de caballo o cuero ligero y resistente. Los hombres llevaban largas lanzas con ambas manos y cargaban a un galope suicida. Apoyados por sus propios arqueros a caballo, debieron disfrutar de una gran ventaja sobre la caballería escita, más ligera.

Caballería persa

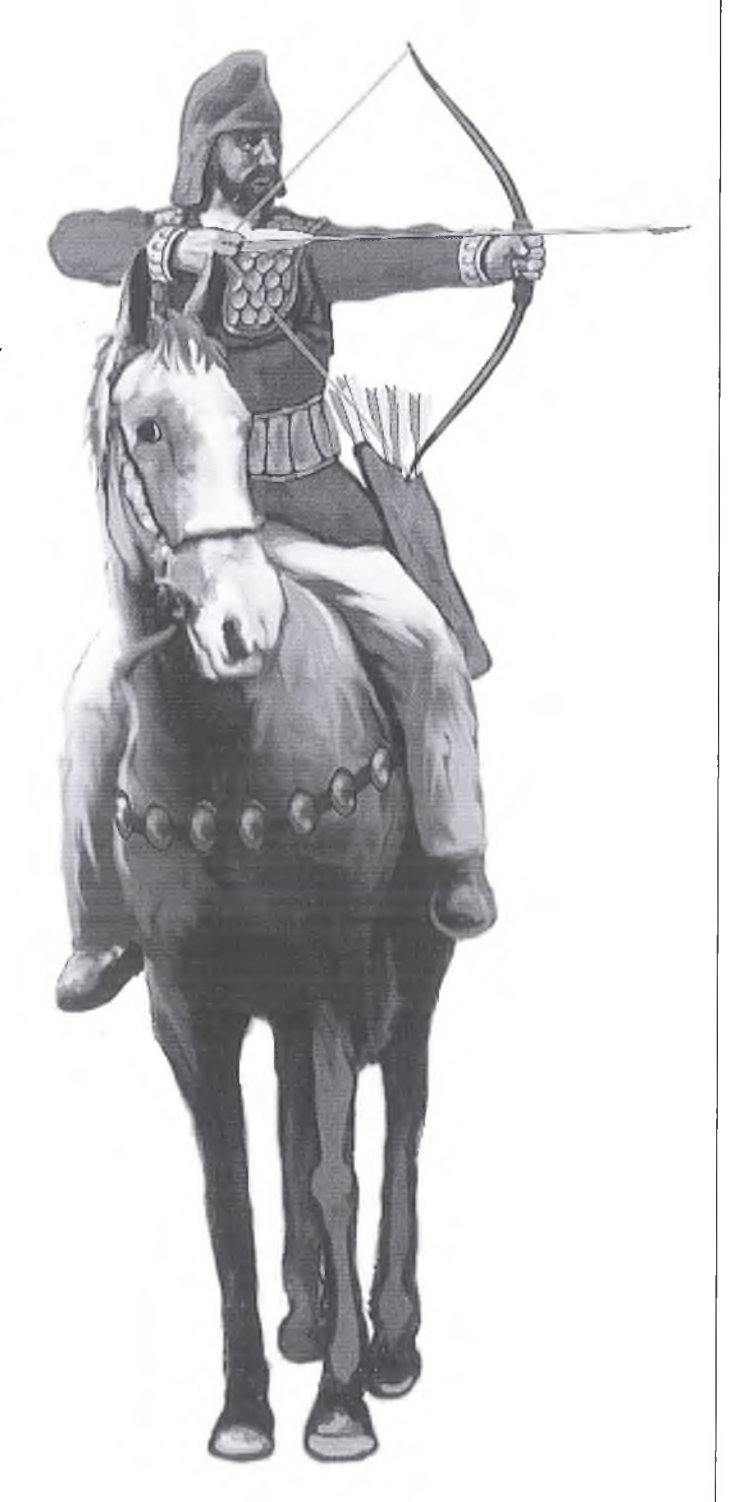
En el Próximo Oriente y en Irán, los persas aqueménidas (560-330 a.C.) siguieron el ejemplo de los asirios, usando arqueros y lanceros a pie en combinación con una caballería armada con arcos y lanzas. Esta táctica funcionaba bien a escala local y permitía una buena defensa contra los nómadas de la estepa, pero fracasó en las ofensivas contra los griegos, cuyos lanceros fuertemente armados, llamados hoplitas, llevaban una armadura que les cubría el cuerpo y escudos diseñados para desviar las puntas de lanza, y que también se manejaban bien contra las flechas y las jabalinas. Esta realidad se constató en el combate que se libró antes de la decisiva batalla de Platea en el año 479 a.C., cuando el comandante persa Mardonio envió a su caballería contra una parte del ejército griego. La ofensiva se lanzó en escuadrones, con lanzamiento de flechas y jabalinas antes de empezar a acosar al enemigo. No obstante, aunque los griegos sufrieron muchas bajas, se mantuvieron firmes, y la ligera caballería de los persas no

RELIQUIAS PERSAS, de izquierda a derecha: punta de flecha, punta de lanza, puñal y dos bocados de caballería. Los bocados permitieron mejorar el control de las caballerías.



Arquero escita a caballo, c 450 a.C.

El arquero escita podía disparar flechas con precisión a un enemigo mientras cabalgaba, una proeza nada desdeñable por cuanto que carecía de silla y estribos. Su arma principal era el arco compuesto, que, cuando no usaba, guardaba en su gorytos, *una aljaba que le servía también para las flechas. Además, llevaba una espada, y se han encontrado pruebas que demuestran que los jinetes escitas manejaban jabalinas o lanzas, así como pequeñas hachas de hoja estrecha. Algunos arqueros iban provistos de escudos largos de madera o mimbre cubiertos de cuero, que portaban a la espalda cuando disparaban flechas. El jinete de la imagen lleva el gorro característico en punta y una túnica cubierta por una somera armadura de escamas, fija con cinturón, aunque muchos escitas combatían sin armadura. A menudo, las túnicas y los pantalones eran de colores vivos. Como puede observarse, los caballos iban desprotegidos.*



se atrevía a acercarse al cuerpo a cuerpo. Atenas, uno de los estados griegos que intervino en la batalla, había formado un pequeño cuerpo de arqueros antes de la campaña, y los envió al rescate. Siguió una larga lucha, que terminó cuando una flecha griega hirió al caballo de Masistio, el comandante persa de la caballería. El animal reculó y tiró al jinete, que quedó a merced de los atenienses. Al principio el coselete de escamas doradas resistió las embestidas de las lanzas, pero los griegos lograron darle muerte y hacerse con el cuerpo, pese a las furiosas acometidas de los persas. En la batalla campal posterior que cerró la campaña, la caballería persa no tuvo ningún papel, y quizá desmontara para pelear como infantería.

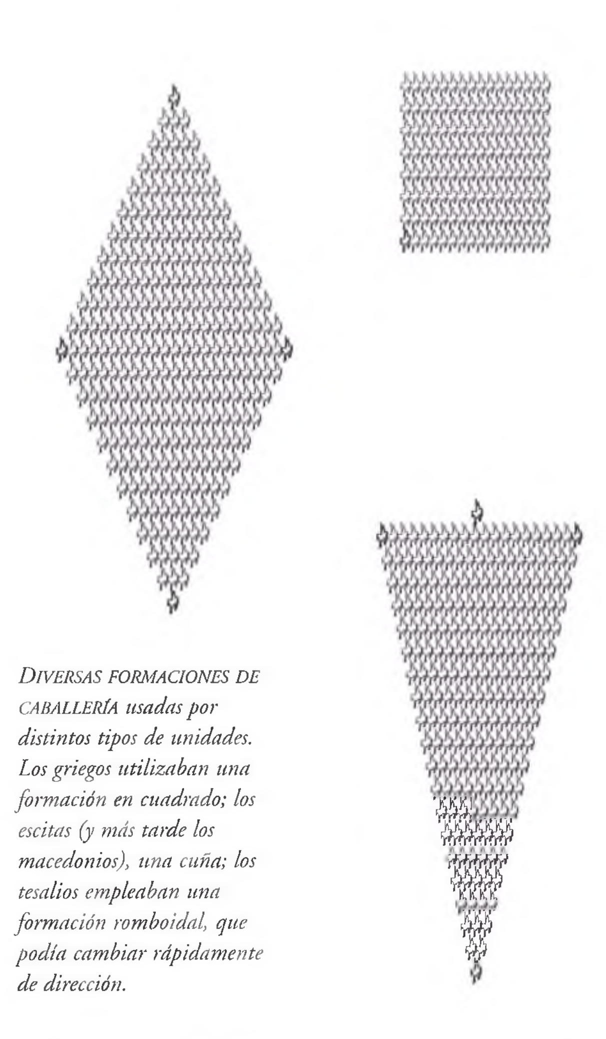
Masistio montaba un caballo de raza de Nisea, conocida por su gran tamaño, de 152 cm hasta la cruz. De hocico ganchudo, cabeza voluminosa, cuello grueso y complexión fuerte, era muy capaz de llevar encima a un guerrero con armadura como Masistio. Criados en las llanuras de Nisea, en la región de Media, donde el gobierno mantenía 50.000 yeguas de cría, estos caballos se repartían según la voluntad del rey. Con estos animales, los persas aumentaron el volumen de la armadura de sus jinetes, ya no sólo cascos y coseletes, y probaron con unos faldones que se acoplaban al caballo para proteger sus muslos. Hacia el siglo IV, desarrollaron una armadura de láminas metálicas que cubría brazos y piernas. Los caballos llevaban a veces testeras y petos. Sin embargo, la caballería siguió luchando con el arco, la lanza y la jabalina, como los asirios, sin que se sepa que llegara a usar la lanza.



JINETE DE TESALIA, del año 400 a.C. Aunque tenía una manta como montura, se sentaba bastante atrás en el caballo, con las piernas altas. No llevaba escudo, y su única protección era un extraño casco.

En cuanto a los griegos, a primera vista no cabría esperar que un pueblo que vivía en una serie de penínsulas e islas montañosas rodeadas por el mar tuviera mucho que ver con la caballería, y lo cierto es que la inmensa mayoría de las ciudades-estado de la región nunca contaron con un cuerpo militar semejante. Incluso estados importantes como Atenas y Esparta no asimilaron los conceptos de la caballería hasta la segunda mitad del siglo V a.C. Pero Grecia es un buen lugar para los caballos, sobre todo áreas como Tesalia, Beocia y Eubea, como también muchas de las colonias de ultramar. Más importante aún era el gusto de los aristócratas griegos por la equitación, y para ellos tener caballos era un signo de su alta posición. Las carreras de caballos y carros fueron muy populares, y los griegos desarrollaron técnicas avanzadas de alta escuela. En Grecia se desarrollaron muchas razas de caballos, entre las que la más rápida y de mayor tamaño era la de Tesalia, al menos desde que el ejército de Jerjes pasara el invierno en esta región en el año 479 a.C.; el acceso a los sementales persas de Nisea sin duda mejoró la estirpe. Las razas de caballos griegos eran en general oscuras de aspecto, con cabeza fina y complexión altiva, pero al parecer tenían cuartos traseros débiles y escaso aguante, y al final llegaron a considerarse casi inútiles como monturas militares.

Con el apoyo financiero del estado, los entusiastas aristócratas que formaban la mayor parte de la caballería griega luchaban como un cuerpo ligero armado con jabalinas y sin protección ni armadura, o bien como caballería pesada con lanzas, jabalinas, cascos y coseletes de escamas o corazas de bronce. Estas últimas se modelaban para imitar la musculatura humana, y reciben el nombre de «corazas musculadas». La clase de oficiales griegos y romanos exhibían a menudo estos costosos elementos. Los griegos, cuya arma predilecta era la lanza, la complementaban con una pica en el extremo, que podían usar como alternativa a la punta de lanza si ésta se rompía. También recurrieron a «corredores»



DIVERSAS FORMACIONES DE CABALLERÍA usadas por distintos tipos de unidades. Los griegos utilizaban una formación en cuadrado; los escitas (y más tarde los macedonios), una cuña; los tesalios empleaban una formación romboidal, que podía cambiar rápidamente de dirección.

de infantería, llamados *hamippoi*, que actuaban de modo semejante a los acompañantes de los carros egipcios. Los atenienses probaron arqueros a caballo, al estilo escita, durante el siglo V a.C.

En combate, la caballería griega se desplegaba típicamente en los flancos de sus ejércitos, predominantemente hoplitas. A excepción de Tesalia (y sólo cuando se unió), ningún estado griego contaba con más de 1.000 caballerías, normalmente menos. Era difícil que un número tan reducido tuviera demasiado impacto, pero en más de una batalla la caballería ayudó a desbordar el flanco enemigo o a cubrir la retirada, y hubo acciones en las que la caballería y las tropas de artillería ligera rodearon y aniquilaron cuerpos aislados de hoplitas. La caballería era también eficaz contra tropas ligeras y forrajeadores, y podían obligar a la infantería enemiga a marchar por la zona de batalla en la que ofrecía protección a sus propias filas, limitando así la capacidad de daño enemigo.

Dado el bajo número de jinetes disponibles, los comandantes griegos comprendieron que debían integrar sus esfuerzos con los de la infantería para obtener el máximo rendimiento de cada grupo. Como se dice que afirmó un general griego, Ifícrates, la formación hoplita era el torso; las tropas ligeras, las manos; la caballería, los pies, y el general, la cabeza del ejército. Quien entendió perfectamente este mensaje fue Filipo II (359-336 a.C.), rey de Macedonia, región situada al norte de Tesalia. Acosado por las tribus del norte y sintiendo la presión de los estados griegos, Filipo reorganizó su ejército popular, creando una fuerza de infantería pesada equipada con picas, llamadas *sarissas*, en cuerpos eficaces de tropas ligeras reclutados entre las tribus o mercenarios, e incorporando una caballería ligera de Tracia y Tesalia a su aristocrática caballería macedonia, que organizó y extendió con el título de «Compañeros». Éstos iban armados con una lanza de 3 m de largo, de borde cortante en forma de hoja en su extremo, una hoja mayor en la parte posterior y una correa en el punto de equilibrio. También conocida como *sarissa*, esta lanza se hacía con madera de cornejo y pesaba menos de 5 kg, suficientemente ligera para ser arrojadiza. En la batalla del río Gránico, en el año 334 a.C., los Compañeros derrotaron sonoramente a los jinetes persas, armados con jabalinas, en una feroz confusión, debido en gran parte a la mayor longitud de sus *sarissas*.

Filipo adoptó diversas formaciones de caballería tomadas de distintas fuentes, entre ellas las formaciones cuadradas y alargadas de los griegos y persas, las romboidales usadas por la caballería ligera tesalia y las formaciones en cuña propias de los escitas. En las formaciones cuadradas y alargadas, los jinetes se organizaban en filas y columnas, y todos los de la misma línea llegaban a la vez contra los enemigos, ampliando al máximo la fuerza de combate de la unidad. En las formaciones romboidal y en cuña, el comandante iba en cabeza, fácil de distinguir para toda la formación, con lo que podía guiarla hacia los puntos débiles de las fuerzas enemigas o alejarla de las principales amenazas. El romboide, un cuadrado puesto de lado, podía defenderse desde cualquier ángulo, y se usaba en la caballería ligera, mientras que la cuña era característica de los Compañeros.

Con la ayuda de este ejército, Filipo venció a todas las potencias de la región. Empezaba a invadir

Persia cuando fue asesinado. Su hijo, Alejandro III, más conocido como Alejandro Magno, llevó el ejército hacia el este y derrotó a los persas en intensas batallas, que son notables por el uso coordinado de sus fuerzas para superar a una oposición numéricamente mayor, pero menos apta. Un ejemplo es el de la batalla de Gaugamela (331 a.C.). Frente a un ejército persa cuya infantería era débil pero dotado de una caballería varias veces más numerosa que la suya, Alejandro tenía que impedir que su ejército fuera rodeado por los caballos enemigos. Así, avanzó con el ala derecha al frente, la izquierda rezagada, las unidades de infantería en apoyo de la caballería y la falange de infantería pesada en dos líneas, de manera que la mitad posterior pudiera volverse y defenderse de la caballería enemiga que viniera por la retaguardia. Avanzando con el ala derecha contra la izquierda persa, Alejandro obligó a los persas a cargar y a entrar en batalla prematuramente. Al verse enfrentados de forma inesperada con la infantería y con la caballería, los persas fueron contenidos, y Alejandro pudo guiar a los Compañeros y a su caballería pesada y ligera de apoyo en una carga que devastó las líneas persas y empezó a desplegarse por el centro. Entre tanto, la derecha persa había cargado contra la caballería ligera tesalia y las otras fuerzas del ala izquierda de Alejandro, causándoles gran daño, incluso rompiéndolas para avanzar hacia el campamento macedonio, pero Alejandro pudo acudir en ayuda de sus hombres y completar la victoria. Pese a haberse enfrentado a una fuerza de caballería más poderosa en un terreno idóneo para su uso, Alejandro y sus tropas la vencieron gracias a una excelente coordinación de esfuerzos de la caballería y la infantería ligera y pesada.

«... Ve contra el enemigo con dos metas, la victoria o la muerte. Los hombres animados por este espíritu vencerán siempre, ya que estarán dispuestos a entregar la vida.»

ESCIPIÓN

Protección con escudos

Durante todos estos siglos, ni griegos ni macedonios parecen haber hecho uso de escudos a caballo, y lo mismo puede decirse de los persas y, en la práctica, de casi todos los demás jinetes. Sólo ocasionalmente, las ilustraciones muestran hombres que son claramente jinetes portadores de escudos, no infantería montada o grupos de guerreros de carros a caballo. Las razones son bastante evidentes: los escudos eran una carga en el brazo izquierdo, lo que desequilibrada al jinete más aún que el coselete y el casco, haciendo mucho más difícil controlar las riendas. Sin embargo, conforme se incrementó el número de jinetes en Europa occidental, el grado de destreza también mejoró, y los pueblos incapaces de proveerse a caballo de armadura tuvieron que usar escudos, o abandonar toda idea de combate cercano. Gran parte de Europa estaba cubierta por bosques y terrenos difíciles, donde no siempre un jinete podía evitar la lucha cuerpo a cuerpo. Probablemente por esta razón los carros de los griegos y los celtas iban ocupados por combatientes de infantería, y no por arqueros. Hacia el siglo IV a.C., los jinetes celtas empiezan a representarse con escudos, una costumbre a la que se adaptaron pronto otros pueblos europeos, entre ellos, en un lapso de dos siglos, los propios griegos.

Una de las batallas más notables de occidente durante esta época, en la que se enfrentaron caballerías con escudo del norte de África, Iberia, Galia e Italia, fue la de Cannas en el año 216 a.C., durante la segunda guerra púnica (218-202 a.C.). Aníbal, el gran general cartaginés, había atravesado Iberia para llegar a Italia a través de los Alpes e infligió tres grandes derrotas a los romanos en dos años. Durante un tiempo, los romanos tuvieron que conformarse con seguir los pasos de Aníbal mientras se desplazaba de un lugar a otro en busca de suministros. Pero después de pasar el invierno y la primavera del año 216 a.C. de este modo, Aníbal optó por dejar sus cuarteles de invierno en Gerunium, en el norte de Apulia, para desplazarse al sur y tomar Cannas (la moderna Monte di Canne), cuya ciudadela se había convertido en un importante depósito de víveres de Roma. De este modo, no sólo aseguraría sus posiciones durante un tiempo, sino que dejaría al ejército romano desabastecido. Los comandantes romanos reclamaron repetidamente al gobierno instrucciones sobre cómo actuar, pues pa-

recía difícil seguir eludiendo la batalla en estas circunstancias. Cansados del estancamiento, el Senado y el Pueblo de Roma ordenaron a los cónsules Lucio Emilio Paulo y Cayo Terencio Varro que reclutaran más tropas y dirigieran contra Aníbal un total de ocho legiones romanas y un número igual de tropas itálicas aliadas. Así lo hicieron, y entonces Aníbal, al mando de 10.000 jinetes y algo más de 40.000 soldados de infantería, hubo de enfrentarse a 80.000 soldados de a pie y más de 6.000 jinetes, el mayor ejército que había reunido Roma en un solo lugar.

Omitiremos las maniobras de ambos bandos antes de la batalla, así como muchos de los debates suscitados por las crónicas, a menudo contradictorias, de las distintas fuentes. La batalla se libró al sur del río Aufidio (moderno Ofanto), cerca de Cannas; el curso actual fluye por el confín septentrional de la serie de colinas en la que se ubicaba Cannas. Es probable que el río, cuyo lecho ha cambiado a menudo, corriera entonces más al norte. Los romanos no presentaron batalla al norte del río, sino que se desplegaron por el sur, con la esperanza de limitar el grado de maniobra de la caballería de Aníbal. Al tener que desplegar tantos hombres en un campo de batalla de apenas 3,5 km de ancho, los romanos abandonaron su habitual formación abierta y agolparon su caballería pesada en un orden muy compacto. En el flanco derecho se dispuso la caballería romana (de unos 1.600-2.400 hombres), entre la infantería y el río; en el izquierdo, los 3.600-4.800 aliados a caballo se extendieron entre las colinas y la infantería. Apostadas a cierta distancia, frente a toda la línea, se situaron las tropas de infantería ligera, que se enfrentaron en pequeñas escaramuzas a las del enemigo. La caballería romana estaba compuesta por entusiastas aficionados aristócratas, como en las ciudades-estado griegas, provistos de equipamiento ligero, casco pero no armadura, un escudo redondo de cuero de buey apto para desviar las jabalinas pero no para el combate cuerpo a cuerpo y finas lanzas más adecuadas como arma arrojadiza que en la lucha directa; se doblaban y rompían con facilidad y, al carecer de picas, no servían para nada más. Los hombres montaban y desmontaban con facilidad, pero en la pelea directa eran vulnerables. Se organizaban en escuadrones (*turmae*) de 30, con tres oficiales (*decuriones*) y tres *optiones* o tropas de diez hombres. En batalla, probablemente luchaban en tres filas de 12 hombres cada una. Los aliados itálicos tenían presumiblemente un equipamiento y una organización similares, al haber estado bajo la égida romana durante varias décadas. Sus caballos se asemejaban a los griegos, siendo los de los vénetos especialmente conocidos por su velocidad, cuando no por su belleza.

Despliegue de Aníbal

Al ver el despliegue romano, Aníbal envió a sus honderos y sus tropas ligeras armadas con lanzas a varias escaramuzas con la infantería ligera romana al tiempo que desplegaba el resto de su ejército. A la izquierda, cerca del río, dispuso a 6.000-7.000 jinetes celtas e hispanos frente a la caballería romana; después, la mitad de su infantería pesada africana, armada con los materiales sustraídos a los romanos; y más allá los hispanos y celtas a pie, con armas más ligeras que los africanos y los romanos, y desplegados en compañías alternas de cada una de las tribus. A la derecha de la infantería dispuso a la otra mitad de la infantería africana; y en el ala derecha, a su caballería númida de 3.000-4.000 hombres. Después de extender el ejército en línea recta, tomó las compañías centrales de celtas e hispanos y las



UN JINETE NÚMIDA DE CABALLERÍA LIGERA hacia el año 200 a.C. Está armado con jabalina y un pequeño escudo. Estos hombres eran tan buenos jinetes que no necesitaban bridas para dominar el caballo.

Cannas

216 a.C.

Los romanos se desplegaron frente al río para reducir el espacio de maniobra de Aníbal. Este adoptó una formación en media luna, con el centro frente a los romanos. Después de unas escaramuzas entre las tropas ligeras, la caballería ibera y celta de la izquierda desmontó para luchar contra sus adversarios romanos, y pronto tomó la iniciativa. Las legiones romanas forzaron a la infantería celta e hispana de la media luna a ceder, arrastrando a los hombres de las dos alas de la línea romana hacia el centro. Los africanos de cada extremo de la línea de infantería de Aníbal los rodearon y atacaron, mientras celtas e hispanos también los embistieron. Así, los romanos se vieron rodeados por tres lados. La caballería celta e hispana volvió a montar y cabalgó por detrás de la línea romana para atacar a la caballería itálica por la retaguardia. Atrapados entre ellos y los númidas, los soldados itálicos huyeron. La caballería celta e hispana atacó, entonces la retaguardia de la infantería romana fue masacrada. Murieron unos 50.000 romanos, entre ellos Paulo.

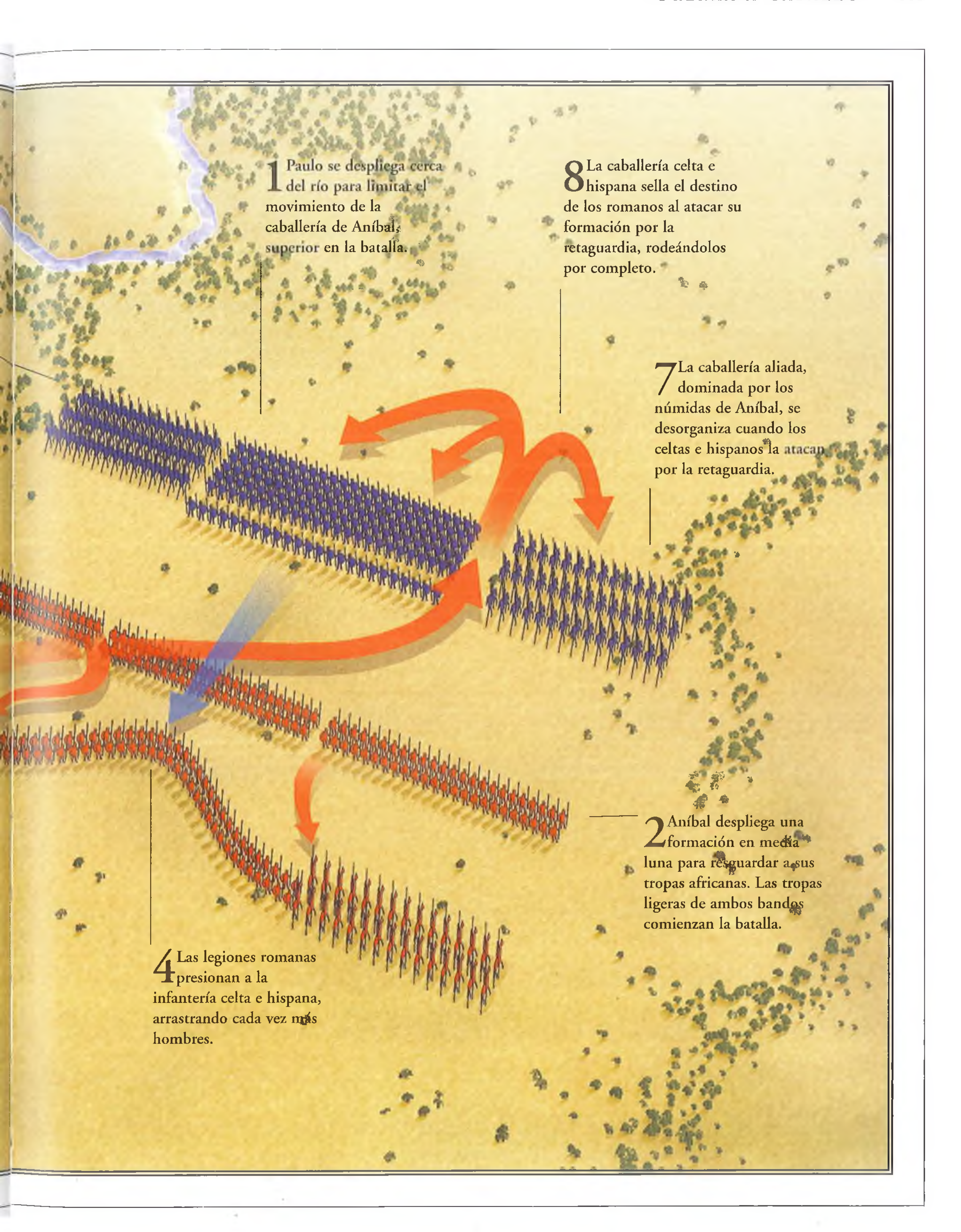


Cannas fue quizá la mayor derrota de Roma, pero pronto se recuperó y Aníbal, renunciando a marchar sobre la capital, terminó aislado en el sur de Italia.

3 La caballería romana se encuentra con la caballería celta e hispana, que desmonta para luchar. La caballería romana huye.

6 La caballería celta e hispana vuelve a montar y embiste contra la caballería romana aliada por la retaguardia.

5 Las tropas africanas de Aníbal atacan ahora a las legiones romanas en el flanco, a la vez que los celtas e hispanos inician la ofensiva.


1 Paulo se despliega cerca del río para limitar el movimiento de la caballería de Aníbal, superior en la batalla.
8 La caballería celta e hispana sella el destino de los romanos al atacar su formación por la retaguardia, rodeándolos por completo.
7 La caballería aliada, dominada por los númidas de Aníbal, se desorganiza cuando los celtas e hispanos la atacan por la retaguardia.
2 Aníbal despliega una formación en media luna para resguardar a sus tropas africanas. Las tropas ligeras de ambos bandos comienzan la batalla.
4 Las legiones romanas presionan a la infantería celta e hispana, arrastrando cada vez más hombres.

hizo avanzar, manteniendo cada unidad en contacto con sus vecinos. El resultado fue una formación en media luna. Aníbal quería empezar el combate pesado con sus hispanos y celtas, manteniendo a los africanos como reserva.

Cuando los ejércitos avanzaron, al principio sólo se enfrentaron tropas ligeras, sin que ninguna cobrara ventaja. «Pero al mismo tiempo», dice una fuente, la de Polibio, «los caballos iberos y celtas de la izquierda, entrando en contacto con los romanos, entablaron una pavorosa batalla; porque la acción no consistía, como era común, en rodear al otro, sino en caer sobre él, hombre contra hombre, para desmontarlo del caballo». Otra fuente, Livio, señala que las dos caballerías, comprimidas entre el río y la infantería, no tenían espacio de maniobra para sortearse, y tuvieron que cargar de frente, y dice que cuando los caballos no pudieron ya continuar, los combatientes empezaron a luchar cuerpo a cuerpo, a empujarse para descabalgarse y terminar la pelea a pie.

Tal vez sucediera así, pero debe recordarse que en aquel tiempo la mayoría de los jinetes occidentales llevaban escudos en la grupa del caballo, y podían pelear con solvencia en el cuerpo a cuerpo, a pie, de un modo inasequible para la caballería sin escudo. Así sucedía con los hispanos, que iban armados, como su infantería, con lanzas, jabalinas (incluido el *soliferrum*, de hierro sólido) y sables corvos llamados *falcata*. Llevaban cascos y diversas clases de armadura ligera, además de rodelas conocidas como *caetra*. Los jinetes hispanos a menudo luchaban a pie, formando para la ocasión un círculo con los caballos en el centro. Exhibiendo ya el conocimiento avanzado de la doma de caballos por el que los hispanos serían admirados, enseñaban a sus corceles a arrodillarse y permanecer quietos a una señal dada, y tenían una especie de piqueta en las riendas para sujetar a los caballos en batalla. En cuanto a los celtas, que en este caso procedían de Iberia o del norte de Italia, no sabemos si eran tan buenos domadores de caballos, pero introdujeron numerosas innovaciones ecuestres antes, durante y después de este período. Sus parientes, que invadieron Grecia en el mismo siglo, llevaban una caballería de nobleza apoyada por escuderos que podían hacer las veces de relevos. Todos los galos portaban grandes escudos ovalados o circulares a caballo, incluso cuando luchaban desnudos (como pudo ser el caso en esta batalla), y empleaban las mismas lanzas y espadas largas que la infantería, con lo que les bastaba reservar a un hombre de cada cuatro para que sujetara los caballos mientras los restantes combatían a pie. Los romanos que desmontaban debían hacer lo mismo, o abandonar por completo a sus corceles.

Aníbal tenía probablemente tres veces más jinetes que los romanos en la misma ala, pero tan alto número no fue positivo para desembarazarse de la presión del enemigo en un pequeño espacio. Los seres humanos pueden agolparse en grupos muy densos, como estaba intentando hacer la infantería romana, pero no sucede lo mismo con los caballos. Aníbal habría pensado en hacer desmontar a sus jinetes para que atacaran a pie, si los romanos no hubieran cedido inmediatamente después de la carga inicial. Si los romanos caían, sus hombres podrían volver a montar y darles caza. Así, lo que Livio entendió como una táctica accidental pudo muy bien ser premeditado.

Victoria de Aníbal

Mejor armados y más numerosos que los romanos, los jinetes celtas e hispanos pronto tomaron la iniciativa, dando muerte a la mayor parte de los enemigos y expulsando a los demás hacia el río. Sólo entonces, dice Polibio, la infantería pesada de ambos bandos entró en combate, lo que demuestra la rapidez con que fue derrotada la caballería romana. El cónsul Paulo había estado primero con los caballos pero, herido por una piedra, no pudo atender sus obligaciones durante un tiempo; terminó en el centro de la línea romana, afanado en la rotura de las líneas del adversario tan necesaria para los romanos. La infantería romana forzó a la celta e hispana de la media luna a ceder terreno. Arrastrados a la lucha, los soldados de las dos alas de la línea romana se agolparon en el centro y avanzaron hasta superar a las líneas africanas de ambos extremos de la formación de Aníbal. Como estaba planeado, los africanos rodearon y atacaron los dos flancos de la formación romana, frenándolos en su avance. Celtas e hispanos se abalanzaron al ataque, con Aníbal y su hermano Magón luchando junto a ellos, y los romanos se vieron rodeados por tres lados.

Entre tanto, los númidas habían estado peleando contra la caballería aliada itálica dirigida por Va-

rro en la izquierda romana. Ninguno de los bandos logró una ventaja importante ni sufrió graves pérdidas, debido a las particulares tácticas de los númidas. Este pueblo de beréberes nómadas del norte de África vivía literalmente a caballo y era conocido por su habilidad para cabalgar sin brida ni bocado, guiando a sus magníficos corceles con el uso de una vara, una cuerda alrededor del cuello y el movimiento basculante del peso de su cuerpo. Constituían un ejemplo clásico de caballería ligera, espléndidos para las escaramuzas, las emboscadas o las persecuciones, pero no para un combate frontal, al estar equipados únicamente con jabalinas, cuchillos y escudos ligeros, pero no armadura. Montaban una raza de poni llamada númida o libia, conocida por su pequeño tamaño y notable por su resistencia, velocidad y sumisión. Los itálicos, en formaciones de escuadrón, cargaron contra los númidas, que se dispersaron individualmente. Después de haber desorganizado las unidades enemigas, los númidas se reunían de nuevo y atacaban a la vez desde los lados, forzándolas a retroceder. Dado el empuje de sus animales, los númidas podían repetir este juego indefinidamente.

Entonces intervino Asdrúbal, comandante de la caballería celta e hispana. Después de hacer montar de nuevo a sus hombres, rodeó por detrás la línea de infantería romana y se desplegó para atacar a la caballería itálica. Atrapados entre Asdrúbal y los númidas, los soldados itálicos rompieron filas y huyeron. Dejando que los númidas los persiguieran, Asdrúbal condujo a sus escuadrones contra la retaguardia de la infantería romana. Aunque sin duda Aníbal lo había concebido así, fue mérito de Asdrúbal y sus hombres reprimir el impulso natural de perseguir a los que huían y regresar a tareas más duras. Los caballos seguían frescos después de una carrera de sólo unos kilómetros, y los galos e hispanos de Asdrúbal atacaron en apoyo de la infantería africana, lanzando simultáneamente cargas sucesivas en numerosos puntos.

Hasta ese momento, los romanos podían seguir con su estrategia ofensiva, pese al ataque de la infantería africana, o al menos retirarse en orden. Pero ahora estaban atrapados. Murieron unos 50.000, entre ellos Paulo. Siete mil ciudadanos romanos y un número desconocido de soldados itálicos fueron hechos prisioneros, en su mayoría integrantes de los 10.000 hombres de infantería que Paulo había dejado en el campamento romano principal con órdenes de atacar el de Aníbal durante la batalla. Realizaron el ataque, como se les encomendó, pero fueron vencidos y apresados. Pereció la mayor parte de la caballería romana; Varro y 70 hombres de su fuerza itálica huyeron a Venusia, y otros 300 escaparon a diversas ciudades. Los númidas se hicieron cargo del resto. Aníbal perdió a 4.000 celtas, 1.500 hispanos y africanos y 200 jinetes.

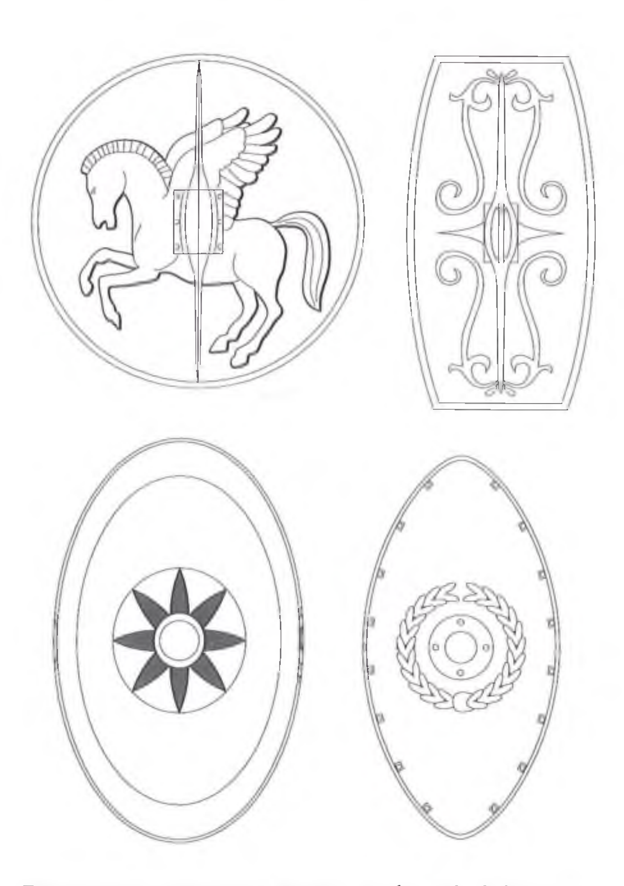
Pese a esta terrible derrota, los romanos lograrían ganar la guerra y terminarían por conquistar todas las tierras de las orillas del Mediterráneo, y al norte hasta Gran Bretaña y los ríos Rin y Danubio. En el siglo II a.C., los romanos siguieron recurriendo a



JEFE GALO de los tiempos de las campañas de Julio César en las Galias. Lleva casco de hierro y cota de malla, y está armado con una lanza de 2,4 m de longitud y una larga espada celta. A la espalda porta un escudo. La mayor parte de la caballería gala carecía de armadura o escudo.

jinetes entre su ciudadanía, aunque los armaron con escudos y lanzas griegas más resistentes, si bien en el siglo I dejaron de disponer su propia caballería e infantería ligera, para basarse en su lugar en unidades de *auxilia* tomadas de los pueblos súbditos y aliados, en particular galos e hispanos. Después de que Augusto creara el estado imperial desde las ruinas de la república, las unidades auxiliares se convirtieron en formaciones militares profesionales cuyos miembros servían durante 25 años, recibiendo a cambio la ciudadanía romana al retirarse.

La caballería auxiliar tomó diversas formas. En su mayoría se organizaba en *alae* («alas») de dos tipos, el *ala quingenaria* con 16 *turmae* de 30 hombres cada una, para sumar un total de 480, y el *ala milliaria*, con 24 *turmae* para un total de 720. Las formaciones mayores eran la caballería de elite del ejército regular, con sólo una unidad por provincia.



ESCUDOS DE LA CABALLERÍA ROMANA, en el sentido de las agujas del reloj, desde arriba hacia la izquierda: un diseño redondo tejido de en torno al 200 a.C.; un modelo de estilo celta del siglo I a.C.; un diseño ovalado típico del siglo I d.C.; un modelo del año 300 d.C., con forma más redondeada a modo de disco.

Las *alae* estaban comandadas por un *praefectus alae*, con cada *turma* a las órdenes de un *decurio*. Al igual que en otras unidades romanas, se usaban estandartes y señales de cuerno para controlar las operaciones de las *alae*, dejando que los miembros de cada tropa siguieran a su jefe en todas las maniobras que se les pedían en batalla. El estandarte de la unidad era una pequeña bandera cuadrada llamada *vexillum*, y el *ala* llevaba también una imagen del emperador, con *signae* propios de cada *turma*. Durante el siglo II d.C., los antiguos estandartes empezaron a ser sustituidos por el *draco*, un artilugio sármata consistente en una cabeza de dragón de bronce con un largo tubo de tela púrpura acoplado por detrás. Con el estandarte en movimiento, el tubo ondeaba y se contoneaba, silbando como una serpiente. El artilugio impresionaba y a veces espantaba a los caballos del enemigo, no acostumbrados a su aspecto y su sonido.

Al igual que las *alae*, había una formación combinada de caballería/infantería denominada *cohors equitata*. Estaba formada por *quingenaria*, en cuyo caso tenía cuatro *turmae* de caballos y seis centurias de 80 hombres a pie; o por *milliaria*, con ocho *turmae* de caballos y diez centurias de infantería. No se esperaba que la caballería de una *cohors equitata* igualara el nivel de experiencia de un *ala*, pero aun así era competente. Su función consistía en aportar a la cohorte una fuerza de choque y patrulla móvil cuando se guarnecían los fuertes de las fronteras. En campaña, las *turmae* se desgajaban y se unían probablemente a otras en un sucedáneo de *ala*. Además, las legiones tenían cuerpos de caballería, las *equites legionis*, unidos a ellos, tal vez sólo de 120 hombres por legión hasta el siglo III d.C. Los emperadores y los gobernadores provinciales tenían guardias a caballo, los *equites singulares*. Por último, la práctica de alistar jinetes entre los bárbaros y los reinos vasallos se mantuvo, formados en unidades denominadas *numeri* y, más tarde, *cunei* («números» y «cuñas», respectivamente).

Tipos de caballería romana

Los romanos mantuvieron numerosos tipos de monturas, entre ellos caballos ligeros númidas y dálmatas; otra caballería ligera equipada con *caetra* de Iberia; lanceros que llevaban la lanza sármata a dos manos; y, en el este, arqueros a caballo y, finalmente, lance-

ros con armadura completa. Pero en los inicios del imperio, la norma era hombres armados con jabalina, lanza de doble punta y escudo. En este tipo de equipamiento siguieron los modelos galos y, por supuesto, a menudo el equipo en sí era galo. Durante los últimos cuatro siglos a.C., los galos realizaron numerosas innovaciones en el armamento y la forma de montar. Entre ellas se incluían la cota de malla de anillos de hierro y bronce (*lorica hamata* para los romanos); varios tipos de cascos con prominentes cubrenucas y carrilleras; una larga espada denominada *spatha*, de 64 a 90 cm de longitud; y robustos escudos, normalmente ovalados en el caso de la caballería romana, aunque también hexagonales, rectangulares y redondos. Tenían más de 1 m de longitud, eran planos, hechos de listones de madera cubierta de cuero y pintados con los diseños que distinguían a la unidad, con un borde de metal y un tachón metálico central, en el que se situaba el asa. Los galos introdujeron también la brida de filete; nuevos tipos de arneses para los caballos; la herradura (al parecer, un modo de fijar los cascos para el movimiento en la nieve, más que para un uso diario); y, lo más importante, la silla de cuernos. A diferencia de las mantas y otras prendas que aparecieron en el Asia central en el siglo IV a.C., este artilugio para montar era un tronco de madera modelado según las medidas de cada caballo y después forrado de cuero. Tenía forma de cuatro cuernos, uno en cada esquina, protegidos con placas de bronce. Los cuernos estaban orientados de manera que el jinete tuviera un buen asiento. Aunque cabalgar seguía exigiendo notables dotes atléticas, sobre todo para montar y desmontar, la silla facilitaba la labor, y también daba al jinete algún lugar donde sujetar su equipo. Una consecuencia de la adopción de la silla fue que los jinetes romanos empezaron a llevar pantalones de cuero, que se acoplaban mejor a la silla que la carne desnuda y sudorosa. Las botas de montar y las espuelas completaban su equipamiento.

Los romanos se esforzaron mucho por mantener la eficacia de la caballería. El entrenamiento del hombre y el caballo era tan largo como riguroso, y los soldados recibían instrucción en técnicas de infantería y de caballería, ya que a menudo tenían que luchar a pie. Las unidades en guarnición completaban marchas de 20 millas romanas tres veces al mes, durante las cuales ensayaban sus evoluciones tácticas, persecuciones, retiradas y contraataques, todo en la mayor variedad de terrenos posible para acostumbrar a los caballos y a sus jinetes a actuar en suelo llano y accidentado. Además, los equipos de jinetes se entrenaban para un torneo a caballo llamado *hippika gimnasia*, en el que exhibían un equipo deportivo muy adornado, ejecutaban maniobras complejas y demostraban que sabían lanzar jabalinas con precisión, acometer con lanzas, montar al galope si bajaban del caballo, luchar en solitario o en grupo de lanceros, usar arcos, ondas y otras armas y atacar desde cualquier dirección usando los escudos para detener los proyectiles. Mientras el ejército romano mantuviera este régimen de entrenamiento, tendría la seguridad de contar con una caballería útil e impresionante.

A la vez que los jinetes de occidente se convertían en jinetes al servicio del Imperio Romano, en la estepa euroasiática y el Cercano Oriente se produjo otra línea de desarrollo. Como hemos visto, los sármatas protegían a los caballos y los jinetes con armadura de cuero o cascos de caballos. Pronto los pueblos iranios hicieron lo mismo, utilizando hierro y bronce. Los griegos llamaban a estos jinetes catafractos (*kataphraktoi*, «coraceros»), y los romanos posteriores los bautizaron como *clinabarii* («hombres horno»), una observación sobre la experiencia de llevar esta armadura en el calor diurno en el desierto. De hecho, el abatimiento por el calor era un problema serio de hombres y monturas en estas condiciones. El arma de estos catafractos era una lanza de 3,5 m denominada *kontos* por los griegos. El *kontos* se sujetaba a menudo con las dos manos, al estilo sármata, pero se sabe que los persas sasánidas posteriores amarraban las lanzas a las sillas de forma que los caballos pudieran absorber el choque del impacto. Con fuertes armaduras, los catafractos podían atacar a los arqueros a caballo aun cuando no hubieran gastado sus flechas, y cargaban al trote contra las primeras filas de una infantería en formación.

Los datos sobre el equipamiento de los catafractos nos llegan desde muchas fuentes, sobre todo escritos en las paredes y restos de armaduras de la ciudad romana de Dura Europos, en Siria. Los hombres llevaban cascos metálicos con cadenas o escamas para proteger el cuello, y máscaras metálicas para la cara, con rasgos humanos. Además de su uso como defensa, la visión de estas máscaras metálicas inmóviles, por no



Jinete romano, c 100 a.C.

Este jinete auxiliar romano era tan capaz de luchar a pie como desde la silla. Aparece armado con una lanza como su arma principal, pero desmontado luchaba con su spatha *(una espada larga). La lanza se usaba principalmente por encima de la cabeza durante la batalla. El escudo oval le permitía combatir desmontado sin desventaja con respecto a la infantería convencional. Estaba hecho de madera con forro de cuero y tachón metálico. El casco es de hierro pero las carrilleras y la protección de la frente se hacían de bronce. Lleva una cota de malla, pero las piernas y los pies están desguarnecidos, con las mismas sandalias que llevaban los legionarios. Alrededor del cuello lleva un pañuelo, para evitar el roce del casco. Se sienta sobre una silla construida con un armazón de madera, forrada de cuero. Bajo la silla lleva una manta que evita el roce de la misma contra la piel del caballo.*

decir del aspecto de los caballos con armadura, espantaba a los caballos inexpertos. Los torsos de los jinetes estaban protegidos con armaduras de escamas o cotas de malla, láminas o una combinación de todo lo anterior, mientras brazos y piernas se guarnecían con armadura segmentada de la clase desarrollada por los persas aqueménidas. Las armaduras de escamas de bronce y hierro para caballos encontradas en Dura Europos fueron diseñadas para proteger la parte superior y los costados de los animales. Se prefería la armadura de bronce, ya que el sudor del caballo hacía que las escamas de hierro se oxidaran. En los arreos había un orificio en el lomo para sujetar la silla y una pieza triangular para cubrir la cola del caballo. El uso de petos, testeras y cubrenucas no se ha atestiguado en Dura, pero es fácil de imaginar su empleo en armaduras de escamas, como atestiguan las testeras con orejeras obtenidas de excavaciones en yacimientos romanos. Se necesitaban además piezas independientes para el cuello y la cabeza, de modo que se facilitara el movimiento del animal. En los relieves se encuentran también arreos pesados con refuerzos de láminas.

Obviamente, los caballos debían ser grandes y fuertes para llevar esta carga, y en Dura Europos se han encontrado piezas que forzosamente habían de ser transportadas por caballos robustos de 152 cm de alzada. Sármatas y persas aqueménidas criaban caballos de estas características, y a finales del I milenio a.C. hubo otros disponibles en el Cercano Oriente, entre los armenios, los capadocios, los persas y los partos. Los últimos tenían caballos con cabeza pequeña y elegante, sin el morro ganchudo de los de Nisea, notables por su valor y su velocidad. Los partos entrenaban a sus caballos en un paso corto, con trote intenso basado en ejercicios frecuentes en un campo de entrenamiento con surcos; después de suficientes traspiés, los caballos aprendían a dar pasos muy cortos para mantener los cascos dentro de los surcos. De ello resultó una conducción sorprendentemente uniforme, que servía de gran ayuda al jinete, sobre todo si iba provisto de una pesada armadura.

La batalla de Carras

Estos partos eran originalmente los parni, una tribu de dahae seminómadas que vivían al norte de Hircania y aportaron arqueros a caballo a los persas aqueménidas. A mediados del siglo I a.C. tomaron el control de Persia y Mesopotamia, estableciéndose como una aristocracia militar terrateniente. Su rey, del linaje de los arsácidas, era el superior feudal de sus nobles, entre ellos las siete grandes familias Pahlavi que dominaban regiones enteras. Los partos desarrollaron un ejército totalmente de caballería, donde los nobles eran catafractos y sus criados, arqueros a caballo. Poseedores de extensos pastizales, los partos adoptaron la práctica normal en las estepas de criar manadas de caballos de relevo, dando a sus ejércitos una excelente movilidad estratégica.

Los partos habían entablado contacto con los romanos durante la última conquista de Anatolia y Armenia durante la primera mitad del siglo I a.C. Las relaciones fueron cordiales al principio, pero pronto se agriaron debido a la despótica conducta de los romanos. No pasó mucho tiempo antes de que éstos se vieran tentados a intervenir en los asuntos de los partos, y en el año 54 a.C. Marco Licinio Craso tomó el mando de la provincia de Siria con el objetivo de invadir Partia. Craso no tenía ningún *casus belli*; simplemente necesitaba victorias militares para cimentar la posición política de su familia en Roma. Le acompañó en la campaña su hijo Publio, que había servido con Julio César en las Galias, conquistando Aquitania. Publio llevó 1.000 caballos galos a Siria, donde se convirtió en uno de los principales oficiales de su padre.

En el otoño del año 54 a.C., Craso estaba listo para conducir a sus siete legiones romanas en campaña. Cruzó el Éufrates en Zeugma y conquistó la Mesopotamia de los partos hasta el río Balissos (moderno Balikh), tomando Carras (la actual Harran), Zenodotio, Niceforio, Icnas y, probablemente, Batnas. Los partos se hallaban entonces inmersos en una guerra civil, y el sátrapa local Sillaces no supuso oposición alguna. Craso dejó 7.000 soldados de infantería y 1.000 de caballería para guarnecer las ciudades y volvió a Siria para pasar el invierno. Los partos hostigaron las ciudades durante el invierno, pero no reconquistaron ninguna. En la campaña del año siguiente, Craso pretendía dirigirse a Mesopotamia. Artavasdes, rey de Armenia, instó a Craso a que invadiera Partia a través de su territorio, donde gozaría del abrigo del relieve ondulado del país contra la caballería de los partos y contaría con la ayuda de 10.000 catafractos armenios. Como había dejado guarniciones en el noroeste de Mesopotamia, Craso pensó que



ANTIGUO CASCO DE CABALLERÍA, desprovisto de las carrilleras.

EQUIPO DE CABALLERÍA ROMANA. A la izquierda, escudo oval con su tachón. El escudo llevaba probablemente un diseño pintado en el anverso.

ESPADAS, PUNTAS DE LANZA, espuelas y ganchos de armadura de varios yacimientos arqueológicos de Europa y Siria.

PARTE DE UNA COTA DE MALLA, con detalle de las uniones individuales.

CASCO ROMANO DE CABALLERÍA con carrilleras flexibles.

CARRILLERA DECORADA, completada con la forma de una oreja.

ARMADURA DE BRONCE, láminas sujetas con correajes de cuero.

CARRILLERA SENCILLA que se usaba para proteger la cara de su portador.

tendría que volver para ayudarles. No obstante, esperó a que Artavasdes y su caballería se unieran a ellos.

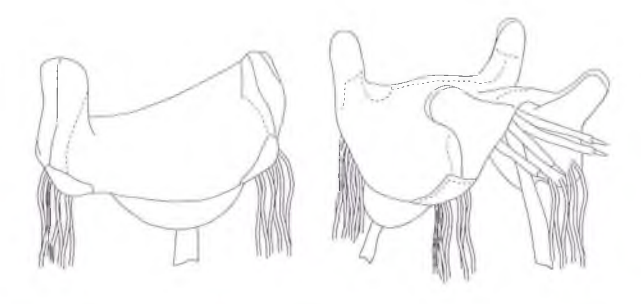
Cayo Casio Longino, otro de los comandantes de Craso (y uno de los futuros asesinos de Julio César), le aconsejó que prosiguiera hacia el Éufrates, asegurándose así de que el río le sirviera de vía de suministro y de guarda de los flancos. Pero Craso prefirió cruzar el Éufrates en Zeugma. Siguió una ruta de caravanas que le había mostrado Abgar, el rey de Edessa, vasallo romano, y salió en persecución de lo que pensaba que era un ejército parto en retirada. Junto a sus hombres, atravesó la corriente del Balissos, no demasiado intensa, pero crecida en mayo. Su ejército resistió una marcha forzada durante todo el día y después hubo de prepararse para un encuentro con el ejército en algún lugar al sur de Carras.

DESPUÉS DE LA BATALLA DE BEDRIACUM en octubre del año 69 d.C., la caballería de Vespasiano persigue al ejército en fuga de Vitelo. Estos jinetes aparecen armados con lanza y escudo, y una gran espada envainada.

Las tropas de los partos se nutrían del personal que seguía al jefe de uno de los siete grandes clanes Pahlavi, los Surenas, que tenían su feudo en Seistán. Aunque desconocemos su nombre, los griegos y los romanos le llamaban Surena; sabemos que no había cumplido los 30 años, pero era ya el segundo hombre más poderoso del reino y un notable guerrero. Le acompañaba una multitud de 10.000 personas, incluidos los sirvientes, las concubinas y los guías de 1.000 camellos, pero también, y esto era lo principal, 1.000 lanceros catafractos y un gran número de arqueros a caballo, tal vez unos 6.000. También estaba el sátrapa local, Sillaces, junto a los suyos. La mayor parte del ejército parto había seguido al rey, Orodes, a Armenia; Craso no tendría la ayuda de Artavasdes.

Cuando llegó a oídos de Craso que tenía delante al enemigo, primero siguió el consejo de Casio y formó al ejército en una larga línea fina con la caballería apostada en ambos flancos, para impedir que los partos pudieran llegar a ellos con facilidad.





DOS VISTAS DE UNA SILLA ROMANA, reconstruidas por el historiador Peter Connolly. La silla era, en esencia, un armazón de madera cubierto de cuero y almohadillado de manera que se adaptara a las dimensiones del caballo.

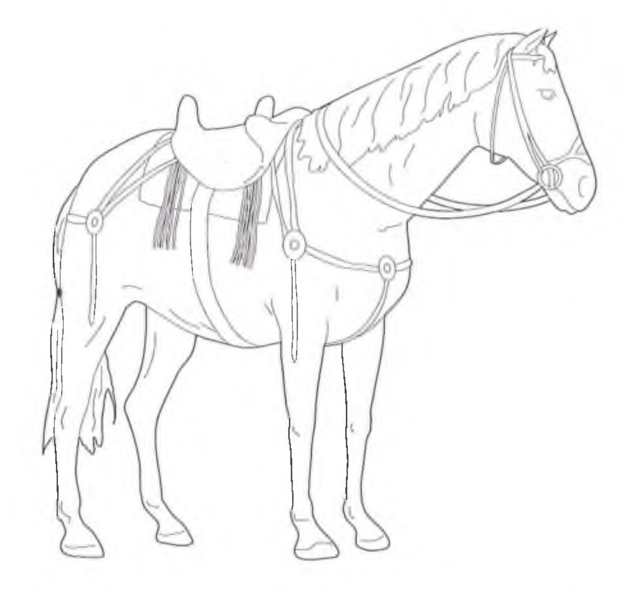
Pero luego cambió de idea, formó al ejército en cuadrado y avanzó. Como describe el biógrafo griego Plutarco, el cuadrado tenía 12 cohortes de 500 legionarios a cada lado, donde cada cohorte contaba con un escuadrón de caballería anexo para ayudarla en los contraataques. Como Craso tenía 7 legiones, 4.000 jinetes y 4.000 tropas ligeras, debía haber 70 cohortes, si bien 14 de ellas se quedaron en las guarniciones mesopotámicas el año anterior, mientras que otras 8 se dejaron probablemente dentro del cuadrado como reserva, junto con las tropas ligeras y los 1.000 caballos galos de Publio. El resto de los 3.000 efectivos de caballería se dividió en escuadrones de apoyo para las cohortes, cada uno con unos 60 hombres.

Aunque Craso no había dirigido a ningún ejército desde el año 70 a.C., cuando asumió un papel principal en la derrota de Espartaco tenía razones para sentirse confiado. Los romanos se habían enfrentado a catafractos y arqueros a caballo en numerosas ocasiones en los últimos 150 años, y habían salido vencedores. El hecho de que en aquellas victorias hubieran participado grandes ejércitos de infantería en terrenos especiales no le pareció importante. Además, los partos parecían débiles y poco numerosos, ya que Surena había desplegado a sus hombres en columna, de modo que sólo se mostraba la parte delantera de la fuerza, y ordenó a sus catafractos cubrir sus armaduras con pieles y otras vestimentas.

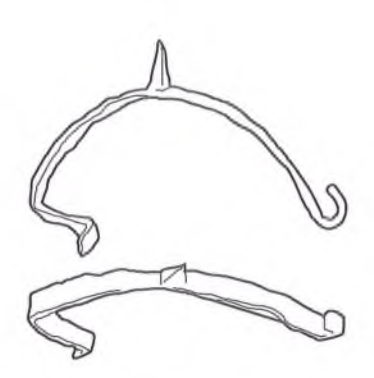
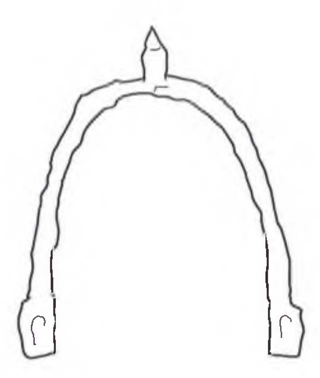
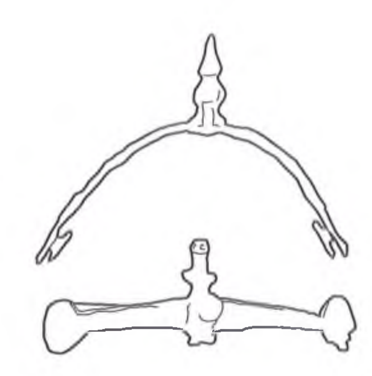
Sin embargo, cuando estuvieron cerca de los romanos, Surena dio la señal. Sus músicos hicieron retumbar grandes tambores, y los catafractos se despojaron de sus ropas simuladas para dejar al descubierto el reluciente bronce y acero de sus armaduras. Entonces, los partos cargaron contra los romanos, pero al ver que el elemento sorpresa no sacudió apreciablemente la compostura de los enemigos, rompieron filas y parecieron dispersarse. Antes de que Craso se diera cuenta de lo que estaba sucediendo, dieron la vuelta y rodearon el cuadrado de los legionarios. Ordenó entonces a su tropa ligera que iniciara la carga, pero fue rechazada hacia el cuadrado por una lluvia de flechas. Plutarco escribió:

«Los partos, tomando posiciones a distancia unos de otros, empezaron a disparar flechas desde todas partes al mismo tiempo, no con demasiada puntería (dado lo compacto de las filas romanas, ni siquiera a propósito habrían fallado el tiro) pero con impactos del arco tan intensos y violentos y con los arcos tan curvos que lanzaban sus proyectiles con gran fuerza».

No en vano, los arcos compuestos tenían listones rígidos, con puntas rectas de hueso, que hacían las veces de palanca para aumentar la fuerza del arco por encima de la del modelo escita. Plutarco dice que las flechas rompían las armaduras y desgarraban la carne atravesando cualquier superficie. Si se mantenían en filas compactas, los romanos recibirían heridas en gran número, mientras que si cargaban e intentaban acercarse al enemigo, los partos se alejarían y girarían para disparar en su conocida «flecha del parto».



SISTEMA ROMANO de enjaezar un caballo, no muy diferente del empleado hoy en día. Aunque esta silla tiene una forma inusual, está provista de una cincha para estabilizarla y de una brida y un bocado de metal.

ESPUELAS ROMANAS, conocidas por el modo peculiar de unirlas al calzado del jinete. De izquierda a derecha, espuela en gancho de hierro, espuela en lazo de hierro, y espuela a modo de roblón. Las espuelas podían ser también de bronce, y se han encontrado algunas con profusos adornos.

Dado que el enemigo podía lanzar lluvias de flechas y después huir, o luchar cuerpo a cuerpo, los romanos se enfrascaron en fútiles contraataques a pequeña escala. Pero cuando vieron el gran número de camellos de Surena cargados de flechas, de los que podían proveerse los partos para renovar las suyas, les quedó claro que la prueba a la que se enfrentaban no tendría fin. Craso envió entonces mensajes a su hijo, al mando del ala derecha, y le ordenó que forzara el combate, ya que en ese lado el enemigo era especialmente numeroso y se corría el riesgo de que los rodeara en círculo. Publio obedeció y tomó sus 1.000 caballos galos, 300 unidades más de caballería, 500 arqueros y 8 cohortes (cuyo lugar fue ocupado probablemente por las cohortes de reserva) y los condujo a la carga. Tal estrategia le funcionó a Alejandro en Gaugamela, cuando los persas habían combatido como un gran ejército en formación. En este caso, los partos marchaban sin un orden claro, y se retiraron. Al ver que cedían terreno, Publio los persiguió. Pero después de «huir» durante una cierta distancia, los presuntos fugitivos dieron la vuelta y recibieron el apoyo de tropas adicionales. Los romanos detuvieron la marcha, para encontrarse frente a catafractos y arqueros a caballo que llegaban de todas partes en formación libre, disparando flechas de modo incesante y levantando tal polvareda que los romanos apenas podían verlos. Víctimas de la vieja táctica de los nómadas de la estepa de fingir una retirada, muchos de los legionarios murieron y casi todos los demás quedaron anulados.

Entonces, Publio condujo a su caballería en una impetuosa carga contra los catafractos. Fue una lucha desigual, pues los hombres de Publio «golpeaban con lanzas pequeñas y débiles contra los petos de cuero y acero, pero los cuerpos descubiertos y de equipamiento ligero de los galos recibían el impacto de los *kontoi*», según dice Plutarco. No obstante, los galos hicieron maravillas:

«...porque se situaban junto a los *kontoi* y agarraban a los hombres y los tiraban de sus cabalgaduras, aunque era difícil moverlos debido al gran peso de su armadura. Muchos perdieron los caballos y, arrastrándose bajo los del enemigo, fueron pisoteados; presa del pánico, retrocedieron y murieron bajo los cascos de propios y enemigos. Pero los galos fueron los que más sufrieron, por el calor y la sed, a lo que no estaban habituados, y pereció la mayor parte de sus caballos frente a los *kontoi* del enemigo».

Los supervivientes se vieron forzados a retroceder junto a los legionarios, llevando con ellos a Publio malherido. Se retiraron todos hacia un altozano, donde fueron víctima de los arqueros a caballo, y después de una carga de los catafractos. Sólo sobrevivieron 500 hombres, hechos prisioneros. Publio se suicidó, al igual que los demás notables romanos.

Entre tanto, Craso había empezado a avanzar, en auxilio de su hijo, pero sólo llegó a ver la cabeza de Publio ensartada en una lanza de los partos. Aunque opusieron una valerosa resistencia, los hombres de Craso perdieron la esperanza. Los partos volvieron a la carga, esta vez sumando al embate de los catafractos una lluvia de flechas de sus arqueros a caballo. Algunos de los hombres osaron atacar a los catafractos, pero apenas les infligieron daño y fueron muertos rápidamente, ya que los *kontoi* impactaban

Carras

53 a.C.

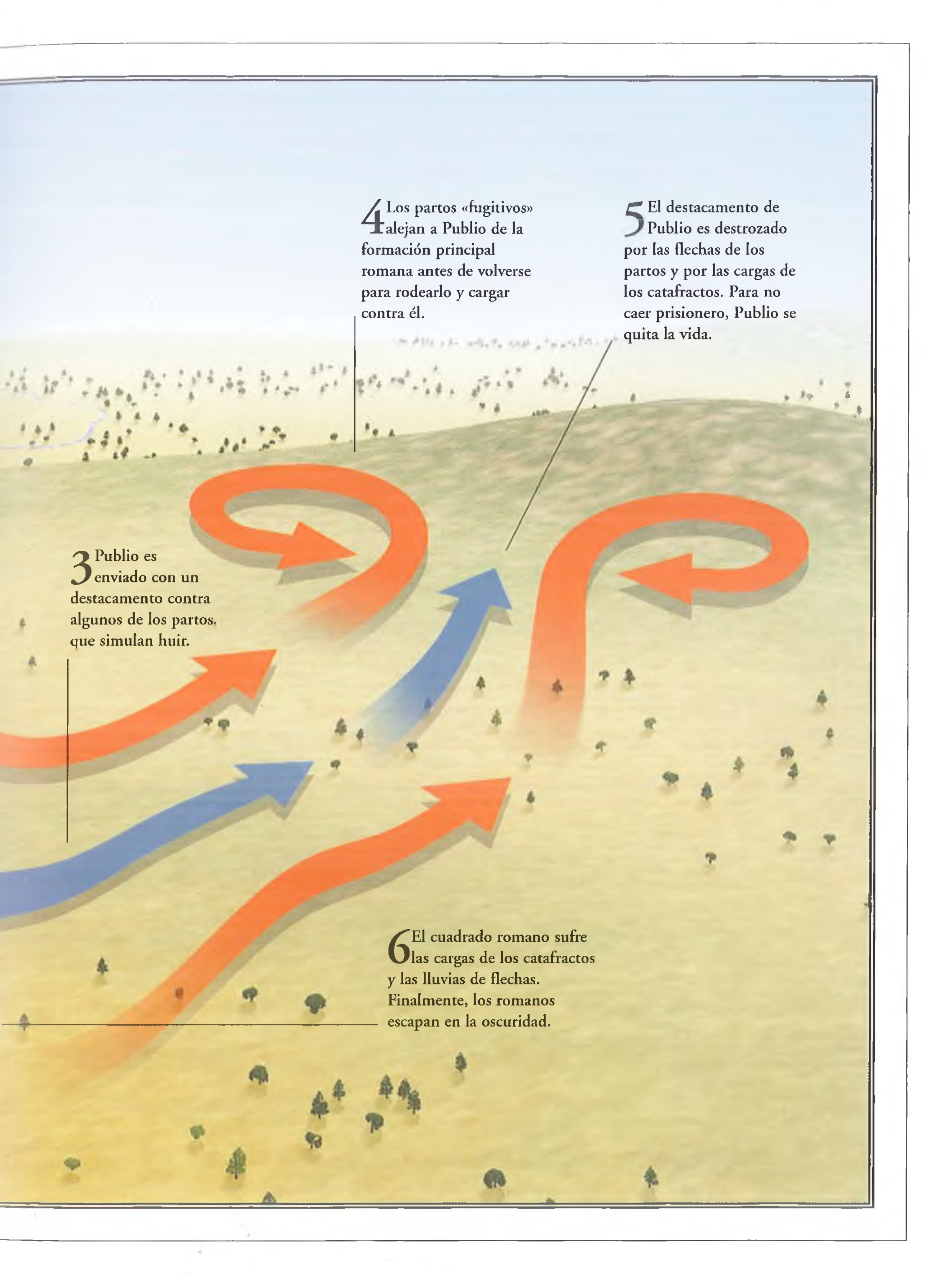
Los partos iniciaron la carga, pero en su lugar rodearon el cuadrado romano. Craso ordenó a sus tropas ligeras que atacaran, pero los partos se retiraron, lanzando flechas mientras huían. Craso ordenó a su hijo Publio que atacara con un destacamento. Los partos se retiraron, dispersándose. Publio los persiguió, pero después de «huir» durante una cierta distancia, los «fugitivos» se reunieron con más tropas. Los romanos se detuvieron al encontrarse frente a un cuerpo de catafractos y arqueros a caballo que llegaban de todas partes. Entonces, Publio cargó contra los catafractos. Era una lucha desigual. Los supervivientes se retiraron a un altozano, recibiendo los disparos de los arqueros a caballo y, después, las cargas de los catafractos. Publio se suicidó. Al ver su cabeza clavada en una pica, los hombres de Craso perdieron la esperanza. Los partos volvieron a la carga, esta vez sumando las cargas de sus catafractos a las flechas de sus arqueros a caballo. El combate se prolongó hasta la caída de la tarde, cuando los romanos al fin pudieron retirarse, al estar los partos mal equipados para la lucha nocturna.



Carras fue el resultado de la primera campaña romana contra los partos, que dio nombre a la «flecha del parto», lanzada mientras el arquero huía en el caballo.

1 **Los partos cargan contra el cuadrado romano en columna para disimular su número, pero, en vez de acometer de frente, rodean al enemigo.**

2 **Los romanos lanzan contraataques locales, pero los partos se deshacen de ellos con facilidad, acosando a los romanos con una lluvia de flechas.**


4 Los partos «fugitivos» alejan a Publio de la formación principal romana antes de volverse para rodearlo y cargar contra él.
5 El destacamento de Publio es destrozado por las flechas de los partos y por las cargas de los catafractos. Para no caer prisionero, Publio se quita la vida.
3 Publio es enviado con un destacamento contra algunos de los partos, que simulan huir.
6 El cuadrado romano sufre las cargas de los catafractos y las lluvias de flechas. Finalmente, los romanos escapan en la oscuridad.

con tal fuerza, refiere Plutarco, que a menudo traspasaban a la vez dos cuerpos. Así siguió la lucha hasta la caída del sol.

Retirada y matanza

El resto de la historia puede resumirse rápidamente. Los romanos se retiraron durante la noche, un momento poco propicio para la táctica de los partos, dejando tras de sí unos 400 heridos que fueron masacrados por el enemigo. La mayoría de los supervivientes se encaminaron hacia Carras, si bien cuatro cohortes se perdieron y fueron aniquiladas. Surena bloqueó la ciudad, y los romanos intentaron resistir, de nuevo de noche. Muchos escaparon, más de 10.000 en total, pero Craso fue interceptado y muerto; su cabeza fue llevada a Armenia por Sillaces como un presente para el rey, quien acababa de firmar un acuerdo con Artavasdes. Los dos monarcas, cuando asistían a una representación de la *Bacchae* de Eurípides durante un banquete, vieron la cabeza de Craso usada como puntal en la escena. Otros 20.000 romanos vivieron el fin de sus días en el desierto, mientras 10.000 más fueron capturados y esclavizados. Por suerte para los romanos, los ejércitos de caballería partos eran muy deficientes en la guerra de asedio, y tenían dificultades para actuar en bosques y en terreno montañoso, por lo cual sus invasiones de Siria fueron fácilmente rechazadas y la guerra se detuvo. Con el paso de las décadas, los romanos aprendieron a enfrentarse a los partos. La caballería romana, guarnecida con escudos, podía acosar a los catafractos con jabalinas y aprovechar su mayor rapidez y agilidad para evadir la carga a la contra, y poner en fuga a los arqueros a caballo si no tenían suficientes catafractos para su defensa. A corto alcance, los arqueros a caballo suponían una desventaja, pues carecían de los escudos de la caballería occidental para protegerse de los proyectiles. Una carga breve y controlada podía situarlos fuera del alcance que necesitaban, pero como demostró el infausto destino de Publio, no había que perseguir al enemigo demasiado lejos. Además, como las bestias que cabalgan durante todo el día han de descansar y pastar por la noche, los campamentos partos eran vulnerables a los ataques nocturnos romanos, haciendo que los bloqueos férreos de las ciudades romanas entrañaran peligro para los partos y les obligara a acampar lejos de las fuerzas enemigas. También fue útil aumentar el número de infantería armada con proyectiles en el ejército, en particular honderos, cuyas pesadas piedras podían infligir daños incluso a los catafractos. Craso tenía un número insuficiente de tropas ligeras, y muchas eran de lanzadores de jabalinas, a juzgar por la carga que ordenó. El cuadrado legionario se mantuvo en uso, con abrojos lanzados para lisiar a los caballos de los catafractos. Finalmente, los romanos prepararon sus propias *alae* de arqueros a caballo, que se unieron a los catafractos en el siglo III d.C. En el año 226 d.C., el estado parto fue derribado por la dinastía persa de Ardashir, que fundó el imperio persa sasánida. Mucho mejor organizados que los partos, los sasánidas cultivaron el mismo tipo de caballería, pero añadieron importantes ejércitos de infantería capaces de la guerra de asedio. En los cuatro siglos siguientes, presionaron a los romanos por el este, a veces de forma muy intensa. En el oeste, los romanos resistieron los embates de los sármatas, los dacios, los pictos y, sobre todo, las tribus germánicas. La caballería de estos últimos, abastecida como de costumbre por sus hombres más acaudalados, iba montada durante los primeros siglos en una raza local de caballo, que era pequeña, poco agraciada y no demasiado rápida, pero que hacía ejercicios constantes y estaba bien entrenada; supuestamente eran preparados para quedarse en pie y esperar, incluso en el fragor de la batalla, mientras sus jinetes desmontaban, luchaban y volvían junto a ellos. Era una caballería con escuderos y lanzadores de jabalina al estilo habitual de occidente, que practicaba movimientos ofensivos bastante sencillos con giros a la derecha para mostrar siempre el escudo al enemigo. Sin embargo, algunas tribus ejercitaban también el vadeo de los ríos, haciendo nadar a sus

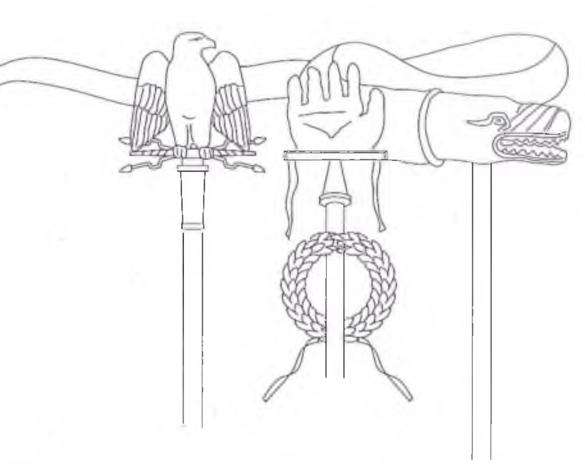
> *«Los partos... empezaron a disparar sus flechas desde todas partes... realizando... violentos impactos con sus arcos que eran fuertes, grandes y tan curvos que podían enviar los proyectiles con gran fuerza.*
>
> PLUTARCO






CASCOS DE CABALLERÍA ROMANA, de izquierda a derecha: un tipo «ático» de c 40 d.C., de hierro con adornos de bronce; un casco de oficial de c 75 d.C., de nuevo con ornamentos de bronce; después, un casco de hierro o bronce de c 250 d.C., con máscara de bisagras unida por una correa de cuero; y el último es un casco de hierro de c 350 d.C., hecho con dos mitades unidas en el centro.

caballos sin perder la formación. Una infantería ligera selecta, con jabalinas y escudos, acompañaba a la caballería, sumando su poder ofensivo a los proyectiles de los jinetes y pasando a través de las monturas del enemigo. En el período posterior, a partir del siglo III d.C., la caballería germana pasó a tener armas más pesadas, con casos y armadura corporal parcial, y la ayuda de la infantería ligera se hizo menos común. En la mayoría de las tribus, la caballería no fue nunca numerosa, pero la fuerte caballería de los ostrogodos, con el auxilio de los arqueros de a pie, les permitió formar un reino en la región al norte del Ponto. Más tarde, los vándalos, después de conquistar el norte de África, se convirtieron esencialmente en una aristocracia de guerreros a caballo armada con espada y jabalina. Durante los dos primeros siglos de la era cristiana, los romanos contuvieron los ataques de los bárbaros en las fronteras y, ocasionalmente, emprendieron también importantes ofensivas. Sin embargo, en el siglo III una larga serie de guerras civiles, invasiones bárbaras y secesiones crearon una situación de crisis que dio lugar al colapso del imperio. Una respuesta fue aumentar drásticamente el número de efectivos de caballería, desde unos 80.000 a principios del siglo II hasta 200.000 en los primeros años del IV, y formar muchos de ellos como reserva de caballería móvil que pudiera desplazarse con rapidez contra amenazas en muchos frentes. Después de numerosos cambios y movilizaciones, había muchas formaciones nuevas, con algunas de las viejas *alae* aún supervivientes, sobre todo en los campamentos fronterizos. Sin embargo, la caballería de los nuevos ejércitos estaba compuesta principalmente por unidades llamadas *vexillationes*, por el estandarte del *vexillum*. Sobre el papel tenían una fuerza de 500 hombres, pero la norma era de 200 a 400. En su mayoría consistían en caballería armada con escudos, como antes, aunque en el este los catafractos dieron en formar un cuarto de caballería de campo, con arqueros a caballo hasta en un 15%. Algunos de los catafractos iban armados con arco y lanza, una característica regular de la caballería sasánida. A finales del siglo V d.C., este tipo de combatiente se había convertido en habitual en el este. Por aquella época, naturalmente, ya no quedaba ningún imperio romano en occidente. Uno de los motivos fue la presencia de los hunos. Hacia el año 370 d.C., este pueblo obtuvo un repentino dominio en la región al norte del Ponto, destruyendo el reino de los ostrogodos e incitando a los supervivientes a buscar una desesperada seguridad en la frontera romana. Sin embargo, los



ESTANDARTES ROMANOS, que incluyen un draco en la derecha. Se trataba de una manga de viento que producía un ruido quejumbroso cuando se viajaba a alta velocidad, por ejemplo, al cargar en batalla. Su objetivo era inducir miedo.

romanos no trataron bien a sus huéspedes. La consecuencia fue un conflicto que, el 9 de agosto del año 378, llevó a los godos a destruir un ejército romano en Adrianópolis, donde una carga de la caballería convirtió una derrota en un desastre. La batalla fue el principio del Imperio Romano en occidente, ya que nunca más fue posible deshacerse de los godos, y en 406 otras tribus cruzaron el Rin y empezaron a ocupar el territorio romano en respuesta al movimiento hacia el oeste de los hunos. Durante 80 años, los hunos cambiaron de tornas varias veces, ayudando en ocasiones a los romanos contra los otros bárbaros o impulsando incursiones tremendamente destructivas en territorio romano.

¿Quiénes eran los hunos? Los autores romanos los describen como la quintaesencia de la estepa, hombres feos que pasaban la vida a lomos de sus feos caballos. Eran arqueros a caballo de equipo ligero, con potentes arcos compuestos que lanzaban flechas con punta de hueso, lo que sugiere que provendrían de la profundidad de la estepa, donde era difícil comerciar con metal. Tiras de hueso reforzaban las puntas y los mangos del arco, cuya mitad baja era menor que la alta, un diseño adaptado al uso cabalgando. La puntería de los hunos con el arma nunca dejaba de asombrar a los romanos. En batalla, se desplegaban en masas en forma de cuña, maniobraban como iniciando una carga, después se dividían en bandas dispersas y atacaban, acometiendo en aparente desorden, pero moviéndose tan deprisa que sus oponentes no tenían tiempo de responder. Cuando gastaban sus flechas, galopaban de frente blandiendo la espada con ferocidad y el lazo, un arma propia de los nómadas de Asia central que se había usado en batalla durante un milenio. Los caballos de los hunos eran animales grandes de hocico ganchudo, cuerpo largo, cara estrecha, lomo doblado, largas crines, músculos escuálidos, ancas magras y anchos cascos, pero al mismo tiempo tenían buen temperamento, soportaban las heridas, eran



TROPAS ROMANAS A CABALLO atacando la retaguardia de un ejército dacio durante las campañas de Trajano en la región. Es notable la profusión de adornos del casco y las guarniciones del comandante.



EL REY DE LOS DACIOS, DECÉBALO, se quita la vida para no ser capturado por sus perseguidores romanos en el año 107 d.C. La caballería ligera estaba muy bien adaptada para misiones como perseguir al enemigo derrotado.

fáciles de domar y aptos para el trabajo y capaces de resistir el frío y el hambre. Al ser animales de estepa sabían encontrar el alimento allí donde los animales criados en establo se morirían de inanición.

La patria de los hunos

Pese a la reputación de los hunos, se ha propuesto la teoría de que en tiempos ocuparon el Alföld, la gran llanura húngara, donde se establecieron y formaron un ejército básicamente de infantería. Se calcula que el Alföld daría sustento sólo a unos 320.000 caballos, suponiendo que no hubiera rebaños de vacas, ovejas, cerdos o cabras también en la llanura, lo que resulta altamente improbable. Para ello habría dejado de existir una característica tan común de los pueblos de la estepa, como era que cada nómada poseyera numerosos caballos. La presencia de las aldeas de los hunos, y de una capital, confirmado por las fuentes, apunta en el sentido de que ese pueblo había abandonado su nomadismo por la vida sedentaria. Importaron caballos romanos, animales alimentados con pienso en establos y poco aptos para pastar durante todo el año. En sus campañas, se especializaron en la guerra de asedio, llevaban escudos de más de 1 m de alto y fueron derrotados varias veces por confusas coaliciones de tribus y los restos de las fuerzas romanas. Con toda seguridad, sostienen los defensores de esta teoría, los hechos demuestran que los hunos se refugiaron en su terreno.

Aunque plausibles, estos argumentos tienen bastantes puntos débiles. Si bien los cronistas han considerado a los hunos como una horda innumerable, no hay motivo para creer que, en realidad, fueron muy numerosos; aun unos pocos miles de guerreros habrían sido suficientes para constituir una fuerza peligrosa, dadas las condiciones de la época. Muchos pueblos de las estepas tenían pueblos y ciudades, aunque fueran predominantemente nómadas. Las máquinas de asedio de los hunos no eran complicadas, y recibían la ayuda, podemos estar seguros de ello, de desertores romanos para construirlas. Muchas ciudades del período estaban básicamente despobladas, con lo que tomarlas no era una tarea necesariamente difícil para un atacante experto y bien organizado. En cuanto a los escudos, hemos visto que la caballería romana se manejaba con unos del mismo tamaño que sugieren las fuentes para los hunos, y que los arqueros escitas a caballo llevaban colgados escudos en la espalda, por lo que el uso de estas protecciones por parte de los hunos no debería sorprender. Fueron arqueros desde la batalla del Nedao, en el año 453 d.C., cuando cayó el reino huno. Y los avaros, que los relevaron en el Alföld, siguieron siendo arqueros a caballo durante siglos después de su asentamiento, así que ¿por qué no habrían de serlo también los hunos?

En cuanto a las confusas coaliciones de tribus y romanos que derrotaron a los hunos, debe pensarse en la batalla de los Campos Cataláunicos, en el año 451 d.C. Esta célebre acción tuvo lugar en el noroeste de Francia a finales de junio o primeros de julio, después de que Atila, el rey de los hunos, hubiera invadido Europa con un gran ejército y saqueado numerosas ciudades. No conocemos con certeza la evolución de los hechos, ni siquiera el número de efectivos, el despliegue de los diversos contingentes o la localización exacta de la batalla (en las cercanías de Châlons-en-Champagne, Troyes o Méry-sur-Seine, siendo el último de estos lugares marginalmente el más probable). Sin embargo, sabemos que Atila primero reunió a sus súbditos aliados, principalmente tribus germanas, y luego avanzó desde Hungría por el Danubio y el Rin, para destruir Metz el 7 de abril, tras una marcha de unos 1.100 km. Tal movimiento habría sido notablemente rápido para un ejército de infantería. Merece la pena subrayar también que las tribus asentadas en la planicie húngara lanzaban sus campañas normalmente a finales del invierno o principios de la primavera, cuando el forraje para sus caballos menguaba en Hungría y los invasores podían apoderarse del que habían acumulado en invierno los pueblos a los que atacaban, también, para usar sus pastos. El momento elegido para esta campaña y la velocidad de la marcha apuntan, así, hacia un ejército de caballería. Aunque los súbditos germanos de Atila nunca habían sido nómadas de las estepas, sus nobles combatían a caballo; tal vez fuera este pueblo, con sus servidores, el que acompañó a los hunos en la campaña. Relatos posteriores hablan de la destrucción de Reims y Tongres (Tongeren), junto con al menos una docena de ciudades de los actuales territorios de Bélgica, Alemania y el norte de Francia, así como el desvío por París, el perdón de Troyes y el sitio de Orleáns, de donde Atila se retiró el 14 de junio, cuando llegó un ejército al rescate de la ciudad. Suponiendo que, como es probable, Atila dividiera su ejército en varios destacamentos para realizar estos ataques, sigue siendo una acción extraordinariamente rápida, en apenas dos meses. De nuevo, los indicios apuntan al uso de la caballería.

La retirada de los hunos fue obra de un ejército compuesto por la tribu visigoda, que vivía entonces en Aquitania bajo el reinado de Teodorido, y una coalición de aliados romanos encabezada por Flavio Aecio, el último gran general del ejército romano de occidente, que había traído un pequeño ejército desde Italia. Entre estos aliados se contaban los germanos, sobre todo francos salios (que se habían establecido a lo largo de la costa), burgundios de Saboya y sajones de Normandía, así como los celtas bagaudos de Britania y los colonos militares romanos de la región. Aunque visigodos y romanos tenían buena caballería, formaban principalmente ejércitos de infantería, de manera que puede parecer sorprendente que lograran dar cuenta de los hunos. Pero lo cierto es que las tropas de caballería eran muy lentas una vez que habían saqueado posesiones enemigas, debido al séquito de prisioneros, rebaños y otros bienes que frenaban la marcha. En la Antigüedad se aplicaba la máxima de que el mejor momento para atacar a una fuerza de caballería era cuando regresaba a casa, cargada con el botín.

«Muchos [galos] desmontaron de sus caballos y, arrastrándose bajo los del enemigo, los apuñalaron en el vientre; los animales se encabritaron en su dolor y murieron pisoteando a los jinetes enemigos.»

PLUTARCO

Aliados romanos

Además, entre los aliados romanos había alanos de los asentamientos cercanos a Orleans y otras partes de Francia. Descendientes de nómadas sármatas de la estepa que hablaban un dialecto iranio, se sabe que conservaban buenas dotes ecuestres y que luchaban como caballería con fuertes armaduras. Eran buenos aliados, y sin duda contaban con excelente equipamiento. En la batalla, combatían en el centro del ejército aliado, enfrentados a los hunos, una misión para la que estaban perfectamente preparados. Nuestra fuente principal de la batalla, un historiador godo llamado Jordanes, dice que la lealtad de los alanos no era firme, y que las tropas aliadas romanas se alineaban detrás de ellos. Como los alanos y los godos eran

Catafracto

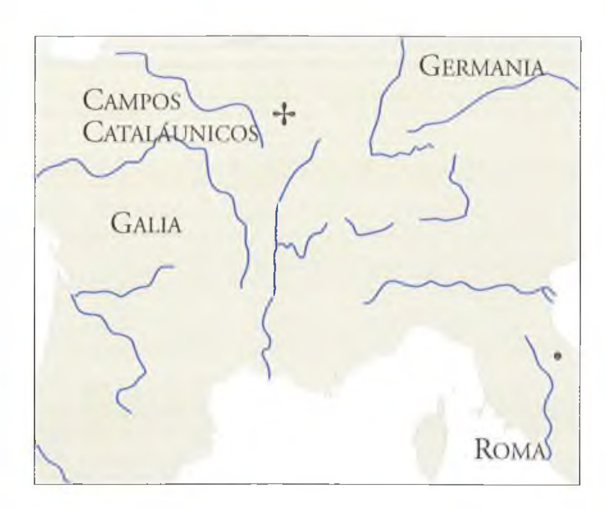
Esta caballería romana era conocida entre los romanos como clinabarii *(literalmente, «hombres horno»), por las temperaturas que debían soportar estos jinetes cuando llevaban la armadura en Asia Menor. Fueron cada vez más importantes en los campos de batalla de la Antigüedad a partir del siglo* II *d.C. Los caballos estaban preparados para conseguir la fuerza suficiente para llevar el peso de la armadura del animal y la del jinete. En su mayoría, esta armadura estaba formada por escamas, con cota de malla cubriendo las articulaciones flexibles. Se usaba cuero para forrar el interior y los bordes de la armadura. Era corriente que el jinete se cubriera la cara con una máscara o un velo de cota de malla, dejando sólo los ojos al descubierto. El arma principal era una lanza de longitud considerable, pero también llevaban una espada de manejo a dos manos. Dada la protección de la armadura, el guerrero no necesitaba escudo.*



Campos Cataláunicos

451 d.C.

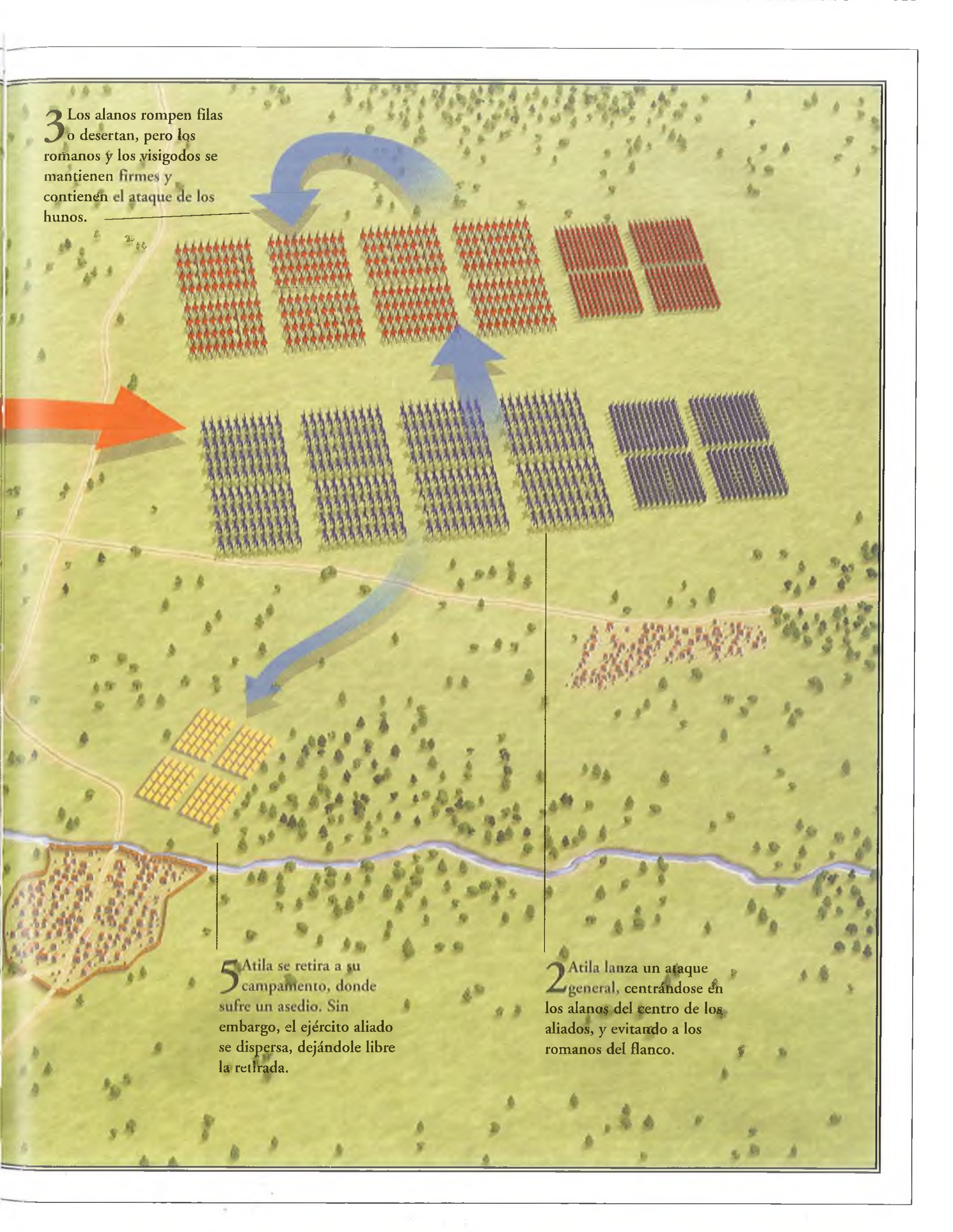
Atila, inseguro sobre el resultado de la batalla, retrasó su inicio hasta la tarde, cuando se produjo un combate para ganar la cumbre de la colina. En esta lucha vencieron el general romano Aecio y el príncipe visigodo Torismundo. Los visigodos, desde el flanco derecho, tomaron la colina. Se vieron así enfrentados a sus parientes los ostrogodos, súbditos de Atila. Los romanos y sus aliados ocupaban el flanco izquierdo, frente a los gépidos de Atila. De la batalla general que siguió sabemos pocos detalles, salvo que fue una dura pugna, muy sangrienta, y que se prolongó hasta la noche. Los visigodos lucharon con fiereza, pese a perder a su rey, y se les ha atribuido la victoria cuando, separados de los alanos, cayeron sobre los hunos y estuvieron cerca de dar muerte al propio Atila. Evidentemente, derrotaron a los ostrogodos, les hicieron retroceder y atacaron a los hunos. Atila huyó hacia su campamento, al que los aliados decidieron poner sitio, pero los visigodos y los francos salios optaron por marcharse, dejando escapar a Atila.



La posición de los Campos Cataláunicos nunca se ha determinado concluyentemente, aunque las fuentes coinciden en afirmar que la batalla tuvo lugar en junio o julio en el nordeste de Francia.

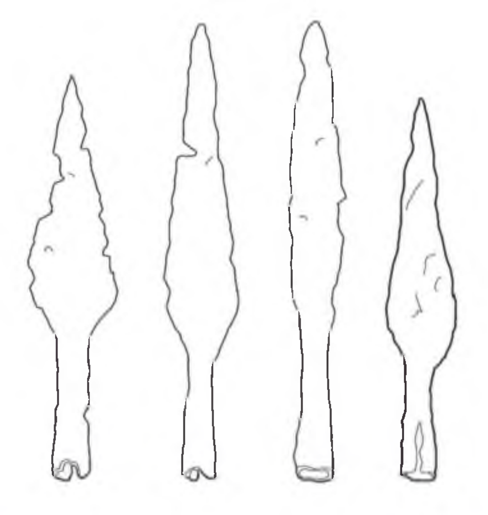
1 Torismundo, príncipe visigodo, consigue el control de una colina que dominaba uno de los flancos de los dos ejércitos.

4 Torismundo llega entonces en ayuda de Aecio, amenazando a los hunos con una doble envolvente y poniéndolos en fuga.


3 Los alanos rompen filas o desertan, pero los romanos y los visigodos se mantienen firmes y contienen el ataque de los hunos.
5 Atila se retira a su campamento, donde sufre un asedio. Sin embargo, el ejército aliado se dispersa, dejándole libre la retirada.
2 Atila lanza un ataque general, centrándose en los alanos del centro de los aliados, y evitando a los romanos del flanco.

viejos enemigos, y los alanos contuvieron a los hunos durante toda la batalla, es probable que la acusación del cronista sea falsa, y que las tropas aliadas fueran infantería que maniobraba en apoyo de los alanos.

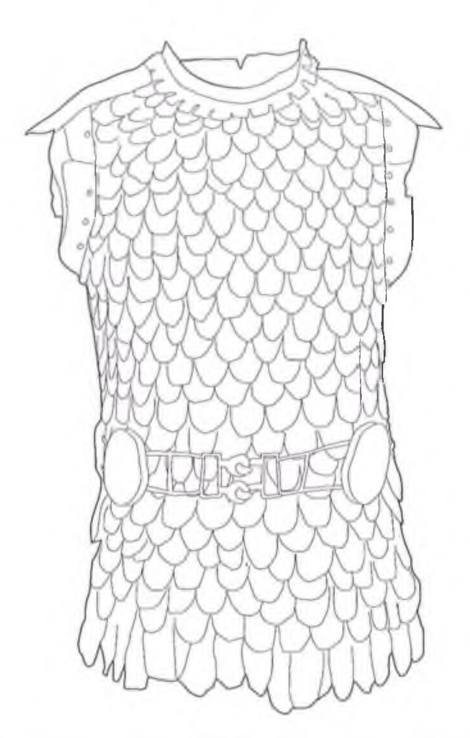
En el campo de batalla, a uno de los lados, se alzaba una colina, de manera que los hunos ocupaban el «lado derecho» de la misma y los aliados «el lado izquierdo». Atila, inseguro sobre el resultado de la batalla, retrasó su inicio hasta la hora nona del día, hacia las 15:00 horas, cuando estalló una lucha por tomar la cumbre de la colina, en la que vencieron Aecio y el príncipe visigodo Torismundo. La presencia de este último sugiere que fueron los visigodos, que ocupaban el flanco derecho del ejército, los que tomaron la colina. Hubieron de enfrentarse para ello a sus parientes los ostrogodos, súbditos de Atila, en esa parte del campo. Como sabemos que la caballería germana podía luchar a pie tanto como a caballo, no debe sorprender que una fuerza goda pugnara por el control de la colina. Los romanos y sus aliados ocupaban el flanco izquierdo, enfrentándose a los gépidos, también vasallos de Atila. De la batalla general que siguió se saben pocos detalles, salvo que fue encarnizada, muy sangrienta y se prolongó hasta la noche. El rey visigodo Teodorido resultó muerto, ya fuera al caer del caballo y ser pisoteado por sus propios hombres o atravesado por una lanza ostrogoda. Pese a ello, los visigodos lucharon con fiereza, y Jordanes les atribuye la victoria cuando, separándose de los alanos, cayeron sobre los hunos y estuvieron a punto de dar muerte al propio Atila. Evidentemente, derrotaron a los ostrogodos, les hicieron retroceder y después dieron la vuelta y atacaron a los hunos. Atila huyó hacia su campamento, que estaba fortificado por una barrera de carros (una táctica común entre los nómadas). El príncipe Torismundo llegó inconscientemente a este campamento en la oscuridad, pensando que había alcanzado sus propias líneas, y fue atacado, herido y arrastrado por su caballo. Los suyos le rescataron. También Aecio, separado de sus hombres, vagaba en la oscuridad hasta que encontró el campamento visigodo y pasó la noche con sus aliados.



PUNTAS DE LANZA ROMANAS encontradas en Alemania. Están provistas de encajes para fijarlas firmemente al asta de madera. La lanza podía usarse en una carga o lanzarse a modo de jabalina.

Al día siguiente, los aliados se apercibieron de que Atila seguía refugiado en su campamento. Decidieron no atacarle directamente, sino iniciar un asedio de su posición, ya que los hunos carecían de suministro de provisiones y se les impedía que se acercaran al campamento romano mediante lluvias de flechas de los arqueros. Se ha dicho que Atila estaba tan desesperado que ordenó preparar una pira funeraria con grasa de caballo con la intención, si atacaban sus enemigos, de arrojarse a ella para no ser capturado. Por suerte para el rey de los hunos, los visigodos optaron por marcharse; y los francos salios les siguieron, y sus historiadores posteriores culpan a Aecio de haberlos engañado. En cualquier caso, lo cierto es que el hecho de que los aliados hubieran planeado sitiar a Atila en su campamento, sabedores de que la única salida era hacia el lado romano, indica que los hunos estaban en un callejón sin salida, probablemente de espaldas a un río. Ello explicaría por qué Atila no emprendió simplemente la huida después de la derrota. Si fue así, para el generalato de Aecio habría resultado enormemente positivo que, coordinando los movimientos de las fuerzas aliadas, hubiera atrapado a Atila.

Por tanto, no hay razón para creer que los hunos hubieran abandonado por completo su modo ancestral de vida en apenas unas décadas. Sin embargo, incluso si esta teoría fuera errónea, lo cierto es que la limitada cantidad disponible de pasto en Europa central y occidental, en comparación con las estepas de Eurasia, fue un elemento disuasorio de la migración de los nómadas esteparios. El clima húmedo de la Europa del oeste tuvo también bastante que ver, al favorecer el desarrollo de los bosques,



LORICA SQUAMATA *ROMANA (loriga de escamas) que llevaban los catafractos. Según los hallazgos arqueológicos, la mayoría de las escamas eran de bronce con unas dimensiones de 20-29 mm por 10-15 mm, pero existen ejemplos de hierro de mayor tamaño.*

que entorpecían los movimientos de la caballería y hacían más difícil el uso del arco compuesto de los nómadas, un arma cuya vulnerabilidad a las condiciones húmedas ha sido también destacada. De este modo, el oeste de Europa evitó las invasiones de los nómadas de las estepas que hizo estragos a lo largo de la historia en otras partes del continente euroasiático. El huno Atila fue la excepción que confirmó la regla.

Elefantes

Los caballos no fueron los únicos animales usados en el combate en la Antigüedad. Las dos especies de elefantes, africano e indio, tuvieron su utilidad en batalla, al igual que las dos especies de camellos. Los elefantes son grandes herbívoros con un peso medio de 5,1 t y una trompa larga y manejable; orejas finas y anchas; piel gris arrugada de 2,5 cm de espesor; cuatro patas del grosor de columnas, y una cola fina. Hay dos subespecies de elefante africano, de sabana y de bosque; la primera es la mayor, con más de 250 cm de altura y orejas triangulares muy grandes. Los elefantes de bosque son menores, de menos de 250 cm, y tienen orejas más redondeadas. Ambas subespecies poseen dos «dedos» en el extremo de la trompa y lomos cóncavos. El elefante indio tiene orejas más pequeñas, lomo convexo, un «dedo» en vez de dos y alcanza una dimensión superior a la de su congénere del bosque, pero menor que la de la otra especie africana. Los colmillos son menores que los de las especies de África; en las hembras de elefantes indios son todavía más pequeños, cuando no inexistentes. Los elefantes son animales gregarios, de gran masa encefálica y notable inteligencia y coordinación. No pueden trotar, galopar ni saltar, pero andan con gran rapidez, hasta a 16 km/h, se mueven bien en terrenos accidentados, bajan pendientes acortando por los terraplenes y las márgenes empinadas y nadan para cruzar los ríos utilizando las trompas como tubos de respiración. Se usaron en todos los grandes ejércitos, como demuestra la célebre expedición de Aníbal, que cruzó los Alpes en el año 218 a.C. con 37 elefantes. Los animales soportaron bastante bien las condiciones de frío, nieve, privaciones y pinas pendientes. Su único problema surgió para cruzar el Rin, cuando el movimiento, para ellos extraño, de los rápidos bajo sus patas los espantó. Varios animales saltaron al río, llevándose consigo a sus cornacas (guías). Los hombres se ahogaron, pero los elefantes caminaron por el fondo y respiraron con la trompa, para llegar a la otra orilla sanos y salvos.

Los elefantes indios y africanos de bosque pueden ser domesticados, enseñados y útiles en la guerra; no sucede así con el gran elefante de sabana. Ante el gasto que supone mantener a una manada, muchos de cuyos miembros son jóvenes no aptos para el trabajo, los elefantes no se crían en cautividad. Lo que se hace es capturar a los animales salvajes, para después domarlos y enseñarles sus tareas. En los tiempos antiguos, la doma exigía una semana dura y cruel de trabajos, seguida de varios meses de entrenamiento para que el animal aprendiera a llevar encima al guía y a obedecer sus órdenes. Aún se necesitaban otros dos o tres años para completar el entrenamiento. Debe observarse que han de ser siempre los mismos guías, o cornacas, los que se encarguen de vigilar y enseñar a sus animales; un elefante es una criatura salvaje que debe convencerse de que el guía y las órdenes de adiestramiento forman parte de su vida para realizar ciertas tareas.

El uso del elefante en la batalla se limitaba básicamente a la India hasta el siglo IV a.C., cuando Alejandro Magno invadió este territorio y luchó contra el rey Poros en el Hidaspes (328 a.C.). Los elefantes de Poros se convirtieron en la parte de su ejército que más dificultades presentó para los macedonios. Profundamente impresionados, los generales que formaron los reinos de los diádocos desgajados del imperio de Alejandro (varios de ellos, veteranos de la batalla) buscaron con ansia formar un cuerpo de elefantes para su propio ejército. En un principio, utilizaron sólo elefantes indios. Sin embargo, la dinastía tolemaica de Egipto, imposibilitada de abastecerse de las fuentes indias por la interposición del reino rival de los seléucidas, que controlaban la mayor parte del Cercano Oriente, envió expediciones al Cuerno de África para obtener elefantes africanos de bosque para enseñarles las mismas funciones, y Cartago, a su vez, recurrió a estos elefantes capturados al noroeste de África. El cuerpo de elefantes estaba encabezado por un oficial llamado *elephantarchos*, un importante oficial de la corte en los reinos macedonios helenísticos.

Cada elefante tenía nombre propio (por ejemplo, Áyax, Patroclo, Nicón y el célebre Surus, montura de Aníbal). El cornaca se sentaba en el cuello del animal y le controlaba con la voz, la presión de los dedos de los pies en las orejas y el *ankush* (*harpe, custis*), una vara con un gancho que sobresalía del asta ligeramente hacia abajo desde la punta. A los cornacas suele representárseles con casco pero sin armadura, un hecho extraño, ya que eran un objetivo evidente para las flechas y jabalinas del enemigo. Los artistas tal vez los retrataron de este modo porque así se mostraban en los desfiles, aunque no fuera éste su aspecto en la batalla. Estaban equipados con armas personales de autodefensa, pero sus verdaderas armas eran los elefantes. A menudo, los cornacas eran conocidos como *indoi* (indios), aun cuando en su mayoría no procedieran del subcontinente. Naturalmente, los indios enseñaron a los occidentales las técnicas necesarias para el adiestramiento de los animales, y muchos cornacas se trasladaron con ellos al oeste.

Los elefantes a menudo estaban adornados con elaborados arreos y cencerros, el mejor modo de impresionar a los enemigos con su esplendor. A veces se empleaban testeras e incluso armaduras para el cuerpo de los animales, y los colmillos se completaban con puntas de hierro u hojas de espada. En las primeras batallas, los cornacas luchaban solos, o con un guerrero sentado en el lomo del elefante, pero desde principios del siglo III a.C., los reinos macedonios empezaron a equipar a sus elefantes con *thorakia*, torretas de madera protegidas con escudos a los lados y sujetas en el lomo del animal por cadenas que pasaban alrededor del vientre, el frente o los costados del animal. Desde la *thorakia* combatían de dos a cuatro hombres armados con arcos, jabalinas o largas lanzas. Sin embargo, los cartagineses no adoptaron la práctica, tal vez porque sus elefantes africanos eran demasiado pequeños para soportar fácilmente estas estructuras.

En batalla, los elefantes se mantenían a veces en reserva o se disponían en la línea principal de batalla, pero la táctica habitual consistía en desplegarlos en la primera línea de batalla, donde podían romper las formaciones del enemigo, ya fuera pisoteándolas directamente o haciéndolas vulnerables a los ataques inmediatos. A menudo se empleaba una guardia de tropas ligeras desplegada con cada elefante para protegerlo de los proyectiles enemigos y aprovecharse de su labor. Los caballos no acostumbrados a los elefantes se espantaban al ver y oler a estas bestias, y los hombres sin experiencia en tales lides también se sentían aterrorizados. La victoria del rey seléucida Antíoco I contra los gálatas (unos celtas que habían invadido Anatolia poco antes) en el año 275 a.C. se atribuye a sus 16 elefantes. La presencia de las grandes bestias extendió el pánico entre la caballería y los carros enemigos que, al retirarse, arrastraron a su propia infantería. Contra adversarios humanos individuales, un elefante podía utilizar sus propios movimientos de lucha, levantando al atacante en el aire con la trompa, aplastándolo entre la frente y la trompa enrollada, corneándolo con los colmillos, derribándolo para pisotearlo o (en los elefantes indios) aplastándolo con las plantas de los pies. Por último, los elefantes servían asimismo para derribar fortificaciones, tirando de las almenas con la trompa y abriendo huecos en los muros.

Inconvenientes de los elefantes

Aun con toda su posible eficacia, los elefantes tenían también graves inconvenientes. La tensión de la cautividad y, en especial, el brutal entrenamiento necesario para acostumbrar a un animal esencialmente apacible a la visión y los ruidos de la batalla, despertando

su furia animal por el acto de matar, debió reducir el tiempo de vida de los animales, como sucede también hoy con los elefantes cautivos en circos y parques zoológicos. Ello, a su vez, significaba que los elefantes de guerra suponían un gasto muy elevado, de forma que una quinta parte de la manada podía perecer por causas naturales durante el transcurso de una década. Se necesitaba sustituirlos constantemente para mantener los rebaños, pero la India y el este o el noroeste de África estaban lejos de los centros de la civilización mediterránea. Probablemente se produjeron intentos de cría; el rey Pirro de Épiro llevó al menos una cría a la batalla de Benevento en el año 275 a.C. Pero criar elefantes en cautividad es difícil y costoso, incluso hoy en día; y probablemente lo fuera también en la Antigüedad. Basta pensar en la dificultad de mantener un rebaño de animales cuyos adultos comen al día 160 kg de forraje.

«El elefante... rodeó al soldado con la trompa y lo levantó en el aire. El soldado... hundió su espada una y otra vez en la trompa [forzando] al elefante a soltarlo.»

JULIO CÉSAR

El principal inconveniente de los elefantes en combate era, sin embargo, la tendencia a la estampida. Cuando resultaban heridos, se asustaban o enloquecían por los ataques o las añagazas de los enemigos, y sobre todo cuando el fuego contrario alcanzaba a sus cornacas, los elefantes intentaban huir del campo de batalla, pisoteando cuanto encontraban a su paso, aun si se trataba de soldados amigos. Más de una batalla se perdió en la Antigüedad cuando los elefantes propios retrocedieron atolondradamente a través de sus formaciones. Existen referencias a cornacas equipados con mazas y cinceles, o cuchillos especiales, que usaban para dar muerte a sus elefantes en el caso de que esto sucediera.

La batalla de Rafia

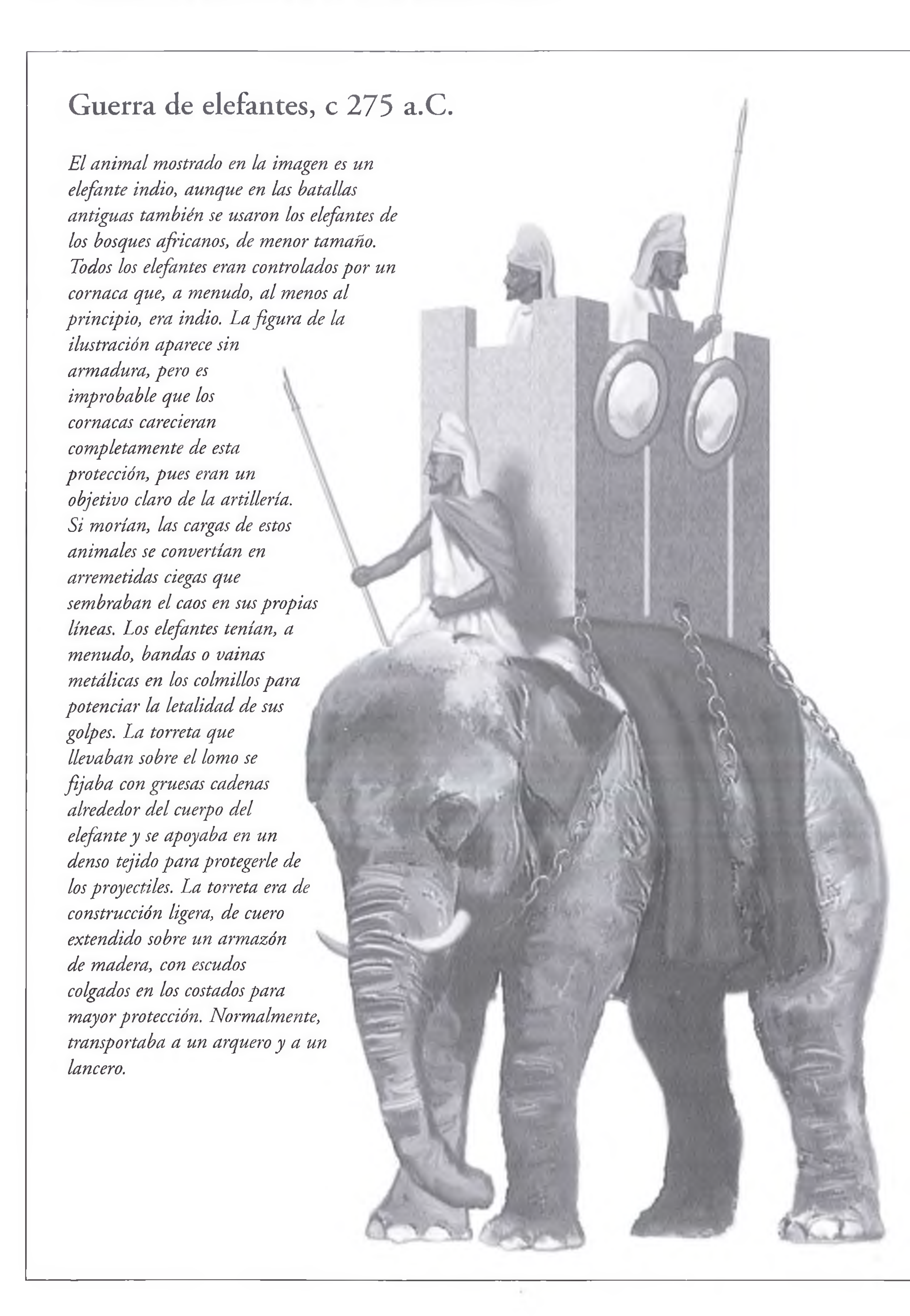
Un ejemplo excelente de cómo usar elefantes en la batalla, y del efecto que podían tener en el curso de la acción, procede de la batalla de Rafia en el año 217 a.C., librada entre el rey seléucida Antíoco III y Ptolomeo IV de Egipto por el control de la provincia de Celesiria (coincidente con los territorios actuales del Líbano, Palestina/Israel, Jordania y el sur de Siria). Se encontraron en el campo de batalla el 22 de junio cerca de la localidad de Rafia, en el borde oriental de la península del Sinaí, en una llanura desierta a unos 40 km al sudoeste de Gaza. Antíoco tenía 62.000 hombres de infantería, 6.000 de caballería y 102 elefantes indios; Ptolomeo, 70.000 de infantería, 5.000 de caballería y 73 elefantes africanos de bosque. Los centros de ambos ejércitos estaban formados por falanges de infantería pesada con la *sarissa* macedonia, y en ambos flancos iba la infantería ligera, con la caballería en las alas. Frente a la caballería y parte de la infantería de cada ala, los reyes desplegaron sus elefantes. No se menciona la presencia de guardia de tropas ligeras como acompañamiento; era una lucha de animal contra animal, de cornaca contra cornaca, como refiere Polibio:

«Unos cuantos elefantes de Ptolomeo se aventuraron a acercarse a los del enemigo, y entonces los hombres de las torretas del lomo de estas bestias iniciaron una valerosa lucha, golpeándose desde cerca con la *sarissa* e hiriendo al adversario, mientras los elefantes peleaban con toda la fuerza de su peso, frente contra frente. El modo en que combaten estos animales es el siguiente. Con los colmillos firmemente entrelazados, empujan con toda su fuerza, intentando derribar a su oponente, hasta que uno de los dos demuestra ser el más fuerte ante la trompa del otro; y entonces, girándose y alcanzando el flanco del contrario, le ensartan con los colmillos como cornearía un toro. Sin embargo, casi todos los elefantes de Ptolomeo rehusaron el combate, como sucede entre los elefantes libios [africanos]; incapaces de resistir el olor y el bramido de los elefantes indios, y aterrorizados, presumo, también por su gran tamaño y resistencia, se dieron la vuelta y emprendieron la fuga antes de llegar a ellos. Tal es lo que sucedió en esta ocasión. Al ver a los elefantes de Ptolomeo así arrojados a la confusión y expulsados contra sus propias líneas, la Guardia [infantería] de Ptolomeo cedió bajo la presión de los animales».

Con esta ayuda, el ala derecha de Antíoco venció a sus oponentes tolemaicos. Pero, pese al triunfo semejante de los elefantes de la izquierda de Antíoco, una hábil maniobra del general de Ptolomeo condujo a la derrota del flanco izquierdo de Antíoco.

Guerra de elefantes, c 275 a.C.

El animal mostrado en la imagen es un elefante indio, aunque en las batallas antiguas también se usaron los elefantes de los bosques africanos, de menor tamaño. Todos los elefantes eran controlados por un cornaca que, a menudo, al menos al principio, era indio. La figura de la ilustración aparece sin armadura, pero es improbable que los cornacas carecieran completamente de esta protección, pues eran un objetivo claro de la artillería. Si morían, las cargas de estos animales se convertían en arremetidas ciegas que sembraban el caos en sus propias líneas. Los elefantes tenían, a menudo, bandas o vainas metálicas en los colmillos para potenciar la letalidad de sus golpes. La torreta que llevaban sobre el lomo se fijaba con gruesas cadenas alrededor del cuerpo del elefante y se apoyaba en un denso tejido para protegerle de los proyectiles. La torreta era de construcción ligera, de cuero extendido sobre un armazón de madera, con escudos colgados en los costados para mayor protección. Normalmente, transportaba a un arquero y a un lancero.



Entonces, el propio Ptolomeo se unió a su falange en el centro y venció al centro de Antíoco. Derrotado, Antíoco se retiró, pero las fuentes difieren sobre quién capturó a esos elefantes. Antíoco pidió la paz y así terminó la contienda. La tregua se mantuvo hasta la muerte de Ptolomeo IV en el año 204; en el 220, Celesiria estaba en manos de Antíoco.

La defensa contra los elefantes exigía buenas dosis de valor y preparación. Los defensores de las fortificaciones preparaban trampas con pinchos y les lanzaban antorchas en grandes cantidades desde la parte alta de las murallas, espantándolos y poniéndolos en fuga. Los hombres que se enfrentaban a ellos a pie procuraban acercarse al animal por el costado, por detrás o por debajo del vientre, y después le arrojaban jabalinas o le tajaban las patas o la trompa con hachas y espadas. Los cornacas eran objetivos predilectos de los proyectiles. La infantería pesada intentaba a veces formar a lo largo y defenderse de los ataques, pero Escipión en Zama en el año 202 a.C. demostró que era mejor dejar huecos entre las unidades de infantería, de modo que los elefantes a la carga se abrieran paso por esta vía y luego pudieran ser destruidos por la acción de tropas ligeras. A veces se probaron métodos muy ingeniosos: en Asculum, en el año 279 a.C., los romanos que luchaban contra Pirro recurrieron a carros de bueyes provistos de vigas oscilantes con picas o cuchillas y artilugios que lanzaban pesados garfios envueltos con estopa, impregnados de brea y prendidos fuego. Estas impresionantes armas fallaron, al parecer porque Pirro supo alterar el despliegue de los elefantes para que eludieran los carros. Pero los romanos perseveraron y se supone que vencieron una batalla contra sus elefantes, probablemente en Benevento en el 275 a.C., enviando cerdos aullando contra ellos. Por extraño que resulte, no fue el único episodio de estas características en la Antigüedad. El pueblo de Megara, por ejemplo, supuestamente untó cerdos con grasa y los prendió fuego antes de soltar a los infelices animales para que espantaran a los elefantes macedonios. Mientras los elefantes salvajes son razonablemente tolerantes ante otros animales, los criados en cautividad pueden desarrollar un temor neurótico hacia los especímenes pequeños, de manera que un perro ladrando o incluso un pequeño ratón que corra por el suelo puede asustar a un elefante de circo. Lo mismo les sucedía a los elefantes de guerra.

Tenemos un buen ejemplo de los pasos que pueden darse para prepararse para un ataque con elefantes en las acciones de Julio César antes de la batalla de Tapso en el año 46 a.C. César estaba en la provincia romana de África, en esencia el moderno Túnez, para combatir contra fuerzas enemigas residuales de su guerra civil contra Pompeyo. El rey vasallo de la vecina Numidia, Yuba, se alió con los pompeyanos y, entre otras fuerzas, había conseguido 70 elefantes africanos. El autor de *Bellum Africanum* escribe: «Él [César] tenía otro motivo de inquietud: el pánico que el tamaño y el número de los elefantes inducía en las mentes de sus soldados. Era, sin embargo, un problema para el cual había encontrado una respuesta; porque había ordenado que le trajeran elefantes de Italia» [presumiblemente, animales de circo] «...para que nuestras tropas no sólo se familiarizaran con ellos, sino que también supieran cuál era su aspecto y las aptitudes de la bestia, qué partes de su cuerpo eran fácilmente vulnerables para un proyectil y, cuando un elefante estaba bien pertrechado y con armadura, qué partes quedaban al descubierto y desprotegidas, y así dirigir sus proyectiles contra ellas. También tenía un objetivo más en mente, y era que sus caballos aprendieran a través de la familiaridad con estos animales a no espantarse por su olor, sus bramidos o su aspecto. Obtuvo de esta experiencia un rendimiento considerable, ya que las tropas manejaron a estas bestias y llegaron a apreciar su indolencia; la caballería les lanzaban jabalinas de pega; y la docilidad de las bestias había llevado a los caballos a sentirse cómodos ante ellas».

En la situación real, fueron los elefantes de Yuba los que demostraron estar mal adiestrados. Ante el ataque de los honderos de César, se asustaron por el sonido sibilante de las hondas y de las piedras y balas de plomo lanzadas contra ellos, y se espantaron, girando de repente y pisoteando a las tropas de apoyo que iban tras ellos en su ímpetu por huir. Pero no todos escaparon:

«No debo, creo, omitir mencionar la gallardía de un soldado veterano de la Quinta Legión [del ejército de César]. En el ala izquierda un elefante, enloquecido por el dolor de una herida que había recibido, atacó a un hombre desarmado, tomándolo bajo las patas y después arrodillándose sobre él; y más tarde, con la trompa recta y oscilante, y

Rafia
217 a.C.

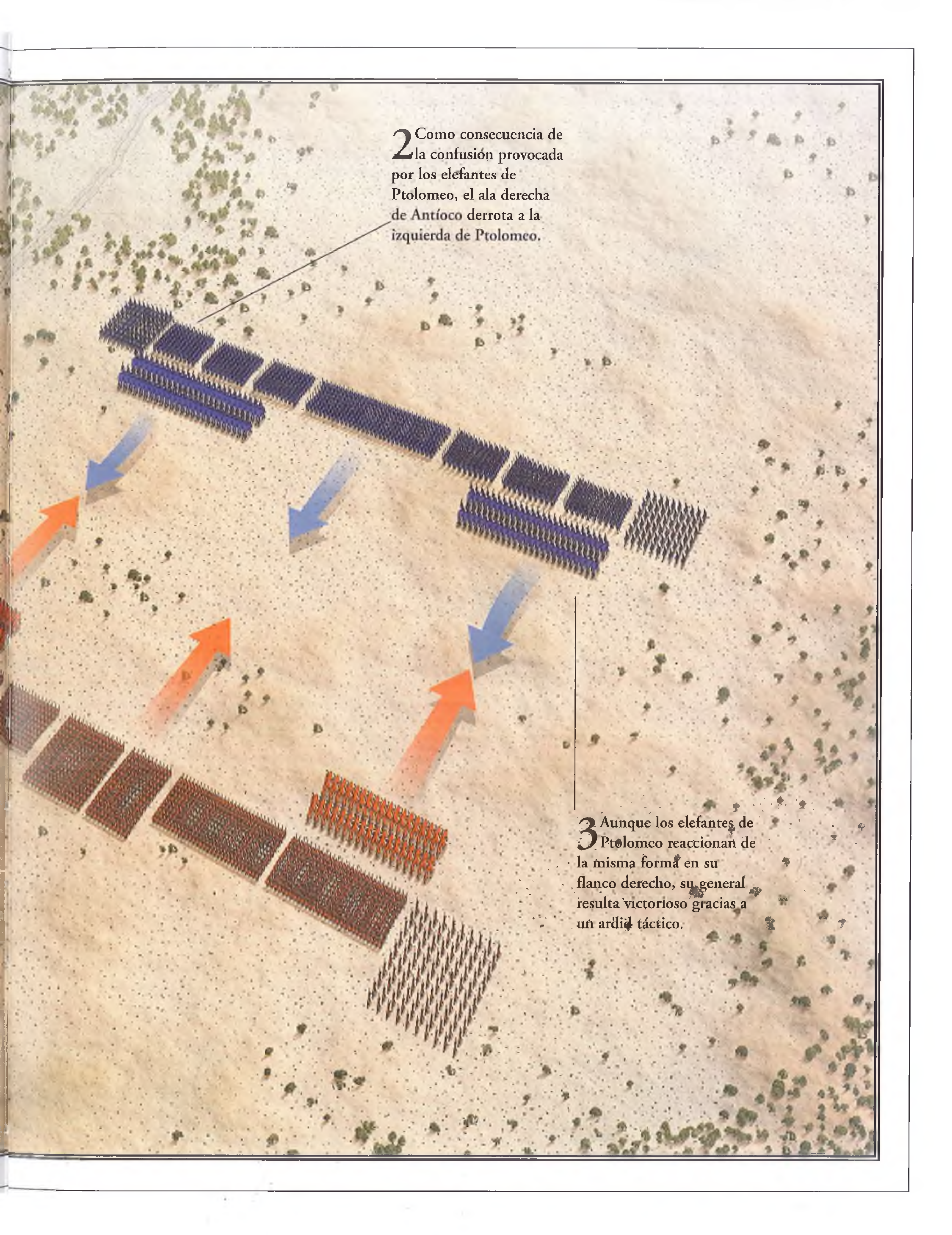
El rey seléucida Antíoco entró en batalla con el egipcio Ptolomeo IV cerca de Rafia. Antíoco tenía 102 elefantes indios. Ptolomeo, 73 elefantes africanos de bosque. Los centros de los dos ejércitos estaban formados por falanges de infantería pesada armadas con *sarissa* macedonias, con infantería ligera en ambos flancos y caballería en las alas. Los elefantes estaban delante de la caballería y de parte de la infantería de cada ala. Algunos de los elefantes de Ptolomeo se enzarzaron en un combate contra los del enemigo, pero en su mayor parte huyeron del enfrentamiento. Incapaces de resistir el olor y los bramidos de los elefantes indios, huyeron y terminaron detrás de sus propias líneas. La infantería de Ptolomeo cedió bajo la presión de los animales. En consecuencia, el ala derecha de Antíoco resultó victoriosa pero, pese al triunfo semejante de los elefantes en la izquierda de Antíoco, una hábil maniobra del general de Ptolomeo terminó con la derrota de Antíoco en el flanco izquierdo. Entonces, el propio Ptolomeo se unió a su falange en el centro y derrotó al centro de Antíoco, causándole numerosas bajas. Vencido, Antíoco buscó la paz.



La batalla de Rafia se libró por el control de la región de Celesiria. Aunque Antíoco perdió en esta ocasión, más adelante conquistó la zona tras la muerte de Ptolomeo en el año 204 a.C.

1 Los elefantes africanos de Ptolomeo se encuentran con los elefantes indios de Antíoco y, aterrados por el olor y el ruido de estos últimos, huyen en su mayoría.

4 Ptolomeo dirige al centro de su ejército contra las nutridas falanges de Antíoco. Ptolomeo vence y Antíoco se retira.


2 Como consecuencia de la confusión provocada por los elefantes de Ptolomeo, el ala derecha de Antíoco derrota a la izquierda de Ptolomeo.
3 Aunque los elefantes de Ptolomeo reaccionan de la misma forma en su flanco derecho, su general resulta victorioso gracias a un ardid táctico.

bramando con fuerza, iba a aplastarlo con todo su peso. Aquello superó lo que el soldado pudo resistir: no le cupo sino enfrentarse a la bestia, armado como estaba. Cuando ésta le vio llegar con el arma enhiesta para golpearla, rodeó al soldado con la trompa, y le levantó en el aire. El soldado, viendo que una situación tan peligrosa como ésa exigía una acción resuelta por su parte, hundió la espada una y otra vez en la trompa que le abrazaba con todas las fuerzas que pudo reunir. El dolor que le infligió obligó al elefante a soltar al soldado, tras lo cual se giró y, con estridentes bramidos, corrió a toda velocidad para reunirse con sus congéneres».

César capturó 64 elefantes, equipados, armados y con sus torretas y arneses. Más tarde participarían en su victoria en África y en combates en la arena; tal vez algunos fueran trasladados hasta el Cercano Oriente para la guerra contra los partos. Adecuadamente adiestrados, habrían podido demostrar su utilidad.

Después de aquello, los elefantes encontraron escaso uso en la guerra romana, y en su mayoría terminaron en espectáculos circenses, cuyas demandas contribuyeron enormemente a la caza de la especie de bosque en el noroeste de África. Sin embargo, el reino de Meroe, en el centro de Sudán, había empezado a amaestrarlos y a usarlos durante el período helenístico, legando finalmente la práctica a los etíopes. En el siglo III d.C., los persas sasánidas empezaron a importar animales indios para su uso contra los romanos en el Cercano Oriente. Después de pasar tres siglos sin luchar con elefantes, los romanos se vieron de nuevo enfrentados a estos animales. Resistieron con buen resultado, en su mayoría, pero no por ello la experiencia dejó de impresionarles. Un historiador tardorromano que había luchado contra elefantes persas, Amiano Marcelino, dijo que «la mente humana no puede concebir nada más terrible que su ruido y sus inmensos cuerpos».

Camellos en las guerras de la Antigüedad

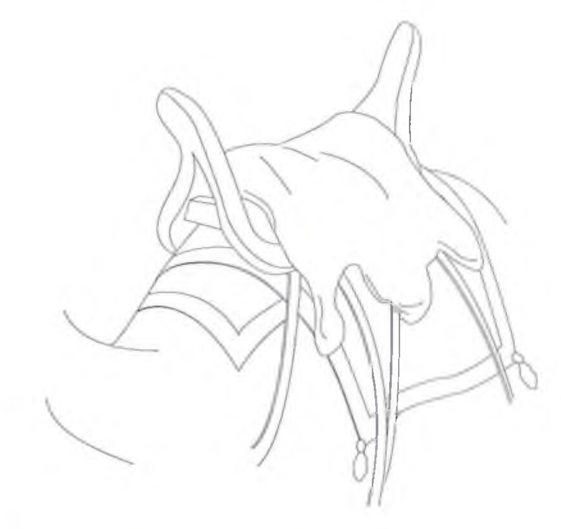
El camello bactriano, o de dos jorobas, fue utilizado principalmente como animal de transporte por los pueblos iranios y del Asia central, aunque los persas aqueménidas recurrieron también ocasionalmente a estos camellos como fuerza militar. El dromedario, o camello árabe, de una giba, se utilizó más a menudo como animal de guerra. Primero usado como alimento y después como bestia de carga, en torno al siglo XII a.C. fue llevado por las tribus midianita y amalaquita hacia el norte de la península Arábiga. Fue necesario otro milenio para que el dromedario se estableciera también en todo el norte de África. Ambas especies de camellos son mamíferos rumiantes, que almacenan grasa en las gibas de la parte superior del cuerpo. Los pies son anchos, planos y almohadillados, con dos dedos en cada uno, diseñados para no hundirse en la arena. El camello bactriano está adaptado al frío y a las zonas montañosas, con su pelo largo y oscuro, sus patas cortas y un cuerpo más macizo que el del dromedario, que está mejor adaptado a climas áridos y calientes y a terrenos predominantemente llanos. Un ejemplar adulto de caballo bactriano mide 200 cm hasta lo alto de sus gibas, y los dromedarios alcanzan 215 cm. Con un peso de 300-600 kg, los camellos pueden soportar cargas de 130-200 kg en desplazamientos de largos períodos, y las caravanas de dromedarios cubren 40 km al día. Las de camellos bactrianos tienen un alcance diario de 50 km. Sin embargo, razas especializadas de dromedarios pueden mantener una velocidad de 13-16 km/h durante más de 18 horas.

Como animal de combate, el camello tiene algunas ventajas notables. Evolucionado para vivir en zonas desérticas, apenas tiene enemigos naturales, y así es mucho menos asustadizo que el caballo. Aunque de temperamento notablemente nervioso, es lo bastante dócil cuando se le adiestra y maneja de la forma adecuada. Supera en resistencia al caballo, y puede comer prácticamente cualquier hierba, hoja o rama. Es proverbial la capacidad del camello de caminar durante una semana sin necesidad de beber. Junto con otras adaptaciones de la vida en el desierto, los camellos, sobre todo los dromedarios, ofrecían a sus jinetes una notable movilidad estratégica; se conocen casos de incursiones de nómadas norteafricanos de más de 1.000 km de desierto. Por otra parte, los caballos no familiarizados con camellos probablemente se asustarían de ellos. Ciro el Grande, rey de Persia, aprovechó esta tendencia en la batalla de Sardis en el año 546 a.C. Enfrentado a una importante fuerza de caballería lidia armada con lanzas, reunió a todos los camellos que seguían a su ejército con los víveres y el equipaje, les retiró las cargas y puso sobre ellos a hombres equipados como jinetes. Les ordenó que avanzaran contra los caballos lidios, ordenando a su infantería que siguiera a los camellos, y a la caballería

que marchara en pos de la infantería. Incapaces de soportar la visión de estos extraños animales, los caballos lidios reaccionaron tal y como había esperado Ciro, y salieron de estampida. Los lidios desmontaron y lucharon a pie, pero a pesar de su coraje fueron derrotados. Los camellos en este caso eran bactrianos casi con toda seguridad, aunque los dromedarios habrían tenido el mismo efecto.

Las ventajas del camello se compensaban en gran medida por sus inconvenientes, que limitaban su ámbito e importancia como bestia de guerra. Adaptados a condiciones desérticas, los camellos no prosperaban en climas húmedos, que interferían en su ciclo de procreación. Montar en dromedario con soltura era una dificultad, debido a que la joroba del animal, un depósito de grasa, podía romperse y hundirse bajo la carga. Las primeras respuestas consistieron en disponer una silla acolchada sobre los cuartos traseros del animal, o rodear la giba con cojines atados por delante y por detrás. Los relieves de Assurbanipal muestran incursiones guerreras de árabes en camello, cada animal con dos guías desnudos, uno de los cuales le controla con un largo bastón mientras que el otro dispara con un gran arco. Encaramados como podían en la parte superior de los cojines, es improbable que esta pobre imitación de los equipos de guerreros de carros pudiera usar ningún tipo de arma para el combate cercano. Los bien armados asirios no habrían tenido grandes problemas para derrotarlos.

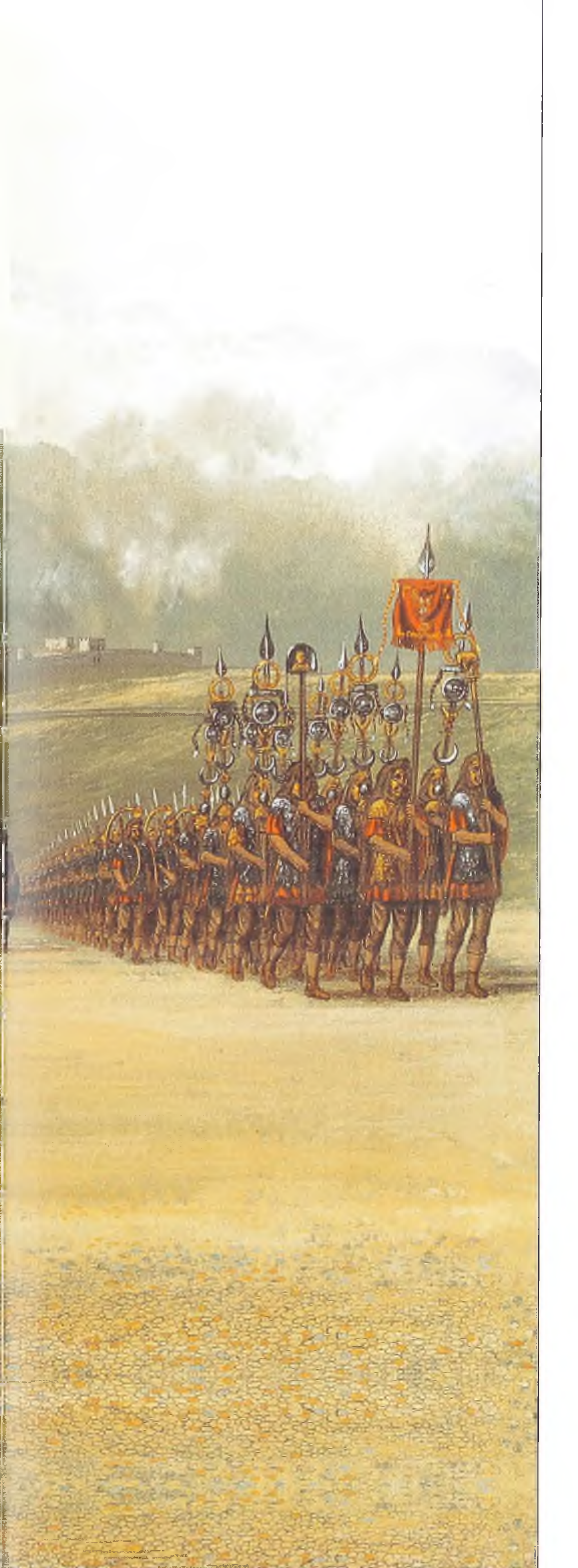
Sin embargo, algún tiempo después del año 500 a.C., se inventó la silla de Arabia del norte. Consistía en dos grandes arcos en forma de V invertida, unidos por varas y apoyados en almohadillas dispuestas delante y detrás de la joroba. Un guía podía sentarse firmemente sobre los cojines situados en la silla; colgar de ella los equipos y suministros; y luchar desde esta posición con cierta eficacia, usando incluso lanzas y largas espadas, así como armas arrojadizas. También habría tenido mejor opción de controlar al animal, usando una brida y riendas además de una vara, si fuera el caso. Mejor equipados, los guías de los dromedarios pasaron a tener un mayor impacto militar, jugando un papel importante para que, primero los árabes nabateos y después la ciudad siria de Palmira, dominaran las rutas comerciales a través del desierto. Los romanos también criaron unidades de *dromedarii* para vigilar sus fronteras en el desierto. Los partos y los persas sasánidas hicieron igualmente uso de las unidades de camellos; los partos llegaron a experimentar (sin éxito) con catafractos en camello.



Reconstrucción de una silla de camello usada en el Cercano Oriente hacia los siglos II y III d.C. Un armazón de madera protege la joroba del camello, mientras que el jinete se sienta sobre cojines y coberturas almohadilladas.

Sin embargo, pese a todo ello, el camello no pudo competir con el caballo como animal de guerra, pues carecía de su velocidad y capacidad de maniobra. Al no tener enemigos naturales en el desierto, los camellos no desarrollaron la aptitud de moverse con rapidez. Podían alcanzar un ritmo de hasta 25 km/h, pero sólo durante una hora, después de lo cual debían descansar y recuperarse. Un galope es un ritmo muy infrecuente para ellos, lo que exigiría un animal bien entrenado y un jinete experto, y aun así sólo se mantendría durante 1 km. Las fuerzas nabateas fueron principalmente infantería montada en camello, y la mejor fuerza militar de los habitantes de Palmira residía en sus archeros y catafractos a caballo, no en sus tropas sobre camello. Incluso los árabes del desierto preferían desmontar de sus camellos y luchar a pie, o usar caballos en la batalla. Como consecuencia, aunque el porteo en camello llegó a sustituir al uso de vehículos con ruedas en el Cercano Oriente y en el norte de África durante los inicios de la Edad Media, el dromedario como bestia de carga tuvo una importancia sólo regional, mientras que el camello bactriano, al actuar en un territorio más amable para el caballo, se usó todavía menos.





MANDO Y CONTROL

Para cualquier comandante de la Antigüedad, el control de un ejército en la batalla era prácticamente imposible. Una vez que había descendido la niebla de la batalla, la mayoría de los generales tenían una influencia escasa sobre el resultado final.

Un antiguo comandante de caballería ateniense intentó transcribir en palabras las lecciones de una vida entera dedicada al servicio militar:

«Para que un general pueda proporcionar el equipamiento militar y proveer de suministros a sus hombres, debe ser inventivo, activo, minucioso, resistente y perspicaz; al tiempo amable y brutal, directo e intrigante, capaz de la cautela y la sorpresa, pródigo y rapaz, generoso y mezquino, hábil en la defensa y en el ataque; y tener muchas otras virtudes, algunas naturales y otras adquiridas, que son necesarias para todo aquel que desee triunfar como general».

Jenofonte había estudiado con Sócrates y aprendió la vida soldadesca durante uno de los períodos

LEGIONARIOS ROMANOS marchando en un desfile en la fortaleza de Housesteads, en Britania, listos para el adiestramiento bajo el mando del centurión. Pueden verse varios estandartes, entre ellos uno con la imagen del emperador de Roma. La instrucción constante dotaba a las legiones romanas de su disciplina en la batalla.

más militarizados de la historia griega. El viejo soldado comprendió bien que una fuerza militar sin comandante es como un hombre sin cabeza. Con independencia de sus fortalezas y debilidades, las tropas reunidas necesitan jefes competentes que ejerzan el mando y el control; sin ellos, son y serán inútiles. Las fuerzas militares precisan comandantes, sean cuales sean sus funciones, y los comandantes de toda la historia hasta el presente afrontan la absoluta necesidad de controlar cualquier recurso militar que puedan atesorar si han de dirigir una violencia organizada en pos de unos objetivos.

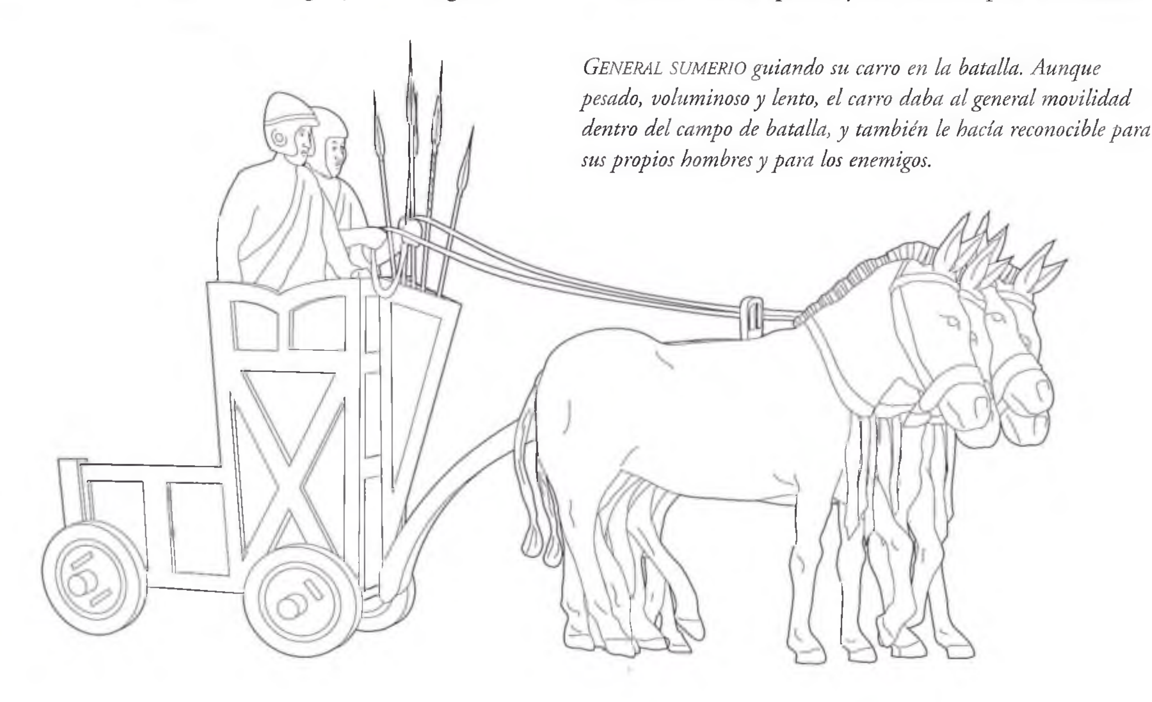
Existen numerosas analogías al respecto, si bien resulta útil la de «máquina militar», porque alude tanto a la complejidad como a la precisión necesaria para la operación de una fuerza armada. En manos de un maestro, su rendimiento puede ser asombroso; en las de un incompetente, la mejor y más minuciosa planificación y construcción puede venirse abajo en un instante. Los medios por los cuales los ejércitos antiguos encontraban y recibían órdenes en el curso de la batalla conforman el objeto de análisis en el presente capítulo.

Utilizando algunos casos concretos de mando y control (o generalato) tomados del mundo antiguo, bosquejaremos los principales retos a que se enfrentaban los generales en el campo de batalla. Antes de ello, deben comprenderse algunas verdades simples de mecánica, metodología y tecnología.

Estructura

La estructura del mando militar es tal vez la forma más antigua de cooperación en masa conocida por el hombre. Los primarios pueblos, y también las modernas sociedades primitivas, reconocen que, en general, para toda forma de esfuerzo en grupo que exige una acción violenta o inmediata es preferible el liderazgo de una persona a una falta de dirección o un debate prolongado. A partir de este sencillo requisito, las sociedades del mundo antiguo evolucionaron en torno a una sola persona que dirigía los acontecimientos; el término griego para referirse a este concepto se ha convertido en el moderno vocablo de «monarquía». Las sociedades con un rey reconocían al gobernante el puesto de jefe último de cualquier empresa militar. Aun con notables excepciones, las decisiones de un solo ser humano, en este período y en los siglos que siguieron, sellarían el destino y las acciones de miles y miles de personas en tiempos de guerra y de paz.

En el nivel más elemental de la tecnología, el gobernante individual, ya fuera por sus condiciones superiores de fuerza o talento, por su cuna o por su capacidad de persuasión, o bien por el patronazgo de otra persona aún más poderosa, mandaba a sus subalternos con el solo sonido de la voz o con señales visuales preacordadas. La visión es un elemento cuya comprensión resulta importante, en el sentido de lo que hoy se conoce por comunica-



GENERAL SUMERIO guiando su carro en la batalla. Aunque pesado, voluminoso y lento, el carro daba al general movilidad dentro del campo de batalla, y también le hacía reconocible para sus propios hombres y para los enemigos.

ción «visual directa». Nuestras referencias sobre el uso de banderas y señales de banderas en la Antigüedad se limitan básicamente al combate naval, donde la calma chicha necesaria para que los antiguos barcos pudieran entablar batalla hacía también que las señales con banderolas fueran visibles desde millas de distancia. Antes de los tiempos del telescopio, las banderas no servían para mucho más que como insignias en un poste, y estos estandartes se usaban para identificar a las unidades desde la caballería persa de Artajerjes hasta la última de las legiones romanas.

«... el general no debe ser nunca tan indeciso que infunda desconfianza en los suyos, ni tan obstinado que no piense que alguien pueda tener una idea mejor... porque un hombre así... estaría destinado a cometer muchos errores muy costosos.»

ONASANDRO

Las cualidades personales de persuasión, carisma y capacidad de transmitir órdenes con claridad han servido siempre de ayuda a un comandante. La comunicación era y es vital para el mando y el control. Un pequeño grupo de cazadores se guía por las voces directas de su jefe; los masivos ejércitos de Ramsés el Grande o de Constantino necesitaban, como mínimo, otras voces que transmitieran las órdenes. A partir de una necesidad tan simple se crearon los inicios de la cadena militar de mando, donde un jefe transmitía sus órdenes a los siguientes, que a su vez las comunicaban a otros, y éstos a otros más, hasta llegar a las menores unidades del ejército. En los niveles más altos, las actuales fuerzas armadas de los Estados Unidos constan necesariamente de grandes cuerpos militares en el campo de operaciones, pero la función de estas supraunidades en el campo de batalla dependerá de grupos del tamaño de un moderno escuadrón, unos siete hombres bajo la supervisión de un único suboficial. Estas estructuras tienen sus precedentes en los ejércitos antiguos.

En un período de reyes-generales y emperadores militares, los comandantes de la Antigüedad, y los mejores de sus subalternos, se enfrentaban aún a otro problema. Más de un rey o emperador fue destronado por un general suficientemente competente o triunfante por su habilidad para granjearse el favor entre las tropas del ejército, por encima del adquirido por el propio emperador. Los reyes necesitaban y buscaban subalternos con talento, pero la recompensa para un general, leal o no, que tuviera demasiado éxito en el mando y el control de sus fuerzas podía ser muy bien la desconfianza y la muerte. A menudo se ofrecía esta misma recompensa a los generales destacados por su incompetencia, fracasos o incluso mala suerte. Las presiones sobre un comandante subalterno de una fuerza armada para que lograra el éxito, pero no en demasía, suponía inevitablemente un lastre en los triunfos militares que podía conseguir cualquier unidad en los campos de batalla de la Antigüedad.

Instrucción

La eterna necesidad del comandante de contar con hombres adecuados, con mando sobre otros imprescindibles para transmitir órdenes a otros, más exigía disponer de oficiales subalternos competentes. Estos subalternos debían ser capaces de decidir cuándo poner en marcha o modificar las órdenes recibidas, y encontrar el momento óptimo para transmitir la información a los puestos superiores de la cadena de mando para advertir a los más altos niveles de los cambios en la situación táctica. La regulación del flujo de datos hacia y desde el comandante es vital para una fuerza en combate. La experiencia es un profesor severo, aunque excelente, y las unidades y oficiales de todos los rangos han sobrevivido o perecido según la rapidez con que un cierto comandante supo aprovecharse de lo que había aprendido en los campos de batalla. Si llegaba a oídos del comandante, un hecho vital comunicado con retraso o, por el contrario, un aturdimiento o acción dubitativa con un alto coste podían promover las máximas recompensas o la más severa de las censuras.

La promoción desde los rangos militares más bajos ha dado a las fuerzas armadas algunos de sus comandantes más avezados de la historia, pero las complicaciones impiden y han impedido que dichos medios abastecieran todas las necesidades de un ejército. Es poco probable que los mejores soldados de infantería adquieran el talento y los

conocimientos necesarios para la exigente y enormemente vital misión de abastecer de víveres y equipamiento a un ejército, una tarea infinitamente más difícil en un mundo en el que el más pesado medio de transporte seguía siendo un carro de bueyes o una recua de caprichosas mulas. El rudo y exigente soldado de primera línea encontraría probablemente oposición entre grupos con intereses, niveles sociales y tradiciones propias de las sociedades estratificadas por convenciones sociales no relacionadas con el rendimiento militar. Por otra parte, el conocimiento de un soldado individual, aun fuera experimentado, vivía y moría con ese hombre, a no ser que encontrara medios para conservar y transmitir sus habilidades a sus compañeros.

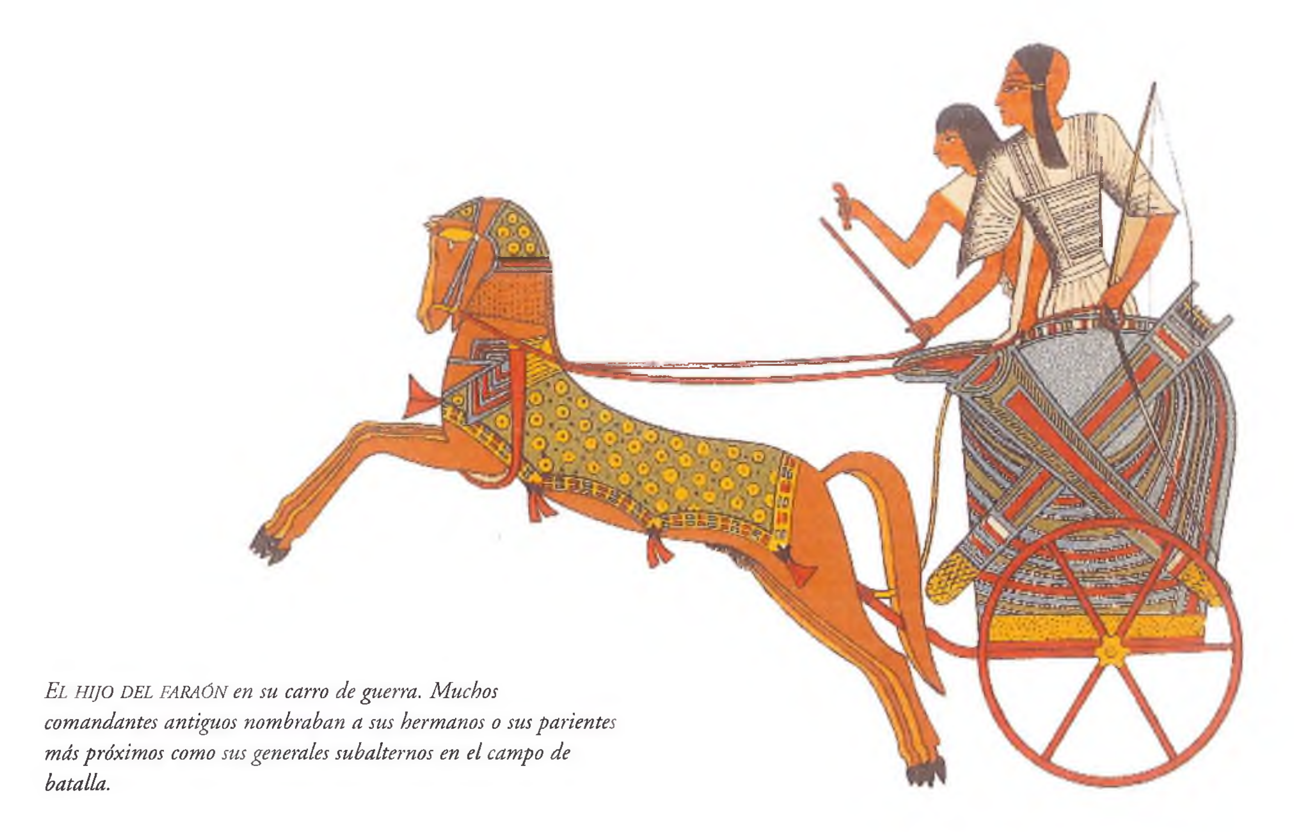
Aprendizaje por la observación

Es cierto que los soldados aptos podían aprender de sus comandantes, y a lo largo de la historia los oficiales jóvenes han adquirido sus habilidades observando las técnicas de sus superiores. La carrera del joven Alejandro como comandante del magnífico ejército macedonio de su padre Filipo estaba prácticamente asegurada por la simple regla de la herencia. No obstante, su padre le enseñó en el campo de batalla, culminando en el triunfo del futuro conquistador contra las fuerzas combinadas de los estados griegos en Queronea en el año 338. La urgencia de Filipo por contar con un cuerpo de oficiales expertos y fieles se combinó claramente con una necesidad de rehenes políticos, y reunió a los hijos de las familias macedonias más poderosas para enseñarles, instruirles e introducirles en academias en su corte de Pella. Los intereses y la autoridad de estos hombres jóvenes podrían así vincularse al objetivo general del rey macedonio.

El concepto de una academia militar formal fue de creación muy larga, muy fuera de la escala de nuestra dimensión del tiempo. El biógrafo Plutarco, en su *Vida de Licurgo*, refiere que la Esparta griega fue considerada una maravilla del mundo griego por su peculiar y despiadado sistema de instrucción de los jóvenes de la ciudad-estado en las más estrictas técnicas de guerra. Los niños varones griegos y romanos recibían, bajo la forma de un entrenamiento atlético, una instrucción elemental en el manejo de las armas, que se ha conservado en los modernos eventos de carreras en pista y campo a través; pero incluso las mujeres espartanas eran adiestradas en las artes militares, y a sus hijos se les instaba a practicar los más exigentes ejercicios de disciplina física y mental. El sistema pretendía mantener la condición de los espartanos en la cúspide de una elite sobre un gran número de pueblos sometidos y esclavos. La «Constitución de Licurgo» estuvo activa durante siglos y produjo soldados temidos por todos quienes debían combatir contra ellos. Sin embargo, hasta una nación con este régimen sería derrotada, y Esparta terminó por ceder ante la presión de otros estados y por la precaria naturaleza de su propio sistema sostenido por esclavos.

El concepto de unidades de elite de calidad superior fue conocido y aplicado con gran éxito en el mundo antiguo. La guardia personal del rey o el emperador, como fue la famosa Guardia Pretoriana, era elegida minuciosamente entre todas las fuerzas disponibles por el gobernante, que velaba por el objetivo vital de su propia supervivencia. Estos hombres demostrarían su vital importancia en el campo de batalla. Diez mil soldados persas elegidos llevaban granadas de plata en sus lanzas, y su equipamiento y moral superiores los señalaba como «los Inmortales», cuyos efectivos eran sustituidos con miembros del ejército regular cuando caían en combate o se retiraban. La «banda sagrada» tebana de 300 hombres selectos formó el núcleo de la línea griega en Queronea en el año 338 a.C., y un león de piedra aún se alza sobre centenares de enterramientos, donde los soldados prefirieron morir antes que retirarse. Unidades mayores podían ser también fuerzas de «elite», como la Legio X Fretensis, la predilecta de Julio César, que hizo fortuna frente a los bárbaros y los romanos, mientras que de la armada de la isla de Rodas se esperaba que dominara a otras de número superior, y así sucedió.

Antes del combate real tenía lugar una simple instrucción del cuerpo de soldados de recluta o voluntarios, ciertamente en el mundo griego y romano. Los héroes homéricos competían entre sí en proezas de fuerza, agilidad y precisión, y una de las pruebas de los Juegos Olímpicos era una carrera con armadura al completo. En la época helenística, los jóvenes de los estados griegos recibían instrucción en el manejo de catapultas, recientemente introducidas, mientras que los futuros oficiales romanos competían en el dominio ecuestre y en otros ejercicios en



EL HIJO DEL FARAÓN en su carro de guerra. Muchos comandantes antiguos nombraban a sus hermanos o sus parientes más próximos como sus generales subalternos en el campo de batalla.

el *Campus Martius* (Campo de Marte). El manual de Vegecio describe los medios y ejercicios utilizados por el ejército del Imperio Romano Medio, en edificios para toda condición climática erigidos expresamente. Todas estas técnicas y entrenamientos cultivaban un estilo de obediencia a las órdenes y rápida aplicación de las mismas en el campo de batalla para responder a una situación de importantes distracciones y confusión general.

Lo que podría denominarse «experiencia hereditaria» fue un medio menos distorsionador de inculcar técnicas avanzadas de mando militar en una sociedad. Publio Cornelio Escipión y su hermano Cneo no crearon clases formales para posibles oficiales en un equivalente romano de St. Cyr, pero legaron las lecciones que habían aprendido de su padre y su abuelo a los miembros más jóvenes de la familia dispuestos a aprender los procedimientos por los cuales los héroes de la familia habían sabido motivar a sus tropas, maniobrar ante los enemigos y encontrar vituallas y sustento en el campo. Escipión el Africano, hijo de general romano, derrotó a Aníbal Barca, otro hijo de general (cartaginés), cuando las tradiciones y las técnicas aprendidas por ambos se enfrentaron en Zama. Incluso un fracaso podía ser instructivo para una familia caída en desgracia tras una debacle legendaria, y los miembros supervivientes tomaban nota de lo que había salido mal y se juramentaban para no repetir los mismos errores. El riesgo de censura doméstica era tan persistente y dañino como la furia de un superior, y hacía de los hermanos, sobrinos y nietos subalternos excelentes en potencia para un comandante de rango superior, sobre todo dentro de la familia. En las peculiares condiciones del mundo antiguo, existía ese riesgo tan negativo (aunque a veces tan positivo) de adoptar una política de nepotismo en la elección de los ayudantes personales.

Suministro

Es cierto que el comandante de la Antigüedad no hacía frente a las horrorosas necesidades de las modernas guerras mecanizadas, cuando no sólo una válvula, sino la válvula correcta, es vital para el éxito de un ataque moderno. Aun así, como afirma el dicho, «por la necesidad de un clavo se perdió un reino». En la Antigüedad, los ejércitos se nutrían tradicionalmente del territorio del enemigo y tomaban cuanta comida necesitaran de los campesinos amigos. La necesidad de víveres, sin embargo, se

limitaba a las épocas de campaña. Los inviernos de la costa mediterránea eran mal momento para pelear, no por el tiempo, sino porque había menos comida y forraje a disposición de los ejércitos en batalla. Un hondero provisto de proyectiles de plomo llegaba más lejos y con más potencia que si utilizaba cantos rodados de un arroyo, pero esos proyectiles le tenían que ser suministrados por su comandante. Lo mismo puede decirse de los arqueros y, en última instancia, de los artilleros. En todo el mundo antiguo, los caminos eran muy irregulares, y por ellos se marchaba poco mejor que por el campo, aunque dos de los mayores imperios antiguos, el persa y el romano, movieron a sus ejércitos y sus vituallas a lo largo de excelentes redes de calzadas transitables durante todo el año. Carros de todo tipo, tirados por bueyes, podían sostener a los hombres y los caballos de un ejército antiguo durante el mal tiempo y en territorios inhóspitos, y los generales victoriosos, como Alejandro, buscaban los medios para procurárselos de forma segura. Un aporte de hombres es tan vital como el alimento para un ejército con bajas, y el problema de garantizar los refuerzos en territorio hostil tuvo consecuencias funestas para más de un general ambicioso.

Comunicación

La comunicación es suficientemente vital en el mando y control moderno, hasta el punto de que, en inglés, se agrupa bajo la abreviatura militar «C³» (*command, control, communication*). Como se ha observado, los subalternos servían como canal para transmitir las órdenes desde el comandante a las menores unidades de una fuerza, pero transmitir órdenes a los subalternos y las noticias sobre los cambios de situación al comandante sigue siendo un problema grave aún en nuestro tiempo actual. Las culturas capaces de congregar y nutrir vastos ejércitos eran, obligadamente, analfabetas; la alfabetización permitía, al menos, una falta de distorsión en la transmisión de las informaciones. Sin embargo, un mensaje escrito podía ser interceptado por el enemigo. La velocidad de transmisión de estos mensajes estaba, además, limitada por la rapidez y seguridad de los correos. Un corredor a pie podía sobrevivir allí donde un caballero caía bajo los proyectiles enemigos, pero un carro podía alcanzar a un lancero en su persecución o, después de un accidente, entregar una información vital al enemigo tomada de las manos de un correo muerto. Los espartanos, por ejemplo, vieron la posibilidad de usar un sistema de órdenes codificadas denominadas *scytale*, mientras que varios escritores antiguos describen otros medios para evitar que un mensaje escrito pudiera ser detectado o comprendido.



El CORNU *era el cuerno de guerra del ejército romano, utilizado para enviar señales e intimidar al enemigo. El cuerno se acoplaba en el hombro derecho del músico.*

Algunas transmisiones de información podían ser relativamente instantáneas, en buenas condiciones. Un rey-general sabía, de un vistazo, la posición de sus unidades dentro de su campo de visión observando sus banderas o estandartes. De hecho, el término egipcio para referirse al rango de un oficial subalterno era «portaestandarte»; el término alude a su origen. Un comandante podía saber que un combate había comenzado por el ruido de la lucha. Análogamente, la bandera o insignia distintiva del comandante le servía para tener comunicación directa con el punto central, una vez visible, a costa de dirigir la actividad del enemigo hacia la siempre vulnerable cabeza del «cuerpo» del ejército. En los ejércitos antiguos se establecieron medios muy rápidos de transmisión acústica de órdenes sencillas. Una de nuestras ilustraciones más antiguas de guerreros griegos en formación los muestra marchando al paso de la música de un flautista, una cadencia necesaria para regular la velocidad de un avance e incluso con el objetivo más elemental todavía de que las formaciones multitudinarias no se enredaran entre sí.

Una trompeta tenía aún mayor alcance, y su asociación con el mando del ejército se remonta a la fá-

bula de Esopo, del siglo VI a.C., acerca de un músico desarmado que fue ejecutado por sus captores por haber llevado, con su trompeta, a la lucha a todo un ejército. Estos músicos competían en concursos con árbitros. De los tiempos de Alejandro se conserva una referencia concreta a señales específicas de trompeta a discreción del comandante. En la época de los escritos de Vegecio, del siglo IV d.C., las llamadas de trompeta revelaban, al menos, una sofisticación considerable, con un conjunto de instrumentos usados para marcar los movimientos de los estandartes, otro para las tropas y un tercero para los detalles ajenos al combate. Un mero movimiento de una bandera y una posición indicaban la situación de una unidad dada, pero en la Antigüedad no se tienen trazas de señales visuales que no llamaran a la ejecución de una orden previamente acordada, como la de ataque, retirada o movimiento.

En el mar, los barcos de guerra y mercantes se reconocían por banderas específicas, o incluso por señales de linternas en la noche sobre la quieta superficie del mar. Los almirantes, entonces como ahora, movían banderines desde sus «buques insignia», y existen algunos relatos seductores acerca del envío de señales a las flotas en el mar mediante la superficie lustrada de un escudo, como veremos en la crónica sobre Egospótamos; o de destellos semejantes de un ejército invasor, como en el caso de los persas que actuaban por detrás de las líneas griegas en Maratón. Sin embargo, los caprichos de la naturaleza, y sobre todo el viento y el sol, no movían en general a los comandantes a confiar en dichas señales.

Todos los medios de transmisión de datos se enfrentaban a serias complicaciones, a veces fatales. Una bandera podía caer en manos enemigas al resultar herido y capturado su portador; entonces se usaba de modo deliberado o inadvertido para confundir al adversario. La oscuridad, la confusión, el polvo o la derrota impedían a menudo que los mensajes llegaran al receptor deseado, y el sonido de una trompeta o una flauta podía perderse fácilmente en el viento o en el fragor de un combate armado. Los factores que agravaban estas dificultades eran eludidos por los buenos comandantes, y de ahí la ausencia relativa de ataques nocturnos en el mundo antiguo, o de batallas en territorios que no fueran abiertos y en buenas condiciones meteorológicas.

Un comandante atrevido podía tentar la posibilidad de que sus órdenes no llegaran distorsionadas en determinadas circunstancias, pero este juego se enfrentaba a situaciones de terrible riesgo.

Teniendo presentes estas generalidades, el lector comprenderá que en este estudio se utilice un concepto moderno para describir fuentes, acontecimientos y datos antiguos, un anacronismo, sin duda, pero planteado con el ánimo de comprender mejor los criterios de mando y control de la Antigüedad. A continuación se revisan varias batallas que pondrán de relieve los problemas a los que se enfrentaban los comandantes antiguos.

Kadesh

La gran batalla de Ramsés II del año 1285 a.C. ha sido ya tratada en otra sección de este volumen, pero



MÚSICO ROMANO llevando el cornu. *Como puede verse, está cubierto por una piel de lobo a modo de capa. Las pieles animales eran un atavío corriente de músicos y portaestandartes para indicar su especial condición.*

un análisis de la misma desde la perspectiva de los problemas de mando y control resultará de la máxima utilidad. Es redundante señalar la multitud de problemas relativos al control de estos dos grandes ejércitos que hubieron de resolverse antes de la batalla. En tiempos del Reino Nuevo, Egipto tenía una historia fijada y bien documentada de la actividad militar en tierras bastante distantes del Nilo, y medios contrastados de enviar fuerzas al exterior. El propio Ramsés pudo leer y aprender de las experiencias de muchos faraones-generales anteriores de Egipto, entre ellos la moderna inscripción que hoy estudian los eruditos con detalles de la gran batalla de Tutmosis III en Megiddo en el año 1458 a.C., unos dos siglos antes.

La certeza de que los campesinos eran sometidos a levas, seguían una instrucción militar y abastecían los grandes proyectos se remonta a las imponentes obras de construcción del Reino Antiguo egipcio. Ramsés formó un gran ejército con el propósito de castigar al problemático imperio hitita, cuyo enemigo declarado era el rey de Kadesh, Muwatallis, de antepasados que se habían enfrentado al propio Tutmosis. El rey luchaba contra el rey en el tablero de la batalla; ambos bandos se basaban en una estructura de mando supremo unificada, pero las limitaciones de la posibilidad de que un solo hombre tuviera el control exigían medidas compensatorias.

La solución egipcia, que es una de las que Ramsés hizo grabar en su inscripción sobre la batalla, fue bastante eficaz. Ramsés dividió su ejército de unos 20.000 hombres en cuatro divisiones de igual tamaño al mando de subalternos de confianza, hombres con buena posición y posesiones en Egipto y, por ello, fiables en la batalla. Ramsés dio con una



Legionarios romanos usando sus gladii *durante una de las campañas de Trajano contra los dacios en el actual territorio de Rumanía. El portaestandarte* (signifier) *lleva un estandarte manipular, con los retratos del emperador y la emperatriz, y distinciones al valor. Los portaestandartes no se retiraban de las refriegas, sino que luchaban en primera línea con los legionarios.*



UNA LEGIÓN ROMANA cruza el Danubio encabezada por la segunda caballería Panonia. Esta ilustración muestra el gran número de estandartes que llevaban las legiones en batalla. Puede verse la imagen del emperador, y un águila de la legión, delante de la columna.

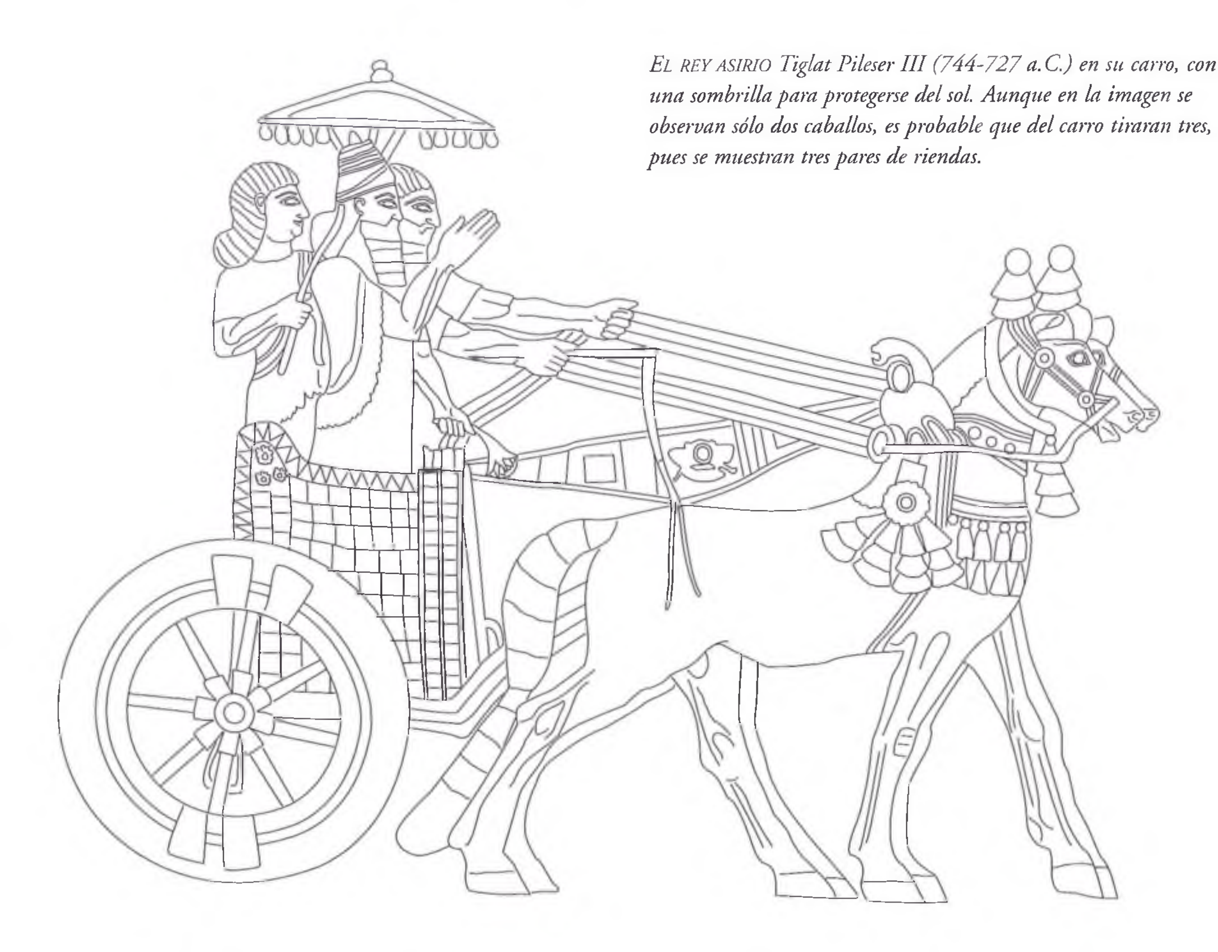
útil combinación de protección sobrenatural e identidad unitaria bautizando a cada una de sus divisiones con el nombre de un patrón divino: Amón, Ra, Ptah y Sutekh, manteniendo al mismo tiempo a su propia persona, su guardia personal y sus subalternos inmediatos fuera de esa estructura en una unidad móvil independiente.

Durante la marcha, estas cuatro divisiones se movían a cierta distancia unas de otras, en un equilibrio entre la posibilidad de acceder a los caminos que se encontraban con holgura y de tener tiempo para abastecerse de agua y suministros frente al riesgo considerable (que se materializó) de toparse con el enemigo por separado y afrontar ataques en inferioridad.

La organización y la riqueza permitió a Ramsés contratar mercenarios que sirvieran de apoyo a sus levas egipcias y emprender una marcha muy rápida desde Egipto hasta el norte de Siria, donde tuvo lugar la batalla. Los hititas, en una maniobra que las observaciones de las crónicas egipcias entienden como un gasto y una desorganización considerables, habían optado por reunir un ejército mientras las fuerzas egipcias se acercaban a la ciudad amurallada de Kadesh.

Dentro de cualquier ejercicio de mando y control se sitúa el flujo de informaciones desde y hacia el comandante. Muwatallis consiguió astutamente «desinformar» a la maquinaria de control del ejército de Ramsés. Dos espías informaron a Ramsés de que el ejército hitita se mantenía todavía a una cierta distancia, inclinándole a variar su orientación táctica y a dirigir a su división más adelantada, la de Ra, y a su propio mando y guardia personal a Kadesh con la esperanza de tomar la ciudad antes de que llegaran los hititas. Ramsés y su guardia personal acamparon al norte de la ciudad, y la división Amón tenía órdenes de reunirse con ellos a la mañana siguiente.

El ejército hitita, probablemente menor que el ejército egipcio, disfrutó así de dos grandes ventajas. Ramsés no conocía su posición real, y estaba unido,



EL REY ASIRIO Tiglat Pileser III (744-727 a.C.) en su carro, con una sombrilla para protegerse del sol. Aunque en la imagen se observan sólo dos caballos, es probable que del carro tiraran tres, pues se muestran tres pares de riendas.

en una posición favorable para aniquilar la división de Ra y tal vez ganar la guerra capturando o dando muerte al propio Ramsés. Pese a todas las ventajas que aportaba el rey como comandante de los ejércitos antiguos, las batallas en las que estaba el monarca, como sucede en las partidas de ajedrez, se perdían cuando este solo hombre quedaba neutralizado.

Mientras al parecer el único elemento que necesitaba Ramsés era el reconocimiento visual, la sencilla estrategia del ejército hitita de usar Kadesh como cobertura funcionó bastante bien contra los egipcios. Cuando las divisiones de Amón y Ra se acercaron desde el sur y el oeste de la ciudad, los hititas se movieron hacia el este, confiados en su avance hacia la línea de marcha de los egipcios. Muwatallis en persona adoptó una decisión de mando muy firme, que fue la de mantener al ejército fuera de la ciudad. Las dificultades de controlar un ejército en un entorno urbano siguen siendo altas hoy en día, y en aquel tiempo, usar una fuerza completa para una ofensiva táctica habría sido imposible para Muwatallis, ya que los muros y las calles habrían arruinado el efecto de las señales acústicas y visuales y llevado el desorden a las formaciones de sus unidades.

Los hititas golpearon a la segunda de las divisiones de Ramsés, la de Ra, cuando se acercaba a sus posiciones, y lograron excelentes resultados atacándola por el flanco. Los egipcios, sorprendidos y asustados, buscaron salvarse en la división acampada de Amón y se movieron de forma desordenada y enormemente confusa para permitir a los hititas volver a atacar desde el sur, directamente, contra la ruta de escapatoria egipcia. El desastre fue total.

En ese momento de la batalla, Ramsés y los hititas se vieron enfrentados a problemas distintos de mando y control. El pánico y el desorden de la mitad de su ejército dejó a Ramsés físicamente incapacitado para transmitir contraórdenes a sus propias fuerzas, y no le fue posible enviar ningún mensaje que instara dramáticamente a las divisiones Ptah y Sutekh a que se dirigieran de modo inminente al campo de batalla, donde se las necesitaba

con desesperación. Muwatallis, por su parte, asistió a la desintegración de su capacidad de transmisión del mando entre sus fuerzas, cuando sus hombres optaron por dejarse caer sobre el campamento enemigo, incluidas las tiendas del faraón, mientras las fuerzas egipcias deambulaban por el terreno en plena desorganización. Asimismo, el fallo en el reconocimiento y la inteligencia hizo que Muwatallis no llegara a saber que la otra mitad del ejército egipcio estaba marchando directamente contra su retaguardia, mientras una formación de mercenarios contratados por Ramsés avanzaba desde la costa mediterránea y estaba a punto de incidir contra su flanco oriental.

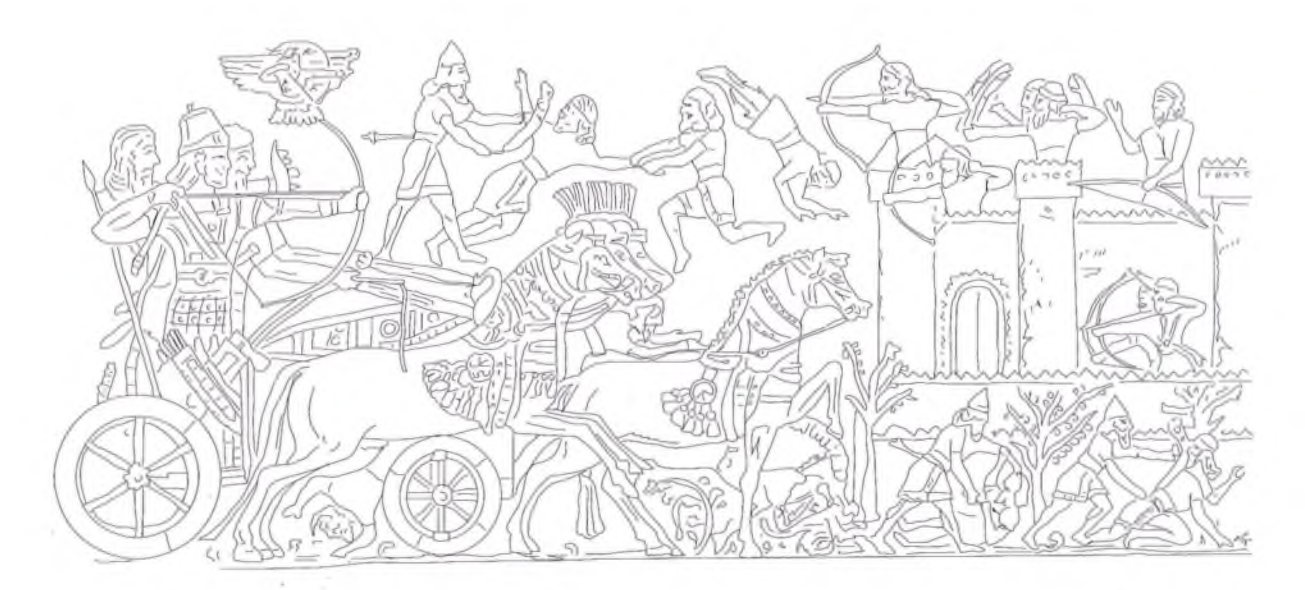
Ramsés y su ejército dependían, en una situación de vida o muerte, de su capacidad de recuperar el control de sus fuerzas, y el faraón eligió el único y posiblemente, el mejor medio para conseguirlo, conduciendo de manera muy visible a su guardia personal en un contraataque frontal contra la avanzadilla hitita. Al instante, todos los egipcios del campo supieron que su comandante estaba al frente de los suyos, y un movimiento general contra los hititas llevó a la división Ptah a golpearlos en la retaguardia, justamente cuando los mercenarios atacaban a los hititas por el flanco. Muwatallis se sumió en cierta confusión. Es digno de mencionar que incluso en los ejércitos más autoritarios la decisión de retirarse se toma de forma democrática, cuando la mayoría de los soldados votan y pueden forzar a abandonar incluso al cuerpo de oficiales. Encaminándose hacia Kadesh, los hititas buscaron refugio de otras posibles sorpresas de los egipcios.

Los reveses de Ramsés aconsejaron al faraón retirar el resto de sus fuerzas de las proximidades de Kadesh, mientras los hititas habían aprendido lo suficiente de los recursos militares de Egipto como para aceptar una paz duradera después de la batalla. Ambos bandos demostraron buenas y malas prácticas de mando central, tuvieron fallos de comunicación, y el resultado fue una victoria táctica para los egipcios, un triunfo estratégico para los hititas y, a la vista del tratado, un «empate» en el plano internacional.

Platea: el problema de la subordinación

Un milenio más tarde, un ejército de las características de los de Muwatallis y Ramsés hubo de enfrentarse a una fuerza opuesta de orígenes y composición marcadamente diferentes en una batalla de aniquilación. Tanto Egipto como el resto del imperio hitita habían caído ante el genio y el empuje del persa, Ciro el Grande y sus herederos. El imperio persa del siglo V a.C. se extendió por el este hasta el río Indo y por el oeste hasta la moderna Libia, llegando hasta el Danubio por el norte. Las conquistas griegas en Asia Menor habían resultado

Relieve del Museo Británico, Londres, que representa el reinado de Assurnasirpal II. En la imagen, el rey (que aparece tensando el arco en el carro real) participa en la batalla durante un asedio en un lugar desconocido.



Platea

479 a.C.

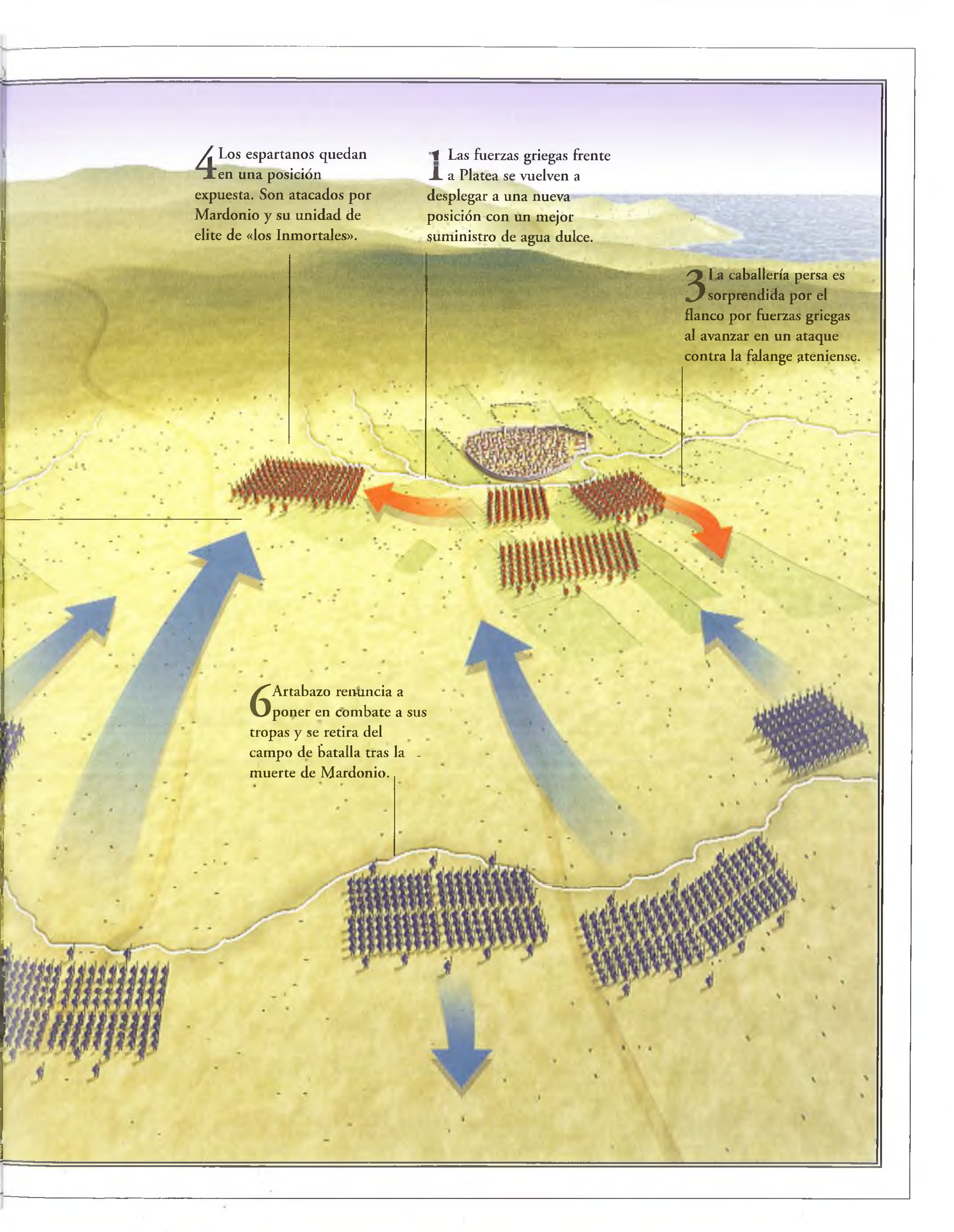
El consejo de guerra griego votó retirarse de Asopo, cerca de Platea. La retirada comenzó de noche, pero el espartano Amonfareto se negó a retirar su pequeño comando desplegado frente al enemigo. Pausanias, el comandante griego, fue obligado a marchar a la contra a medio despliegue. Mardonio, el comandante persa, observó el desorden en la línea griega y lanzó un ataque total. La retirada más lenta de los atenienses permitió a esas fuerzas cargar contra los persas parcialmente en un flanco, y se inició una dura lucha. La unidad de elite persa de 1.000 tropas escogidas, conocida como «los Inmortales», rodeando a Mardonio en el centro, fue atacada por la infantería pesada espartana. Mardonio murió en la lucha salvaje, provocando una crisis en el mando persa, y su subalterno Artabazo mantuvo a sus fuerzas fuera de la batalla al considerarla perdida. Con la lucha claramente a favor de los griegos, Artabazo asumió el mando de todo el ejército persa y se retiró a toda prisa hacia el imperio persa.

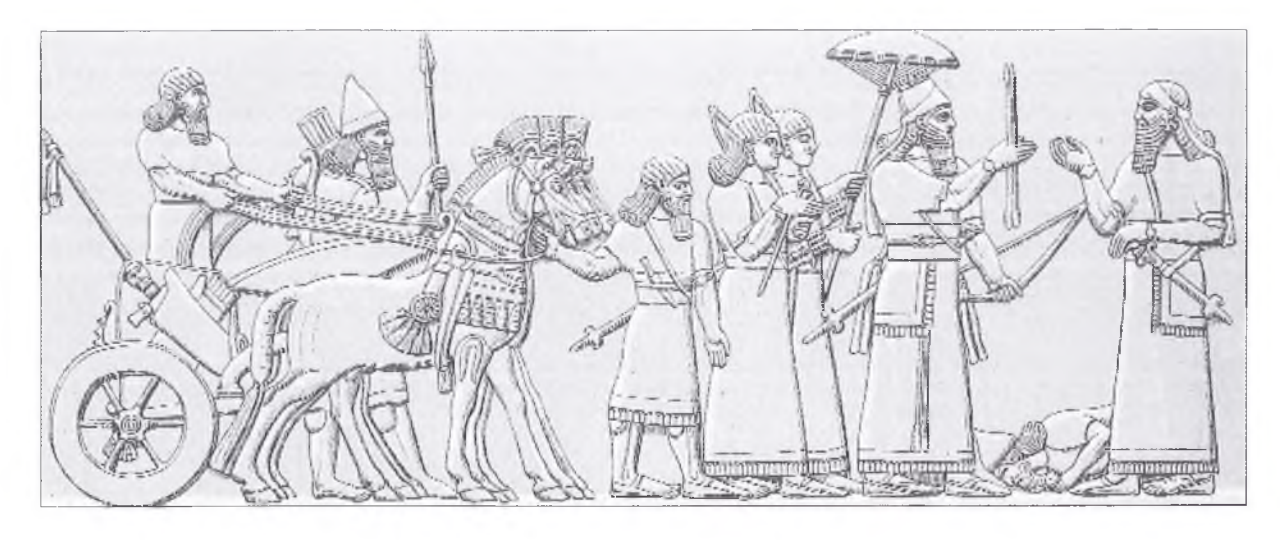


La batalla de Platea supuso la derrota definitiva del ejército griego invasor y sus aliados griegos después de la pérdida de la flota persa en Salamina el año anterior.

5 **Los espartanos cargan contra los persas y les causan numerosas bajas. Mardonio muere en la pelea.**

2 **Al ver el movimiento griego, Mardonio levanta el campamento y ordena una carga total contra el enemigo.**


4 Los espartanos quedan en una posición expuesta. Son atacados por Mardonio y su unidad de elite de «los Inmortales».
1 Las fuerzas griegas frente a Platea se vuelven a desplegar a una nueva posición con un mejor suministro de agua dulce.
3 La caballería persa es sorprendida por el flanco por fuerzas griegas al avanzar en un ataque contra la falange ateniense.
6 Artabazo renuncia a poner en combate a sus tropas y se retira del campo de batalla tras la muerte de Mardonio.



EL REY ASIRIO y su escolta personal son recibidos por uno de sus comandantes. De los reyes y los generales se esperaba que dirigieran a sus hombres en el frente, y su muerte en la batalla, como sucedió en Platea, suponía normalmente el fin de la campaña.

problemáticas para ellos; la tendencia a preferir un gobernante local y a alentar la revuelta contra el dominio persa había recibido apoyo de las ciudades todavía libres de Grecia. Para un imperio expansionista, la solución era sencilla. El esfuerzo de Darío por castigar a los griegos atenienses había tenido un resultado pésimo en la batalla de Maratón, en el año 490 a.C., y la solución de su hijo Jerjes fue la clásica de enviar una fuerza avasalladora para resolver el problema.

Para los griegos del sur, la furiosa embestida de los persas era la amenaza más terrible que podían imaginar para su modo de vida, al sustentarse en un modelo diametralmente opuesto en las teorías y la práctica de gobierno a las democracias, las tiranías y la sociedad esclavista de Esparta. Una lengua común y un sustrato mítico y religioso compartido llevó en tiempos a los griegos a una unidad que, aunque inestable, les sirvió para rechazar y, con un gran precio, a destruir a las vastas fuerzas persas en las Termópilas y a resistir y después derrotar a la armada greco-fenicia al servicio de los persas en Artemision y Salamina. La capacidad organizativa de Jerjes había formado y lanzado una expedición contra los estados griegos, pero sus habilidades tácticas y estratégicas dejaban mucho que desear, y los griegos tuvieron ventaja en estos ámbitos.

Calidad del liderazgo

Aunque carecían de unidad de mando, los griegos compensaron en cierta medida este problema con la calidad de su liderazgo. En las Termópilas, el rey espartano Leónidas dio un ejemplo de valor y dedicación cuya enseñanza perdura hasta la actualidad, cuando se sacrificó con sus hombres para dar a los griegos el tiempo necesario para completar los preparativos para la batalla contra los persas. En Temístocles, Atenas produjo un maestro de la estrategia, la sabiduría táctica e incluso la guerra psicológica, que sirvió para neutralizar la aptitud de Jerjes como comandante de sus fuerzas en Grecia con una carta muy sagaz que advertía de los peligros para sus líneas de comunicación y de la posibilidad de que Jerjes quedara atrapado dentro de una Grecia hostil. Ante ello, la retirada de Jerjes hacia Persia resulta tal vez comprensible.

Como consecuencia de la partida de Jerjes, el mando quedó en manos de dos subalternos enfrentados entre sí que se habían de encontrar con los comandantes griegos divididos y no unificados bajo un mando cuando llegó el momento de la batalla final y decisiva de la invasión, en una localidad del centro de Grecia llamada Platea en el año 479. Las espléndidas *Historias* de Herodoto refieren el relato.

Mardonio, comandante principal, era un hombre capaz y respetado, en el que confiaba el ejército y que, necesariamente, despertaba sospechas en el propio Jerjes. Como una maniobra para poner a prueba su lealtad en su ausencia, Jerjes dispuso a Artabazo como segundo hombre al mando. Artabazo era uno de los favoritos de Jerjes. Los desa-

cuerdos en el mando fueron profundos y suscitaron un enfrentamiento político y personal cada vez más intenso; la, posiblemente, superior capacidad de mando de Mardonio entró en conflicto con la prudencia de Artabazo y el deseo de impedir que Mardonio se convirtiera en una amenaza para la autoridad suprema de Jerjes. La consecuencia final de su rivalidad se pondría claramente de manifiesto en el curso final de la batalla.

También Temístocles despertaba recelo entre los demás griegos, que temían que sus intereses por su Atenas natal fueran determinantes para sus decisiones, como al cabo sucedió. Con muchos de los griegos del norte bajo el control o la influencia persa, los griegos del Peloponeso y del oeste estaban dispuestos a abandonar a su suerte al norte y a la propia Atenas, que ya había sido arrasada despiadadamente por Jerjes como desquite por la derrota persa en Maratón y por las actividades atenienses en Asia Menor. Temístocles había sido el único capaz de convencer a los griegos unidos de que lucharan y vencieran en Salamina, al revelar sus planes para apartar a Jerjes, que bloqueaba la ruta de escape. El regente espartano, Pausanias, compartía el deseo tradicional espartano de proteger Esparta a toda costa, pero se demostró sensible a la fe de Temístocles, sobre todo cuando quedó claro que había que combatir contra el resto del ejército persa, y que cualquier terreno resultaría tan apto como otro cualquiera.

«Cuando el general conduce a sus hombres a la batalla, debe presentar un aspecto alegre, huyendo de los tonos sombríos. Los soldados suelen valorar sus perspectivas según la apariencia de [su] general.»

EMPERADOR MAURICIO

Así, el escenario elegido por Mardonio y Pausanias estaba a ambos lados del río Asopo. Mardonio, aprovechándose de las lentas decisiones de los divididos comandantes griegos, había escogido una forma de batalla en la que los numerosos efectivos de la infantería persa pudieran recibir el apoyo de la caballería en ambos flancos. Pausanias comprendió las ventajas persas, y buscó medios para contraatacar, empezando por disponer la infantería griega a la izquierda, en oposición a la infantería principal persa. Para esta decisión se inspiró en la historia, pues los atenienses habían derrotado sangrientamente a lo mejor de los persas en Maratón diez años antes. También renunció al enfrentamiento inicialmente, dejando sus fuerzas apostadas en una alta cresta montañosa, como la que los atenienses habían ocupado en la misma batalla, desde donde la cuesta abajo favorecería el ímpetu de la carga de su infantería pesada.

Empieza la batalla

Mardonio buscaba la batalla y el triunfo tanto como los temía Artabazo, e intentó llevar a las fuerzas griegas hacia él atacando sus inseguras líneas de suministro con la móvil caballería persa. Estas acciones se vieron comprometidas cuando su subalterno Masistio, hombre capaz y de confianza, murió en una emboscada griega. Ambos bandos repararon sus líneas, Mardonio alejando a los persas de los atenienses y Pausanias retirándolos mientras los comandantes de los dos ejércitos discutían sobre si atacar o retroceder. Los grupos acordaron finalmente seguir el curso de acción más seguro; es un tópico decir que los consejos de guerra nunca votan por combatir, pero en este caso cada comandante pudo imponer su opinión sobre su ejército. Finalmente, Mardonio envió a la caballería para cegar y bloquear el manantial del que el ejército griego estaba tomando el agua, y se las compuso para cortar el paso a una importante comitiva de suministro en el monte Citaeron. Como consecuencia, el consejo de guerra griego votó retirarse del río Asopo, más cerca de Platea, donde una región rica en agua ofrecía solución a uno de los problemas, mientras que se enviaron tropas para resolver el otro. La retirada real empezó de noche, y con ella Pausanias hizo frente a su mayor crisis de mando cuando el espartano Amonfareto se negó a retroceder con su pequeño comando desplegado frente al enemigo. Pausanias se enfrentó al dilema de Hobson: dejar que parte de su mando fuera aniquilada o iniciar una marcha a la contra a medio despliegue.

Gaugamela

331 a.C.

Darío había elegido un campo de batalla amplio y nivelado cerca de Arbela, aun cuando el terreno nivelado favoreciera a los carros de cuchillas. Alejandro envió a su caballería de elite y a su falange en un ángulo oblicuo contra el frente persa, mucho más largo, directamente hacia la posición de Darío. Los arqueros y lanzadores de jabalinas de Alejandro mataron a los aurigas de Darío, mientras los elefantes demostraron escasa utilidad, e incluso peligro para los suyos. El momento más delicado para Alejandro llegó cuando la impetuosa caballería persa superó a los tesalios y los hipaspistas del flanco y se dirigió hacia la retaguardia de las tropas griegas. Los persas se abrieron camino por la línea de reserva y avanzaron varias millas hacia la retaguardia para caer sobre el campamento macedonio. La distancia y la presión de Alejandro sobre él le costaría a Darío el control en un momento vital. Darío no tenía medio de convocar a su victoriosa y empecinada caballería para que acudiera al rescate o de ordenarle que atacara la línea de Alejandro por la retaguardia. Como consecuencia, el temple de Darío volvió a quebrarse y dejó a su ejército abandonado en una lucha ciega.



La batalla se libró en el corazón del imperio persa. Poco después, Darío sería ejecutado por uno de sus generales por su cobardía, pero el imperio cayó bajo la conquista de Alejandro.

1 La falange macedonia avanza en oblicuo hacia la línea persa. Los carros persas son rechazados por jabalinas.

2 Las armas secretas de Darío, sus elefantes indios y sus carros armados con cuchillas, tuvieron un efecto decepcionante.

3 La izquierda persa intenta desbordar a los macedonios, pero no puede superar a las tropas ligeras y a la caballería.

4 Alejandro y los compañeros rompen un punto débil en la línea persa y giran hacia la izquierda.



5 Algunos persas se abren paso a través de la falange, pero se dirigen hacia la retaguardia para atacar la línea de transporte de los macedonios.
6 La izquierda griega sufre una intensa presión por parte de la caballería persa, hasta que Alejandro aparece en la retaguardia de éstos.
7 Darío, temiendo por su seguridad, decide huir del campo de batalla, dejando la victoria en manos de Alejandro.

Por su parte, Mardonio observó los cambios y el desorden en la línea griega e intentó aprovecharlos para lanzar un ataque general. La lenta retirada de los atenienses permitió a esas fuerzas arremeter parcialmente contra el flanco persa, iniciándose entonces una dura pelea en la que el valor persa y su superioridad numérica se enfrentaron a las armaduras y la determinación de los griegos. La unidad de elite del ejército persa, un grupo de 1.000 efectivos selectos conocidos como «los Inmortales», rodeaba a Mardonio en el centro de la línea persa. Estos hombres entraron en combate inmediato con la infantería pesada espartana, que deseaba vengar la muerte de Leónidas. Con la muerte de Mardonio se produjo una crisis en el mando griego, y Artabazo mantuvo a sus fuerzas fuera de una batalla que pensaba perdida (y efectivamente se perdió, acaso por su decisión). Artabazo asumió el mando de todo su ejército y se retiró rápidamente hacia el imperio persa. En ambos bandos, la insubordinación y el desorden habían jugado un papel determinante, pero para los griegos la victoria demostró ser decisiva y final.

Egospótamos: política e incompetencia

La venganza persa por la anterior derrota del imperio llegó por vía indirecta. Atenas y Esparta se enfrentaron entre sí en la larga y reñida serie de campañas, hoy conocidas como guerra del Peloponeso, en la que el imperialismo naval ateniense se enfrentó al superlativo ejército de Esparta y sus aliados terrestres. En una de las grandes vindicaciones de poder marítimo, la flota ateniense y las fuentes de suministro de allende el mar habían servido para contrarrestar la superioridad espartana en el combate terrestre, que dejó el territorio ateniense y el de sus aliados devastado mientras la ciudad sobrevivía al ataque, la peste, el desastre militar en Sicilia y el asedio merced a los suministros que recibían de los campos de cereal del distante mar Negro.

Entre tanto, Esparta había encontrado algunos medios para dañar la yugular ateniense, y para ello necesitaba una flota. Las biografías de Plutarco sobre Lisandro y Alcibíades refieren cuáles fueron estos medios, y sus posibilidades de éxito. Los persas, después de una estrategia diplomática, indudablemente satisfactoria, de cortejo y humillación de ambos bandos, acordaron finalmente sufragar la construcción de una armada bajo control espartano, una decisión previsible dada la serie de ataques atenienses contra el imperio persa en la primera parte del siglo IV. El nuevo escuadrón espartano bajo el primer almirante de Esparta, Calicrátidas, logró destruir a un menguado escuadrón ateniense frente a Eretria en el año 411 a.C., pero tuvo un encuentro desastroso frente a una flota ateniense reconstruida en Arginusas en el 406; Calicrátidas murió ahogado.

Después de esta debacle, se produjo en ambos bandos un cambio importante en el mando militar, que hace del ejemplo de Egospótamos el más pertinente para analizar el manejo del mando y el control en el mundo antiguo. Esparta relevó a su almirante caído por Lisandro, un hombre brillante, oportunista y sin escrúpulos. Seis de los almirantes supervivientes más admirados de Atenas estuvieron al mando de la flota ateniense en Arginusas; los seis fueron ejecutados por el voto de la asamblea ateniense al no lograr rescatar a los supervivientes de 27 barcos inutilizados por la acción. Así, la ira ateniense por aquel fracaso tuvo como resultado la suicida decapitación de la vital armada de Atenas, y el desastroso resultado de aquel ejercicio del control civil sobre el militar no tardó en llegar.

La competencia y las aptitudes diplomáticas de Lisandro consiguieron un creciente apoyo financiero de Persia, que se plasmó en una flota del Peloponeso reconstruida y peligrosa. El traidor y exiliado ateniense Alcibíades se aprovechó del desastre para asumir un breve y victorioso mando de la flota de Atenas, pero su propio y bastante justificado carácter político receloso le llevó al exilio antes de que se cumpliera la amenaza de ejecución por parte de un vengativo y suspicaz electorado ateniense. Los tres almirantes enviados para sustituir a Alcibíades fueron Tideo, Menandro y Adimanto, quienes dieron a la historia uno de los ejemplos más claros de los efectos desastrosos de una estrepitosa incompetencia.

Remiso a encontrarse con la flota ateniense después del desastre de Arginusas y de los reveses en otras escaramuzas, Lisandro optó por la táctica del seguimiento y la vigilancia mientras se desplazaba a un nuevo lugar de anclaje cerca del vital estrechamiento de la ruta de suministros ateniense creado por el Helesponto. El lugar era una elección excelente para el abastecimiento y el descanso de las tripulaciones

atenienses, un gran número de las cuales estaba integrado por votantes, de cuya ira los almirantes debían protegerse. Sin embargo, como posición defensiva estaba tan torpemente escogido que el propio Alcibíades regresó desde la seguridad de su exilio para advertir a sus sucesores del peligro, con la flota espartana establecida y guarnecida en Lampsaco, en la orilla opuesta. Sus advertencias fueron vanas, y los tres almirantes atenienses se establecieron en una rutina confortable y desastrosamente predecible de salir al mar por la mañana, ofrecer batalla a la flota espartana, regresar a su fondeadero y enviar a los hombres a la costa para un agradable almuerzo.

Lisandro no era de quienes dejarían pasar una oportunidad tan clara. Cuando las tripulaciones atenienses desembarcaron, la flota de Esparta se hizo a la mar y cayó sobre el grupo de más de 200 barcos, en un ataque sincronizado por una señal óptica (el destello de un escudo lustrado) lanzada desde un barco espartano de reconocimiento. Los barcos espartanos arremetieron contra el fondeadero ateniense y remolcaron los barcos sin gobierno. Lo que siguió fue una matanza. Los marinos espartanos tomaron tierra, rodearon a los 3.000 tripulantes y oficiales atenienses, los apresaron y los masacraron. Al haber enviado a los hombres a la costa, los almirantes atenienses no tuvieron forma de gobernar sus barcos con rapidez ni de montar ninguna clase de defensa. Un comandante ateniense en alerta, Conón, y ocho de los barcos lograron escapar del desastre. La democracia ateniense se encontró con un gran número de refugiados dentro de su ciudad ante el avance y crecimiento de la flota espartana, en el punto culminante de la campaña, y la guerra llegó a Atenas cuando Lisandro sometió a un bloqueo metódico a la ciudad hasta que la democracia ateniense hubo de someterse y rendirse a la autoridad y ocupación de Esparta. Un imperio y un estado autoritario combinaron sus recursos y su relativa tenacidad para convertirlos en victoria sobre la tumultuosa y, a la postre, autodestructiva democracia de Atenas.

> *«... el general debe ser viril en sus actitudes, apto naturalmente para el mando, profundo de pensamiento, prudente en el juicio, en buena condición física [y] dispuesto al trabajo duro.»*
>
> *ANÓN*

Gaugamela: el genio sobre todos los obstáculos

Gaugamela, como la principal victoria del mayor genio indiscutido de la Antigüedad, merece un análisis desde todos los ángulos, pero es interesante sobre todo desde la perspectiva de los problemas de mando y control. No en vano, pareciera que la batalla siguió unos derroteros tales, que las graves dificultades a las que se enfrentó Alejandro para controlar a su ejército frente a los persas terminaran por reforzar el plan del conquistador, en vez de obstaculizarlo. La excelente *Anábasis* de Arriano sobre las batallas de Alejandro es la fuente preferida sobre esta materia. Durante sus campañas desde el año 336 al 323, Alejandro tuvo la suerte de contar como oponente principal a Darío III, quien le permitió completar el sueño del padre del macedonio de conquistar el imperio persa y los territorios del este. Darío era un buen líder y un general mediocre, cuya capacidad para llevar los inmensos recursos militares de Persia al campo de batalla no se equiparaba con su aptitud para aprovecharlos. Por otra parte, como sucedió en Kadesh, el rey era esencial en la batalla; si Darío fuera capturado, la resistencia persa organizada a la invasión se colapsaría (como, a la postre, sucedió). En consecuencia, en todas las batallas contra Alejandro, Darío despojó de fuerza humana las reservas del país, y luego se perdió cuando huyó del campo de batalla, en cuanto el avance de Alejandro supuso una amenaza real para su persona. No habría ocurrido así si los persas hubieran triunfado en el «golpe de decapitación», ideado contra Alejandro en el Gránico. La guardia personal de Alejandro impidió entonces que saliera adelante el esfuerzo de la caballería persa para terminar con el monarca, mientras el conquistador logró controlar sus propios instintos y los de su ejército para vencer batalla tras batalla.

Las fuerzas de Darío estaban formadas por «los Inmortales», la división de elite del ejército persa, que había combatido bien en Platea, y con una notable fuerza de mercenarios griegos, que siguieron a

los persas a pesar del terrible trato que Alejandro había dispensado a los griegos, que penetraron en la falange macedonia en Isso. La confianza de Darío al enfrentarse a Alejandro se basaba en gran medida en las dos armas secretas que se había procurado mientras Alejandro se ocupaba en la campaña de Egipto. De sus súbditos indios, Darío había conseguido una provisión de elefantes de guerra, y una de las armas más terroríficas de las tradiciones de la guerra en oriente reapareció en los carros equipados con hojas de cuchilla en las ruedas y los tirantes, unas armas que estaban diseñadas para infligir atroces bajas en la infantería de Alejandro. Además, estaba la nobleza del imperio persa, las divisiones de caballería comandadas por Besso y Mazeo. Aprovechando el hecho de que el objetivo de la campaña de Alejandro era él mismo, Darío supo controlar los movimientos de Alejandro. Eligió un campo de batalla amplio y nivelado cerca de la ciudad de Arbela, en la medida en que esta clase de terreno era de gran ayuda para las acciones de sus carros.

Alejandro, con el pragmatismo propio del genio, acampó a unos 6,4 km del ejército de Darío, lo suficientemente alejado para impedir un ataque por sorpresa, y exploró el terreno elegido por Darío en busca de trampas. La confianza absoluta del jefe es un elemento poderoso del buen mando, y así Alejandro optó por dejar que sus tropas acamparan cómodamente en vez de, como sus enemigos persas, poner-

ALEJANDRO GUÍA A SU CABALLERÍA de Compañeros en Gránico, tomando la iniciativa frente a los persas. Como los más victoriosos comandantes militares, Alejandro tuvo la suerte de su lado.



las en armas y vigilantes durante toda la noche. El general al mando durmió profundamente, al objeto de estar presto para la acción al despuntar del día.

Como había sucedido en el desastroso caso de Platea, también aquí se produjo una crisis de mando. El ayudante del padre de Alejandro y el general más competente, Parmenio, se acercaron a él con su propio plan de batalla: el ataque nocturno que los persas tanto temían. Contraria a la habitual reputación de prudencia de Parmenio, la sugerencia era, en realidad, osada y en consecuencia arriesgada. El elusivo rechazo de Alejandro, que no quería «hurtar una victoria», fue la última palabra sobre esta acción, pero el nerviosismo de Parmenio se convirtió en una debilidad transformada en positiva para el plan maestro de Alejandro.

Existía la tendencia de que todos los hombres con escudo se movieran hacia la derecha en el curso de un avance, de forma que cada hombre procuraba cubrir la parte expuesta de su cuerpo con el escudo del compañero de línea situado junto a él. El gran genio militar tebano Epaminondas había aprendido a aprovechar esta tendencia con un ataque dirigido en oblicuo y centrado en una línea enemiga en avance conforme se estiraba y adelgazaba en su movimiento de respuesta. El propio Filipo había vivido un tiempo en Tebas, y la táctica se convirtió en una parte integrante y vital del victorioso paso macedonio en las décadas posteriores. El plan de Alejandro hacía un uso pleno de esta táctica en la formación de las líneas para la batalla de la mañana.

Tanto la caballería de elite de Alejandro como su temida falange macedonia se desplazaron en un ángulo oblicuo contra la más larga línea persa, de modo que el impacto, como de costumbre, se produjo directamente contra la posición visible de Darío en el centro de su línea, y el frente macedonio se movió en ángulo al avanzar. Alejandro sabía que la caballería, los carros y los elefantes de Darío intentarían rodearle por los flancos y sorprender a sus fuerzas por detrás, ante lo cual envió a una infantería ligera de «hipaspistas» y a sus aliados tesalios a caballo a ambos extremos de sus líneas. Estos dos cuerpos se dividían en pequeñas unidades, que podían moverse con agilidad frente a los elefantes y los carros, lanzando jabalinas a la vez que la caballería se veía empujada a retroceder ante el impulso de los persas. La retirada de estas pequeñas unidades fue una gran baza para el plan general de Alejandro, ya que por detrás de esta línea del frente, a las órdenes del inquieto Parmenio, Alejandro había dispuesto una falange de reserva, tan difícil de vencer como la línea delantera. En efecto, cuando este pequeño ejército arremetió contra las nutridas fuerzas persas, la formación de Alejandro se convirtió en precursora del célebre «cuadrado» británico del siglo XIX, una formación que se fortalecía conforme más se compactaba.

El triunfo de Alejandro

En su mayor parte, el plan funcionó. Los arqueros y lanzadores de jabalinas de Alejandro abatieron a los aurigas de los carros de cuchillas. De hecho, Darío no había empleado este recurso en el ataque porque lo considerara el más adecuado, sino previendo su uso para magnificar la matanza de un ejército enemigo desorganizado y en retirada. Como sucedía a menudo con los elefantes y la guerra, los animales no se implicaron lo suficiente en la batalla para arremeter contra la erizada superficie de lanzas y flechas del ejército enemigo, y resultaron inútiles e incontrolables, un peligro más para las propias filas que para las contrarias. Entre tanto, la caballería y la infantería de Alejandro, provista de picas, cayó inexorable, en ángulo oblicuo, sobre el estandarte visible de Darío.

El momento más delicado llegó cuando la enfurecida caballería persa superó a los tesalios y los hipaspistas por el flanco y se dirigió contra la retaguardia macedonia. Parmenio se vio recluido en una línea cada vez menos nutrida, que no dejaba de avanzar mientras los persas se abrían paso a través de su línea de reserva y recorrieron varias millas para caer contra el campamento macedonio. La distancia y la presión de Alejandro contra él le costó a Darío el control de la parte más peligrosa de su ejército en ese momento. Darío no tenía medio de avisar a su victoriosa caballería para que acudiera en su rescate ni de ordenar que atacara la línea de Alejandro por la retaguardia, siguiendo el impulso de ganar la batalla, no de ganar el botín.

Nuevamente, el temple de Darío se vino abajo, y el rey abandonó a su ejército y a su campamento en plena contienda, lo que llevó más adelante a que Besso ejecutara al monarca para asumir el mando e intentar, en vano, ofrecer resistencia a los invasores. La falta de comunicación entre los combatientes persas y sus pérdidas siguieron aumentando después

de la huida del rey. Parmenio, bajo presión y sin contacto con la línea de Alejandro, había abandonado la idea original del cuadrado y pidió ayuda frenéticamente al monarca. Éste regresó para descubrir que su caballería tesalia había contraatacado, Parmenio había invertido la dirección del avance de la reserva y destruido a los persas por la retaguardia y Darío, otra vez, había escapado de un apresamiento cierto. Alejandro ajustó cuentas con Parmenio por su pánico prematuro y por incumplir los planes y tácticas del conquistador pero, aunque en aquel tiempo no estaba aún tan claro, Alejandro estaba a punto de convertirse, para el resto de su vida, en dueño virtual de los mundos griego y persa.

Quíos: un mando en coalición

La leyenda dice que cuando Alejandro agonizaba le preguntaron quién debía ser su heredero: «el más fuerte», contestó. Las guerras entre sus generales, más tarde llamados diádocos (*Diadochoi*), dio origen a tres poderosos estados militares reunidos en torno a Grecia y otros fragmentos del imperio y el Mediterráneo. Ninguno de estos estados «helenísticos» se libró por completo del fantasma del imperio perdido; todos buscaron ocasionalmente, por diversos medios, imponer a sus monarcas a la cabeza del imperio reunido. Mirando atrás, a las ruinas de la historia griega, el soldado y erudito romano Polibio dejó escrito el grueso del relato que sigue a continuación.

Seducido como los demás por el espectro del imperio, y más capaz y ambicioso que el resto, destacó Filipo V de Macedonia, que no era descendiente de Alejandro ni de Filipo, estaba en posesión de algunos de sus feudos y deseoso de más. Como centro de su reino, los esfuerzos de Filipo como comandante seguían su propio antojo y voluntad.

En el camino se alzaban los otros dos grandes reinos de diádocos, la Siria antióquida y el Egipto tolemaico, y un conjunto de estados menores que parecían presas más fáciles que las otras dos grandes potencias rivales. Eran particularmente problemáticas la democracia insular de Rodas, con la armada más imponente del mundo antiguo, y la ciudad-fortaleza de Pérgamo, cuyos gobernantes no tenían intención de ceder sus cetros a nadie mientras sus murallas siguieran en pie. La amenaza de Filipo llevó a Rodas y al rey Atalo de Pérgamo a sellar una alianza, mientras en los años anteriores al 201 a.C. el rey de Macedonia construyó una potente armada, a la que sumó los barcos de guerra egipcios capturados antes de que la potencia pudiera reaccionar. Filipo tomó varias islas en las Cícladas y desplazó su ejército y su armada hacia la costa de Asia Menor, manejando al mismo tiempo la amenaza y la destrucción.

Los habitantes de Rodas y Atalo no permanecieron ociosos ante el avance de Filipo. La «bestia negra» del rey macedonio en la campaña y némesis de sus acendrados propósitos contra Rodas terminaría por ser el almirante de esta isla, Teofilisco. La capacidad y destreza de este hombre se enfrentaría a la astucia y recursos superiores de Filipo, dado que Rodas había previsto correctamente los planes de Filipo y adoptado todas las acciones posibles para combatirlos.

Filipo intentó dividir las fuerzas de Rodas y Pérgamo con un asedio de la isla de Quíos, desde la cual estaría bien situado para evitar la ayuda mutua entre Atalo y Rodas. Atalo había comprendido, acertadamente, que Filipo buscaba un golpe final contra él, y estaba reforzando enfebrecidamente su ciudad-fortaleza previendo la embestida. Teofilisco comprendió asimismo que Pérgamo resistiría cualquier ataque que pudiera montar Filipo. Convenció a Atalo de que abandonara sus preparativos y uniera su flota con la de Rodas mientras pudiera hacerlo.

Filipo estaba cavando un foso bajo las murallas de Quíos cuando tuvo noticias de la llegada de la flota aliada. Desde el primer momento, Teofilisco había llevado la iniciativa sobre el rey macedonio, que de pronto se vio atrapado en una isla con una tropa hostil que cortaba sus líneas de suministros. Polibio retrata a Filipo como al principio indeciso, antes de decidir abandonar el asedio y encaminarse a Samos, probablemente con la intención de pertrechar mejor los barcos egipcios.

Los aliados no estaban dispuestos a permitírselo. Los recursos de los macedonios, que por aquel entonces gozaban de una fuerte tradición naval, incluían algunos de los barcos más peligrosos del mundo antiguo, 53 de la clase más pesada, un número desconocido de buques medianos y 150 barcos ligeros capaces de transportar espolones.

Filipo desplegó su imponente fuerza con suficiente lentitud como para que la mayoría de los aliados convirtieran su propia formación de guardia en una línea de batalla presta al combate. La batalla se libró en el estrecho entre Quíos y el promontorio eri-

treo de la costa asiática. Al principio, la línea de Filipo estaba paralela a la costa de Quíos, preparada para girar hacia el sur. Como los aliados llegaron velozmente desde el norte, Filipo se vio forzado a invertir su línea, que arrastró hacia la parte media del estrecho, enfrentada al nordeste con la derecha en el lado asiático, dispuesta frente a las dos pequeñas islas del estrecho. Al ser el rey el comandante supremo, entre los oficiales de Filipo nadie se opuso a sus órdenes.

Nuestra fuente atribuye a los aliados una fuerza total de 65 barcos de guerra pesados, nueve cruceros de tamaño medio y otros tres medianos. Al principio, Atalo demostró mayor confianza en la fuerza de su armada que en la de su oponente macedonio, por lo que llevó sin reservas su buque insignia directamente hacia la línea, mientras Filipo prefirió esperar en la vanguardia de su escuadrón de barcos ligeros. El buque insignia (*nauarchis*) era el más visible, con estandartes que indicaban a las demás tripulaciones y oficiales lo que el comandante pensaba necesario hacer. La escuadra de Rodas bajo el mando de Teofilisco parecía tener un plan más pensado que el contingente de Pérgamo a la hora de entrar en acción. Cruzaron el estrecho a cierta velocidad para cerrar la escapatoria de Filipo por el extremo norte de Quíos. Algunos barcos eran lentos, por lo que tuvieron que achicar sus cascos inundados en la costa asiática, mientras los fondeados esperaron durante algún tiempo frente a la izquierda en avance de Filipo. Al parecer, Teofilisco se mantuvo en guardia ante el temor de que los grandes barcos de Filipo salieran en tropel hacia el Egeo mientras las embarcaciones mayores entraban en combate, pero envió a batalla a sus naves cuando quedó claro que las más pequeñas permanecían en línea.

Filipo tuvo aparentemente la cautela de no dejar expuestos los flancos de sus principales barcos de guerra, que finalmente dispuso a la derecha de su línea, protegidos por el litoral y unos por otros. Por su parte, Atalo logró frustrar todo esfuerzo de estos monstruos de librarse de él al rodearlos con sus propias naves. Por los recuentos de bajas, estos barcos consistían principalmente de cuadrirremes y quinquerremes (según el número de remeros por banco), probablemente construidos con arreglo a los modelos contrastados de sus aliados romanos. Estos barcos no parecían tan aptos para la maniobra como los de Rodas, pero tenían el tamaño suficiente para transportar marinos y otras armas equiparables a los de Filipo y la dimensión necesaria para bloquear su avance. Lo peor para Filipo llegó cuando su buque insignia se perdió junto con su almirante inmediatamente después de que Atalo diera cuenta de uno de los octirremes del macedonio. En la confusión de la lucha abierta «proa contra proa» de las escuadras de Pérgamo y Macedonia, un crucero atálida giró su costado hacia el buque insignia macedonio. Lo que parecía ser el perfecto blanco para los espolones se demostró fatal para el barco macedonio. El buque más ligero se mantuvo lo suficientemente alto en el agua para dejar atrapada la proa del destructor bajo el saliente de sus bancos de remos superiores. El buque insignia de Filipo quedó literalmente incrustado como un perro con un hueso en la garganta y se hundió, llevándose consigo a su almirante y toda su dotación. El hermano salvó al hermano cuando se intensificó la confusión en la derecha de Filipo. La proa de otra de las grandes naves del macedonio, y con ello su espolón, se sostenía muy alta en el agua cuando el almirante de Atalo, Deinócrates, chocó contra él con la proa e incrustó el rostro del barco contra las cuadernas de la proa del enemigo. Tocada de muerte, la nave macedonia fue sacudida por un pesado barco de Pérgamo comandado por el hermano de Deinócrates, Dionisódoro. La nave de Pérgamo embistió al monstruo, al parecer de nuevo en las mismas cuadernas de proa, pues el barco de Deinócrates fue golpeado y el macedonio se mantenía a flote mientras era abordado y tomado por marinos de Pérgamo y remolcado tras la línea de frente, al parecer abandonado por sus remeros durante la batalla en cubierta. Los lazos familiares eran tan intensos como en las batallas comunes del mundo antiguo, lo que empujaba a la cooperación y la ayuda, en ausencia de cualquier mando central directo.

«Cuando los pueblos entran en guerra hacen las cosas mal. Primero inician la acción, y sólo cuando sufren empiezan a pensar.»
TUCÍDIDES

Si se supone que Filipo había dividido su número de barcos pesados en dos grupos, con los más

Quíos
201 a.C.

Filipo estaba poniendo sitio a Quíos cuando acudieron las flotas de Pérgamo y Rodas. Filipo perdió su buque insignia en los primeros combates con las escuadras aliadas, pero la de Rodas esperó hasta que la lucha contra la de Pérgamo empezara a arrastrar a los barcos macedonios desde el lado izquierdo de la línea antes de atacarlos con sus rápidas naves. Al intentar retirarse, los barcos de Filipo deshicieron la formación, y varios resultaron dañados. Cuando los principales barcos de Filipo se giraron para acudir en ayuda de su retaguardia, la escuadra de Rodas puso en riesgo el equilibrio de su flota. Aunque los marinos macedonios forzaron a los de Rodas a evitar el contacto cercano, sus barcos más pesados atacaron la línea de batalla principal de los macedonios. La escolta de Filipo capturó el buque insignia de Atalo después de forzarle a vararse cerca de Erythrai. Entonces, Filipo arremetió con sus naves dispersas mientras las aliadas buscaban puerto en el continente y en la propia Quíos. Filipo proclamó su victoria, pero sufrió importantes pérdidas.



Quíos se situaba entre Pérgamo y Rodas, y Filipo sabía que si la tomaba podría derrotar a los aliados. Su derrota estratégica en Quíos dio a los aliados un espacio de respiro.

1 Filipo pone sitio al puerto de Quíos cuando las flotas aliadas de Pérgamo y Rodas llegan para enfrentarse a él.

3 La flota aliada empuja a Filipo hacia el sur, por detrás de los islotes de Enusas, después de que Filipo perdiera el buque insignia en los combates iniciales.

4 Nuevos barcos lanzados desde el continente asiático, con cascos secos y más rápidos, se suman a la batalla contra Filipo.

5 Atalo se ve forzado a varar su buque insignia y a buscar refugio seguro después de ser perseguido por Filipo. Los aliados reagrupan su flota.

2 Filipo abandona el asedio y zarpa hacia el norte para intentar no quedarse aislado en el estrecho frente a la flota aliada.

6 Filipo se une a sus fuerzas del continente. Su flota contempla al pasar los despojos flotantes de la batalla.

pesados enfrentados a Atalo en la derecha, frente al gobernante de Pérgamo había 27 buques de guerra pesados, menos que los 35 atribuidos por relatos anteriores a la flota de Pérgamo. Ello explicaría la afirmación de nuestra fuente de que Atalo tenía ventaja numérica, y la naturaleza relativamente equiparable de la batalla, mientras los barcos mayores de Filipo compensaban la cantidad del enemigo cuando Atalo forzó lentamente a los macedonios a desplazarse detrás de los islotes en los que esperaba su rey. La escuadra de Rodas esperó con la mayoría de sus barcos cerca de la costa hasta que la batalla en curso con Atalo empezó a arrastrar las naves macedonias desde el lado izquierdo de la línea.

«Después de conseguir una victoria, el general que persigue al enemigo con un ejército disperso y desorganizado entrega su victoria al enemigo.» EMPERADOR MAURICIO

Entonces, Teofilisco entró inmediatamente en batalla. Sus rápidas naves se habían refugiado aparentemente en la playa hasta el último momento posible, y el motivo de esta táctica parece claro, porque los cascos más secos de los barcos de Rodas hacían de su velocidad una ventaja decisiva. Cuando los barcos de Filipo intentaron retirarse a los islotes de Enusas, perdieron la formación del frente y se mostraron más vulnerables a las naves de Rodas lanzadas desde el promontorio eritreo. Varios de los barcos más pesados de Filipo sufrieron las embestidas del enemigo en sus popas desguarnecidas, mientras otros vieron sus bancos de remo hechos añicos por los rostros y las bien entrenadas tripulaciones de las galeras de Rodas. La rapidez de la decisión es a veces tan importante como la decisión en sí.

La batalla continúa

Cuando los barcos delanteros de Filipo giraron para acudir en ayuda de la retaguardia, Teofilisco puso en peligro el equilibrio de su flota, incluido el de las naves que acababa de enviar al combate y su mando táctico personal de tres navíos pesados y antiguos, que los rodios habían recibido poco tiempo antes de una potencia amiga. Cuando las dos escuadras se encontraron, los rodios vieron que Filipo V había interpretado bien su plan. Su táctica elegida fue la del antiguo choque ateniense entre los barcos de una línea enemiga hacia su retaguardia. Como los combatientes de Rodas estaban acostumbrados a utilizar sus naves pequeñas y rápidas para adentrarse entre la formación enemiga y acceder a las popas y bancos de remos más vulnerables, Filipo dejó libertad a sus embarcaciones exactamente con la misma intención contra las de Rodas. Los barcos pequeños protegían los flancos de las grandes naves de Filipo, una vez recuperada la formación, y se las arreglaron para obstaculizar los movimientos de la escuadra de Rodas cuando la batalla comenzó a librarse en el paso de 4,8 km entre el extremo más al norte de Enusas y el continente. Atalo y la izquierda macedonia ya estaban totalmente dentro del estrecho.

Filipo había conseguido frustrar una fácil victoria de Rodas, pero su éxito era muy limitado. Nuestra fuente alude a una táctica que parece, en parte, responsable del gran número de naves ligeras que se contaron entre las bajas de Filipo. Si los rodios hubieran forzado un encuentro con las proas enemigas, habrían llevado a sus tripulantes a introducir proas y espolones de sus barcos bajo la línea de flotación. En consecuencia, el espolón del enemigo habría chocado con las cuadernas, que se levantarían una vez que se hubiera recuperado el estado normal, mientras que el de los rodios habría penetrado en las cuadernas de proa bajo la protección de la cubierta de bronce del espolón del enemigo y, con ello, en la línea de flotación.

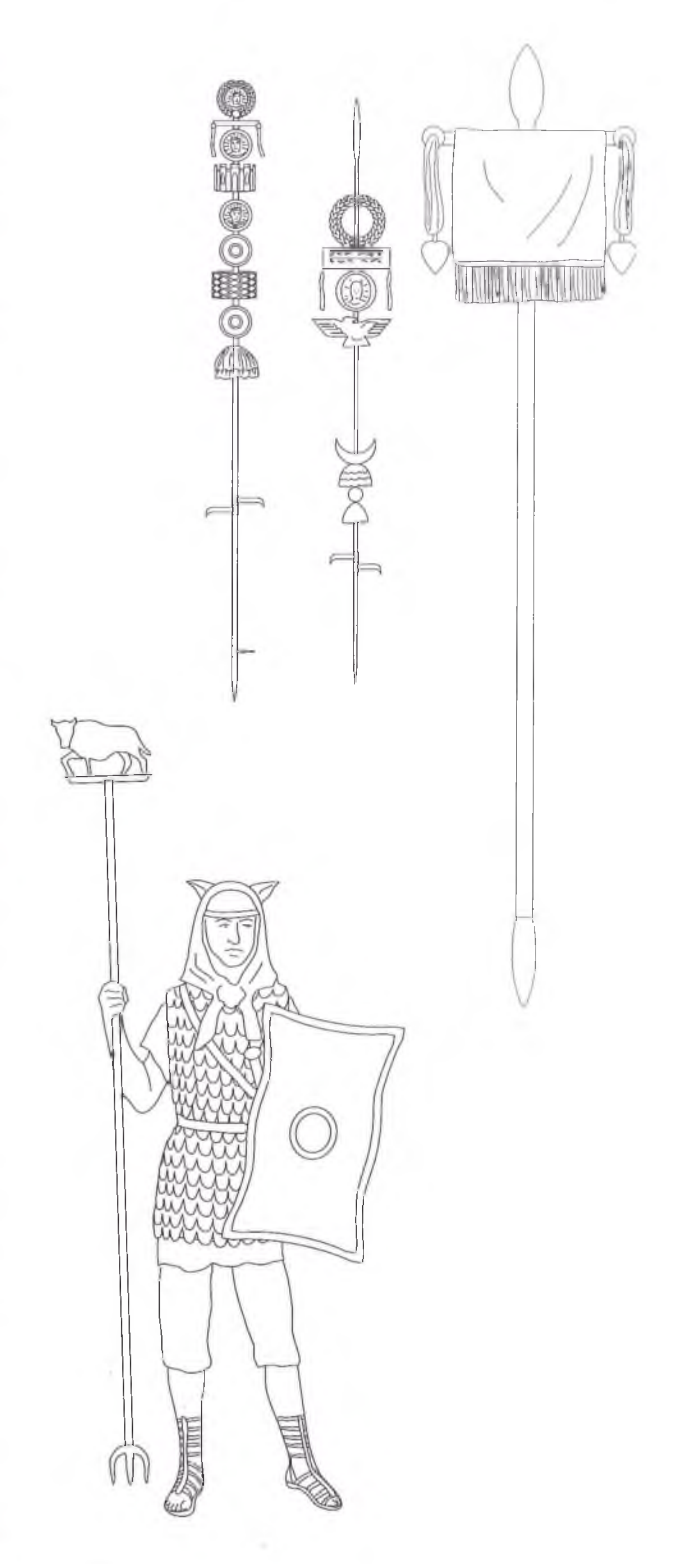
La principal ventaja de Filipo estaba en sus marinos macedonios, sin duda equipados con algún tipo de arma arrojadiza con la que consiguieron mantener a distancia a los de Rodas. Estos combatientes lograron, una vez dispersados los *lemboi* (barcos), para obligar a los rodios a recuperar su táctica anterior de chocar contra la proa, los remos o el flanco con el espolón en cuanto se presentara la ocasión, evitando un contacto cercano. Teofilisco y sus *quinquerremes* cerraron, sin embargo, la línea de batalla principal de los macedonios y se enfrentaron a ella.

La galera rodio de Nicóstrato demostró su vetustez cuando incrustó su espolón en el casco de una nave enemiga, que se hundió con toda su tri-

pulación. La nave de Rodas, anegada, quedó inútil y fue rodeada rápidamente por barcos enemigos. La incapacidad de ayudar a un subalterno en problemas debilita la actitud y la moral de las tropas, como ya supieron Pausanias en Platea y Alejandro en Gaugamela. Autólico, el oficial de navegación, responsable posiblemente del accidente, se redimió resistiendo con los últimos de los marinos de Rodas. Los soldados de cubierta murieron, y Autólico se ahogó, herido, con su armadura puesta en el momento en que la escuadra de Teofilisco estaba abriéndose paso hacia el barco en problemas, salvando a sus remeros y a los oficiales supervivientes aun cuando tuvo que superar a los marinos de dos naves enemigas embestidas para alcanzar la zona. De inmediato, barcos ligeros y pesados rodearon la galera del almirante, pero las tres heridas que recibió Teofilisco antes de que la galera de Filóstrato lograra liberar al buque insignia, resultarían mortales. Con la mayor parte de sus marinos muertos, Teofilisco siguió presionando a la izquierda macedonia.

El viraje de la izquierda macedonia para reaccionar contra los atacantes de Rodas había dejado un hueco en la línea de batalla de Filipo, que Atalo intentó aprovechar con toda celeridad. Al parecer, pasó a través de la posición inicial de las líneas enemigas y se adentró plenamente en el estrecho, persiguiendo a los barcos de la derecha de Filipo, que se dirigían hacia la costa asiática de acuerdo con las primeras órdenes de Filipo. Aquí disfrutó el rey macedonio de su mayor triunfo en la batalla. El buque insignia de Atalo y dos naves ligeras de su escolta acudieron al rescate de otro navío de Pérgamo. Mientras Atalo perseguía al veloz enemigo en su huida hacia el litoral asiático, llegó a las islas en las que le estaban esperando Filipo y su flotilla personal. El rey macedonio se puso al mando de su escolta real de cuatro cruceros medianos, tres ligeros y las pequeñas naves disponibles e interceptó a Atalo antes de que pudiera reunirse con el resto de su flota.

Dada la importancia trascendental del rey, Atalo era un objetivo principal, al que Filipo había intentado capturar una y otra vez. Sin embargo, Atalo tuvo la presencia de ánimo para varar sus naves en la costa cerca de la localidad de Erythrai, a la que huyó mientras la tripulación de Filipo saqueaba la galera real. Filipo remolcó el buque insignia de Atalo, a la vez que Atalo superaba el difícil trance logrando escapar.



LA FIGURA DE LA IMAGEN muestra a un portaestandarte auxiliar romano de los siglos I-II d.C. Arriba, de izquierda a derecha, aparecen dos estandartes manipulares con distinciones al valor, y un vexillarum.

Filipo quería mostrarse ante los barcos enemigos para hacer creer, mediante el buque insignia remolcado, que Atalo había muerto. Al ver la escena Dionisódoro, almirante de Atalo, mantuvo la presencia de ánimo e indicó a las naves de Pérgamo que se reagruparan y se dirigieran a un puerto preacordado en el continente. La izquierda macedonia se vio liberada entre tanto de los rodios, y corrió rauda por el estrecho con el pretexto de ayudar a los demás barcos antes de que todos marcharan al continente, dejando a la escuadra de Rodas con libertad de movimiento para elegir la solución pragmática de hacerse con los barcos macedonios restantes aptos para ser remolcados a Quíos mientras hundía los demás con los espolones.

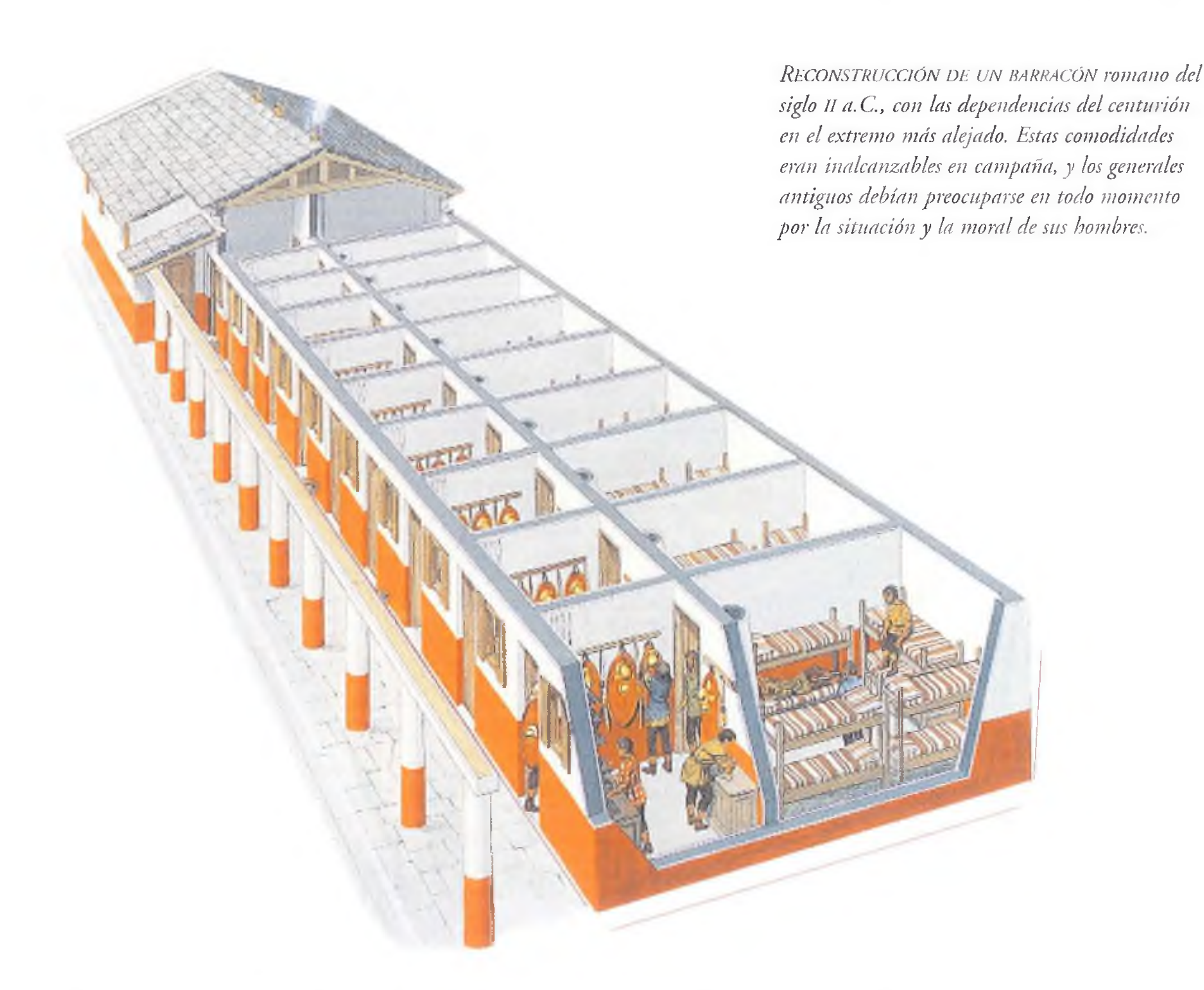
Filipo cometió un error táctico después de terminado el combate. Al parecer, la última fase de la lucha de su ala derecha había tenido lugar en el promontorio de Argenna, en las costas de Asia, a cuyo abrigo se encontraba fondeado. La idea era proclamar la victoria, tal como hizo, con la ocupación de la zona de combate, uniéndolo al triunfo indiscutible del apresamiento del buque insignia de Atalo. Sin embargo, los vientos y corrientes dominantes habían hecho una cosecha horripilante entre las aguas, mostrando al rey y a sus acompañantes, con la abundancia de cadáveres y demás desechos de los barcos, que la batalla de Quíos había sido la más cara de la campaña. Filipo había perdido contra Atalo su buque insignia, otras cinco naves pesadas hundidas o capturadas, junto con 25 de sus barcos ligeros con su tripulación, otrosdiez buques pesados y tres de sus cruceros. La escuadra de Rodas demostró su magnífica preparación al destruir 40 de los barcos ligeros de Filipo y tomar otros siete con sus tripulantes. También hundió diez de los barcos más pesados de Filipo, y optó por remolcar dos de sus unidades medianas. Atalo había perdido el desventurado crucero de Dionisódoro y otro barco de dimensión media, y también su buque insignia y dos escoltas, apresados. En el aspecto humano, 3.000 marinos macedonios y otros 6.000 tripulantes perdieron la vida en el estrecho, mientras que nuestra fuente, Polibio, admite 70 bajas entre los combatientes de Pérgamo y 60 entre los de Rodas. Unos 2.000 macedonios y 700 reclutas egipcios sobrevivieron como prisioneros del enemigo.

Los dictados de la caballerosidad militar se habían cumplido, y Filipo había seguido las viejas normas, incluso en la labor de recuperar los cuerpos macedonios reconocibles de entre los restos del naufragio. El rey macedonio reconoció la realidad de su derrota cuando al día siguiente, por decisión conjunta, los navíos de Rodas y Pérgamo zarparon de Quíos y se dirigieron de nuevo a la línea de batalla. Filipo rehusó el desafío y permaneció en las costas asiáticas mientras las flotas aliadas, al menos inicialmente, se desplegaban frente a él, impidiéndole la retirada. Los aliados tenían sus razones para no volver a forzar el combate. Atalo, además de su mal trance del día anterior, tenía ahora al ejército de Filipo en el litoral asiático cerca de su capital, sin que nada se interpusiera entre Filipo y Pérgamo, salvo las murallas de la urbe. Estas consideraciones cobraron un peso creciente, a lo que se unió la agonía del almirante de Rodas y, con su pérdida, la de la visión estratégica que había derrotado a Filipo.

Después de nombrar a su sucesor y de escribir un informe para el gobierno, Teofilisco expiró. Su gran obra no fue tan duradera como habría esperado. Él había convencido a Atalo de unir sus fuerzas en las primeras fases del ataque de Filipo pero, en un período crucial, la cooperación entre Rodas y Pérgamo quedaba enterrada en la tumba misma del almirante rodio. Con razón, Atalo pensó que Filipo buscaría venganza personal contra él y llevaría su flota y sus soldados contra su ciudad-fortaleza, por lo cual dejó a la escuadra de Rodas llorando a sus muertos e interponiéndose entre los restos de la armada de Filipo y su isla. Al cabo, Filipo siguió constituyendo una amenaza para ellos, por lo que tanto Atalo como Rodas invitaron a los romanos a extenderse hacia el este, y en los años que siguieron habría un nuevo pueblo presto a apoderarse del conjunto del antiguo imperio alejandrino.

Trebia: un choque de culturas de mando

Al oeste, entraron en conflicto dos productos distintos de una situación internacional diferente, como aguiluchos en el nido, en un combate que determinaría cuál de los dos estaba llamado a sobrevivir. En la estela de las comparativamente bien documentadas victorias de Alejandro, los comandantes de los tiempos posteriores adquirieron la convicción de que un buen general debía hacer un uso minucioso de sus activos militares. El nacionalismo estaba convirtiéndose en una fuera importante dentro del cuadro



Reconstrucción de un barracón romano del siglo II a.C., con las dependencias del centurión en el extremo más alejado. Estas comodidades eran inalcanzables en campaña, y los generales antiguos debían preocuparse en todo momento por la situación y la moral de sus hombres.

militar. La creación por Filipo II de un ejército nacional, sufragado por el rey y por sus leales, había permitido a su hijo y sus herederos derrotar a los ejércitos vasallos del imperio persa y a los ejércitos menores y divididos con los que las ciudades-estado griegas habían intentado impedir su hegemonía. Los ejércitos profesionales tuvieron un desarrollo paralelo. Los reyes-generales que combatieron contra el imperio de Alejandro utilizaron los tesoros conseguidos que heredaron para financiar sus campañas sustentadas en ejércitos compuestos por soldados profesionales que habían vivido literalmente varias décadas en el campo de batalla. Uno de los más triunfales de éstos había sido Pirro, rey de Epiro (una pequeña nación junto a Macedonia), que conquistó brevemente este país y aspiraba a extender sus dominios a occidente.

Los combates de Pirro librados contra el ejército nacional de la república de Roma entre los años 280 y 275 a.C. son ensalzados por su habilidad en la batalla y por la tenaz determinación de victoria de los romanos que, al final, prevaleció. Pirro dejó una memoria escrita de sus campañas contra los romanos (una fuente importante de la biografía que escribió Plutarco sobre él), y uno de sus lectores más ávidos (y, por tanto, beneficiario de la experiencia del general) fue un descendiente de los antiguos fenicios que respondía al nombre de Aníbal Barca.

El odio que sentía Aníbal hacia Roma y los romanos era heredado y legendario, pero no ciego. Roma había vencido a Cartago con gran dificultad en la primera guerra púnica (264-241 a.C.), pero lo que hizo inevitable una segunda contienda, al igual que el Tratado de Versalles del año 1918, fue la toma oportunista por los romanos de Cerdeña y Córcega mientras Cartago hacía frente a la angustia de una serie de revueltas protagonizadas por su propio ejército de mercenarios. Una declaración de guerra de Roma contra Cartago en el año 238 permitió a la república no sólo asegurarse las dos islas, sino también una indemnización de 1.700 talentos de plata y odio imperecedero de la familia de los Barca contra Roma.

Las guerras entre Roma y Cartago fueron las más estudiadas por los futuros comandantes en las escuelas de educación militar de la Antigüedad. Quien reprimió la revuelta de los mercenarios fue el general Amílcar Barca, para ver de inmediato que Roma había aprovechado sin reparos la debilidad de su nación. Cartago buscó nuevos ingresos y oportunidades en Iberia, y envió a Amílcar a afianzar este dominio, quien a su vez se llevó consigo a su hijo mayor para educarle en campaña. Tras la muerte de Amílcar, ahogado al cruzar un río, Aníbal sucedió a su padre en el mando e inició una larga carrera militar con importantes éxitos contra los indómitos habitantes del territorio ibérico. Los esfuerzos de Roma por circunscribir sus operaciones, dirigidos obviamente contra él en último término, impulsaron a Aníbal a desplazar su ejército, principalmente mercenario, desde suelo ibérico hasta Italia a través de los pasos alpinos en un ejemplo de rapidez militar al final del invierno. La fuerza de voluntad y la planificación hicieron posible una demostración eficaz y de inmensa dificultad.

Para atajar al joven heredero de la familia militar cartaginesa, los romanos enviaron como cónsul en el año 218 al patriarca de una célebre dinastía militar, Publio Cornelio Escipión. Escipión el Viejo ya había decidido atacar la base de suministros de Aníbal en Iberia, pero la velocidad de Aníbal para llegar a Italia le forzó a enviar a un oficial de su confianza, su hermano Cneo, al frente de unas fuerzas limitadas hacia Iberia, mientras él retrocedió para buscar el encuentro en batalla con Aníbal y su ejército cerca del cruce del valle del río Po.

La amenaza de Aníbal

La diestra conducción del ejército de Aníbal, con la increíble hazaña de transportar elefantes a través de anchos ríos y elevadas cumbres montañosas en invierno, hizo de él el oponente más temido al que se había enfrentado Roma en toda su historia. Publio Escipión se encontró con la caballería y la infantería ligera de Aníbal, magníficamente dirigidas y muy bien adiestradas, en el cruce del río Ticino, que Escipión no pudo esquivar y en la que fue gravemente herido y forzado a retirarse hacia la plaza fuerte de Placentia. Aquí le alcanzó un segundo ejército consular, destinado originalmente a invadir el África púnica al mando de su compañero Sempronio Longo, demostrando hasta qué punto el rápido movimiento de Aníbal, decisivo y eficaz, le había permitido tomar la iniciativa sobre los romanos.

Como sucedió en el desastre de Egospótamos, la política pronto mostró tener un efecto devastador en una decisión táctica vital. Una victoria menor en una escaramuza con la vanguardia cartaginesa convenció a Sempronio de que podía conseguir un triunfo decisivo y, con ello, un excelente rédito político. Asumiendo el mando en solitario, se desplazó hacia el río Trebia con los ejércitos consulares combinados de unos 40.000 hombres en diciembre del año 218 a.C.

Aníbal gozaba de los prerrequisitos citados por Napoleón como claves del éxito de un comandante: una increíble buena suerte y un enemigo estúpido. Los galos, tradicionales enemigos de Roma, se habían unido bajo el estandarte de Aníbal, al que consideraban su liberador, pero estos indisciplinados refuerzos no soportaban permanecer en el campamento cartaginés sin la perspectiva de la acción. Aníbal tenía subalternos aptos y capaces, además de a sus hermanos menores. Llevándose consigo a uno de ellos, de nombre Magón, exploró el curso del avance romano y encontró un declive en el que Magón y 2.000 hombres de infantería podían ocultarse hasta el momento propicio.

Tal vez la amargura del superviviente haya influido en el relato del romano Livio al hablar del sufrimiento de su ejército mientras marchaba, estremecido, hacia la trampa de Aníbal. Al amanecer, la caballería númida del cartaginés apareció frente al campo fortificado de Sempronio y tentó a los romanos a la batalla con una lluvia de jabalinas y otros proyectiles. Sempronio, a su vez, envió a su caballería e infantería ligera en un esfuerzo vano que agotó su resistencia física y sus armas arrojadizas, en el fragor de una tormenta invernal y ante la falta de víveres y armamento entre sus hombres. El río Trebia bajaba helado, y congelaba el pecho de la infantería romana forzada a vadearlo y a avanzar hacia los prometedores fuegos del campamento cartaginés, donde les aguardaban las huestes de Aníbal, calientes y bien nutridas. Un oficial puede optar por ignorar el estado de sus hombres, pero lo cierto es que la condición física y mental ejerce una tremenda influencia en la resistencia y la naturaleza de su lucha.

El plan de batalla de Aníbal contemplaba el uso de soldados como trituradoras de carne, con la in-

fantería ligera (*Baliares*) precediendo a sus líneas y hostigando a los pesados romanos con jabalinas desde una distancia segura. Éstas caían ante las cerradas y eficaces legiones romanas, cuatro de ciudadanos romanos en el centro y otras cuatro de aliados itálicos de Roma en las alas. Buen lector de las crónicas sobre las batallas de Alejandro y Pirro, Aníbal mantuvo a sus elefantes por detrás de su frente de batalla, donde le servían como plataformas de proyectiles con cierta seguridad, mientras por detrás de la larga línea de 20.000 hombres de infantería ibérica y un número desconocido de aliados galos se situaba un contingente de retirada bien organizado.

> *«Cuando dos hombres trabajan codo con codo, uno u otro ven primero cuándo hay una oportunidad de matar. Si cada uno mira por sí mismo, alerta pero en solitario, su alcance es menor, su control les hace invulnerables.»*
>
> *HOMERO*

Es preciso decir que, como herencia de una buena tradición militar, las tácticas de los legionarios de Roma, con la evolución de los siglos, seguían sirviendo para el ejército romano. La jabalina de estos legionarios, o *pilum*, respondió con eficacia al bombardeo de Aníbal, mientras la legión se acercaba al centro mismo de la línea cartaginesa. Sin embargo, la caballería romana descubrió el motivo por el cual Aníbal había llevado a sus elefantes en un viaje tan largo hasta Italia. Los caballos itálicos no resistieron la visión y el olor de estos inmensos y extraños animales, y se desbocaron. Los elefantes y la superioridad de la caballería romana de Aníbal cayeron duramente sobre los flancos romanos.

Las notables limitaciones de Sempronio como comandante no le brindaban mejor solución para la apurada situación táctica en que se encontraba que seguir avanzando directamente sobre el centro de Aníbal, una tendencia de los comandantes romanos que el cartaginés sabría aprovechar con terribles resultados en la ulterior batalla de Cannas. Aníbal volvió sus elefantes contra la infantería ligera romana, que atacó a los animales con las picas, y facilitó así que la emboscada de Magón tuviera éxito por uno u otro medio, pese al continuo empeoramiento del tiempo. Sempronio, sin contacto con el grueso de su ejército y ante el terrible curso de los acontecimientos, pensó que había logrado la victoria cuando una cuarta parte de su ejército embistió el centro cartaginés, pero aquellos 10.000 hombres no fueron sino los únicos supervivientes de una derrota desastrosa cuando el resto de las fuerzas de Aníbal masacró metódicamente a los dos tercios restantes del ejército romano. Los supervivientes escaparon hacia Placentia, en plena tormenta, en pequeños grupos.

Las conexiones familiares pudieron determinar gran parte del resto de la contienda. Publio Cornelio Escipión se reunió finalmente con su hermano Cneo en Iberia y actuó contra la retaguardia de Aníbal, derrotando y siendo vencido por el hermano menor de éste, Amílcar, hasta la derrota y muerte de los dos en el año 211 a.C. Asdrúbal, otro de sus hermanos, moriría al enfrentarse a un ejército romano renovado mientras intentaba reunirse con Aníbal en Italia en el río Metauro en el 207 a.C. Se dice que Aníbal, al ver la cabeza de su hermano clavada en la línea de su vanguardia por un caballero romano, perdió toda esperanza de victoria. Entre tanto, el hijo de Publio Escipión había logrado una gran victoria con el resto de las fuerzas de su padre y su tío en Iberia, y combatiría triunfalmente contra Aníbal en África, en Zama, en el año 203 a.C., mereciendo por sus hazañas el legendario nombre de «el Africano». Años después de la batalla, los dos volvieron a enfrentarse, presumiblemente, frente a la ciudad griega de Éfeso. La narración de Plutarco muestra a Aníbal y Escipión el Africano caminando juntos y discutiendo sobre su posición histórica entre los grandes jefes del ejército. Aníbal elegía a Alejandro primero, después a Pirro y más tarde a él mismo. «¿Y si me hubieras vencido?», pregunta Escipión. «Entonces, yo sería el primero», replica Aníbal.

Accio: división entre los comandantes

El curso de la épica batalla de Accio en el año 31 a.C. encuentra sus claves en el resultado de dos importantes problemas de mando y control. Los vencidos, Antonio y Cleopatra, como Atalo y Rodas en Quíos, tenían conceptos diferentes de la guerra, distintos

Trebia

218 a.C.

Al amanecer, la caballería númida de Aníbal apareció frente al campamento romano y tentó al enemigo al combate con una lluvia de jabalinas y otros proyectiles. La infantería ligera de Aníbal, al frente de su línea, hostigó a los romanos con venablos, retrocediendo ante las legiones por detrás de la larga línea de infantería ibérica y de aliados galos de Aníbal. Los *pila* de los legionarios romanos dieron dura respuesta al bombardeo de Aníbal, mientras la legión empujaba contra el frente cartaginés. Sin embargo, los caballos romanos no resistieron la visión de los elefantes, y se desbocaron. Los elefantes y la superioridad de la caballería de Aníbal empezaron a destrozar los flancos romanos, pero Sempronio mantuvo el avance directamente contra el centro de Aníbal. Éste envió a sus elefantes contra la infantería ligera romana, que atacó a los animales con sus picas y cayó bajo la emboscada de Magón. Diez mil romanos se abrieron paso por el centro cartaginés, siendo los únicos supervivientes; el resto del ejército de Roma resultó aniquilado.



Después de su épico paso por los Alpes, Aníbal se enfrentó a Sempronio, el cónsul romano, en el río Trebia. La derrota romana dejó el camino despejado para que Aníbal marchara hacia Roma.

1 **Los romanos se ven forzados a cruzar el río Trebia. El agua gélida les cubría el pecho dejándolos empapados.**

3 La caballería y los elefantes de Aníbal empiezan a presionar sobre los flancos y la retaguardia de Roma, dejando atrapados a varios miles de efectivos.

2 Los elefantes de Aníbal se usan en un principio como plataforma para los proyectiles. Asustan a los caballos romanos, que se desbocan.

5 Diez mil romanos consiguen romper la línea de Aníbal, pero el resto perece en la batalla.

4 Magón, hermano de Aníbal, espera emboscado con 2.000 hombres de infantería y caballería, y sorprende a los romanos.

objetivos y, al final, planes tácticos contrapuestos que llevaron a que ninguno de los dos se aplicara convenientemente. Octavio, el vencedor, se enfrentó al obstáculo de su limitada capacidad militar, y lo superó con la acertada elección y aprovechamiento de un poderoso subalterno. La indiscutible capacidad de Marco Vipsanio Agripa como armador, organizador y almirante puso la victoria y el Imperio Romano en manos de Octavio (quien sería llamado Augusto) y de sus herederos imperiales.

El desprecio tradicional de Roma por la dificultad y el gasto de mantener una fuerte flota central había dejado las naves combinadas de la antigua república en manos del último hijo vivo de Pompeyo Magno, Sexto. Tras la muerte de Julio César en el año 44 a.C., Sexto empleó estos recursos navales en su apuesta por ganar el imperio, poniendo en entredicho las vitales expediciones de grano para Roma y lanzando incursiones contra las costas de Sicilia e Italia. Octavio, heredero adoptivo de César, había intentado enfrentarse a Sexto en el mar, con resultados pavorosos y humillantes. Falto de talento militar, el futuro emperador tomó la mejor decisión, ganándose una lealtad férrea de por vida del hombre al que eligió como su comandante.

«[Escipión el Africano] se contuvo de exponer su persona sin una razón suficiente... una conducta característica no de un comandante que confía en la suerte, sino del dotado con el don de la inteligencia.»

POLIBIO

El genio de Agripa pronto se expresó en toda su dimensión a través de la solución adoptada de construir y formar una poderosa armada: frente a una escuadra activa y hostil, la suya estaba pensada para frenar la amenaza que suponía el dominio de los mares por parte de Sexto. Ante la ausencia de puertos seguros en la costa occidental de Italia, la zona más amenazada por la flota de Sexto en Sicilia, Agripa hizo construir un nuevo puerto donde logró resguardar apropiadamente a su propia flota.

Las naves construidas y con base en Puerto Julio eran de buen tamaño y contaban con un poderoso armamento a bordo, invención del propio Agripa. Como remeros había tomado a 20.000 libertos, todos los que podía conseguir Octavio, quien aprendió los fundamentos del remo y la vida en el mar en las aguas superficiales del lago Lucrino. Agripa dio a sus marinos y remeros una instrucción especial obligándoles a zarpar con mal tiempo, de forma que no les sorprendieran las olas altas. En dos batallas repentinas y brutales, la flota de Sexto sufrió el desastre y la destrucción en Nauloca y Milae, frente a las costas de Sicilia, en el año 36 a.C. En el espacio de tres años, Octavio había pasado de no tener armada a gozar de la más poderosa del Mediterráneo occidental.

Los planes de Marco Antonio para establecerse como heredero de Julio César tomaron forma cuando Antonio intentó hacer realidad los sueños inconclusos de César de conquistar oriente. Para ello necesitaba soldados, no barcos, y justo después de que Octavio hubiera perdido su primera flota ante Sexto y la tormenta del 36 a.C., Antonio le ofreció 300 naves a cambio de varias de las legiones romanas. En aquel entonces, pretendía vengar una derrota desastrosa de Roma en Partia, pero su campaña tenía un éxito mucho menor que el logrado por Octavio y Agripa frente a Sexto, posiblemente porque Antonio carecía de un lugarteniente tan capaz como Agripa. Pronto, la reina del Egipto helenístico iba a sustituir a Italia y Roma como fuente de apoyo para Antonio, dando pábulo a sus ambiciones. Cuando Antonio planeó una serie de operaciones contra Armenia y Partia, Cleopatra asumió el papel de impulsora de la construcción y el mantenimiento de una flota capaz de equipararse a la cada vez más poderosa de Octavio y evitar su influencia hacia el este.

Como intercambio por el apoyo de Cleopatra, en el año 34 a.C. Antonio puso en manos de la reina y de sus hijos el control de Chipre, la mayor parte de Siria, Libia y el sur de Asia Menor, así como toda la costa oriental del Mediterráneo, con la excepción de parte de Siria y la Judea de Herodes. En la península Itálica, esta decisión azuzó la convicción de que Marco Antonio iba a entregar el imperio de Roma a la reina de Egipto. La propaganda de Octavio ayudó a propalar este rumor, y el escenario quedó listo para que los dos últimos posibles herederos de Julio César entraran en conflicto de una vez por todas.

Choque entre Oriente y Occidente

Antonio permaneció en el este y empezó a movilizar sus fuerzas. Según Plutarco, la flota combinada de Antonio y Cleopatra sumaba 800 naves, entre ellos barcos de apoyo, que Antonio congregó en Éfeso, en el este de Asia Menor. Unas 200 de estas embarcaciones eran de Cleopatra; las restantes pertenecían a la antigua flota de Antonio y a barcos construidos por los reyes vasallos que le habían jurado lealtad. Plutarco dice que 500 de estas naves eran grandes barcos de guerra; el gran buque insignia de Cleopatra se llamaba *Antonia*. Se trataba, en todo caso, de embarcaciones de grandes dimensiones, en la tradición del diseño naval del Mediterráneo oriental.

Los romanos de finales de la república tenían tradición de combate por sus guerras civiles en Grecia. Antonio había aprendido los fundamentos de la invasión anfibia en Italia, pero abandonó este plan ante los rumores de que la flota de Octavio y Agripa estaba ya en Grecia. Como sucedió en Kadesh, el fallo de la inteligencia militar influyó en la decisión del comandante, debido a un informe erróneo de que la fuerza de reconocimiento que Octavio había enviado a la costa griega era el grueso de su flota. Después de llegar hasta la isla de Samos, Antonio zarpó con su marina y su ejército hacia Patrás, en el Peloponeso, donde pasó el invierno, en espera de la llegada de la nueva estación de campaña en 32 a.C.

Octavio y Agripa empezaron a desplazar sus fuerzas hacia Grecia a principios de primavera. Antonio se detuvo temporalmente para recomponer las tripulaciones de su flota, ya que había perdido muchos marineros por enfermedad en el curso del invierno. Agripa, sin embargo, inició el primero de una serie de rápidos asaltos anfibios en la costa griega, tomando y conservando la iniciativa. Atacó y tomó Metona, y desde aquí sus barcos empezaron a interceptar las naves de suministro de Antonio, mientras periódicamente tocaban tierra en distintos lugares de la costa. Antonio empezó a sentirse incómodo ante estas tácticas, que le impedían tomar la iniciativa y limitaban sus opciones. Las tácticas de Agripa mantuvieron ocupada a la flota de Antonio patrullando la costa, mientras Octavio atravesó sin incidencias el Adriático desde Brundisium, llevando 80.000 soldados y suministros. El futuro emperador tomó tierra con sus soldados y llevó su flota de guerra muy cerca de la base de Antonio en Accio, a un lugar llamado Corcyra (Corfú). El puerto recibía el elocuente nombre de «el cazo», posiblemente por el río que discurría por él. Cleopatra, que había zarpado con su flota hacia la base de Antonio en Accio, dijo que no había nada que temer, pues Octavio no se sentaría en el cazo, una broma que resonaba a hueco. Octavio y Agripa no habían cruzado el Adriático para quedarse sin luchar. Ambos bandos fortificaron sus posiciones y esperaron a ver los movimientos del contrario.

En el bando de Antonio se cometió una equivocación. Agripa, con fácil acceso a mar abierto, no iba a dejar a su flota ociosa cuando había excelentes oportunidades tácticas. Agripa asumió el mando y capturó un escuadra y una guarnición que Antonio había dejado estacionadas en Leucas. Después se desplazó al sur hacia Patrás y derrotó a los barcos que había dispuesto allí Antonio. A continuación tomó Corinto. Agripa volvió a Accio justo a tiempo de destruir una flotilla de naves con las que Antonio se había arriesgado a lanzar un ataque al amparo de la niebla contra el bloqueo naval que Agripa había dejado dispuesto para impedir toda escapatoria. Así, Antonio vio rápidamente su fortaleza convertida en una trampa, con una situación que empeoraba por efectos de la enfermedad y el hambre, pues las fiebres y la pérdida de sus barcos de suministro empezaron a cobrarse un tributo entre los tripulantes y el ejército.

Considerando la situación naval, parece que Antonio estaba esperando que el grueso de su ejército se reuniera con él en Accio para, cuando se hubiera congregado totalmente, atacar a Octavio por tierra. No en vano, en tierra era un general bastante más avezado que Octavio o Agripa, por lo que buscó aprovechar esa ventaja en una zona en la que confiaba en tener superioridad de mando. Una vez vencido el ejército de Octavio, la flota de Agripa no podría sino quedarse mirando el avance de Antonio hacia Italia. Pero el acertado bloqueo de Agripa de su línea de suministro y el campamento fortificado de Octavio, por el cual sus fieles podrían eludir el combate directo, le había dejado atrapado en una situación en la que debía decidir entre perder la flota y la mayoría de su ejército o permanecer en el lugar y dejarse vencer gradualmente por el paludismo y, ya entonces, por la disentería.

La presencia de Agripa fuera del puerto significaba que Antonio no tenía ninguna oportunidad de recuperar la conexión de ultramar con el su-

ministro de grano de Egipto, y la ruta de abastecimiento por tierra no era la adecuada para sostener a 100.000 soldados y 70.000 remeros. Cuanto más dudaba Antonio, peor se hacía la situación. Sus hombres empezaron a desertar hacia el ejército de Octavio, y los reyes vasallos también comenzaron a darle la espalda. Su mejor almirante, Domicio Enobarbo, se pasó a la flota de Agripa en un barco de remo, ya moribundo por la fiebre. Antonio tomó finalmente una decisión.

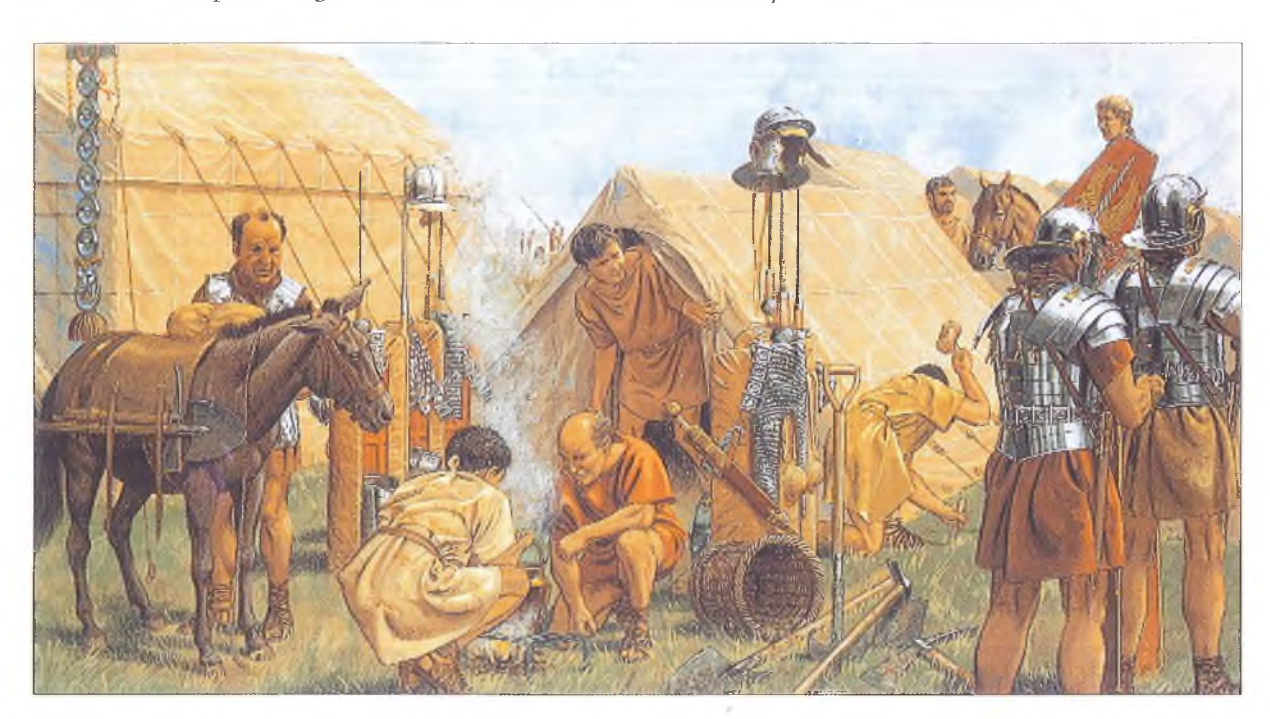
La elección, en la que Antonio y Cleopatra estuvieron de acuerdo, era romper el cerco con toda la flota y los soldados que pudieran trasladar, con la esperanza de que las restantes legiones marcharían hacia el norte, a través de Macedonia hacia regiones amigas de oriente. La consecuencia de esta elección fue la batalla naval de Accio.

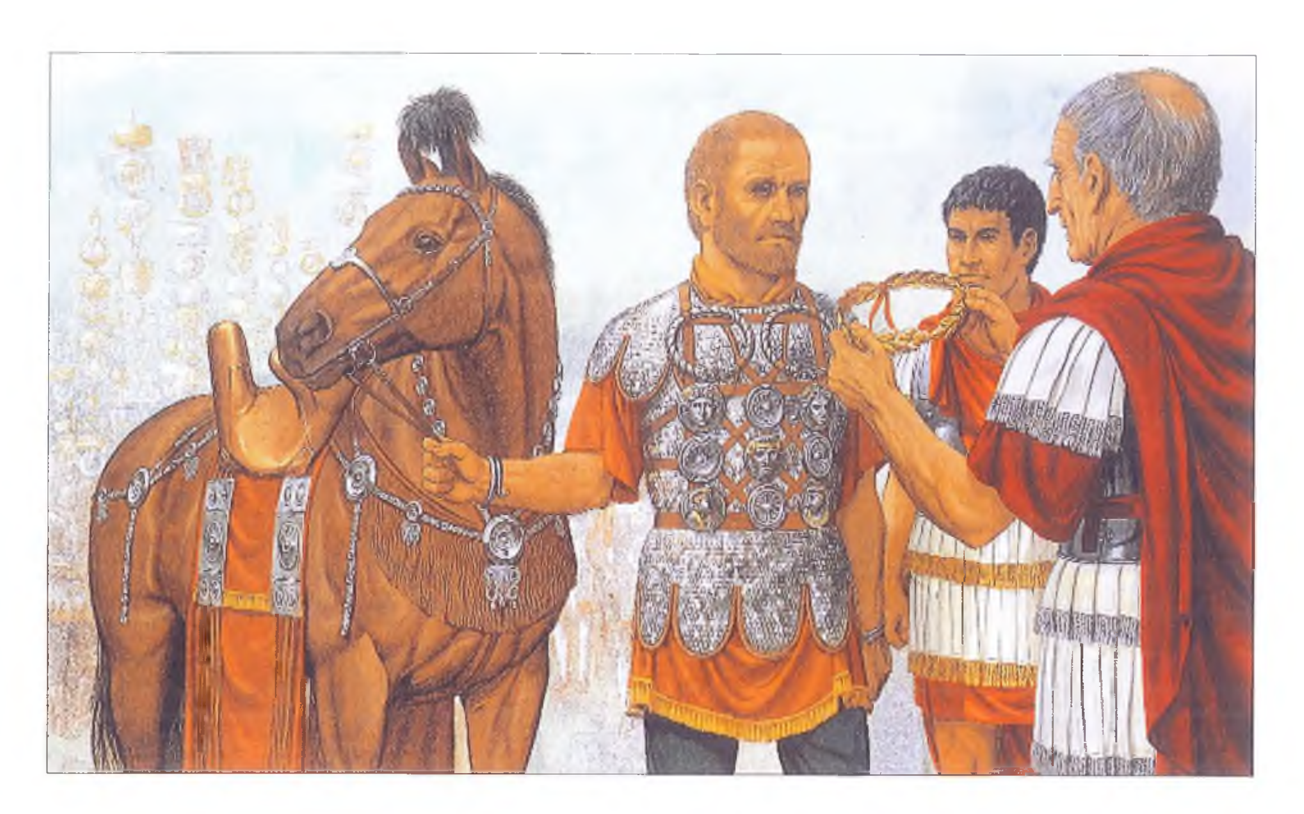
Esa decisión, vista en retrospectiva, ha sido muy criticada desde el año 31 a.C. hasta la actualidad. Como más tarde demostraron los acontecimientos, fue equivocada. La duda surge cuando se piensa en si había alguna elección correcta. Si Antonio hubiera intentado marchar hacia Italia, Octavio habría tenido muchas oportunidades de elegir las condiciones para la batalla, presumiblemente con un resultado similar a Accio. También existía la posibilidad de que Antonio se quedara sin ejército: de hecho, sus legiones terminaron por entregarse a Octavio, tras la derrota de su oponente. Una batalla naval tenía la ventaja de forzar a las tropas de Antonio a una lucha por la supervivencia, y, aunque el éxito fuera sólo parcial, la guerra habría continuado si Cleopatra y Antonio hubieran podido disponer de sus recursos.

La flota de Antonio consistía en barcos pesados y potentes, con los que Agripa nunca había combatido en una batalla a gran escala. Si el ejército se hubiera ido, los barcos habrían sido incendiados o entregados a Agripa, lo que habría significado que el ejército de Antonio se habría visto obligado a dirigirse a Egipto por tierra, o desplazarse incluso a una Italia hostil, a la que Octavio, surcando el mar, llegaría antes. Es probable que Cleopatra hubiera negado su apoyo a Antonio si éste hubiera dejado torpemente abandonada su costosa flota, vital para el futuro de Egipto a largo plazo.

Antonio había perdido ya un número considerable de sus remeros por enfermedad antes de tomar su decisión. Como consecuencia, se vio obligado a enviar patrullas de enganche para cubrir los bancos de remos de los buques de guerra con alguien capaz de impulsar la embarcación. Pese a sus esfuerzos, estos

VISTA DE UN CAMPAMENTO ROMANO EN CAMPAÑA. La tienda grande de la izquierda con el estandarte fuera es la del centurión, mientras que los legionarios duermen en las tiendas menores. Estas tiendas siempre se situaban una cerca de la otra.





AL VENCEDOR, EL BOTÍN: un comandante de la caballería romana es condecorado por su valor. Las recompensas para los comandantes victoriosos eran importantes, pero también el coste de los fracasos.

bancos no estuvieron bien manejados. Parte de la flota se encontraba en mal estado. Sólo 60 de las naves de guerra pesadas de Egipto se hallaban a punto para zarpar. Las restantes fueron quemadas. El tesoro de Cleopatra se cargó en su escuadra de barcos mercantes al abrigo de la oscuridad, probablemente más para engañar a Octavio, que miraba desde las alturas, que a la gente de Antonio, como mantuvo Plutarco. El dinero era más transportable (y acaso más valioso) que los hombres, y no había que dejar a Octavio un objetivo tan evidente. Fuera de lo acostumbrado, en todos los buques se desplegaron velas.

Tal como señala oportunamente Plutarco, aquél no era el procedimiento habitual para una flota de guerra. En combate, los mástiles y las velas impiden el uso eficaz de la cubierta superior para remeros o marinos, además de hacer más probable que el barco zozobre. Las velas demuestran de por sí que Antonio no pensaba librar una batalla decisiva. Habrían servido más bien de apoyo táctico a la flota de Antonio; como ya se ha dicho, los barcos eran grandes, pesados, lentos y escasamente maniobrables, y muy difíciles de parar una vez lanzados a velocidad. Con las velas, la flota de Antonio, en formación cerrada, podría embestir contra los barcos de bloqueo de Agripa. Así, se llevaría las tropas y el tesoro a Egipto, donde podía proseguir la guerra.

Después de cuatro días de tormenta, el 2 de septiembre del año 31 a.C., la flota de Antonio y Cleopatra avanzó hacia el golfo de Ambracia y formó en línea de batalla. El número exacto de naves que le quedaban a Antonio de las 500 que tenía al principio de la guerra no se conoce bien. Había perdido algunas frente a Agripa en Metona, Leucas y Patrás. Otras seguían en Egipto y algunas más habían sido quemadas. El número aceptado modernamente es de 230 barcos de guerra pesados. Esta cifra no incluye la flota de transporte de Cleopatra, cuyos barcos no habían sido incendiados, ya que Plutarco coincide con el relato de Octavio de que su flota capturó 300 barcos después de la batalla. Otras naves lograron escapar del combate.

Agripa y Octavio estaban esperando la fuga, sobre todo después de presenciar la quema de las naves egipcias. Octavio, basando su plan en su experiencia naval, sugirió que dejaran escapar a Antonio y Cleopatra, para después perseguirlos entre Agripa y él. Agripa tenía más fe en la capacidad de sus barcos

para detener a los monstruos de Antonio y Cleopatra, si se les privaba de la ocasión de ganar velocidad a toda vela, y su opinión prevaleció sobre la de su tímido patrón.

Las naves de Antonio se extendieron en una línea de batalla perpendicular a la costa más próxima, frente a los barcos del tesoro de Cleopatra y de Antonia. Marco Antonio embarcó a unos 20.000 legionarios y 2.000 honderos en sus naves, apostados en las cubiertas y en las torres. Esta cifra sumaba probablemente todos sus efectivos: cuando los historiadores antiguos hablan del «insuficiente gobierno» de los barcos de Antonio, se refieren a la falta de remeros. Formada la línea de batalla, esperaron cerca del litoral, tanto para impedir que los barcos de Agripa se situaran detrás de ellos como para tener el máximo espacio disponible para lograr navegar a toda velocidad cuando la brisa de la tarde hinchara las velas.

Al principio los barcos de Agripa no estaban cerca. En una ocasión anterior, Antonio había desplegado su flota en formación de batalla, sólo para retirarse después hacia el puerto, y Agripa no quería correr el riesgo de recibir el fuego desde las torres fortificadas de Antonio en la costa. Antonio estaba esperando la brisa de la tarde, que llegaba enérgicamente desde el golfo en dirección al Adriático. Con ella y la potencia de sus remos podría desbordar a la flota de Agripa o atravesarla; no habría problema una vez que sus grandes embarcaciones hubieran alcanzado su máximo empuje. En el mar, ya podría elegir su curso. Mientras las naves de Agripa apenas comenzaran a aparejarse para zarpar, la flota de Antonio estaría ya camino de Egipto, o de Italia, aunque es poco probable que Cleopatra hubiera seguido a Antonio a la segunda.

Pero Marco Antonio tuvo mala suerte. Hacia el mediodía, una violenta brisa empezó a soplar en la bahía. El vendaval provocó el desorden entre los barcos de Antonio que, situados cerca del litoral y con las velas desplegadas, se vieron forzados a remar contra el viento sin éxito, pues su estrecha formación se sumió en la confusión. Como los remeros se esforzaban infructuosamente hasta el extremo, Antonio empezó a desplazar los barcos lejos de la amenazadora costa. Con la brisa de popa, Agripa al principio se contuvo para aminorar el impacto que las naves de Antonio podrían haber tenido bajo sus remos, y después empezó a girar en torno a los flancos de la línea de Antonio. Estalló entonces un fiero enfrentamiento entre las dos escuadras. Sin duda, Agripa sabía lo que esperaba Antonio, y en el momento en que empezó a soplar la brisa del lado del mar, la formación de Antonio había sido destruida, los barcos atrapados y la batalla perdida.

«Al elegir a sus centuriones, los romanos no buscan tanto el... tipo agresivo... sino al que sabe mantenerse en su puesto aun en las peores condiciones y bajo presión, y muere antes de abandonarlo.»

POLIBIO

La lucha entre ambas líneas continuaba cuando la brisa que había esperado Antonio apareció por fin. Fue entonces cuando la escuadra de Cleopatra inició la fuga, invirtiendo el plan original. Alzando las velas, que habían permanecido plegadas durante el viento anterior, Cleopatra y su mando pasaron a toda velocidad por un hueco en el centro de la batalla. Antonio había concentrado deliberadamente sus fuerzas pesadas en los extremos, tanto para impedir que Agripa se situara por detrás de sus líneas como para debilitar el centro del enemigo. Parece que la táctica funcionó. Cleopatra llegó sin problemas a mar abierto. Como su aportación era esencial para el esfuerzo bélico, Antonio tomó su conocida decisión de seguirla. Su buque insignia se hallaba inmovilizado entre los barcos de Agripa, así que trasladó su bandera a un barco más ligero y logró desembarazarse de la presión.

Las restantes naves de Antonio intentaban seguir la idea original de Antonio y Cleopatra de abrirse paso entre el enemigo, más que de presentarle batalla. Sus tripulantes arrojaron las torres por la borda y alzaron nuevamente las velas, intentando romper líneas y escapar por el hueco. El resultado fue desastroso. En la densa formación inicial, pensada por Antonio, la flota de Agripa no habría podido impedir la fuga. Pero una vez que los barcos de Antonio se habían dispersado, los de Agripa empezaron a destruir sus bancos de remos con los espolones. Al final, los efectivos de la flota de Agripa superaron ampliamente

a los de Antonio que, desprovistos de jefe, terminaron por rendir sus 300 naves supervivientes a Agripa y Octavio. En su mayor parte no creían que Antonio hubiera escapado. Sufrieron 5.000 bajas, unas pérdidas importantes pero no abrumadoras. Los comandantes de Antonio aceptaron la derrota cuando vieron que no podían conseguir nada mejor.

Los supervivientes de la flota de Antonio y Cleopatra, unos 60 barcos, llegaron a Alejandría. Antonio viajó durante todo el tiempo sentado en la proa del *Antonia*, con la cabeza hundida entre las manos. La rotura del frente había salvado la quinta parte de la flota, y Antonio debía estar temiendo la deserción de las legiones dejadas atrás, que seguirían a Octavio, lo que sucedió una semana después de la derrota. Cuando Octavio llegó a Alejandría unos meses más tarde, la armada superviviente se rindió a él tras un breve forcejeo, al igual que el último ejército de Antonio. Éste y Cleopatra unieron su destino quitándose la vida, después de que el plan de Cleopatra de escapar fuera del mundo romano hacia el mar Rojo se esfumara junto a los barcos que había logrado arrastrar hasta allí, quemados por los árabes de Petra. Como Antonio y Agripa bien sabían, Cleopatra no podría mantener Egipto con los recursos de todo el Imperio Romano en su contra.

Antonio y Cleopatra, amantes y aliados, se encontraron, se separaron y perdieron la batalla y la vida. Agripa conservó honores y estima hasta su muerte en el año 12 a.C. Octavio, que había sabido dónde conseguir las aptitudes de las que él carecía, reinaría como el emperador Augusto sobre el mundo romano hasta su fallecimiento en el año 14 d.C.

Puente Milvio

El emperador Diocleciano había llegado a la conclusión de que el Imperio Romano era demasiado grande, bajo las presiones que terminarían por destruirlo, para ser gobernado por un solo hombre. En el año 293 d.C., lo dividió en una «tetrarquía» de cuatro distritos, con dos emperadores augustos y dos césares que la gobernarían y protegerían. Habían pasado varios siglos desde Accio y las luchas por el gobierno único del imperio, pero el razonamiento administrativo de Diocleciano pasó por alto la clara consecuencia histórica de que los soberanos de los distintos fragmentos del imperio lucharían entre sí para convertirse en señores de todo.

Roma e Italia eran mucho menos vitales para el imperio de lo que fueron en tiempos de Aníbal, o de Augusto, pero el antiguo trono de poder seguía conservando la mística de la posesión que daba a su dueño un gran valor moral. En el año 306 era de Majencio, hijo de uno de los cuatro emperadores originales de Diocleciano. Los demás soberanos del mundo romano se movieron para expulsarle de la capital, pero ésta había sido fortificada en el año 271 por el emperador Aureliano, y cuando Galerio invadió Italia en el 307, Majencio y sus tropas se mantuvieron detrás de las defensas y dejaron que Galerio atacara sin fruto. La prudencia permitió a éste retirarse a tiempo de una situación desesperada, pero Majencio, cuya experiencia militar, como la de Octavio, era limitada, tenía un precedente estratégico como modelo cuando hizo frente a su siguiente desafío, en el año 312. La mayor parte de lo que conocemos de esta batalla procede de la historia religiosa de Eusebio.

El tercer retador de Majencio fue Constantino, que por la marcha de los acontecimientos parecía haber leído historia. Siempre hay formas de asegurar las zonas de retaguardia que no obligan a dividir el ejército. El método empleado por Constantino para proteger sus pertenencias en Galia y Britania fue un ejemplo de buen gobierno. Perdonó los impuestos, trató bien a la gente y se protegió de amenazas del exterior antes de decidirse a luchar por el imperio. Las demás provincias, al ver el buen hacer de Constantino en una parte del imperio, sintieron menor motivación para oponerse a su poder sobre el conjunto. Además, Majencio le brindó insensatamente un contrapunto, al buscar la gloria militar con la brutal represión de una pequeña revuelta en África, seguido de un saqueo a gran escala de la provincia por el emperador y sus fieles. El Senado romano proporcionaba por entonces un ligero manto de legitimidad al emperador militar, pero Majencio lo perdió incluso con la persecución de los senadores sospechosos y exacciones impredecibles de los ingresos. El dinero es esencial en la guerra, pero puede ser más difícil de conseguir que los beneficios que proporcionará una vez obtenido.

Constantino emuló a Julio César al usar galos como apoyo en su avance sobre Roma. También imitó al más famoso enemigo de Roma en la velocidad de su ataque hacia el sur. Aníbal había demostrado que un ejército podía cruzar los Alpes con celeridad

Puente Milvio
312 d.C.

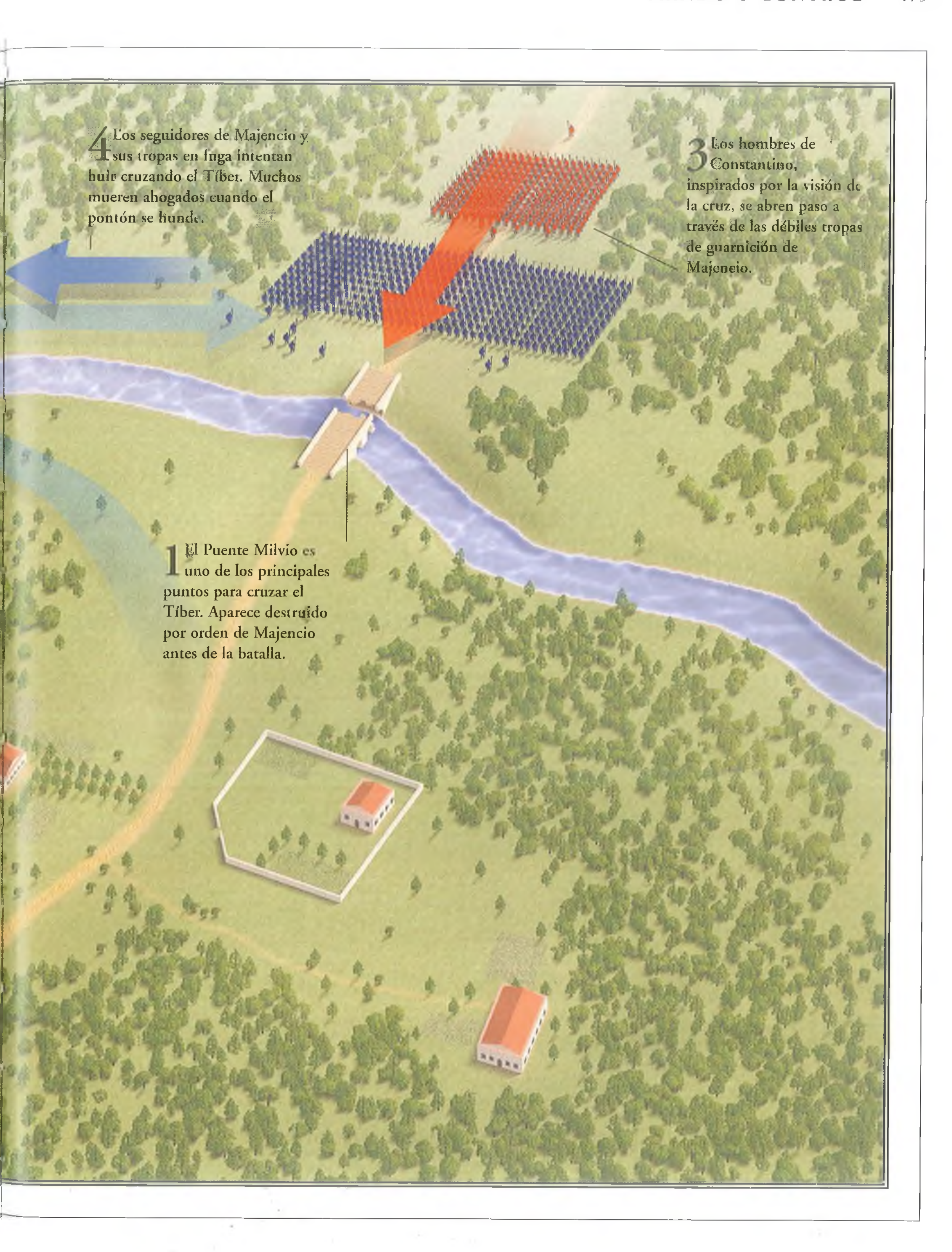
El ancho puente de piedra sobre el Tíber, el Pons Milvius, había sido cortado para retrasar el ataque de Constantino y obstaculizar sus líneas de suministro durante el esperado asedio de Roma. Sin embargo, Majencio decidió presentar batalla al otro lado del Tíber en un lugar llamado Saxa Rubra, y construyó un pontón de madera para formar su línea de batalla. El repentino cambio de estrategia del comandante no fue comprendido por los soldados. El 28 de octubre, los veteranos de Constantino, curtidos en batalla e inspirados por la visión de su comandante de una cruz en el sol, aplastaron a las tropas de las guarniciones de Majencio, y el resultado fue una aterrada huida de los defensores hacia el Pons Milvius, de piedra, o a la estructura del pontón de madera. Ambas escapatorias terminaron en catástrofe, ya que el puente de madera se hundió bajo el peso de los fugitivos, y Majencio se ahogó en el Tíber, por el peso de su armadura. Sólo su cabeza volvió a Roma al día siguiente, cuando Constantino la exhibió en señal de victoria.



El Puente Milvio estaba en las afueras de Roma, como uno de los puntos para cruzar el Tíber. Adecuadamente defendido, habría sido una importante barrera para Constantino.

2 Al decidir cruzar el río y luchar contra Constantino en Saxa Rubra, Majencio construye un pontón de madera.

5 El camino a Roma, destino final de Constantino, quien entraría en la ciudad en desfile triunfal después de la batalla.


4 Los seguidores de Majencio y sus tropas en fuga intentan huir cruzando el Tíber. Muchos mueren ahogados cuando el pontón se hunde.
3 Los hombres de Constantino, inspirados por la visión de la cruz, se abren paso a través de las débiles tropas de guarnición de Majencio.
1 El Puente Milvio es uno de los principales puntos para cruzar el Tíber. Aparece destruido por orden de Majencio antes de la batalla.

y mantener su eficacia. Constantino desplazó a sus tropas leales desde la Galia sobre las últimas rutas imperiales a través de los pasos y se presentó en Italia antes de que Majencio pudiera reaccionar. Recordando la «rapidez» (*celeritas*) que había entregado Roma a Julio César, Constantino se trasladó velozmente hacia la capital, con un ejército de apenas la cuarta parte del tamaño del que Majencio tenía a su disposición. Constantino derrotó a una fuerza de caballería en Turín, cerca de los pasos, y destruyó al ejército del norte de su rival en Verona.

Las presiones empezaron a hacer mella en Majencio. Cuando su menguado ejército intentaba retirarse a Turín, esta ciudad le cerró la puertas y se pasó al bando de Constantino. Majencio había depositado su fe en una nueva arma en el campo de batalla, la caballería pesada con armadura, que los persas habían empleado con gran éxito contra los ejércitos convencionales romanos como el de Constantino. Éste, sin embargo, mostraba la flexibilidad de Alejandro, al dividir sus fuerzas frente a las cargas de la caballería, dejándolas pasar entre sus unidades y actuando contra ellas cuando regresaban para unirse a sus formaciones. El mejor general de Majencio, y el más leal, Rufo Pompeyano, había sido comandante de la guarnición de Verona. Constantino derrotó de nuevo a la caballería pesada de Pompeyano en Brescia. El ejército de Majencio formó una línea de batalla más larga en Verona con el fin de envolver a la pequeña fuerza de Constantino. Tan adecuada era la instrucción recibida por los soldados de éste que convirtieron una línea de dos en fondo, en una y ancha línea justo antes de entrar en combate con los hombres de Majencio, a los que vencieron en una batalla que duró hasta la caída de la noche y que contempló la muerte de Pompeyano. El arma secreta de Majencio y su mejor general habían resultado inútiles contra el último hombre que reclamaba el título de emperador.

Ante estos reveses, Majencio siguió al principio la estrategia que le había funcionado contra Galerio. Tenía en Roma grandes graneros y depósitos de alimento; fueron llenados para resistir un largo asedio, en el curso del cual las tropas de Constantino tendrían que resistir el descorazonamiento o la deserción. Majencio se había ganado la lealtad de la Guardia Pretoriana de Roma, y estos hombres, todos ellos soldados de elite, mantendrían la ciudad bajo su obediencia mientras siguieran siendo fieles. Además, cabía la posibilidad de que otro aspirante atacara las bases de apoyo de Constantino, o llegara en auxilio de Majencio en una alianza de construcción de imagen y al «rescate» de la Roma eterna. Sin embargo, tales esperanzas eran tenues, y más de un emperador había perdido la vida cuando los pretorianos optaron por modificar sus lealtades en favor de un aspirante en el que veían a un probable vencedor. Todo lo anterior puede explicar por qué Majencio tomó la decisión, fatal y por lo demás inexplicable, que siguió.

Constantino, a su vez, necesitaba un medio para unir e infundir ánimo a sus tropas, incapaz como era de reclamar una «sucesión legítima» al puesto de emperador según el sistema de Diocleciano. Descubrió al Dios cristiano, o Dios le encontró a él, en la visión de una cruz que cruzaba por delante del sol, un fenómeno que, naturalmente, puede suceder en condiciones atmosféricas apropiadas. Después de esta sorprendente revelación, Constantino contaría más adelante a un biógrafo un sueño en el que el Dios de los cristianos, tan largo tiempo perseguidos, le mostró la letra griega *chi* atravesada por una *rho*, y le dijo: «Con este signo vencerás» (*In hoc signo, vincere*). Aunque sólo fuera por su notable persistencia frente a una larga y extensa persecución en el imperio, los cristianos habían pasado a erigirse en una fuerza moral en el mismo. Los soldados de Constantino aceptaron la revelación del general y pintaron el emblema en sus escudos. El ejército de Constantino tenía la victoria y la visión de su parte, y rápidamente se desplazó al sur siguiendo la antigua Via Flaminia, que cobró fama durante las guerras púnicas.

Lo que le costó la vida a Majencio fue un ataque mortal de dudas. Por la importancia del «rey» como figura central de la contienda, aquello le llevaría a la derrota definitiva. Según la crónica general, el ancho puente de piedra sobre el Tíber, el Pons Milvius, había sido cortado con la intención de retrasar el ataque de Constantino y de obstaculizar sus líneas de suministro durante el largo y previsible asedio a Roma. Aquella destrucción habría tenido sentido si Majencio hubiera optado por quedarse donde estaba. Sin embargo, decidió presentar batalla al otro lado del Tíber, en un lugar llamado Saxa Rubra, y para ello hizo construir un pontón de madera con el fin de formar su línea de batalla. La ansiedad de su comandante y un súbito cambio de estrategia se dejarían sentir en los soldados de Majencio.

El 28 de octubre del año 312, los soldados de Constantino, motivados y curtidos en batalla, aplastaron a las tropas de la guarnición de Majencio, y el resultado fue una angustiosa huida de los defensores por el puente de piedra de Pons Milvius o por la estructura del pontón de madera. Ambas vías llevaron a la catástrofe, pues el puente de madera se hundió bajo el peso de los fugitivos y Majencio se ahogó con la armadura puesta. Sólo su cabeza volvió a Roma al día siguiente, cuando Constantino la exhibió en el extremo de una lanza como testimonio de su victoria y de la decisiva superioridad de su mando.

Conclusión

El acento en los medios por los cuales los comandantes de los ejércitos alcanzan la victoria resulta útil, pero el interés final de todo análisis sobre el generalato debe sustentarse en los resultados. La guerra organizada es en sí un proceso que se inicia con un fin pretendido; como recalcó Clausewitz, es la prolongación de la política por otros medios. El ensalzamiento o la crítica de un comandante puede expresarse mejor en términos del éxito de la persona al conseguir la meta por la cual había ejercido el mando.

En Kadesh, Ramsés logró infligir grandes daños al ejército hitita, con el riesgo considerable, e inadvertido, de perder la corona y la vida debido a su credulidad ante la historia que le contaron dos espías apresados. Con un coste notable en tiempo y tesoro, y con la sangre de los dos ejércitos, Ramsés se aseguró un tratado de paz y seguridad en su frontera norte, por no mencionar la *estela* erigida para rivalizar con la gloria militar duradera de Tutmosis III y los demás faraones militares. Desde nuestra perspectiva, sin despreciar otras opiniones, la batalla fue un triunfo, vista ahora desde el brillante proyector del análisis moderno.

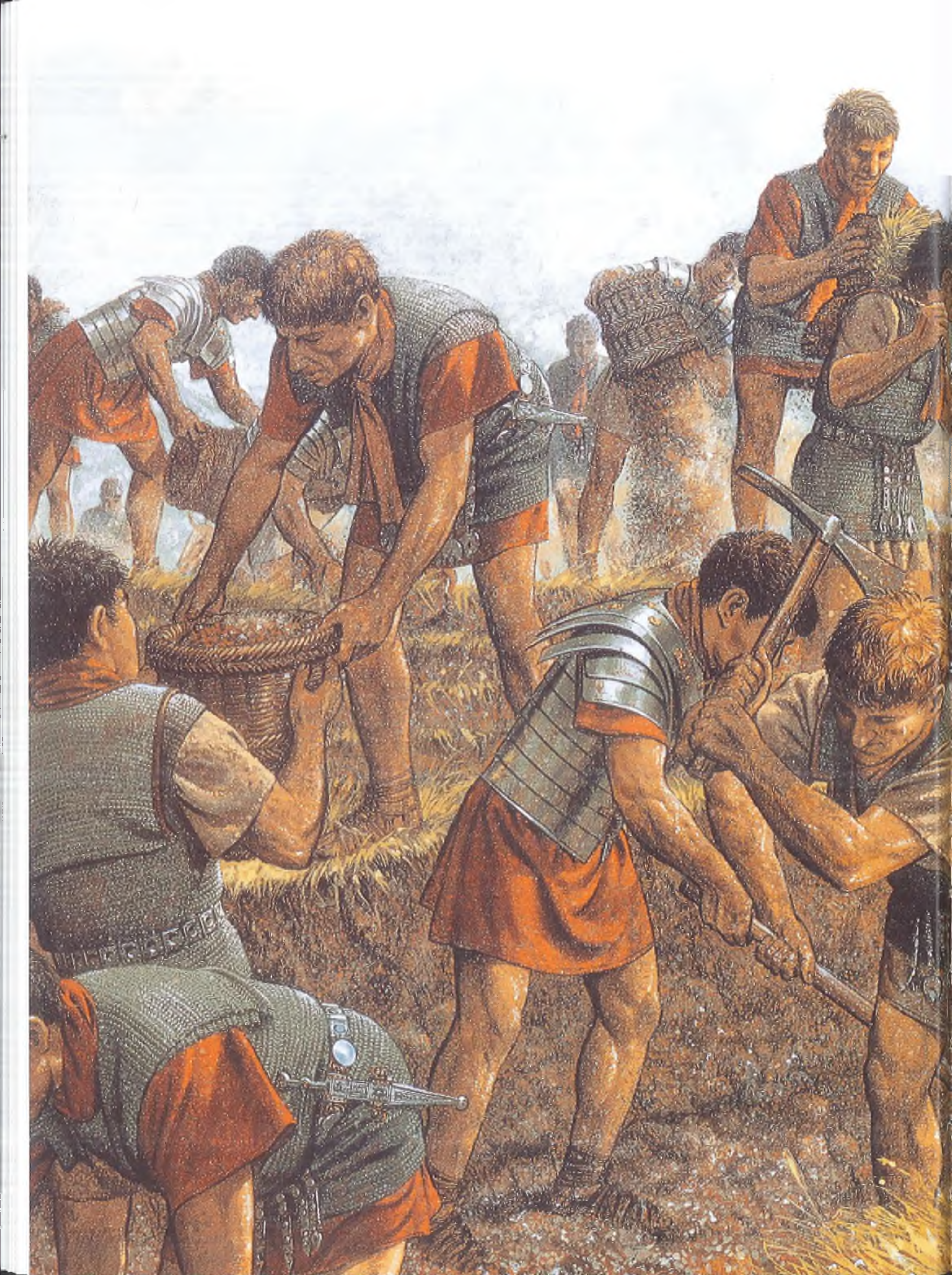
Jerjes había protagonizado hazañas prodigiosas de organización y suministro al movilizar al inmenso ejército que envió a Grecia. Su deseo era someter a los democráticos helenos y poner fin a las revueltas que interferían en sus dominios, con ánimo ejemplarizante para todo el imperio. Tenía que vengar la derrota de su padre en Maratón durante una campaña expansionista. Atenas fue incendiada, pero no dejaría de interferir en el Asia Menor, a un gran coste para los persas sucesores de Jerjes, y no fueron las derrotas de Salamina y Platea lo que había buscado Jerjes con sus tropas, su tiempo y su tesoro. El oro que pagó por la flota espartana en Egospótamos fue más dañino para Atenas a largo plazo, y si los griegos lograron la libertad con su sangre durante la invasión, la vendieron a los persas en el curso de sus propias guerras intestinas.

«... Mediante las peculiares virtudes de su constitución y su aptitud para mantenerse vivos, [los romanos]... en unos pocos años se hicieron dueños de todo el mundo.»

POLIBIO

Alejandro tenía una ambición sin límites, y el genio y los medios para cumplirla. No pidió a sus ejércitos más de lo que él estaba dispuesto a dar, pero sus hombres perdieron la voluntad de seguir adelante en las conquistas, y el imperio de Alejandro se deshizo cuando su cuerpo, víctima de las heridas y de la enfermedad, no pudo ya ser cobijo de la poderosa mente que había vencido en Gaugamela con tanta brillantez. Filipo V era menos brillante, y sus oponentes considerablemente más sabios que Darío, y Quíos garantizó que el soberano no fuera más que un ancla entre los cadáveres de sus marineros. Rodas y Pérgamo, que mantuvieron su independencia de Filipo, no lo lograron cuando llegó el pujante Imperio Romano.

El odio de Aníbal por Roma y su genio militar se expresaron en tres de los peores desastres sufridos jamás por los romanos, pero estos triunfos no fueron sino la antesala de su derrota final, en Zama, a manos de un hombre al que enseñó con su propio ejemplo. Antonio y Octavio pugnaron por un mando en solitario, y la lealtad del experto Agripa se demostró al cabo superior al talento natural de Antonio, para dar a Octavio la victoria. Constantino había aprendido del pasado, y lo aprovechó; Majencio cedió bajo la presión y pereció. Los medios dirigidos a un fin son tan variados como los propios objetivos, pero un buen mando y control de una fuerza armada es uno de los elementos que permiten al comandante alcanzar los fines últimos por los que se libra la batalla.





GUERRA DE ASEDIO

Dans les vieux temps
Les Princesses étaient fidèles,
Et les sièges duraient dix ans.

(En los viejos tiempos
las princesas eran fieles
y los asedios duraban diez años).
Bonnard, Ephître à Zéphyrine
«Carta a Zéphyrine»

Las palabras del poeta francés del siglo XVIII Chevalier de Bonnard se refieren, evidentemente, al asedio más célebre de todos los tiempos, la lucha de diez años que mantuvieron griegos y troyanos ante las murallas de Troya, narrada por Homero en *La Ilíada.* Desde los tiempos en que la humanidad empezó a sitiar las ciudades, nació el asedio como una forma de arte de la guerra. Uno de los fines principales del primer desarrollo de las ciudades era la defensa, como ilustra la gran cantidad de asentamientos tempranos en terrenos protegidos por defensas naturales, como las cimas de

LOS LEGIONARIOS CONSTRUYEN MUROS DEFENSIVOS. El ejército romano no tenía parangón en el mundo antiguo como constructor de pequeñas fortalezas. Sus miembros estaban también muy experimentados en el levantamiento de muros defensivos. Esta ilustración representa el aspecto de un ejército romano frente a las murallas de Masada.

los altozanos, y el aspecto de las ciudades amuralladas muy poco después de que se fundaran los primeros grandes centros urbanos en el Cercano Oriente, en el V milenio a.C. Además, la cita de Bonnard ilustra cómo, ya en aquellos tiempos, estos lugares eran casi imposibles de conquistar. No importa mucho saber si existió realmente una guerra entre los griegos micénicos y los troyanos; *La Ilíada*, escrita en torno al año 750 a.C., sirve aún para demostrar que, hasta el siglo VIII en el Próximo Oriente y hasta el V en Grecia, los ejércitos no tenían otro modo de tomar un centro urbano fortificado que no fuera asentarse fuera de las murallas y privar de suministros a sus ocupantes hasta la rendición. Así, Grecia se desarrolló en un mosaico de *poleis* («ciudades-estado») amuralladas independientes, ya que los ejércitos podían derrotarse unos a otros en el campo abierto, pero no tenían ningún modo fiable de tomar las ciudades. Los estados ganaban disputas y, a veces, territorios a sus vecinos, pero carecían de la capacidad de tomarlos completamente, ya que no podían derribar sus murallas. Grecia mantuvo este estado de división hasta mediados del siglo IV a.C., cuando se unificó bajo la égida de Filipo II de Macedonia, no por coincidencia el primero que dominó el arte de la guerra de asedio o poliorcética.

Las dificultades de tomar las ciudades explican, de manera poco sorprendente, que para protegerse de las fuerzas hostiles y conservar la vida y la personalidad social, los hombres se congregaran en ciudades desde tiempos antiguos. Al ser tan fácilmente defendibles, cualquier estado imperialista que pretendiera mantener un dominio firme y duradero sobre un imperio tenía que encontrar el modo de reducir la ventaja de que disfrutaban estas fortalezas urbanas. El primer estado que desarrolló una tecnología para derribar murallas fue también el primer gran imperio del mundo. En el siglo XII a.C., los asirios emergieron como potencia dominante en el Próximo Oriente. Su supremacía se fortaleció con la invención de máquinas diseñadas para romper murallas y darles acceso a las ciudades. Sus oponentes no podían ya ocultarse tras sus muros protectores. Las torres de asedio y los arietes asirios les permitieron conservar el poder hasta el siglo VII a.C. Su tecnología de asedio pasó desde el Cercano Oriente al Mediterráneo occidental a través de los fenicios. En este sentido, la tecnología de asedio circunvaló la Grecia continental y sus pioneros en Europa fueron los griegos de Sicilia, quienes la adoptaron a partir de la colonia fenicia de Cartago y mantuvieron una presencia militar en la mitad occidental de la isla. Dionisio I, tirano de Siracusa (405-367 a.C.), reunió a ingenieros de todo el mundo griego y aprovechó su experiencia para desarrollar la primera artillería de asedio. Los arietes y las torres usados en primer lugar por los asirios recibieron el apoyo de fuertes catapultas dobles. Dionisio utilizó esta nueva tecnología para hacerse con el dominio en toda Sicilia y convertirse en el griego más poderoso de su tiempo.

Filipo II de Macedonia (359-336 a.C.) comprendió la importancia de la tecnología de asedio y transmitió su conocimiento a su hijo Alejandro, que la aprovechó para abrir las murallas de las ciudades desde Grecia hasta la India. Adoptada por sus sucesores, que lucharon según su legado, la tecnología de asedio griega alcanzó su punto culminante en las guerras del siglo III. Los defensores dejaron de tener ventaja sobre los atacantes en los asedios, y al final el equilibrio se restableció. Como consecuencia, a partir de este momento, las fortificaciones defensivas griegas empezaron a mejorar espectacularmente. Desde entonces, la tecnología de asedio ofensiva y defensiva empezó a desarrollarse a la par, con mejoras en los ingenios de guerra que tuvieron como resultado una mejora en las defensas, y a la inversa.

Herencia romana

Éste es el legado que recibió Roma. Al principio, los romanos, como los griegos, sólo podían sitiar una ciudad fortificada acampando fuera y privando a los moradores de todo suministro hasta que se rindieran por hambre. Pero gradualmente, a lo largo del siglo III, conforme se incrementó su contacto con los griegos del sur de Italia y Sicilia, empezaron a adoptar la tecnología de asedio helénica. Aunque los romanos no fueron nunca tan inventivos como los griegos en el diseño de nuevas máquinas, mejoraron significativamente los modelos existentes. De este modo, desarrollaron el tren de asedio más temible del mundo antiguo, y en la cima del poder romano en los dos primeros siglos de la era cristiana, no había ciudad o fortaleza que se les resistiera. Desde este momento, la tecnología de asedio romana comenzó a declinar, con máquinas de diseño cada vez más sencillo y, en cierto modo, menos eficaces. No obstante,

siguieron sobresaliendo en arquitectura defensiva, y esta habilidad fue en gran medida responsable del éxito en la contención de los diversos invasores extranjeros durante un tiempo considerable. Esta tecnología desaparecería en el siglo VI d.C., para ser redescubierta en el XIII, cuando tuvo gran influencia en el desarrollo del castillo de la Baja Edad Media.

El propósito de este capítulo es ilustrar el origen y el desarrollo de las técnicas de la guerra de asedio, desde un punto de vista tanto ofensivo como defensivo. Describe sus inicios en el siglo VIII a.C. en el Próximo Oriente, hasta la caída del Imperio Romano de occidente en el siglo V d.C. El primer apartado explora los orígenes de la poliorcética y se centra en el sitio en Laquis en el año 701 a.C. La tecnología asiria utilizada en este asedio fue adoptada gradualmente en el Mediterráneo, y desde el Cercano Oriente pasaremos a examinar el arte del asedio en la Grecia helenística, recurriendo a los sitios de Siracusa (416-413 a.C.) y Rodas (305-304 a.C.) como ejemplos, respectivamente. En el siglo II, los romanos asumieron el manto de principal potencia militar del Mediterráneo, y llevaron la guerra de asedio a su cúspide dentro del mundo antiguo. El triunfo final de Julio César en la Galia en el sitio de Alesia en 52 a.C. fue la cima de la tecnología de bloqueo romana, mientras que la victoria en el asedio de Masada (73-74 d.C.) fue uno de los mayores logros de la logística y la ingeniería militar de Roma. Esta última remite asimismo al capítulo del Próximo Oriente, que es también escenario de nuestro estudio del asedio en las postrimerías de la Edad Antigua. Aquí, nos centraremos en la derrota de los romanos ante los persas sasánidas en el sitio de Dura Europos en el año 256-257 d.C. Sin embargo, aun antes de este momento, la tecnología del asedio se iba perdiendo, al menos en el Mediterráneo, a la vez que había cada vez menos artesanos, y menos diestros, que construyeran los complejos ingenios necesarios, y a mediados del I milenio de la era cristiana el declive se acentuó. Las técnicas de los antiguos para realizar una guerra de asedio no tuvieron parangón hasta entrado el siglo XIII, y poco después la llegada de las armas de fuego modificaría todos los aspectos de la guerra. Por tanto, el asedio en la Antigüedad ocupa uno de los puntos culminantes de la aplicación de la ciencia, la tecnología, la ingeniería y la logística en la historia bélica.

> *«Con la batalla y la matanza asolé la ciudad y la tomé; pasé por la espada a 3.000 de sus guerreros; me apropié de sus despojos y sus posesiones, de sus vacas y sus ovejas.»*
>
> *ASSURNASIRPAL II*

Los orígenes de la poliorcética

El primer asentamiento amurallado del mundo fue la pequeña ciudad de Jericó, situada apenas a unos 10 km al norte de la costa del mar Muerto en la antigua región de Canaán, en el territorio del moderno Israel. Los muros del lugar se han datado en el VII milenio a.C. Los eruditos modernos han conjeturado que la construcción de murallas alrededor del asentamiento respondió a dos razones principales. En primer lugar, los muros se levantaron como defensa contra las armas arrojadizas que, en este momento de la historia, eran principalmente el arco y la flecha. La segunda razón es el desarrollo de la agricultura sedentaria. Las dos están íntimamente relacionadas, ya que la protección contra los proyectiles sólo era posible una vez que los seres humanos hubieron adoptado la vida sedentaria y empezaron a cultivar y pastorear en lugares fijos, lo que les daba ocasión de emprender obras defensivas permanentes.

Jericó estaba fortificada mucho antes que la mayoría de las poblaciones amuralladas. Su primer recinto de murallas se erigió a principios del Neolítico, mediante herramientas de piedra. Al parecer, los 2.500 habitantes de Jericó fueron desplazados en torno al año 6800 a.C., cuando otro pueblo del Paleolítico ocupó la ciudad. Es dudoso que un pueblo que se asentó en el lugar el tiempo suficiente para construir murallas lo abandonara sin más, y por tanto parece improbable que se diera el caso de que otro pueblo simplemente tomara posesión de una ciudad vacía. Así, aunque no existen evidencias de una batalla, tal vez aquél fuera el resultado del primer asedio del mundo, ya que parece poco probable

que el enclave hubiera sido tomado en su totalidad sin lucha. A su vez, este pueblo fue obligado a abandonar Jericó en el año 4500 a.C., y los nuevos habitantes permanecieron en la población hasta que fue destruida alrededor del año1325 a.C. Es dudoso que esta destrucción fuera consecuencia del famoso asedio de Jericó por el rey israelita Josué, según se describe en la Biblia (*Josué* 6, 1-25). Los estudiosos de los textos sagrados han dudado sobre la autenticidad histórica de aquel asedio, así como sobre otros muchos de los aspectos militares, en general, del *Libro de Josué*. Asimismo, la violenta conquista de Canaán por los israelitas no tuvo lugar hasta al menos dos siglos después de la destrucción en torno al año 1325 a.C., momento en el cual la ciudad había sido abandonada.

No obstante, la crónica de la destrucción de Jericó por los israelitas en el *Libro de Josué* constituye nuestro relato escrito más antiguo de un asedio. Con independencia de su veracidad, revela varios aspectos de la guerra de asedio de la Edad del Bronce en el Cercano Oriente. El sitio era muy conocido, probablemente, por el viejo cántico cristiano inspirado en él; el coro dice: «Josué luchó en la batalla de Jericó; y las murallas se desplomaron».

De hecho, las murallas no se desplomaron, al menos no hasta que la ciudad fue destruida desde el interior. Lo que sabemos es que, en aquel tiempo, los israelitas (o cualquier otro pueblo, no importa mucho cuál para este análisis) dominaban ya la tecnología del asedio. El *Libro de Josué* describe al ejército israelita marchando alrededor de la ciudad, lo que significa probablemente que rodeó las murallas, o acaso vigilaba el perímetro, para impedir que llegaran nuevos suministros y someter así la guarnición por hambre. Al final, la ciudad fue tomada mediante una treta, ya que Josué introdujo a dos de sus hombres en la ciudad, y éstos se escondieron en la casa de una prostituta. La narración no detalla cuál era el cometido de aquellos dos hombres; sin embargo, es probable que entablaran contacto con algunos lugareños, que traicionaron a su ciudad y abrieron las puertas, pues de lo contrario es difícil comprender por qué merecen esa mención. A continuación, la ciudad fue destruida hasta los cimientos, y todos sus habitantes, pasados por la espada.

Con independencia de su autenticidad, el relato bíblico del sitio de Jericó no describe nada inverosímil y puede aceptarse como una recreación fundada de un asedio del final de la Edad del Bronce en el Cercano Oriente. El hecho de que *Yahvé* (Dios) tuviera que intervenir para derribar los muros de la ciudad sirve sólo para subrayar que los israelitas carecían de armas de asedio. Al no tener medios para derribar las murallas, los israelitas intentaron rendir el lugar por hambre. Además, o tal vez cuando esta táctica fracasó, enviaron espías al interior de la población y la tomaron desde el interior. Sencillamente, no había ningún otro medio para conseguir acceso a una ciudad fortificada que no fuera el bloqueo y la rendición, el asalto, la zapa y el engaño. Parece, por tanto, que esta crónica puede considerarse típica de cualquier asedio anterior al siglo IX a.C. y al desarrollo



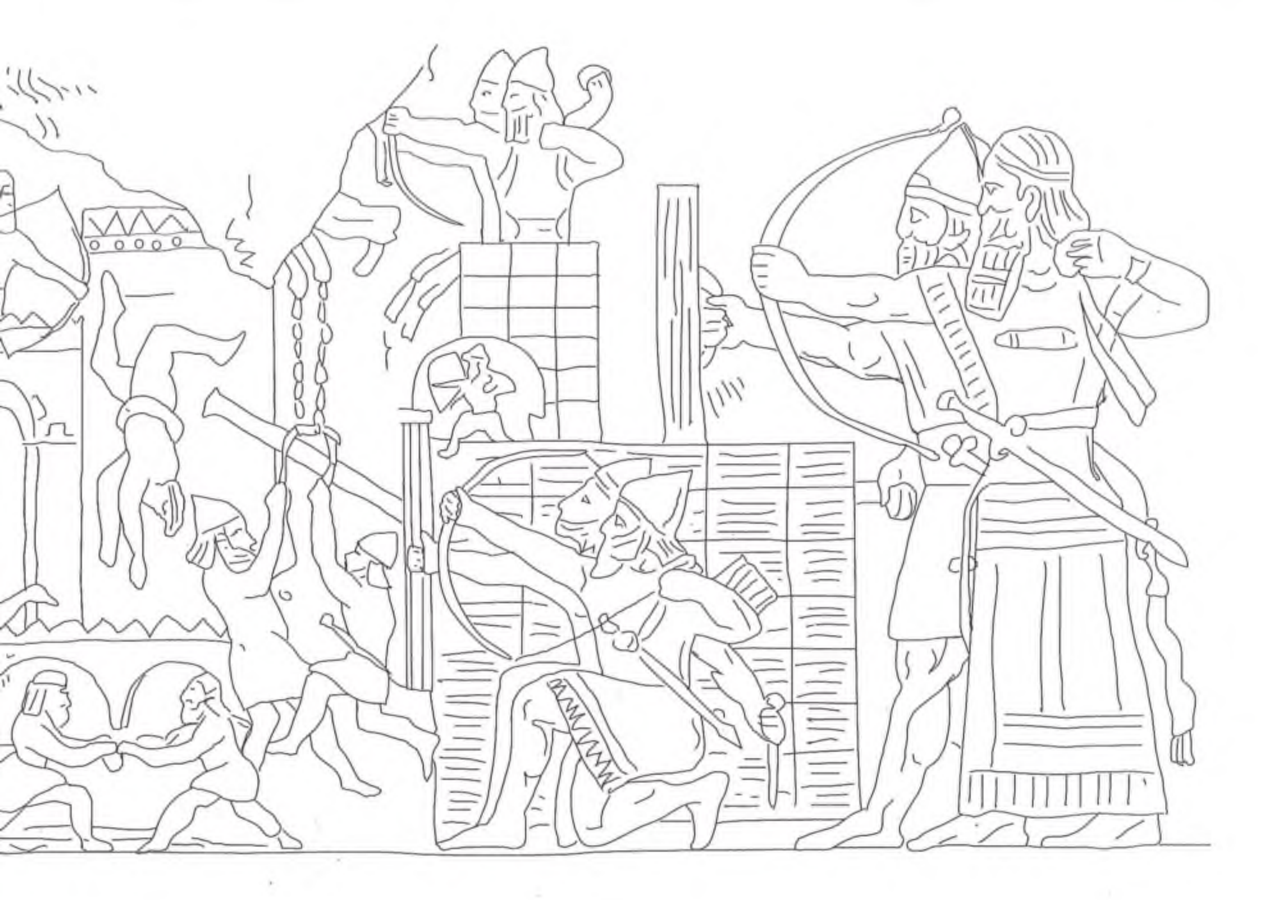
UN ASEDIO ASIRIO de un relieve del palacio de Assurnasirpal II (883-859 a.C.). A la izquierda, zapadores se afanan en los muros. En el centro, se está cavando una mina bajo las murallas. Al otro lado, la ciudad es objeto de asalto por un ariete cubierto con una torre. Los defensores han desmontado las cadenas del ariete, pero los atacantes intentan liberar la viga de éste con garfios, mientras los arqueros los protegen con sus flechas.

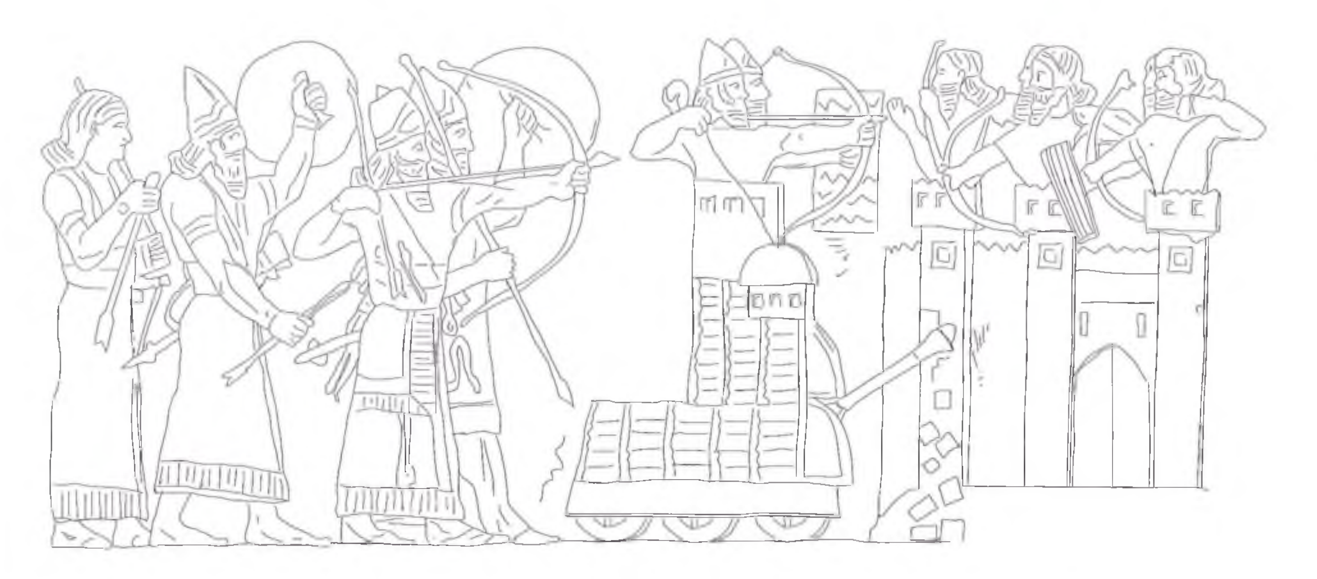
de las primeras máquinas. Hasta aquel momento, imperaba la tecnología defensiva.

Aunque amurallada en el VII milenio a.C., Jericó siguió siendo relativamente pequeña. Las primeras grandes ciudades fortificadas aparecieron en Mesopotamia hacia el año 3000 a.C. Ur, en la moderna Irak, es uno de los mejores ejemplos, y de los más antiguos. Esta ciudad era célebre en su tiempo por sus grandes fortificaciones, que en algunos lugares tenían más de 30 m de grosor en la base. Los ingenieros de la ciudad aprendieron la importancia de las fortificaciones planificadas, y con el tiempo las murallas se mejoraron con almenas, muros cortina y torres. Estas últimas se situaban a distancias no mayores que el alcance máximo de un arco (en aquel tiempo, unos 30 m), con lo que todos los puntos de ataque pudieran estar en un momento bajo el fuego de las flechas. En otras ciudades de Mesopotamia, los constructores levantaron murallas con varios ángulos rectos, creando así un patrón zigzagueante para elevar al máximo los ángulos de disparo.

Un proceso similar de fortificación estaba teniendo lugar en Egipto en el mismo momento. De las primeras décadas del Reino Antiguo (c 2159 a.C.) proceden algunas de nuestras evidencias artísticas más antiguas de la poliorcética. Un relieve de Dishashe, en el centro de Egipto, revela un asedio en el que las fuerzas atacantes utilizan escalas y están intentando forzar las puertas abiertas con herramientas a modo de palancas. Otro relieve egipcio, de Sakkara, en el norte, y datado en el siglo XXIII a.C., representa una escala móvil. Éste fue el primer mecanismo diseñado específicamente para la guerra de asedio. A los defensores les resultaba difícil moverlo, y al estar provisto de ruedas podía desplazarse rápidamente para apoyarse en cualquier punto del muro. El relieve muestra también a los sitiadores blandiendo hachas y picas para romper las fortificaciones enemigas. Aunque se trata de nuestra primera evidencia de un intento de lograr acceder a una fortaleza derribando realmente el muro, debe subrayarse que estos muros estarían construidos con adobe. La capacidad para derribar muros de piedra había de esperar aún bastantes siglos.

La poliorcética permaneció básicamente sin cambios hasta el siglo VIII a.C., caracterizado por





ASSURNASIRPAL II aparece en la imagen en otro panel de su palacio, disparando el arco contra una ciudad asediada. El ariete con su torre de arqueros está destruyendo fácilmente la muralla del enemigo.

un aumento de las fortificaciones en el Próximo Oriente. Antes, los asedios podían realizarse únicamente mediante el bloqueo o el asalto, así que posiblemente el mayor interés en las fortificaciones fue consecuencia del desarrollo de las primeras máquinas de asedio. En Mesopotamia, que en aquella época se encontraba fragmentada políticamente, se hizo un esfuerzo por reducir la ventaja de que disfrutaban los defensores detrás de las murallas. Y esta ventaja era abrumadora; las fuentes egipcias hablan de la frustración sentida por el ejército del faraón que, tras derrotar al enemigo en el campo de batalla, vio a éste encerrarse dentro de sus murallas. Salvo que los egipcios estuvieran dispuestos a sitiar la ciudad durante el tiempo necesario, poco más podían hacer, sobre todo si la población estaba bien fortificada; a menudo se contentaban con devastar los contornos antes de retirarse. Entonces, los señores de la guerra mesopotámicos buscaron reforzar sus victorias en el campo de batalla derribando las murallas del enemigo y tomando sus ciudades.

Primeras máquinas de asedio

El primer uso registrado de que se tiene constancia del uso de máquinas procede del asedio de Nurrugum Shamshi-Adad (1813-1761 a.C.), un señor de la guerra que había conquistado gran parte de Asiria en el nordeste de Mesopotamia. Las crónicas contemporáneas del asedio hablan del empleo de arietes y torres. Aunque no se sabe si inventó esas máquinas, o si meramente aplicaba tecnologías ajenas, sus esfuerzos y los de sus contemporáneos resultaron eficaces. Los vestigios arqueológicos e históricos indican que muchas ciudades de todo el Cercano Oriente cayeron ante sus atacantes en el siglo XVIII a.C.

No obstante, las máquinas de asedio seguían en mantillas, y el modo principal de capturar una ciudad enemiga en la época era la circunvalación y la construcción de montículos de asedio. Al inicio de un cerco, los atacantes a menudo destruían las obras del exterior de la ciudad de forma que los sitiados no pudieran escapar. A finales del siglo XIX a.C., estos asedios se habían hecho más complejos e incluían ya fosos, terraplenes, empalizadas de madera y torres. Los sitiadores empezaban la construcción del montículo, una gran rampa de tierra que avanzaba gradualmente hasta alcanzar la altura de la muralla enemiga. Entonces se expulsaba a los defensores de las almenas desde una torre móvil y tenía lugar un asalto de infantería, donde los soldados ascendían por los montículos para tomar el muro.

Las obras para el cerco, las torres y los montículos exigían la habilidad de expertos para su construcción, y así los ingenieros hicieron su aparición por primera vez en la historia en el campo de batalla. La guerra entre las grandes potencias del Cercano Oriente dejó de ser una empresa en manos de reyes y reclutas, para convertirse en una ciencia en la

que la capacidad para construir obras de asedio eficaces era una parte necesaria del arsenal de guerra de todo general. Sin embargo, aquellos ingenieros no servían sólo a los atacantes; como se ha indicado anteriormente, el éxito de las nuevas técnicas ofensivas en la guerra de asedio trajo consigo mejoras en las fortificaciones. A finales del siglo XVIII a.C., un número creciente de ciudades empezaron a ser rodeadas por fosos; hicieron su aparición dobles e incluso triples murallas con mayor número de torres; las ciudades pasaron a incluir ciudadelas en altozanos, también amuralladas; frente a las fortificaciones se dispusieron pendientes de tierra o piedra, para obstaculizar el uso de escalas de asalto y la labor de los zapadores y las torres que se acercaban a las murallas; las entradas se fortificaron poderosamente y a veces se elevaban sobre el suelo, con acceso únicamente a través de rampas, y las puertas que cubrían estas entradas se sofisticaron, usando una serie de muros superpuestos o dobles entradas con una viga transversal. Por último, para combatir contra las máquinas de asedio, los defensores idearon una certera innovación: las flechas incendiarias.

Las nuevas técnicas de asedio fueron utilizadas primeramente con profusión por el pueblo hurrita. En los siglos XVI y XV a.C., los hurritas surgieron para formar una confederación que unió a los estados del norte de Mesopotamia y Siria. Aunque nunca estuvieron lo suficientemente organizados para fundar un gran imperio, fueron los primeros soberanos del mundo cuyo poder se basaba exclusivamente en su capacidad para derribar o asaltar victoriosamente las murallas de sus enemigos. Su habilidad y su tecnología eran legado de los hititas, un pueblo de Anatolia que erigió un imperio que incluía buena parte de Asia Menor, Palestina, Siria y el norte de Mesopotamia. Diestros en el campo de batalla y bendecidos por una serie de magníficos generales, tenían también la habilidad, la organización, la logística y la persistencia necesarias para plantear grandes asedios y salir victoriosos. Ya no bastaba con que un ejército vencido se retirara sencillamente dentro de su ciudad y se ocultara detrás de las murallas.

Los métodos para quebrar estos muros se refinaron progresivamente, pero en el siglo XVI a.C. el equilibrio seguía decantándose firmemente del lado de los defensores. Los cercos se basaban principalmente todavía en el bloqueo y el asalto. Aunque es cierto que algunas potencias bien organizadas podían arreglárselas muy bien en los cercos de ciudades, lo normal es que el triunfo llegara sólo cuando los atacantes tenían las capacidades logísticas precisas y el número de efectivos para sitiar la ciudad hasta que se rindiera. Las urbes pequeñas caían sin duda víctimas de las máquinas y los asaltos directos, pero tomarlas era un asunto largo y agotador. La tecnología tenía un papel cada vez más importante, si bien la ventaja recaía aún en los que estaban pertrechados tras los muros, con lo que los asedios triunfales exigían tremendos esfuerzos de los atacantes. Esta tendencia no iba a cambiar hasta que emergió una potencia capaz de desarrollar asedios a gran escala, con la aptitud para capturar ciudades muy bien fortificadas no mediante el bloqueo, sino por el asalto directo con obras complejas y múltiples máquinas. En el siglo XII a.C., surgió una potencia de estas características, que fundó el primer imperio basado en el asedio. Eran los asirios.

La poliorcética entre los asirios

Los asirios se conocen en la historia como un pueblo amante de la fuerza bruta, con una férrea organización militar, al que cabe atribuir varios avances en la tecnología bélica. Por encima de todo, los asirios son recordados por su carácter despiadado y atroz. Crearon el primer gran ejército del mundo, y también el primer gran imperio. Para ello contaron con dos factores: su superior preparación para la poliorcética y su confianza en un terror puro y total. La política asiria reclamaba siempre adoptar acciones ejemplarizantes con quienes se les resistieran; ello incluía deportaciones de pueblos enteros y pavorosos castigos físicos. Una inscripción en un templo de la ciudad de Nimrod recuerda el destino de los jefes de la ciudad de Suru, en el río Éufrates, que se rebelaron y fueron sometidos por el rey Assurbanipal (668-626 a.C.). «Construí un pilar en la puerta de la ciudad, y desollé a todos los jefes de la revuelta, y cubrí el pilar con su piel; a algunos los emparedé, a otros los empalé con estacas». Estos castigos no eran infrecuentes. Por otra parte, las inscripciones que registran estos actos crueles de punición se mostraban por todo el imperio a modo de advertencia. Sin embargo, esta crueldad oficial pareció tener un efecto contrario: aunque los asirios y su ejército eran respetados y temidos,

ante todo despertaron odios, y los súbditos de su imperio mantuvieron un estado casi constante de rebelión. A lo largo de gran parte de la historia siria, este hecho tuvo el efecto positivo de dar al ejército un núcleo de tropas altamente experimentadas y de ubicarlo en una situación de perpetua presteza disposición para el combate. Sin embargo, la guerra constante terminó por agotar la fuerza humana de Asiria; poco después de que el imperio hubiera alcanzado su cenit a mediados del siglo VII a.C., empezó a derrumbarse. Como consecuencia del inmenso aborrecimiento que los pueblos sentían hacia los asirios, las primeras grietas aparecidas se aprovecharon a toda prisa, y el final fue bruscamente veloz. En el último cuarto del siglo VII a.C., casi todo el imperio se encontraba en rebelión; no eran sólo luchas por la libertad, sino guerras de venganza. En el año 612 a.C., una coalición de rebeldes tomó la capital del imperio, Nínive, y la incendió hasta los cimientos. Según la Biblia (*Nahum* 3, 7), el sentimiento que despertó en todo el Cercano Oriente como uno de los imperios más brutales del mundo condujo a un final dramático: «¡Asolada está Nínive! ¿Quién tendrá piedad de ella?».

«Construí un pilar en la puerta de la ciudad, y desollé a todos los jefes de la revuelta, y cubrí el pilar con su piel; a algunos los emparedé, a otros los empalé con estacas.»

ASSURBANIPAL II

Más que ningún otro, el ejército asirio sobresalió en la guerra de asedio, y fue probablemente la primera fuerza que tuvo un cuerpo propio de ingenieros. Se desconoce la fecha exacta en que los asirios adoptaron máquinas de asedio. Sin embargo, en el siglo VIII a.C. se habían convertido en maestros del arte de la poliorcética, como revela la creciente importancia de los asedios en varios relieves laudatorios e inscripciones halladas por todo el imperio. El asalto era la táctica principal frente a las ciudades fortificadas del Cercano Oriente. Los asirios desarrollaron una gran variedad de métodos para romper las murallas enemigas: emplearon zapadores para socavar los muros o prender fuego a las puertas de madera, y prepararon rampas para que los hombres treparan hasta las almenas o intentaran abrir una vía en la sección superior de los muros, allí donde tenían menos grosor. Las escalas móviles permitían a los atacantes saltar los fosos y acceder rápidamente cualquier punto de las defensas. Estas operaciones tenían la cobertura de masas de arqueros, que eran el núcleo de la infantería. Pero el orgullo de los cercos asirios eran sus máquinas. Éstas consistían en torres de madera de varias alturas con cuatro ruedas y una torreta en la parte superior, con uno, o a veces dos, arietes en la base. Estaban cubiertas de cuero y lona para protegerlas de las flechas incendiarias y también contaban con numerosos orificios para que los arqueros asaetearan y abatieran a los defensores de las murallas. El movimiento de avance se debía a la fuerza de soldados que empujaban la torre por detrás, o de animales tirando de cuerdas atadas a los postes por delante de la torre, y después enlazados a la parte trasera de la máquina. Sobre ésta se desplazaban varios arqueros; los que accionaban los arietes; los hombres que usaban grandes ingenios a modo de palas con agua para luchar contra el fuego; y soldados que manejaban postes con garfios en el extremo para volver a colocar las cadenas que desmontaban los enemigos para desactivar los arietes. Dado que los relieves asirios no están a escala, es imposible conocer las dimensiones exactas de estas torres, aunque las estimaciones modernas las sitúan entre 8 y 10 m.

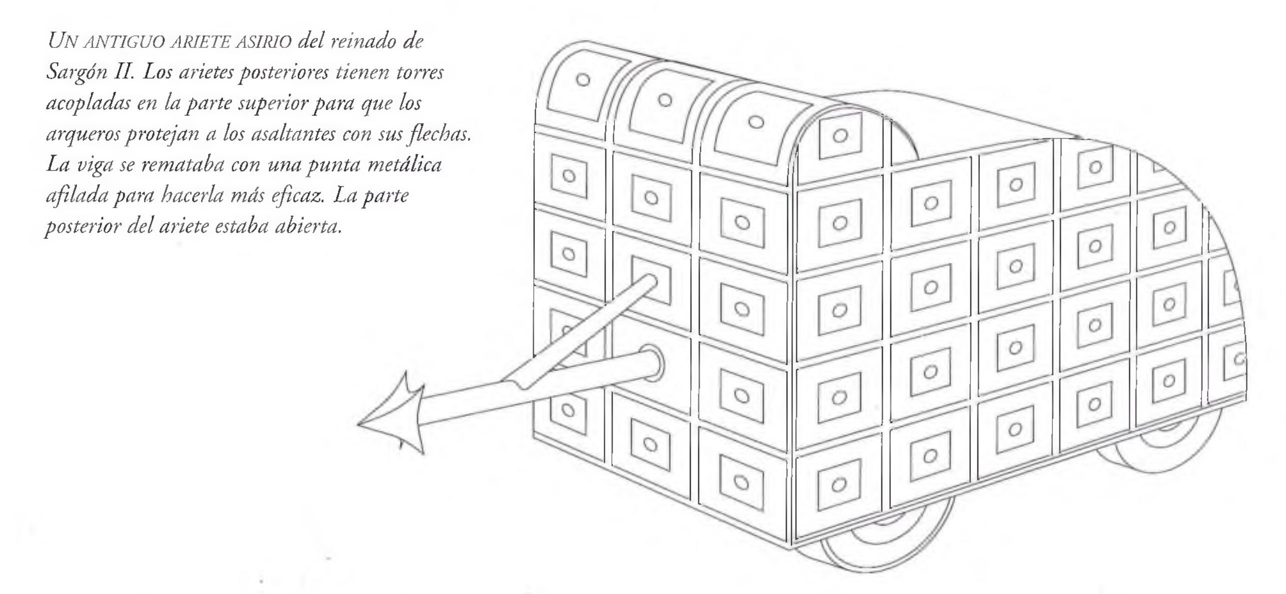
Las torres se llevaban muy cerca de la muralla y entonces se hacía funcionar el ariete, tal vez atravesando el foso, mientras los arqueros despejaban las almenas. A veces la torre llevaba un puente levadizo que depositaba a la infantería en la parte superior de la muralla enemiga, aunque no parece que esta solución se haya utilizado a menudo. El ingenio alcanzaba su carácter más mortífero cuando se combinaba con una rampa de asedio; después de levantar un montículo de tierra hasta la mitad de la altura del muro enemigo, los asirios lo cubrían con losas de piedra, dando a la torre una superficie lisa para desplazarse. Entonces se llevaba el ariete hacia las partes media y alta de la muralla, que solían ser menos sólidas. Los asirios fueron, probablemente, el primer pueblo que dispuso de torres de asedio combinadas con rampas, una táctica que tendría gran influencia en los romanos varios siglos más tarde.

Como se ha indicado anteriormente, la primera técnica empleada por los asirios en un asedio era el asalto. Carecían de la capacidad de rendir una ciudad mediante el bloqueo, y aunque a veces tuvieron éxito con esta táctica, no solían ponerla en práctica; por la razón que fuera, huían de los largos asedios. Recurrían al bloqueo sólo cuando fracasaban los asaltos, pero también sucedía que en tal caso abandonaban la campaña y realizaban otro intento al año siguiente.

El asedio de Laquis

Así, la mayoría de los cercos asirios resultaron victoriosos, y uno de los mejor documentados es el de la ciudad de Laquis en el año 701 a.C. Este asedio formaba parte de una campaña del rey Senaquerib (704-681 a.C.) por conquistar Judea, en un intento por legitimar su joven reinado. El monarca hizo registrar los acontecimientos en un relieve situado en su palacio, y ello nos permite reconstruir los hechos con cierta seguridad. El asedio empezó con ovaciones de los asirios a los sitiados. Le dijeron que si se rendían serían tratados con indulgencia; sin embargo, si resistían, toda la fuerza del ejército asirio caería sobre ellos, y serían castigados según el brutal modo asirio acostumbrado. Cuando los defensores se negaron a rendirse, comenzó el cerco. Primero, la ciudad fue rodeada para impedir que sus moradores escaparan, y después avanzaron los arqueros. Protegidos por gigantescos escudos, despejaron las almenas mientras los ingenieros iniciaban la construcción de una rampa de asedio y de una torre. Una vez completada la primera, fue pavimentada con losas de piedra para facilitar el tránsito de la torre. Entonces, los asirios iniciaron un asalto en dos vías; se arrastró la torre por la rampa y se llevó el ariete hasta la sección media de la muralla enemiga. Los arqueros de la torre limpiaron la muralla de oponentes, mientras los del suelo se aproximaban a los muros para dar cobertura al asalto con escalas de la infantería. La lucha fue, aparentemente, intensa, y el asalto duró quizá varios días, hasta que los asirios tomaron la ciudad. La arqueología ha revelado que el lugar fue saqueado y que centenares de hombres, mujeres y niños fueron pasados por la espada. El relieve del cerco muestra a prisioneros pidiendo clemencia a los pies de Senaquerib. Otros menos afortunados, tal vez los jefes de la ciudad, han sido empalados en estacas.

Mientras el sitio de Laquis concluyó con el triunfo asirio, el de Jerusalén fracasó, cuando el ejército asirio fue devastado por una plaga. Este hecho, unido a una fuerte derrota ante los egipcios poco después, forzó su retirada. No obstante, Senaquerib y sus ingenieros regresaron en el año 684 a.C., esta vez triunfalmente, e incorporaron Judea al imperio. Con estos métodos de asedio y horror, tecnología y terror, los asirios se convirtieron en maestros inigualados del Cercano Oriente durante cinco siglos. En el momento de su caída, su experiencia en la tecnología del asedio se había extendido a toda la región. Después sería exportada a occidente por los



UN ANTIGUO ARIETE ASIRIO del reinado de Sargón II. Los arietes posteriores tienen torres acopladas en la parte superior para que los arqueros protejan a los asaltantes con sus flechas. La viga se remataba con una punta metálica afilada para hacerla más eficaz. La parte posterior del ariete estaba abierta.



El sitio de Laquis (701 a.C.); este relieve del palacio de Senaquerib se encuentra hoy en el Museo Británico. Esta parte muestra a arqueros egipcios, con sus escuderos acompañantes, disparando contra los muros de Laquis mientras un ariete con torre asalta los muros ascendiendo por una rampa. Por debajo, los hombres intentan socavar los cimientos de la muralla. Los habitantes pagaron un terrible precio por su resistencia; en la imagen se ven varios prisioneros empalados.

fenicios en el siglo VII a.C.; su colonia en Cartago crearía un imperio marítimo propio en el Mediterráneo occidental, y entraría finalmente en conflicto con los griegos, que habían colonizado el este de Sicilia. Fue entonces, en el siglo V a.C., cuando los helenos se vieron enfrentados por primera vez a máquinas diseñadas específicamente para el cerco de ciudades. Y aunque su adaptación al mundo griego fue lenta, cuando se completó dio paso a una nueva revolución en la tecnología del asedio, llevando este arte hacia nuevas cumbres.

Primeras guerras griegas de asedio

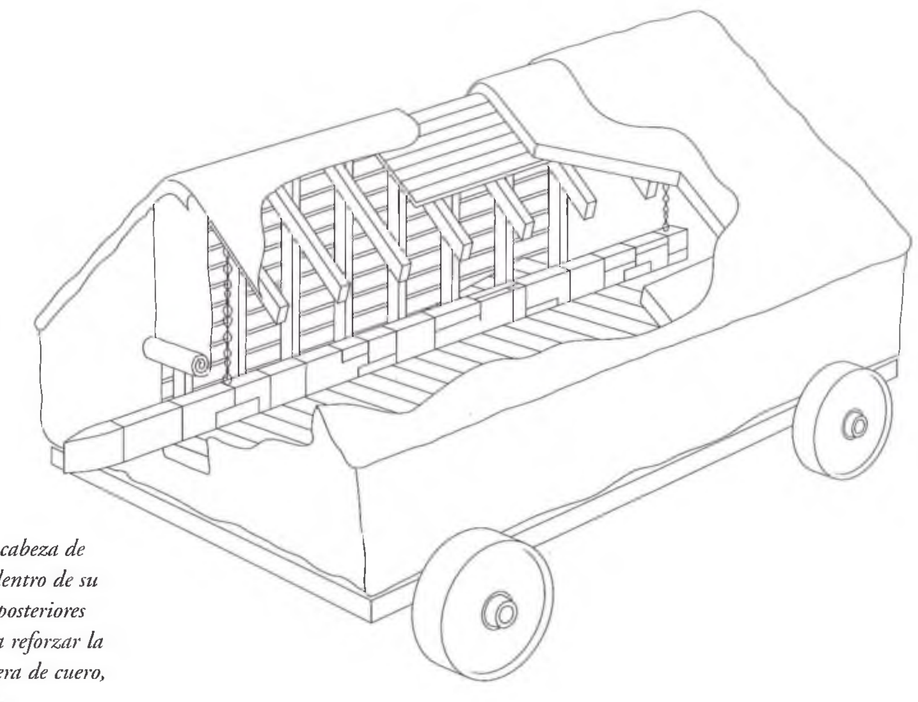
El período transcurrido entre la caída de Asiria en el año 612 a.C. y el ascenso al trono de Dionisio I de Siracusa en el 405 a.C. vio un desarrollo muy escaso de la ingeniería y la tecnología de asedio. La experiencia de los asirios se perdió en gran medida durante este lapso. Aunque fue adoptada por los persas, la nueva gran potencia del Cercano Oriente, éstos no pudieron aplicarla en todo su potencial, y usaron las máquinas de forma un tanto dispersa, sin mejoras importantes en los diseños existentes. En cuanto a los griegos, no disponían de la mayor parte de esta tecnología. En la primera mitad de este período, la ciencia griega no había progresado lo suficiente para hacer viable la construcción de estas grandes máquinas. Los cartagineses, nueva fuerza del Mediterráneo occidental, habían conseguido esta tecnología por su herencia fenicia. Sin embargo, el arte del asedio cayó ampliamente en desuso debido al carácter marítimo de aquel imperio y a que las ciudades se encontraban en África. Cerdeña y España apenas tenían fortificaciones. Esta situación cambió únicamente cuando empezaron a hacer incursiones serias en territorio griego en Sicilia en los siglos VI y V a.C., y hubieron de enfrentarse a fortalezas amuralladas. Aun así, correspondió a los siracusanos, sus principales oponentes en Sicilia, en el sudeste de la isla, la creación de un renacimiento en la tecnología del asedio ofensivo. Durante finales del siglo V a.C., éstos empezaron a adoptar y a mejorar enormemente las máquinas púnicas. En un siglo, habían eclipsado todo cuanto existió ante-

riormente, y devolvieron la ingeniería a la vanguardia del arte de la guerra.

Hasta que se produjo la revolución griega, en la época imperaba la tecnología defensiva. La fortificación había alcanzado su apogeo, y la tecnología ofensiva no era capaz de mantener su ritmo, o simplemente no existía. La fortaleza amurallada regía el modo de hacer la guerra en los siglos VI y V a.C. En el Mediterráneo, los conflictos eran a menudo breves y sin consecuencias, en los que un ejército, si era derrotado en el campo de batalla, simplemente se retiraba detrás de sus murallas. Los vencedores, incapaces de tomar la ciudad, se contentaban con devastar el territorio circundante antes de, a su vez, retirarse. Las grandes guerras, por otra parte, duraban décadas, ya que la protección de los muros hacía que ninguno de los bandos pudiera dar al otro el «golpe de gracia». En consecuencia, en este período de continuo guerrear, las conquistas territoriales fueron insignificantes, y gran parte del Mediterráneo siguió siendo un mosaico de ciudades-estado independientes.

La fortificación tampoco logró registrar ningún avance significativo en este período, pero ello se debe principalmente al hecho de que, en ausencia de una tecnología ofensiva, no era preciso mejorar las defensas. Los muros de ladrillo del período arcaico (siglos VIII a VI a.C.) habían dado paso, en el siglo V, a estructuras de piedra con fortificaciones y almenas. Estas murallas, pequeñas pero sólidas, se estaban ampliando hasta proteger ciudades enteras, que desbordaron las murallas antiguas. En el centro había una ciudadela amurallada, a menudo situada en una colina, a la que los griegos llamaron *acrópolis* (literalmente, «ciudad alta»). Estos conjuntos de fortificaciones fueron suficientes para mantener a raya a los más resueltos atacantes durante más de dos siglos.

Las dos guerras del Peloponeso (460-445 y 431-404 a.C.) vieron a Grecia polarizada entre dos campos opuestos: Atenas y su imperio, y Esparta y la Liga del Peloponeso. La segunda, aunque derrotó a Atenas en tierra, no logró tomar la ciudad debido a sus murallas y al poder de la armada ateniense, que mantuvo las líneas de suministro de la ciudad. Sólo cuando los espartanos se equipararon a los atenienses en el mar lograron rodear Atenas y cortar los suministros a la urbe. Estas guerras son típicas de un estado de ausencia de tecnología de asedio propio del período; un enemigo sin capacidad de romper murallas no tenía otro medio que sitiar las ciudades fortificadas privándolas de todo suministro hasta rendirlas por hambre.



UN ARIETE CUBIERTO. Los primeros arietes funcionaban sencillamente con una viga, con cabeza de hierro, suspendida con cadenas dentro de su artilugio protector; las versiones posteriores incluían engranajes y poleas para reforzar la potencia del ariete. La cubierta era de cuero, para protegerse de las flechas.

Laquis

701 a.C.

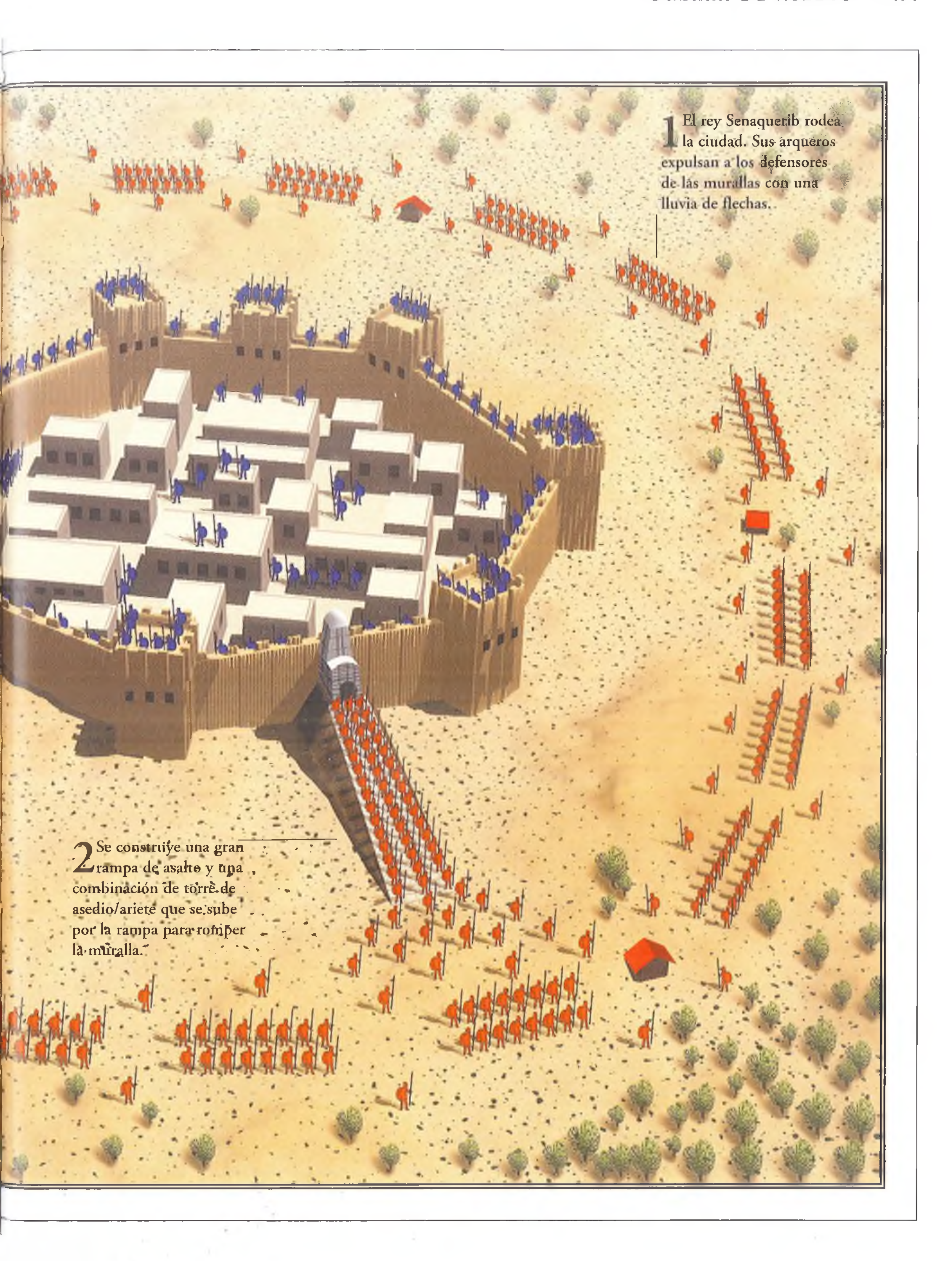
En un intento de conquistar Judea, el rey asirio Senaquerib (704-681 a.C.) puso sitio a Laquis y Jerusalén. En Laquis, la ciudad fue primero rodeada para cerrar la vía de escape. Después, se adelantaron los arqueros; bajo la protección de escudos gigantescos, abrieron paso en las murallas almenadas. El rey aplicó entonces el método asirio de «prueba y error» e hizo construir una rampa de tierra cerca del muro enemigo, cubriéndolo con piedra plana y arrastrando una máquina que combinaba una torre de asedio con un ariete. Los asirios lanzaron asaltos en dos vías. La torre se arrastró hacia arriba por la rampa, y el ariete se llevó contra la sección media de la muralla. Los arqueros de la torre despejaron las almenas mientras los de tierra se acercaban al muro para cubrir el asalto de la infantería con escalas. La lucha pudo ser intensa, y el asalto llevó probablemente varios días, aunque finalmente los asirios entraron en la ciudad. Aunque Laquis cayó, Jerusalén resistió, y al final Senaquerib fue expulsado de Judea.



Laquis es uno de los lugares más antiguos de los que se tiene noticia, y fue parte de una campaña de Senaquerib para conquistar la rica provincia de Judea a los egipcios.

4 Después de varios días de sangriento combate, los asirios entran en la ciudad. Muchos de sus habitantes son brutalmente asesinados.

3 Al mismo tiempo, los hombres de Senaquerib asaltan la ciudad con escalas, mientras los arqueros cubren su asalto con flechas.

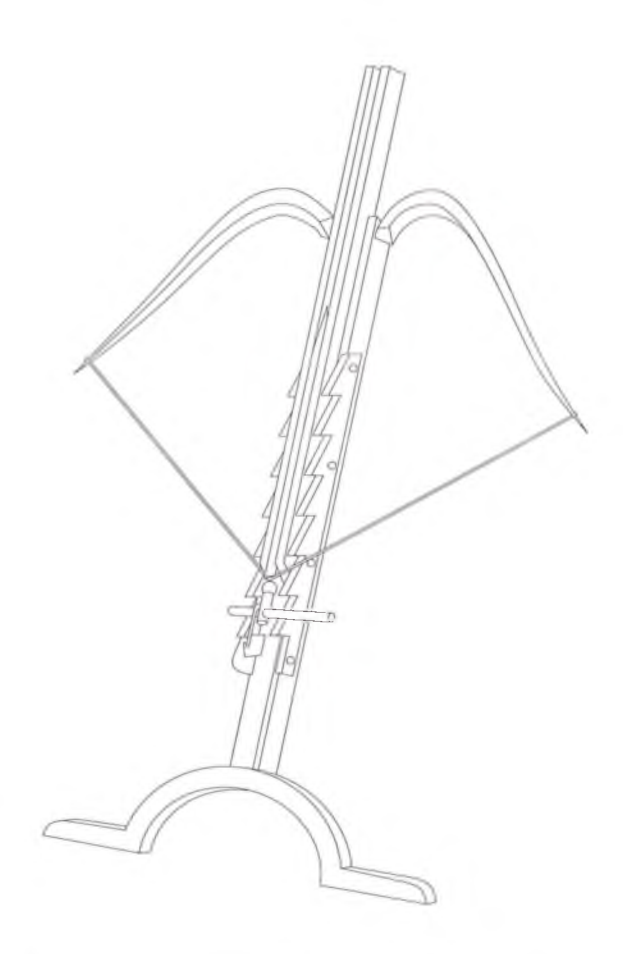

1 El rey Senaquerib rodea la ciudad. Sus arqueros expulsan a los defensores de las murallas con una lluvia de flechas.
2 Se construye una gran rampa de asalto y una combinación de torre de asedio/ariete que se sube por la rampa para romper la muralla.

Se producían algunas excepciones, como en ciertas ciudades tomadas mediante ardides, por sorpresa o por traición. El cerco espartano de Platea (429-427 a.C.) es el único ejemplo griego de este período en el que la tecnología jugó un papel esencial. Los espartanos y sus aliados tebanos realizaron obras de asedio alrededor de la ciudad, con almenas, trincheras y muros de madera hacia el interior y el exterior que pretendían evitar toda escapatoria y ayuda. Después construyeron un montículo de asedio hecho de madera y cascotes, y asaltaron las murallas. Para defenderse, los plateos elevaron primero la altura de sus muros existentes, y después construyeron detrás una segunda muralla. Entonces, los espartanos utilizaron arietes, que fueron destruidos cuando los sitiados desmontaron las vigas con sogas o aplastaron las cabezas con grandes vigas. Cuando un intento de tomar la ciudad incendiándola con maleza en llamas fracasó, los espartanos abandonaron el asalto y reforzaron sus fortificaciones alrededor de la ciudad. En los dos años siguientes, la mayor parte de los defensores pudieron escabullirse, pero el puñado que permaneció en la ciudad terminó por rendirse por hambre. Los espartanos vendieron a todas las mujeres como esclavas, ejecutaron a los hombres y quemaron Platea hasta los cimientos.

El asedio de Siracusa

El cerco más característico de este período es el que tuvo lugar en Siracusa, Sicilia, entre el año 416 y el 413 a.C. Registrado por el historiador Tucídides (VI.30-VII.87), se ha convertido en uno de los episodios militares más conocidos de todos los tiempos, tanto porque supuso un punto de inflexión en la segunda guerra del Peloponeso como por la total y absoluta derrota infligida a los atenienses. Con la intención de romper el estancamiento en que había caído la guerra contra Esparta, los atenienses tuvieron la idea de intervenir en los asuntos de Sicilia y conquistar Siracusa, con lo que presumiblemente privarían a los espartanos de una vital fuente de suministro y les forzarían a pedir la paz en términos ventajosos para Atenas. Ello supondría asimismo un duro golpe para Corinto, que era, además de enemigo de Atenas, su máximo rival comercial. La asamblea democrática ateniense votó enviar una expedición contra Siracusa, pero, como era típico, temía depositar todo el poder en manos de un solo hombre, y nombró tres generales responsables.

Irónicamente, el primero, Nikias, era el principal opositor a la expedición, y se pronunció contra ella de forma vehemente. Aun así, se había distinguido como un general competente, que se ganó la confianza de la asamblea. También fue víctima de una intriga política, ya que sus enemigos imperialistas esperaban desembarazarse así de un rival que había sido el jefe del partido de la paz en Atenas. Lamacos, el segundo comandante, era también un general veterano, pero de éxito moderado. El último de los socios era Alcibíades, uno de los principales defensores de la expedición, y también de los personajes más ambiciosos de la historia de Atenas. Amigo de Sócrates e impulsor infatigable de la expansión ateniense, Alcibíades no juró lealtad a nadie



El GASTRAPHETES, *primera pieza de artillería del mundo griego, desarrollado por Dionisio I (405-367 a.C.). Funcionaba mediante tensión, utilizando brazos de madera que se estiraban hacia atrás para disparar saetas, como las modernas ballestas.*

y cambió de bando dos veces durante la guerra, una de ellas, muy destacable, en camino hacia Siracusa en el año 415 a.C. Acusado de sacrilegio religioso por sus enemigos políticos, huyó a Esparta, donde ejerció como consejero militar. Las intrigas y el astuto empleo de la propaganda y la oratoria de esta figura histórica dan para una lectura estimulante, aunque ello no evitó su caída final y su muerte violenta en el año 404 a.C.

Al llegar a Sicilia, ya sin Alcibíades, los atenienses lograron derrotar a la fuerza siracusana que les opuso resistencia, dejando expedito el camino hacia la ciudad. Sin embargo, Nikias no consiguió capitalizar su victoria y actuó con cautela, con lo cual permitió que los siracusanos se reagruparan y prepararan las defensas de la urbe. No sería la última vez que la prudencia impidiera a los atenienses aprovechar la debilidad del enemigo en su momento más vulnerable. Tras esperar varios meses, los atenienses marcharon sobre Siracusa y tomaron de inmediato la altura de Epipolai, situada al norte de la ciudad. Allí construyeron dos fuertes, llamados de Labdalon y Circular; y desde el segundo empezaron a levantar obras de asedio consistentes en muros y trincheras, diseñadas para encerrar la ciudad desde el lado más alejado del mar. Los siracusanos intentaron detener la construcción, primero con un ataque de caballería, y después con dos conjuntos de obras contrarias, pensadas para impedir que los atenienses lograran cerrar el círculo. Sin embargo, los sitiadores consiguieron frustrar todos estos esfuerzos, y en el año 414 a.C. la ciudad parecía condenada.

Henchido de confianza, Nikias cometió un tremendo error. Convencido de que Siracusa se rendiría, simplemente interrumpió la construcción de las obras, y nunca terminó de rodear totalmente la urbe. No se sabe bien el motivo de esta decisión, pero entre tanto Siracusa había reclamado la ayuda de Esparta, y Alcibíades aconsejó a los espartanos que enviaran a Gylippos, uno de sus generales. Gylippos desembarcó en Sicilia y logró reclutar 3.000 refuerzos antes de marchar hacia Siracusa. Se encaminó hacia la ciudad en orden de batalla, esperando un combate, pero los atenienses, en otro error de cálculo que les sería muy costoso, les permitieron entrar sin oponerse.

> *«[De] todos los acontecimientos griegos que han sido registrados, fue el de mayor magnificencia para los vencedores... Porque los derrotados... sufrieron la peor destrucción; todos perecieron, y sólo unos pocos... volvieron a casa.»*
>
> *TUCÍDIDES*

Después de tomar el mando de las fuerzas siracusanas, Gylippos determinó que el único modo de romper el asedio era llevar a los atenienses al combate, al considerarlos tremendamente laxos para un soldado espartano profesional. De inmediato, los defensores salieron de su guarida y tomaron el fuerte de Labdalon en una incursión relámpago. Bajo escaramuzas constantes, construyeron un muro que corría desde el fuerte a la ciudad, bloqueando así todo intento de los atenienses de completar las obras de asedio y rodear Siracusa. La flota ateniense, fondeada en el Gran Puerto, fue atacada, en una acción en la que los siracusanos resultaron derrotados. Sin embargo, Gylippos venció en un asalto terrestre y consiguió hacerse con los depósitos de suministro del enemigo. La situación logística empeoraba rápidamente para los atenienses, ya que los siracusanos derrotaron a una flota de abastecimiento enviada desde Atenas.

A principios del año 413 a.C., los siracusanos emitieron un llamamiento a toda Sicilia, y llegaron refuerzos desde todos los lugares de la isla. La lucha por tierra y mar se hizo cada vez más frecuente y salvaje. A menudo tomó la forma de escaramuzas, pero también se libraron varias batallas importantes. Estos encuentros no fueron decisivos en tierra, salvo una importante victoria para Siracusa. Así, cada pelea, con independencia del resultado, significaba más y más bajas, que los atenienses no podían permitirse. La llegada de 5.000 refuerzos desde Atenas apenas sirvió para cambiar la situación, y tan solo empeoraba el problema del suministro. En el mar también las cosas iban de mal en peor, después de que los siracusanos lograran dos resonantes victorias en el Gran Puerto. Consiguieron tender una cadena que atravesaba la entrada del puerto. Los

Siracusa

415-413 a.C.

El asedio fue un intento de los atenienses de tomar Siracusa y cortar así uno de los principales suministros de grano de su enemigo, Esparta. En el año 415 a.C., los atenienses empezaron a construir una serie de murallas y fuertes diseñados para rodear la ciudad. Durante el año siguiente, dos intentos de los defensores de erigir contramurallas se saldaron con fracaso. En el año 414 a.C., los espartanos enviaron a su general Gylippos para que asumiera el mando de la guarnición. Inmediatamente tomó la iniciativa, apresando un importante fuerte enemigo y erigiendo una contramuralla que impediría a los atenienses terminar las obras de asedio. En el año 413 a.C., el ejército ateniense empezó a padecer por las enfermedades, y la armada siracusana consiguió atrapar la flota del enemigo en el Gran Puerto. Los atenienses, al comprender el fracaso de su expedición, abandonaron la flota e intentaron escapar por tierra. Hostigados por la caballería y viéndose fuera del agua, terminaron por rendirse. Muchos de los 7.000 prisioneros murieron después de haber sido confinados en las canteras de Siracusa, y fueron muy pocos los que lograron regresar a Atenas.

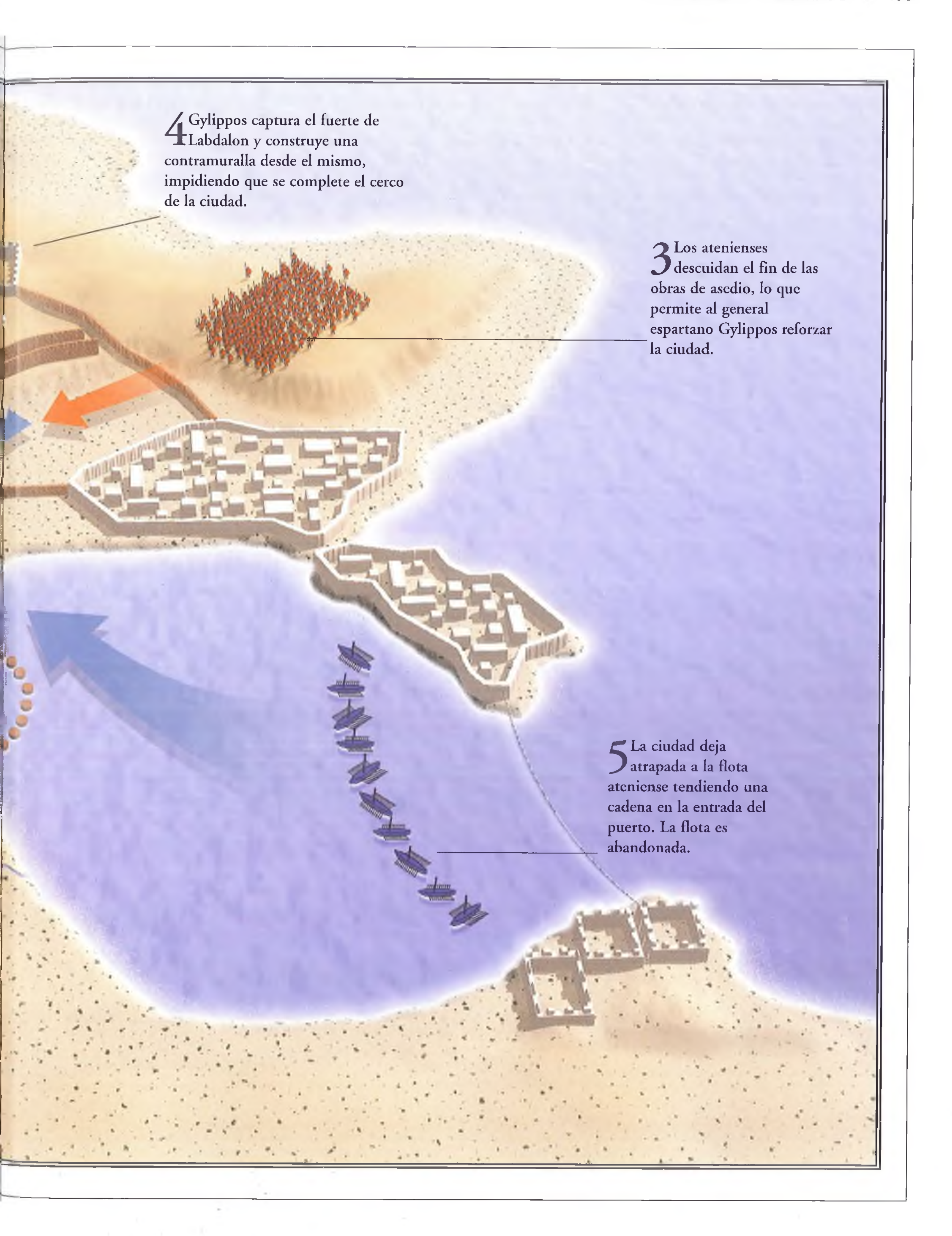


En su busca por romper el estancamiento en la guerra contra Esparta, los atenienses decidieron atacar Siracusa, esperando privar a los espartanos de una fuente vital de suministros y forzándolos a pedir la paz.

1 A pesar de derrotar a una fuerza siracusana enviada como resistencia, los atenienses no marchan de inmediato sobre la ciudad.

2 Los atenienses construyen dos fuertes y otras obras de asedio en la meseta de Epipolai, que domina la ciudad.

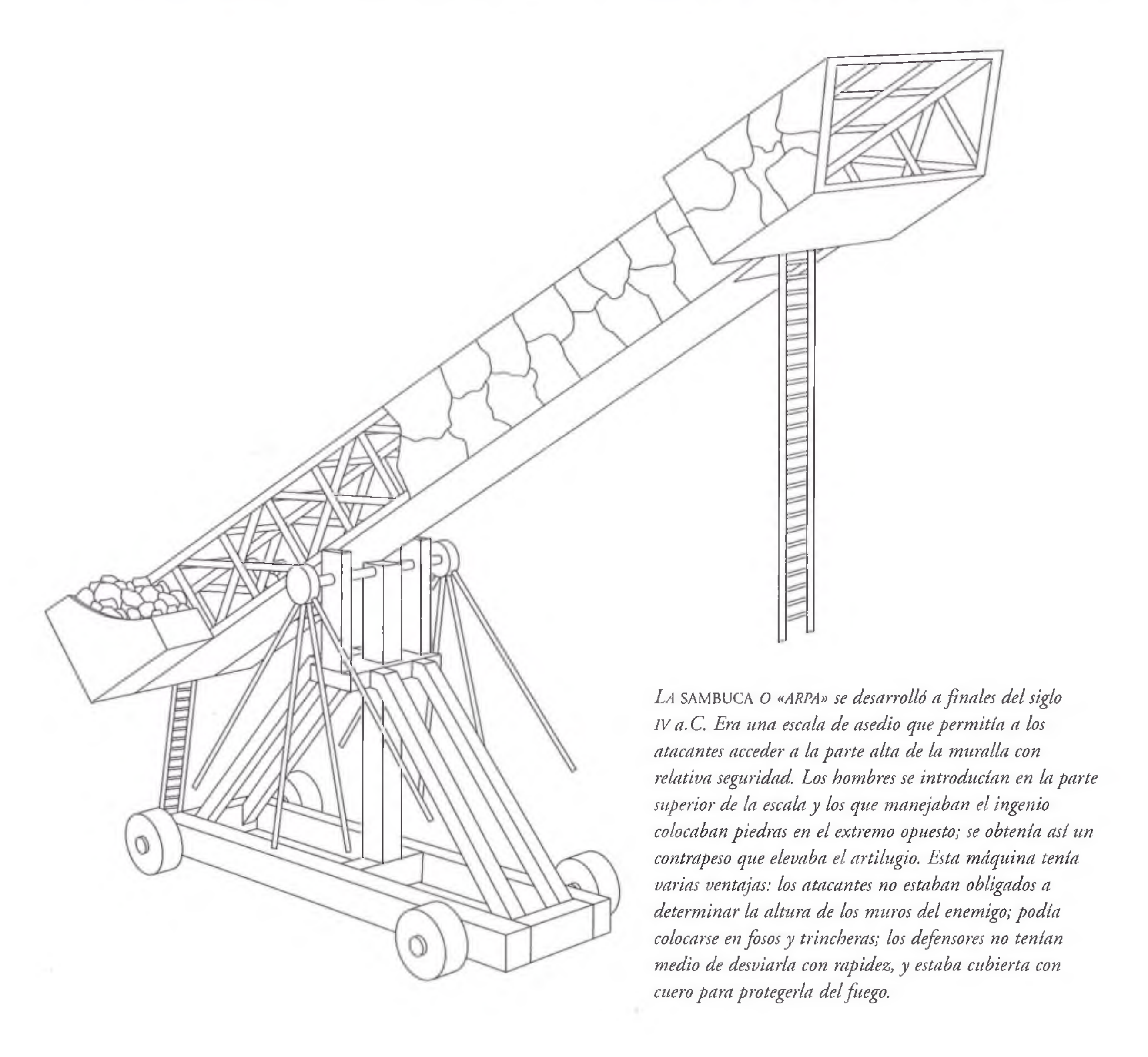
6 Los atenienses intentan retirarse por tierra, pero muchos ven cortado el paso por sus perseguidores y el resto se rinde.


4 Gylippos captura el fuerte de Labdalon y construye una contramuralla desde el mismo, impidiendo que se complete el cerco de la ciudad.
3 Los atenienses descuidan el fin de las obras de asedio, lo que permite al general espartano Gylippos reforzar la ciudad.
5 La ciudad deja atrapada a la flota ateniense tendiendo una cadena en la entrada del puerto. La flota es abandonada.

atenienses, sabiendo que el fin estaba cerca, pretendieron romperla, y perdieron la mitad de la flota en el intento. Así, la trampa se cerró definitivamente sobre los atenienses, y los sitiadores pasaron a convertirse en sitiados.

Los atenienses abandonaron los barcos y se retiraron de Siracusa por tierra. Perseguidos por la caballería y las tropas de artillería, muchos vieron cortada la huida. Al no poder pasar por la ruta del norte, se giraron en vano hacia el sur y luego al oeste. Cuando comprendieron que no había escapatoria, se rindieron. De los 50.000 hombres enviados por Atenas en los dos últimos años sólo quedaban 7.000. Los generales atenienses fueron ejecutados, mientras que los demás sufrieron prisión en las canteras de Siracusa, donde muchos perecieron en terribles condiciones. Los pocos que sobrevivieron fueron liberados finalmente para regresar a Atenas, con lo que se sumaron a los escasos hombres que consiguieron huir antes de que se rindiera el cuerpo principal del ejército. Así concluyó el capítulo más oscuro de la historia militar ateniense.

Aunque de importancia relativamente escasa en la historia de la poliorcética, el cerco ateniense de Siracusa es relevante porque es muy característico de este tipo de acciones en el siglo VIII a.C. En ningún momento, los atenienses intentaron romper los muros de Siracusa; simplemente, carecían de la tecnología adecuada. Por tanto, no tenían otra elección que cerrar la ciudad y esperar que se rindiera por



LA SAMBUCA O «ARPA» se desarrolló a finales del siglo IV a.C. Era una escala de asedio que permitía a los atacantes acceder a la parte alta de la muralla con relativa seguridad. Los hombres se introducían en la parte superior de la escala y los que manejaban el ingenio colocaban piedras en el extremo opuesto; se obtenía así un contrapeso que elevaba el artilugio. Esta máquina tenía varias ventajas: los atacantes no estaban obligados a determinar la altura de los muros del enemigo; podía colocarse en fosos y trincheras; los defensores no tenían medio de desviarla con rapidez, y estaba cubierta con cuero para protegerla del fuego.

hambre. Y si hubieran completado las obras, probablemente habrían logrado el objetivo. El asedio es importante también porque cambió el curso de la historia del Mediterráneo: quebró la hegemonía de Atenas y marcó el final de su imperio. Sin la victoria de Siracusa, Esparta no habría podido emerger victoriosa de la guerra del Peloponeso y Atenas se habría mantenido como principal potencia durante todo el siglo IV, tal vez impidiendo incluso el ascendiente de Macedonia sobre Grecia. La magnitud de la derrota sufrida por Atenas no puede exagerarse: fue una catástrofe. Los atenienses perdieron una proporción importante de sus hombres, en su mayoría en el mejor momento de su vida militar. Resulta apropiado decir que con esta humillación Atenas dejó de ser una fuerza importante en el Mediterráneo. Nunca recuperaría el poder de que había disfrutado antes de 415 a.C. Tucídides dice de la derrota:

«De todos los acontecimientos griegos que han sido registrados, fue el de mayor magnificencia para los vencedores, y para los vencidos el más desastroso. Porque los derrotados, duramente batidos en todos los frentes... sufrieron la peor destrucción; todos perecieron, y sólo unos pocos de los muchos que eran pudieron regresar a casa» (VII.87-5.6).

La cumbre griega de la tecnología de asedio

A diferencia de otros períodos de la historia de la poliorcética, la era de los griegos no desarrolló la tecnología gradualmente. Lo cierto es que la innovación llegó de la mano de un solo hombre: Dionisio I, tirano de Siracusa (405-367 a.C.), tal vez el general no macedonio más innovador de los producidos por el mundo griego antiguo. En los tiempos de su ascenso al poder, a finales del siglo V, Cartago y Siracusa habían rivalizado durante más de un siglo. Ninguno de los bandos había logrado infligir una derrota decisiva al otro, pero Cartago, al contar con mejores recursos de hombres, a menudo mantuvo la iniciativa, y Siracusa se vio forzada periódicamente a resistir asedios púnicos. Dionisio estaba decidido a romper este ciclo y la ambición de toda su vida fue expulsar a los bárbaros no griegos de Sicilia.

El tirano sabía que para lograrlo se necesitaba un esfuerzo extraordinario; Siracusa había ya derrotado antes a Cartago en el campo de batalla, pero sus oponentes siempre habían sabido retirarse a sus ciudades fortificadas. Como éstas eran centros básicamente marítimos, el método contemporáneo de asedio griego, consistente en el bloqueo, resultaba inútil: Cartago era la primera potencia marítima del Mediterráneo occidental, y siempre podría abrirse líneas de suministro. Tras firmar una paz con Cartago en términos desventajosos en el año 405 a.C., Dionisio comprendió que para derrotar plenamente a los cartagineses debía encontrar un modo de tomar sus fortalezas al asalto.

Para este fin, entre los años 399 y 397 a.C. planeó una nueva guerra con Cartago. Sus preparativos fueron muy minuciosos: contrató mercenarios y los reunió junto con una nueva fuerza siracusana; forjó nuevas alianzas en Sicilia, y construyó una nueva flota. Además, fue el responsable de dos innovaciones que cambiarían para siempre la guerra en Europa: volvió a fortificar Siracusa y construyó un tren de asedio.

El objetivo de Dionisio con la nueva fortificación de la ciudad era imitar la ventaja de la que habían disfrutado siempre los cartagineses, haciendo de Siracusa una formidable fortaleza a la que podría retirarse si las campañas no salían bien. Para ello, levantó el mayor conjunto de fortificaciones que había visto jamás el mundo griego. El gran cerco ateniense del período 415-413 a.C. había ilustrado con bastante claridad que la clave para Siracusa estaba en las cumbres de la altura de Epipolai; por tanto, empezó sus defensas mediante la construcción de una muralla alrededor de esta altura, una fortificación de casi 27 km de longitud. Esta defensa contaba con torres en intervalos regulares y seis puertas fortificadas. Una de ellas, conocida como Puerta de Epipolai y ubicada en el extremo más occidental de las murallas, estaba custodiada por la más brillante de estas obras, el fuerte de Eurialo. El diseño exacto del Eurialo de Dionisio se desconoce, ya que la estructura sufrió algunas renovaciones sustanciales, la última de las cuales fue realizada por el gran ingeniero y matemático Arquímedes (287-211 a.C.). En su forma final, representaba el epítome de la arquitectura defensiva helenística, que no encontró parangón hasta los castillos de la Europa medieval. Una prueba de la resistencia del fuerte de Eurialo es que nunca cayó ante ningún atacante, y que fue eludido totalmente

por los romanos en su asedio de los años 213-211 a.C. Siracusa pasó de ser una ciudad fortificada a una fortaleza por pleno derecho. Como consecuencia, antes de que la ciudad se viera en peligro era preciso que cayeran toda la meseta de Epipolai y el fuerte de Eurialo.

Una vez que Dionisio hubo salvaguardado su retaguardia, retornó a la ofensiva. Emitió un llamamiento por todo el Mediterráneo en busca de artesanos notables para que acudieran a Siracusa, con el fin de construir el primer tren de asedio del mundo griego. Prometiéndoles altos salarios e importantes recompensas, Dionisio reunió un grupo de los más hábiles ingenieros que vio jamás el mundo antiguo. Llegaron griegos de Sicilia e Italia, así como de la Grecia continental; incluso cartagineses, los enemigos de los siracusanos, respondieron a la llamada y fueron bien acogidos. En toda la ciudad comenzaron a realizarse investigaciones, experimentos y pruebas, y artesanos de sustratos científicos ampliamente diferentes combinaron sus conocimientos, para producir notables resultados.

«En el asalto de una ciudad, el primer hombre en escalar el muro recibe una corona de oro... los hombres que merecen estos trofeos gozan de gran prestigio en el ejército y pronto retornan a sus hogares.»

POLIBIO

De esta síntesis de casi todo el saber del mundo surgieron las primeras *catapultas*, los *gastraphetes* (literalmente, «arcos-vientre») y los *oxybeles*. La primera era un arma de mano, precursora de la ballesta, mientras que la segunda era de tamaño bastante superior. También disparaba saetas y, como el *gastraphetes*, actuaba basándose en el principio de la torsión, según el cual se doblaban y giraban los brazos de madera hacia atrás para ganar potencia. En particular, la influencia del *oxybeles* fue muy extensa, al convertirse en precursor de las mejores piezas de artillería griegas y romanas del futuro.

Dionisio usaría estas nuevas armas con un efecto devastador, ya que puso a los cartagineses de Sicilia bajo sus pies y destruyó su capital. Aunque al final no logró expulsarlos totalmente de la isla, su influencia se dejó sentir mucho después de su muerte en el año 367 a.C.; Siracusa pasó a ser el centro griego de la tecnología de asedio, ya que muchos de los artesanos que habían acudido a la llamada de Dionisio se establecieron en la ciudad, donde siguieron desarrollando sus máquinas e hicieron grandes avances en la tecnología artillera.

Aquél fue el ambiente en el que nació Arquímedes. Este hombre, un genio incontestable, no fue una especie de científico inconformista, sino un producto de su tiempo y su entorno, un lugar repleto de eruditos de una misma corriente que entendían sus máquinas, y de artesanos que tenían la habilidad de construirlas. Arquímedes representa la culminación de la ciencia griega, y ningún otro hombre de la Antigüedad tuvo su conocimiento y talante innovador en el ámbito de la poliorcética. Hizo florecer Siracusa, ya que sus ingenieros entendieron y supieron construir sus fantásticas máquinas. Sus diseños se basaban en tradiciones establecidas en balística en Siracusa. En la tecnología del cerco ofensivo, aprovechó la invención de la torsión para ensamblar gigantescos lanzadores de piedras de doble brazo, el mayor de los cuales tenía capacidad para lanzar bolas de 80 kg, un peso superior al logrado nunca antes en la historia. Sin embargo, sus contribuciones más notables a la ciencia militar se encuadran en la tecnología defensiva; reforzó enormemente el Fuerte de Eurialo y mejoró en conjunto las defensas de Siracusa. Pero la expresión de su genio no se encuentra en su capacidad para construir inmensas y temibles máquinas, sino sobre todo en la colocación de esta artillería para que concentrara sus disparos con un efecto máximo. Era un maestro de la construcción de obras de defensa que actuaban en consonancia con grandes y variadas formas de artillería. Las máquinas eran colocadas diestramente por el propio Arquímedes de manera que concentraran el grueso de los disparos en puntos específicos vulnerables, dando así a los defensores de Siracusa la máxima ventaja. También desarrolló otras máquinas para contrarrestar los cercos, entre ellas un sistema de poleas con cabeza pivotante que oscilaba sobre un muro para dejar caer cantos ro-

dados sobre los barcos enemigos; otras tenían brazos que se extendían sobre la muralla para arrojar pesadas vigas sobre los arietes de los atacantes. Se le atribuyen igualmente varios ingenios más fantásticos, como la mano de hierro que levantaba los barcos fuera del agua y el torno de engranajes capaz de elevar 100 t con apenas esfuerzo del operador. (Estos dos últimos son, evidentemente, artilugios descritos por hombres que no entendían muchas de las máquinas de Arquímedes y, por tanto, dejaban correr su imaginación al observarlas.) Tras su muerte, Arquímedes fue ensalzado casi como un dios en todo el mundo antiguo, lo que significa que la figura que ha llegado hasta nosotros está más cerca del mito que de la realidad. Aun así, sigue viéndose como una de las mentes más prodigiosas del mundo antiguo, y su contribución a la poliorcética no tuvo igual. Ningún trabajo sobre la materia estaría completo sin su mención.

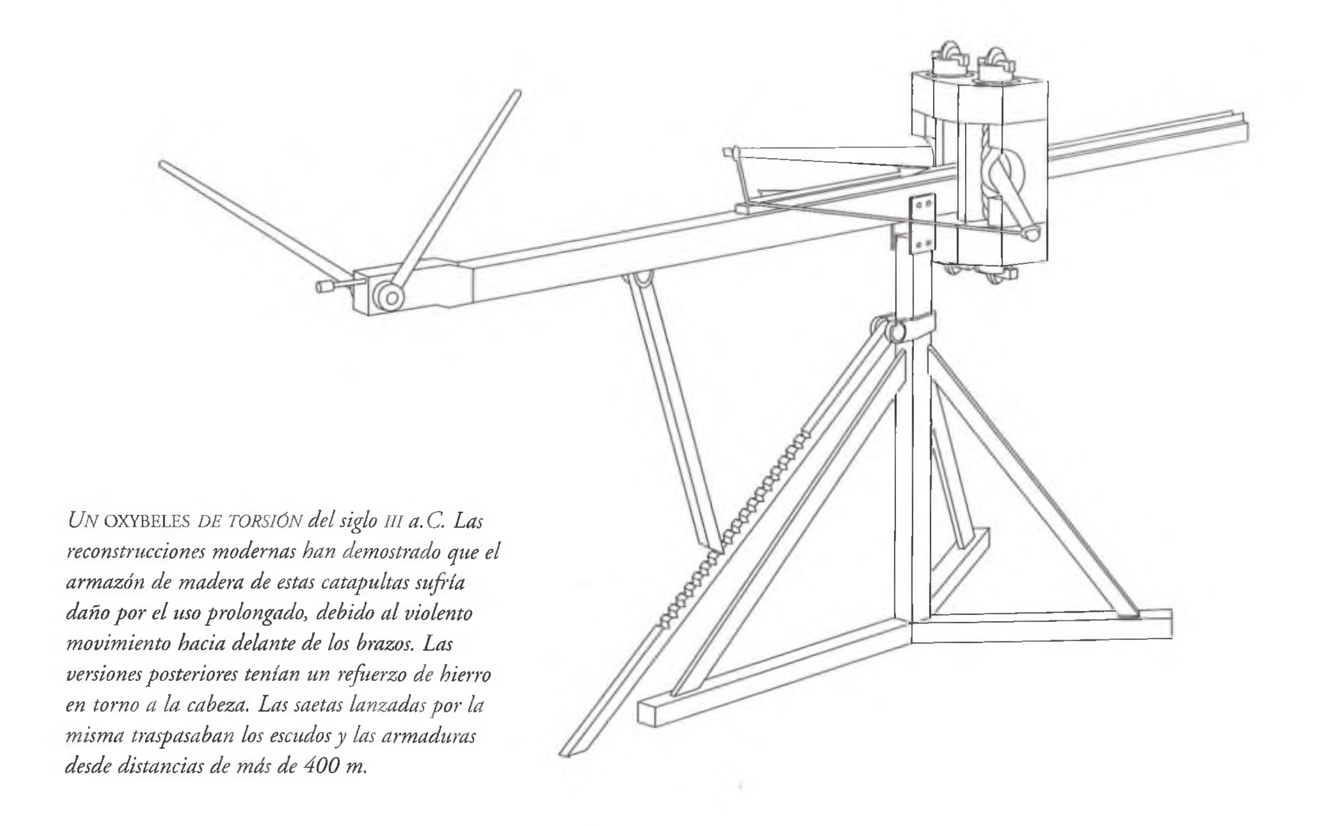
Arquímedes se basó en las ideas de sus predecesores, aquellos ingenieros y científicos de Siracusa que se congregaron para dar un impulso decisivo a la tecnología del asedio. La llamada de Dionisio a la innovación científica fue renovada por el rey Filipo II de Macedonia (359-336 a.C.), conquistador de Grecia y padre de Alejandro Magno. Filipo planeó una invasión a gran escala del imperio persa (que fue cumplida, finalmente, por su hijo después del asesinato de Filipo). El rey macedonio comprendió que para hacer realidad su plan primero tendría que vérselas con las ciudades fortificadas de la costa de Anatolia, y después con las grandes fortalezas del corazón del imperio. Por tanto, necesitaba un tren de asedio: sin la capacidad de tomar ciudades con celeridad, corría el riesgo de encenagarse en bloqueos en los que, con el paso del tiempo, terminaría por sucumbir ante las superiores fuerzas de los persas. En consecuencia, Filipo llamó a ingenieros de todo el Mediterráneo para que se reunieran en su corte de Pella.

Este encuentro de mentes produjo nuevos desarrollos en las técnicas del cerco ofensivo, en particular en el ámbito de la artillería. Macedonia desarrolló la torsión como sustituto de la tensión en la fuerza impulsora de las catapultas. Mientras la tensión recurría a brazos de madera doblados hacia atrás, como un arco horizontal, la torsión usaba cuerdas verticales fuertemente retorcidas con brazos de madera sólida situados horizontalmente en ellas para mejorar la potencia y el alcance. La torsión era una novedad que condujo a la mejora del *oxybeles* para su uso contra personas, y que dio origen al *lithobolos* («lanzador de piedras»), la primera pieza de artillería capaz de demoler murallas. Esta máquina se produjo en muchos tamaños diferentes, el mayor de los cuales podía arrojar piedras de 4,5 kg a unos 450 m de distancia. Y su puntería permitía su manejo para concentrarse en una pequeña sección del muro. Si Dionisio inventó la artillería del asedio, Filipo la perfeccionó; las anteriores máquinas de tensión iniciaron una revolución en la tecnología militar que culminó con las máquinas de torsión del segundo. Tan monumental fue este logro que, aunque se realizaron perfeccionamientos posteriores, el uso de la torsión sería un elemento recurrente en todas las piezas de artillería durante los 800 años posteriores. No en vano, el diseño de estas máquinas se mantuvo relativamente sin cambios hasta el siglo III d.C. El poder de la ciudad fortificada en Europa se había resquebrajado.

Alejandro utilizó esta nueva tecnología con efecto devastador contra las ciudades de Anatolia, y en particular en el cerco de Tiro, en el actual Líbano, en el año 332 a.C. Después de su muerte, nueve años más tarde, sus generales, conocidos como diádocos, se repartieron el imperio y mantuvieron un estado de guerra casi constante unos contra otros hasta que terminaron por ser absorbidos por Roma. Los centros de su poder eran las numerosas ciudades fortificadas que salpicaban el Mediterráneo oriental y el Cercano Oriente. Muchas de ellas eran mucho más antiguas y tecnológicamente avanzadas que sus contrapartidas en occidente (con la excepción de Cartago, Siracusa y un puñado de ciudades más), y estaban protegidas con fuertes murallas y complejas defensas. Por tanto, no es coincidencia que la guerra de asedio de los griegos alcanzara su cumbre en este período, desde finales del siglo IV hasta el II a.C. La poliorcética avanzó más en estos 200 años que en ningún otro período del mundo antiguo. Se lograron mejoras en el alcance y la puntería, y las máquinas se hicieron inmensas. La de mayor tamaño de que se tiene noticia medía 6 m de alto y lanzaba piedras de hasta 82 kg. Las cuerdas de torsión, en tiempos hechas con crines de caballo, se componían ahora con tendo-

nes, de mayor fuerza y duración. Las envolturas de las cuerdas también ganaron en fuerza; las primeras máquinas solían romperse por la cabeza después de un cierto tiempo, debido al violento movimiento hacia delante de los brazos, razón por la cual se encastraron las cuerdas en placas de hierro, que prolongaron la vida de las máquinas. Se inventó también un ingenio para trenzar las cuerdas, girándolas con mucha más tensión y dando así a la artillería más elasticidad y, con ello, mayor potencia. Fuera del ámbito de la artillería, otro desarrollo helenístico fue la *sambuca*, una escala móvil, grande y cubierta que daba protección a los hombres del interior y les permitía utilizar el factor sorpresa, ya que la máquina se desplazaba con celeridad. Los arietes se hicieron asimismo más complejos; en su mayoría se guardaban en grandes casamatas de madera; los modelos más antiguos solían estar suspendidos en una cadena, mientras que el siglo IV asistió al uso creciente de engranajes para mover las vigas atrás y adelante con menos hombres y mayor fuerza. Como respuesta a estos desarrollos, las defensas también se reforzaron; las murallas ganaron en altura y espesor, y se prepararon fortificaciones suficientemente grandes para sostener cantidades importantes de artillería. Finalmente, el período dio origen a los primeros tratados técnicos sobre la guerra de asedio. Así, Aineias Taktikos (el Táctico) compuso un tratado denominado *Poliorketika* (Poliorcética), c el 350 a.C.; Ctesibios de Alejandría escribió una obra perdida en torno al año 270 a.C. sobre la construcción de artillería; la *Construcción de máquinas de guerra y artillería* de Bitón apareció alrededor del año 240 a.C.; mientras que Filón de Bizancio publicó su *Belopoeika* (sobre la construcción de proyectiles) c 200 a.C.

De los muchos asedios que tuvieron lugar en el mundo helenístico, ninguno resulta tan ilustrativo sobre la aplicación de la nueva tecnología como el de Rodas (305-304 a.C.). Este cerco fue ordenado por Demetrio, hijo de Antígono I Monoftalmo («de un solo ojo»), uno de los generales de Alejandro, y más tarde diádoco. En el año 305 a.C., padre e hijo fueron a la guerra contra Ptolomeo I de Egipto, otro de los sucesores de Alejandro. Buscando dar un golpe definitivo en el conflicto, Demetrio atacó Rodas, un aliado tolemaico y el más rico estado comercial del Mediterráneo oriental. Demetrio, de sólo 31 años de edad, era ya un general veterano que había tenido victorias en tierra y mar. Aun así,



UN OXYBELES *DE TORSIÓN del siglo III a.C. Las reconstrucciones modernas han demostrado que el armazón de madera de estas catapultas sufría daño por el uso prolongado, debido al violento movimiento hacia delante de los brazos. Las versiones posteriores tenían un refuerzo de hierro en torno a la cabeza. Las saetas lanzadas por la misma traspasaban los escudos y las armaduras desde distancias de más de 400 m.*

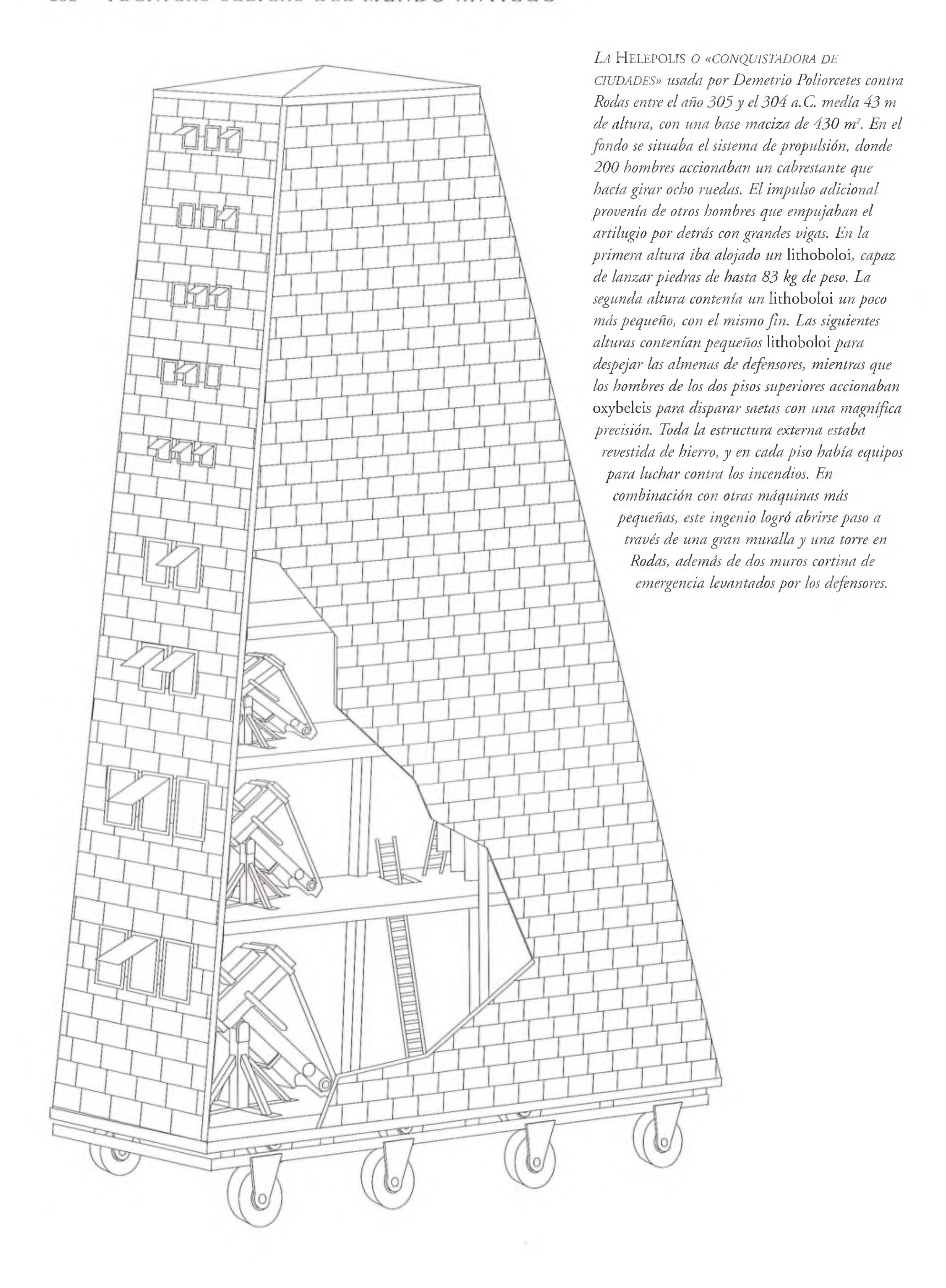
era conocido sobre todo por su destreza para capturar ciudades fortificadas utilizando un gran tren de asedio y varias grandes máquinas. Por ello, sus contemporáneos le llamaron *Poliorcetes*, o el «Sitiador». Iba ahora a poner en juego toda su reputación frente a Rodas.

Demetrio intentó primero tomar la ciudad desde el mar. Desplegó cuatro pares de cargueros y dispuso dos casamatas y dos torres delante de ellos. Usó estos ingenios para iniciar un ataque nocturno al puerto, cubierto por la artillería. La lucha se prolongó hasta bien entrado el día, y Demetrio parecía tener ventaja hasta que los rodios consiguieron destruir una de las torres, incendiándola y forzando al enemigo a retirarse. Se estaba lanzando otro ataque cuando los barcos que llevaban dos torres más se hundieron ante la acometida de la armada de Rodas. Demetrio abandonó los intentos por mar, viéndose obligado a asaltar la ciudad desde tierra. No le supuso gran problema, ya que era su táctica habitual, pero los habitantes de Rodas no le habían dejado otra opción. Su fracaso en el puerto había eliminado la posibilidad de bloquear la ciudad y rendirla por hambre, y desde este momento Rodas sería constantemente abastecida y reforzada por Ptolomeo.

Demetrio el Sitiador construyó entonces la máquina que le haría célebre, la gigantesca *helepolis* o «conquistadora de ciudades». Era una torre de 43 m de altura con una base de 430 m², y estaba accionada por un grupo de 200 hombres que hacían girar un cabrestante que ponía 8 ruedas en movimiento. Cubierto con planchas de hierro para protegerlo del fuego, y con una gran variedad de artilugios para disparar saetas y lanzar piedras, debió de constituir una imagen aterradora para los defensores de Rodas cuando la vieron acercarse a los muros de su ciudad. Esta torre colosal se apoyaba en ambos lados por pasos de madera cubiertos con cuero. En ellos se acoplaban casamatas con hombres que accionaban arietes macizos de 54 m sobre rodillos en el suelo o largas vigas de madera de 25 m con puntas afiladas, que se usaban a modo de mecanismos de taladro para horadar las murallas enemigas. Los pasos también tenían cabida para casamatas desde las cuales otros hombres cegaban los fosos y actuaban como zapadores bajo las murallas.

Cuando se produjo el ataque, la lucha fue intensa. La *helepolis* despejó las almenas, mientras que los arietes provocaron un gran daño. Al final, una gran torre y un tramo de muralla se desplomaron, y fue entonces cuando Demetrio descubrió que los rodios habían levantado una segunda muralla interior. Los defensores maniobraron asimismo para contraminar los muros y expulsar a todos los zapadores. Finalmente, una oportuna salida obligó a los atacantes a retroceder. Después de duros combates, ambos bandos se tomaron un respiro; Demetrio reparó las máquinas, mientras los pobladores de Rodas construyeron un nuevo foso y una tercera muralla por detrás de la segunda. Cuando estuvo listo, Demetrio lanzó un segundo asalto; la lucha fue nuevamente encarnizada, pero consiguió traspasar la segunda muralla y por un momento le pareció que lograría derribar una gran torre y entrar en la ciudad. Pero los resueltos defensores le contuvieron, aun a costa de graves pérdidas, y Demetrio hubo otra vez de retirarse.

Ya era el año 304 a.C. y el asedio había durado 15 meses. Demetrio decidió poner término a todos sus esfuerzos en un ataque nocturno combinado por tierra y mar, y nuevamente salieron del puerto las máquinas flotantes. Estos ingenios lograron penetrar en la tercera muralla, y 1.500 hoplitas entraron en la ciudad. Los combates se prolongaron hasta la noche y se libraron en el puerto, las murallas orientadas a tierra e incluso en varias calles. Sin embargo, los rodios y los mercenarios de Ptolomeo que servían con ellos consiguieron finalmente expulsar a la infantería atacante de la ciudad y a ello siguió una retirada general. Ambos bandos estaban exhaustos, y Demetrio, en particular, no tenía fuerzas para preparar otro asalto. Aun cuando lograra derribar otro tramo de muralla, sus esfuerzos por tomar la ciudad serían desbaratados una vez más por Ptolomeo, quien abastecía constantemente de defensores a Rodas. Por tanto, declaró una tregua con los habitantes de Rodas y negoció una retirada pacífica de sus fuerzas y el fin de las hostilidades entre su dinastía y la ciudad. Al cabo, su monumental esfuerzo se quedó en nada, aunque incluso en la derrota renovó su celebridad como un maestro de la poliorcética. En lo sucesivo obtendría algunos éxitos notables y llegaría a ser rey de Macedonia (294-287 a.C.), pero su creciente



LA HELEPOLIS *O «CONQUISTADORA DE CIUDADES» usada por Demetrio Poliorcetes contra Rodas entre el año 305 y el 304 a.C. medía 43 m de altura, con una base maciza de 430 m². En el fondo se situaba el sistema de propulsión, donde 200 hombres accionaban un cabrestante que hacía girar ocho ruedas. El impulso adicional provenía de otros hombres que empujaban el artilugio por detrás con grandes vigas. En la primera altura iba alojado un* lithoboloi, *capaz de lanzar piedras de hasta 83 kg de peso. La segunda altura contenía un* lithoboloi *un poco más pequeño, con el mismo fin. Las siguientes alturas contenían pequeños* lithoboloi *para despejar las almenas de defensores, mientras que los hombres de los dos pisos superiores accionaban* oxybeleis *para disparar saetas con una magnífica precisión. Toda la estructura externa estaba revestida de hierro, y en cada piso había equipos para luchar contra los incendios. En combinación con otras máquinas más pequeñas, este ingenio logró abrirse paso a través de una gran muralla y una torre en Rodas, además de dos muros cortina de emergencia levantados por los defensores.*

poder llevó a los demás diádocos a aliarse en su contra, y terminó sus días como prisionero de guerra en el año 283 a.C. Por su parte, los rodios destruyeron los ingenios y la maquinaria que Demetrio hubo de dejar atrás, pues no tenía medios para transportarla fuera de la isla. Vendieron todo este material como desecho, y en particular obtuvieron espléndidos ingresos del hierro de las planchas del *helepolis*. Con el dinero erigieron una enorme estatua de bronce dedicada al dios solar Helios, conocida como el Coloso de Rodas y una de las Siete Maravillas del Mundo Antiguo.

El sitio de Rodas representa la cumbre de la tecnología del asedio helenístico, y nunca se volvieron a usar máquinas tan descomunales. Los diádocos siguieron peleando entre sí y se produjeron otros cercos épicos de ciudades, pero la desunión terminó por abocar a su caída. Al fin, no fueron los griegos los que nos dieron la verdadera medida de la influencia de los científicos e ingenieros helenísticos que habían llevado tan lejos los avances en armamento, y de los generales que, como Demetrios, supieron aplicar la nueva tecnología. Fue el gigante dormido que se extendía hacia el oeste, la naciente Roma. Al principio ignorantes de todo método que fuera más allá del bloqueo y el asalto de la infantería, los romanos aprendieron poco a poco las técnicas y mejoraron las tácticas de asedio griego, para utilizar esta tecnología contra sus inventores y conquistar todo el Mediterráneo.

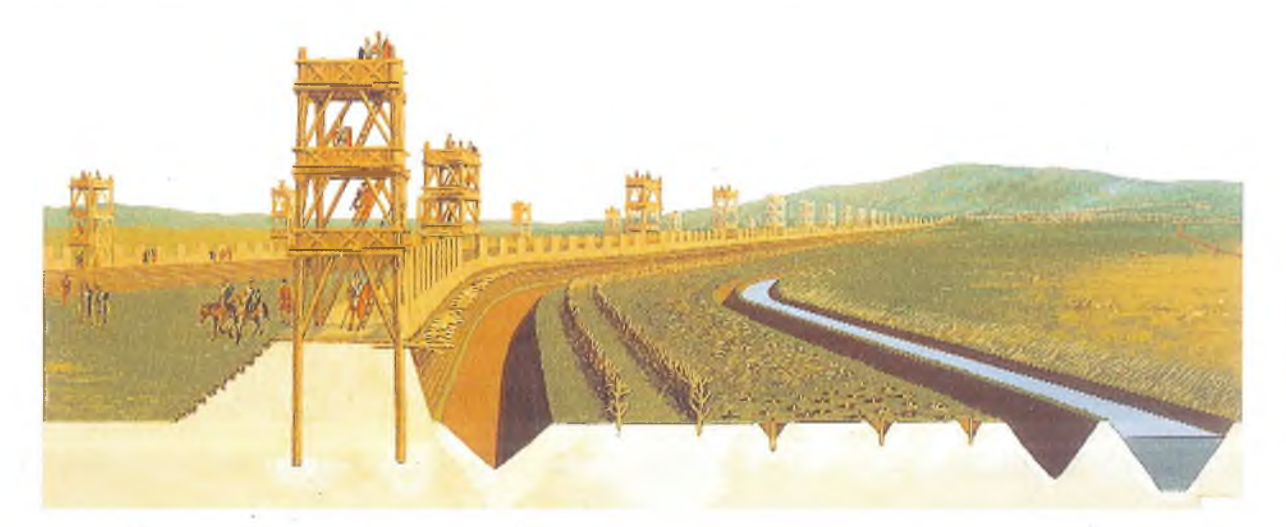
Primeros asedios romanos

En tecnología, los romanos contribuyeron muy poco, en realidad, a las máquinas de asedio. Sus primeros cercos a plazas fuertes no fueron muy sofisticados, ya que las ciudades del centro y el norte de Italia a las que se opusieron en general no tenían defensas muy complejas, y por tanto podían tomarse por asalto de la infantería. Todo cambió cuando hubieron de enfrentarse a las ciudades griegas del sur de Italia y de Sicilia en el siglo III a.C. Allí, por vez primera, vieron la fortaleza de las defensas helenísticas, que estaban cubiertas por la artillería y eran demasiado grandes para tomarlas sin ayuda de máquinas.

Sin embargo, no se arredraron. Se hicieron fuertes, pues dos de los mayores atributos del ejército romano eran la imitación y la fortificación. Más que cualquier otro ejército, el romano tomaba su inspiración de cualquier fuente del mundo antiguo. Casi todos los aspectos de las técnicas militares de Roma, desde el equipamiento a las tácticas, fueron copiados en algún momento... y perfeccionados. Lo mismo puede decirse de las artes de asedio helenísticas: menos de tres décadas después de su primer encuentro con una ciudad griega fortificada, los romanos habían adoptado las técnicas de asedio griegas y usaban artillería y máquinas griegas. Aunque las mejorarían técnicamente, nunca alteraron los diseños básicos.

Se ha dicho que el Imperio Romano ganó mucho más con la pala que con la espada, ya que los

OBRAS ROMANAS EN ALESIA, que dejan ver las murallas exteriores e interiores, las trincheras, el foso y las filas de otras defensas usadas para contener a Vercingetórix en Alesia durante el asedio de César de la ciudad en el año 52 a.C.



romanos fueron los mejores fortificadores del mundo antiguo. Cada noche, ya estuvieran en territorio amigo u hostil, las legiones construían campamentos fortificados. Así podían contar con una base de operaciones desde la cual dirigir una campaña, y de un depósito de suministros y un lugar al que retirarse, en caso necesario. Las extensas conquistas de los romanos fueron posibles logísticamente gracias a estos bastiones, junto con las líneas de suministro, y algunos de estos campamentos crecieron hasta convertirse en fuertes permanentes que atraían a comerciantes y que más tarde llegarían a ser poblados medievales y ciudades modernas. Uno de los mejores ejemplos es el de Manchester, donde aún pueden verse los restos de las fortificaciones permanentes de los romanos.

Esta tecnología se prestaba bien a la guerra de asedio, y los romanos destacaron sobre los demás en el arte del bloqueo. El eficaz empleo de este recurso se sostenía por la conjugación de tres factores. En primer lugar, gracias a los mismos métodos de construcción que los utilizados al levantar sus fuertes nocturnos, las legiones desarrollaron la capacidad de rodear completamente una ciudad sitiada con campamentos, vallas y trincheras. Mientras otros ejércitos se contentaban con un bloqueo que cortara los caminos y las entradas principales y luego vigilara el perímetro, los romanos se aseguraron de interceptar todas las vías de escape con una línea ininterrumpida de obras. Si pensaban que el asedio podría romperse por la acción de un ejército de rescate, construían un segundo conjunto de obras orientadas hacia el exterior, y mantenían a su ejército dentro de la zona totalmente protegida entre las dos series de fortificaciones, como sucedió en el cerco de Alesia en el año 52 a.C.

La segunda clave del éxito romano fue contar con las capacidades logísticas, los recursos humanos y la determinación de emprender asedios de larga duración. Los romanos eran expertos en logística y, a finales del siglo III a.C., dominaban ya las técnicas necesarias para el suministro a larga distancia, que les permitía abastecer a un ejército sitiador durante un tiempo ilimitado. Ello significaba que les era posible relevar a las tropas en el frente. Además, la mayoría de las restantes potencias militares del mundo antiguo no contaban con hombres suficientes para largos cercos, con lo que corrían el riesgo de verse rodeadas por fuerzas superiores que el enemigo podía ir acumulando con el paso del tiempo. Los romanos, con sus recursos de efectivos tomados de toda Italia, podían enfrentarse a varios ejércitos a la vez, protegiendo así a las fuerzas que realizaban el asedio. Fue raro que estos cercos sufrieran la amenaza de fuerzas del exterior, para lo cual habrían tenido que desbordar las obras defensivas dispuestas hacia fuera. Combinado con la determinación y la ambición romanas, este hecho daba a Roma ocasión de prolongar el asedio durante el tiempo que quisiera, a veces hasta diez años. (Los romanos se aposentaron frente a Lilybaion, Sicilia, desde el año 250 al 241 a.C.).

El último factor relacionado con el éxito romano en la poliorcética era el control del mar. La fama de sus legiones ha eclipsado el hecho de que los romanos fueron una gran potencia naval desde mediados del siglo III a.C. Su control del Mediterráneo y el uso experto de barcos les permitió abastecer a sus tropas a grandes distancias, otorgándoles la oportunidad de bloquear puertos y de cerrar completamente el cerco de las ciudades sitiadas, privándolas de todo suministro. Las obras de asedio que rodeaban una ciudad por tierra habrían sido inútiles sin la capacidad de bloquear también las rutas marítimas cuando la urbe disponía de puerto. El control del mar permitió a los romanos rodear las ciudades por entero y cerrar toda vía de escape o suministro. Estos tres factores, técnicas de fortificación terrestre, recursos logísticos y control del mar, combinados con la adopción de la artillería y las máquinas griegas de asalto, hicieron del ejército romano una fuerza irresistible en la poliorcética.

Tal vez la mejor ilustración de la tecnología romana del bloqueo y de su capacidad y determinación de perseverar hasta la victoria es el cerco por las tropas de Julio César de Alesia, en la Galia, en el año 52 a.C. En un período de seis años, César (100-44 a.C.) había conquistado casi todo el territorio galo, y en el proceso venció en varias batallas, cruzó el Rin (55 a.C.), invadió Britania dos veces (55 y 54 a.C.) y consiguió crear el ejército más experimentado y curtido en batalla del mundo romano. Sus soldados eran fieramente leales a su comandante, pues la habilidad de éste para llevarles a la victoria parecía no tener límites. Los galos, por su parte, resistieron y superaban ampliamente en número a

los romanos, pero estaban divididos y desorganizados, con lo que no montaron una resistencia concertada, y César los fue derrotando uno por uno. Sólo en el año 52 a.C. se reunieron bajo el liderazgo de Vercingetórix, jefe de los arvernos, que en el sur de la Galia (en la actual Auvernia) encabezó a los galos en una rebelión a gran escala que amenazaba con deshacer todas las conquistas de César y expulsar a los romanos de la Galia. La guerra contra Vercingetórix consistió en tres asedios. En Avaricum, en la Galia central, César aplicó técnicas de asalto griegas, construyendo una gran rampa que llevó dos torres hasta la muralla enemiga. Este artilugio contó con el apoyo de una amplia artillería en la base de la rampa. Después de intensos combates, César lanzó un ataque victorioso contra las almenas, bajo un aguacero, y la fortaleza cayó. Los supervivientes huyeron 160 km al sur, hacia Gergovia. Allí, César levantó obras de asedio fuera de la ciudad, pero se vio obligado a dividir sus fuerzas para atajar una revuelta en otro lugar galo. Los legionarios del frente de Gergovia mantuvieron la posición pero no consiguieron ningún avance. Cuando César regresó, un intento desde una altura fortificada terminó en fracaso y significó importantes pérdidas para los romanos. Al ver que Gergovia no caería al asalto, y temiendo tener que dividir otra vez sus fuerzas, abandonó el cerco.

Este revés llevó a los antiguos aliados galos de César a abrazar la causa de Vercingetórix. Casi toda la Galia estaba en armas, y las conquistas de César de los seis años anteriores se veían seriamente amenazadas. Tras una pequeña batalla con los romanos, Vercingetórix se retiró a la ciudad fortificada de Alesia, esperando repetir el resultado de Gergovia. Alesia se hallaba en una meseta cerca del río Brenne, en el centro de la Galia. Sin embargo, al ver la altura y las defensas fortificadas de la urbe, César decidió evitar el asalto y optó por un bloqueo. Como esto le obligaba a extender su ejército en delgadas líneas en torno a la ciudad para rodearla por completo, construyó uno de los mayores conjuntos de obras de asedio que se han registrado jamás. Era una intricada red de fuertes, torres y empalizadas que en su cerco total de Alesia se prolongaba 28 km en total.

Los romanos empezaron a levantar 7 campamentos y 23 fuertes alrededor de Alesia; después cavaron una trinchera al oeste de la elevación para proteger a los que trabajaban detrás de esa línea, que estaban cavando otras dos trincheras para rodear la ciudad. Las trincheras tenían 5 m de anchura, y la interior se había llenado de agua. La tierra de estas trincheras se usó para construir una pared, sobre la cual se alzó una empalizada de madera con torres cada 25 m. Frente a estas obras se situaron filas de trampas, portadoras de nombres que delataban el humor negro con que los soldados veían a veces su profesión. Había cinco hileras de estacas afiladas amarradas entre sí de forma que no pudieran arrancarse, a las que se llamó *cippi* («sepulcros»); después, varias filas de pozos en V que ocultaban estacas endurecidas al fuego, referidas como *lilia* (lirios); y frente a ellos, postes de 30 cm clavados en diagonal en el terreno con dardos salientes encima, conocidos como *stimuli* («aguijones»). Durante la construcción de estas obras, la caballería gala, inútil para los defensores, intentó romper el cerco, y lo logró al segundo intento después de sufrir graves pérdidas. Temiendo que estos hombres lograran reunir un ejército de auxilio, César levantó un segundo conjunto similar de obras hacia el exterior, con fuertes y 200 m de espacio intermedio, al objeto de facilitar los grandes movimientos de tropas hacia los puntos vulnerables entre ambos grupos de fortificaciones.

«[Hemos de atacar] los muros y los cuerpos del enemigo, que someteremos con el valor, la espada, la desesperación... en este día elegiremos entre una victoria total... o la muerte.»

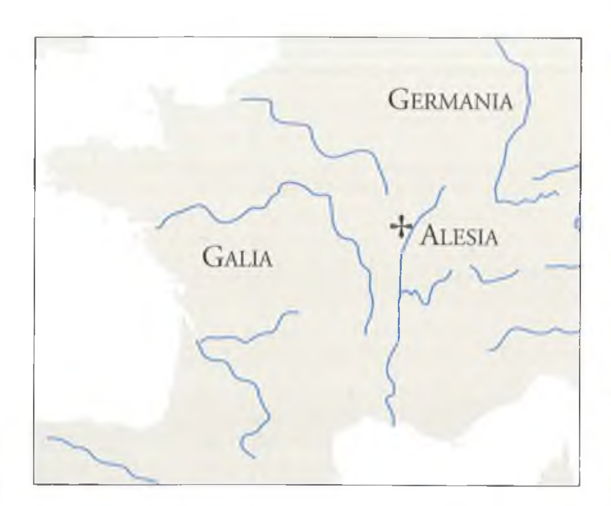
MARCO ANTONIO

Para ahorrar comida, Vercingetórix permitió u obligó a las mujeres y a los niños de Alesia a salir de la ciudad, pero César no los recibió, ya que quería sobrecargar al enemigo con problemas de alimento y, al mismo tiempo, no castigar las reservas de víveres propias. Estas mujeres y niños fueron forzados a acampar en el espacio entre las líneas. La prudencia de César al levantar las obras exteriores fue

Alesia

52 a.C.

Toda la conquista romana de la Galia dependía del éxito del asedio de Alesia. Sin embargo, al ver las fortificaciones de la ciudad, César decidió iniciar un bloqueo, rodeando la fortaleza con una serie de empalizadas, torres, trincheras y trampas. La caballería gala rompió el asedio y, temiendo que llegara un ejército de socorro, César levantó un conjunto similar de defensas hacia el exterior, con fuertes entre los dos grupos de obras. Las mujeres y los niños de Alesia, forzados a salir de la ciudad para ahorrar comida, tuvieron que acampar en el espacio entre las líneas. Las primeras salidas de combatientes galos desde Alesia fracasaron, al igual que los primeros intentos de un numeroso ejército de socorro que había llegado para romper el sitio. Finalmente, este ejército y los defensores coordinaron sus ataques. La lucha fue encarnizada, y los romanos estuvieron al borde del colapso, pero el oportuno uso por César de su caballería romana, unido a la disciplina de las legiones, terminó por darle la victoria. La guarnición se rindió, y la mayoría de los supervivientes fueron ejecutados o vendidos como esclavos.



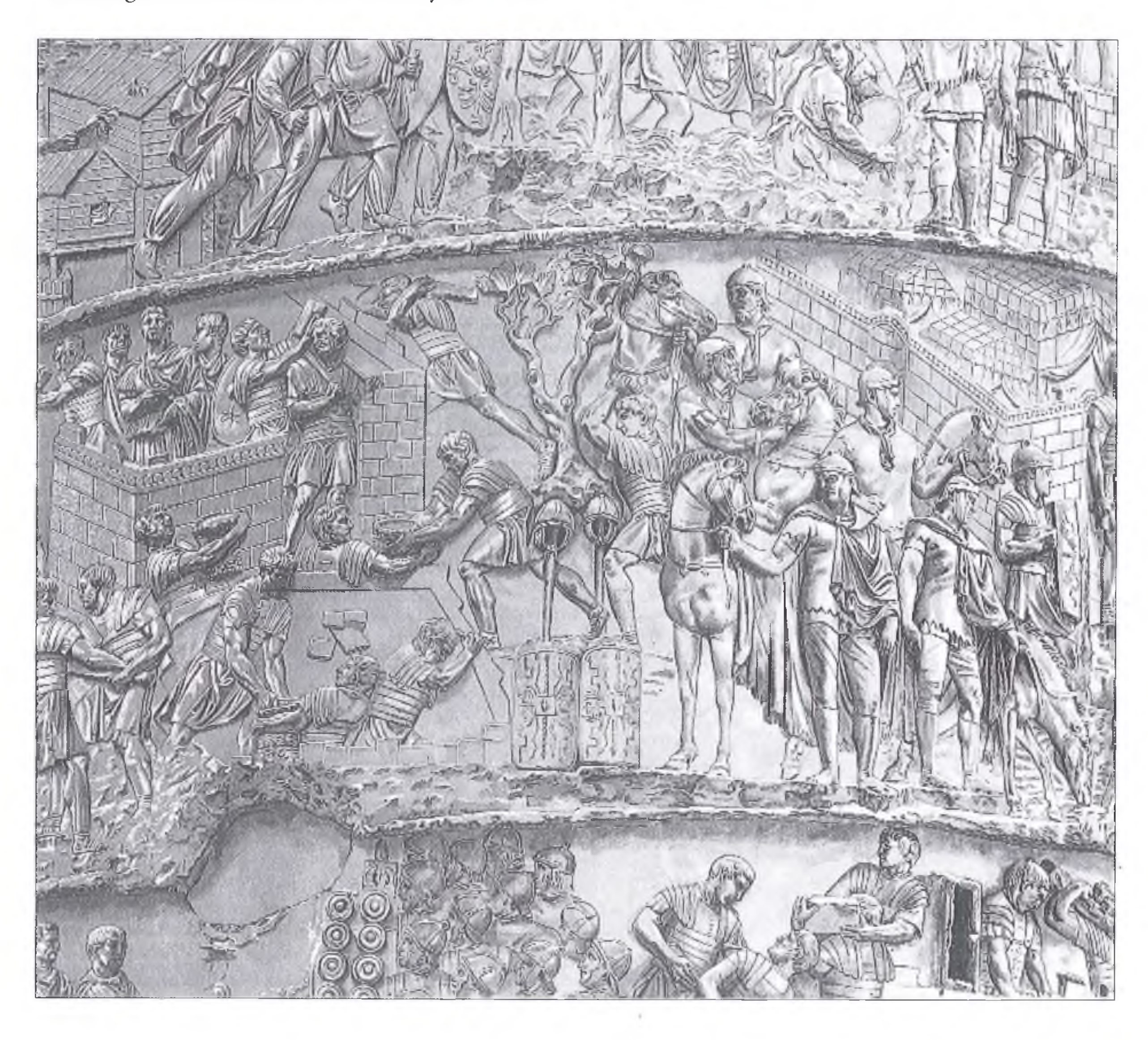
La población de Alesia se llama hoy Alise-Ste.-Reine, en el Monte Auxois, cerca del nacimiento del Sena. Estaba en el centro de la Galia, una provincia que el propio César había añadido al Imperio Romano.

5 Llega un gran ejército de socorro de unos 240.000 hombres y realiza tres intentos serios de romper el asedio de la ciudad.


6 Los hombres de Alesia coordinan sus ataques con el ejército de socorro, pero son derrotados por la caballería germana de César.
1 Vercingetórix y unos 90.000 soldados buscan refugio en la ciudad alta fortificada de Alesia.
4 Las mujeres y los niños son obligados a salir de Alesia para ahorrar comida, y deben acampar entre las dos fuerzas.
2 Después de que la caballería gala consiguiera escapar, César construye murallas interiores y exteriores de unos 28 km de longitud.
3 Las murallas se levantan con fuertes y suficiente espacio entre ellas para que las tropas se desplacen entre los puntos vulnerables.

fructífera, ya que al tercer mes de asedio llegó un gran ejército de socorro galo. En una acción concertada, lanzó un ataque que coincidió con la salida de las tropas de Alesia. La contienda se mantuvo equilibrada durante cierto tiempo, antes de que César enviara contra el enemigo a la caballería germana, que había permanecido oculta más allá de las obras de asedio. Esta caballería derrotó al ejército de socorro y le causó importantes bajas, a la vez que los romanos forzaban a Vercingetórix a regresar a Alesia. Dos noches más tarde, los galos volvieron a salir; aunque César comenta que las bajas por ambos bandos se debían a veces a fuego amigo, el ataque fue de nuevo rechazado. Finalmente, los galos intentaron una maniobra definitiva, y al mediodía siguiente atacaron desde dentro y desde fuera. Los combates fueron intensos, y en varios lugares los romanos estuvieron al borde del colapso, pero en cada ocasión el hábil despliegue ordenado por César de tropas de reserva para reforzar los puntos débiles mantuvo las líneas. En una de las acciones, dirigió personalmente un contingente hacia una zona muy presionada, y la imagen de su capa escarlata al viento en plena carga a lomos de su caballo espoleó a sus tropas y facilitó un contraataque. Finalmente, César hizo entrar a su caballería germana, que de nuevo expulsó al ejército enemigo y

LEGIONARIOS ROMANOS y auxiliares construyen obras defensivas, en una escena de la Columna de Trajano *en Roma. Las tropas de la imagen representan el aspecto que tendrían los soldados en Masada en el año 73-74 d.C.*



le dio más hombres para rechazar a los galos que venían del interior.

El ejército de socorro se dispersó. Vercingetórix, al ver la situación perdida, se rindió. Las conquistas de César en la Galia fueron recuperadas y se quebró la resistencia gala. Después de algunas operaciones para terminar con el enemigo en el año 51 a.C., la Galia seguiría siendo una provincia del Imperio Romano durante más de cinco siglos. Lo que sucedió después requiere ciertos comentarios; César cruzó el río Rubicón hacia Italia para iniciar una guerra civil contra Pompeyo, en la que venció. Tras someter al resto del mundo romano, se convirtió en dictador vitalicio antes de morir asesinado en los Idus en marzo del año 44 a.C. Vercingetórix estuvo preso en Roma durante seis años hasta que, al cabo, hubo de desfilar en la procesión triunfal de César antes de ser ejecutado ritualmente. Lo que no se conoce, sin embargo, es el sufrimiento y la pérdida de vidas que padeció la Galia en los siete años de conquista romana. Los escritos de César rara vez hablan de las muertes y la esclavitud en términos concretos, y apenas deja entrever el genocidio que infligió a los galos, cuya escala relativa se compara con las masivas pérdidas de vidas que acompañaron a las campañas del imperio mongol en el Oriente Medio y a las conquistas europeas de América.

No obstante, desde el punto de vista de la tecnología romana del bloqueo, no hay un ejemplo más claro que el asedio de Alesia. Siempre que les fue posible, los romanos combinaron estas técnicas con el uso de la artillería y las máquinas griegas para emprender un asedio mediante el bloqueo y el asalto. La minuciosidad de sus artes militares y su determinación para llevar estas iniciativas hasta su conclusión, fuera cual fuere el tiempo necesario, hicieron de la máquina de guerra romana una fuerza casi imparable.

Asedios romanos por asalto

Como se ha mencionado anteriormente, los romanos no alteraron significativamente los diseños de artillería griega hasta la época tardoimperial, aunque aportaron ciertas modificaciones y mejoras. La *ballista* era una nueva versión del *lithobolos* para lanzar piedras, aun con mejor precisión y alcance mediante el uso de cabezas reconstruidas y resortes más tensos. El *scorpio* fue la versión romana del *oxybeles* para disparar saetas; tenía un tamaño menor, de forma que resultaba más ligero y móvil, aunque al mismo tiempo lanzaba saetas de fuego más grandes, y su cabeza con refuerzo metálico y sus brazos curvos le daban mayor potencia. Era una máquina muy popular, con una alta precisión y potencia suficiente para matar dos enemigos de un solo disparo. Estas modificaciones de los siglos II y I a.C. precedieron a la innovación de la *cheiroballistra* del siglo I d.C. Aunque mantenía los diseños y principios griegos, era de construcción revolucionaria. La cabeza era casi enteramente de metal, con el resorte encastrado en cilindros de bronce, que servían de protección contra la intemperie y el fuego enemigo. Los brazos de madera de las máquinas antiguas se sustituyeron por versiones en metal de mayor potencia, y la precisión de la *cheiroballistra* se demuestra por el añadido de una mira en arco en la cabeza.

Los romanos aplicaron estas máquinas para el ataque y la defensa, con una fuerza devastadora. Estas innovaciones en el campo de la ciencia militar, combinado con su uso eficiente del bloqueo, supusieron un gran avance que explica el éxito de su ejército y la supervivencia del imperio durante un milenio en el oeste y dos en el este. El uso combinado del bloqueo, el asalto y la determinación romana de que no había ninguna fortaleza inexpugnable se demostró de forma evidente en el asedio de Masada en Israel desde el año 73 al 74 d.C.

Masada fue la acción final de la revuelta judía del período 66-74 d.C.; tomada por los judíos en una rápida incursión al principio de la rebelión, su pequeña guarnición romana fue masacrada. La revuelta derivó en un conflicto sangriento y atroz entre ambos bandos, en el que los judíos intentaban liberarse del yugo romano. Aunque fue aplastada con la caída de Jerusalén en el año 70, quedaron varias bolsas de resistencia en los cuatro años siguientes. En noviembre del año 73, sólo resistía la guarnición de Masada, de unos 1.000 efectivos. Era una fortaleza pequeña, pero impresionante, ubicada en la cima de una meseta de 457 m de altura, cuyas murallas se encabalgaban sobre precipicios escalonados y que contaba sólo con dos puertas. Todas las sendas de subida eran traicioneras y se hallaban expuestas completamente al fuego de defensa. Los defensores estaban bien provistos de artillería, y había suficientes almacenes de víveres y cisternas

Masada

73-74 d.C.

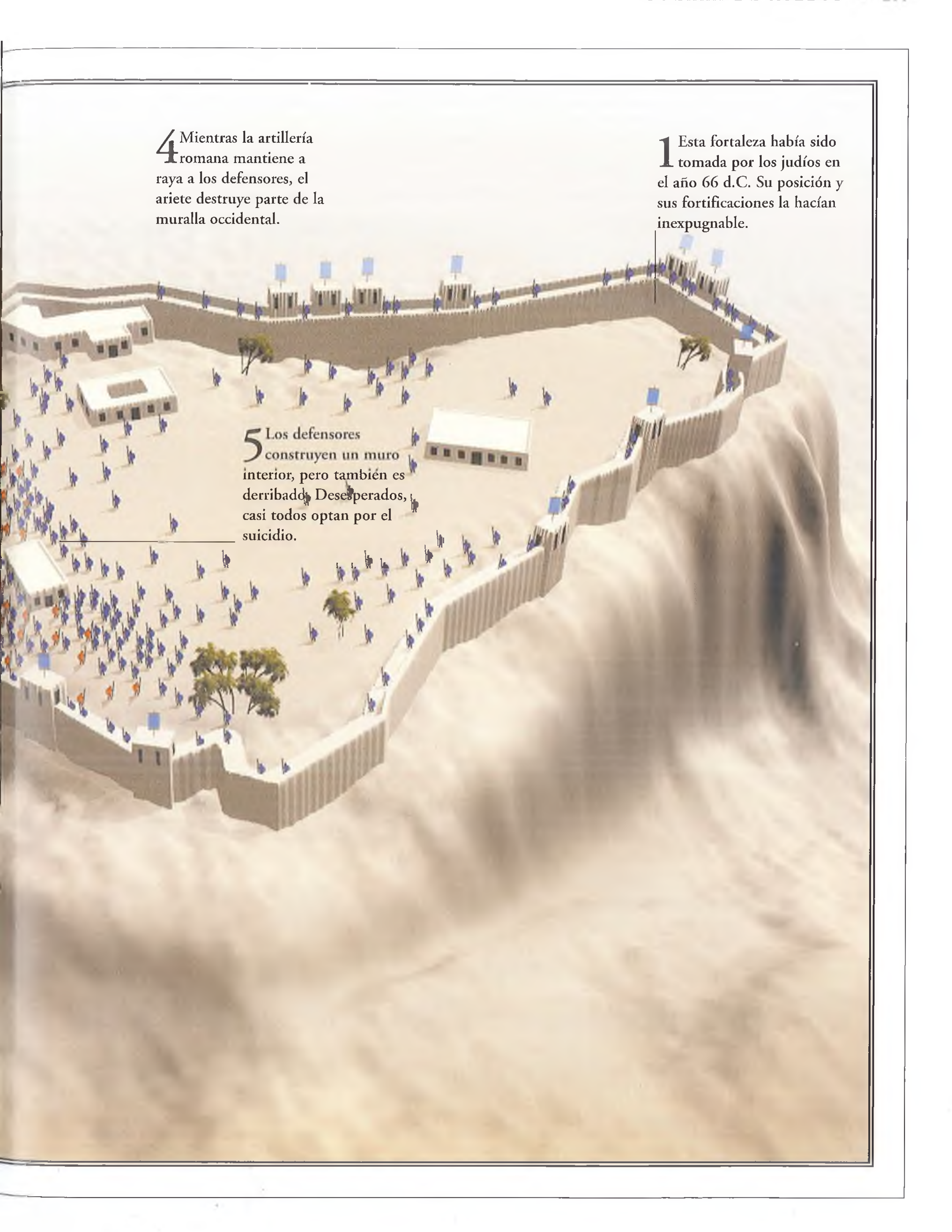
Masada fue el último baluarte de la revuelta judía. Situada en una elevación de 457 m de altura, era casi inexpugnable. La fortaleza estaba bien abastecida de comida y agua, pero la región circundante aparecía desnuda y desolada, con lo que los sitiadores debían transportar sus víveres desde una distancia considerable. Los romanos intentaron primero rendir por hambre la guarnición de 1.000 judíos, erigiendo ocho campamentos en torno a la colina y uniéndolos entre sí con una muralla y torres. Después levantaron una rampa de asedio de madera y tierra que ascendía hasta la muralla occidental, y colocaron una torre revestida de metal que ascendía hasta la cima. La artillería de asedio despejó las almenas de enemigos, mientras un ariete empezaba su labor. Aunque rompió el muro, los defensores habían preparado unas fortificaciones de defensa detrás de las originales. Los combates en este punto fueron encarnizados, pero al final los romanos ganaron la mano. Cuando se preparaban para el asalto final, los judíos eligieron el suicidio antes que la rendición, y sólo sobrevivieron, ocultos, dos mujeres y cinco niños.

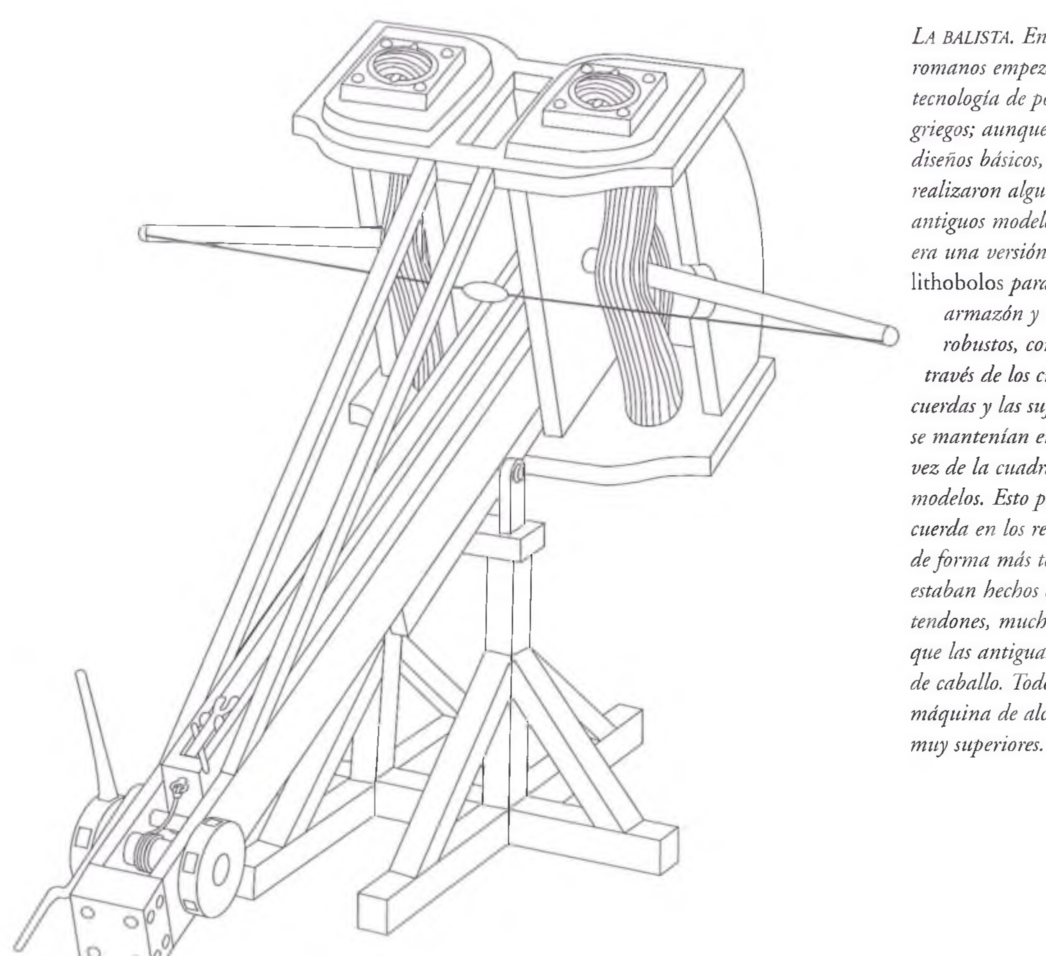


Masada fue fortificada originalmente por el rey Herodes de Judea, de resonancias bíblicas. Su pequeña guarnición romana había sido tomada al inicio de la revuelta, pero resistió en solitario hasta el final del año 73 d.C.

2 Los romanos construyen ocho campamentos y una muralla para unirlos entre sí, en un intento de rendir por hambre a los defensores.

3 Los romanos deciden tomar Masada al asalto. Construyen una rampa de madera y tierra con una torre de asedio metálica.


4 Mientras la artillería romana mantiene a raya a los defensores, el ariete destruye parte de la muralla occidental.
1 Esta fortaleza había sido tomada por los judíos en el año 66 d.C. Su posición y sus fortificaciones la hacían inexpugnable.
5 Los defensores construyen un muro interior, pero también es derribado. Desesperados, casi todos optan por el suicidio.



LA BALISTA. En el siglo III a.C., los romanos empezaron a adoptar la tecnología de poliorcética de los griegos; aunque mantuvieron los diseños básicos, en el siglo I a.C. realizaron algunas mejoras sobre los antiguos modelos griegos. La balista era una versión renovada del lithobolos *para lanzar piedras. El armazón y la base eran más robustos, con los orificios a través de los cuales pasaban las cuerdas y las sujeciones con las que se mantenían en forma oval, en vez de la cuadrada de los primeros modelos. Esto permitía usar más cuerda en los resortes, y retorcerlos de forma más tensa. Los resortes estaban hechos exclusivamente con tendones, mucho más resistentes que las antiguas versiones de crines de caballo. Todo ello produjo una máquina de alcance y precisión muy superiores.*

excavadas en la roca, lo que significada que la guarnición podía resistir durante años, si era preciso. Construida por el rey judío Herodes (40-4 a.C.) entre los años 36 y 30 a.C., Masada parece inexpugnable incluso para el observador moderno, pero los romanos no se amilanaron ante esta perspectiva.

Los romanos intentaron primero rendir por hambre a los judíos mediante un bloqueo. Levantaron ocho campamentos y los unieron entre sí por un muro con torres intercaladas a intervalos de 75 a 90 m. La zona circundante a Masada, árida y desolada, carecía de madera, por lo cual los romanos se vieron forzados a usar piedra en estas construcciones. Ello dio a los campamentos y las murallas un aspecto más permanente y ha dejado huellas en el paisaje hasta el día de hoy, con claves arqueológicas vitales para conocer los edificios militares romanos. Cuando estas obras se completaron, formaban una línea ininterrumpida de 3,5 km a través de un territorio escarpado, una nueva hazaña de la ingeniería romana.

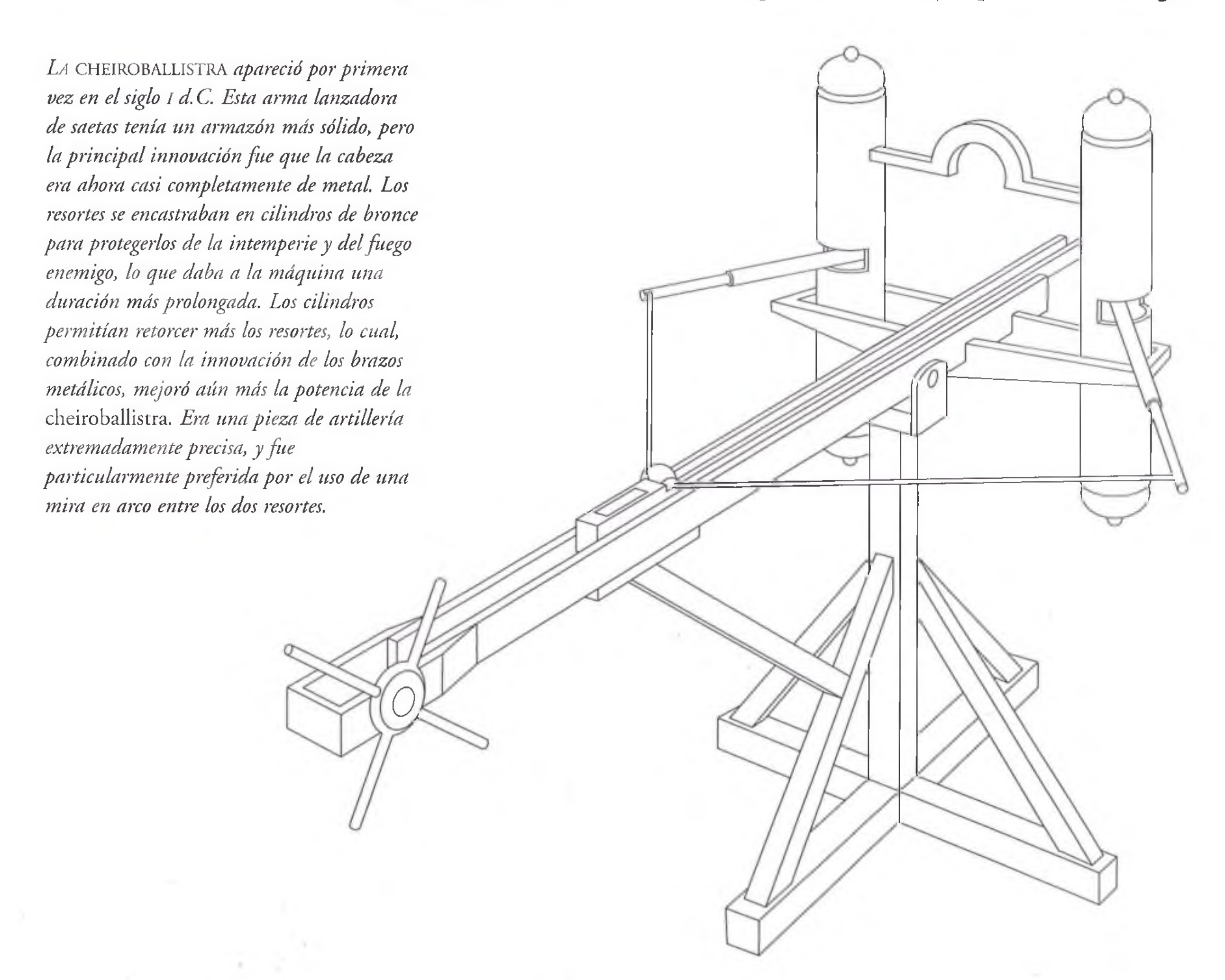
Aun rodeados casi por completo, los judíos de Masada no capitularon; seguían bien aprovisionados y en una posición muy defendible. Los romanos decidieron, por tanto, que había llegado el momento del asalto. La única inclinación con pendiente suficiente para facilitar un ataque era una cresta cretácea en el lado oeste de la fortaleza, conocida como Espolón Blanco. Allí los romanos empezaron a construir un *agger*, o rampa de asedio. Tuvieron para ello que traer madera, que colocaron en secciones transversales, recubriendo los huecos con cantos rodados. Durante todo este tiempo, sufrieron ataques desde el interior de Masada, y devolvían los disparos con grandes ballestas y máquinas lanzadoras de piedras, en un duelo de artillería que duró varios meses. Cuando estuvo terminada, la rampa tenía 617 m de longitud y

llegaba hasta una altura de 206 m con una fuerte pendiente. Era una rampa de asedio descomunal, incluso para la costumbre romana. En la base se había dispuesto una torre de 30 m de altura y revestida de hierro contra el fuego. En la planta inferior tenía un gran ariete, así como *ballistae* y *scorpiones* en las alturas superiores.

En abril del año 74 todo estaba listo. Bajo una intensa lluvia de proyectiles, los romanos empujaron la torre por la rampa hasta la base de la muralla enemiga, donde empezó a trabajar el ariete a la vez que la artillería de la torre despejaba las almenas de defensores. No pasó mucho tiempo antes de que se abriera la muralla, pero los romanos descubrieron que los judíos habían levantado una fortificación temporal de tierra y madera. Contra ella, lanzaron un ataque con proyectiles incendiarios, y consiguieron prenderle fuego. El viento del oeste casi incendia también la torre romana, pues las planchas de hierro no estaban pensadas para resistir llamas de esa intensidad, pero un oportuno cambio en la dirección del viento abrasó completamente la defensa y, a la caída de la noche del 14 de abril, se abrió en ella una gran brecha.

A la mañana siguiente, los romanos asaltaron la muralla con la infantería. Abriéndose paso hacia la fortaleza, vieron que todos sus habitantes se habían suicidado. En una arenga pronunciada durante la noche, el jefe de los defensores, Eleazar, había exhortado a su gente a que entregara la vida antes que rendirse a los romanos. Los legionarios que tomaron la fortaleza encontraron a dos mujeres y cinco niños escondidos; habían conseguido huir de la matanza y pudieron contar a los romanos la historia de la guarnición y el suicidio colectivo.

Aunque no fue un asedio largo, ni tampoco de especial significado para los romanos, el sitio de Masada es importante como ejemplo de la tecnología



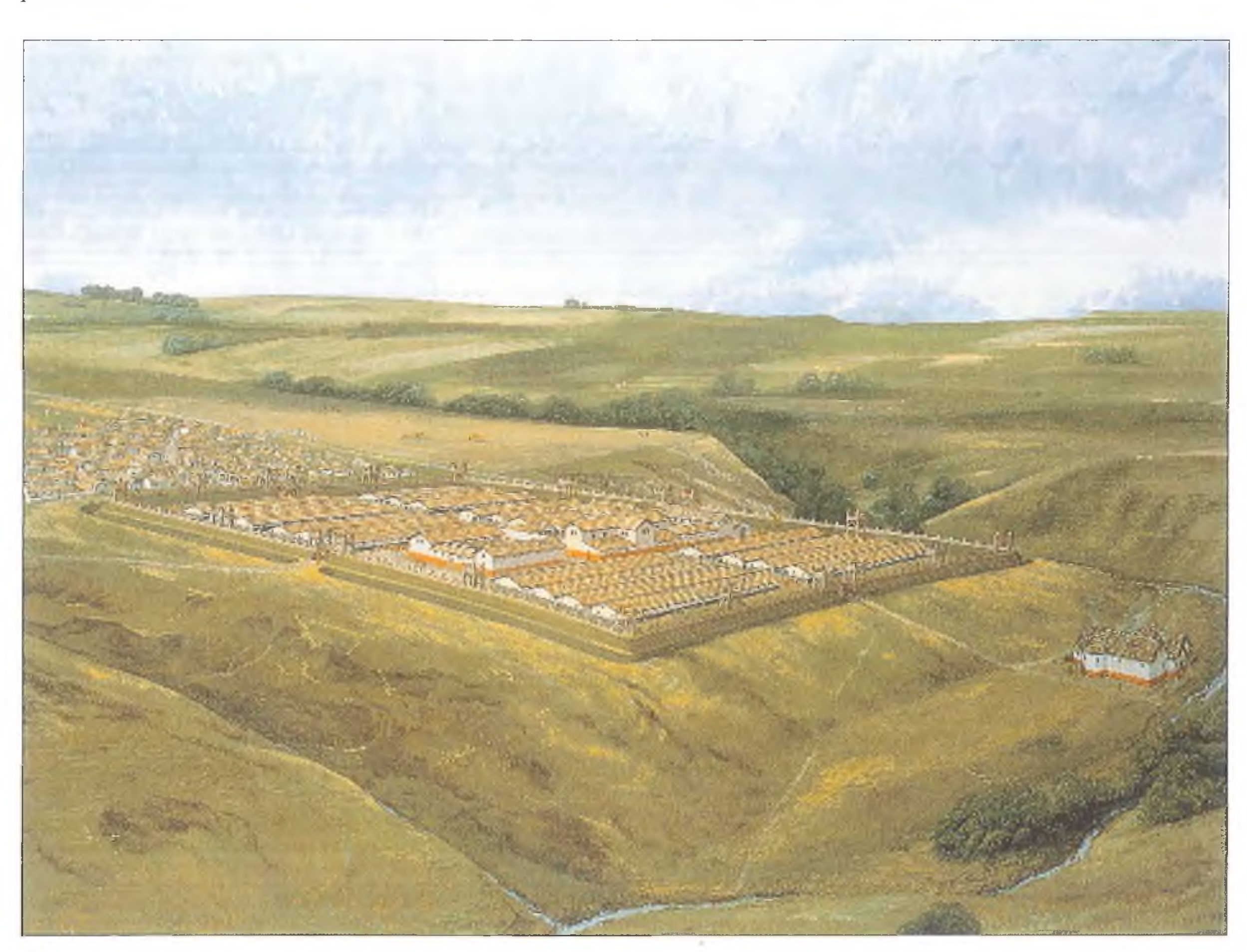
LA CHEIROBALLISTRA *apareció por primera vez en el siglo I d.C. Esta arma lanzadora de saetas tenía un armazón más sólido, pero la principal innovación fue que la cabeza era ahora casi completamente de metal. Los resortes se encastraban en cilindros de bronce para protegerlos de la intemperie y del fuego enemigo, lo que daba a la máquina una duración más prolongada. Los cilindros permitían retorcer más los resortes, lo cual, combinado con la innovación de los brazos metálicos, mejoró aún más la potencia de la* cheiroballistra. *Era una pieza de artillería extremadamente precisa, y fue particularmente preferida por el uso de una mira en arco entre los dos resortes.*

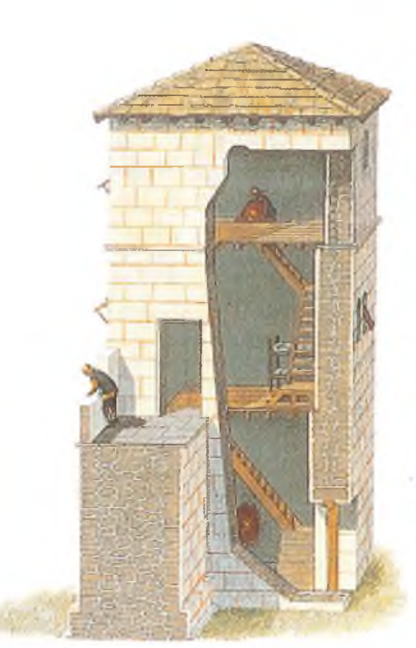
militar y la logística de Roma llevadas al extremo. No sólo los romanos tuvieron que traer madera desde una gran distancia hasta el lugar de asedio, sino que la desolación del terreno circundante a Masada significaba también que había que aportar continuamente comida y agua. Este trabajo logístico fue el soporte que permitió atacar Masada y el asedio no habría sido posible sin él; ello significó un triunfo no sólo de las legiones, sino también del comisariado romano.

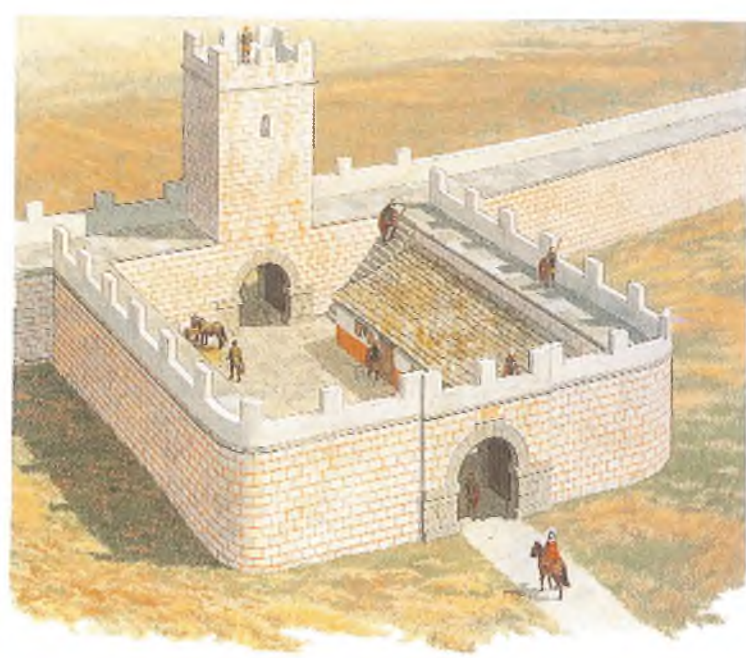
La proeza lograda en Masada no puede dejarse de admirar, pues significó el punto culminante del arte de asedio de Roma. Después de construir esmeradamente una estructura de bloqueo que rodeó por entero la fortaleza con muros de piedra, los romanos prepararon una de sus mayores rampas de asedio que remontó una abrupta pendiente. Cuando estuvo terminada, los legionarios despejaron las almenas con artillería de todos los tamaños y la asaltaron con fiereza. En el siglo I d.C., las técnicas de asedio romanas alcanzaron la cima y combinación de cuantas les precedieron. Su aptitud para la ingeniería, la ciencia y la tecnología, junto con la tradicional diligencia y tenacidad del ejército romano (que emprendió estos esfuerzos bajo un sol abrasador y con la armadura puesta), hizo de las legiones uno de los mejores cuerpos especializados en asedio de plazas fuertes de todo el mundo antiguo.

Tal vez el mayor poso de los acontecimientos vividos en Masada sea el legado arqueológico que se conserva. Las excavaciones en este enclave nos han enseñado mucho sobre los campamentos romanos y las técnicas de asedio, y sobre las fortificaciones y estructuras judías del interior. Se han encontrado también rollos, ropajes, dinero, mosaicos y munición

UN CAMPAMENTO LEGIONARIO TÍPICO. Entre los años 73 y 74 d.C., los romanos construyeron ocho de estos campamentos, unidos entre sí por una muralla con torres intercaladas, alrededor de la fortaleza de Masada. Varios campamentos romanos del imperio se convertirían en asentamientos permanentes.







PUERTAS IMPERIALES ROMANAS. En el siglo II d.C., las obras defensivas asumieron un carácter más permanente, con preferencia de la piedra sobre la tierra o la madera. En la imagen superior, puerta en el actual territorio de Alemania, y a la derecha, un fuerte del Muro de Adriano.

para las *ballistae*. Sin embargo, el principal vestigio del asedio es el único *agger* romano que se conserva, que aún puede verse en la pendiente occidental del altozano. El clima seco de la zona ha conservado incluso parte de la madera del armazón original. Esta rampa, de más de 1.900 años de Antigüedad, es el testamento más perdurable y revelador de la capacidad de los romanos para la poliorcética.

El cerco de Dura Europos

Los romanos no sólo destacaron en la guerra de asedio ofensiva, sino que también fueron maestros en el arte de la fortificación. Las defensas urbanas se mantuvieron esencialmente sin cambios, dado que los romanos no mejoraron los antiguos diseños griegos, pero propiciaron varios avances en la arquitectura militar, utilizando buenas piedras de corte, ladrillo refractario y hormigón. Muchas de las fortalezas de sus legionarios se convirtieron en estructuras permanentes y atrajeron a comerciantes y colonos de fuera de los muros, para terminar por convertirse en ciudades medievales. También erigieron muros de gran extensión en algunas de las primeras fronteras hechas por el hombre en su historia. El Muro de Adriano, en el norte de Inglaterra y Escocia, es el mayor y más célebre ejemplo de esta práctica. En estos fuertes y murallas, los romanos fueron particularmente diestros en la construcción de puertas fortificadas. Anteriormente, las técnicas antiguas habían utilizado muros superpuestos e indirectos, pero las puertas romanas contenían niveles múltiples, con aspilleras y ventanas para la artillería, además de pesados rastrillos, puertas de madera y puentes levadizos. Estas estructuras influirían en las posteriores puertas de los principales castillos europeos de la Edad Media.

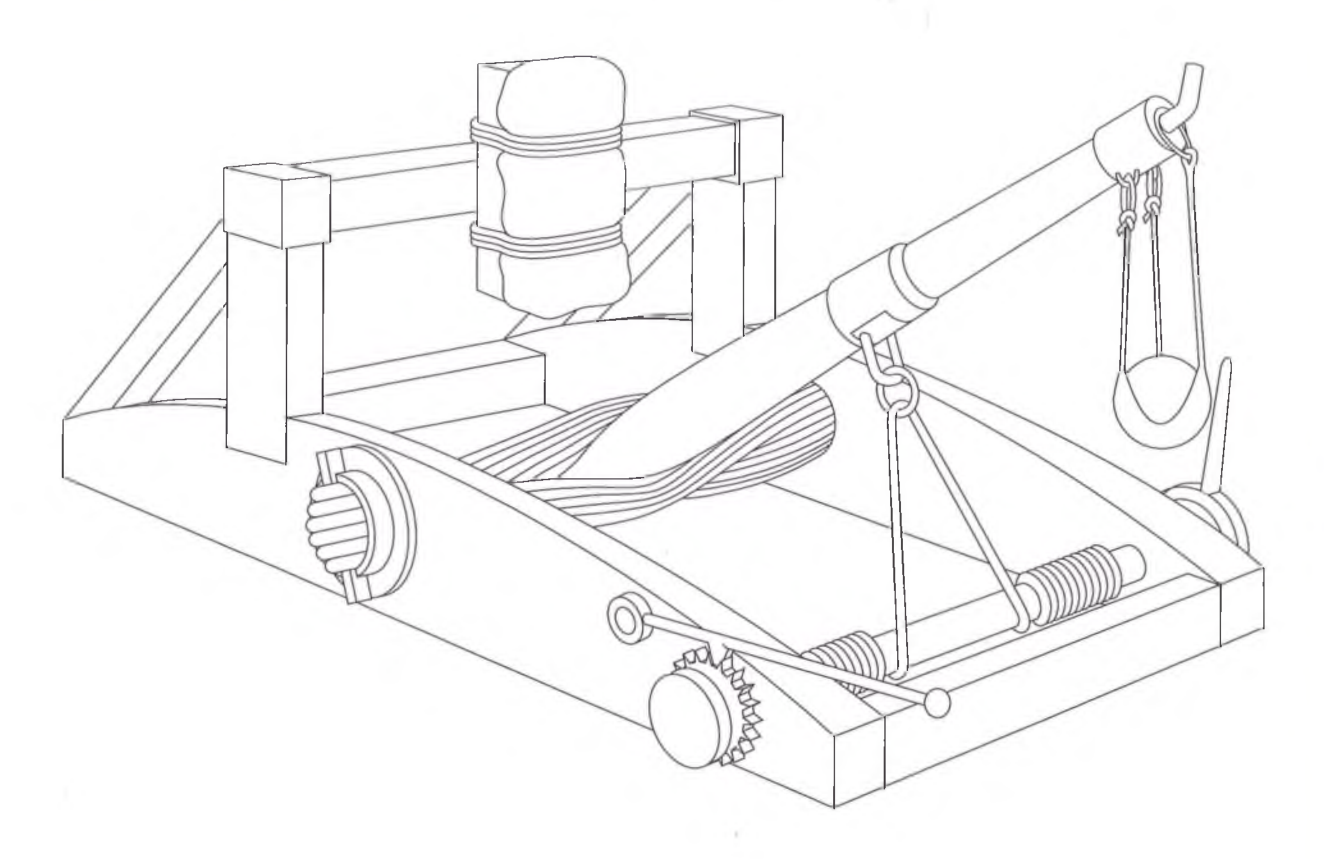
Tales fortificaciones fueron de gran utilidad para el Imperio Romano cuando inició su decadencia en el siglo III, antes de que el imperio de occidente se derrumbara definitivamente. Durante este período, las capacidades de Roma en el arte del asedio también perdieron vigencia, principalmente por problemas internos en el imperio que condujeron a un declive en el número de artificieros e ingenieros aptos y capaces de construir y mantener la maquinaria de asedio y de traspasar sus conocimientos a la siguiente generación. Las técnicas de bloqueo romanas no eran tan eficaces, y la tecnología se simplificó y perdió firmeza. Ello supuso un descenso en el número de catapultas de torsión de doble brazo en uso y el

empleo creciente de artilugios de un solo brazo como el *onager* o «asno silvestre» (nombre que refleja el retroceso de la máquina, semejante a la coz de un onagro). Esta catapulta era más fácil de construir y podía lanzar piedras de un peso similar a las *ballistae* de doble brazo, pero no tenía la misma precisión. Los días de la tecnología de torsión de doble brazo llegaron, al menos en Europa occidental, rápidamente a su fin, y la práctica desaparecería a mediados del I milenio de la era cristiana.

Aunque los romanos perdieron parte de sus técnicas de asedio, algunos de sus enemigos, sobre todo los del Cercano Oriente, aprendieron mucho de ellos. En el siglo III, los persas sasánidas destacaban por el empleo de técnicas de asedio ofensivas que, en su mayor parte, procedían de la enseñanza de Roma. En Dura Europos, en la moderna Siria, en los años 256 y 257 d.C., los persas mostraron a los romanos que habían estudiado muy a fondo sus técnicas de asedio, y que los alumnos eran ya los maestros.

No se sabe casi nada del asedio de Dura Europos, y en su mayor parte el curso de los acontecimientos debe deducirse de los hallazgos arqueológicos. Dura Europos era una pequeña ciudad del río Éufrates fundada en torno al año 300 a.C. por Seleuco I, general de Alejandro Magno y uno de los diádocos. Estaba resguardada por grandes riscos en varios lugares, y las complejas murallas macedonias hicieron de ella una posición muy apta para la defensa. Seleuco la bautizó con tal nombre en recuerdo de su lugar de nacimiento en Macedonia. Para los lugareños, sin embargo, era conocida simplemente como Dura, o «el fuerte», y ambos apelativos terminaron por fundirse en uno solo. Era un punto importante en la encrucijada de caminos entre las dos capitales de Seleuco, Antioquía y Seleucia. La toma por los partos de las tierras al este del Éufrates, incluida Seleucia, a mediados del siglo IV dieron paso a un declive en la importancia de Dura Europos, aunque seguía siendo un bullicioso centro de comercio. Tomada por los partos hacia el año 100

ONAGER O «ASNO SILVESTRE». *Las grandes catapultas de un solo brazo aparecieron por vez primera en el siglo II a.C., pero se hicieron populares en el III d.C., cuando se iba perdiendo la brillantez de la construcción de estas máquinas. El* onager *tenía potencia para lanzar piedras de 80 kg; estaba montada sobre una base de tierra o ladrillo, en un esfuerzo por controlar su gran retroceso. La manejaba un grupo de ocho hombres.*



a.C., en lo sucesivo actuaría como ciudad fronteriza, primero como guardiana de la frontera occidental del imperio parto y, tras su captura por los romanos en el año 165 d.C., como plaza fuerte de la frontera occidental romana.

Debido a esta posición, Dura Europos fue un constante objetivo de ataque entre las potencias desde ambos lados de la frontera. En el año 256 d.C., la potencia oriental ascendente de los persas sasánidas invadió el territorio romano bajo el liderazgo del emperador Shapur, y Dura fue, obligadamente, uno de sus primeros objetivos.

El asedio de Dura Europos merece sólo breves menciones en la literatura del período. No se sabe si Shapur intentó primero un bloqueo o un asalto, pero en algún momento inició la construcción de una mina con el propósito de debilitar los cimientos de una de las torres de la parte nordeste de la ciudad y abrir una brecha. Con todo listo, los sasánidas incendiaron la mina, pero la torre no cayó, aunque se inclinó por el centro. Una contramina que partía del interior de la ciudad interceptó la mina sasánida, y se inició una batalla que pudo ser subterránea. La mina se hundió y enterró a 18 soldados bajo la torre. Este hecho se conoce por las excavaciones arqueológicas modernas en la llamada Torre 19, y es uno de los hallazgos más importantes acerca de los ejércitos sasánidas y tardorromanos. Los hombres, tal vez ya muertos cuando se cavó la mina, fueron enterrados con su armadura y sus armas; ello ha contribuido enormemente a nuestro conocimiento de estos dos ejércitos. En los esqueletos, o en torno a ellos, quedan restos de espadas, una lanza o jabalina, hachas, cotas de malla, cascos, tachones de escudos, monedas (que datan el asedio) y grandes fragmentos de un escudo rectangular romano (el mejor ejemplo de que disponemos de esta pieza de equipamiento).

Se han propuesto varias explicaciones y reconstrucciones sobre lo que aconteció en la mina y la contramina, y sobre la razón por la que esta segunda fue sellada en un momento dado por sus dos extremos. Sin embargo, estas sugerencias son meramente especulativas, y más que confundir a los lectores con un relato del que no se tienen pruebas firmes, parece más recomendable referir los escasos hechos que conocemos y sugerir después hipótesis basadas en los datos disponibles.

Nueva ofensiva

A finales del año 256 o principios del 257, los persas sasánidas iniciaron una nueva ofensiva en el lado opuesto de la ciudad. Cavaron dos minas más; una parece haber tenido el mismo propósito que la primera, fallida, de la Torre 19. La nueva mina corría bajo la Torre 14, y esta vez la estrategia tuvo éxito. Sin embargo, los romanos habían previsto las intenciones del enemigo y reforzaron la torre con tierra y ladrillo de adobe; así lograron salvar parte de la estructura, pero los hallazgos arqueológicos demuestran claramente que el incendio no infligió un daño importante en las defensas. La segunda mina parecía responder al objetivo de introducir soldados en la ciudad: ninguna otra explicación justifica su tamaño, de 3 m de ancho y casi 1,75 de alto, a lo que se suma el hecho de que serpenteara bajo tierra hasta la misma ciudad. Nuestro conocimiento de las minas de asedio de los tiempos antiguos y medievales deja claro que resultaban muy difíciles y extenuantes de construir, por lo que un túnel tan espacioso sólo tendría sentido si pretendía facilitar el paso de grandes masas de infantería. El hallazgo de un esqueleto en el extremo de la mina bajo la ciudad sugiere que se produjo una batalla o un accidente; no se sabe si la mina fue terminada, y si se usaron soldados para invadir la ciudad, o bien si se abandonó por un hundimiento.

Junto con las dos minas subterráneas bajo la muralla sudoeste, los persas atacaron la zona con una rampa de asedio de tierra cerca de la Torre 15. La segunda mina discurría en parte bajo esta rampa, lo que puede llevar a concluir que ambas se construyeron a la vez, y que el montículo de tierra amortiguaría el ruido de la excavación. Refuerza esta hipótesis el hecho de que fuera la única mina de las tres que no provocó ninguna reacción por parte de los defensores, lo que indica que tal vez no la descubrieran. La rampa fue, sin duda, un elemento importante en el asedio; frente a ella, los romanos levantaron la altura de sus fortificaciones construyendo un muro de adobe. Sin embargo, la rampa se terminó con éxito, si bien la ausencia de una vía de acceso al nivel sugiere que tal vez carecía de torre, usándose simplemente para el asalto de la infantería.

La combinación del incendio de la primera mina y los daños causados en la Torre 14, la segunda

Dura Europos

256-257 d.C.

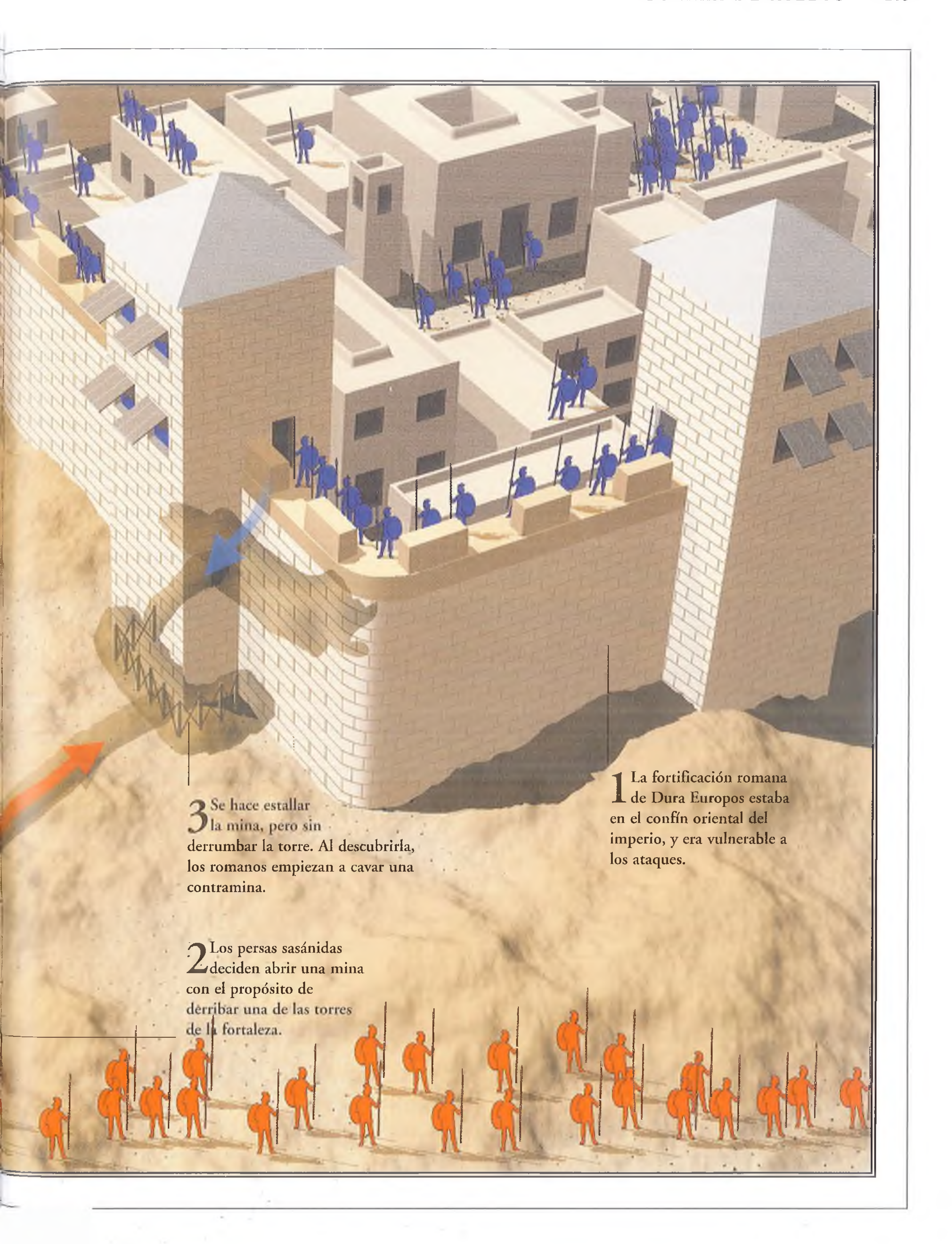
Los persas sasánidas pusieron sitio a la plaza fuerte romana de Dura Europos e iniciaron la construcción de una mina con el ánimo de abrir una brecha en las murallas. La mina fue incendiada para hacer caer la torre, pero sin éxito, ya que la estructura sólo se inclinó. Después, los sitiados la interceptaron con una contramina, y aparentemente se libró una batalla bajo tierra. En algún momento, la mina se derrumbó. Entonces, los sasánidas iniciaron la construcción de otras dos minas; una fue incendiada y logró derribar una parte importante de una torre, mientras que la otra llegaba bajo las murallas de la ciudad y pretendía permitir el acceso a su interior de los atacantes. Esta maniobra se combinó con un asalto desde una rampa de asedio persa que llegaba hasta la muralla. Se cree que la combinación de la brecha en el muro provocada por la torre hundida y del asalto a través de la rampa de asedio alcanzó su objetivo. Dura Europos fue saqueada por los sasánidas, y poco después abandonada.



Dura Europos era una pequeña ciudad del río Éufrates fundada en torno al año 300 a.C. por un rey diádoco, Seleuco I. Estaba protegida por grandes riscos, y era una posición muy defendible.

5 La combinación de otras dos minas y una rampa de asedio permite a los sasánidas entrar en Dura Europos y saquearla.

4 Se libra una batalla bajo tierra antes de que se sellen los dos extremos de la mina. Los sasánidas deciden volver a intentarlo.


1 La fortificación romana de Dura Europos estaba en el confín oriental del imperio, y era vulnerable a los ataques.
3 Se hace estallar la mina, pero sin derrumbar la torre. Al descubrirla, los romanos empiezan a cavar una contramina.
2 Los persas sasánidas deciden abrir una mina con el propósito de derribar una de las torres de la fortaleza.

mina bajo la ciudad y el terraplén de asedio, parecen haber logrado sus objetivos, ya que no se conserva ninguna evidencia de acciones en otras partes de la ciudad. Aunque nunca sabremos las circunstancias subyacentes a la caída de la misma, lo cierto es que después de una larga lucha tras el fin del asedio (probablemente, en el año 257) fue tomada por Shapur. La ciudad fue saqueada y desaparece desde entonces del registro histórico; la arqueología nos dice que poco después del asedio fue abandonada. Shapur perseveraría en su triunfal campaña contra los romanos, ganando muchos territorios y dando captura incluso al emperador Valeriano en el año 261. Sin embargo, más tarde fue vencido por el reino romano independiente de Palmira, con lo que en el año 266 perdió todas sus conquistas.

«Hay un sentido profundo en la antigua práctica de hacer sonar las trompetas... y en que todas las gargantas profieran el grito de batalla, [pues] ambas cosas aterrorizan al enemigo y enardecen a nuestros propios hombres».

CÉSAR

El cerco de Dura Europos es más notable por la riqueza de conocimientos que nos ha aportado, que por su importancia en la historia de Roma. No fue un enfrentamiento decisivo, ni relativamente significativo, sino una pequeña acción dentro de una guerra de diez años. Pero para los modernos arqueólogos es un verdadero tesoro; ha aportado interesantes datos sobre las armas y armaduras de los ejércitos sasánida y tardorromano, y sobre las técnicas de asedio y contraasedio. También ilustra que los persas habían conseguido la capacidad de tomar ciudades fortificadas, y nos ofrece los únicos ejemplos de que disponemos del uso de minas de asedio en la Antigüedad. Estas minas, de por sí, son de valor inconmensurable para el conocimiento de los métodos de cava y apuntalamiento, y nos aclaran asimismo el uso de las minas en las operaciones de asedio y su empleo combinado con otras formas de ataque.

Conclusión

En este capítulo se ha referido la historia de la poliorcética desde su primer uso documentado, hasta el fin de la Antigüedad en el Mediterráneo occidental. La descripción combina el análisis de los desarrollos históricos y de las innovaciones científicas, con ejemplos de algunos cercos importantes en la historia y de la arqueología de la poliorcética. Los ejemplos se han escogido atendiendo al modo de realizarlos, a su interés histórico, a su importancia para la arqueología moderna y, ante todo, a su valor para ilustrar las técnicas de asedio en uso en un período dado. Laquis es un asedio bien documentado, gracias al relieve de Senaquerib que se conserva en el Museo Británico, mientras que al mismo tiempo constituye nuestro mejor ejemplo sobre la tecnología de asedio asiria. Siracusa revela que gran parte de la tecnología de asedio no había llegado todavía al mundo griego en el siglo I a.C., e incluso el bloqueo estaba aún en mantillas y no era muy bien comprendido. Siracusa es tal vez el ejemplo más célebre de la Antigüedad, ilustrado por los escritos de Tucídides. Más que ningún otro asedio mencionado en este capítulo, cambió la historia del mundo al impedir que Atenas se expandiera hacia el Mediterráneo oriental, y marcó el principio del fin de su imperio. Sin la victoria siracusana en este asedio, los destinos de Cartago, Macedonia y tal vez incluso Roma habrían sido sustancialmente diferentes.

Rodas nos ofrece el mejor ejemplo del punto hasta el cual había progresado el arte del asedio griego, un tributo a la ingeniería y la ciencia griega que construyó la *helepolis* e hizo uso de armas de torsión. El asedio fue una lucha épica de máquinas contra fortificaciones, y nunca la maquinaria de asalto a las ciudades se usaría con tal profusión. Alesia es uno de los varios ejemplos magníficos sobre el meticuloso carácter de las técnicas romanas de bloqueo pero, por encima de otros asedios, está bien documentada por los escritos de Julio César y fue decisiva para socavar la revuelta gala. Masada tuvo relativamente poca importancia en la historia de Roma, aunque ha mantenido un fuerte acento simbólico para el pueblo de Israel. La revuelta judía de la que formó parte ya había sido sometida, y sin

posibilidad de ayuda exterior, la caída de Masada fue una «muerte anunciada». Es un ejemplo sobresaliente del uso combinado del bloqueo y el asalto, y ha quedado como prueba fehaciente de la determinación romana. El único ejemplo que se conserva de un terraplén de asedio romano tiene un valor extraordinario para los estudiosos actuales. En comparación, Dura Europos parece un pariente pobre de los otros cinco asedios descritos en este capítulo, pues apenas sabemos cómo ocurrió. Ignoramos si hubo batallas atroces, luchas heroicas y resistencias épicas hasta el último suspiro, pero con el tiempo las piedras de Dura han ido desgranando sordamente su testimonio, y quedan tesoros enterrados que hacen de este lugar un enclave único del mundo antiguo. Sobre todo sus minas tienen un valor inmenso para los arqueólogos y los historiadores antiguos. Dura Europos revela asimismo que, en el despuntar de la Edad Media, los pueblos orientales se habían convertido en los nuevos maestros de la poliorcética, tras aprender de los romanos las técnicas anteriores a ellos. La guerra de asedio había cerrado el círculo: fueron los pueblos del Cercano Oriente los que la convirtieron en ciencia en el siglo VIII a.C.; más tarde fue mejorada por los griegos y perfeccionada por los romanos. En el siglo III d.C., volvió renovada hacia oriente. Y la maestría de estas artes siguió en sus manos hasta el redescubrimiento y reimportación de las técnicas de asedio griegas y romanas hacia Europa por los cruzados medievales.

La influencia de la poliorcética antigua

En el este, con los bizantinos, el ataque y defensa de ciudades amuralladas continuó en gran medida como en los tiempos anteriores. Los bizantinos del siglo V no estaban tan bien dotados en estas técnicas como sus predecesores 300 años antes, pero la ciencia y la ingeniería militar siguieron usándose en un grado ya desconocido en occidente. Las tribus germánicas que conquistaron el oeste de Europa tenían una tecnología de asedio muy rudimentaria, y el arte cayó en clara decadencia. Parte de esta tecnología, en especial la torsión de doble brazo, se perdió para siempre, aunque la artillería de tensión de doble brazo, más sencilla y menos potente, vivió un cierto renacimiento. Sólo cuando los cruzados se aventuraron en Tierra Santa en el siglo XI se pudo reimportar parte de la tecnología. Gradualmente, los europeos medievales de occidente empezaron a usar torres móviles, arietes más sofisticados y catapultas de torsión de un solo brazo. Estos ingenios no igualaron la pericia de los antiguos. Dicho esto, el siglo XII asistió a la invención del trebuchet, una máquina que lanzaba piedras con ayuda de un contrapeso. Aunque sin la precisión de las máquinas antiguas, las superaba en fuerza destructora.

El verdadero legado de la poliorcética de la Antigüedad en la Europa medieval se situó en el ámbito de las fortificaciones. Muchas de las defensas propias del período medieval se introdujeron en la Antigüedad Tardía. El ascenso de los sasánidas en el este, las invasiones germánicas desde el norte y la guerra civil crónica llevaron a un refuerzo de las defensas en todo el Imperio Romano a partir del siglo III. Algunas ciudades, sobre todo en el oeste, se amurallaron por vez primera, mientras que otras remozaron sus defensas y a menudo se concentraron en la menor superficie posible, para elevar al máximo el número de sus defensores. Así, las ciudades en la Alta Edad Media se hicieron a veces físicamente más pequeñas. Se formaron asentamientos menores, fuera de la seguridad de los altozanos fortificados. Conforme la autoridad imperial decayó, la gente del campo se dirigió hacia la aristocracia local en busca de protección. Los aristócratas reforzaron sus villas, que terminaron por evolucionar hacia el modelo de castillo medieval. Para fortalecer estas defensas, la Antigüedad Tardía asistió al uso creciente de fosos, puentes levadizos, rastrillos y puertas fortificadas, unos rasgos que seguirían siendo comunes en las defensas medievales.

La arquitectura defensiva en Europa occidental mejoraría enormemente cuando los cruzados importaron de los árabes, que a su vez lo habían aprendido de los romanos, las técnicas de fortificación de oriente. Ello condujo a la introducción de estructuras de vigilancia y al uso de muros dobles y triples. Es oportuno decir que el lugar que más influyó en los europeos del oeste fue una ciudad griega erigida y fortificada por los romanos: Constantinopla. Sus defensas, coronadas por monumentales murallas triples construidas por el emperador Teodosio II en el siglo V, se copiaron en los centros urbanos de toda la Europa del Medievo, y permanecieron íntegras durante 1.000 años.





GUERRA NAVAL

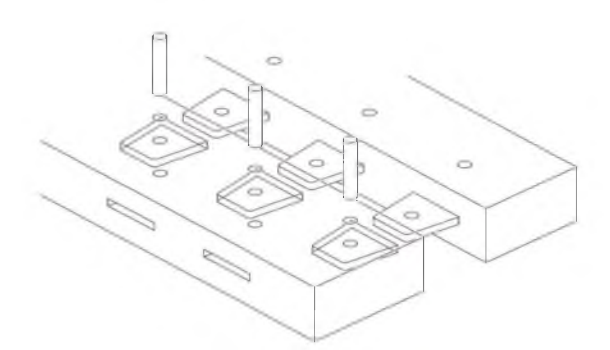
El control del mar era muy codiciado en el mundo antiguo, ya que permitía reforzar o abastecer a las tropas libremente y moverse con rapidez hacia el objetivo.

La guerra naval en el antiguo mundo mediterráneo fue una consecuencia necesaria de la guerra en tierra. Gracias a la relativa facilidad del viaje por mar, las operaciones anfibias fueron comunes desde los primeros tiempos. La más antigua de que se tiene noticia tuvo lugar hacia el año 2450 a.C., cuando los egipcios usaron barcos para transportar tropas a Palestina. En la contienda más célebre de la Antigüedad, la guerra de Troya, el rapto de Helena dio paso a una expedición de «un millar de barcos» para rescatarla. Con el tiempo, las naves se desarrollaron hasta el punto de que fueron posibles batallas de barco contra barco, hasta que se produjeron las primeras guerras navales a gran escala. La guerra en el mar era diferente en muchos sentidos a los enfrentamientos en tierra en el mundo antiguo: había una mayor dependencia de la tecnología (notablemente, los barcos en sí mismos), a

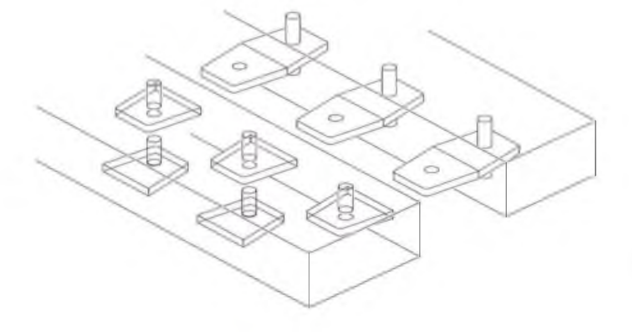
GUERREROS MICÉNICOS arrastrando sus barcos a la costa y preparándose para una batalla en el siglo V a.C. Conforme la navegación se hizo más común y mejoraron las técnicas de fabricación de barcos, empezaron a construirse naves de guerra. En principio eran plataformas inestables equilibradas por los remos de los remeros.

la vez que se requería un mayor nivel de adiestramiento y cooperación, a la altura de la instrucción de las mejores legiones romanas. Sin embargo, al mismo tiempo la guerra en el mar era bastante más incierta. Frágiles barcos, que en la batalla dependían del músculo humano, eran manejados por los caprichos del tiempo. Con una seguridad limitada con respecto a las tormentas, la temporada de batallas navales estaba limitada a los meses comprendidos entre abril y noviembre. Por encima de todo, la coordinación de las tácticas entre centenares de barcos individuales ponía a prueba la habilidad, la inteligencia y a menudo la diplomacia de los mejores comandantes. Pese a los enormes retos que suponía, la guerra naval ha sido con frecuencia tildada de «prosaica» por los aristócratas; el filósofo griego Platón llegó a proclamar que la gran victoria naval griega de Salamina redujo el valor de los helenos como pueblo. Ciertamente, en la guerra naval había poco espacio para la hazaña individual; y lo que era peor, los remeros se reclutaban entre los ciudadanos más pobres, los que no podían permitirse el equipamiento de la infantería pesada. Fue el desarrollo de la flota ateniense el que impulsó la más radical renovación democrática del mundo antiguo.

La leyenda hace del rey cretense Minos el primer monarca que formó una armada, en la Edad del Bronce, hacia el año 2000 a.C. Se supone que la utilizó sobre todo para patrullar el mar contra los piratas, y que también conquistó y colonizó con ella las islas del Egeo, forjando una talasocracia («gobierno por el mar»). La crónica del historiador griego Tucídides sobre una gran marina de guerra cretense puede ser puro mito, aunque un fresco excavado en Thera a principios de la década de 1970 muestra ya barcos cretenses, largos, estrechos e impulsados por remeros, que parecen destinados a la acción bélica. El primer uso atestiguado claramente de barcos para la guerra corresponde a los egipcios, al principio para transportar tropas hasta la contienda en Palestina. Al término de la Edad del Bronce, los barcos egipcios podían entrar en combate contra otras naves, como sucedió en el año 1190 a.C. cuando el faraón Ramsés III resistió un ataque masivo de los misteriosos y formidables guerreros marinos conocidos en la historia como «pueblos del mar». Un relieve mural bien conservado en Medinet Habu conmemora esta victoria e ilustra claramente las primeras técnicas de combate naval. La flota de Ramsés (no tenemos modo de conocer la dimensión de las fuerzas oponentes) sorprendió a la flota invasora anclada en la desembocadura del Nilo; en el relieve, los barcos de los pueblos del mar no tienen los remos preparados, y sus velas están cargadas. Los navíos egipcios avanzan con remos y, al acercarse, sus marinos de cubierta lanzan flechas y jabalinas contra el enemigo. Una vez a la altura de las naves enemigas, los tripulantes egipcios de cubierta, armados con espadas y escudos, abordaron algunos de estos barcos. También arrojaban rezones a los aparejos de las naves del adversario, y aparentemente hicieron zozobrar a algunos de los barcos y luego los remolcaron, lo que indica lo ligeros e inestables que eran estas antiguas galeras.



FIJAR LAS TABLAZONES para fabricar el casco era una tarea complicada. Era preciso cortar rendijas de los lados de la tablazón en la que se introducían las piezas de madera. Para sujetar la pieza se usaba una espiga, también de madera.



DESPUÉS SE AÑADÍA LA SIGUIENTE TABLAZÓN, con sus propias rendijas y orificios ya preparados. Este sistema era sorprendentemente impermeable, y sólo se necesitaba una pequeña labor de calafateo.

Limitaciones egipcias

Aunque Ramsés III logró una gran victoria sobre los pueblos del mar, su armada no se adaptaba bien a las condiciones mediterráneas. Los barcos de guerra egipcios eran ante todo embarcaciones demasiado grandes del tipo de las que se habían usado en el Nilo durante siglos. Carecían de quilla y portaban sólo unas cuantas cuadernas ligeras. En su lugar, las tablazones iban enclavijadas entre sí, no a un esqueleto interno. Por ello, estos barcos difícilmente resistían incluso en las tormentas mediterráneas más moderadas. Las naves egipcias no tenían fuerza suficiente para llevar espolón, que más adelante se convertiría en el arma más importante de la guerra naval mediterránea. Por ello, las naves representadas en Medinet Habu eran en esencia plataformas de combate para marinos. Los remeros, protegidos de los proyectiles por pantallas, se encargaban sin otra ayuda de llevar el barco lo más cerca posible del enemigo para entablar combate (las naves egipcias llevaban también velas, pero ningún barco antiguo a vela tenía capacidad de maniobra para acercarse lo suficiente como para poder usar las armas de corto alcance, así que en batalla nunca se utilizaron las velas), y después se sumaban, si era necesario, a la lucha cuerpo a cuerpo. En la época en que Ramsés III logró su victoria contra los pueblos del mar, las gentes del Mediterráneo oriental habían desarrollado un verdadero navío de guerra adecuado para el combate marítimo. Ya en el siglo XIV a.C., la piratería, de grupos aislados o de grandes estados, se había convertido en una forma común de guerrear y obtener botines. Flotas de piratas bloqueaban los puertos y se enseñoreaban del comercio, además de lanzar incursiones costeras para conseguir esclavos y otros bienes. Las ciudades fenicias de Beirut, Tiro y Sidón, prósperos puertos con un fuerte gobierno urbano capaz de invertir sumas considerables en la guerra, respondieron construyendo sus propias flotas. Éstas consistían en navíos de guerra a remo, guiados por 100-200 remeros. Las características básicas de estos barcos se conocen por los restos de un naufragio excavado cerca de Ulu Burun en 1983. Este barco, micénico o fenicio, era muy apto para la navegación. A diferencia de los barcos del norte, las tablazones no estaban superpuestas, sino que las del casco estaban unidas mediante ensambladuras de caja y espiga, como en ebanistería, con una clavija introducida en cada unión. Después, se insertaba el armazón completo en el casco, haciendo un barco mucho mejor preparado que los representados en el relieve de Medinet Habu. Los cascos así construidos necesitaban muy poco calafateo para impermeabilizarlos, aunque era costumbre en el período antiguo que los armadores impregnaran las costuras o todo el casco con pez o una mezcla de brea y cera. Muchas embarcaciones de todos los tamaños tenían también un revestimiento de finas planchas de plomo bajo la línea de flotación. Estaban construidos con material ligero (en particular, abeto) para darles velocidad, y sin ningún espacio sobrante, se asemejaban más a los ingenios de carreras de la actualidad que a los barcos modernos. El único espacio para el almacenamiento se situaba bajo el banco de los remeros. Estos barcos tenían vela cuadrada y remos. El mástil podía abatirse y guardarse en un candelero a popa cuando no se utilizaba; en cambio, los remeros, si no eran necesarios, no tenían más espacio para sentarse que sus bancos. Estas características eran habituales en los barcos de guerra empleados en todo el mundo antiguo. Por este apiñamiento y por la falta de espacio para guardar víveres, más que por la incapacidad de navegar, los navíos de guerra antiguos estaban casi siempre ceñidos a la costa, varados de noche e incluso también para el almuerzo del mediodía. Una nave en acción rara vez llevaba más víveres y agua de los necesarios para el día. Los capitanes que se aprestaban a la batalla normalmente dejaban el mástil y las velas en tierra; el espacio estaba simplemente demasiado apretado como para disponer la tripulación de cubierta de otra manera, y además los aparejos y las velas aumentaban el peligro de incendio si el enemigo arrojaba recipientes incendiarios, de brea ardiendo.

> *«En cuanto a los que se habían congregado ante ellos en el mar... fueron arrastrados, volcados y varados; les dieron muerte y los apilaron de la proa a la popa de sus galeras.»*
>
> *RAMSÉS III*

Durante siglos, el *pentecontor*, pentecóntora de 50 remeros en un único banco, fue el habitual en los

Batalla de Salamina

480 a.C.

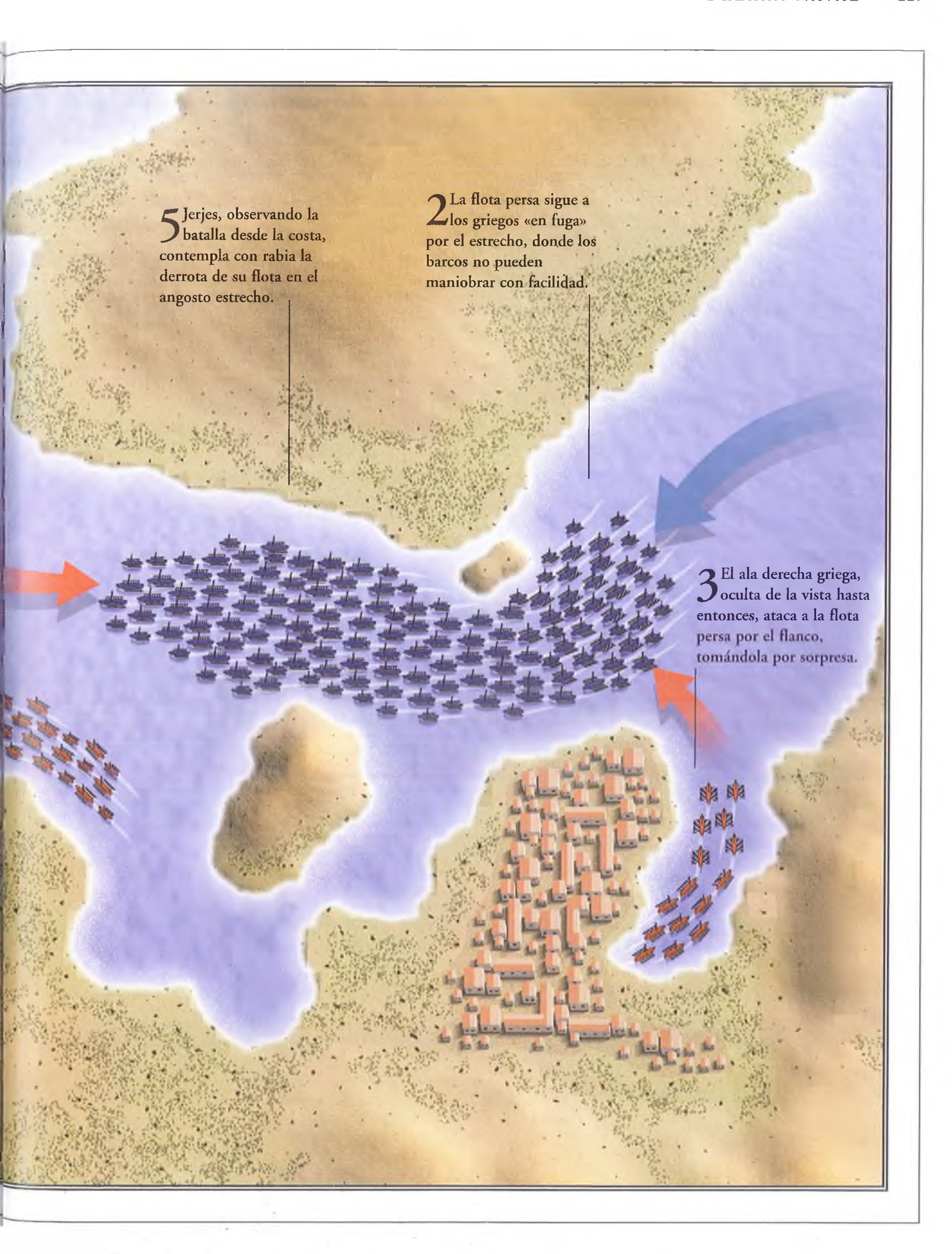
Jerjes tenía su escuadra egipcia bloqueada en el canal de Megara, mientras dos escuadras cerraban los dos lados de Psyttáleia y una más patrullaba la costa meridional. La escuadra corintia de 50 trirremes simuló la batalla, izando las velas y partiendo hacia el norte. Las escuadras ateniense y del Peloponeso siguieron su ejemplo. La flota persa al completo fue enviada hacia el estrecho para el ataque, creyendo que perseguía a un enemigo desmoralizado. Pero había tantos barcos persas para maniobrar en un espacio tan reducido, y los canales de ambos lados de Psyttáleia estaban tan llenos de barcos, que no fue posible una retirada organizada. Los persas fueron así atacados, primero por el ala derecha griega, que había permanecido oculta en un paso lateral, y después por la flota principal. Los marinos de Jerjes lucharon con valor, pero la escuadra fenicia terminó por descomponerse y huir, dejando un hueco para que los trirremes atenienses atravesaran la línea y pudieran atacar a otra escuadra persa por el flanco y la retaguardia. La batalla terminó con derrota persa. Los griegos perdieron 40 barcos, mientras que 200 de los persas fueron destruidos y otros muchos, capturados.



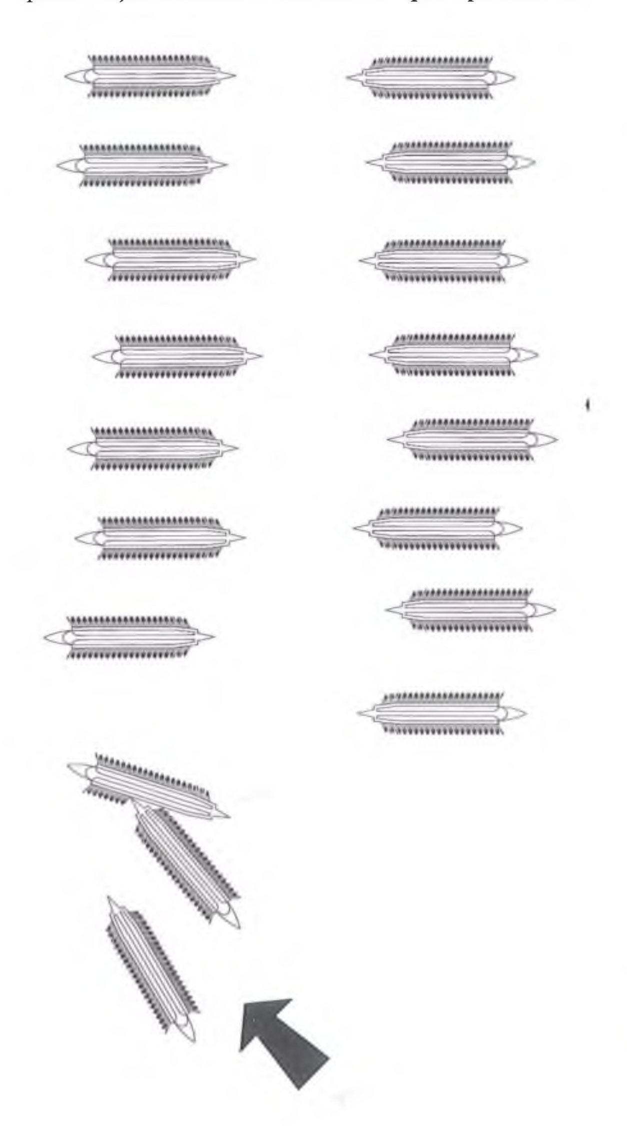
El imperio persa se había estado expandiendo hacia el oeste durante un tiempo, y los estados griegos eran un objetivo atractivo y evidente. Si hubieran perdido en Salamina, estos estados habrían sido sometidos.

4 Los griegos giran de improviso y se lanzan contra los persas, que se sumen en la confusión.

1 Los corintios y otros griegos izan las velas a toda prisa en un intento aparente de huir de los barcos persas.


5 Jerjes, observando la batalla desde la costa, contempla con rabia la derrota de su flota en el angosto estrecho.
2 La flota persa sigue a los griegos «en fuga» por el estrecho, donde los barcos no pueden maniobrar con facilidad.
3 El ala derecha griega, oculta de la vista hasta entonces, ataca a la flota persa por el flanco, tomándola por sorpresa.

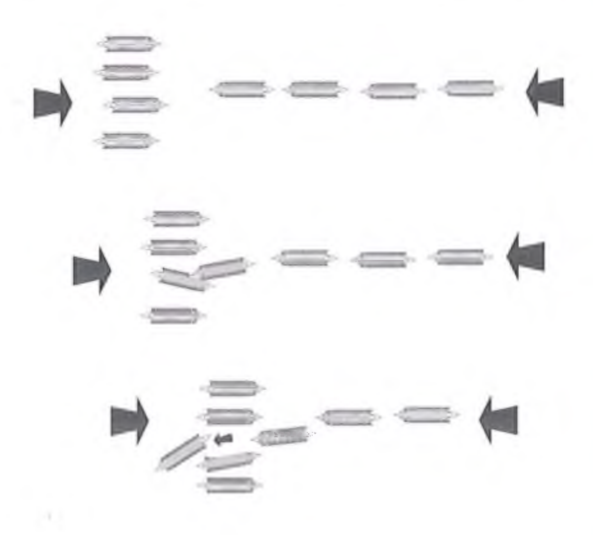
barcos de guerra del Mediterráneo. Esta nave era muy larga y esbelta, costosa de construir, difícil de maniobrar y no demasiado apta para la navegación, sobre todo cuando se usaba la gran innovación tecnológica de la guerra naval del siglo IX, el espolón. Esta arma era una pesada viga revestida de bronce y unida a la quilla bajo la línea de flotación, que apareció en la técnica por primera vez hacia el año 850 a.C. Parece ser de invención griega. Con el añadido del espolón, el barco se convirtió en un instrumento de guerra de pleno derecho, más que en una simple plataforma de transporte o de sostenimiento de los guerreros. Una tripulación bien adiestrada podía dirigir su barco para espolonear la popa o el costado relativamente desprotegidos de un barco enemigo, y después retroceder para anegarlo de agua, empantanándolo. En realidad, los barcos de guerra no lastrados eran demasiado ligeros para hundirse. Una tripulación hábil era capaz incluso de cortar los remos enemigos con su barco, simplemente pasando junto a él y levantando los propios remos apenas un segundo antes. Las víctimas quedarían incapaces de maniobrar.



La PERIPLOUS *(arriba) era una maniobra clásica que consistía en que una flota atacara a la otra por el flanco, espoloneándola. Sencilla y eficaz, podía decidir muy rápidamente el resultado de una batalla.*

Espolones en batalla

La primera batalla registrada en la que vencieron barcos provistos de espolones tuvo lugar en el año 535 a.C., pero probablemente estos artilugios estuvieron en servicio mucho antes. En aquella batalla, los focenses (habitantes de una ciudad-estado griega que se reasentaron en Italia) se enfrentaron a una flota combinada de etruscos y cartagineses que doblaba el tamaño de la suya frente a las costas de Cerdeña. Los focenses lograron la victoria, gracias a su alto nivel de adiestramiento, que les permitió atravesar, con toda la flota, las líneas enemigas, para después girar y espolonear la popa de los barcos enemigos. Esta maniobra, llamada *diekplous* («navegación a través») es una de las dos más importantes usadas en la guerra naval con espolones. La otra, el *periplous* («navegación alrededor»), era más sencilla



La DIEKPLOUS *(derecha) se usaba en flotas más móviles para romper la formación enemiga y derrotarla en ataques de barcos contra barcos, usando sus superiores técnicas de maniobra. La flota de la izquierda carga contra la línea oponente, desorganizándola y dejándola a merced de la acción de los espolones.*

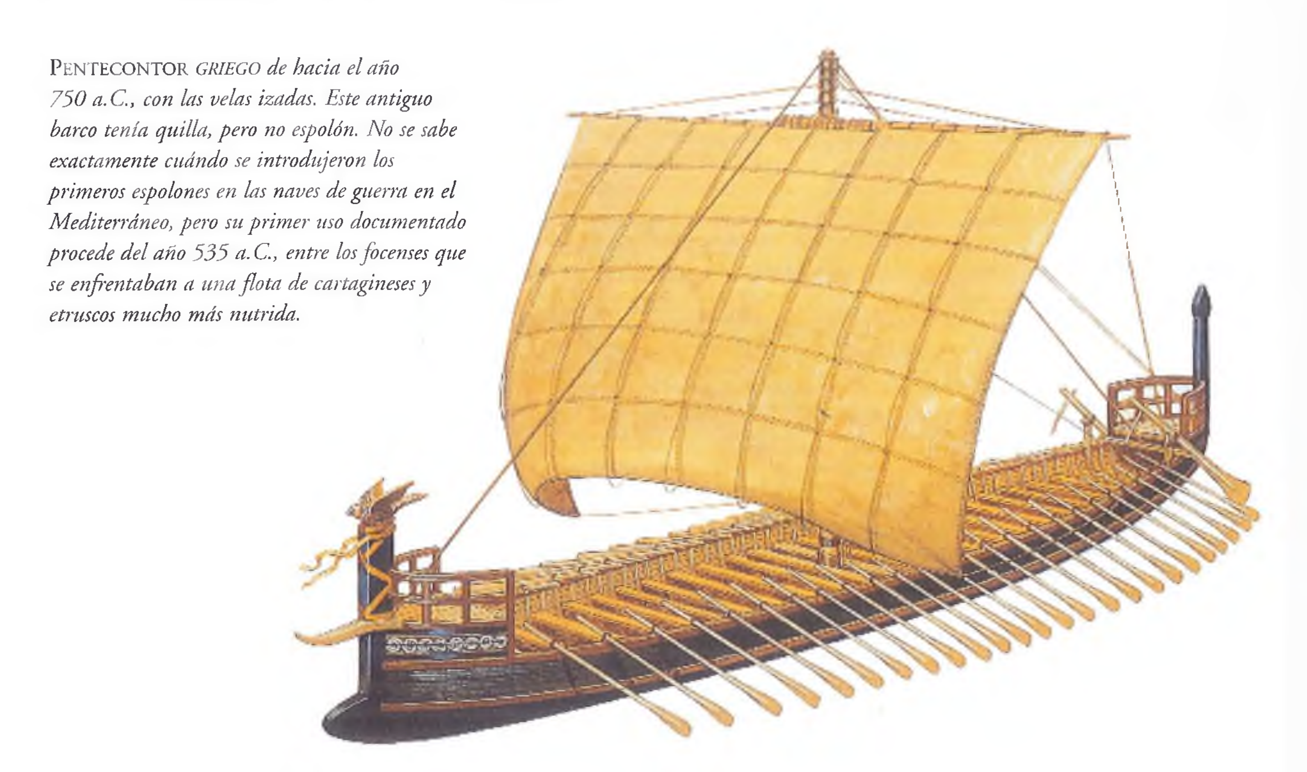
y consistía en dirigir los barcos contra el flanco del enemigo para tomar esta línea desde la retaguardia.

El uso de un espolón dio especial valor a la velocidad para penetrar en el casco enemigo a la vez que se esquivaban sus espolones. Pero, ¿cómo aumentar la velocidad? La única fuente de potencia disponible durante las batallas era el músculo humano. Un gobernante ambicioso no podía simplemente incrementar esta potencia aumentando la eslora de sus barcos para que cupieran más remeros. El *pentecontor* ya resultaba desproporcionadamente largo y, por tanto, poco navegable. Así que, ya en el siglo VIII a.C., se produjo un experimento consistente en añadir un segundo nivel de remos, creando un *birreme*, un barco de dos alturas en el que para una misma eslora se contaba con dos órdenes de remos. La representación más antigua de un birreme se obtiene de un relieve asirio del palacio de Senaquerib en Nínive, datado en el año 701 a.C. Los nuevos barcos eran al menos un tercio más cortos y compactos, y por ello más robustos, que las galeras de un solo orden de remos, con la misma potencia muscular para desplazarse en el agua. Desde el birreme había un corto camino hacia el *trirreme*, barco con tres órdenes de remos con hombres a los remos sentados en tres filas: en el casco, a la altura de cubierta y en un saliente proyectado desde la borda directamente sobre el agua. El trirreme, con 170 remeros que lo impulsaban a una velocidad de hasta 10 nudos durante breves períodos, se convirtió en el barco de guerra dominante del mundo antiguo. El *Olympias*, una espléndida réplica del trirreme construida en 1987, ha demostrado la gran potencia y maniobrabilidad de estos barcos. La réplica puede manejarse con vela y remo, y se desplaza durante varias horas a 4 nudos, con la mitad de la tripulación que remaba en aquel tiempo. Puede realizar un giro de 180° en un minuto, con un arco de giro no mayor que dos veces y media la eslora del barco. Claramente, era una nave digna de temer.

«Su Majestad [Thutmosis I] navegó río abajo, con todos los países en su puño, y esos infortunados trogloditas nubios colgados cabeza abajo en la [proa] de la [falúa] de Su Majestad.» AHMOSIS

Sin embargo, durante bastante tiempo se hizo un uso escaso de esta innovadora tecnología. El problema era el coste. Construir y dotar un trirreme resultaba muy caro, más aún que sufragar la soldada de los remeros. Éstos habían de pasar por un entrenamiento intensivo de varios meses para actuar en equipo. Al contrario de los que refiere la ficción popular, estos remeros casi nunca eran esclavos, pues a veces eran necesarios en el combate y por el simple hecho de que mantener esclavos para un ocasional uso naval resultaba demasiado costoso. En su lugar, las tripulaciones de los barcos de guerra se reclutaban entre los ciudadanos más pobres, que no podían permitirse el equipamiento pesado exigido para luchar en la infantería, ni el tiempo fuera de su ocupación regular, salvo si recibían estipendios. Dado el coste de los barcos y el de los remeros, sólo un estado desarrollado con una fuerte organización económica podía mantener una flota. En el Mediterráneo, antes del año 500 a.C. no existían estructuras políticas suficientemente desarrolladas para soportar una marina de guerra, salvo quizá Egipto y Siria.

Entonces llegaron los persas, logrando un dominio militar en el Cercano Oriente con una velocidad alarmante durante mediado el siglo VI a.C. Persia nació como una potencia terrestre, pero debía crear una flota mediterránea para invadir Egipto: un ejército invasor sólo podía atravesar las rutas desérticas hacia su destino si era abastecido desde el mar, con una flota para proteger los transportes de la gran armada egipcia. La nueva marina de guerra persa, consistente en trirremes al estilo de la época, contaba principalmente con las ciudades fenicias conquistadas por los persas para dotar a sus naves de experiencia y buenos remeros, mientras que los marinos eran normalmente de origen persa. Esta nueva flota se enfrentó a su primera prueba importante en el año 494 a.C., cuando los persas derrotaron a la armada de rebeldes jonios que habían intentado declarar su independencia. Esta batalla, cerca de Lade, fue la primera en la historia del Mediterráneo que marcó un punto de inflexión decisivo. En el año 490 a.C., el rey persa Darío I tenía una flota de 600 barcos para transpor-



PENTECONTOR GRIEGO *de hacia el año 750 a.C., con las velas izadas. Este antiguo barco tenía quilla, pero no espolón. No se sabe exactamente cuándo se introdujeron los primeros espolones en las naves de guerra en el Mediterráneo, pero su primer uso documentado procede del año 535 a.C., entre los focenses que se enfrentaban a una flota de cartagineses y etruscos mucho más nutrida.*

tar y abastecer a sus tropas en tierra en Maratón, muchos más de los que contaban en conjunto todas las ciudades-estado griegas.

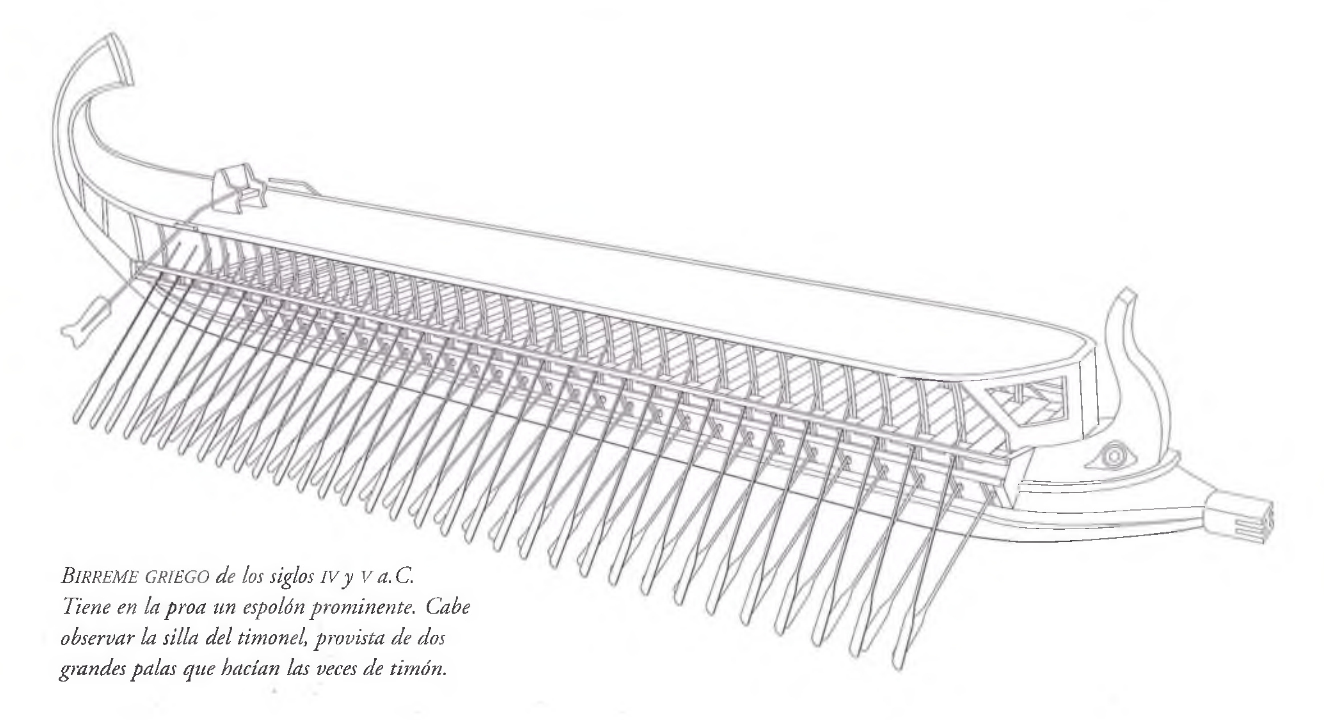
Pese a su derrota en Maratón, los griegos comprendieron que los persas volverían. Los griegos tenían escasas esperanzas de detenerles sin una flota. Cuando Jerjes, hijo de Darío, renovó el ataque en el año 480 a.C., la capacidad de que se le enfrentara una flota aliada griega se debió a la visión del estadista ateniense Temístocles. Éste tenía un objetivo a largo plazo en mente: cuadruplicar el número de trirremes en el servicio ateniense hasta 200 barcos o más. Se ganó a la opinión pública, buscando la ruina política de sus rivales aristocráticos que depositaban su fe en la infantería hoplita. Temístocles fue probablemente un magnífico orador, muy hábil para despertar el temor entre sus conciudadanos. Y le ayudó la suerte. En el año 484 o 483 a.C. se descubrió una riquísima vena de plata en Laurion, de propiedad estatal. Los beneficios del primer año de explotación sumaban 100 talentos, unas 2,45 t de plata pura. Los conservadores deseaban una distribución pública de esta nueva riqueza, de 10 dracmas para cada ciudadano adulto. Pero Temístocles y sus seguidores convencieron a la asamblea de que invirtiera los beneficios en dar a Atenas una flota de trirremes. En total se produjeron unos 200 trirremes en una masiva campaña de construcción. Los barcos se pusieron en marcha con tal rapidez que no pudo dotárseles de la mejor madera; así, las fuentes afirman que los nuevos barcos eran lentos y pesados cuando entraban en acción. Pero los atenienses los necesitaban a toda prisa, y vieron en ellos su mejor esperanza de sobrevivir. No en vano, como pronosticó el oráculo de Delfos cuando la fuerza persa invasora ya había entrado en el norte de Grecia en el año 480: «la muralla de madera no sólo no fallará, sino que os servirá a vosotros y a vuestros hijos...». Tal fue otra demostración del genio de Temístocles, quien logró convencer a los atenienses de que a lo que se refería el oráculo era a la flota. Ciertamente, la movilización de la nueva flota requirió toda la fuerza humana disponible, incluidas las heces de la ciudad, los residentes extranjeros y tal vez los eslavos conscriptos. Los atenienses dotaron así una mayoría de los 300-400 trirremes, que los estados griegos pusieron en la mar para detener la invasión persa. Los atenienses querían que el propio Temístocles comandara la flota, pero ante la violenta oposición de los peloponesios desistieron en su idea. No por ello se ha dejado de considerar a Temístocles la cabeza pensante que llevó a los griegos a la victoria.

Jerjes había preparado minuciosos planes para una gran invasión por mar y por tierra, que incluía

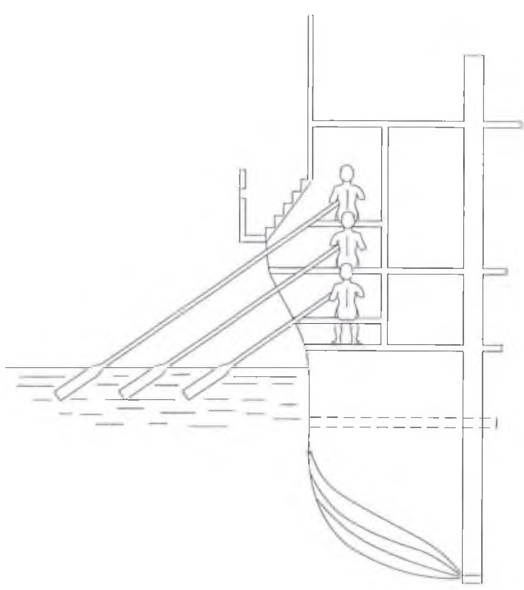
la apertura de un canal a través de la península de Athos, con lo que su flota evitaría las peligrosas tormentas de la región. Reunió una gran armada. Había 600-800 trirremes persas en la primera batalla naval de la campaña, en Artemision, y al menos otros 600 barcos que se usaron para construir dos puentes sobre los Dardanelos para el paso de la armada persa, sin contar los barcos usados para un primer puente, que fue destruido por un temporal. Cuando las escuadras de la flota llegaron a Grecia, los barcos se vararon y se secaron. Así, los griegos no sólo eran inferiores en número, sino que desconocían cuándo tendría lugar el ataque y contaban con barcos más lentos y pesados que los persas. Sin embargo, las naves persas estaban bastante cargadas, ya que cada barco llevaba 30 marinos persas adicionales, además de la tripulación normal. Estas grandes cifras supusieron a la larga un grave inconveniente; los trirremes transportaban normalmente 10 marinos y 3 o 4 arqueros. Su construcción era tan ligera que el mero movimiento de una persona en la cubierta podía afectar a la remada. Los marinos eran diestros en el lanzamiento de la jabalina sentados o incluso tumbados en cubierta, para reducir al mínimo estos movimientos.

Después de una primera batalla contra los persas en Artemision, que terminó en tablas (debido principalmente a las fuertes pérdidas persas en dos tormentas), la flota griega aliada se retiró al sur a la isla de Salamina, frente a la costa del Ática, para ayudar a la ya necesaria evacuación de Atenas. La flota que se reunió en Salamina era mayor que la de Artemision, con más ciudades representadas: probablemente unos 310 barcos en total. Casi dos terceras partes de los mismos eran atenienses. La mayoría de las ciudades implicadas querían alejar a la flota del istmo, y algunas escuadras huyeron cuando vieron Atenas en llamas a lo lejos, víctima del ejército terrestre de los persas. Al final, los comandantes atenienses tuvieron que amenazar con su absoluta retirada antes de que los peloponesios convinieran en permanecer en Salamina dispuestos a la lucha. La flota aliada se situó entre la isla de Salamina y el territorio continental, un paso de 1,6 km de anchura y algo más de 4,8 km de longitud. La flota persa seguía siendo más numerosa que la aliada, en una proporción de al menos dos a uno, sobre todo porque los persas se habían reforzado con desertores griegos de la Grecia central y porque las tropas persas controlaban la mayoría del litoral. La única posibilidad de éxito de los griegos contra una flota que en la menor estimación contaba con 700 trirremes era arrastrar a los persas a las aguas superficiales, donde sólo podrían desplegar parte de su fuerza.

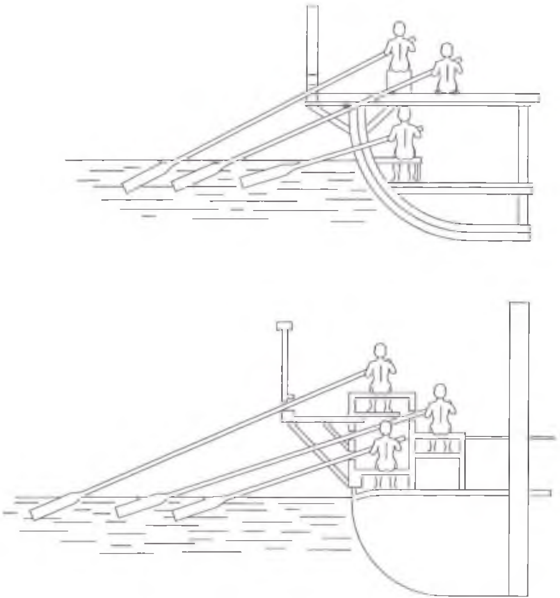
Según el historiador Herodoto, Temístocles envió un mensaje a Jerjes declarando que estaba



BIRREME GRIEGO de los siglos IV y V a.C. Tiene en la proa un espolón prominente. Cabe observar la silla del timonel, provista de dos grandes palas que hacían las veces de timón.



Los remeros de un trirreme se sentaban en vertical, con remos gradualmente más largos. Este método tenía el inconveniente de que el barco tenía que ser muy alto para que cupieran los remeros, haciéndolo más inestable en el mar.



Disposición alternativa de asientos, con los remeros escalonados y, en consecuencia, barcos mucho más bajos, anchos y estables. En el ejemplo, el remero inferior está ligeramente por debajo de la línea de flotación.

dispuesto a desertar y que la flota griega se aprestaba a la batalla. Jerjes cayó en la trampa, y siguió el consejo de Temístocles de confinar a la armada de los griegos enviando a su escuadra egipcia del oeste a que cerrara el canal de Megara, mientras otras dos escuadras cegaban los pasos de Psyttáleia y una más patrullaba frente a la costa meridional. Herodoto creía que Temístocles hizo bien en no referir su estratagema a otros de sus aliados. Sin embargo, la batalla que siguió demuestra que los griegos habían preparado muy bien una estrategia compleja que no podía responder a una reacción de último minuto, a la luz de los acontecimientos. Es mucho más probable que el sinuoso mensaje de Temístocles a Jerjes hubo de ser planeado y aceptado por el mando aliado.

Lo que sucedió a continuación fue una huida simulada del escuadrón corintio de 500 trirremes. Izaron las velas, que normalmente se habrían dejado en tierra antes de la batalla, y corrieron hacia el norte. Esta añagaza fue, aparentemente, tan eficaz que incluso algunos griegos la malinterpretaron como una huida real. Las escuadras ateniense y peloponesia siguieron a los corintios y formaron una nueva línea, desplegándose en tres al frente (una maniobra complicada). Jerjes, que había fijado el alto mando en una colina próxima (llamada «trono de Jerjes»), pudo ver a los griegos huyendo en desorden, dirigiéndose aparentemente hacia la trampa en la que aguardaban sus escuadras de bloqueo. Así, envió a toda la flota persa al ataque en el estrecho, creyendo que perseguían a un enemigo desmoralizado. Pero eran demasiados barcos para maniobrar en ese espacio tan limitado. Los barcos persas se estorbaron en el canal a ambos lados de Psyttáleia, de forma que no les fue posible una retirada en orden. Cuando estaban dentro del estrecho fueron atacados, primero por el ala derecha griega, que se había ocultado en un paso lateral, y después por la flota principal.

Dos elementos provocaron un mayor desorden en la flota de Jerjes en Salamina. Primero, el almirante fenicio Ariabignes, que estaba al mando de la mayor escuadra, murió al inicio de la batalla. No había un segundo al mando claro que pudiera tomar el control, con lo que no fue posible una respuesta coordinada a la inesperada táctica griega. En segundo lugar, la flota aliada en Salamina conocía bien las condiciones meteorológicas del lugar. Atacó exactamente a la hora correcta, cuando el oleaje ascendente hizo que muchos de los barcos persas,

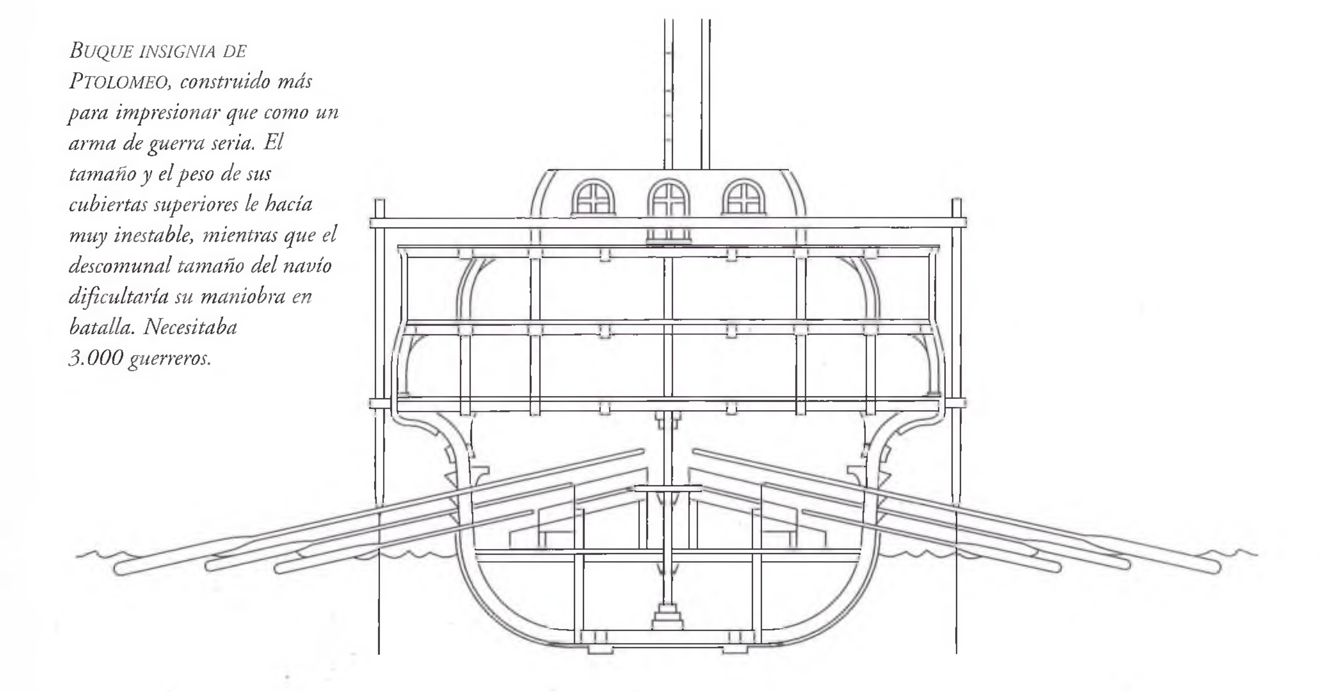
más cargados, rompieran la formación de sus remos e incluso giraran los barcos a los lados, presentando su superficie más ancha a los griegos en una invitación a ser presa de sus espolones.

Frente a estos obstáculos, los marinos de Jerjes lucharon con valor, pero la escuadra fenicia terminó por romperse y huir, dejando un hueco para que los trirremes atenienses entraran por las líneas enemigas y pudieran atacar a otra escuadra persa por el flanco y la retaguardia. La batalla terminó en derrota para Persia. Los aliados griegos perdieron 40 barcos, mientras 200 de los griegos fueron destruidos y otros muchos capturados. Las pérdidas persas fueron particularmente elevadas, pues pocos de sus hombres, el grueso de los marinos de la flota de Jerjes, sabían nadar, mientras que la mayor parte de los griegos que cayeron al agua llegaron a nado a las costas de Salamina.

Desastre para Persia

Después de Salamina, la flota persa ya no pudo luchar. Muchos de los barcos que Jerjes conservó estaban inhabilitados, con la moral muy baja, sobre todo porque el furioso Jerjes hizo ejecutar a varios capitanes fenicios inmediatamente después de la batalla. El rey tomó a los marinos de los barcos y los dispuso en unidades de su ejército terrestre, y en la noche del 21 al 22 de septiembre, los restos de la flota zarparon hacia el Helesponto para proteger la vía de retirada del ejército persa. Pero la victoria de Salamina había significado realmente un freno a la invasión de Grecia. El ejército de tierra dependía acusadamente del mar para recibir provisiones, y era demasiado peligroso usar barcos de transporte sin una armada que los protegiera. La pérdida de la flota significó también que los persas no podrían desbordar a las fuerzas griegas que defendían el istmo de Corinto. Al año siguiente, la armada griega aliada derrotó al resto de la flota persa en Micala, en la costa sudeste de Asia Menor. Los persas dejaron de ser una potencia marítima. Por su parte, Atenas ascendió súbitamente a la cima dentro de la gran fuerza naval de Grecia.

En el siglo V a.C., los estados griegos siguieron desarrollando grandes navíos, a la vez que Esparta se erigía en un serio competidor para la marina de guerra ateniense en las últimas fases de la guerra del Peloponeso (431-404 a.C.). Atenas, sin embargo, siguió liderando las técnicas de capacidad de maniobra. Sólo cuando los atenienses cometieron graves errores estratégicos su flota fue vencida. Así, en la expedición a Sicilia del año 415, dos flotas atenienses (más de 200 barcos en total) quedaron atrapadas en el puerto de Siracusa, donde sus mejores técnicas no les sirvieron de mucho. Además, los siracusanos reforzaron sus propios trirremes con más

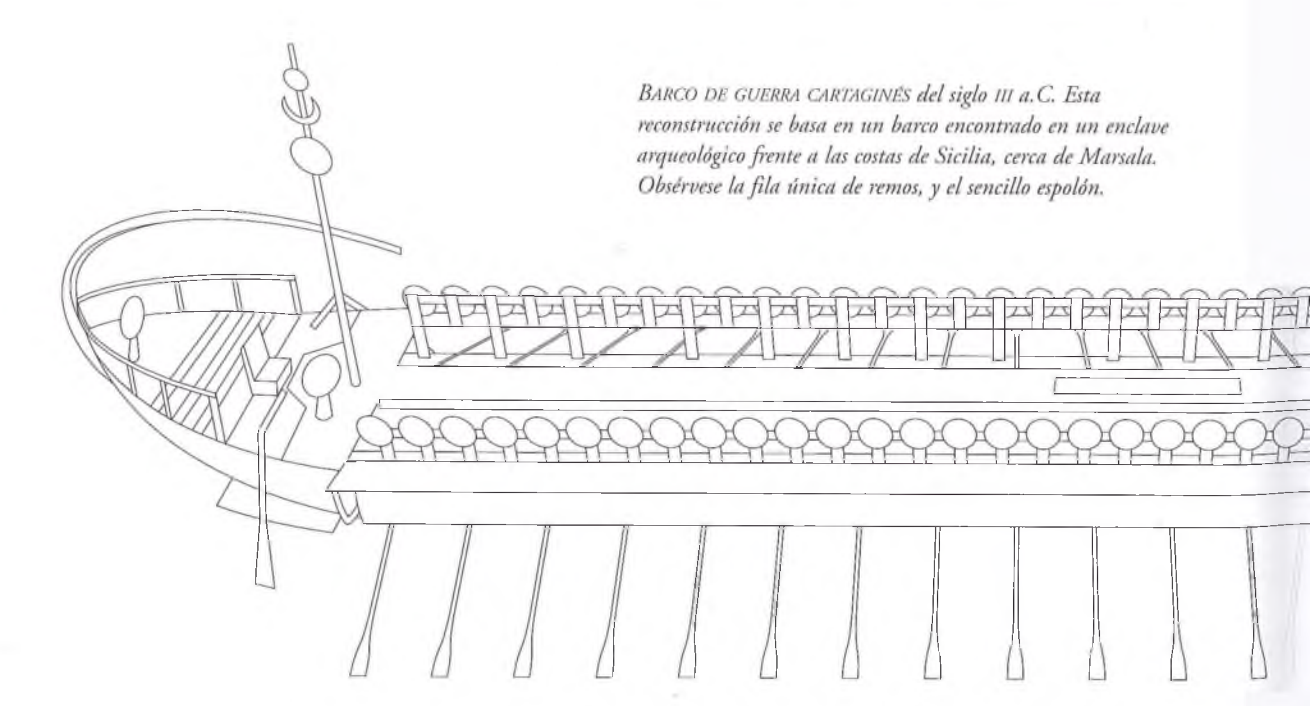


Buque insignia de Ptolomeo, construido más para impresionar que como un arma de guerra seria. El tamaño y el peso de sus cubiertas superiores le hacía muy inestable, mientras que el descomunal tamaño del navío dificultaría su maniobra en batalla. Necesitaba 3.000 guerreros.

madera en la proa y la serviola. En las estrechas aguas en las que los atenienses debían atacar proa contra proa, los barcos griegos, más ligeros, están en clara desventaja. Al final, ni uno solo de aquellos barcos lograron escapar a la debacle militar. La otra gran derrota naval de Atenas en la guerra del Peloponeso, la de Egospótamos, muestra todavía con más claridad las limitaciones del trirreme en la batalla. En septiembre del año 405, la armada ateniense al completo, con 180 naves (construidas de nuevo después de Siracusa) fue enviada a los Dardanelos para proteger a los mercantes de grano. La fuerza fue arrastrada a una playa desolada; los trirremes tenían dificultades para transportar suministros y no podían navegar durante demasiado tiempo. Como no había ninguna población cerca, las tripulaciones tuvieron que caminar 3,2 km para conseguir comida en un mercado. Entre tanto, los barcos quedaron en gran medida abandonados, un momento que aprovechó el rey espartano Lisandro para tomar 171 barcos. Sólo nueve escaparon para informar a Atenas del desastre. Sin una flota que les protegiera, Atenas cayó pronto ante el asedio espartano.

La marina de guerra no jugó un papel importante en las conquistas de Alejandro Magno, aunque equipó una flota para explorar el océano Índico y, en el momento de su muerte, estaba empezando a construir otra para un proyecto de invasión de África del norte. En el Mediterráneo, Alejandro, que no confiaba en la flota de sus poco dispuestos aliados atenienses, superó la amenaza persa en el mar marchando por la costa del continente y tomando todos los puertos persas, una empresa que exigió dos grandes batallas y el largo asedio de Tiro. No obstante, fue necesario proteger sus líneas de comunicación con Grecia. Sin embargo, los generales que se repartieron el imperio de Alejandro después de su muerte pronto volvieron al mar, especialmente en una serie de guerras entre los antigónidas de Siria y los tolemaicos de Egipto.

Estos estados diádocos helenísticos pronto empezaron una carrera naval en el Mediterráneo. Encargaron barcos cada vez mayores, en especial después de la introducción de pequeñas catapultas a bordo en el siglo IV, lo que exigía barcos más pesados para sostener su peso. La inclusión de proyectiles de largo alcance, junto con números crecientes de marinos, pronto socavó la importancia del espolón. En su lugar, entre los reyes helenísticos en busca de prestigio cobraron prestancia los polirremes, barcos que incrementaban la potencia de remo del trirreme incluyendo más remeros por banco. El máximo extremo llegó a un «40», barco con 40 remeros en cada espacio, con probablemente hasta cinco hombres por remo y los bancos dispuestos en tres filas. Era un navío descomunal de más de 122 m



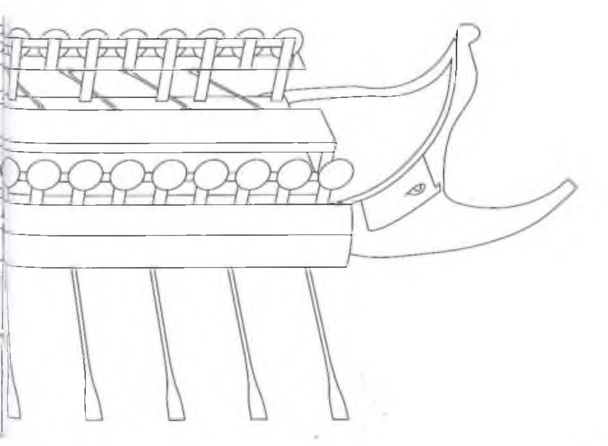
BARCO DE GUERRA CARTAGINÉS del siglo III a.C. Esta reconstrucción se basa en un barco encontrado en un enclave arqueológico frente a las costas de Sicilia, cerca de Marsala. Obsérvese la fila única de remos, y el sencillo espolón.

de eslora que probablemente nunca se usó en batalla, pero sirvió de demostración del poder de Ptolomeo IV de Egipto (221-203).

El más eficaz de estos «grandes barcos» era el quinquerremes, usado comúnmente en Cartago, la potencia en ascenso del Mediterráneo occidental. Cartago, que formó un gran imperio mercantil basado en el norte de África, fue el dueño incuestionable del oeste del Mediterráneo. El doble puerto de la ciudad daba cobijo a más de 200 barcos de guerra, probablemente maniobrados por ciudadanos, a diferencia de los mercenarios que solían emplear los cartagineses para las luchas de infantería. Era una fuerza formidable, como descubrirían los romanos en la primera guerra púnica (264-241).

La amenaza de Cartago

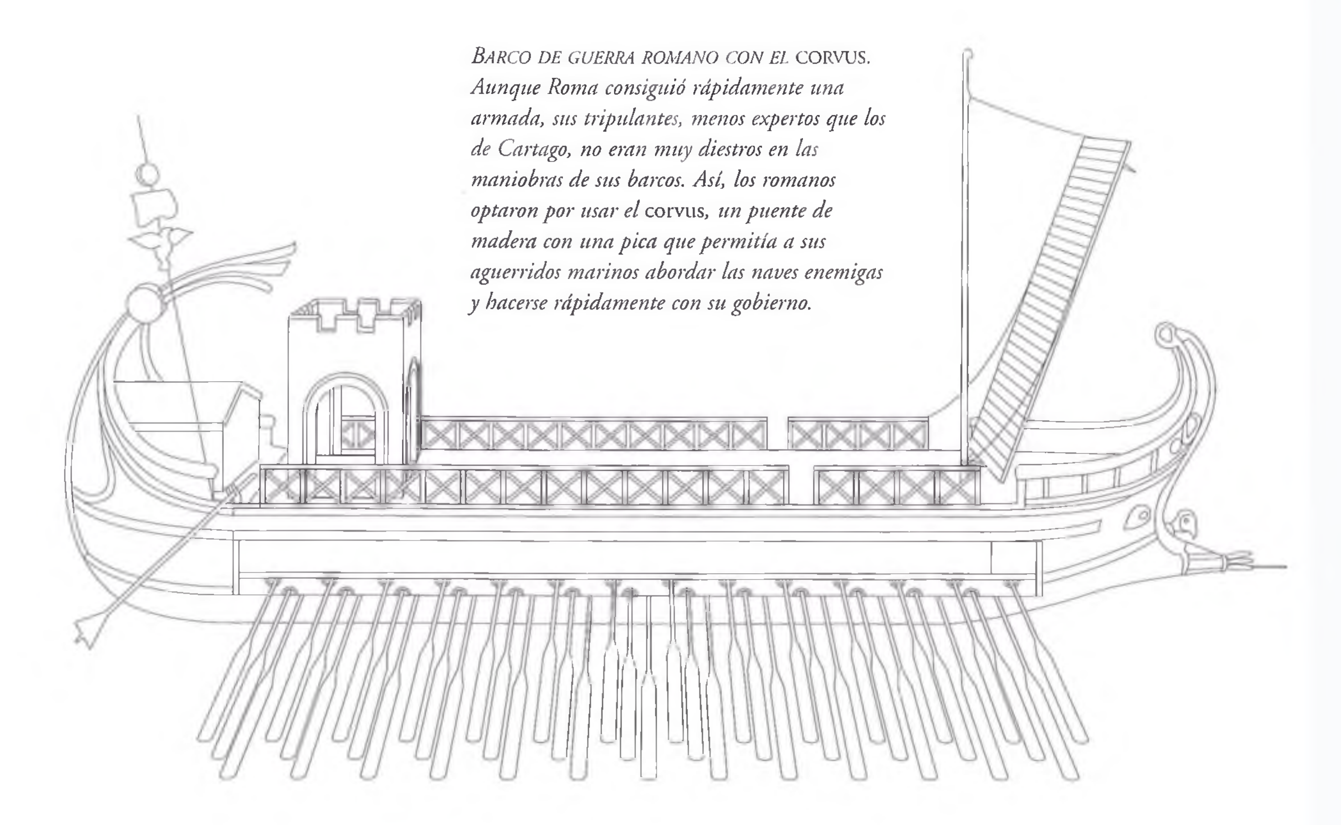
La primera guerra púnica fue la más larga de la historia grecorromana, y los enfrentamientos navales jugaron en ella un papel central, con mención especial de la batalla de Ecnomo (256), en la que participó probablemente un número de personas mayor que en cualquier otra batalla naval de la historia. Este hecho resulta más sorprendente aún si se considera que al principio de la guerra Roma no tenía una flota propiamente dicha. A finales del siglo IV, el Senado romano se había interesado superficialmente por la idea, proveyendo dos pequeñas escuadras para vérselas con los piratas del mar Tirreno. El fracaso fue tan ignominioso que los romanos desecharon la idea, pidiendo en su lugar que fueran los barcos de sus súbditos, los griegos del sur de Italia, los que custodiaran las rutas marítimas. Cuando empezó la guerra de Cartago, las legiones romanas tuvieron que ser transportadas por barco para la batalla. Aunque los romanos no consiguieron cruzar los estrechos de Messina de día, ya que una escuadra cartaginesa estaba patrullando la zona. La fuerza cartaginesa tomó una serie de barcos, pero los devolvió, con los prisioneros, al comandante romano, intentando tal vez convencer a Roma de lo inútil de su ataque a Cartago, con su poderosa armada. Aparentemente, el emisario cartaginés alardeó de que los romanos no podrían ni siquiera lavarse las manos en el mar sin su permiso.



Al final, el ejército romano atravesó Sicilia de noche, y poco a poco alcanzó una posición dominante frente al ejército cartaginés en la isla. Pero fue imposible conseguir una victoria completa sin una flota. No sólo las ciudades en poder cartaginés del oeste de Sicilia podían reaprovisionarse por mar, sino que en el año 261 la flota cartaginesa estaba intentando distraer las energías romanas en una incursión en Italia.

Así, a principios de la primavera del 260, el Senado de Roma votó por la construcción de una flota de 100 quinquerremes y 20 trirremes, que debían estar a punto para la campaña del verano. Los barcos se fabricaron en 60 días, en una impresionante demostración de la capacidad organizativa de Roma. El modelo de los quinquerremes era un barco cartaginés que había encallado cuatro años antes; probablemente no porque los griegos del sur de Italia no tuvieran quinquerremes, sino porque los políticos romanos prefirieron el diseño cartaginés. Las autoridades romanas formaron las tripulaciones de sus trirremes con sus aliados griegos, no obstante lo cual Roma aportó 30.000 remeros para estos barcos, 300 por barco, entre sus aliados y súbditos de Italia y los ciudadanos más pobres de Roma. Mientras los barcos estaban aún en construcción, se enseñó a los remeros su oficio en entrenamientos en tierra. Y, sabiendo que no podrían competir con los cartagineses en las artes marineras, los romanos optaron por preparar en sus barcos enormes plataformas de abordaje desde las cuales los legionarios podrían combatir en el mar con un estilo parecido al que aplicaban en tierra. Para tal fin, un ingeniero naval (tal vez Arquímedes de Siracusa) inventó una nueva arma secreta, el *corvus*.

El *corvus* («cuervo») era una plataforma de abordaje montada en la proa de los barcos romanos. Tenía una longitud de 11 m y una anchura de 1,2 m,



Barco de guerra romano con el corvus. *Aunque Roma consiguió rápidamente una armada, sus tripulantes, menos expertos que los de Cartago, no eran muy diestros en las maniobras de sus barcos. Así, los romanos optaron por usar el* corvus, *un puente de madera con una pica que permitía a sus aguerridos marinos abordar las naves enemigas y hacerse rápidamente con su gobierno.*

y podía oscilar y dejarse caer sobre la cubierta del enemigo; una gran pica metálica en la parte inferior se asía al barco enemigo y lo fijaba, tras lo cual los marinos romanos iniciaban el abordaje. Para sacar el mejor partido de esta nueva táctica, los barcos romanos llevaban a bordo 80 legionarios, además de su complemento habitual de 40 marinos.

Los romanos tuvieron la oportunidad de ensayar su arma secreta en Milai, la primera batalla marítima importante de la guerra, que se libró en septiembre del año 260. Las flotas cartaginesa y romana estaban bien pertrechadas, con unos 130 barcos cada una. Los cartagineses confiaban de tal modo en su victoria que, en vez de formar en líneas de batalla adecuadas, atacaron a los barcos romanos individualmente. Algunos de estos barcos fueron espoloneados. Pero fue entonces cuando los cartagineses se vieron atrapados por los *corvi*, y una multitud de marinos romanos los abordó en gran número. En el primer ataque, los romanos tomaron 31 barcos, entre ellos el buque insignia cartaginés; su comandante, Aníbal (no el célebre comandante de la segunda guerra púnica), pudo escapar en un bote de remos, lo que sin duda contribuyó a la desorganización cartaginesa. Los púnicos intentaron entonces rodear a los barcos romanos. Pese a que sus barcos eran más lentos y a la falta de adiestramiento, los tripulantes romanos consiguieron girar sus naves, hasta el punto de que sus *corvi*, en la proa, estaban de nuevo a punto para caer sobre los enemigos. Finalmente, los cartagineses, tomados totalmente por sorpresa por la presencia de los *corvi*, cedieron y se retiraron, perdiendo 31 barcos a manos de los romanos y viendo otros 13 o 14 hundidos. El comandante romano, el cónsul Cayo Duilio, dio a Roma su primera victoria naval, y decoró la plataforma del orador del foro con las proas (*rostrata*) de los navíos capturados, dándole así el nombre de *rostrum*.

La victoria de Milai pudo atribuirse a la sorpresa de una nueva arma y al débil liderazgo púnico (poco después, Aníbal dejó que su flota quedara atrapada en un puerto sardo, y fue arrestado y crucificado por sus propios oficiales). La batalla de Ecnomo, sin embargo, del año 256, demostró que la nueva flota romana era una fuerza digna de tener en cuenta. Ese año, el Senado romano decidió llevar la guerra al norte de África. Ordenó la construcción de más barcos, en su mayoría naves de guerra y no transportes, lo que elevó la cifra de quinquerremes romanos a 330. Ello llevaría el número de hombres

de la flota romana hasta casi 140.000, incluidos sus reforzados contingentes de marinos. La flota zarpó en el verano del año 256, comandada por dos cónsules romanos, y los cartagineses reunieron 350 barcos en su contra. Cuando quedó claro que serían atacados frente a las costas de Sicilia, los romanos se dividieron en cuatro escuadras, una densa formación en la que la primera y la segunda escuadra formaban una cuña, la tercera estaba en línea remolcando los transportes de caballos y la cuarta se situaba detrás. El plan cartaginés, como refiere el historiador Polibio, consistía en arrastrar a las dos primeras escuadras romanas lejos de las otras, de forma que pudieran atacarlas en un movimiento de pinza desde las dos alas. Pero no es fácil organizar una acción marina a gran escala sin los modernos sistemas de comunicaciones. Ya fuera por un malentendido en las órdenes o porque los capitanes cartagineses no lograron poner el plan en práctica, los romanos lograron congregarse en formación de cuña. Así, el ala derecha cartaginesa se lanzó al ataque de la cuarta escuadra romana, en la retaguardia, mientras la izquierda atacaba a la tercera, cuyos barcos se deshicieron de los transportes que remolcaban y entraron en batalla. Se produjeron así tres frentes distintos, y las dos primeras escuadras de Roma consiguieron pronto ventaja sobre el centro cartaginés. Como en Milai, los cartagineses no tenían respuestas contra los *corvi*, y sin espacio de maniobra alrededor de los barcos romanos el superior adiestramiento de sus hombres servía de poco. Cuando el centro cartaginés se rompió y emprendió la fuga, las dos primeras escuadras romanas giraron para auxiliar al resto de la flota, en una espléndida demostración de disciplina y comunicación. En la batalla se perdieron 24 barcos romanos, pero casi un centenar de los de Cartago fueron tomados o destruidos. Después de descansar y reparar los daños en Sicilia, la flota romana estaba lista para proseguir con la invasión del norte de África, que redundaría en un costoso fracaso.

Confianza romana

Los marinos romanos debían sentir gran confianza cuando fueron enviados en el año 255 al rescate de los restos de la armada en África. Frente al cabo Hermeo, se enfrentaron a la flota cartaginesa que, con unos 200 barcos, era mucho menor que la romana y había reunido sus tripulaciones a toda prisa. El comandante cartaginés eligió una posición débil, con sus barcos a espaldas del litoral y sin espacio de maniobra. Nuevamente, los romanos lograron una victoria abrumadora, tomando 114 naves cartaginesas y destruyendo otras 16. Pasaron cinco años antes de que Cartago consiguiera reunir una nueva flota. Los cartagineses se habían librado de la derrota definitiva sólo porque la armada romana tuvo enfrente a un enemigo más imponente: el mal tiempo. La flota romana, de 364 naves, cayó en una fuerte tormenta frente a Camarina (sudeste de Sicilia). Sólo 80 barcos se salvaron del desastre, y probablemente más de 100.000 hombres murieron ahogados. Aquél fue un golpe devastador para Roma; un historiador moderno ha estimado que en la tormenta desapareció el 15% de los hombres aptos de Italia.

En el año 254 a.C., Roma construyó y dotó una nueva flota de 220 navíos, una empresa formidable que llevó sólo tres meses; aquella flota se perdió también en una tempestad. Probablemente fue entonces cuando los romanos decidieron abandonar el *corvus*. Aunque se había mostrado muy eficaz en batalla, esta pesada maquinaria a bordo era la causa de que los barcos fueran demasiado pesados y poco maniobrables; de ahí las graves pérdidas en las tormentas. Sin el *corvus*, la inferior calidad de los barcos romanos y del adiestramiento de los marinos se hizo evidente en la batalla de Drepana, en el año 249 a.C., la única derrota notoria de los romanos en el mar. El cónsul romano Publio Claudio Pulcro, con unos 123 barcos bajo su mando, montó un ataque por sorpresa en la principal base naval cartaginesa de Drepana. Zarpó de noche, con lo que los cartagineses no se apercibieron de su proximidad. Pero los romanos no consiguieron mantener en la oscuridad una formación cerrada, sobre todo porque 10.000 de sus remeros eran nuevos e inexpertos. Los cartagineses vieron llegar la flota y se hicieron a la mar para encontrarse con el enemigo antes de que pudiera bloquear el puerto. Allí se demostró su mayor pericia. La flota cartaginesa formó en línea antes que los romanos. Los barcos de Roma, intentando tomar la línea de batalla, se sumieron en gran confusión, estorbándose unos a otros. Se desarrolló un combate con el espolón como arma. Los barcos romanos no tenían espacio ni habilidad para maniobrar y evitar los espolonazos púnicos, y ya no había *corvi* que pu-

Batalla de Milai
260 a.C.

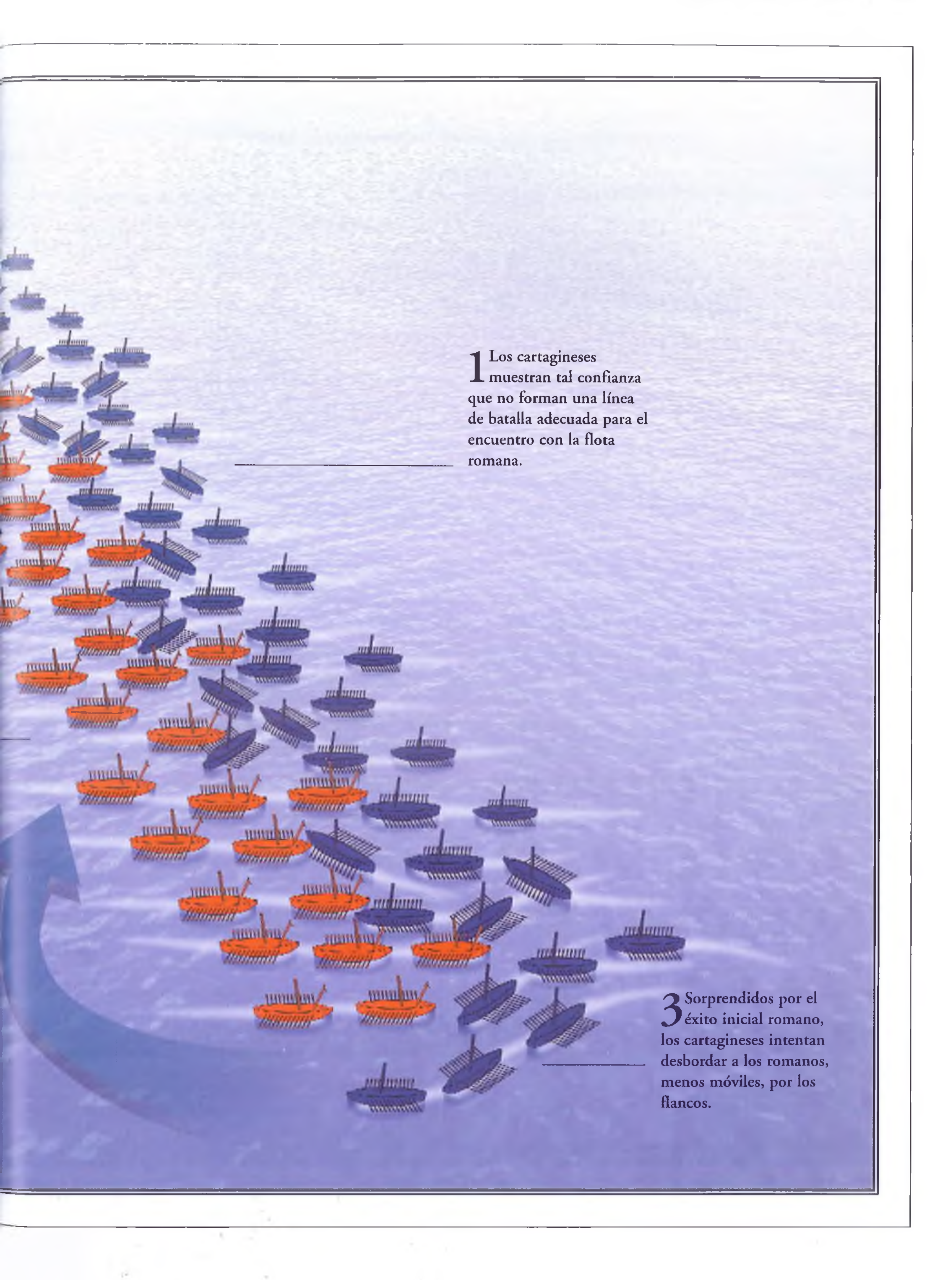
Milai fue la primera batalla naval importante entre Roma y Cartago. Las flotas cartaginesa y romana estaban bien equipadas, pero los cartagineses sentían tal confianza en la victoria que no formaron buena línea de batalla. Algunos barcos romanos fueron atacados con espolones, pero los de Cartago se vieron de pronto atrapados por los *corvi,* y los marinos romanos empezaron a abordarlos. En el primer ataque, los romanos tomaron 31 naves, entre ellas el buque insignia cartaginés; su comandante había escapado en una barca de remos, con lo que contribuyó a la desorganización púnica. Los cartagineses intentaron entonces rodear a los romanos. Pero con barcos más lentos y carentes de suficiente adiestramiento, las tripulaciones romanas lograron hacer girar sus naves y de nuevo arrojaron los *corvi* de proa contra los enemigos. Los cartagineses, tomados totalmente por sorpresa, cedieron en la lucha y se retiraron, después de haber perdido 31 barcos a manos de los romanos y ver destruidos otros 13 o 14.

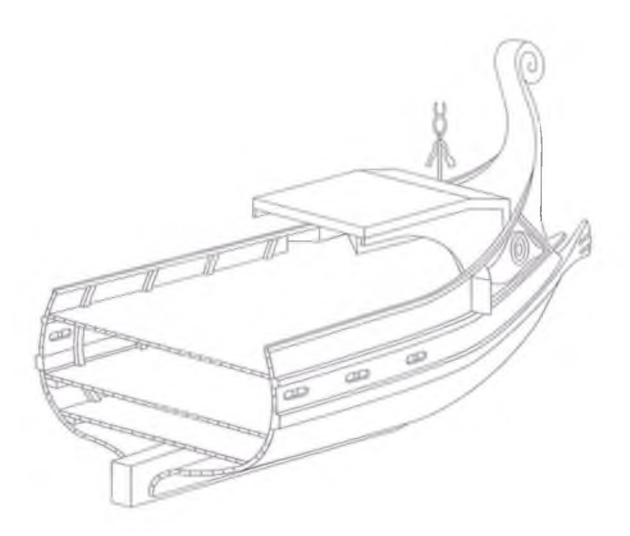


Milai, frente a las costas de Sicilia, fue un peón en la lucha de poder entre Cartago y Roma. Sin el grano de Sicilia, Roma podía caer en una hambruna.

2 Los romanos usan sus *corvi* con buen resultado, eliminando 31 naves cartaginesas en su primer ataque.

4 Sin embargo, los romanos giran de nuevo y recolocan sus *corvi* de proa, forzando a los cartagineses a la retirada.


1 Los cartagineses muestran tal confianza que no forman una línea de batalla adecuada para el encuentro con la flota romana.
3 Sorprendidos por el éxito inicial romano, los cartagineses intentan desbordar a los romanos, menos móviles, por los flancos.



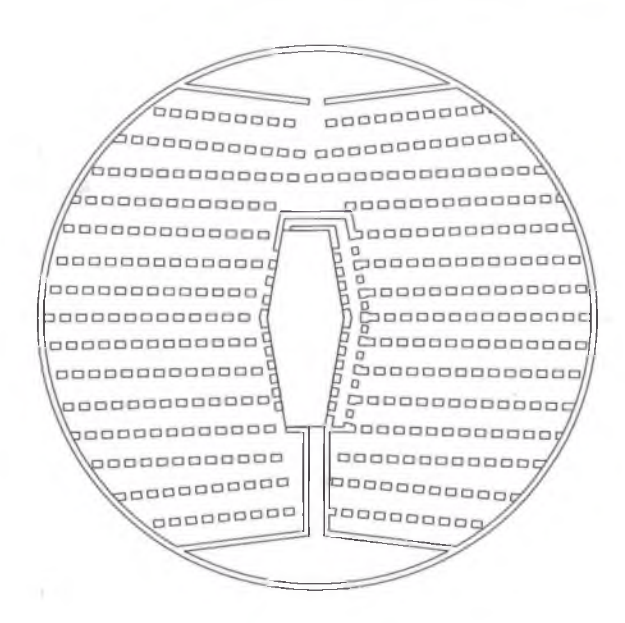
Cubierta de un pentecontor *cartaginés, que muestra una gruesa quilla y un armazón que daba al barco la fuerza suficiente para resistir al espolón de una nave enemiga. La cubierta de los remeros se situaba inmediatamente debajo de la superior, aunque en la imagen no se encuentran los bancos.*

dieran facilitar el tradicional ataque por abordaje. Sólo 30 de las naves romanas, entre ellas el buque insignia de Claudio Pulcro, consiguieron escapar. Poco después, Claudio Pulcro compareció en juicio en Roma por traición, siendo el único comandante romano en la guerra que pasó por este trance. No sólo había perdido una flota por recurrir a tácticas desafortunadas, sino que encolerizó a los dioses, al perder los pollos sagrados que llevaba en el buque insignia, a los que se creía capaces de predecir el resultado de la batalla por la forma de comer. Cuando éstos mostraron desinterés por la comida, supuestamente los había arrojado por la borda, proclamando: «¡Dejadles beber!». La ira de los dioses se hizo más evidente unos días después cuando la otra mitad de la flota romana se perdió en una galerna, de nuevo en Camarina. Los romanos sufrieron tal desmoralización que durante un tiempo dejaron de combatir en el mar. Como señala Polibio, estaban acostumbrados a vencer a los enemigos por la fuerza bruta. Esta táctica no funcionó contra los elementos.

Finalmente, en las postrimerías del año 243 a.C., los romanos construyeron una nueva flota, a partir de contribuciones privadas que permitieron conseguir 200 buenos barcos (también copiados del original cartaginés capturado). Esta nueva flota, comandada por el cónsul Lutacio Cátulo, fue entrenada intensamente durante el verano del año 242, mientras los cartagineses intentaban encontrar hombres para sus naves. El 10 de marzo de 241, las dos armadas se encontraron cerca de las islas Egatas. Entonces la suerte se invirtió. Roma tenía mejores barcos y tripulantes, y superaba a los cartagineses con 200 naves frente a 170. Los romanos destruyeron 50 barcos de Cartago y tomaron otros 70, con lo que pusieron término definitivo a la guerra. Roma había perdido 600 barcos de guerra y 1.000 de transporte, cuatro veces más por el mal tiempo que por la acción enemiga, pero lograron controlar el Mediterráneo.

Control del Mediterráneo

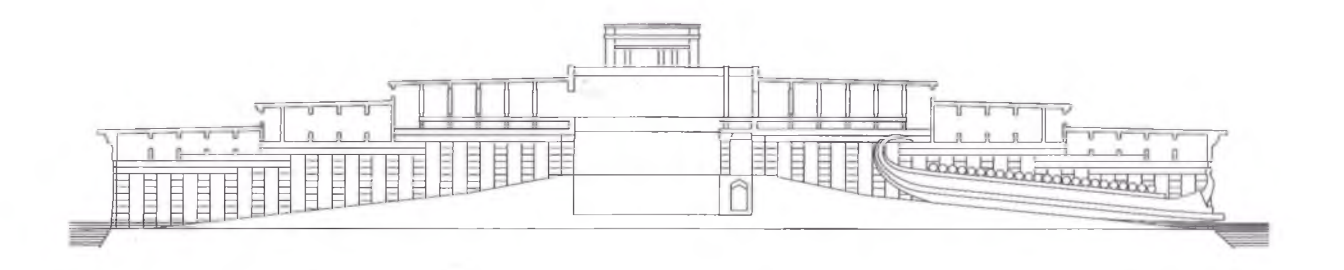
Los romanos usaron su flota ventajosamente en la conquista de Macedonia en el año 168, y después la dejaron caer en decadencia. El Senado prefirió basarse en los estados vasallos griegos del Mediterráneo oriental para cuestiones navales. Desgraciadamente para la seguridad del Mediterráneo, la decisión de abandonar la flota romana coincidió con una decisión de Roma, en el año 167 a.C., de reprimir la independencia de Rodas, una ciudad-estado insular del Mediterráneo oriental. Durante más de un siglo, Rodas se había erigido en un gran centro mercantil, y el comercio era tan importante para su economía que se dotó de una importante flota para combatir contra los piratas mediterráneos. Los rodios habían jugado un papel ampliamente reconocido de policías oficiales del Mediterráneo oriental; después de que Rodas hubiera sido devastada por un terremoto en el año 226 a.C., los reyes helenísticos habían



contribuido con madera para ayudar a recuperar sus barcos; uno de estos gobernantes llegó a entregar diez quinquerremes plenamente equipados a la ciudad. Pero la política romana minó la economía rodia, y Rodas no tenía ya fondos para mantener una flota contra los piratas.

La piratería era una plaga. No se trataba simplemente de barcos aislados que se dedicaran a la rapiña en el tráfico marítimo. Eran verdaderas flotas de piratas que, de nuevo desde el siglo I a.C., realizaban incursiones en las costas y a menudo daban soporte a las fuerzas terrestres en las guerras. Con la decadencia de Rodas, el problema alcanzó proporciones descomunales. Los peores eran los piratas de Cilicia, cuyas bases se situaban en la accidentada costa del sur de Asia Menor. Al final lograron atraer tantos combatientes y barcos que organizaron líneas navales con flotillas y flotas enteras bajo el mando de almirantes. También poseían barcos de guerra, e incluso trirremes, junto con otros barcos rápidos y pequeños, como las *liburnas*, que tenían dos bancos de remos, y los *hemiolas*, más adecuados para la piratería. Se ha calculado que a principios del siglo I a.C. había más de 1.000 barcos piratas activos en todo el Mediterráneo y el mar Negro. Los piratas eran cada vez más intrépidos. Hacia el año 70 a.C., sus incursiones llegaron a Italia, y en ellas secuestraron mujeres nobles por las que pidieron rescate. Una escuadra de piratas llegó a apresar a dos altos oficiales romanos, junto con sus asistentes. Otra escuadra atacó el puerto romano de Ostia, y saqueó varias ciudades. Los piratas de Cilicia ayudaron también al inveterado enemigo de Roma, el rey Mitrídates VI del Ponto (120-63) y, según otra crónica, sellaron incluso un tratado con Espartaco, el jefe de la rebelión de esclavos que conmocionó Italia hacia el año 70. Aunque aquel acuerdo, si existió realmente, fue incumplido por los piratas, revela claramente que éstos se habían erigido en una fuerza enemiga que incomodaba gravemente a la república de Roma y a su creciente imperio ultramarino. La última gota se colmó cuando los piratas empezaron a interferir en la tropa de suministro de grano de la propia Roma.

Finalmente, en el año 67 a.C., el tribuno romano Aulo Gabinio propuso una extensa campaña para barrer a los piratas de los mares. El Senado se opuso a la acción casi unánimemente, temiendo el poder que un encargo tan especial podría poner en manos de un solo individuo en el inestable entorno político romano, sobre todo porque sabían que el candidato probable era el ambicioso Cneo Pompeyo Magno, o Pompeyo el Grande. Pompeyo estaba en la senda de conseguir el dominio político sobre Roma merced a su reputación de héroe militar, con la amenaza añadida de los soldados que habían servido bajo sus órdenes. Necesitaba un papel espectacular de «salvador de Roma», y era éste precisamente el que Gabinio le estaba preparando. El tribuno puenteó al Senado al presentar su propuesta contra la piratería directamente ante la asamblea popular de Roma. La *Lex Gabina* (ley de Gabinio) fue aprobada, dando un



VISTA SUPERIOR Y LATERAL del edificio de la isla del puerto militar de Cartago en el siglo III a.C. En el centro de la isla estaba situado el cuartel general del almirante, suficientemente alto para permitirle una buena observación de lo que sucedía en el mar. Alrededor de este núcleo central había múltiples embarcaderos que permitían sacar las naves del agua para las reparaciones. Otros embarcaderos revestían la costa en forma de herradura situada frente a la isla, permitiendo un espacio suficiente para el amarradero de aproximadamente 200 galeras.

Campaña marítima de Pompeyo

67 a.C.

Pompeyo, encargado de limpiar los mares de piratas, tenía una completa autoridad sobre todo el Mediterráneo y el mar Negro, y en las tierras situadas a una distancia de 80 km del mar. Reunió 500 barcos, 120.000 soldados y 5.000 jinetes. Dividió su fuerza en 13 mandos. La única zona que dejó (deliberadamente) sin custodia fue Cilicia. Pompeyo tomó una escuadra de 60 barcos y expulsó a los piratas de Sicilia, a los brazos de otra escuadra. Después los barrió del norte de África, y completó el triángulo uniéndolo con otro legado frente a las costas de Cerdeña, asegurando así las tres grandes zonas productoras de cereal que abastecían Roma. Entonces, Pompeyo barrió todo el Mediterráneo desde Hispania hacia el este, derrotando o expulsando a cuantos piratas encontraba a su paso. Los últimos se reunieron, como esperaba, en Cilicia, donde Pompeyo había planeado lanzar el asalto final por tierra y mar. Varias plazas fuertes piratas fueron destruidas, y se libró el combate definitivo en la bahía de Coracesio, pero gracias a la clemencia de Pompeyo la mayoría de los piratas se rindieron sin lucha.



El Mediterráneo era un «lago» romano en la época en que Pompeyo lanzó su campaña contra los piratas, y su triunfo le aseguró que no volvería a surgir ninguna armada que amenazara a Roma.



Los piratas terminaron por congregarse en la zona de Cilicia, donde Pompeyo dirigió la batalla final contra unos pocos rebeldes.

inmenso poder a la persona designada: Pompeyo. Éste recibió un nombramiento de tres años para limpiar los mares de piratas, con poder para reclutar tropas en todas las provincias romanas. Se le permitió nombrar a 25 legados bajo sus órdenes, y tenía plena autoridad sobre todo el Mediterráneo y el mar Negro, así como en las costas hasta 80 km del litoral, junto con un gran presupuesto para la dotación de una gran flota y un nutrido ejército.

Pompeyo había pensado muy bien el plan antes de la aprobación de la *Lex Gabina*, y se puso en acción de inmediato. Según Plutarco, reunió 500 barcos (de aliados vasallos), 120.000 soldados y 5.000 jinetes. Después dividió su fuerza entre él mismo y 15 legados, representantes políticos de confianza más que sus aliados militares; obviamente, Pompeyo estaba usando el mando naval para mejorar su capital político. Después, Pompeyo dividió el Mediterráneo y el mar Negro en 13 mandos (guardándose dos legados para su servicio personal), asignando un legado a cada zona con órdenes de patrullarla por tierra y por mar, de atacar los puntos fuertes y de impedir que en su sector entraran o salieran piratas. La única zona que dejó sin custodia fue Cilicia. Pompeyo decidió reservarla como punto de encuentro de los piratas huidos, al objeto de atacarles más tarde en un asalto a gran escala. El propio Pompeyo inició las operaciones pronto en primavera, antes del tiempo considerado seguro para la navegación. Tomó una escuadra de 60 barcos y expulsó a los piratas de Sicilia, a los brazos de otra escuadra dirigida por uno de sus legados. Después, barrió a los piratas del norte de África, y completó el triángulo uniéndolo con el dominio de otro legado frente a las costas de Cerdeña, donde expulsó o luchó contra los piratas que encontraba. Así, se aseguró las tres principales zonas de suministro de grano que abastecían Roma, la justificación primera de la campaña. Estaba claro que pretendía ganarse la buena consideración de Italia.

Con el suministro de cereales asegurado y todos los legados en sus puestos, Pompeyo barrió todo el Mediterráneo desde Hispania hacia el este con parte de la flota, derrotando y expulsando a todos los piratas que encontraba. Los últimos se congregaron en Cilicia, donde Pompeyo había planeado lanzar un ataque en toda regla, por tierra y por mar. Equipó a sus fuerzas terrestres con un elaborado tren de asedio, que a la postre no fue necesario. Algunas plazas fuertes de los piratas fueron destruidas, y hubo una batalla naval decisiva en la bahía de Coracesio. Pero aun así la lucha no fue demasiado dura. Los piratas no tenían nada por lo que combatir, una vez que supieron de la actitud clemente de Pompeyo; éste ofreció, en vez de ejecutar a los piratas capturados, concederles tierras por sus barcos. Por razones políticas, Pompeyo necesitaba victorias rápidas. La mayoría de los piratas habían abrazado esta vida por necesidad, y al saber del generoso trato dispensado por Pompeyo, se rindieron sin presentar batalla.

Dominación romana

Esta campaña fue una prueba, si fuera ésta necesaria, de que Roma era la única superpotencia del mundo mediterráneo, el único estado con los recursos y el control necesario a larga distancia para un plan tan ambicioso. Los únicos enemigos que podían competir con los romanos, entonces y durante los siglos venideros, eran otros romanos. La campaña de Pompeyo contra los piratas, tanto un golpe naval como político, llevó al mundo romano un paso más cerca de la guerra civil.

La contienda civil reclamaba una fuerza naval renovada, ya que los rivales por el control de Roma llevaron su guerra a todos los confines del mundo mediterráneo. La flota de Pompeyo se convirtió en el núcleo de una nueva armada, aunque su creador cayó ante su rival, Julio César, en la primera guerra civil. Pero el hijo de Pompeyo Magno, Sexto Pompeyo, consiguió el control de la flota romana (unos 200 barcos) después de la muerte de César en el año 44 a.C. El heredero de César, el joven Octavio (el futuro César Augusto), iba a crear una marina de guerra para oponerse al joven Pompeyo. En el año 38 a.C., Octavio había logrado reunir una flota de 370 barcos, comandada por su buen amigo Marco Vipsanio Agripa. Como las tripulaciones de Agripa no estaban suficientemente bien adiestradas para luchar contra sus enemigos según la técnica del golpe de espolón, Agripa inventó una nueva arma, una catapulta con rezón y cuerda, para tomar los barcos enemigos y acercarlos lo suficiente para el abordaje. Agripa logró derrotar a Pompeyo el Joven en septiembre del año 36 frente a Nauloco (nordeste de Sicilia) en una batalla en la que participaron más de 600 barcos.

La experiencia conseguida en la guerra fue pronto necesaria para una contienda en todo el Medite-

rráneo que marcó el final de la república de Roma. Al principio, Octavio colaboró con el anterior lugarteniente de Julio César, Marco Antonio. Sin embargo, las relaciones se deterioraron, y en el año 32 a.C. Octavio, reclamando el liderazgo del mundo romano, estaba en guerra abierta con Antonio, o más exactamente Roma estaba en guerra abierta con Egipto, gobernado por la reina Cleopatra VII, esposa y aliada de Antonio. A finales del año 32, Antonio había reunido un ejército y una flota en el centro de Grecia, presto a invadir Italia, mientras Octavio había hecho lo mismo en Italia para atacar a Marco Antonio. Octavio tenía un ejército de 80.000 hombres, y Antonio contaba con 100.000, pero peor adiestrados que los legionarios romanos. Antonio contaba además con 500 barcos de guerra (200 de los cuales eran de Cleopatra) y 300 mercantes para la invasión; la fuerza marina de Octavio era comparable. Asentado en el Mediterráneo oriental, Antonio poseía barcos más grandes de diseño helenístico, con entre seis y diez bancos de remos, que usaba como buque insignia.

«Una vez más puedo recordarte [a la armada ateniense] que ya has vencido a la mayoría de las flotas enemigas; y, una vez vencidos, los hombres no suponen los mismos peligros con su viejo espíritu.»

FORMIO

La mayor parte de la flota de Antonio y Cleopatra pasó el invierno en un puerto situado dentro del promontorio de Accio, con algunos destacamentos en las costas griegas. Allí fueron sorprendidos por Agripa, al mando de la flota de Octavio, que atacó muy al principio de la época de navegación, cruzando mucho más al sur de la ruta habitual en Grecia. Agripa derrotó a una guarnición de Antonio en Metona, y después navegó hacia el norte y atacó otras plazas fuertes de Antonio. Durante esta maniobra de distracción, Octavio llevó todo su ejército desde Brundisium (Brindisi) a Grecia. La velocidad desequilibró, aparentemente, a las fuerzas de Antonio, que ya estaban divididas por la unión de éste con Cleopatra, por diferencias de opiniones sobre sus objetivos y por la intensa propaganda manejada por Octavio, que incluía augurios que presagiaban la derrota de ambos. La deserción era un problema común en las huestes de Antonio antes aún de que llegaran las tropas de Octavio. Además, las tripulaciones de remeros de Antonio estaban diezmadas por la enfermedad. Por consiguiente, éste podía poner como mucho 300 barcos en acción, mientras en la flota de Agripa había más de 400. Como Antonio había construido torres en ambos lados de la estrecha entrada al golfo de Ambricia, donde estaba refugiada su flota, el acceso del enemigo era imposible. Agripa ofreció batalla en mar abierto, pero el comandante de Antonio la rechazó. Así, la flota de Octavio no tuvo otra elección que bloquear a la de su oponente en su propio puerto. Octavio fijó su cuartel general en una colina a unos 8 km al norte de la entrada al golfo, y construyó un muelle para dar abrigo a sus barcos. Estaba claro que iba a ser un enfrentamiento largo.

La posición de Antonio era más fuerte en tierra, pero debía evitar la batalla durante dos o tres semanas, el tiempo necesario para reunir a sus legiones dispersas en Grecia occidental. Veía claramente que sólo podría liberar a su flota mediante una batalla en tierra. Hizo los preparativos, pero a finales de abril, cuando su ejército estaba listo para ofrecer batalla, Octavio se negó. Agripa acababa de conseguir varias victorias en la costa, con lo que se hallaba en disposición de interceptar los barcos de suministro de Antonio. Entre tanto, las tropas y los remeros de éste se habían concentrado en una zona insalubre, y la enfermedad (probablemente, paludismo y disentería) arrasaba su campamento. A mitad del verano, Antonio hubo de enviar grupos armados tierra adentro para encontrar remeros de repuesto. Intentó repetidamente poner término al bloqueo forzando una batalla en tierra, pero cada vez era mayor el número de sus oficiales que desertaban a las filas de Octavio, desmoralizando aún más a sus tropas. A finales de agosto, Antonio tenía un grave problema de aprovisionamiento. Le quedaban sólo dos opciones: abandonar la flota y dirigirse con su ejército hacia el este de Grecia o luchar en el mar, abandonando al ejército a su destino.

La decisión de Antonio de abrirse paso entre la flota de Octavio condujo a la batalla de Accio, la

Batalla de Accio

31 a.C.

La flota de Antonio estaba dividida en cuatro escuadras, con las velas a bordo, listas para la lucha. Agripa tomó posiciones tentando a Antonio a salir a mar abierto. Sin embargo, éste intentó provocar un combate cerca de la costa, donde no era posible que su flota fuera rodeada por la del enemigo; se llegó así a un estancamiento. Al mediodía debía empezar a soplar una brisa que permitiría a los barcos de Antonio escapar del alcance de los de Agripa, que habían dejado las velas en la costa. Así, Antonio avanzó mar adentro para aprovechar el viento naciente. Primero avanzó el ala izquierda de su flota, y ambas armadas se encontraron frente a frente. Agripa, al mando de su ala izquierda, empezó a extender las líneas para desbordar a Antonio, que estaba en la derecha, por el flanco. El ala derecha de Antonio debía desplazarse al norte para evitar esta maniobra, y empezó a separarse del centro. La escuadra de Cleopatra, situada detrás, consiguió huir a través del centro de la línea de Octavio con parte del ala derecha de Antonio. Su buque insignia no lograría desembarazarse del acoso, por lo cual Antonio se trasladó a otra nave y escapó. Dos horas después, el resto de la flota de Antonio empezó a rendirse.



Accio se encontraba entre la base de operaciones de Octavio en Roma y la de Antonio y Cleopatra en Egipto. La batalla fue la última oportunidad de Antonio en su apuesta por desafiar el poder de Octavio.

4 **Agripa, al frente de su ala izquierda, intentó rodear a Antonio. Sin embargo, dejó un espacio por el que escapó Cleopatra.**

3 **El ala izquierda fue la primera en entrar en batalla. Unas dos horas después de la huida de Antonio, el resto de la flota empezó a rendirse.**

5 Antonio avanzó para enfrentarse a Agripa, y siguió una batalla encarnizada. Sólo logró escapar Antonio, que se había trasladado a otro barco.

1 El campamento de Octavio estaba situado en el golfo de Ambracia, en la orilla opuesta de las fuerzas de Antonio, totalmente visible para éstas.

6 Cleopatra estaba en la división de retaguardia con los transportes y los barcos del tesoro. Escapó por el centro de la formación de Agripa.

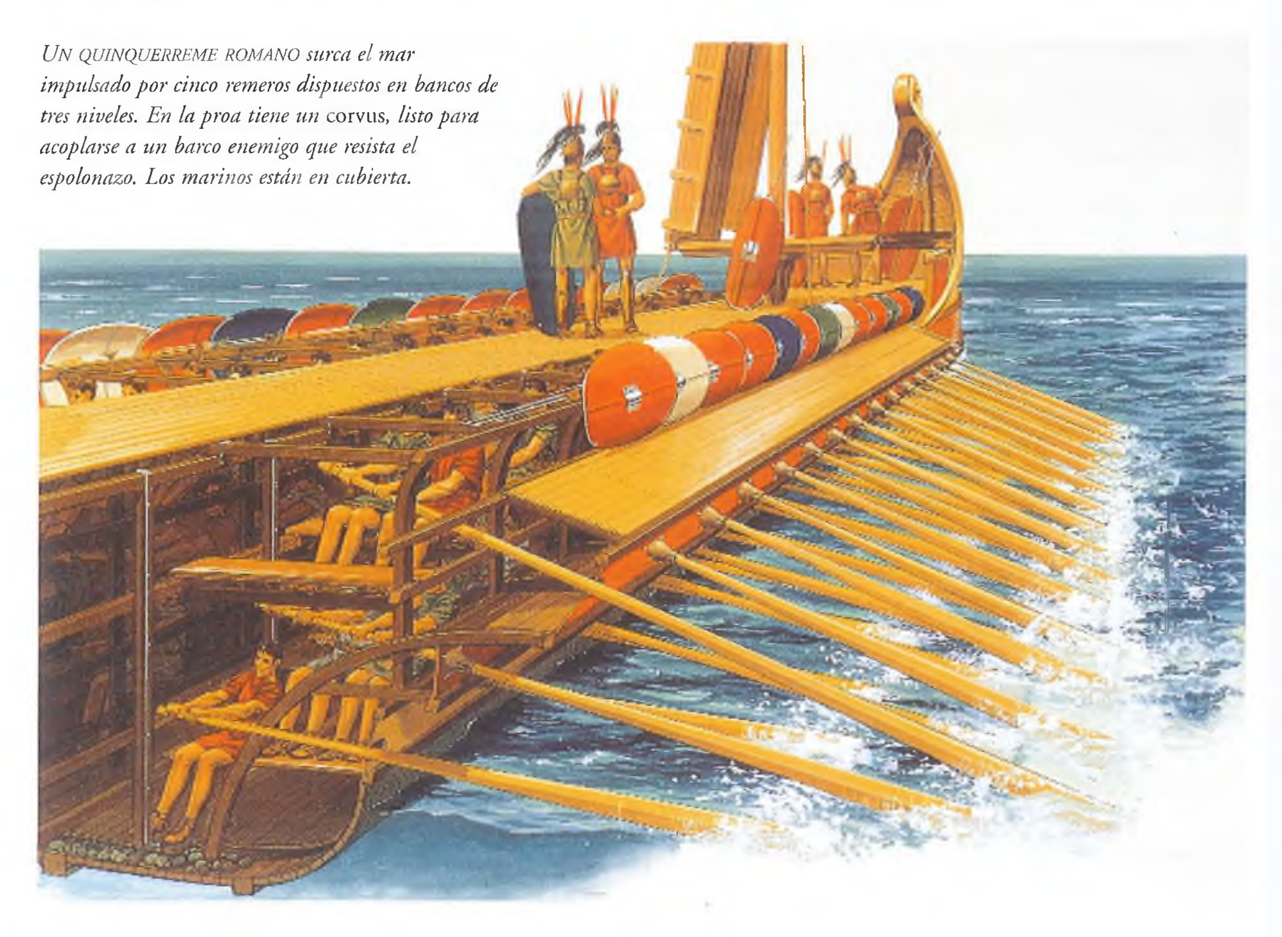
2 El campamento de Antonio sufría por las enfermedades y la disentería, lo que indujo al general a intentar romper el cerco.

que puso fin a la república de Roma. El plan de Antonio no era un secreto; todos sus movimientos se hacían a la vista del enemigo, y en el caso de que Octavio hubiera pasado algo por alto, un amigo de Antonio desertó y se llevó consigo todos los detalles de los consejos de guerra. Antonio quemó sus barcos de repuesto, incluidos todos los de transporte, y partió con una flota de unos 230 barcos a enfrentarse con los 400 bajo el mando de Agripa (en cuyas manos, sabiamente, Octavio dejó todos los asuntos navales). Los planes estaban listos para el 29 de agosto, pero se retrasaron varios días por las tormentas. Por fin, el 2 de septiembre, Antonio partió camino del golfo.

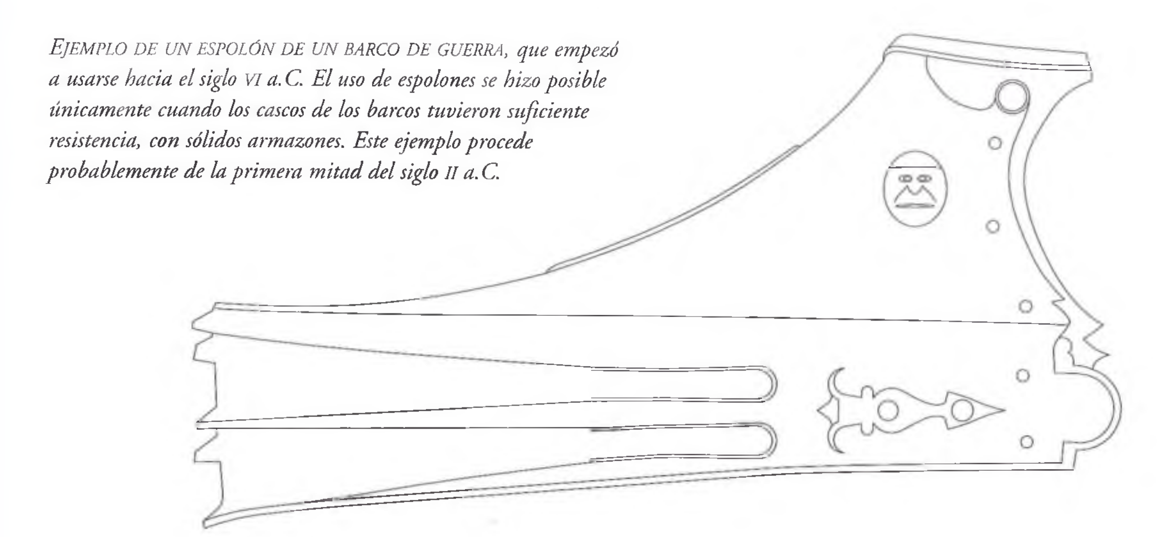
Empieza la batalla

La flota de Antonio se había dividido en cuatro escuadras. La escuadra de Cleopatra incluía el resto de los barcos mercantes, junto con el cofre del tesoro y los bienes valiosos, y permaneció en la retaguardia, aparentemente nunca presta a la batalla. El grueso de los 20.000 legionarios y 2.000 arqueros que habían embarcado en las naves de Antonio se dividieron entre las otras tres escuadras. ¿Qué pretendían? Los historiadores posteriores, desde el bando vencedor, acusaron a Cleopatra de la derrota de la flota de Antonio, al señalar que mientras el combate estaba aún en equilibrio su escuadra de 60 barcos buscó un hueco para huir, llevándose tras de sí al embrutecido Antonio. Octavio, un brillante propagandista, disfrutó culpando a la exótica reina de Egipto. Lo cierto es que la flota de Antonio no tenía ninguna posibilidad de ganar la batalla, superada ampliamente en número, con tripulantes enfermos, desnutridos, desalentados y poco diestros. Antonio lo sabía. Ordenó llevar las velas a bordo, un hecho inaudito para un combate; desde un principio sólo pensaba en escapar.

Entre tanto, Agripa embarcó a unos 40.000 soldados, y tomó una posición a 1,6 km de la costa, con la esperanza de tentar a los pesados barcos de Antonio a una lucha en mar abierto, donde cada uno podría ser atacado por dos de sus naves. Antonio, por su parte, intentaba provocar el combate cerca de la costa, donde su flota no podría ser rodeada; se produjo



UN QUINQUERREME ROMANO surca el mar impulsado por cinco remeros dispuestos en bancos de tres niveles. En la proa tiene un corvus, *listo para acoplarse a un barco enemigo que resista el espolonazo. Los marinos están en cubierta.*



Ejemplo de un espolón de un barco de guerra, que empezó a usarse hacia el siglo VI *a.C. El uso de espolones se hizo posible únicamente cuando los cascos de los barcos tuvieron suficiente resistencia, con sólidos armazones. Este ejemplo procede probablemente de la primera mitad del siglo* II *a.C.*

así otro estancamiento. Pero los vientos de Accio son predecibles en buen tiempo. Al mediodía, una firme brisa empezó a soplar desde el sudoeste, una brisa que habría henchido las velas de Antonio y llevado sus barcos lejos de la flota de Agripa, cuyos aparejos se habían quedado en tierra. Así, por la tarde Antonio intentó avanzar lo máximo posible, al objeto de tomar los vientos crecientes. El historiador Plutarco ha dejado la mejor descripción del momento. El ala izquierda de Antonio avanzó primero, y las flotas se encontraron. Entre tanto, Agripa, al mando de su ala izquierda, empezó a extender su línea para envolver a Antonio, quien estaba a la derecha. El ala derecha de Antonio tuvo que desplazarse hacia el norte para contrarrestar esta maniobra, y en el proceso se separó del centro. En la confusión resultante, la escuadra de Cleopatra pudo huir por el centro de la línea de Octavio, quien aparentemente había seguido a la perfección el plan de Antonio. Éste consiguió salvar parte de su ala derecha. Pero su buque insignia estaba demasiado cercado para librarse del acoso, así que Antonio se trasladó a otro barco y también pudo escapar, precisamente en el momento de la tarde en que el viento tenía la fuerza suficiente y cambió de dirección para que pudiera usar las velas. Unas dos horas más tarde, hacia las cuatro de la tarde, el resto de la flota de Antonio empezó a rendirse.

Victoria parcial

Así, Accio fue sólo una victoria parcial de Octavio, y fueron sus esfuerzos ulteriores de propaganda los que le dieron el gran triunfo que puso fin a las guerras civiles. Antonio y Cleopatra habían escapado, y con ellos un tercio de sus barcos. Después de la batalla naval, el ejército de Antonio empezó a retirarse. Cuando el de Octavio le dio alcance, las tropas de Antonio se negaron a luchar. En una semana de intensas conversaciones, negociaron una rendición a cambio de recibir el mismo tratamiento que el ejército vencedor. Al año siguiente, Antonio y Cleopatra se suicidaron en Egipto, y Roma aprendió a vivir bajo un nuevo dueño.

Roma, o para ser precisos, el emperador romano, pasó a ser el nuevo amo del Mediterráneo. Accio marcó el final de la guerra naval clásica en la que flotas inmensas, consistentes en barcos de guerra de varios niveles, luchaban en batallas basadas en el uso decisivo de los espolones. Ningún enemigo podía desafiar a Roma. Después de Accio, César Augusto creó una armada permanente, en una maniobra preventiva contra todo aquel que aspirara a usurparle el poder. Esta flota imperial se mantuvo en el Mediterráneo durante dos siglos, impidiendo el surgimiento de algún rival, transportando ejércitos, oficiales y despachos y suprimiendo a los piratas cuando era necesario. Sin enemigos a gran escala, la flota pasó a basarse principalmente en trirremes y liburnas, más que en grandes barcos. En todo el transcurso del Imperio Romano se libró únicamente una batalla naval, en el año 323 d.C. cuando el emperador de occidente, Constantino, derrotó a su rival Licinio. En esta batalla, los 200 trirremes de Licinio fueron vencidos rotundamente por los 80 barcos ligeros de Constantino. Después de aquello, el trirreme desapareció del registro histórico. La era de la antigua marina de guerra había llegado a su fin.

TÉRMINOS USUALES

ACCENSI: División (o *vexillum*) de una compañía romana constituida por los hombres menos fiables en edad y experiencia.
ACIES: Línea de batalla.
ACROPOLIS: Literalmente «ciudad alta». La acrópolis contenía los edificios más importantes de la ciudad y el tesoro, y ofrecía refugio a los ciudadanos.
AGGER: Rampa o terraplén; por ejemplo, la rampa de asedio.
ALA MILLIARIA: Ala de 24 *turmae.*
ALA: Primero usado en la República para referirse a las unidades de aliados itálicos, equivalente aproximadamente en tamaño a la legión romana. Más tarde se usó para las unidades de caballería de la auxilia imperial.
ALA QUINGENARIA: Ala de 16 *turmae.*
AMÓN: Dios egipcio.
ANÁBASIS: Marcha hacia el interior desde el mar.
ANCILE: Escudo romano en forma de ocho.
ANGON: Lanza propia de los francos.
ANKUSH (HARPE, CUSTIS): Vara con garfio saliente desde el eje desde la punta que ayuda al cornaca (qv) a controlar su elefante.
ANTEPILANI: Soldados de la primera línea del ejército romano.
AQUILA: Águila. Estandarte de una legión romana.
AQUILIFER: Literalmente, «portaáguilas». Portaestandarte romano.
AROS: Argollas metálicas a través de las cuales se pasaban las cuerdas que servían para sujetar a la cabalgadura por la nariz.
ASPIS: Escudo de bronce aplanado de 60 cm de diámetro que llevaban todos los miembros de la falange.
AUXILIA: Tropas auxiliares en el ejército romano, no reclutadas de ciudadanos de ultramar.
BALLISTA: Catapulta romana de torsión de doble brazo capaz de lanzar saetas o piedras con precisión.
BARRITUS: Grito de guerra germano.
BIRREME: Barco de dos niveles en el que se manejan dos bancos de remos de la longitud del barco.
CAETRA: Pequeñas rodelas que llevaban los hispanos.
CALIGA (pl. CALIGAE): Sandalia pesada de un soldado romano.
CAPITE CENSI: Clase más baja de la ciudadanía romana que no tenía propiedades y que fue introducida en el ejército romano por Mario.
CATAFRACTO: Caballería con fuerte armadura y orden cerrado cuya táctica principal era la carga de choque. A menudo, los caballos iban también protegidos con armadura.
CATAPULTA: Arma de artillería accionada por resortes desarrollada por los griegos y más tarde usada por los romanos.
CENTURIA: Subunidad básica del ejército romano, estaba comandada por un centurión y constaba en principio de 60 hombres (más tarde, 80).
CENTURIÓN: Grado importante de oficial en el ejército romano durante la mayor parte de su historia. Los centuriones comandaban originalmente una centuria de 60 a 80 hombres.
CHEIROBALLISTA: Versión del *scorpion* (qv) con armazón metálico y cubiertas de resistencia reforzada.
CIPPI: Filas de estacas afiladas que formaron parte de las obras de asedio de César en Alesia, 52 a.C.
CLIBANARII V: Catafracto. Literalmente, «hombre horno». Caballería con fuerte armadura, a menudo montada sobre caballos con armadura.
COHORS EQUITATA: Formación mixta de infantería/caballería que servía de fuerza de choque y de patrulla móvil en las guarniciones de las fortificaciones fronterizas.
COHORTE: Unidad táctica básica del ejército de finales del siglo II a.C. Estaba formada normalmente por 480 hombres en seis centurias, pero también había unidades mayores de 800 hombres en cinco o diez centurias.
COMES: Oficiales del ejército tardorromano, por debajo del *magistri militum.*
CÓNSUL: Los dos cónsules del año eran los ciudadanos elegidos magistrados de la república de Roma, y que asumían el mando en las campañas importantes. A veces, el Senado extendía su poder después del año de oficio, en cuyo caso se conocían como procónsules.
CORNACAS: Guías o «jinetes» de elefantes.
CORVUS: «Cuervo». Garfio naval usado para el abordaje.
CUNEUS: Formación destinada a romper la línea enemiga concentrando la carga en un solo punto. Tenía forma triangular o, alternativamente, la estructura de una columna profunda y estrecha.
DATHABAM: Subdivisión formada por diez hombres, comandada por un *dathapatis.*
DECURIONES: Cada *turma* (escuadrón) romana estaba comandada por tres decuriones (oficiales).
DIADOCHUS (pl. DIADOCHOI): Literalmente, «sucesor» o diádoco. Usado para referirse a los reyes que heredaron el imperio de Alejandro Magno.
DIEKPLUS (DIEKPLOUS): Maniobra naval griega para romper las líneas enemigas.
DRACO: Estandarte romano en forma de cabeza de dragón, que producía un sonido quejumbroso cuando se movía a cierta velocidad, por ejemplo, al cargar en la batalla.
DROMEDARII: Caballería romana de dromedarios.
DUX: Oficiales del ejército tardorromano.
ELEPHANTARCHOS: Oficial de la corte griega, jefe del cuerpo de elefantes.
ENOMOTIA (pl. ENOMOTIAI): Unidad del ejército espartano, normalmente un pelotón de 36 hombres. Literalmente grupo «juramentado».
ENOMOTIARCA: Comandante de una *enomotia.*
EQUITES: Caballería romana.
EXPLORATORES: Exploradores o tropas de reconocimiento del ejército romano.
EXTRAORDINARII: Los *extraordinarii* eran un grupo de caballería de apoyo e infantería ligera, a menudo formada por no ciudadanos.
FALANGE: Formación de batalla griega o macedonia, o infantería pesada que adoptaba esta formación.
FALCATA: Espada corva, cimitarra.
FALX: Ver *rhomphaia.*
FRAMEA: Lanza o jabalina germana.
GAESUM: Larga jabalina gala.
GASTRAPHETES: Literalmente, «liberación de vientre». Ballesta griega, que se apoyaba en la cintura del portador.
GERRON: Escudo usado por los persas.
GLADIUS: Espada. Se usa convencionalmente para referirse al *gladius hispaniensis*, la corta espada hispana que era arma común de los romanos en la lucha cuerpo a cuerpo hasta bien entrado el siglo III d.C. Se usaba principalmente para estocada.
GORYTUS: Aljaba y tahalí combinados, típico de los escitas.
HAMIPPOI: «Corredores» de la infantería griega que cooperaban con la caballería. Semejantes a los *peherers* egipcios.
HASTA: Una lanza.

HASTATUS (HASTATI): Primera línea de la infantería pesada en la legión republicana, reclutada de hombres jóvenes.
HAZARABAM: Subdivisión consistente en 1.000 hombres.
HEILOTES (HEILOS): Ilota, siervo espartano.
HELEPOLIS: Literalmentese la puede denominar como «conquistadora de ciudades». Torre de asalto gigantesca sobre ruedas, usada en el asedio de Rodas.
HEMIOLA: Nave ligera originaria de Rodas.
HETAIROI: Literalmente «Compañeros». La caballería de elite de Macedonia.
HIPPARCHIA (pl. HIPPARCHIAI): Comandante de caballería en el ejército griego o macedonio.
HIPPEIS: «Caballeros» griegos. Cada uno de los jinetes de la orden de caballería.
HIPPIKA GYMNASIA: Torneo a caballo con equipos muy decorados y complejas maniobras.
HOPLITES (pl. HOPLITAI): Hoplita. Soldado de a pie de la infantería pesada griega en el período clásico.
HOPLON: Gran escudo redondo de un hoplita.
HYPASPISTAI (s. HYPASPISTES): Hipaspistas o escuderos. También, cuerpo especial de infantería del ejército macedonio.
ILE: Cuerpo de hombres. Unidad de caballería de los ejércitos griego y macedonio.
KARDAKA: Joven nobleza persa que se enfrentó a Alejandro en la batalla de Isos.
KHOPESH: Hacha de bronce a una sola mano con borde muy curvo pero sin punta.
KONTOS: Asta o pica.
KOPIS: Espada para estocada.
KSHATRYA: Casta guerrera india, con la que Poros formó su magnífica infantería.
KYKLOS: Literalmente, «anillo» o «círculo». Formación naval de táctica defensiva entre los griegos.
LANCEA: Lanza o jabalina ligera.
LEGATUS (LEGATI): Oficial subalterno romano que tenía un poder delegado, no ejercido por derecho propio. Los legados eran elegidos por un magistrado.
LEGATUS AUGUSTI PRO PRAETORE: Título concedido a los gobernadores de las provincias militares en el Principado, que mandaban como representantes del emperador (siglos I a III d.C.).
LEGATUS LEGIONIS: Título otorgado a los comandantes legionarios durante el Principado (siglos I a III d.C.).
LEGIÓN (LEGIO): Término que originalmente significaba leva; más tarde, las legiones se convirtieron en la principal unidad del ejército romano durante gran parte de su historia. En la República y el Principado fueron grandes formaciones predominantemente de infantería de unos 4.000-5.000 hombres, pero en la Antigüedad Tardía parecen haber pasado a tener una fuerza de unos 1.000 efectivos.
LEGIONES COMITATENSES: Tropas de la línea formadas por 1.000 hombres.
LIBURNA (pl. LIBURNAE): Galera rápida y ligera conocida por el nombre de una nación de Iliria.
LILIA: Literalmente «lirios». Estacas endurecidas al fuego ocultas en pozos en el asedio de Alesia en el año 52 a.C.
LIMITANEI: Unidades de guarnición formadas por elementos pesados y medios.
LITHOBOLOS: Catapulta para el lanzamiento de piedras. Ver *oxybeles*.
LOCHOS: Unidad del ejército griego de fuerza variable.
LORICA: Coselete o peto de armadura.
LORICA HAMATA: Armadura de malla. Copiada probablemente por los romanos de los galos.
LORICA SEGMENTATA: Nombre inventado por los modernos estudiosos para referirse a la armadura de bandas asociada a menudo con los romanos. Ofrecía una buena protección y su diseño ayudaba a repartir el peso más uniformemente que la malla, pero era de fabricación compleja y propensa a sufrir daños, lo que puede explicar su ulterior abandono.
LORICA SQUAMATA: Armadura de escamas. Menos flexible, ofrecía peor protección que la malla.
MACHAIRA: Gran espada corva, de tipo sable o cimitarra.
MANÍPULO (MANIPULUS): Unidad táctica básica de la legión republicana, el manípulo estaba formado por dos centurias. Lo comandaba el centurión de la centuria derecha.
MARYANNU: Guerrero de carro en el Cercano Oriente. Valorado profesional, de dotes atléticas, fuerte y muy diestro.
MONTURA CÁNTABRA: Maniobra de la caballería romana en la que los hombres cabalgaban por turnos hacia un objetivo, girando a la derecha durante un breve tramo y después dirigiéndose en paralelo, manteniendo siempre el escudo hacia el enemigo. El objetivo consistía en lanzar un bombardeo continuo de proyectiles a un punto de la línea enemiga, debilitándola antes de cargar contra ella, espada en mano.
MORA: Literalmente «división». Unidad del ejército espartano. Seis *morai* formaban una falange espartana.
NAKHTU-AA: «Tropas de choque» egipcias.
NAUARCHIS: Buque insignia.
NE'ARIN: «Jóvenes» egipcios, una unidad de elite.
NUMERI: Los *numeri* se desarrollaron a partir de la milicia romana provincial. Algunos eran cuerpos de infantería y otros de caballería, y su dimensión variaba entre 90 y 300 efectivos.
ONAGER: Literalmente, «asno silvestre». Catapulta de torsión de un solo brazo diseñada para arrojar piedras.
OPTIONES: Oficiales jóvenes que cerraban las filas. Había tres en cada *turma* (qv).
OTHISMOS: Encuentro entre falanges.
OURAGOS: Segundo al mando en una *enomotia* griega.
OXYBELES: Catapulta que disparaba flechas o saetas.
PARMA: Escudo redondo ligero.
PEDJET: Batallón egipcio.
PEHERER: Corredor egipcio: hombre de arma ligera que luchaba en apoyo de los carros.
PELTASTAI (s. PELTASTES): Tropas de arma ligera o escaramuzadores, así llamadas por el uso del *pelte* (qv).
PELTE (PELTA): Escudo de mimbre en forma de media luna con piel de oveja o cabra y con un empuñadura central.
PENTECONTEROS (PENTECONTOROS): Galera de 50 remos.
PENTECOSTER: Oficial del ejército espartano al mando de 50 hombres.
PENTECOSTYS: Pequeña unidad del ejército espartano, nominalmente de 50 efectivos.
PERIPLUS (PERIPLOUS): Literalmente «circunnavegación». Maniobra táctica naval griega.
PEYTRALS: Protección para el pecho de un caballo.
PEZETAIROI: Literalmente «Compañeros a pie». Falange macedonia.
PILOS: Casco metálico en forma de gorro de fieltro.
PILUM: Jabalina pesada integrada en el equipamiento habitual de los legionarios romanos durante gran parte de la historia de Roma.
PLUMBATA (pl. PLUMBATAE): Pequeño dardo romano con lastre de plomo.
POLEMARCA: Comandante de una *mora* griega.
POLIRREMES: Barcos en los que la potencia de remo se incrementaba sumando más remeros por banco. El más alto de estos modelos (cinco bancos de remos) era difícil de maniobrar, y probable-

mente nunca se usó en batalla. Un ejemplo era el buque insignia de Ptolomeo.

POLIS: Concepto desarrollado por Aristóteles: estado autosuficiente unido por un sentido de la comunidad, con un conjunto de leyes que atañían a todos los ciudadanos por igual.

PREFECTO (PRAEFECTUS): Comandante ecuestre romano de una cohorte auxiliar o *ala*.

PRINCEPS (PRINCIPES): Segunda línea de infantería pesada en la legión republicana, reclutada entre hombres en «lo mejor de la vida».

PRODROMOI: Exploradores griegos o tropas de reconocimiento.

PTAH: Dios egipcio.

PTERYGES Parte del faldellín de la coraza que se dividía en «alas» para mayor facilidad de movimiento, propia de los hoplitas.

PUGIO: Daga romana.

PYKNOSIS: Formación de orden intermedio en la que los hombres y las filas estaban separados por 1 m.

QUILIARQUÍA: Unidad de unos 1.000 hombres formada por cuatro speiriai y comandada por un quiliarca.

QUINCUNX: Formación ajedrezada que usó la legión republicana, en la que las tres líneas se desplegaban en amplios intervalos entre los manípulos, con los huecos cubiertos por los manípulos de la siguiente línea.

QUINQUERREME: Galera de guerra manejada por cinco filas de remeros a cada lado.

RA: Dios egipcio.

RHOMPHAIA: Falce. Especie de guadaña usada con una o las dos manos originaria de los Balcanes, con una hoja corva de unos 39 cm.

RORARII: División (o *vexillum*) de una compañía romana formada por hombres más jóvenes y menos experimentados que los *triarii*.

SAMBUCA: Escala mecánica (así nombrada por su parecido con un instrumento musical).

SARCINA: (pl. SARCINAE): Dotación del soldado romano.

SARISSA: Larga pica, según su empleo en el ejército macedonio.

SATABA: Subdivisión de un centenar de hombres.

SATRAPÍA: Provincia del imperio persa, gobernada por un sátrapa.

SAUNION: Jabalina.

SCORPIO: Literalmente «escorpión». Versión romana, más móvil y ligera, del *oxybeles*. Lanzaba grandes saetas incendiarias y estaba reforzada en la cabeza, con brazos cóncavos, aumentando su potencia.

SCUTARII (SCUTATI): Tropas armadas con el SCUTUM (qv). Normalmente a pie, pero a veces montadas.

SCUTUM: Escudo, sobre todo el escudo pesado que llevaban los legionarios. Era semicilíndrico y, normalmente, oval o rectangular. Se sostenía con una sola empuñadura detrás del tachón central.

SCYTALE: Sistema espartano de encriptación de órdenes.

SOCII: Literalmente «aliados». En particular, aliados itálicos que luchaban en el ejército romano.

SOLIFERRUM: Jabalina de hierro llevada por los hispanos.

SPARA: Rectángulo de tela entretejido con mimbre, que cubría desde el hombro al tobillo.

SPARABARA: Portadores de escudos.

SPATHA: Larga espada romana usada por la caballería del alto imperio y adoptada finalmente por la mayoría de los ejércitos posteriores. Estaba bien compensada para la estocada y el corte.

SPEIRA: Unidad de falange básica entre los macedonios, formada por 256 hombres. Cuatro *speiriai* constituían una quiliarquía (1.024 hombres).

SPICULUM: Literalmente, «pica». Jabalina o flecha.

STIMULI: Literalmente, «aguijones». Estacas en punta plantadas a modo de defensa por los romanos contra los ataques enemigos. Se usaron en Alesia en el año 52 a.C..

STRATEGAI: Unidad de 4.000 hombres comandada por un estratega.

SUTEKH: Dios egipcio. División del ejército del faraón.

SYNASPISMOS: Formación griega de orden cerrado (con bloqueo mediante escudos), en la que hombres y filas estaban distanciados 30 cm: posición utilizada para recibir un ataque.

TAKA (TAKAE): Gran escudo de cuero.

TAKABARA: Portadores de *takae* (qv) y lanzas arrojadizas.

TALENTOS: Moneda griega, donde 100 talentos equivalía a 2,5 t de plata pura.

TAXIARCA: Comandante de un *taxis* (qv).

TAXIS (TAXEIS): «Compañía» de unos 120-130 hombres. Diez *taxeis* (regimientos) constituían el ejército ateniense, junto con representantes de las diez tribus de Atenas.

TESTERAS: Protección para la cabeza del caballo.

TESTUDO: Célebre formación en tortuga en la cual los legionarios romanos superponían sus escudos para protegerse del ataque frontal, lateral y superior. Se usaba principalmente para acercarse a fortificaciones enemigas y permitía a los legionarios la labor de zapa.

THORAKIA: Torres de madera de tamaño suficiente para dar cabida a entre dos y cuatro guerreros, instaladas sobre elefantes en Macedonia. Estaban protegidas por escudos que pendían de los lados.

TRIARII: Tercera línea, la más veterana, de la infantería pesada de la legión republicana, reclutada entre soldados con experiencia.

TRIRREME: Barco de tres niveles en el que los tres bancos de remos podían ocupar la longitud del barco: en el casco, a la altura de cubierta y en un saliente que se proyectaba fuera de la borda.

TURMA (TURMAE): Subunidad básica de la caballería romana durante buena parte de su historia, consistente en unos 30 hombres. Hasta el siglo III d.C. estuvo comandada por un decurión.

VELES (VELITES): Infantería ligera de la legión republicana, reclutada entre los más pobres o los más jóvenes para combatir como infantería pesada. No está claro si eran los mismos que los *rorarii* (qv) o si los sustituyeron.

VERICULUM: Lanza ligera usada en los ejércitos romanos imperiales.

VERUTUM: Jabalina o dardo romano.

VEXILLATIONES: Destacamento del ejército romano.

VEXILLUM: Tercio de una compañía romana. Las tres secciones o *vexilla* estaban integradas por 60 soldados, dos centuriones y un *vexillarius* (portaestandarte).

ZEIRA: Capa característica de los árabes y los tracios.

ÍNDICE

El número de página en cursiva se refiere a ilustraciones, y el expresado en negrita corresponde a información mostrada dentro de ilustraciones y texto. Se usan las siguientes abreviaturas: (B) batalla; (BN) batalla naval; (A) asedio.

LECTURAS RECOMENDADAS

Adcock, Frank E., *The Greek and Macedonian Art of War*. Berkeley, University of California Press, 1957.

Ailsby, Christhoper, *Tercer Reich, día a día*, Madrid, Editorial Libsa, 2003.

Baxter, Ian, *La guerra relámpago*, Madrid, Editorial Libsa, 2003.

Booth, Owen; Walton, Jhon, *Historia ilustrada de la II Guerra Mundial*. Madrid. Editorial Libsa, 2005.

Caesar, Julius. *Commentaries*. (Ed. y trad. John Warrington), Londres, 1953.

Casson, Lionel, *The Ancient Mariners: Seafarers and Sea Fighters of the Mediterranean in Ancient Times*, 2nd ed., Princeton, Princeton University Press, 1991.

Daugtherty, Leo, *La guerra de Vietnam*, Madrid, Editorial Libsa, 2004.

Davinson, Jhon, *La guerra del Pacífico*, Madrid, Editorial Libsa, 2005.

Ducrey, Pierre, *Warfare in Ancient Greece*, (trad. Janet Lloyd), Nueva York, Schocken Books, 1986.

Ellis, John. *Cavalry: The History of Mounted Warfare*. Nueva York: G. P Putnam's Sons, 1978.

Ferrill, Arther: *The Origins of War: from the Stone Age to Alexander the Great*, Nueva York, Thames and Hudson, 1985.

Fowler, Will, *El frente del Este*, Madrid, Editorial Libsa, 2003.

Fowler, Will, *El día D. Las primeras 24 horas*, Madrid, Editorial Libsa, 2004.

Gardiner, Robert, (ed.), *The Age of the Galley*, Londres, Conway Maritime Press, 1995.

Garlan, Yvon, *War in the Ancient World*, (trad. Janet Lloyd), Londres, Chatto & Windus, 1975.

Gibbon, Edward, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, 2 vols., Everyman's Library Series, Nueva York, Knopf, 1993.

Gilliver, C.M., *The Roman Art of War*, Stroud, Gloucestershire, Tempus, 1999.

Goldsworthy, Adrian, *Roman Warfare*, Londres, Cassell, 2000.

Goldsworthy, Adrian, *The Punic* Wars, Londres, Cassell, 2000.

Grayson, A.K., 'Assyrian Civilisation' in J. Boardman *et al.* (eds), *Cambridge Ancient History* 2 3.2., Cambridge, Cambridge University Press, 1991, p. 194-228.

Green, Peter, *The Year of Salamis 480-479 BC*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1970.

Green, Peter, *The Greco-Persian Wars*, Berkeley, University of California Press, 1996.

Gurval, Robert A., *Actium and Augustus*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1995.

Hackett, J. (ed.), *Warfare in the Ancient World*, Londres, Sidgwick and Jackson, 1989.

Hanson, Victor Davis, ed., *Hoplites: the Classical Greek Battle Experience*, Londres, Routledge, 1991.

Hanson, Victor Davis, *The Wars of the Ancient Greeks*, Londres, Cassell, 1999.

Hopkins, C., «The Siege of Dura» in *Classical Journal*, 42, 1947, pp. 251-259.

Humble, Richard, *Warfare in the Ancient World*, Londres, Cassell, 1980.

Jordan, David; Wiest, andrew, Atlas de la II Guerra Mundial, Madrid, Editorial Libsa, 2005.

Keegan, John, *A History of Warfare*, Londres, Hutchinson, 1993.

Kern, PB., *Ancient Siege Warfare*, Londres, Souvenir, 1999.

Kostovtzeff, M.L, *The Excavations at Dura Europos*, Preliminary Report of the Sixth Season of Work, October 1932 to March 1933, New Haven, Yale University Press, 1936.

Lazenby, J. E, *The First Punic War*, Stanford, Stanford University Press, 1996.

Leach, John, *Pompey the Great*, Londres, Croom Helm, 1978.

Livy. *History of Rome*. (trad. B. O. Foster, E.T. Sage y A. C.Schlesinger), Loeb Series. 14 vol. Cambridge, Mass.: 1919-1957.

Marsden, E.W, *Greek and Roman Artillery*, Oxford, Clarendon Press, 1971.

McCartney, Eugene S., *Warfare by Land and Sea*, Nueva York, Cooper Square Publishers, 1963.

Morrison, J.S., J.E. Coates y N.B. Rankov, *The Athenian Trireme*, 2nd ed., Cambridge, Cambridge University Press, 2000.

Plutarchus, *Lives of Themistocles, etc.* Nueva York, 1937.

Polybius, *Histories*. (trad. W R. Paton), Loeb Series. Cambridge, Mass.: 1922-1927.

Pritchett, W.K., *Ancient Greek Military Practices*, Part I, University of California Publications, Classical Studies, vol. 7, Berkeley, University of California Press, 1971.

Pritchett, W.K., *The Greek State at War*, Part II, Berkeley, The University of California Press, 1974.

Pritchett, W.K., *The Greek State at War*, Part V, Chapter 1, «Stone Throwers and Slingers in Ancient Greek Warfare», Berkeley & Los Angeles, University of California Press, 1991, pp. 1-67.

Sánchez, Antonio; Huertas, Pilar, *La posguerra española*, Madrid, Editorial Libsa, 2006.

Sánchez, Antonio; De Miguel, Jesús; *Batallas de la guerra civil.* Madrid, Editorial Libsa, 2005.

Sánchez, Antonio; De Miguel, Jesús; *La guerra civil española*, Madrid, Editorial Libsa, 2005.

Shaw, Anthony, *II Guerra Mundial, Día a Día*, Editorial Libsa, 2002.

Starr, Chester G., *The Influence of Sea Power on Ancient History*, Nueva York, Oxford University Press, 1989.

Thucydides, History *of the Peloponnesian War*, Londres, 1954.

Vegetius, *The* Military *Institutions of the Romans.* In T.R. Phillips (ed.). Roots of Strategy. Harrisburg, 1940.

Walsh, Stephen, *Stalingrado, el cerco infernal*, Madrid, Editorial Libsa, 2005.

Westwell, Ian, *La I Guerra Mundial, día a día*, Madrid, Editorial Libsa, 2006.

Xenophon, *Anabasis*. (trad. W Miller, et al.), Loeb Series Cambridge, Mass.: 1914-1925.

Xenophon, *Cyropaedia*. (trad. W Miller, et al.), Loeb Series. Cambridge, Mass., 1914-1925.

Yadin, Y, *The Art of Warfare in Biblical Lands*, Londres, McGraw Hill, 1963.

Yadin, Y, Masada, *Herod's Fortress and the Zealot's Last Stand*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1966.